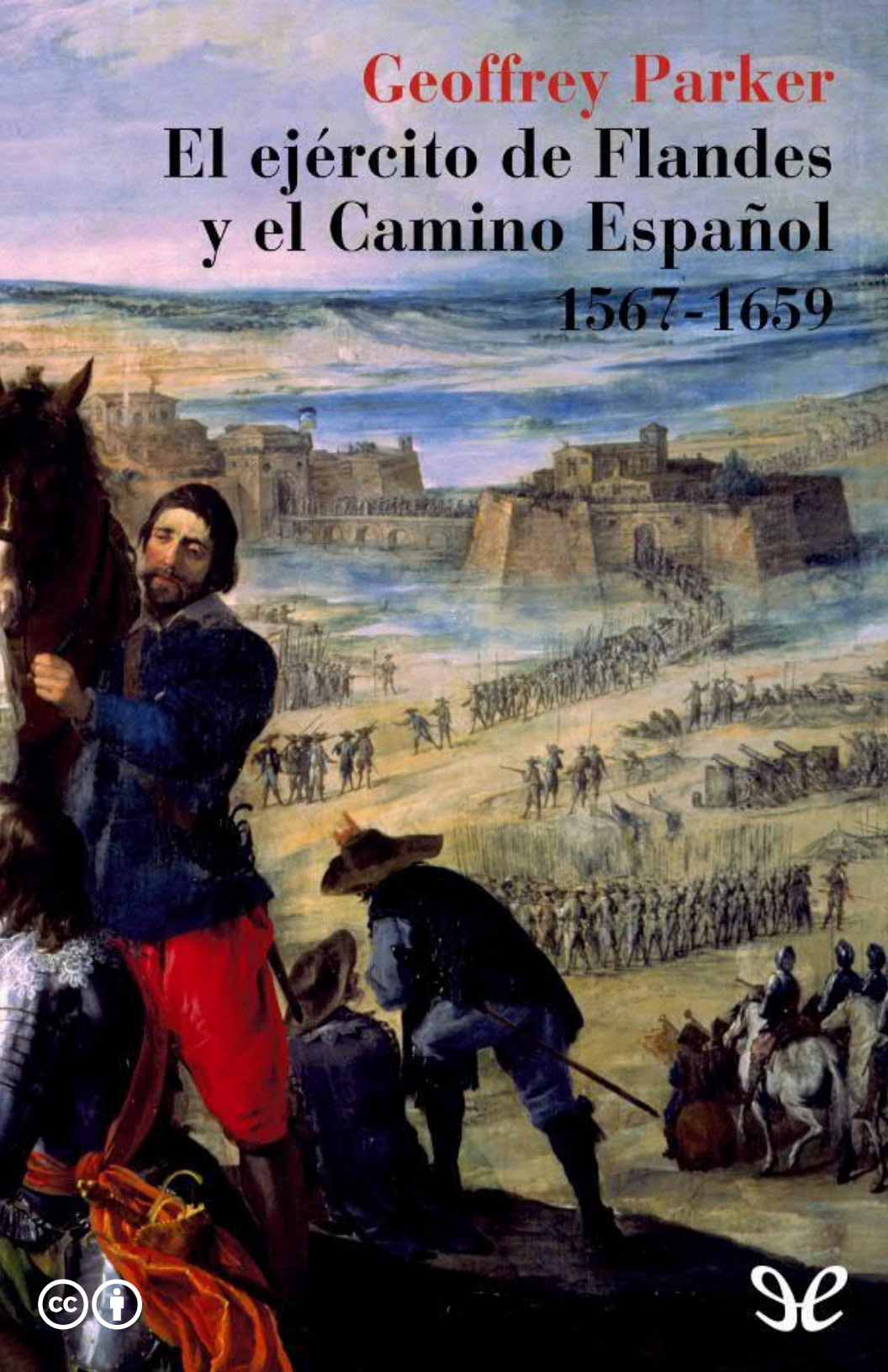
Geoffrey Parker

El ejército de Flandes y el Camino Español 1567-1659



Obra cumbre la de Geoffrey Parker sobre la presencia militar en los Países Bajos, la guerra que empantanó y marcó gran parte de la política exterior española, desde la II mitad del siglo XVI hasta mediados del siglo XVII, más de 90 años guerreando en tierras holandesas. Parker, hace un magnífico recorrido por la trayectoria militar, e indirectamente política, de los tercios españoles de Flandes en su lucha contra los rebeldes holandeses, estudiando el famoso “Camino Español” que conducía a los tercios desde las posesiones españolas en Italia hasta los mismos Países Bajos, y que servía de vía imprescindible de comunicación y abastecimiento a las tropas españolas en su objetivo de dominar la revuelta.

Geoffrey Parker

El Ejercito de Flandes y el camino Español 1567-1659

La logística de la victoria y derrota de España en las guerras de los Países Bajos

ePub r1.0
Titivillus 21.01.15

EDICIÓN DIGITAL

Título original: *The Army of Flanders and the Spanish Road, 1567-1659*
Geoffrey Parker, 1972
Traducción: Manuel Rodríguez Alonso
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2
Edición digital: epublibre (EPL), 2015
Conversión a pdf: FS, 2018

A la memoria de Fernand Braudel

PREFACIO
A LA NUEVA EDICIÓN ESPAÑOLA

En junio de 1971 finalicé al manuscrito de *El ejército de Flandes y el Camino Español 1567-1659*. Desde entonces se han realizado tres ediciones en inglés y han aparecido las ediciones holandesa y —en 1976, por *Revista de Occidente*— española. En 1985, Alianza Editorial reimprimió la versión española, y me produce una enorme satisfacción y orgullo que ahora hayan decidido publicar una nueva edición.

Me he resistido a la tentación de realizar grandes cambios. Si hoy escribiera por primera vez esta obra, seguramente haría más hincapié en la eficacia combativa del Ejército de Flandes; pero en el período entre 1965 y 1971 en el que realicé mis investigaciones y escribí este libro, el estudio de la guerra no estaba de moda, en parte debido a la impopularidad del conflicto de Vietnam. Por ello, la «nueva historia militar» tendía a concentrarse en cuestiones logísticas, organizativas y de moral de combate, a expensas de lo relativo al armamento y a la contienda, lo cual supuso un error: la razón de ser de los ejércitos es el combate, y es su capacidad en este sentido la que determina normalmente los resultados de las guerras. Me di cuenta por vez primera de mi error al leer las brillantes páginas que John A. Lynn dedica a la «eficacia combativa» en, *The bayonets of the Republic. Motivation and tactics in the Army of Revolutionary France* (Urbana, 1984). Poco después, una obra de similares características arrojó nuevas luces sobre el potencial combativo —y sobre otras muchas cosas— del Ejército de Flandes. Se trataba de *The Road to Rocroi. The duke of Alba, the Count-Duke of Olivares, and the High Command of the Spanish Army of Flanders in the Eighty Years War, 1567-1659*, de Fernando González de León (tesis doctoral (1991) por la Johns

Hopkins University; en prensa, Cambridge University Press).

En los años ochenta se publicaron dos obras que aportaron nuevas información acerca de los españoles que luchaban por su monarca y su imperio: la de Raffael Puddu, *Il soldato gentilhuomo. Autoritratto d'una societa guerriera: la Spagna del'500* (Bolonia, 1982); y la de Rene Quatrefages, *Los tercios* (2a ed., Madrid, 1983). Ambos autores confieren un papel protagonista a las cuentas veteranos, por encima de otras fuentes archivísticas; ambos, además, se centran en los primeros años del Ejército de Flandes. En cambio, es la defensa naval de los Países Bajos españoles el objeto del magnífico estudio de Robert A. Stradling, *The Armada of Flanders. Spanish maritime policy and European war, 1568-1668* (Cambridge, 1992), que cubre todo el período, empleando tanto fuentes impresas como manuscritas.

Hay otras obras que han aclarado distintos aspectos de las guerras de los Países Bajos. La de Hugo O'Donnell y Duque de *Estrada, La fuerza de desembarco de la Gran Armada contra Inglaterra (1588). Su origen, organización, y vicisitudes* (Madrid, 1989) proporciona un análisis detallado de las distintas unidades que se prepararon en Flandes para el asalto a Inglaterra en conjunción con la Gran Armada —la forma en que se reclutaron las tropas; cómo llegaron a los Países Bajos y cómo sobrevivieron. Los primeros capítulos del libro de Juan Roco de Campofrío, *España en Flandes. Trece años de gobierno del Archiduque Alberto* (Madrid, 1973), proporcionan un relato de primera mano de un viaje terrestre por el Camino Español en 1596. *The Irish military community in Spanish Flanders 1586-1621* (Dublín, 1992), de A. Gráinne Henry, se centra en las tropas irlandesas que se establecieron con sus familias en Bruselas y sus alrededores, «The strategy of peace: Spanish foreign policy and the "Pax hispánica", 1598-1609» (tesis doctoral (1995) por la Universidad de Yale; en prensa, Yale

University Press), de Paul C. Alien, donde puede encontrarse una inteligente reflexión sobre los esfuerzos militares y diplomáticos españoles en el norte de Europa entre la muerte de Felipe II y la Tregua de los Doce Años. Asimismo, Jonathan Israel ha aclarado numerosos e importantes aspectos de la primera mitad del siglo XVII tanto en su estudio, *The Dutch Republic and the Hispanic World 1606-1661* (Oxford, 1982), como en sus dos recopilaciones de ensayos, *Empires and entrepots. The Dutch, the Spanish Monarchy and the Jews, 1585-1713* (Londres, 1990), y *Conflicts of empires. Spain, the Low Countries and the struggle for World supremacy, 1585-1713* (Londres, 1997).

También yo he escrito algo más sobre algunas de las cuestiones que se recogen en este libro. *España y la rebelión de Flandes* (Madrid, 1990) ofrece una descripción tanto narrativa como analítica de la Guerra de los Ochenta Años; *Spain and the Netherlands 1559-1659. Ten studies* (2.ª ed., Londres, 1990) pasa a ciertos aspectos de las «especiales relaciones» entre los dos países incluyendo el estudio en particular de los motines de la Armada de Flandes, de la corrupción en su entramado burocrático y de los «costes» de la guerra); los dos primeros capítulos de *La revolución militar. Las innovaciones militares y el apogeo de occidente, 1500-1800* (Barcelona, 1990) sitúan las guerras de los Países Bajos en una perspectiva más amplia; y *La Gran Estrategia de Felipe II* (Madrid, 1998) revisa el papel de los Países Bajos enmarcándolo en los objetivos estratégicos conjuntos y las prioridades del Rey Prudente.

Si hubiera podido conocer en su momento todo lo publicado a partir de 1971, habría escrito un libro muy diferente, y sin duda mejor. Sin embargo, revisar ahora su estructura y su interpretación podría viciar su contenido y producir resultados engañosos. Cada libro refleja el momento en que se concibe y se escribe; ningún arreglo ulterior puede

enmendar esto. Por ello, me he limitado a efectuar dos tipos de cambios:

—He corregido los errores menores y erratas de imprenta que he detectado.

—He actualizado algunas referencias bibliográficas —tales como las de las tesis que han sido llevadas a libro desde entonces, o las de los libros que estaban en prensa cuando se publicó originalmente esta obra— y citado nuevos estudios que aclaran algunas de las cuestiones tratadas en el texto.

Por lo demás, y con todas sus deficiencias, esta obra es esencialmente la misma que apareció por vez primera en *Revista de Occidente* en 1976. Me divertí mucho al escribirla, al brindarme la ocasión de recorrer dos veces el Camino Español, así como de realizar investigaciones en Italia, Francia, Bélgica, los Países Bajos, Suiza y España. Por ello, espero que también su lectura resulte divertida.

GEOFFREY PARKER

PREFACIO
A LA EDICIÓN INGLESA

> La locomotora marcha y uno se pregunta por qué. El labriego afirma que es el diablo quien la hace marchar, otro dice que la locomotora camina porque se mueven las ruedas y un tercero que la causa del movimiento reside en el humo que se lleva el viento.
>
> El único concepto capaz de explicar el movimiento de la locomotora es el de la fuerza igual al movimiento visible. Y, asimismo, el único concepto mediante el cual puede ser explicado el movimiento de los pueblos, es el de una fuerza igual al conjunto de ese movimiento Y, no obstante, bajo ese concepto, las diferentes historias comprenden fuerzas totalmente distintas entre sí y todas desemejantes del movimiento. Unos ven en él la fuerza propia de los héroes, del mismo modo que el labriego ve el demonio en la locomotora, para otros, es una fuerza que deriva de alguna otra fuerza, como el movimiento de las ruedas, y otros, a su vez, ven en él la influencia intelectual, como el humo que el viento se lleva[1].

Esta descripción de Tolstoi, de la que no salen muy favorecidas las tres escuelas principales de historia, contiene una parte de verdad, tanto si la «locomotora» resulta ser la larga guerra entre España y los holandeses, como si se trata de la invasión de Rusia por Napoleón en 1812. Muchos historiadores de estos dos acontecimientos se han fijado sólo en los demonios y en el humo, en los héroes y en las influencias intelectuales. El autor de esta obra pertenece al segundo grupo de que habla Tolstoi, y cree que, por lo menos, en el caso de España y la revuelta holandesa, las «ruedas», la mecánica del conflicto, ha sido un tanto olvidada.

Este estudio se ocupa de una cuestión básica de la mecánica histórica: cómo la España de los Habsburgo, el estado más rico y poderoso de Europa, fracasó en su intento de dominar la revuelta holandesa. ¿Cuáles fueron los objetivos y el programa político de España en los Países Bajos después de 1567? ¿Cómo procuró realizarlo? ¿Por qué no lo consiguió?

Los historiadores han procurado evitar estas preguntas. La mayor parte de los relatos de la evolución histórica de los Países Bajos en el siglo que media entre 1550 y 1650 se centran sobre la dinámica interna de la revuelta, sobre el carácter de la oposición a España, sobre los acontecimientos y figuras principales de la lucha —en otras palabras, sobre por qué vencieron los holandeses—. Pocos escritores contemporáneos de los hechos (y menos aún después) consideraron la revuelta desde el otro lado, desde el punto de vista de una España enfrentada a una embarazosa revuelta que tenía lugar en una lejana provincia de su imperio. Hay buenas razones para esta postura unilateral. Los historiadores españoles no se han sentido atraídos por el estudio de una guerra que ocasionó el prolongado sacrificio de hombres, dinero y prestigio, y sólo produjo humillación, empobrecimiento y derrota. Asimismo, la guerra de los Ochenta Años reportó tan poco crédito político y beneficio económico a los Países Bajos españoles, que los historiadores belgas se han centrado, a partir de la década de 1580, casi exclusivamente en los aspectos religiosos de la lucha —sobre el modo cómo su país se convirtió en los «Países Bajos católicos». Los holandeses, por su parte, han tratado la guerra de los Ochenta Años como un asunto fundamentalmente interno, consiguiendo con ello que la política y personalidades nativas de su país dominen sus relatos. España ha ignorado a los Países Bajos, y los Países Bajos han ignorado a España.

Si el olvido de los historiadores políticos tiene esta fácil explicación, la falta de interés entre los historiadores militares por el proceso de la guerra de los Ochenta Años es a primera vista más sorprendente. El desdén con que lo despachó el mariscal de campo Fuller, autoridad bien conocida en historia militar, es verdaderamente característico: «Militarmente, es poco lo que se puede aprender de las Guerras de Religión de Francia (1562-1598). Y no enseña mucho las la revuelta de los

Países Bajos (1568-1607)…»[2].

Al soldado profesional le gusta que sus guerras sean limpias, breves y decisivas. La guerra de los Ochenta Años, como la mayoría de los conflictos que suponen la participación extranjera en gran escala, fue la antítesis de este ordenado modelo. La «Proporción de Participación Militar», como ocurre tan frecuentemente en las guerras civiles, fue extremadamente elevada, y, por tanto, la distinción entre los soldados pobremente armados y que combaten de mala gana y los civiles agresivos y decididos, entre la guerra regular y la de guerrilla, es difícil de determinar. Las *Hauptschlachten*, las «grandes batallas» de las que gustan tanto los historiadores militares fueron poquísimas y el embarullado e interminable conflicto dio pocas oportunidades para que se manifestara un «genio militar» romántico. Quienes atribuyen importancia histórica a la araña de Bruce o a la nariz de Cleopatra, se verán inevitablemente decepcionados por la historia de las guerras de los Ochenta Años: las iniciativas personales y la buena suerte eran rápidamente neutralizadas por las embrutecedoras condiciones que se dieron en esta guerra. Después de todo, fueron necesarios ochenta años de guerra para que de ella saliera un claro vencedor. No es de extrañar, pues, que quienes ensalzan Clausewitz, la *Führereigenschaft* y la guerra de trincheras rechacen el confuso maratón militar que tuvo lugar en los Países Bajos como una aberración sin importancia.

No fue éste, sin embargo, el criterio de los que presenciaron la larga lucha por el dominio de los Países Bajos. Las guerras que comenzaron formalmente en 1572 y continuaron hasta 1659 fueron la escuela en que hicieron su aprendizaje generaciones de jefes y empresarios militares. Fue allí donde muchos de los generales de la guerra de los Treinta Años —tanto católicos como protestantes— aprendieron su profesión. Los ejércitos empeñados en el conflicto de los Países Bajos

fueron el modelo al que ajustaron sus técnicas otras fuerzas de la época, el criterio por el que midieron su eficacia militar.

Por fortuna, nosotros podemos todavía hoy ver por qué el ejército español, al menos, tuvo tanta influencia. Gracias a la abundancia y variedad de los archivos que de él se conservan, podemos establecer con precisión los métodos de movilización y mantenimiento de los ejércitos de principios de la época moderna; podemos reconstruir el género de vida de los soldados rasos a través de sus testamentos, de sus nóminas y de sus escritos. Gracias a esta copiosa información, podemos observar de cerca el rico tapiz de la vida militar en los siglos XVI y XVII y podemos comprender mejor los problemas técnicos, económicos y fiscales que todos los gobiernos tenían que superar, si realmente deseaban alcanzar la victoria.

Pero el Ejército de Flandes, no obstante su influencia e interés, no debe ser considerado aisladamente. La historia militar ha sido tratada durante demasiado tiempo como un compartimiento estanco. La adecuación del Ejército para la guerra que estaba llevando a cabo y para el imperio que defendía exige discusión y análisis; asimismo, lo requiere la cuestión de por qué España estuvo dispuesta a luchar en los Países Bajos durante ochenta años. Además, éstas son cuestiones cuya significación trasciende su época, porque la España de los Habsburgo no fue en modo alguno la última potencia imperial que se labró su ruina por su empeño en llevar adelante una guerra en el exterior que no podía ganar, pero que tampoco podía abandonar. Ni fue el último imperio en creer (erróneamente) que las mejores tropas, armadas con los equipos más modernos y respaldadas por los recursos del mayor Estado del mundo, podían hacer frente a cualquier desafío militar.

En parte, la ruina de España estuvo en no haber sabido adaptarse a los cambios. La guerra en el siglo XVI fue, como

veremos, totalmente diferente de la guerra en la Edad Media; la organización y la estrategia militar se transformó en torno a 1500. Los Habsburgo españoles supieron hacer frente a este desafío desde un punto de vista técnico: el tamaño, organización, armamento y moral de sus fuerzas fueron mucho más avanzados que cuanto había conocido la Edad Media. A nivel teórico, sin embargo, los cambios fueron pocos: los principios y supuestos políticos sobre los que se basaba el empleo de los nuevos ejércitos hundían todavía sus raíces en el mundo de la caballería y de las cruzadas. La guerra siguió siendo en cierta medida el «deporte de reyes»; se hacía por razones personales —honor, vanidad, ambición, miedo a la humillación—. La reacción de España ante la revuelta de los Países Bajos fue así un aspecto de la interacción entre lo medieval y lo moderno, entre la continuidad y el cambio; la serie *Cambridge Studies in Early Modern History* se ocupa de modo particular de ello.

Uno de los poquísimos escritores que intentaron seriamente explicar y comprender las desconcertantes oscilaciones de la suerte en las guerras de los Países Bajos, Michael Aitzing (m. en 1598), sólo pudo explicar esta lucha acudiendo la astrología. Para él la historia se movía en un círculo regido por los movimientos celestes; así pues, los diferentes cambios de fortuna en el homérico duelo entre España y los holandeses resultaban explicables por las estrellas. Este simpático pero un tanto extravagante determinismo salvó a Aitzing del peligro que ha acechado a casi todos los escritores posteriores: la parcialidad por uno u otro bando. Todavía hoy es difícil evitar el partidismo —por España, por los holandeses, incluso por la reina Isabel—. Aunque es inevitable que mis propios prejuicios históricos hayan afectado en algún grado a este relato de los intentos infructuosos de España de dominar la revuelta holandesa, si he evitado el pecado de la visión unilateral de los

mismos, ello justificará, tal vez, que, siendo inglés, me haya atrevido a entrar en un terreno que pertenece esencialmente a los españoles y a los habitantes de los Países Bajos.

RECONOCIMIENTOS

La recogida de material para este estudio ha supuesto extensos y prolongados viajes e investigaciones en Europa occidental. No hubiera sido ello posible sin la generosa ayuda económica de un gran número de organismos, públicos y privados. El Departamento de Educación y Ciencia me concedió una beca del Estado para 1965-1968: la Twenty-seven Foundation, del Instituto de Investigación Histórica, me concedió una generosa subvención para 1969; la Academia Británica y el Houblon-Norman Fund del Banco de Inglaterra, me proporcionó los medios para continuar mi estudio en el extranjero en 1970; y el Leverhulme Research Awards Committee me eligió como becario para 1970-1971, lo que me permitió completar mis investigaciones en el extranjero. He recibido, además, considerable ayuda durante los cinco últimos años del Ellen McArthur Fund, de la Universidad de Cambridge, y del Centre Nationale de la Recherche Scientifique de Francia. Agradezco, sobre todo, al Master y Fellows del Christ's College de Cambridge el haberme concedido la A. H. Lloyd Research Scholarship para 1965-1967 y la Bottomley Travelling Scholarship en 1967, y por haberme elegido Research Fellowship para cuatro años en 1968, lo que me ha proporcionado facilidades únicas para estudiar y viajar.

La primera vez que me sentí interesado por España y por el «Camino Español» fue siendo estudiante en Cambridge en 1964-1965, donde asistí a las estimulantes lecciones del profesor J. H. Elliott sobre la Europa de principios de la Edad Moderna. Desde entonces, su consejo paciente y sabio, en ningún momento escatimado, me ha servido de la mayor ayuda. Me asiento igualmente obligado al profesor J. H. Plumb

y al profesor Charles Wilson por el estímulo, ayuda y consejo que me brindaron a lo largo de varios años.

Me ha sido de particular utilidad el interés y detallado conocimiento de tres doctos extranjeros: Fernand Braudel, profesor en el Collége de France y decano de los estudios históricos del siglo XVI, se interesó desde el primer momento por mi trabajo y me procuró alguna información previa de fundamental importancia sobre los contenidos de determinados archivos franceses e italianos. Dedico esta edición a su memoria. M. Henri Lapéyre me hizo vencer mi indecisión y consultar la serie de la «contaduría mayor de cuentas» de Simancas y me dio utilísimos consejos; Mlle. Lucienne Van Meerbeeck, jefe de la Primera Sección de los Archives Genérales du Royaume de Bruselas, me puso en contacto con los complejos registros del archivo y me consiguió autorización para consultarlos en sus anaqueles. Muchos otros estudiosos, archiveros y amigos me han ayudado y me han concedido hospitalidad en distintos momentos; a dicha ayuda hago referencia en el texto. Finalmente, deseo expresar mi agradecimiento a todos cuantos han leído este libro en alguna de las fases de su, vida y han trabajado por mejorarlo: mis editores, los profesores J. H. Elliott y H. G. Koenigsberger, y asimismo a Michael Roberts, I. A. A. Thompson, J. M. Winter, Peter Surke, Angela Parker, E. M. Wilson, Jan Lechner, Jane Ohlmeyer, John Stoye y Alastair Duke. A todos ellos mi agradecimiento.

NOTA

SOBRE LAS MONEDAS

Para evitar una confusión innecesaria y hacer posibles las comparaciones, todas las cantidades de dinero mencionadas en el texto han sido convertidas en florines de 20 placas[3], principal dinero de cuenta usado en los Países Bajos entonces. Había los 10 florines equivalentes a la libra esterlina (unidad de cuenta también entonces). La moneda más común utilizada por el Ejército de Flandes en el siglo XVI fue el escudo de oro, pero había tres tipos principales: el escudo de España, el de Italia y el de Francia, cada uno de los cuales difería ligeramente en peso y, por tanto, en valor (en el período de 1585-1590, por ejemplo, el escudo de Italia valía 57 placas; el escudo de España, 59, y el escudo de Francia, 60). Además, el Ejército utilizó el escudo como moneda de cuenta, pero su valor varió también. Desde 1560 hasta 1578 la unidad de cuenta fue el escudo de 39 placas, que subió progresivamente hasta las 57 placas en 1578. En 1590 se estableció un sistema nuevo: la unidad normal de cuenta en el Ejército vino a ser el escudo de diez reales, dinero de cuenta basado en la plata y no en el oro, que valió durante la mayor parte del siglo XVII exactamente 50 placas (cada real valía cinco placas).

LISTA DE ABREVIATURAS

AA —Archivo de la Casa de los Duques de Alba, Madrid (con la caja y folio de cada documento).

AC —Archives Communales.

AD —Archives Departamentales.

AE Geneva PH —Archives de l'Etat, Ginebra, *Portfeuille Historique*

AE Geneva RC —Ibíd., *Registre du Conseil*

AGRB —Archives Genérales du Royaume, Bruselas, *Papiers d'Etat et de l'Audience*

AGRB CC – Ibíd., *Chambres de Comptes*

AGRB Contadorie —Ibíd., *Contadorie des Finances*

AGRB CPE —Ibíd., *Conseil Privé, Régime espagnol*

AGRB MD —Ibíd., *Manuscrits Divers*

AGRB SEG —Ibíd,, *Secrétairerie d'Etat et de Guerre*

AGS CJH —Archivo General de Simancas, España, *Consejos y Juntas de Hacienda*

AGS CMC —Ibíd., Contaduría Mayor de Cuentas (con época —1.ª, 2.ª, o 3.ª— y legajo).

AGS E —Ibíd., Secretaría de Estado (con legajo y folio del documento).

AGS EK —Ibíd., serie K

AGS GA —Ibíd., *Guerra Antigua* (papeles del consejo español de guerra).

AGS MPyD —Ibíd., *Mapas, Planos y Dibujos*

AHE —Archivo Histórico Español (colección de documentos publicados en Valladolid).

AHN —Archivo Histórico Nacional, Madrid.

AM —Archives Municipales, La Haya.

ARA —Algemeen Rijksarchief, La Haya.

AS —Archivio di Stato.

BAE —*Biblioteca de Autores Españoles*.

BCRH —*Bulletin de la Commission Royale d'Histoire*.

BIRH —*Bulletin of the Institute of Historical Research*.

BM Bs —British Library, Londres, *Departament of Manuscripts*.

BNM Mn —Biblioteca Nacional de Madrid, *Sección de Manuscritos*.

BNP Ms —Bibliothéque Nationale de París, Cabinet des Manuscrits.

BPU Ms Favre —Bibliothéque Publique et Universitaire, Ginebra, *Collection manuscrit Edouard Favre*.

BRB Ms —Bibliothéque Royale de Bruxelles, *Section des Manuscrits*.

Co Du In —*Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España*.

Epistolario —Duque de Alba, *Epistolario del III Duque de Alba, don Fernando Álvarez de Toledo* (tres volúmenes, Madrid, 1952).

HMC —Historical Manuscripts Commission Reports.

IV de DJ —Instituto de Valencia de Don Juan, Madrid (con envío y folio de cada documento).

KB's Gravenhage Hs —Koninklijke Bibliotheek, 's-Gravenhage, *Afdeling Handschriften*.

MDG —*Mémoires et Documents publiés par la Société d'Histoire et d'Archeologie de Geneve* (publicación periódica).

Nueva Co Do In —*Nueva Colección de Documentos Inéditos*

para la Historia de España y de sus Indias.

RA Arn Archief… berg —Rijksarchief in Gelderland, Arnhem, *Archiefvan het Huis Berg*.

RAH —Real Academia de la Historia, Madrid, *Departamento de Manuscritos*.

RBPH —*Revue Belge de Philologie et d'Histoire*.

PRÓLOGO
A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Se ha dedicado constante y preferente atención a la guerra en general, y singularmente a determinadas guerras: aquéllas tenidas por decisivas en el proceso de la humanidad. Una de las guerras consideradas como trascendentales, y, por tanto, con perseverancia estudiadas, es la reñida en los Países Bajos durante «ochenta años», en rigor largos, pues comienza con la insurrección de 1566 y no se acaba hasta el tratado de Münster, de 1648, prolongándose en cierto modo por la contienda hispano-francesa que llega hasta la paz de los Pirineos (1659). Se podrían reconstruir las directrices intelectuales con que se ha contemplado el pasado desde los sucesivos y fugaces presentes, examinando las interpretaciones y subsecuentes reconstrucciones de que ha sido objeto ese conflicto; el cual tuvo, por supuesto, un designio ciertamente complicado y complejo, y, por eso, utilizable como argumento retrospectivo para explayar preocupaciones conceptuales que en cada circunstancia, en cada época, flotaban latentes. Valgan al efecto un par de ejemplos, que entre múltiples aducibles se eligen precisamente porque tienen vigencia y están operando en las versiones de aquella pugna bélica más recientes: la superioridad que conferían las aspiraciones particularistas nacionales conjugadas con una ética protestante, respecto a los fervores dinásticos pluralistas confesionalmente católicos; la eficacia del sistema de signo capitalista que se inaugura en áreas europeas septentrionales respecto al orden feudal que luego de un eclipse se restablece en áreas europeas meridionales. Para documentar sus tesis, los autores más conspicuos fueron añadiendo a los datos conocidos otros ignorados. En particular, los economicistas han logrado últimamente sensacionales

revelaciones.

Por 1931-1932 aparecieron en Utrecht los dos tomitos que integran la monografía de J. H. Kernkamp, en la que se descubría que «el comercio con el enemigo» fue, de 1572 a 1609, la base firme de la resistencia denodada de los neerlandeses; más que las cacareadas ayudas de sus simpatizantes políticos y religiosos, ese tráfico beneficio es lo que confirió robustez a los «rebeldes». A. E. Christensen, al reconstruir el *Dutch trade to the Baltic about 1600*, en un libro señero con ese título aparecido en Copenhague-La Haya por 1941, mostraba cómo una buena porción de los cereales panificables que cargaban los navegantes de las Provincias Unidas en los puertos por donde desembocan los ríos que de sur a norte corren por la llanura central del viejo continente, y con los que atravesaban de regreso el estrecho de Sund —donde se les sometía a meticulosa inspección, siendo apuntados con esmero los resultados—, iban a parar a Portugal y Andalucía, donde la escasez de pan fue crónica a fines del Quinientos y principios del Seiscientos, tornando desde allí con algunas mercaderías, la más voluminosa y pesada de las cuales era la sal, y con dinero constante y sonante, pues desbordada el valor de lo que traían al de lo que llevaban. H. Kellenbezn, en sustancial y copiosa obra —que por su calidad requeriría, para su difusión entre los no especialistas, una traducción de siquiera lo más importante y esclarecedor de la misma— ha abundado en esas capturas de oro y de plata en torno a Sevilla y Lisboa, las cuales, pasando por Hamburgo y otras ciudades alemanas, fluían hacia Amsterdam, a la sazón insoslayable polo de gravitación pecuniaria. Precisiones desde el punto de vista polaco sobre las combinaciones en cuestión han dado, sintéticamente, M. Malowist y, detalladamente, M. Bogucka y A. Maczak; sobre ellas ha discutido también, dentro de un amplio contexto, extrayendo una sugestiva teoría de las implicaciones capitalistas

en la descomposición feudal, W. Kula. Las aportaciones de Van Dillen, Van Houtte, Verlinden, Van der Vee, Brulez, De Vries, tienen amplitud panorámica. Por último, E. Stols ha hecho una recapitulación llena de datos de primera mano en *De Spaanse Brabanders of de Handelsbetrekkingen der Zuidelijke Nederlanden met de Ibensche Wereld, 1598-1648*, Bruselas, dos vols., 1971, que es proseguida, para 1670-1700, por J. Everaert, ateniéndose a las firmas flamencas en contacto con Cádiz.

De esas averiguaciones se desprende que, para seguir luchando, los rivales se vieron precisados a tolerar, si no a promover, relaciones recíprocas no hostiles. Practicando intercambios, mutuamente se complementaron, satisfaciéndose unos a otros necesidades insoslayables propias que, de otra manera, les hubiera sido imposible cubrir. No faltaron las denuncias en el seno de cada bando de semejante colaboración, contradictoria. Las polémicas sobre el particular en Holanda y en Zelanda fueron enconadas, y a punto se estuvo, reiteradamente, de una escisión, por lo que algunos llegaban a calificar de traición a «la causa». Igualmente, en el lado de los Habsburgo: no se comprendía en Bruselas que se consintiera en Madrid un regular y lucrativo negocio del adversario, el cual se estaba enriqueciendo —se afirmaba terminantemente por quienes hacían la delación, entre los que sobresalió por su tenacidad Joachim Butkens— con lo que vendía en los dominios de Su Majestad Católica, donde únicamente podían tener compradores los *stocks* que acumulaba traficando aquí y allá. Para calmar esas impugnaciones se tomaron ciertas providencias restrictivas, por los Habsburgo y por los neerlandeses, en momentos propicios; pero en seguida se derogaron. Las prohibiciones de los Habsburgo, igual que el bloqueo de los neerlandeses, no eran susceptibles de mantenerse indefinidamente; depararían —se presume— al agotamiento de ambos. Pero continuando las cosas el curso que imponía su

deslizamiento —prosigue la versión aludida—, fatalmente condujo a la victoria de los pocos y pequeños, en apariencia, y a la derrota de los muchos y, en apariencia, grandes. Ulteriormente se comprobaría, con el crecimiento de los neerlandeses y la decadencia de los territorios más vinculados a los Habsburgo —Castilla, Sicilia, Nápoles…, incluso las provincias que más tarde constituirían Bélgica— que el triunfo y el fracaso en la guerra de los Países Bajos respondió, respectivamente, a una organización material sana o enferma. Porque, añádase, en conclusión, la «crisis del siglo XVII», a la que se ha atribuido amplitud mundial, es mero artificio del dogmatismo impuesto por los devotos de la coyuntura a ultranza y de su uniformidad por doquier.

Los ingleses, hoy más reputados en cuestiones atinentes a los Países Bajos y a España, no parecen convencidos del tratamiento y de las soluciones dadas a la problemática esbozada. Charles Wilson admite de buen grado las justificaciones alegadas para razones el éxito de los «rebeldes» y el fracaso de los Habsburgo; sin embargo, asevera, «se intuye que detrás de las causas hay algo más que aún se nos escapa» (*The Dutch Republic*, Londres, 1968, p. 15). Para John H. Elliott la descomposición de la Monarquía Hispánica no es tan temprana como suele apuntarse, pues con Felipe IV (1621-1665), todavía, al menos hasta la caída del conde-duque de Olivares, en 1643, alientan proyectos de envergadura que se ponen en ejecución con bien calculadas probabilidades de éxito, aunque a la postre fracasaran, y no cree, si yo capto fatalmente su pensamiento, que fuera la penuria de medios lo que condujo fatalmente al desastre: lo que falló, como demuestran las vicisitudes que concitan, desde muy atrás, la revuelta de los catalanes en 1640, por él cumplidamente rastreadas, es un programa atrayente y cómodo para las diversas comunidades que artificialmente estaban conexionadas, o, expresado con

otras palabras, aunque suponga descender de rango, una conjunción de intereses.

Con esas interrogantes, y, asimismo, con el formativo aprendizaje que depara la Universidad Británica, asentada en una tradición historiográfica poco propensa a dejarse influir en su trayectoria, Geoffrey Parker, alumno de los profesores Elliott y Wilson, pasó el canal de la Mancha dispuesto animosamente a explorar en los fondos manuscritos dispersos, sin regatear rodeos ni estancias, lo que verdaderamente acaeció en el conflicto que se dirimió en los Países Bajos, compulsando al efecto el elocuente testimonio de los que integraban el ejército de los Habsburgo, colectivamente considerado. Se trataba de cifrar su composición, fijando la procedencia diversa de sus contingentes, por naturalezas, edad que tenían los reclutas y cómo, cuándo y dónde se inscribieron, y las condiciones y compromisos con que se hizo el enganche, su encuadramiento por unidades bajo unos mandos, el traslado hasta el lugar de las operaciones de los españoles e italianos, así como de los alemanes, que fueron el grueso de los extranjeros, y, por último, y sobre todo, su idiosincrasia, su moral, su comportamiento privado y profesional. Naturalmente, como eran casi en absoluto mercenarios, con un sueldo preestablecido, resultaría antecedente preciso sentar las bases de una estimación del montante global de los devengos, campaña por campaña, para cotejarlo con las disponibilidades que tuvo el tesorero general de los Países Bajos, pues las diferencias —el déficit— serían un indicio del nudo de la cuestión, la indisciplina, originada esencialmente —aunque no únicamente— por incumplimiento de las pagas. Habría, por tanto, que inventariar uno por uno los motines del ejército de los Habsburgo en «Flandes», desentrañando su génesis y montaje y las repercusiones a corto y a largo plazo.

Revolviendo montañas de papeles heterogéneos, Geoffrey

Parker halló respuestas cumplidas a sus preguntas. Sutilmente captó el mensaje recatado de frases casi enigmáticas. Desembrolló cuentas confusas. No se dejó cautivar por la sirena de las anécdotas. Tampoco se conformó con la recapitulación de guarismos, aunque formasen series cronológicas y se prestaran a «ser diseñados gráficamente; pero sobre esos firmes cimientos —que intercala sobre los pertinentes párrafos o transcribe en los apéndices— edifica paulatinamente su construcción literaria. Capítulo por capítulo, con lógica encadenada, va narrando con sencillez y claridad, procurando una visión objetiva. Excusa los hechos individuales, a no ser que tengan una significación amplia, sociológica. Su sujeto es el conjunto de los combatientes que forman en las filas de Felipe II, de su hijo y de su nieto. Desdeña las noticias confidenciales, en lo que sólo ingenuamente se puede creer, no digamos las hojas de servicios implorando recompensas o las autobiografías jactanciosas. Si para mientes en las disposiciones testamentarias de este o aquel soldado desconocido, es porque rebosan sinceridad y transparentan reflejos anímicos. Lo que persigue son las reacciones anónimas, comunitarias. No el eco de la machacona propaganda oficial en los capaces de urdir, pluma en ristre, una exposición, conjugando, en mayor o menor dosis, según el talante y el cálculo de cada cual, la noción "cruzada contra los herejes" o la noción "represión a los contumaces": L. van der Essen reunió unas cuantas de esas composiciones, sobre las que redactó un artículo erudito en la *Revue d'Histaire Ecclesiastique*, de Lovaina (t. LI, 1956, pp. 42-78). Lo que preocupa a Geoffrey Parker es la psicología de masa. Por eso se deleita en la descripción de los trances tensos, que culminan en el motín de turno. Hay entonces una ruptura, una división por categorías; la raya que separa las lealtades —lealtad a la autoridad preestablecida, jerárquica, y lealtad a la instaurada camaradería democrática— es imprecisa; pero, si no

me engaño, pasa por debajo de los oficiales. Los subalternos fluctúan, igual que los capellanes, razón por la que estos vacilantes, al adoptar posturas ambiguas, pues se mantienen a la expectativa, suelan ser requeridos con portavoces de las propuestas de concierto que se hacen las facciones con miras a resolver la situación, que, caricaturizada, tendría rasgos de huelga laboral reivindicatoria. Viene aquí a cuento recordar las acuciantes dudas del inquieto sacerdote Pedro Cornejo, cuyas andanzas y cavilaciones yo curioseé (*Hispania*, XXIV, 1961, pp. 549-579)».

Los motines del ejército de los Habsburgo en los Países Bajos tuvieron períodos cíclicos. No sorprende, conociendo la evolución de la Real Hacienda, que esas convulsiones tuviesen fases virulentas de 1573 a 1576 y de 1589 a 1606; luego que descendieran a partir de 1607. La normalidad prevalece con el alto el fuego y las conversaciones por entonces entabladas, de que saldrá la tregua de 1609; lo que desconcierta es la ausencia de motines al reanudarse la pugna en 1621. No hay rastro de esas ruidosas disputas en las décadas de los veinte y de los treinta del mil seiscientos, ni posteriormente, cuando el agotamiento se precipita, por deterioso de las bases en que se había apoyado el poderío de los Habsburgo. Por eso, si cabe sostener que los motines impidieron la victoria, sería abusivo hacerles responsables de la derrota. Otra constatación, más importante: no se ha de vincular exclusiva y excluyentemente los motines con «los atrasos». ¿O es que las protestas prorrumpen y claman en tiempos de abundancia, aunque fuera relativa y mal distribuida, y se constriñen y silencian cuando cunde la escasez? Esta pregunta surge de la lectura meditada de los apartados de la encuesta de Geoffrey Parker que específicamente giran en torno al misterioso proceder de la «inconsciencia colectiva» y de sus grados de intemperancia y de resignación. Bucear en esas profundidades del pretérito es una

aventura que apenas tiene precedentes, por lo que requiere elegir y adecuar un método solvente. Constituye verdaderamente un logro en *El Ejército de Flandes y el Camino Español, 1567-1659*, haber ensayado un procedimiento para captar, con arreglo a los consagrados cánones cuantitativos, normas de comportamiento entre los componentes de un grupo determinado —los militares destacados por los Habsburgo en los Países Bajos— en los siglos XVI y XVII, el cual le ha permitido, como resultado, divisar y aprehender manifestaciones tangibles, que al repetirse se institucionalizan, y cuyo parecido en su dinámica con los mecanismos que operan en trances y ocasiones harto diferentes —el movimiento obrero, la conmoción estudiantil, etc.— permiten pensar en las permanencias que yacen por debajo de las capas movedizas que se transforman con lo que pomposamente llamamos revoluciones y separan unas «edades» de otras «edades». Más que de «constantes», como propusiera Eugenio d'Ors, se trata de la *longue durée* que ha definido Fernand Braudel. Pero sin descender a esas honduras son susceptibles de comprender y explicar, a ras de tierra, algunas de las actitudes desveladas en El Ejército de Flandes… por Geoffrey Parker.

Los tercios constituidos por españoles fueron, reconocidamente, las fuerzas más selectas del ejército de los Habsburgo en los Países Bajos. Ganaron fama allí de ser una infantería arrojada. No obstante, con reiteración, en los tercios constituidos por españoles fue donde —en ocasiones, tras de rendir una plaza sitiada o de alcanzar cualquier embarazoso objetivo— surge de ordinario el chispazo de los motines, propagándose con celeridad entre sus filas, mientras las tropas de las demás naciones —súbditos de las provincias obedientes de los Países Bajos, italianos, alemanes, borgoñones del Franco Condado—, no más satisfechas crematísticamente ni mejor tratadas, se mantuvieron con frecuencia fieles. ¿Por qué esa

insumisión perfectamente destacable de los cuerpos formados por gentes de Valladolid y de Toledo, como para cargar de intención su denuncia, recatadamente se expresa don Luis de Requesens en 1574? Se responderá con rapidez a la acusación —incuestionable en su tremenda requisitoria— que por el talante orgulloso y altanero de la raza, cuya dignidad intrínseca no sufre ser víctima de fraudes que menoscaben su honor. Pero, sin rechazar esa aserción, en modo ninguno peyorativa, habrá que pesar y medir, para una inteligencia cabal del fenómeno, la oposición latente que persevera en Castilla con relación a la política de la dinastía que ocupaba el trono, la Casa de Austria; esa discrepancia entre gobernantes y gobernados fue extendiéndose e intensificándose a medida que las consecuencias funestas del derroche se hicieron palpables. Leyendo, por mi parte, entre líneas a Fray Antonio de Guevara y a Alfonso de Valdés —y sustituyendo mentalmente nombres convencional-mente empleados— se me aclararon pasajes abstrusos del *Libro llamado relox de príncipes y del Diálogo de Mercurio y Carón*, evidenciando una crítica de las empresas de Carlos V (*Boletín de la Real Academia de la Historia*, CXXXIII, II, 1953, páginas 389-400), que, mirando atentamente, se transparenta también las colecciones de documentos oficiales contemporáneos, entre las que el Corpus, con esmero compilado e impreso bajo la dirección de Manuel Fernández Álvarez, es la postrera contribución importante (5 tomos, Salamanca, 1973-1981). Las veladas censuras de los funcionarios conspicuos próximos al soberano, pese a tratarse de unos promovidos, se encuentran a cada paso, y algunas son descaradas. La nobleza tampoco estaba satisfecha; por eso, y no sólo por egoístas pruritos de casta, obstruye reformas tributarias que específicamente la afectan, como el impuesto sobre la harina en 1538. La oposición se agudiza bajo Felipe II. Son ahora los representantes de las Cortes de Castilla —la

mesocracia que prepondera en las ciudades y villas, y de cuyo seno salen los procuradores— quienes llevan la voz cantante. En la convocatoria de 1573-1575 que se celebró en Madrid fueron pronunciados discursos vehementes, tajantemente negativos, lamentando con acritud lo que sin pena ni gloria se está dilapidando en «Flandes». José Antonio Maravall ha reparado en esos pasajes, que figuran en las *Actas* (t. IV, Madrid, 1864). Vinieron sin demora los pasquines de los caballeros de Ávila, y la cruenta represión inmediata, según ha novelado escrupulosamente Enrique Larreta; la conspiración, con ramificaciones en Toro, Córdoba y Granada, era por algo más que el pretexto invocado: que se hiciera pechar en «los millones» a los que por su linaje eran exentos. Durante el siglo XVII, a propósito de la fundación de una red de erarios y montes de piedad, los que tenían un patrimonio —abundando los nuevos ricos— se resistieron tan denodadamente que impidieron ser involucrados en unos planes cuyo objetivo era aventar la conflagración de los Países Bajos.

Del pueblo, entre tanto, no hay indicios de alteración. Algún que otro tumulto local es lo único que al indagar se percibe, tenuemente, invariablemente derivadas esas agitaciones leves de sendas «carestías», de la falta de víveres, y teniendo como escenario tal o cual aglomeración. Los campesinos, silenciosos después de su revuelta antiseñorial aprovechando el levantamiento urbano de las Comunidades —tan atinadamente esclarecida por Ignacio Gutiérrez Nieto—, en lo venidero, sometidos al yugo de los censos hipotecarios con que sus «protectores» de las villas y ciudades («por hacer bien y mercado», rezaba la rutinaria e hipócrita cláusula de los certificados notariales que garantizaban esos préstamos, cuyo cometido era absorber una sustancial cuota de la renta rural), les incitaban a una producción y a un consumo mayores, se limitaron a trabajar con ahínco y estímulo, y no sin provecho.

Hasta que los rendimientos decrecientes por la extensión de los cultivos, practicando progresivas roturaciones, hicieron sobrevenir la crisis; la cual se acelera de 1560 a 1580. Simultáneamente, los acreedores de las ciudades y villas retiran su confianza a los campesinos, no les conceden préstamos suplementarios, ya que prefieren invertir sus disponibilidades en juros, títulos de la deuda consolidada que genera a porfía la guerra de los Países Bajos. Las malas cosechas provocan ruinas y embargos. El éxodo de los campesinos hacia las ciudades y villas hinchará a éstas hasta la congestión que denota el vecindario que escrupulosamente fue confeccionado en 1591; de esos refugiados, los viejos se conforman con su suerte, que consistía en ir trapeando hasta sucumbir víctimas de la peste, y muchos de los jóvenes se alistarán en un banderín para «Flandes».

Los más conscientes de esos que sientan plaza, agarrándose a un clavo ardiendo, es imaginable que fueran rumiando su desventura en las jornadas hasta Barcelona, Cartagena o Alicante, en la travesía mediterránea, a seguida en las etapas del famoso «camino español» —por Geoffrey Parker exactamente reconstruido, con las desviaciones que se hubieran de arbitrar cuando el itinerario más derecho fue obstaculizado por presiones e intrigas francesas—, que unía Lombardía con los Países Bajos. Porque desde las costas cantábricas partieron pocas expediciones; la ruta hacia el canal de la Mancha estaba interceptada por los adversarios desde 1568. No hablaban a tontas y a locas los jefes cuando se lamentaban de que con los «labradores y lacayos» que les mandaban para cubrir bajas en los tercios de españoles no se podían haber proezas. No eran cobardes esos «bisoños» que se incorporaban; pero el dolor con posos de resentimiento les sobreexcitaba: pasaban de la alegría ruidosa y colorista, que reflejaban en su atuendo, no uniforme, a la depresión. Se aseguraba de ellos que estaban «rotos». Propicios se adherirán a los motines, máxime teniendo

fundadas quejas próximas. Y cuando les era factible, por tener algunos ahorros encima, desertaban, para regresar a su casa, si tenían suerte, de donde marcharon contra su gusto. Amotinados y desertores en el siglo XVI y mientras la depresión demográfica de Castilla en el siglo XVII no invirtió la superioridad de oferta sobre la demanda de trabajo en la tierra; posteriormente, cuando la curva de los salarios remonta la curva de los precios, de 1601 a 1626, se hace dúo «poner una pica en Flandes». Los Habsburgo han de suplir a los españoles en la guerra de los Países Bajos, donde nunca fueron mayoría —repárese en columnas de la figura 4—, con súbditos de las provincias obedientes en aquellas latitudes y con alemanes, complementando a estas dos «naciones» con ingleses y con borgoñeses, pues los italianos tienden también a la sazón a reducirse. Después de 1640, pese a que han de acudir a los frentes de Cataluña y de Portugal, tornan los españoles a tener cierta entidad en la guerra de los Países Bajos. Entre tanto, la curva de los salarios ha sido desbordada por la curva los precios en Castilla.

«El triunfo será de quien posea el último escudo», apostrofaba don Benardino de Mendoza —que había estado en Oran, Peñón de Vélez y Malta, y que antes de ser embajador en Inglaterra fue lugarteniente del duque de Alba durante el gobierno de éste en «Flandes»— en un tratado donde recoge experiencias de estrategias y táctica, que intituló *Teoría y práctica de la guerra*, aparecido sucesivamente por 1595 en Madrid y por 1596 en Amberes, con dedicatoria a Felipe II. Don Bernardino de Mendoza, al sentar esa aseveración, desde luego, recuerda y confirma la sentencia que ya era tópica: *pecunia belli nervus est*; pero como él sabía que no se trataba de cualquier clase de dinero, ni siquiera cualquier clase de moneda metálica, ya que había presenciado durante su estancia en los Países Bajos entre 1567 y 1577 cómo las tropas a sus órdenes se

aferraban con intransigencia a que les liquidaran sus estipendios precisamente en oro, rehusando la plata, no digamos el vellón, escribe que la victoria la conseguirá el que disponga del postrer escudo, esto es, de rutilantes acuñaciones áureas. Años después no hubiera sido don Bernardino de Mendoza tan preciso: entonces los reales, o las piezas que refundiéndolos se obtenían, pálidas acuñaciones argénteas, eran al efecto corrientemente aceptados. Geoffrey Parker califica la hipótesis que yo tímidamente esbocé en 1965, cuando estaba en boga la idea de que desde la llegada a España de los despojos que se hicieron a los incas y, a continuación, el arribo a Sevilla de las masivas remesas de las extracciones que se estaban haciendo en las minas del Perú y México, en Europa la plata sustituyó al oro como clave de las transacciones y compensaciones de supremo rango, cualquiera que fuese su naturaleza y tipo. Internacionalmente, si en el segundo tercio de la decimoquinta centuria, la plata ganó posiciones al oro, y acaso pareciera que iba a sobrevenir un desplazamiento de éste por aquélla, tal presunción no se cumplió… hasta mucho más tarde, las postrimerías del siglo XVI o los albores del siglo XVII. La referencia y subordinación de la plata al oro se acentúa en las fases iniciales de la guerra de los Países Bajos; la desaparición del oro y la simultánea preeminencia de la plata son ulteriores, en torno a 1600, repítese. En *El Ejército de Flandes…* hay comprobaciones de esa mutación.

Felipe II tuvo que soportar, por tanto, un inconveniente grave, del que se vieron libres Felipe III y Felipe IV: el sometimiento a un mecanismo que por sutiles conductos y manipulaciones cambiase plata por oro. Los artífices de esa metamorfosis complicada fueron los consorcios de banqueros genoveses. Estos, por eso, se hicieron imprescindibles; aunque en España eran detestados y se intentó evitarlos con cautela en 1560 y, resueltamente, en 1575, fue en vano: resultaba peor el

remedio que la enfermedad. El período del apogeo de «los genoveses» va de 1576-1577 a 1596, coincidiendo con el auge de su reducto para el trueque de plata por oro, las ferias con ese motivo organizadas al sur de los Alpes, las cuales, aunque continúen denominándose de Besançon, suelen celebrarse en Piacenza. También dentro de España «los genoveses» captaban con plata el oro que guardaban los acaudalados; fue esa una de sus habilidades, rozando en las tretas. Utilizaron profusión de medios. Porque en España, contra lo que se deduce a primera vista de las cifras proporcionadas por E. J. Hamilton sobre el peso del oro y de la plata que arribó de América a Sevilla, de las cecas que funcionaron —Sevilla, Segovia (la vieja intramuros, la vieja extramuros), Toledo, Valladolid, Cuenca, Burgos y Granada— no sólo salieron reales, sino asimismo, en proporción considerable, escudos. Modesto Ulloa ha despejado recientemente una incógnita que impedía la fidelidad de los análisis: ha puntualizado el montante de marcos de oro y de plata que, ejercicio por ejercicio, desde 1566-1567 a 1598 fue entregado por los particulares a cada «casa de la moneda» de Castilla para su troquelado; han de añadirse las acuñaciones hechas por encargo del rey (hasta hoy sólo conocidas las hechas en Sevilla de 1571 a 1575). Pierre Vilar había llamado la atención de estar por encima el valor del oro que el valor de la plata venidos legalmente de las Indias hasta 1560; pero es que Modesto Ulloa —que amistosamente me ha comunicado sus hallazgos— retrotrae ese predominio, a tenor de los reales y escudos que se lanzan a la circulación en Castilla, hasta acabar el Mil Quinientos.

Desde entonces, en que el oro deja de ser imprescindible porque se toma y admite la plata como instancia máxima, se complican los acontecimientos. Los consorcios de banqueros genoveses vacilan; siéntense débiles, y por eso constituyen un sindicato que los ampare. Los neerlandeses se pliegan a un

armisticio provisional en 1606-1607, firme en 1609. El conde-duque de Olivares lanza al vuelo sus planes no enteramente fantásticos. Cejan los motines en el ejército de los Habsburgo en «Flandes». Esa es sólo una cara de la medalla; la otra faz es menos halagüeña: pues al encarecerse la plata dentro de España por estar solicitada a porfía en el exterior, entra en juego el vellón, fomentándose entre plata y vellón unas combinaciones especulativas cargadas de implicaciones económicas y sociales. Geoffrey Parker no se adentra en ese laberinto; se mantiene discretamente en los umbrales, proporcionando en el apéndice K una excelente pauta para futuras exploraciones: las cantidades que se proveyeron a los tesoreros generales de los Países Bajos desde 1567 a 1671, distinguiendo la porción suministrada por España. No pasaron por los tesoreros generales de los Países Bajos los caudales todos que España quemó en la hoguera de «Flandes». Ni son equivalentes las sumas que salieron de España con las sumas que llegaron a «Flandes». En el tránsito, que requería la conversión de especies hasta fines del siglo XVI o comienzos del siglo XVII, el volumen de las erosiones, la diferencia entre lo que sale de España y lo que llega a los Países Bajos se nos escapa todavía. Pero tenemos una referencia segura, lo que la tesorería general de los Países Bajos recibió de España, lo cual, sustraído del importe de los juros, de los títulos de la deuda pública consolidada de Castilla, depara un resto que acaso sea una aproximación a la magnitud buscada.

No se acabaría de comentar *El Ejército de Flandes*…, exponente de una rama del tronco frondoso del hispanismo que está tutelando con inteligencia y tesón John H. Elliott. Los frutos que esa «escuela» ha madurado abren horizontes, y al estar coordinados se sostienen entre sí. Por eso son inevitables las citas de unos a otros. Terminaremos, pues, recogiendo las que hace Geoffrey Parker, porque enseñan los derroteros por donde han discurrido y discurren las investigaciones de I. A. A.

Thomson, R. L. Kagan, C. J. Jago, P. Brightwell, J. G. Casey y L. P. Wright (1969). Urgía difundir en España al menos una muestra de ese esfuerzo; la elección hecha se recomendaba por el eco que ha suscitado desde aparición, al volver sobre un tema vidrioso y polémico.

Felipe Ruiz Martín

INTRODUCCIÓN

CARÁCTER DE LAS GUERRAS DE LOS PAÍSES BAJOS

Allá por el año 1614 le regalaron al joven príncipe de España, el futuro rey Felipe IV, una colección de soldados de juguete, hechos en madera. Había regimientos y compañías, con sus diferentes banderas, armas y vestuario; había caballos y cañones para la artillería; incluso las diversas tiendas y pabellones de los armeros, vivanderos y barberos que acompañaban siempre a los ejércitos. No faltaban materiales especiales para la construcción de lagos artificiales, bosques y puentes de barcas, y había un castillo de juguete para que lo sitiara el «ejército». Y el inventor describía pomposamente en una publicación en español y en latín, éste que era el primer «juguete de guerra» para niños conocido en Europa. El juguete era tan grandioso por su intención como por su ejecución: tenía como fin educar y al mismo tiempo deleitar. «Assi sera este exercito no menos que iocundo, vtil…», escribía al príncipe el diseñador, un tal Alberto Struzzi. «Verase también con esso, los gastos que son necessarios para salir victoriosos los Reyes, y como faltando el dinero (que es el nervio de la guerra) no se puede conseguir lo que el principe dessea». Los ejércitos a los que no se les paga caen invariablemente presa de los desórdenes, de la deserción y de la derrota, avisaba el inventor[4].

En última instancia, se pretendía con este juguete bélico que el príncipe Felipe se diera cuenta de la existencia de los Países Bajos españoles y del ejército que los defendía. En efecto, el espléndido juguete del príncipe era una réplica perfecta del más famoso ejército de entonces, el Ejército de Flandes, que España mantenía en los Países Bajos desde 1567. En modo

alguno era demasiado pronto para enseñar al futuro rey de España que su poder descansaba en gran medida sobre la potencia militar y que sus ejércitos sólo podrían actuar mientras se les pagase.

El Ejército que sirvió de modelo para el juguete de Alberto Struzzi fue una fuerza de combate que se encontraba en su cénit. En 1604, después de un sitio que había durado tres años, las tropas que España tenía en los Países Bajos habían forzado la rendición del importante puerto flamenco de Ostende. En 1605 y 1606, con una facilidad envidiable, el Ejército cruzó el Rin y el Mosa (la llamada «Barrera de los Grandes Ríos») con el fin de actuar más cerca del centro de operaciones del enemigo, y tomó varias ciudades, pese a la resistencia holandesa. En 1614 el Ejército volvió a ponerse en marcha a través de los ríos, esta vez para ocupar, en la región del Rin, los ducados vacantes de Cleves y Jülich, e impedir con ello la accesión a esos ducados de un protestante. Cincuenta y cinco ciudades y fortalezas fueron capturadas y guarnecidas sin esfuerzo. Las victorias se sucedieron. En 1620 el Ejército de Flandes se dirigió al interior del Palatinado Renano y aplastó cuanta oposición encontró a su paso en cuestión de semanas. Aunque el sitio de Bergen-op-Zoom constituyó un fracaso en 1622, el Ejército español forzaba en 1625 la rendición de Breda, sede de la casa del temible caudillo enemigo, Mauricio de Nassau. A fines de ese año moría Mauricio a causa, en parte —según se dijo—, del disgusto que le ocasionó su derrota en Breda.

Al ejército de juguete de Alberto Struzzi le faltaba la flota, omisión notable si se considera que su modelo fue un Ejército que estaba empeñado en guerra contra una república marítima, cuya principal fuerza era su comercio por mar. Pero no se trataba de un error; el Ejército de Flandes era, en efecto, una fuerza exclusivamente terrestre. Había habido en otros tiempos una poderosa armada en los Países Bajos, con base en el arsenal

naval de Veere en Zelanda, pero en 1572 los rebeldes holandeses se habían apoderado del arsenal, con los 2000 o más cañones y todas las municiones que contenía, a consecuencia de lo cual la flota real perdió uno tras otro sus barcos, bien en combate o a traición, hasta que, para el verano de 1574, el gobierno se había quedado prácticamente sin ninguno. En 1576 perdió también todos los puertos de mar.

En 1583 el Ejército de Flandes volvió a tomar el puerto de Dunquerque. Inmediatamente después se constituyó un almirantazgo y se dieron órdenes para construir nuevos barcos de guerra. Este fue el principio de la «flotilla de Flandes» (la «armadilla de Flandes») que operó contra los holandeses durante el resto de la guerra, apresó navíos, protegiendo a los comerciantes españoles y transportando tropas entre España y los Países Bajos meridionales. Pero no obstante estas útiles y provechosas actividades, la flota de Dunquerque no contribuyó gran cosa a ganar la guerra. La mayoría de las veces la armada holandesa, muy superior en número, mantuvo un estrecho bloqueo sobre los puertos de la costa flamenca, impidiendo que la «armadilla» pudiera incluso hacerse a la mar. Cuando un barco conseguía escapar a alta mar, los holandeses estaban siempre dispuestos a perder diez de sus navíos con tal de destruirlo. Valía la pena cualquier sacrificio para mantener su absoluto control naval sobre el mar del Norte[5]. Todos los intentos españoles de desafiar la superioridad holandesa mediante el envío de barcos de guerra de su flota atlántica acabaron en el desastre: la armada de 1574 no se hizo a la mar, la flota de 1596 fue hundida, las de 1588 y 1639 fueron destruidas en combate.

El no haber conseguido mantener una flota en el mar del Norte fue decisivo para los intentos españoles de dominar la rebelión de las provincias marítimas de los Países Bajos, ya que en el transcurso del siglo XVI diversos cambios e innovaciones

profundas en la organización militar de Europa y en los métodos militares hicieron que fuera cada vez más difícil la victoria por tierra. En particular, resultó casi imposible la victoria rápida por tierra: para conseguir una victoria completa podían necesitarse años, tal vez décadas. Como declaraba en 1577 uno de los consejeros navales de Felipe II, sin una flota en los Países Bajos podía tardarse cincuenta años en reducir a los «rebeldes»[6]. Ni que decir tiene que se quedó corto en su apreciación.

La primera ruptura importante con los métodos convencionales de guerra, que predominaron en la época medieval, fue el triunfo de los cuadros de suizos armados con picas sobre los caballeros montados de Borgoña en una serie de batallas campales. La lección de Morat, Grandson y Nancy fue inmediata, importante e inevitable: la infantería podía vencer en el campo de batalla a la caballería. Este giro en la eficacia militar eliminaba una restricción fundamental que venía limitando las proporciones de las guerras en Europa. Puesto que un caballo era no sólo caro, sino también una señal de clase social, el tamaño de un ejército basado sobre la caballería se veía circunscrito necesariamente por las dimensiones de la clase social cuyo distintivo era el caballo: los caballeros. No existía esa barrera al número de hombres que podían reclutarse y a los que se podía dar un yelmo y una pica de dieciséis pies. En consecuencia, el eclipse de la caballería por la infantería significó que la victoria militar, después de la década de 1470, vino a depender no de la calidad de los combatientes ni de la excelencia de su armamento, sino de su número. Un gobierno empeñado en una guerra tenía ahora que movilizar y equipar el mayor número de hombres posible.

Nicolás Maquiavelo dedujo todas las consecuencias logísticas de la derrota de los caballeros de Borgoña y les dio una enorme difusión. En su *Discurso sobre la primera década de*

Tito Livio (terminado en 1519) y en su Arte de la guerra (1520-1521), Maquiavelo predicó las dos claras lecciones de las victorias suizas: la infantería había derrotado a la caballería, la cantidad había superado a la calidad, y lo seguirían haciendo. Las obras de Maquiavelo estaban escritas en un estilo persuasivo, llamativo, y la fama de su nombre garantizaba una amplia difusión a sus ideas. Se hicieron traducciones a muchos idiomas y ejercieron una poderosa influencia sobre el pensamiento militar. En palabras del profesor Hale: «El respeto hacia las ideas militares de Maquiavelo siguió en aumento al tiempo que su reputación política se hizo más alarmante[7]».

En realidad, aunque la apreciación hecha por Maquiavelo sobre el cambio experimentado por la situación militar fue correcta, pocas de sus plausibles predicciones sobre el futuro de las guerras en Europa se vieron refrendadas por los hechos. Pronosticó mayores ejércitos, más batallas, batallas a mayor escala y, en consecuencia, guerras más breves y más decisivas. Únicamente resultó verdad la primera de estas predicciones —y aun ésta no por la razón que aducía Maquiavelo ni mientras él vivió.

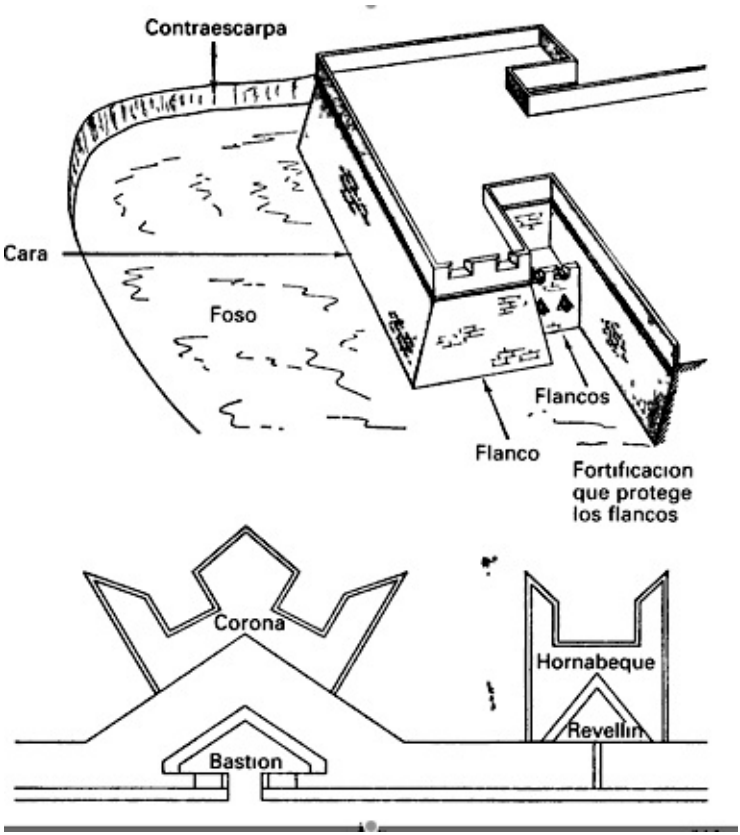
Las enmarañadas guerras de la contienda franco-española por la posesión de Italia que siguieron a la invasión de Carlos VIII en 1494, fueron crueles y sangrientas; pero no hay pruebas de que ninguno de los dos estados reuniesen en el campo de batalla efectivos superiores a 30.000 hombres antes de la Paz de Cambrai, en 1529. Fue en la década siguiente cuando por primera vez el tamaño de los ejércitos enemigos comenzó a crecer de forma notable y sostenida. En 1536-1537 el emperador Carlos V movilizó 60.000 hombres, sólo en Lombardía, para defender Milán, que acababa de conquistar, y para invadir la Provenza francesa. En 1552, acometido simultáneamente por todos los frentes —en Italia, Alemania, Países Bajos y España, en el Atlántico y en el Mediterráneo—,

Carlos V reunió 109.000 hombres en Alemania y en los Países Bajos, 24.000 más en Lombardía y más aún en Sicilia, Nápoles y España. El emperador debió tener a sus órdenes y, por tanto, a expensas suyas, unos 150.000 soldados. La tendencia ascendente continuó. En 1574 el Ejército español de Flandes sólo contaba con 86.000 hombres, y medio siglo después solamente Felipe IV podía proclamar con orgullo que el número de las tropas que estaban a sus órdenes en 1625 no baja de 300.000 hombres. En todos estos ejércitos el verdadero aumento en las cifras tuvo lugar entre la infantería, especialmente entre los armados con picas[8].

Fue en esto en lo que la profecía de Maquiavelo resultó verdadera: los ejércitos habían crecido enormemente en cuanto a su fuerza numérica, y el crecimiento había tenido lugar entre los soldados de a pie. Sin embargo, no se puede decir que fuera la «pujante pica» la que produjo el aumento. Lo que obligó de forma eficaz a todos los gobiernos a doblar el tamaño de sus ejércitos fue una transformación de la guerra defensiva, escasamente observable cuando Maquiavelo escribía.

En el siglo XV los arquitectos militares desarrollaron el baluarte. Este terrible saliente de la línea de las murallas, provisto de una plataforma sobre la que se instalaba la artillería, tenía cuatro caras: dos proyectadas hacia afuera en dirección al enemigo y dos situadas a los ángulos precisos con respecto al muro principal de modo que ofrecían la posibilidad de abrir fuego cruzado en caso de asalto. Se dieron al mismo tiempo otros cambios. Tanto los baluartes como el muro-cortina empezaron a construirse mucho más bajos y mucho más gruesos que antes, empleando ladrillo y cascote en vez de piedra. Se descubrió que el ladrillo absorbía el proyectil de cañón en vez de romperse con el impacto, como la piedra, mientras que, por otra parte, se demostró que unos muros más bajos resultaban más resistentes al fuego de la artillería. Para

completar el nuevo sistema defensivo, se rodearon las murallas y los baluartes con un foso ancho y profundo, a menudo protegido con nuevas construcciones. Estos desarrollos, y particularmente el baluarte, «revolucionaron el modelo de guerra ofensiva-defensiva[9]».



Baluarte (arriba) y las nuevas obras de defensa

Todavía hoy la *trace italienne* (nombre que se dio al nuevo estilo) ofrece un aspecto formidable. Así, por ejemplo, las fortificaciones de Berwick-on-Tweed, construidas según el nuevo diseño entre 1558 y 1568 y que siguen aún intactas, no pueden por menos de impresionar al observador[10]. En el siglo XVI las nuevas defensas eran revolucionarias, porque invalidan totalmente el método convencional de sitio de una ciudad —que consistía en practicar un orificio en los muros

con fuego de cañón o mediante una mina, a lo que seguiría el asalto en masa. Ahora los bastiones mantenían a los cañones sitiadores alejados, de modo que su alcance de tiro no resultase efectivo, y sus disparos no conseguían reducir a cascote la mampostería de ladrillo. Las láminas 2 y 3 muestran perfectamente los dos tipos de fortificación —en la lámina 2 las antiguas y elevadas murallas de Deventer son destruidas con facilidad por las baterías holandesas y las tropas penetran en la ciudad. Esto ya no fue posible después con las nuevas defensas (cf lámina 3) levantadas por los holandeses inmediatamente después de tomarla (1591). Las ciudades defendidas según el sistema de *trace italienne* únicamente podían ser conquistadas, de ordinario, mediante un bloqueo total. Los sitiadores tenían que construir y guarnecer una cadena de fortificaciones en todo el perímetro de la ciudad sitiada. Este círculo de contención solía ser doble: como en el sitio de Alesia por César, tenía que haber uno de circunvalación contra las ciudades y otro contra la posibilidad de un ataque por un ejército de auxilio. Solamente se podían omitir estas complicadas obras de sitio en terrenos en que hubiese muchos pueblos, caseríos u otros edificios que el sitiador pudiera fortificar y guarnecer, a fin de crear una cortina acorazada eficaz que impidiese todo contacto entre la ciudad sitiada y el mundo exterior —pero esto no permitía a los sitiadores ninguna reducción en sus efectivos.

Las diferentes técnicas del arte del sitio se ilustran en la lámina 4, estampa contemporánea del sitio realizado por Enrique IV en 1597 de la plaza de Amiens ocupada por los españoles, junto con una foto aérea de la señal que queda de las obras de sitio que aparece actualmente como lindes entre los sembrados. Amiens estaba defendida por una muralla medieval alta y delgada punteada por torres redondas. A las antiguas defensas se habían añadido un número de baluartes para proteger los puntos más débiles, bien adosados directamente a

las murallas medievales (los verdaderos bastiones), o construidas en el foso (los revellines —cf. a la izquierda del grabado—). Las construcciones de tierra de los sitiadores pueden verse claramente en la parte inferior de la lámina, *tranchées* y «cobertizos» hechos de tierra y unidos formando una cadena continua que oculta la ciudad y protege el campamento principal de los sitiadores (el racimo de tiendas estilizadas que hay al fondo en la parte derecha de la lámina). Son estas construcciones de tierra las que han dado lugar a esas señales en los sembrados. Al otro lado de la ciudad —el lado sur, que da a Francia y que se consideraba más protegido de los ataques de un ejército de socorro de los Países Bajos— los sitiadores fortificaron sólo los edificios exteriores, principalmente, iglesias y puentes (véase la parte superior del grabado). El modelo de construcciones de sitio empleado en Amiens en 1597 constituyó el tipo a que se atuvieron los procedimientos adoptados contra cualquier ciudad defendida por fortificaciones según el nuevo estilo: el bloqueo y el desgaste.

La superioridad de la *trace italienne* sobre los sistemas anteriores de defensa fue tan manifiesta que se extendió rápidamente a todas las zonas fronterizas susceptibles de ser atacadas de Europa. Las magníficas defensas construidas en Verona después de 1527 por Michele Sanmicheli sirvieron como de anuncio y a menudo como de proyecto para el nuevo estilo. No tardó Francisco I en invitar a los expertos constructores y arquitectos italianos a trabajar en las fortificaciones de la frontera norte de Francia. Para 1542 habían construido baluartes a todo lo largo de la frontera con los Países Bajos, y Francisco pudo preparar una invasión de los mismos en la regocijada seguridad de que sus propias defensas resistirían cualquier contraataque. En realidad, esta línea *proto-Maginot* resultó un fracaso. Igual que ocurrió con la gran esperanza francesa de los años 1930, las defensas de Francisco I

sólo consiguieron extenderse hasta el territorio neutral más próximo. En 1544 Carlos V pudo doblar el flanco francés con sólo entrar en el ducado neutral de Lorena e invadir Francia por sus indefensas provincias orientales. Una tras otra fueron asaltadas y tomadas todas las ciudades. Francisco se vio obligado a firmar una paz precipitada. Pero el emperador aprendió la lección y ordenó a sus arquitectos que intensificaran sus esfuerzos: se levantaron defensas al estilo italiano en todos los puntos estratégicos —a lo largo de la costa, en torno a determinadas ciudades clave en el interior, y a lo largo de toda la frontera sur entre los Países Bajos y Francia. Ante cada baluarte de los construidos por Francisco I en Doullens, La Capelle y Thérouanne construyó rápidamente Carlos V otros tantos al otro lado de la frontera en Charlemont, Philippeville y Mariembourg[11].

Allí donde parecía probable una guerra, surgían nuevas defensas. Desde Lombardía, campo de batalla de Europa en la década de 1530, se extendieron hasta los Países Bajos e Inglaterra en los diez años siguientes. Cuando después de 1560, estalló la guerra civil en Francia y en los grandes ejércitos y en ellas se construyeron a toda prisa baluartes y ciudadelas.

El carácter «revolucionario» de las nuevas fortificaciones radica en que hacen ineficaces los métodos de guerra que se venían empleando hasta entonces. El triunfo de las picas ya garantizaba la superioridad de las tácticas defensivas sobre las ofensivas en las operaciones móviles; ahora la defensiva se imponía a la ofensiva en la guerra de sitio también. Cuando hasta las ciudades pequeñas y sin importancia podían resistir un sitio durante varios meses si contaban con la *trace italienne*, la trascendencia de las batallas era mucho menor. La constatación de esta realidad consolaba a un desalentado observador inglés en los Países Bajos al día siguiente de la sonada y aparentemente total victoria española en Gembloux en enero de

1578. Don Juan habría ganado una batalla, observaba William Davison con torva satisfacción, pero todavía tenía que:

> […] tomar ciudad por ciudad, la menor de las cuales le llevaría no menos de medio año de sitio, con enormes gastos, pérdida de hombres y riesgo para su fortuna y reputación, porque (como dice la gente de guerra) una ciudad bien defendida basta para arruinar a un poderoso ejército[12].

Las guerras de los Países Bajos después de 1568 se libraron en gran parte en la esfera de la *trace italienne*. Aunque en los primeros años no todas las ciudades estaban protegidas por baluartes (Oudewater y Buren en Holanda, por ejemplo, que fueron tomadas por asalto en 1575), la inmensa mayoría de las acciones de guerra más importantes llevadas a cabo por el Ejército de Flandes fueron bloqueos por hambre. Los casos en que los sitiadores cargaron por una brecha practicada en las murallas fueron relativamente pocos. El espectacular (y fallido) asalto español sobre Maastrich en 1579, conmemorado en una obra Lope de Vega, *El asalto de Mastrique*, fue uno de los últimos de este género en la guerra de los Ochenta Años. Para 1600 casi todas las ciudades importantes estaban fortificadas según el nuevo estilo, por lo que la guerra se convirtió en una prueba anual de resistencia ante el hambre a que eran sometidas una o más ciudades enemigas.

La degeneración de la guerra en una serie de sitios prolongados, con frecuencia de ciudades muy próximas entre sí, produjo naturalmente cambios importantes en el tamaño y composición de los ejércitos. En primer lugar, acabó de eclipsar totalmente a la caballería como fuerza importante de combate. Tan pronto como el Ejército español entró en Holanda en el otoño de 1572 fueron licenciadas todas las unidades de caballería pesada. Era correcta la observación de un soldado inglés que servía en el Ejército de Flandes de que duque de Alba «no tenía necesidad de una gran caballería, por la razón de que tampoco iba a ser mucha la que tuviera enfrente[13]».

Únicamente se moviliza la caballería pesada cuando la campaña tenía lugar en el sur o en el este de 1os Países Bajos, donde las grandes ciudades distaban más unas de otras y donde había mejores posibilidades de poder luchar en batalla campal. El Ejército de Flandes variaba su composición según el teatro de operaciones. «Es necesario tener más infantería para entrar en las provincias rebeldes, y más caballería para campear en Francia», observaba un destacado ministro del Ejército en 1637[14]. En consecuencia, solamente se reclutaba caballería *en masse* cuando se la precisaba de modo urgente. Este sistema ahorraba dinero —el coste de la caballería era ruinoso—, pero podía resultar peligrosa esta economía: la caballería reclutada apresuradamente para entrar en servicio contra Francia estaba, como no podía ser menos, desentrenada y con frecuencia no era de fiar. La derrota española en Lens en 1648 se debió en buena parte a la deserción de la caballería antes de que se disparara el primer tiro. Ni siquiera esta aleccionadora experiencia hizo cambiar los sistemas del Ejército. En general, la única caballería que se mantuvo siempre en el Ejército de Flandes fueron las compañías de jinetes ligeros: unos pocos miles de soldados de a caballo, la mayoría de ellos españoles e italianos, armados con lanza y con pistola, o bien con arcabuz de arzón. Su importante misión consistía en patrullar la zona (la *platteland*) y proteger a as poblaciones leales.

La guerra de los Ochenta Años fue ante todo un duelo de infantería. Los soldados de a pie de ambos bandos tenían que sitiar las ciudades enemigas y defender los puntos fuertes de su respectiva zona. Ciudades, poblaciones rurales, pueblos y pequeñas fortalezas: todo tenía que ser guarnecido a fin de evitar ataques por sorpresa. A lo largo de la guerra, el Ejército de Flandes tuvo que emplear en funciones de guarnición a más de 30.000 de sus hombres. En 1639 necesitaba guarniciones permanentes en los Países Bajos españoles no menos no 208

plazas; ello suponía un total de 33.399 hombres, desde los 1000 estacionados en el puerto de Dunquerque (la guarnición mayor) hasta los diez que había en el fuerte llamado «La Grande Misére», próximo a Gante[15].

Estas costosas precauciones eran de vital importancia. Cuando un sitio se convertía en una acción de guerra seria y prolongada, pequeñas ciudades y aun pueblos, sobre todo los que contaban con murallas o con foso, adquirían una considerable importancia estratégica. Con mucha frecuencia, el éxito en el bloqueo de una gran ciudad dependía del control de los pueblos circundantes, por otra parte, desde 1572 hasta la década de 1590 se convirtieron en objetivos militares por derecho propio muchas pequeñas poblaciones distantes de los sitios principales. Aunque los historiadores militares han tendido a centrar su tención en los aspectos formales de la guerra, en los combates, en los sitios, en batallas y maniobras mayores, estos acontecimientos constituían sólo la punta del iceberg del conflicto militar. Debajo de la acción que llevan a cabo los grandes batallones, por lo menos hasta 1590, combatían, intrigaban y mataban sin descanso por el control de los pueblos, partidas más pequeñas de soldados. La reconquista fragmentaria por España de las zonas rebeldes en la primera fase de la guerra creó una frontera «flotante» con entrantes y salientes a modo de dientes, que se extendía desde una ciudad fortificada a otra, desde un pueblo hasta el próximo. Hasta 1594 la frontera bajó desde Groninga en el norte hasta Lieja, y desde aquí torcía al oeste hasta la costa marítima flamenca. A todo lo largo de esta línea invisible, destacamentos militares hacían una guerra agotadora a base de escaramuzas y sorpresas. En esta situación, como observó Monluc, la guerra vino a ser cuestión de «combates, encuentros, escaramuzas, emboscadas, alguna batalla de vez en cuando, sitios de poca importancia, asaltos, escaladas, tomas de ciudades y ataques por sorpresa a las

ciudades». Parecía una serie de luchas de guerrilla sin coordinación, más que una única guerra a gran escala[16].

Estos combates menores localizados, esta *guerre aux vaches*, constituían un sistema de guerra muy intensa y agotadora en extremo. Exigían tropas con un grado de resistencia y experiencia fuera de lo normal. En las batallas u operaciones de masas los jefes pedían a sus hombres disciplina de cuerpo, buen orden, realización cuidadosa de determinados movimientos colectivos y, sobre todo, estoicismo bajo el fuego enemigo. Por contraste, para la escaramuza y para la sorpresa de la guerra de guerrilla, la disciplina y la organización de cuerpo apenas contaban; las cualidades fundamentales eran la máxima pericia individual y que cada uno estuviera perfectamente familiarizado con el uso de las armas[17].

Por supuesto que los caudillos y comentaristas militares del siglo XVI se dieron cuenta de que estas diferentes formas de hacer la guerra requerían diferentes tipos de soldados: uno para desempeñar la acostumbrada misión de guarnición y para las maniobras de masa, y otro distinto para la acción de guerrilla. En general, convenían en que era más difícil encontrar tropas expertas en la escaramuza y en el ataque por sorpresa, lo que los ingleses llamaban las «acciones» de guerra. Para ello se requerían soldados veteranos. El duque de Alba insistía siempre en que eran indispensables algunas tropas entrenadas para vencer en las guerras de los Países Bajos, porque «con ninguna otra gente […] se puede hazer ningún faction, si ya no fuese viniendo a una vatalla donde se avria a combatir de esquadron a esquadron». Según el duque (y él poseía la experiencia de toda una vida), cualquier ejército podía librar una batalla, pero para vencer en una escaramuza se precisaban veteranos entrenados[18].

El interés por la guerra «irregular» produjo un gran impacto

sobre la organización y sobre el personal de los ejércitos beligerantes. La unidad básica de los ejércitos europeos desde el siglo XIV hasta hoy día ha sido la «compañía». Hasta 1600 todo lo que sobrepasara a la compañía respondía únicamente a conveniencias administrativas, no a motivaciones tácticas. El tamaño del regimiento y del tercio varió a lo largo del siglo XVI (entre unas 10 y 20 compañías o entre unos 1000 y 5000 hombres), y rara vez operaron como un cuerpo único. Para una operación se requería una organización táctica totalmente flexible. En el Ejército de Flandes, cuando se precisaban contingentes superiores a una sola compañía, se reunían en un cuerpo único indistintamente las compañías más experimentadas de las diversas «naciones» del Ejército (españoles, valones, alemanes, italianos, borgoñones y británicos). De este modo podía reunirse un ejército heterogéneo, pero muy bien entrenado, de entre 1000 y 3000 hombres, que normalmente contaba con más arcabuceros y mosqueteros que soldados con pica. Se le conocía con el nombre de «escuadrón». Esta flexibilidad presentaba ventajas obvias: los mosqueteros valones tenían fama general de ser los mejores tiradores; los alemanes eran de absoluta confianza en la adversidad; a los españoles se les reconocía como los más valientes y más fieros en el ataque, y también como los más despiadados. La combinación de estas diferentes cualidades en un solo cuerpo de ejército o escuadrón producía una mezcla perfectamente equilibrada. Sobre todo producía una flexibilidad que se adecuaba de forma ideal al sistema «irregular» de escaramuza y ataques por sorpresa de las guerras de los Países Bajos[19].

El carácter de las guerras en los Países Bajos cambió un tanto hacia 1600. La causa originaria del cambio estribó en la rectificación de la frontera entre las dos partes. Después de 1587 el Ejército de Flandes dejó de ocuparse de la

consolidación y continuación de la reconquista de las provincias «rebeldes», primero por el plan de Felipe II de invadir Inglaterra (la «Armada Invencible», 1587-1588), y después por el ambicioso programa de ayuda militar a la Liga Católica de Francia (1589-1598). La preocupación de España por estas dos empresas libró a la República Holandesa de la presión. Comenzando por la sorpresa de Breda en 1590, el ejército de los Estados redujo metódicamente todos los puestos avanzados españoles situados al norte del Rin y del Mosa. Puesto que todas las tropas españolas estaban empleadas en ayudar a la causa católica francesa o se encontraban amotinadas por falta de paga, no fue posible disponer de ningún ejército de socorro para el norte, y los holandeses consiguieron realizar conquistas notables con las poquísimas fuerzas de que disponían. La toma de Groninga por Mauricio de Nassau, en julio de 1594, completó el proceso. De este modo la frontera quedaba dramáticamente acortada, ya que se extendía desde el mar al sur de Sluis hasta el ducado neutral de Cleves, situado al sudeste de Nijmegen.

Otro factor de estabilización de la frontera fue la construcción defensiva levantada por los holandeses detrás de los grandes ríos. En el invierno de 1605-1606 construyeron una cadena de «fortines», blocaos y reductos, unidos por un terraplén continuo de tierra, que se extendía desde Zwartsluis a orillas del Zuider Zee hasta Zwolle y continuaba a lo largo de la orilla occidental del Ijssel hasta Arnhem, situada sobre la orilla oeste del Neder-Rijn en su confluencia con el Waal en Schenkenschans, y, finalmente, seguían por la orilla norte del Waal llegando justo hasta Tiel[20]. Este notable sistema de defensa, que resistió con éxito un ataque en 1606, no fue el único. Las ciudades holandesas que se levantaban a lo largo de las dos orillas de los «grandes ríos» (el Mosa, el Waal, el Linge y el Lek) estaban muy fortificadas y formaban cuatro sólidas filas,

con lo que podían resistir a cualquier invasión. No eran, como se ha afirmado, los «grandes ríos» lo único que constituía la barrera divisoria, ya que los ejércitos de ambos lados podían cruzarla y de hecho la cruzaban en barcas y pontones; fue una combinación de la geografía y de la ingeniería militar de los holandeses. Los ríos eran ciertamente anchos y profundos, lo cual ejercía un efecto restrictivo sobre los movimientos militares; más importancia tuvo el que la zona próxima a los ríos estuviera escasamente poblada y a menudo resultase difícil penetrar en ella. Espesos bosques alternaban con regiones pantanosas y de matorrales; escaseaban los pueblos y la mera presencia de la «frontera» a lo largo de esta línea contribuyó, a partir de la década de 1590, a despoblar y devastar todavía más la zona, formando una verdadera tierra de nadie. En esta situación, las ciudades ribereñas intensamente fortificadas y la barrera de terraplenes hicieron, después de 1606, a la República Holandesa casi inexpugnable por tierra[21].

Lógicamente, esto «limitó» la extensión del conflicto en los Países Bajos. Antes de 1600 ninguna de sus regiones se veía enteramente libre de incursiones enemigas (los *vrijbuiters* o saqueadores), muchas de las cuales apenas eran controladas por gobierno alguno. Las bandas de soldados y tropas irregulares acuarteladas en todas las ciudades y pueblos (para defenderlas) penetrarían hasta el interior del territorio enemigo en una especie de *chevauchée*, quemando y saqueando, matando y destruyendo, reuniendo grandes cantidades de botín y llevándose numerosos prisioneros como rehenes. La organización ordinaria de la guerra en estas circunstancias recaía sobre los jefes locales: ellos organizaban y planeaban las operaciones; ellos expedían cartas de salvoconducto y licencias de comercio con el enemigo y recaudaban la mayor cantidad de dinero que les era posible a cambio de rehenes y contribuciones. La autonomía que este puñado de jefes

consiguieron usurpar viene ilustrada por la carrera de Martín Schenck, hábil empresario militar, quien durante los años ochenta del siglo XVI prestó sus servicios a España, posteriormente a los Estados, nuevamente a España, con la versatilidad de una lanzadera, hasta que en 1589 se estableció por su cuenta. De él se dijo que hacía:

> Una especie de guerra particular (*une guerre à part*) y que no reconocía a señor alguno. Para el pago de sus soldados y de los gastos de su guerra se sirve principalmente de las exacciones que hace a los comerciantes y a otros barcos que deben pasar por su fortaleza (Sckenkenschans, espolón de tierra fortificado situado entre el Waal y el Neder-Rijn). Pero no deja de acometer diversas empresas, más para conseguir algo de dinero o para capturar a algún prisionero, que por cualquier otra razón[22].

La independencia de Schenck, a la que sólo su muerte, ocurrida en combate a fines de ese año, puso fin, fue típica de la mentalidad del *condottiero* a favor de la gran dispersión de las operaciones militares y del carácter «flotante» de la frontera durante la primera fase de la guerra de los Ochenta Años.

La estabilización de la frontera después de 1590 acabó con todo esto. Con la localización del conflicto quedó establecido definitivamente el control del gobierno sobre los jefes de frontera y sobre otros aspectos de la guerra. El rescate de prisioneros fue acordado unilateralmente durante el siglo XVII (el «canje general» —intercambio anual de prisioneros de guerra—); las incursiones de saqueo a iniciativa propia de guarniciones individuales fueron sustituidas por un sistema formal de cartas de salvoconducto y por el pago regular a cambio de protección[23]. Con el tiempo, toda actividad militar acabó teniendo un precio. Lo decía el marqués de Aytona, decepcionado ministro en Bruselas en 1630:

> La forma de hazer guerra ya en estos tiempos, y particularmente esta que se lleva con los rebeldes, esta reducida a un género de trato y mercancía, que el que se halla con más dinero es el que vence[24].

De este modo la limitación del área de los conflictos entre ambas partes dio lugar a una reducción drástica del número de

acciones guerrilleras en las guerras de los Países Bajos. Los diferentes conflictos locales que desde 1572 se habían producido en una zona tan extensa se simplificaron constituyendo una sola lucha dentro de un contorno limitado. El estilo «manierista» de guerra del siglo XVI dio paso a un estilo más «barroco» o «clásico» a partir de 1600. Esto no significó, naturalmente, que cesasen por completo los combates. A medida que la actividad guerrillera decrecía aumentaban los enfrentamientos entre los ejércitos importantes de campo de los antagonistas. Si bien los baluartes seguían siendo inexpugnables, las técnicas de sitio experimentaron mejoras enormes. Finalmente, se reconoció su valor a la artillería: cuando los holandeses sitiaron 's-Hertogenbosch en 1061 llevaban solamente 22 cañones (el sitio fracasó); en 1629 reunieron 116. En Grol (Groenlo), en 1595, los sitiadores holandeses únicamente disponían de 16 cañones, y nada más que de 14 en 1597, pero en 1627 contaban con 80[25]. No obstante, las ciudades sitiadas siguieron rindiéndose (cuando lo hacían) por hambre, no por asalto. El cerco total seguía siendo indispensable y en consecuencia las obras que construían los sitiadores mejoraron científicamente hasta el punto de que también ellas podían casi resistir cualquier ataque. Según un experimentado jefe, «cualquier villa que el enemigo quiere sitiar, dándoles diez días de tiempo, es imposible de socorrerla quando quieren defenderse»[26]. Después de 1622 fueron muy pocos los sitios que fracasaron en las guerras de los Países Bajos.

Este desarrollo aumentó indudablemente la importancia de las batallas. Como los sitiadores se sentían más confiados ante los ejércitos enemigos de socorro, eran frecuentes las batallas campales entre las tropas de socorro y los sitiadores. Precisamente Rocroi (1643), una de las batallas más importantes de la guerra, tuvo lugar entre las fuerzas españolas que sitiaban Rocroi y un ejército francés de socorro.

Sin embargo, ni siquiera Rocroi puso fin a la guerra. Después de la batalla solamente quedó un grupo de 2000 soldados españoles y el Ejército de Flandes perdió la mayor parte de sus documentos y una gran cantidad de dinero, pero España prosiguió su marcha vacilante y no hizo la paz con los holandeses hasta 1648 y con Francia hasta 1659. Aunque derrotado en el campo de batalla, el Ejército de Flandes controlaba todavía numerosas ciudades fortificadas, que sólo se rendirían por hambre. De este modo la guerra siguió siendo en muchas partes de Europa lo que había sido desde el advenimiento de las nuevas fortificaciones: una guerra de desgaste, un combate en tablas.

> Si nosotros sacamos en campaña un exercito de 40.000 hombres, ellos sacan otros tantos y más, con que nos impiden el hacer progressos; y si queremos passar un canal con todo el gruesso, ellos nos passaran otros; si sitiamos una plaza nos sitiaron otra, de suerte, señor, que para hacer obrar bien en esta guerra, es necessario tener dos exercitos[27].

Estos importantes cambios en el carácter de la guerra hubieron de producir cambios complementarios en la composición de los ejércitos que combatían. El aumento de confrontaciones serias hizo inexcusable revisar la organización de los cuerpos de combate de los ejércitos. Las compañías fueron reducidas de tamaño y unificadas sistemáticamente en regimientos; los regimientos se hicieron más pequeños, se los convirtió en unidades tácticas más maniobrables. Hasta las compañías de caballería del Ejército de Flandes fueron agrupadas en regimientos de caballería en1624[28]. Por entonces se dotó a los soldados de equipo igual para todos, se les dio un uniforme más resistente. Se exigió que cada hombre fuera una pieza de una gran máquina, no un individuo de recursos y valor prodigiosos. Los ejércitos se «modernizaron» más.

Tal vez el veredicto sobre el carácter de la guerra en el siglo XVI pronunciado por el profesor Michael Roberts, con mucho el más agudo escritor sobre la materia, resulta un tanto

severo: «El pensamiento estratégico se marchitó: la guerra se eternizó[29]». No se debe generalizar y considerar unívocamente las condiciones de la guerra en los Países Bajos o en Hungría o en Lombardía, regiones donde los baluartes abundan, y las de otros teatros militares con más espacio para la maniobra. Los jefes militares tenían que hacer frente a la realidad que se les ofrecía. Si ocurría que sus enemigos vivían en ciudades defendidas por baluartes, como los holandeses, era preciso tomar esas ciudades; las mejoras experimentadas por la arquitectura militar después de 1520 hicieron que la toma de esas ciudades durara bastante. Los dos problemas militares claves en tales circunstancias eran, en primer lugar, la movilización de un número suficiente de hombres para cercar las principales ciudades enemigas y, en segundo término, la consecución del dinero suficiente con que pagar al ejército hasta el cese total de la resistencia. Era el único modo de llegar a la conquista rápida de una ciudad; entablar un combate resultaba contraproducente con frecuencia. Lo indicaba Montaigne con desnuda simplicidad: «No hay victoria a menos que termine la guerra». Pocas batallas aisladas consiguieron esto en el siglo XVI.

Se ha hablado mucho sobre las indudables mejoras en el entrenamiento, disciplina, armamento y tácticas realizadas por Mauricio de Nassau y por Gustavo Adolfo de Suecia a principios del siglo XVII. Sus reformas han sido calificadas incluso como de «revolución militar[30]». Sin embargo, esas mejoras puramente técnicas no pudieron hacer nada para vencer a la *trace italienne* ni las ruinosas consecuencias financieras que representaba una guerra larga de sitio. El propio Gustavo Adolfo, principal artífice de la «revolución militar», se reconoció incapaz de establecer una base financiera adecuada para su gran ejército de Alemania. Sólo cinco meses después de la muerte del rey, en febrero de 1633, hubo un motín en el

ejército principal exigiendo el pago de haberes atrasados; en mayo de 1633 el canciller Oxenstierna admitía que los sueldos del ejército de Alemania importaban 900.000 *rixdaler* mensualmente, siendo así que los ingresos locales (contribuciones) proporcionaban solamente 200.000[31]. La derrota de los suecos en 1634 ante los tercios españoles en Nordlingen demostraba que ni siquiera la nueva organización táctica representaba una garantía contra la mala dirección militar ni contra un enemigo denodado, y en 1635 todo el ejército sueco se amotinaba de nuevo exigiendo sus haberes. Los representantes de la «revolución militar» necesitaron el dinero tanto como cualquier otro ejército.

La situación del ejército sueco de Alemania y el del Ejército español de Flandes dependió fundamentalmente de lo mismo. La intervención militar en ultramar a esa escala se vio entorpecida en todo momento a principios de la Edad Moderna por dos problemas insuperables: las distancias que ello suponía y los costes. Los retrasos y dificultades ocasionados por la distancia (de lo que trata la primera parte de este estudio) complicaron la formación de todos los ejércitos que habían de combatir en el extranjero —cómo, reunir un ejército capacitado para la victoria, cómo reforzarlo, cómo controlar el alto mando y dirigir las campañas de un ejército que opera a cientos de millas en territorio enemigo. Sin embargo, estos obstáculos palidecían ante la igualmente apremiante necesidad de proporcionar a las tropas que se encontraban en el extranjero el dinero y las municiones precisas. La falta de aprovisionamiento a los soldados de víveres y, al menos, de una parte de la paga conducía de modo inevitable al colapso militar: o el motín o la deserción en masa. Por otra parte, no solamente había que procurar base financiera adecuada para una campaña o dos, sino para diez, y hasta para veinte, hasta la rendición de todas las plazas fuertes del enemigo o hasta que el agotamiento

financiero obligase a una paz de compromiso. Este es el tema de la segunda parte del presente libro. Efectivamente, la mayoría de las guerras del siglo que media entre 1550 y 1650 se decidieron gracias a la fuerza (o debilidad) de los distintos antagonistas en cada caso: se dio muy a menudo el hecho de que, como dijo el marqués de Aytona, «el que se halla con más dinero es el que vence». En guerras en la que los recursos de las dos partes eran prácticamente iguales, y los combatientes obstinados, la victoria podría tardar en producirse hasta ochenta años…

Primera parte

La reunión de un ejército: El problema de la distancia

> No se puede dudar de que los españoles aspiran al dominio universal, y que los únicos obstáculos que hasta el presente han encontrado son la distancia entre sus dominios y su escasez de hombres.
>
> El cardenal Richelieu a Luis XIII, mayo de 1624,
>
> en G. Hanotaux, *Histoire du Cardinal de Richelieu* (París, s. f.), III, p. 5.

> Comprender la importancia de las distancias en el siglo XVI, el gran obstáculo que representaban, las dificultades y las demoras que imponían, es, al mismo tiempo, percibir los problemas que planteaba, en esa época, la pesada gobernación de los imperios y, en primer término, del inmenso imperio español.
>
> F. Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, (México, F. C. E. 1953), I, p. 346.

CAPÍTULO 1

MOVILIZACIÓN

El rápido aumento en la escala de las operaciones militares en Europa después de 1530, que transformó el tamaño y composición de los ejércitos, obligó a todos los gobiernos que se hallaban en guerra a reclutar el doble aproximadamente de hombres que antes. Los gobiernos tuvieron que experimentar nuevos métodos y en nuevas regiones si querían movilizarse con eficacia y rapidez.

Una respuesta obvia al problema era mantener un núcleo fijo de tropas entrenadas y equipadas permanentemente dispuestas, mantener un ejército permanente. En el siglo XVI adoptaron este recurso muchos estados, incluso la Inglaterra de los Tudor, y pagaron un número de compañías para que guarneciesen las plazas fuertes importantes de las fronteras; algunos fueron más allá y contrataron un cuerpo de tropas selectas, especie de guardia pretoriana, para defender el interior. En los Países Bajos de los Habsburgo prestaban servicio permanente en las fortalezas que hay a lo largo de la frontera francesa 3200 hombres, apoyados por 15 *bandes d'ordonnance* (compañías de caballería pesada, integradas exclusivamente por caballeros y nobles, a los que estaban adscritos soldados de a pie y escuderos. Estas *bandes* eran de dudosa utilidad militar a fines del siglo XVI, pero representaban una pequeña ayuda adicional y ofrecían un empleo tranquilo y honorable a la nobleza de los Países Bajos, razón por la cual seguían existiendo). Difícilmente se podría decir que las guarniciones ordinarias y las *bandes* constituían un ejército permanente eficaz: sus componentes eran demasiado pocos, su equipo estaba anticuado, y las cantidades asignadas para su mantenimiento eran inadecuadas. El remedio de estas deficiencias fue una de las primeras

preocupaciones del duque de Alba a su llegada a los Países Bajos. En 1569 intimidó y amenazó de palabra hasta conseguir que los Estados votaran una subvención fija de dos millones de florines para sostener un ejército permanente de 13.000 hombres: las bandes y las garnisons ordinaires, más 4000 españoles de guarnición, 4000 españoles más como reserva central y 500 de caballería ligera[32].

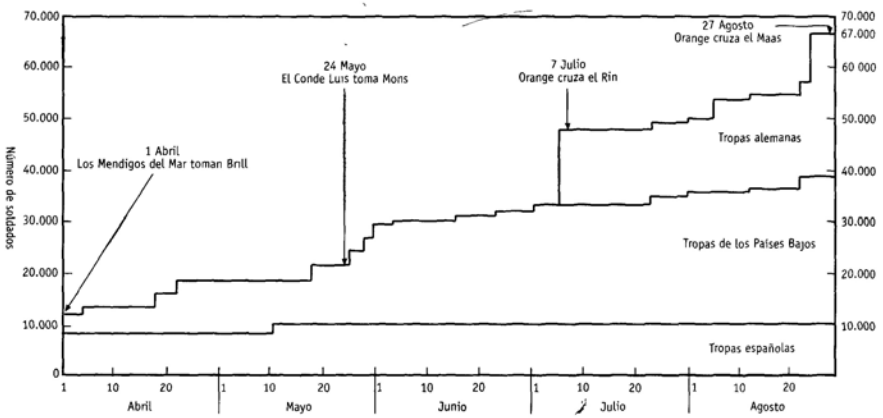


FIGURA 3. La movilización del duque de Alba, 1 de abril - 29 de agosto de 1572. Bajo la mirada experta de Alba y gracias al generoso apoyo financiero de España, el Ejército de Flandes aumentó de tamaño a cada nueva amenaza militar, hasta contar más de 67.000 hombres. Fuente: AGRB Audience 2775, registro de cédulas expedidas en 1572.

Salvo en 1577, en que el Ejército de Flandes fue desmovilizado totalmente, siempre hubo en servicio en los Países Bajos españoles un ejército permanente de entre trece y quince mil soldados, incluso durante la Tregua de los Doce Años (1609-1621) y después de la Paz de los Pirineos (1659). Por supuesto que se trataba sólo de un contingente para tiempos de paz. Aunque fue el ejército permanente mayor de su tiempo, estas unidades permanentes constituían sólo la base; eran totalmente inadecuadas para el caso de que los Países Bajos se vieran envueltos en una guerra declarada. Por ello se pidieron con urgencia grandes cantidades de tropas.

La figura 3 muestra claramente el proceso de movilización del Ejército de Flandes en tiempo de operaciones. Entre el 1 de abril y el 31 de agosto de 1572, el duque de Alba logró incrementar las tropas a su mando desde los 13.000 hombres que constituían el cuerpo permanente de defensa hasta 67.000, que fueron los efectivos de su ejército en tiempos de guerra total: a cada nueva crisis de aquel funesto año —la toma de Brill, el sitio de Mons, las invasiones de Genlis y Orange— respondió llamando a filas nuevas unidades. El promedio de los efectivos nominales del Ejército de Flandes durante la mayor parte de la guerra de los Ochenta Años se situó en unos 65.000 hombres, aunque hubo nuevos aumentos hasta elevar los efectivos militares de España en los Países Bajos a unos 85.000 cuando fue necesario establecer otros frentes: contra el conde Luis de Nassau en 1574, en la preparación de la Armada Invencible (1587-1588) y durante las hostilidades con Francia (1589-1598 y después de 1635).

Nunca pareció España más grandiosa ni más poderosa que en estos momentos en que, a una orden suya, decenas de miles de hombres se alistaban bajo el estandarte de San Andrés, divisa de Borgoña. La hazaña de Alba en 1572 y otras parecidas despertaron el temor y la admiración de los contemporáneos. ¿Cómo se llevó a cabo?

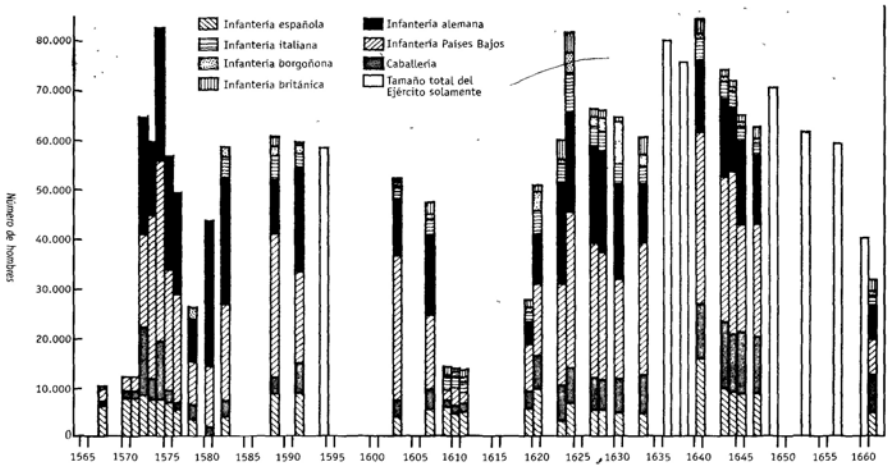


Figura 4. Tamaño y composición del Ejército de Flandes, 1567-1665. A lo largo de la guerra de los Ochenta Años, el grueso del Ejército estuvo formado por las tropas alemanas y de los Países Bajos, aunque la infantería italiana, borgoña y británica desempeñó un papel destacado entre 1562 y 1640. El número de unidades de caballería entre 1574 y 1635 fue reducido (estalla la guerra con Francia).

El número total de tropas que podían ser movilizadas en un momento dado, y la duración de los trámites estaban en función de tres factores variables: la extensión de la zona en que se autorizaba el reclutamiento, las disponibilidades de hombres en aquel momento en esas zonas, y el mínimo aceptable de edad y cualidades del recluta. Tal vez la variable más importante era la primera. En el siglo XVI era frecuente que los gobiernos reclutasen parte de sus soldados en el extranjero, bien porque las tropas extranjeras estuvieran mejor entrenadas, o porque fueran más de fiar, o tal vez con el único fin de impedir que las pudiese utilizar un gobierno enemigo[33]. Lo ha observado *sir* George Clark: «El mapa de las fuertes de recursos humanos en una guerra normalmente no solía coincidir de forma exacta con el mapa de los componentes políticos de los dos bandos[34]». Así, entre 1544 y 1551, los Tudor emplearon caballería albana y un regimiento de infantería española contra los escoceses, y hasta el 20 por 100 de los ejércitos franceses de

este período lo constituían tropas suizas y alemanas. En ambos casos, las tropas extranjeras formaban preferentemente la élite, sirviendo en la vanguardia de todas las acciones de guerra, «puesto que se confiaba en ella más que en ninguna otra y puesto que sin ellas no nos atreveríamos a emprender ni la operación más insignificante[35]». Los ejércitos de los Habsburgo dependían todavía más de las tropas extranjeras; el Ejército de Flandes, por ejemplo, estaba integrado por tropas de hasta seis «naciones» diferentes. Según muestra la figura 4, al lado de las tropas reclutadas en el país, las valonas, prestaban servicio unidades españolas, italianas, borgoñonas, alemanas y británicas. Con el fin de reducir las fricciones, se las mantenía como unidades independientes administrativamente: los españoles podían servir y mandar sólo contingentes españoles y así los demás (esta norma llegaba hasta a exigir que los ingleses no pudieran mandar unidades escocesas o irlandesas y prohibía a los milaneses o romanos prestar servicio en contingentes procedentes de Nápoles[36]). No obstante, raras veces las tropas extranjeras del Ejército de Flandes eran simples mercenarios como las tropas auxiliares españolas que servían en el ejército de los Tudor o las suizas en el de los Valois. La inmensa mayoría eran a la vez súbditos y soldados del rey de España. Las tropas españolas, borgoñonas y las de los Países Bajos, así como las italianas reclutadas en los dominios españoles de Lombardía, Nápoles o Sicilia servían todas a su propio príncipe soberano. Las alemanas se reclutaban cuidadosamente en los Estados patrimoniales de los Habsburgo, en Austria, en el Tirol y en Alsacia, pretendiéndose con ello ganar su conformidad política y religiosa. Incluso las tropas británicas antes de 1605 eran las que habían traicionado a las ciudades holandesas al seguir a España o bien católicos inconformistas que buscaban asilo en la persecución; en ambos casos eran totalmente adictos al rey de España y a su causa. Con anterioridad a la década de 1640 los

simplemente mercenarios eran pocos.

El interés de todos los gobiernos por reclutar hombres que hayan de «servir no sólo como soldados sino también como vasallos en donde se les ordena y no donde ellos desean», es obvio[37]. Esas tropas eran evidentemente más de fiar, más adictas, más comprometidas. El hecho de que el ejército así formado fuese una mezcla de nacionalidades diferentes, cuyos componentes se sentían todos en los Países Bajos como en tierra extraña, no representaba una desventaja; por el contrario, suponía una fuerza. La experiencia había demostrado que la eficacia militar de la mayoría de las tropas aumentaba en proporción directa de la distancia entre el teatro de operaciones y su tierra de origen. La infantería española misma, extremadamente elogiada cuando servía en Italia o en los Países Bajos, era considerada como una tropa mediocre cuando combatía en su propia tierra. Ya en 1521 el gobierno de la regencia española pedía tropas alemanas para defender la frontera con Francia porque «nuestra infantería estando en su naturaleza no apruevan tan bien como lexos della y en ytalia»; en la guerra de Granada oímos la misma queja: «Con jente nueva y en su propia tierra no la puede aver tal como con soldados biejos y fuera del reyno[38]».

Donde realmente existía diferencia entre las diversas «naciones» de un ejército de los Habsburgo era entre las tropas «nativas» y el resto. Nadie concedía un gran valor militar a los soldados reclutados en la propia región, ya que era demasiado fácil desertar y el peligro de defección era mayor. «La fuerza principal deste exercito esta en los soldados estrangeros», escribía el comandante en jefe del Ejército de Flandes en 1595. «Ahora no se hace la guerra en estos soldados sino con las naciones estrangeras porque la gente del país se deshace luego», repetía su sucesor en 1631[39]. A los valones se los despreciaba en los Países Bajos, pero eran muy estimados cuando iban a

prestar sus servicios en Italia o en España. En 1630 escribía al rey el marqués de Aytona:

> (Si) huviese guerra en Italia seria mejor que se embiara alla Valones y que vinieran aquí Italianos, porque la gente natural de los países donde se hace la guerra se deshacen con gran facilidad, y no ay fuerza, mas segura que lo que consiste en la gente de guerra estrangera[40].

En 1631 el rey pedía algunas tropas valonas para emplearlas en España, siendo ésta la primera de una larga serie de peticiones semejantes[41]. A raíz de estallar la guerra con Francia en 1635, fueron embarcadas para España tropas alemanas, irlandesas y valonas, mientras que se enviaban por mar al Ejército de Flandes tropas españolas y unas pocas italianas. En ambos escenarios los extranjeros sirvieron como tropa de élite; España había creado un sistema de expatriación militar.

En el Ejército de Flandes no gozaban de igual consideración ni mucho menos las cinco «naciones extranjeras». A las tropas alemanas se las consideraba ligeramente superiores a las valonas. El duque de Alba despreciaba su utilidad antes incluso de partir para los Países Bajos en 1567. El embajador francés informaba:

> Sé por boca del propio duque de Alba que no tiene la menor confianza en los dichos alemanes en caso de que tengan que combatir contra los herejes, porque me dijo que llegada la ocasión hará como ha hecho en la guerra de Esmacalda: llevar a cabo las «acciones» con los españoles y utilizar a los alemanes […] sólo para ostentación y para hacer número (*pour parade et pour nombre*).

La guerra contra los protestantes alemanes en 1546-1547 había constituido ciertamente una experiencia aleccionadora para Alba; había depositado su total confianza en las tropas alemanas, pero se había encontrado con que no merecían el más mínimo crédito, porque «[…] muchos de ellos eran parientes, deudos, naturales y amigos de sus enemigos». Los disturbios que estaban teniendo lugar en los Países Bajos en 1566-1567 presentaban una increíble semejanza con los ocurridos en Alemania veinte años antes, y Alba no era de los que tropiezan dos veces en la misma piedra. Relegó a los

alemanes de su Ejército a servicios auxiliares[42].

De hecho, las tropas alemanas demostraron ser leales, tenaces, estoicas en el combate (no desertaron del rey ni siquiera en 1576-1577), pero su prolongado y fiel servicio, frecuentemente no retribuido, no consiguió nunca ganarse la total confianza del alto mando español. Tal vez el gobierno se acobardó ante la presencia de contingentes igualmente numerosos de alemanes en los ejércitos de sus enemigos, los franceses y los holandeses.

Las tropas británicas y borgoñonas gozaban de mejor reputación en el Ejército, aunque también preocupaba la presencia de soldados británicos en el Ejército de los Estados (y los británicos ya habían traicionado a los holandeses), pero ninguna de estas «naciones» igualaba la posición privilegiada que ocupaban los italianos. Como en el caso de los alemanes, las primeras unidades italianas que sirvieron en el Ejército de Flandes fueron objeto de recelos. La verdad es que se les utilizó sólo porque inmediatamente después de la revolución de 1576 no había bastantes valones disponibles. Escribía Felipe II:

> Aunque hasta agora no ha parecido que era [los italianos] gente apropósito para esos estados, por ser desordenada y que en camino largo se deshazen, no teniendo gran quenta y cuydado dellos, visto agora que de los valones no se puede hazer el fundamento que hasta aquí, y para que aya gente que meter a la guardia de las plazas recobradas, por no ocupar en esto los españoles que son los que han de campear, […] serán soldados de quien os podéis valer donde quiera mejor que de ninguna otra nación fuera de los españoles.

Las esperanzas del rey se vieron completamente confirmadas. Las tropas italianas se granjearon poco a poco la máxima confianza y se revelaron como combatientes valerosos. En el espacio de diez años fueron reconocidas sin ningún género de dudas como las tropas más útiles del Ejército después de las españolas[43].

Sin embargo, el lugar de privilegio estuvo ocupado por las

tropas españolas, y particularmente por la infantería. Se hablaba de ellas con los elogios más encendidos —«el nervio del ejército», «el único fundamento de la monarquía», «la defensa de la Cristiandad», etc.— y los sueldos más elevados eran siempre para ellas, ellas gozaban de las condiciones mejores de vida y eran las mejor recompensadas[44]. Por supuesto que había en todo esto un tanto de chovinismo, pero era muy cierto que los tercios españoles eran con mucho las mejores tropas del Ejército de Flandes. Su bondad se derivaba del hecho de que estaban prestando servicio a 700 millas de su tierra y de que en su mayor parte eran soldados perfectamente entrenados antes de venir. Según el príncipe de Parma, eran «milicia vieja, disciplinada, hecha a padescer y a pelear con la gente de aquí». Esta conjunción de cualidades explica los generosos elogios por parte de los generales y el odio extraordinario e ilimitado que en los Países Bajos se experimentaba hacia los tercios españoles[45].

Algunos de los españoles enviados a los Países Bajos eran en realidad veteranos que habían combatido en otras campañas. Los tercios que llegaron en 1584 y en 1585, por ejemplo, habían conquistado Portugal y las Azores (1580-1583); el tercio de don Agustín Mexía, que llegó en 1593, venía directamente de castigar a Aragón después de la «alteración» de 1591-1592. Pero la mayoría de las tropas españolas que se enviaban a los Países Bajos procedía de Italia. Después de 1535 España mantenía en cada uno de sus tres dominios italianos, Lombardía, Sicilia y Nápoles, un ejército permanente de unos 3000 españoles de a pie y 500 de caballería ligera. Con esta presencia permanente en Italia, España intentaba garantizar su gobierno contra la rebelión y proteger la península contra cualquier ataque, ya fuese por parte de Francia o de los turcos. Durante la mayor parte del siglo, a partir de 1535, Italia estuvo en paz; las guarniciones españolas sólo hicieron la guerra de

razzia contra los piratas de la costa berberisca y en ello emplearon la mayor parte del tiempo. Una situación así era ideal para el entrenamiento de las tropas. El servicio militar en Italia gozó por esta causa de gran aceptación entre los soldados y fue muy estimado por el gobierno; para aquéllos representaba la buena vida con mujeres, vino, sueldos y botín; a éste le ofrecía la seguridad de poder continuar el dominio sobre Italia[46].

Las guarniciones españolas en Italia, conocidas con el nombre de «presidios», desempeñaban también otro papel político-militar. La reserva de soldados entrenados era demasiado costosa para mantenerla ociosa en tiempo de guerra; cuando la flota turca se presentó en Occidente, cuando los franceses invadieron Italia, cuando España intervino en el imperio, en la vanguardia estuvieron invariablemente los españoles de los presidios. Estas expertas tropas formaban la fuerza de choque de la monarquía española. Sobre todo, los presidios proporcionaron soldados para el Ejército de Flandes después de 1567, y los puestos vacantes dejados por ellos fueron ocupados por nuevos reclutas (los «bisoños») procedentes de España. El sistema funcionó perfectamente, porque el servicio en Italia era muy popular: las levas para Italia siempre tenían éxito. Una vez entrenados en la obediencia y habituados a la vida militar, estos hombres podían ser trasladados con seguridad a teatros de operaciones menos atractivos. Un soldado inglés, que había servido en el Ejército de Flandes, *sir* Roger Williams, describió el proceso con exactitud y lo alabó con justicia:

> Su misión es abastecer, donde hay guerras, a los regimientos que están combatiendo, con guarniciones de fuera de sus dominios y provincias; antes de ir, sus puestos son reemplazados con «besonios», novatos, como nosotros los llamamos. Por este medio él [Felipe II] entrena a sus «besonios» y nutre a sus ejércitos de soldados entrenados[47].

En 1632 las ordenanzas militares de Felipe IV sancionaron

el sistema a que se refería Williams, dándole fuerza de ley; se reconocía oficialmente el hecho de que los presidios de Italia eran los semilleros en que se formaban los invencibles tercios españoles[48].

Sin embargo, no siempre fue posible enviar tropas desde Italia. A veces no se pudo distraer a ningún soldado de la defensa de la península o del Mediterráneo; en su lugar hubo que enviar novatos. El duque de Alba se quejaba constantemente de la baja calidad de los bisoños españoles que se le enviaron en 1568 y 1572. Comunicaba al rey:

> Bisoños prueban muy mal en estos estados, que con haber yo regalado las banderas de los doce capitanes que despache el año de 1568 y traidolas mucho tiempo muy reservadas, hasta agora no he podido sacar de ellos ningún servicio; y de los que trajo el duque de Medina (Celi) no se puede esperar que le harán jamás.

Volvía sobre el mismo tema sólo quince días después:

> En el estado en que agora están aquí los negocios, yo no puedo aprovecharme de españoles bisoños y rotos porque han de meterse luego a combatir, que ha diez meses que no se pasa día que no se haga, y los que son de la cualidad que digo si no están alojados uno y dos años y muy regalados, no salen de servicio.

El duque tenía razón: se ahorrarían vidas y dinero enviando primero las tropas reclutadas en el extranjero a servir en una guarnición durante unos pocos años. Allí podrían familiarizarse con la vida militar y aprender a obedecer lejos de la línea de fuego[49]. De vez en cuando se intentó aplicar esta providencia a otras naciones del Ejército. Los 3000 valones que durante años habían estado de guarnición en las fortalezas del sur de los Países Bajos recibieron orden de 1572 de incorporarse al ejército en campaña, ocupando su puesto en las guarniciones nuevos reclutas[50]. El conde de Fuentes, comandante en jefe de los Países Bajos, proponía en 1593 que el rey enviara allá mil reclutas españoles, por mar, todos los inviernos; los nuevos podrían ir directamente a prestar servicio en las guarniciones, dejando libres a las tropas de mayor experiencia que estaban en

ellas para las «acciones» de guerra[51].

Era una buena proposición ésta, pero el esfuerzo de organización que implicaba resultaba demasiado grande. No era posible trasladar tropas desde una guarnición al campo de batalla sin pagarlas, y en tiempos de guerra raras veces podía el tesoro movilizar el dinero suficiente para pagar los atrasos de grandes contingentes de soldados. En general, el alto mando se vio obligado, muy a pesar suyo, a dejar las cosas como estaban: las tropas de guarnición permanecieron en ella, y las de campo se reclutaron a menudo expresamente para cada nueva campaña. En la década de 1630 los meses de marzo y abril eran todos los años épocas de reclutamientos en masa de tropas alemanas, valonas y británicas con que formar nuevas unidades o reforzar las antiguas, y la mayor parte de las nuevas levas marchaban directamente a incorporarse al ejército en campaña. Para el otoño siguiente, apenas si quedaban unas pocas.

A principios de los tiempos modernos, los gobiernos podían emplear tres métodos diferentes para reclutar sus ejércitos: la comisión, la coacción o el asiento. El reclutamiento por comisión se adecuaba extraordinariamente bien a las necesidades de los estados de principio de la época moderna. El rey conservaba en sus manos todo el poder, delegado en el Consejo de Guerra en España y en el capitán y gobernador general en los Países Bajos[52]. La autoridad central decidía a quién se había de conceder una comisión (y expedía la cédula), redactaba la lista de las regiones en que podía encuadrarse, el tiempo que se podía tardar y el destino a que debían dirigirse las tropas. En el sistema de comisión, el oficial de reclutamiento principal era siempre el capitán y la unidad principal la compañía. Los cuadros de oficiales de los regimientos los fijaba por sí misma la corona: el propio rey nombraba a los capitanes, al coronel y al resto de los oficiales del estado mayor.

Cada capitán, provisto de una real cédula, nombraba primero a sus oficiales subalternos y ordenaba la confección del estandarte de la compañía (la bandera[53]). A continuación con el estandarte, un tambor y sus cabos («cabos de escuadra») visitarían las diferentes ciudades y pueblos especificados en su cédula. En España, por ejemplo, si se precisaban hombres para servir en Italia, la leva solía tener lugar en Castilla oriental y en la corona de Aragón; si habían de embarcarse para los Países Bajos, la mayoría se reclutaba en Castilla la Vieja y en las provincias cántabras, próximas a los puertos de embarque; las levas para las Indias tendían a centrarse en Andalucía, La Mancha, Extremadura y Castilla la Nueva[54]. A su llegada a las zonas que se le especificaban, el capitán debía presentar su cédula a los magistrados locales y exigirles su ayuda en la leva. Ellos tendrían la obligación de asignar al capitán edificios donde acoger (y en caso de necesidad encerrar) y a sus hombres hasta que se completase el cupo que se le había señalado. Normalmente se le ofrecía para albergarlos alguna posada o casa vacía, donde el capitán instalaba su bandera mientras su tambor redoblaba a retreta. Entre los que se presentaban a ofrecer sus servicios como voluntarios, el capitán elegía a la gente fornida, de más de quince años y menos de cincuenta, solteros y sanos[55]. Según muestra la figura 5, la mayoría de los soldados estaban entre los veinte y los cuarenta años, lo que no sorprende, siendo el grupo más numeroso el de los veinte y veintitantos. En la lista de la compañía se anotaba el nombre de los reclutas («sentaban plaza») que recibían una paga en mano allí mismo, albergue gratis y comida diaria, y tal vez un juego de ropa. Naturalmente, los alicientes que se ofrecían para el alistamiento variaban en función de la abundancia de hombres. Si abundaban los reclutas, como ocurría en años de mala cosecha o de salarios bajos, se engancharían de todos modos; en caso contrario era preciso ofrecerles una gratificación de uno a

tres escudos. Sin embargo, en ningún caso autorizaba la ley al capitán para hacer uso de la fuerza con el fin de conseguir reclutas. El sistema, por lo menos en el siglo XVI, era enteramente voluntario.

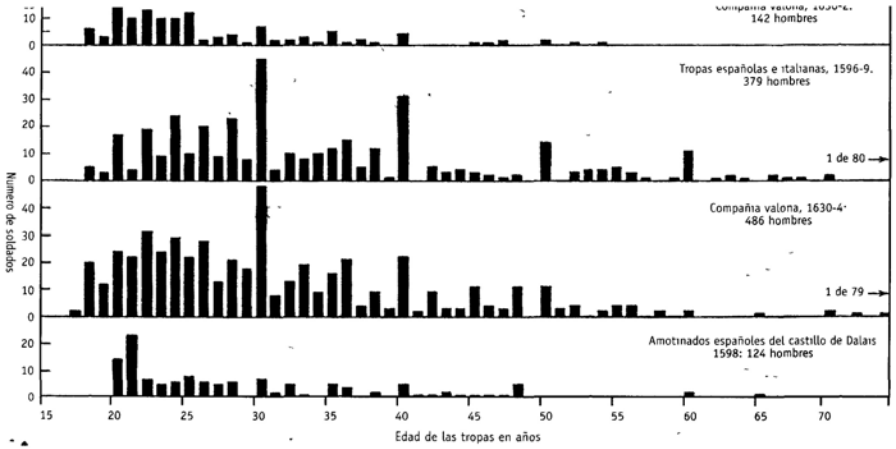


FIGURA 5. Edad de las tropas del Ejército de Flandes: Es sorprendente la prepotencia de los hombres con edades entre veinte y treinta años, ya se trate de los alistados recientemente (las tropas valonas) o de veteranos (principalmente españoles). Es de destacar también la tendencia a dar en números redondos la edad en y después de los treinta años. Fuentes: Conseil des Finances 299, compañía de P. de Nervése; AGRB SEG 17 y 18, licencias concedidas entre 1596 y 1599; AGRB Contadorie des Finances 199, compañía del gobernador de las Gravelinas; AGS E 615/166, descripción de los amotinados de Calais, 1598.

Todos los capitanes tenían que presentar sus levas en el plano de unas pocas semanas a un comisario de revistas especial nombrado por el rey. El tiempo que se concedía para realizar una leva rara vez excedía de seis semanas y se consideraba imprudente que los capitanes permaneciesen más de veinte días en un lugar, porque para entonces los reclutas comenzaban a desertar más deprisa de lo que se tardaba en convencer a otros nuevos a alistarse[56]. El comisario de revistas examinaba la lista de la compañía, sometía a análisis minucioso cada nombre y cada hombre para asegurarse de que el recluta era realmente un soldado y no un criado o un campesino sobornado, y

finalmente firmaba una declaración que cerraba la lista dando fe sobre el número de hombres presentes. A continuación se daba lectura ante los soldados del código penal militar enunciando las penas con que se castigaba el mal comportamiento; se les ordenaba levantar la mano derecha y jurar aceptar las ordenanzas, las más importantes de las cuales se referían a la obligación del soldado de ejecutar fielmente todas las órdenes que se le dieran sin objetar, la de no abandonar el servicio hasta que fuera licenciado formalmente, y la de no amotinarse por la paga. Por este acto los reclutas entraban realmente al servicio del estado que los había reclutado, y en señal de ello recibían su primera paga del mes. El capitán solía recibir estas soldadas, lo mismo que las otras pagas, sobre la base de los hombres presentes y deducía de ellas los adelantos ya hechos antes de entregar a cada uno lo que le correspondía. A continuación la compañía era conducida por otros comisarios reales hasta el teatro de operaciones o al puerto de embarque.

El éxito de este sistema de reclutamiento, en el que se conjugaba el máximo de control estatal con el mínimo de coacción, dependía del número de hombres que se necesitaban en un momento dado. Con tal de que las necesidades del estado no excedieran a las reservas de potencial humano existentes, parece que el sistema voluntario ha servido admirablemente a los gobiernos. Sin embargo, ningún estado podía otorgar comisiones para reclutar tropas fuera de sus límites territoriales —ello infringiría la soberanía de otro príncipe—. Durante el Imperio, el Ejército de Flandes tenía que hacer sus levas, en las Islas Británicas y en la Italia no española, mediante asentistas. Obviamente eran menores las implicaciones políticas que suponía reclutar soldados para una potencia extranjera si una agencia neutral o nativa actuaba como intermediario, como empresario.

A los estados les resultaba facilísimo ajustar los servicios de

un asentista militar o empresario. Por un simple convenio, el *Bestallung* o *Accord*, el gobierno se obligaba a pagar en el acto cierta cantidad de dinero al asentista con la promesa de que después éste percibiría las pagas regulares estipuladas; a cambio el asentista se comprometía a presentar un número dado de hombres dentro de un cierto plazo y en el lugar acordado. La principal ventaja del sistema de asiento era la rapidez: porque éste tenía siempre disponible el cuadro base formado por sus mejores hombres, y estaba preparado para reclutar el resto cuando se presentaba la necesidad, y, por tanto, podía tener todo el regimiento dispuesto en el término de tres o cuatro semanas. La rapidez era todavía mayor cuando el asentista había estado combatiendo recientemente. Por ejemplo, la movilización que llevó a cabo en 1568 el duque de Alba contra la invasión de Guillermo de Orange, fue más fácil porque disponía de las tropas alemanas reclutadas para combatir a los iconoclastas en 1566, que tan sólo a finales del año 1567 habían sido licenciadas. Finalmente, el asentista no sólo reclutaba su regimiento o compañía, sino que también actuaba como jefe suyo y nombraba a sus oficiales.

En la mayoría de los casos no era el *Bestallung* el primer contacto entre el empresario militar y un gobierno. Los asentistas que proporcionaban tropas en una guerra recibían a menudo pensiones del estado después de la desmovilización, cosa que hacía, por lo menos, el gobierno con la intención de que el asentista estuviera dispuesto a reclutarle tropas cuando volviera a surgir la necesidad. Esta fue la intención de Felipe II al distribuir pensiones a los coroneles alemanes por valor de unos 50.000 florines anuales durante la década de 1560[57]. Por supuesto que algunos coroneles tenían criterios menos escrupulosos sobre sus pensiones, y aceptaban dinero al mismo tiempo de varios gobiernos, pretendiendo con ello no verse obligados a combatir en favor de uno y contra el otro. En 1572,

por ejemplo, el duque Adolfo de Holstein, que desde hacía mucho tiempo venía percibiendo pensiones de Felipe II, obedeció al requerimiento de levar un regimiento de caballería pesada para servir en los Países Bajos. Tardó demasiado en presentar sus hombres al comisario de revistas, pero lo hizo finalmente, y de este modo satisfizo su compromiso con España. Sin embargo, Isabel de Inglaterra se consideró burlada. El duque Adolfo había aceptado también pensiones de ella y su participación en el ejército del duque de Alba era justamente lo que ella quería evitar ante todo[58]. Para evitar engaños como éste en momentos críticos fue por lo que la mayoría de los gobiernos, cuando tenían la más ligera razón para sospechar que podían verse implicados en una guerra, pagaron a sus pensionistas militares cantidades mayores, conocidas con el nombre de *Wartegeld* (dinero para mantener soldados en reserva). Se pretendía con ello que el asentista pudiera preparar a sus hombres y su correspondiente equipo y tenerlos dispuestos para cualquier emergencia. El *Wartegeld* era caro, pero, no obstante, venía a costar menos de la mitad de lo que costaba una movilización total y proporcionaba una reserva segura de soldados: las tropas pagadas con el *Wartegeld* no podían prestar servicio a ningún otro príncipe. Con bastante frecuencia estas tropas permanecieron alertadas durante varios meses, pero, de hecho, nunca fueron movilizadas.

Parece que durante la mayor parte del siglo XVI, en que las disponibilidades humanas abundaron, el asentista hacía sus reclutamientos en algo menos de tiempo y con pocos más gastos que el capitán comisionado. El período de reclutamiento normal para ambos era de unos veinte días. Por tanto, se echaba mano de estos dos métodos de acuerdo con las imposiciones de la geografía política: el reclutamiento por comisión se hacía en el territorio propio del gobierno, en los demás sitios se practicaba el reclutamiento por contrato.

Este fue el avanzado y desarrollado sistema de movilización de los Habsburgo españoles. La combinación de seis «naciones», reclutadas unas mediante capitanes comisionados, y otras mediante asentistas, hicieron posible la rápida movilización de Alba en 1572 y permitieron a él y a sus sucesores mantener el Ejército de Flandes al nivel deseado relativamente con poco esfuerzo.

Es un tanto problemático saber dónde se realizaban estas levas. Ciertamente el rey sólo podía reclutar tropas en tierras de la corona: los territorios eclesiásticos y señoriales estaban exentos. Dada esta limitación, parece que el esfuerzo mayor de reclutamiento se concentró en las ciudades, y por lo que respecta a Castilla en aquellas ciudades en que un corregidor (magistrado principal nombrado por el rey) podía prestar apoyo a la leva. Si bien la tradición literaria en España y fuera de España insiste siempre en que todos los reclutamientos se hacían «en todo el país», los testimonios documentales dan a entender que el capitán reclutador centraba su actividad en las ciudades grandes y que allí esperaba encontrar a la mayor parte de sus hombres. Es de suponer que los campesinos que deseasen enrolarse podrían enterarse de la leva por los comerciantes locales o por la visita de un cabo a esos pueblos (si pertenecía al rey), y que podrían trasladarse fácilmente a la ciudad para alistarse y percibir la paga del alistamiento. De lo que estamos más seguros es que, sea que procediesen de la ciudad o del campo, la mayor parte de los reclutas eran pobres, como el voluntario para Italia que cantaba cuando encontró a Don Quijote:

> A la guerra me lleva mi necesidad;
> Si tuviera dineros, no fuera en verdad[59].

Sin embargo, no todos los reclutas carecían de medios económicos ni eran plebeyos. El Ejército de Flandes,

especialmente en el siglo XVI, necesitaba calidad tanto como cantidad; se precisaban hombres capaces de vencer en combate individual, en las «acciones», de guerra, y también masa innominada para las grandes batallas. Por lo tanto, todos los capitanes procuraban alistar un número de caballeros («particulares») que servirían en su compañía como soldados rasos, y ofrecían una bonificación («ventaja») a cuantos accediesen a ello. Algunos de estos caballeros serían parientes del capitán, otros serían, sin duda, clase media que no podía ganarse la vida de otro modo (los caballeros españoles consideraban un deshonor el trabajo manual y dedicarse a las transacciones comerciales), otros, en fin, serían nobles ambiciosos que comenzaban su carrera militar como soldados rasos en la esperanza de escalar en breve una posición de mando.

La mayoría de los jefes militares concedían la máxima importancia a estos caballeros que se enrolaban en sus filas. El duque de Alba, por ejemplo, se sentía loco de alegría al comprobar que había un gran número de «particulares» voluntarios en la infantería española que él conducía a los Países Bajos en 1567.

> Gente de esta cualidad es la que da la victoria en las facciones y con la que el general pone en la gente la disciplina que conviene, y en nuestra nación ninguna cosa importa como introducir caballeros y gente de bien en la infantería y no dejalla toda en poder de labradores y lacayos.

El mismo sentimiento vemos expresado, y en muy parecidos términos, durante la guerra de los Ochenta Años. Todavía en 1640, por ejemplo, un habitante de los Países Bajos, simple civil, podía escribir:

> Son […] [la] gente particular las personas que sustentan el peso de una batalla y sitios como se ha experimentado en diversas ocasiones, y los que obligan y animan con su exemplo a los demás soldados de menos obligaciones a que estén firmes y peleen con valor[60].

El servicio como voluntario en la infantería gozó de

particular aceptación entre la pequeña nobleza española, pero también se podían encontrar «particulares» en número considerable entre las filas de otras «naciones». En unidades inglesas del Ejército de Flandes, por ejemplo, podían encontrar Catesbys, Treshams y otros miembros de familias distinguidas de la pequeña nobleza inconformista —sin olvidar a Guy Fawkes[61]—. No todos éstos eran pobres. En una memorable ocasión el emperador Carlos V realzó la dignidad de la profesión militar empuñando él mismo una pica y marchando con sus hombres; en otra ocasión, en la década de 1590, encontramos a los duques de Osuna y de Pastrana, descendientes de las casas más ilustres de España, y al príncipe de Asculi, sirviendo todos como simples soldados del Ejército de Flandes. Naturalmente, estos voluntarios, en especial los nobles, buscaban la oportunidad de conseguir un puesto de mando, pero primero recibían un admirable aprendizaje y, además, su presencia entre las filas de los soldados contribuía a mantener la moral y a reducir la insubordinación. De este modo reunieron los Habsburgo españoles unos ejércitos perfectamente capacitados para la victoria sin tener que recurrir a ningún tipo de coacción.

Sin embargo, el sistema de reclutamiento voluntario, como empresa capitalista que era, requería obviamente la existencia de un excedente bastante grande de trabajo barato para que resultase favorable para el patrono. Este excedente existió durante el siglo XVI, pero se vio drásticamente reducido en los años noventa del siglo. Por una parte, la población disminuyó mucho debido a causas naturales; por otra, varios estados se vieron obligados repentinamente a intensificar sus exigencias militares. La intervención creciente de Felipe II en las guerras de religión de Francia a partir de 1589 acabó por implicarlo en una guerra con seis frentes: en Languedoc, en Inglaterra, en Lombardía, en el Franco-Condado, en una guerra marítima,

además de la guerra en los Países Bajos. Fue necesario reclutar tropas de todas las «naciones» en cantidades sin precedentes. Al mismo tiempo estalló la guerra en Europa central: el emperador y el sultán turco comenzaron una prolongada lucha por el control sobre Hungría (1593-1606). La composición del ejército habsburgués en Hungría se parecía mucho a la del ejército de Flandes, con italianos, valones, alemanes y con tropas de otras «naciones» de la Europa central, por lo cual se entabló entre los dos ejércitos una grave competencia para reclutar soldados. El Ejército de Flandes llevó la peor parte[62]. El reclutamiento de españoles en número suficiente resultó todavía más difícil. Lo apuntaba un agudo escritor militar francés, Blaise de Vigenére (t 1596): «En cuanto a los españoles, no se puede negar que son los mejores soldados del mundo, pero escasean tanto que a duras penas es posible reclutar cinco o seis mil de una vez[63]».

Y aun este número resultaba a menudo superior a la capacidad de España. En un intento por reclutar 2500 hombres para enviar a Italia, realizado en 1575, se consiguieron sólo 1750 (el 70 por 100 del cupo), y el Consejo de Guerra abonada la opinión del duque de Alba, según la cual la causa de la escasez radicaba en el exceso de levas realizadas en los años anteriores: «Las causas que para ello ay son averse sacado despaña [sic] sin los que van a Yndias en termino de nueve años casi LXXX°U (ochenta mil) hombres[64]». La presión de las necesidades militares de la corona aumentó todavía más después de esto. La conquista de Portugal en 1580, la Armada Invencible en 1587-1588 y la intervención en Francia después de 1589, fueron hechos todos que implicaron nuevos reclutamientos. Las ciudades comenzaron a protestar, oponiéndose a los intentos de los oficiales reclutadores de actuar en su región. Los capitanes fracasaron una y otra vez en su propósito de completar su cargo[65].

Los momentos de máxima presión de las necesidades militares durante los años noventa del siglo XVI coincidieron con la existencia en España y en los Países Bajos españoles de una grave crisis demográfica. Entre 1598 y 1602 la península Ibérica se vio asolada por una terrible epidemia de peste que detuvo la tendencia demográfica ascendente del siglo y que probablemente cambió su signo. Se estima que eliminó el 8 por 100 de la población. El «año de la peste», recordado mucho después en España, coincidió con la culminación de una serie de malas cosechas[66]. También en los Países Bajos las cosechas fueron desastrosas durante la mayor parte de la década de los noventa, llevando el hambre a la mayor parte de las provincias meridionales (españolas). Mucha gente emigró y otros muchos perecieron. Se hizo más difícil encontrar soldados; los reducidos ejércitos españoles fueron derrotados.

La crisis de los años noventa puso de manifiesto la fragilidad de la base militar sobre la que descansaba el poderío español. Sin ejércitos poderosos, ni Italia, ni los Países Bajos, ni las Indias podían ser mantenidas; sin abundancia de hombres, no podía haber ejércitos poderosos. El poderío español se salvó gracias únicamente a la solución pacífica de la mayor parte de los conflictos europeos en los diez años que siguen a partir de 1598.

Hasta 1618 se mantuvo una *pax hispánica*. Después de estallar la guerra civil en Alemania, conflicto que duró treinta años y que acabó por alinear a Francia, Inglaterra y a las potencias holandesa y báltica al lado de los protestantes alemanes contra los Habsburgo, el Ejército de Flandes experimentó cada vez mayores dificultades para mantener su número. Como en los años noventa, la guerra en Alemania interrumpió el abastecimiento de reclutas alemanes. Esta vez la alternativa fue mucho más atractiva que Hungría; el servicio con Wallenstein o con Tilly ofrecía mejor paga y mejor botín

que combatir en el sur de los Países Bajos. Después de 1632, cuando las condiciones del servicio en Alemania se consideraron tal vez menos atrayentes, las maniobras militares hicieron imposible a menudo el que las levas procedentes de las zonas de reclutamiento tradicionales en España durante el Imperio consiguiesen llegar hasta los Países Bajos. España e Italia no podían suplir esta escasez. En cuanto a Italia, la espantosa mortandad ocasionada por la peste de 1630-1631, la peste *di Milano*, acabó con toda posibilidad de realizar levas en Lombardía, mientras que la gran peste que asoló a España entre los años 1647 y 1652, «la mayor catástrofe demográfica que se abatió sobre España en los tiempos modernos», completó la despoblación de Castilla[67].

Tan enormes cambios demográficos y políticos obligaron a España a adaptar sus métodos de movilización a la nueva situación de escasez de medios humanos. Hubo numerosas modificaciones en la geografía de los reclutamientos. Para compensar la pérdida de tropas alemanas durante la guerra de los Treinta Años, se reclutaron más valones. La figura 4 muestra que los valones vinieron a convertirse por sí solos a partir de 1621 en la «nación» más numerosa. Las tropas alemanas mismas se reclutaron cada vez más cerca de los Países Bajos, en la región del Rin o en los territorios de los príncipes católicos próximos a la frontera con los Países Bajos, Munster, Colonia, Trier… Todavía más adelante, el Ejército de Flandes se vio obligado incluso a autorizar levas de contingentes alemanes en aquellas regiones de los Países Bajos «en que se habla alemán[68]». El Ejército tuvo también que aceptar más tropas de los aliados españoles: más voluntarios británicos después de la paz anglo-española de 1630, el ejército particular del desheredado duque de Lorena después de 1633, las tropas del desterrado príncipe de Conde (1653-1659). En cuanto terminaron las hostilidades con los holandeses y en Alemania,

España comenzó a reclutar las tropas de sus anteriores enemigos. En 1647 reclutó abiertamente las luteranas en Hamburgo, no sin que hubiera ciertas manifestaciones de recelo:

> La gente que allí se hiziere, escribía un ministro a la corte, sera benissima menos al ser todos hereges, que esto se havra considerado quando se ordono la leva, y la necessidad que ay de infantería en todas partes obligara a tomarla donde se hallare[69].

En 1649, dos años después, don Ambrosio Mexía lograba autorización de los Estados Generales para reclutar un regimiento de infantería en las Provincias Unidas. Aunque se concentró en Limburgo, norte de Brabante y en otras zonas que habían sido españolas, y, por tanto católicas hasta la década de 1630, reclutó muchos calvinistas. Estas tropas fueron aceptadas. No podría hallarse señal más clara de la desesperada escasez de tropa en que estaba España a mediados del siglo XVII que este hecho[70].

Ni siquiera esta mal acogida ampliación de las regiones de reclutamiento fue suficiente para satisfacer plenamente las necesidades en hombres después de 1621. También tuvieron que modificarse las técnicas de reclutamiento que se venían practicando hasta entonces. En términos generales, allí donde ya se utilizaba el sistema de asiento, su coste subió enormemente; donde había bastado el sistema de comisión en el siglo XVI, se renunció al elemento voluntario o bien se emplearon asentistas.

En los Países Bajos los primeros regimientos entregados al Ejército por el sistema de asiento fueron los de los «Malcontentos», los nobles valones que en 1579 abandonaron el servicio de los Estados Generales con sus tropas para convertirse en una tercera fuerza independiente antes de que finalmente se uniesen al Ejército de Flandes. Varios, aunque no todos, de los últimos regimientos reclutados en los Países Bajos

lo fueron por nobles distinguidos que actuaron como asentistas. Las levas por comisión no desaparecieron realmente hasta después de 1600. La primera vez que en la península Ibérica se reclutó un tercio portugués por contrato fue en 1592 (no para los Países Bajos precisamente), pero el ejemplo no fue seguido en Castilla hasta después de estallar la guerra abierta contra Francia en 1635. Sencillamente, no había otro modo de conseguir tropas en número suficiente. La escasez de reclutas aumentó también el precio que había que pagar a los que se alistaban. En el siglo XVI había sido tres escudos por cada soldado de infantería; en 1641 era diez y en 1647 dieciocho. (Un recluta de caballería, totalmente equipado, costaba entonces sesenta). Por otra parte, los asentistas exigían un mínimo de sesenta días para completar el cupo de su leva[71]. Finalmente, se permitió que las compañías reclutadas por los asentistas se hicieran permanentes. A diferencia de las unidades reclutadas por comisión, que eran disueltas cuando el número de sus componentes no alcanzaba una cifra determinada, a los asentistas se les permitió mantener su tropa mediante el reclutamiento anual de refuerzos (que recibían el nombre de «reclutas», distintos de las «levas» de unidades enteras).

Fue el costo prohibitivo del empleo de asentistas lo que, más que ninguna otra causa, reforzó la determinación de los gobiernos de mantener el reclutamiento por comisión donde fue posible, incluso en los casos en que ello se podía hacer aceptando reclutas de menos de veinte años y empleando la fuerza y las amenazas para obligar a otros a alistarse. En los tercios italianos que cruzaron el desfiladero de Mt Cenis en 1620 había muchachos de dieciséis años, mal vestidos, sin sombrero y descalzos. Un observador inglés, que los vio mientras cruzaban los Alpes, calculó que escasamente la mitad de ellos conseguirían llegar al punto de destino; la verdad es que lo consiguieron las dos terceras partes —pero se perdieron más

de un millar de hombres[72]—. En España se empleó la coacción después de 1620 para obligar al servicio a los que carecían de trabajo y estaban bien dotados físicamente, los «rebeldes»; después del comienzo de la guerra con Francia en 1635 regiones enteras eran sistemáticamente batidas por activas bandas. En 1639, por ejemplo, la expedición naval de don Antonio de Oquendo, a la que se había encargado la misión de buscar y destruir la armada holandesa antes de llegar a los Países Bajos, sólo se pudo formar embarcando a punta de pistola a «dos mil padres y esposos» de la región de La Coruña. Entre tanto, como escribe Deleito y Piñuela:

> Azotaron aquí [en Madrid] a una mujer de buena casa, que ayudaba a cierto capitán, su galán, a buscar soldados. Conducía esportilleros con cosas de comer, cerrábalos con arte en una cueva, dejábalos sin comer hasta que sentaban plaza y tomaban paga, y de este modo tenía ya redimidos infinitos[73].

El gobierno comunicaba en 1647 a los capitanes españoles, si no podían reclutar tropas de otro modo:

> Si en las cárceles del Reino huviere presos hombres de buena hedad para servir, como no estén por delitos atroces, se les entreguen, conmutándolos la pena a que sirvan en las dichas compañías un tiempo limitado[74].

Los bandidos y vagabundos constituían también un buen objetivo para los oficiales reclutadores del rey. En una conocida ocasión se reclutó un tercio en Cataluña entre bandoleros y bandidos que, a cambio de su alistamiento, obtuvieron completo perdón. Se dirigieron directamente a los Países Bajos con la intención de formar parte del Ejército preparado para la invasión de Inglaterra en 1587-1588[75]. Otras veces, parece que los bandoleros han restado más reclutas de los que proporcionaron. Por ejemplo, en 1646, Felipe IV determinó actuar contra el ejército de picaros y vagabundos que atestaban las calles de Madrid —buena parte de los cuales, según comprobó, eran «soldados que han abandonado el ejército sin licencia»—. Los ministros prepararon planes minuciosos para

limpiar los burdeles, tabernas y otros refugios de estos reclutas en potencia. La incursión prosperó y las víctimas, esposadas, fueron cargadas en carretas y expedidas al frente catalán bajo escolta armada. Los ministros no habían contado con los bandoleros. Cuando uno de estos convoyes, formado por doce «reclutas» y otros tantos guardias, avanzaba lentamente a través de Murcia descendió precipitadamente desde las colinas una banda de ellos y se apoderó de los vagabundos —quienes constituyeron un oportuno refuerzo para el grupo[76]. A partir de entonces, estas decadentes prácticas dejaron de proporcionar el número suficiente de hombres con que asegurar la defensa de la monarquía española. Quedaban solamente dos recursos: las antiguas obligaciones del servicio feudal para la nobleza y del servicio militar para el resto. En realidad, lo primero fue de poca utilidad para el Ejército de Flandes, ya que, aunque en los años 1630 pesaban sobre la aristocracia castellana grandes cargas militares, ésta únicamente tenía obligación de servir dentro del reino, y por lo que se refiere a la nobleza valona, ya estaba desempeñando un destacado papel en la guerra. No obstante, era posible una utilización más eficaz de la milicia de los Países Bajos. A fines del siglo XVI se habían organizado compañías de campesinos y gentes de la ciudad en «compañías rurales» y «compañías urbanas» (unidades de defensa civil). La naturaleza fragmentaria de la reconquista por España de los Países Bajos en la década de 1580 de que hemos tratado antes, confirió importancia decisiva a la defensa local. Así, por ejemplo, en el distrito de Oudburg, de la provincia de Flandes, la rendición de Gante al Ejército de Flandes, en septiembre de 1584, dio principio a un período de pesadillas en que los partisanos (*vrijbuiters*, saqueadores), con base en los enclaves holandeses de Ostende, Sluis, Axel y Terneuzen, asolaron la provincia una y otra vez. Finalmente, el distrito tuvo que organizar una milicia de defensa de unos 400 hombres, una

ciudad centinela y una cadena de fuertes a lo largo de los diques con objeto de contener las incursiones[77].

No todos estos cuerpos de defensa civil eran a sueldo. Así en 1597 al gobernador de Hesdin se le concedió una cédula para reclutar 700 voluntarios para la defensa de la región. Antes de la concesión de la cédula se había discutido en los medios oficiales sobre la base financiera de la compañía. El *audiencier* que expidió la cédula preguntó a Moriensart, colega suyo de mayor experiencia: «Señor, yo tendré que saber si estos soldados serán pagados y cuánto, también habré de saber quién los va a pagar. Tened a bien aconsejarme». El astuto Moriensart respondió: «Las tropas servirán sin paga, pero convendría escribir en la cédula que se les pagará del modo ordinario y acostumbrado». ¡No se servía en el gobierno de los Países Bajos españoles durante veinte años sin aprender unas cuantas artimañas[78]!.

En cambio, para encontrar armas y armaduras para los reclutas del Ejército de Flandes no hacía falta tanto ingenio. Muchas de las tropas extranjeras ya estaban perfectamente equipadas cuando llegaban a los Países Bajos. Las españolas e italianas recibían sus armas de los depósitos del gobierno en Milán o de los muchos armeros de Lombardía; las tropas alemanas eran armadas bien por los asentistas que las reclutaban o por las armerías de Insbruck, Nuremberg o de alguna otra ciudad. Por lo demás, los armeros de los Países Bajos, particularmente los de Lieja que proveían al ejército de los Estados y también al de España, podían proporcionar sin dificultades todo el equipo militar que necesitara el Ejército. Pero había que pagarlo. La gran limitación experimentada por el Ejército de Flandes en el siglo XVI en el punto de la equipación fue financiera: una pica y una armadura (el «coselete») costaban 30 florines en los años de 1590, un mosquete costaba 10 florines, un cañón de 24 onzas costaba

1000 florines[79]. Con precios así, nunca había dinero suficiente para armar a todos los soldados de una vez. Esto preocupaba relativamente poco: los estrategas del siglo XVI creían que las guerras debían librarse con hombres, no con material (idea que parece haber perdurado hasta los suicidas asaltos en masa a lo largo del Somme y del Aisne en 1916-1917[80]), y ante la elección entre alimentar a sus hombres o equiparlos, optaban siempre por lo primero. Ochocientos hombres podían ser alimentados durante un mes con el dinero que se necesitaba para fundir un cañón; el pan de un soldado de infantería durante dos años era el precio de su coselete.

Sólo gradualmente consiguió el Ejército sistematizar la provisión de armas, deduciendo el coste de armas, pólvora y municiones a plazos de los sueldos a percibir (cf. más adelante). Para 1600, los soldados del Ejército de Flandes estaban decorosamente armados. Las tropas de 1641 estaban andrajosas, andaban casi descalzas entre la nieve, pero todas ellas llevaban espada y la mayor parte de ellas tenían arcabuz o una pica; algunas, pocas, tenían mosquetes. Existía un gran abismo entre esto y los petos y espadas con incrustaciones de oro de Negroli o della Cesa de Milán, y mayor aún entre las apuestas y soberbias figuras del manual de Jacques de Gheyn sobre el manejo de las armas; pero menos era nada[81].

De esta suerte, el agobiante problema de la movilización de los ejércitos habsburgueses siguió siendo geográfico. No hubo ningún error en la organización militar de España desde un punto de vista técnico —el ejército multinacional siguió siendo característico de los Habsburgo justo hasta 1918, en que el último ejército de la dinastía, movilizado con la ayuda de carteles de reclutamiento en no menos de cincuenta idiomas, continuó combatiendo hasta después del hundimiento del imperio que defendía[82]. Pero el sistema fue resolviendo el modo de utilizar tropas reclutadas en una región para combatir

en otra. En consecuencia, la cuestión decisiva fue, si las tropas extranjeras que debían formar el núcleo y la élite del Ejército podrían llegar hasta los Países Bajos en gran número. Tenía que haber algún modo seguro de trasladar las unidades reclutadas en Alemania, Italia, España y en las islas Británicas. De ello dependía la defensa de los Países Bajos españoles[83]

CAPÍTULO 2

LOS CORREDORES MILITARES DEL EJÉRCITO DE FLANDES

En el siglo XVI, escribió el profesor Braudel, la distancia —*l'espace*— fue «el enemigo público número uno». Las tardanzas y las separaciones ocasionadas por la distancia complicaron todos los actos de gobierno, desde la transmisión continua de ordenes y noticias hasta el despacho de metal precioso y el movimiento continuo de tropas. A mayor distancia, mayor la separación y mayor la demora.

La necesidad de hacer frente al desafío de la distancia dio lugar a un número de importantes respuestas administrativas, tanto por parte de los gobiernos como de los comerciantes. Un ordenado sistema de correos con sus estaciones se extendió por el continente, uniendo las capitales con los centros comerciales, transmitiendo cartas, llevando noticias. Para el transporte de metales preciosos y de mercancías se organizó un servicio regular de carreteros y convoyes, entre los centros comerciales se movían continuamente caravanas de mulas o de largas carretas. Sin embargo, el traslado de un ejército presentaba problemas de muy diversa magnitud. Mientras que los correos pasaban de uno en uno o de dos en dos, y mientras que las mulas o carretas cargadas de mercancías lo hacían de cien en cien como mucho, las tropas viajaban por millares. Su paso a través de territorios en paz era lento, irregular; necesitaban alojamiento y víveres.

Estos movimientos de masas plantearon muchos y difíciles problemas de naturaleza puramente técnica, de los que trataremos con amplitud en el capítulo siguiente; originaron

también dificultades políticas menos evidentes, pero igualmente arduas. Los soldados necesitaban protección política contra el peligro de ataque o provocación mientras se dirigían al frente. Había que conjugar la rapidez con la seguridad. En consecuencia los diferentes estados europeos crearon una red de lo que podríamos llamar «corredores militares»: itinerarios reconocidos que conectaban a un ejército en servicio activo con las lejanas tierras donde había sido reclutado. Los corredores militares significaron un paso importante hacia la solución de los dos problemas, el técnico y el político, que implicaban los movimientos militares en tiempos de paz, ya que regularon el desplazamiento de tropas, haciendo posible la preparación por adelantado de los servicios básicos bajo garantía de protección diplomática permanente.

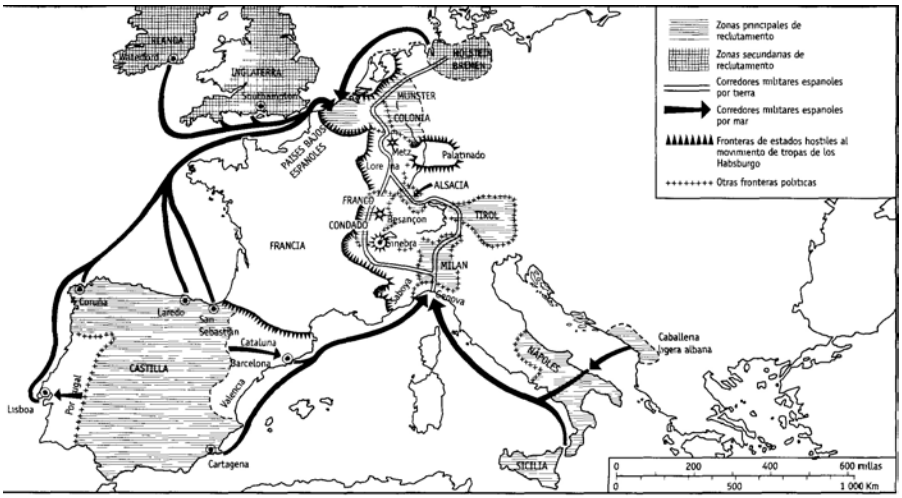


FIGURA 6 Los corredores militares del Ejército de Flandes. Los Habsburgo españoles insistieron en reclutar vasallos suyos en cuanto fuera posible, y así movilizaron para servir en los Países Bajos tropas de Castilla, de sus dominios en Italia y del Franco-Condado, asi como de los dominios de los Habsburgo austríacos de Alsacia y del Tirol. El problema fue el traslado de las tropas leales al frente.

Debido a que el Ejército de Flandes reclutaba la mayor parte de sus tropas en el extranjero, muy lejos de los Países

Bajos, dependía exclusivamente de sus corredores militares. Había, en efecto, cuatro de estas arterias por las que le llegaban al Ejército sus recursos humanos, dos por mar y otras dos por tierra (véase figura 6).

Quizá la menos importante de estas cuatro arterias era la ruta marítima desde las islas Británicas. En primer lugar, los primeros contingentes de soldados ingleses, irlandeses y escoceses que se incorporaron al Ejército de Flandes estaban ya en los Países Bajos. Las guarniciones británicas que hicieron entrega de Lier, Aalst, Deventer y Zutphen a España en los años ochenta del siglo XVI habían sido enviadas todas ellas a los Países Bajos por el gobierno inglés. Muchos de los refuerzos que llegaron a estas unidades eran ingleses inconformistas que organizaron por su cuenta la travesía. El reclutamiento directo para el Ejército de Flandes no comenzó hasta la paz anglo-española de 1604. Casi inmediatamente un regimiento entero fue reclutado en Inglaterra por Thomas, lord Arundel, y otro en Irlanda por Henry O'Neill. Este repentino éxodo alarmó a la Inglaterra protestante. En mayo de 1606 el Parlamento declaró culpables de felonía a los ingleses que sirviesen a un príncipe extranjero, a no ser que antes prestaran juramento de adhesión a Jaime I y ofrecieran garantías de no reconciliarse con la Iglesia de Roma. En realidad, esta restricción apenas surtió efecto antes de abril de 1607, fecha en que cesaron las hostilidades declaradas en los Países Bajos y fecha a partir de la cual ya no fueron necesarios más reclutamientos en Inglaterra. Al expirar la Tregua de los Doce Años en 1621, la situación de Inglaterra era mucho más desfavorable para España, e intensos reclutamientos para el Ejército de Flandes elevaron el contingente de británicos a 4000 para 1623. Este número bajó durante la guerra hispano-inglesa (1625-1630), pero volvió a aumentar poco después de la Paz de Londres: a lo largo de los años treinta sirvieron en el Ejército de Flandes unos 4000

soldados británicos. La situación se modificó de nuevo en la década de los cuarenta cuando la Confederación de Kilkenny en Irlanda y el estallido de la Guerra Civil (1641-1642) redujeron las disponibilidades de potencial humano británico para las guerras de los Países Bajos. No volvieron a llegar más tropas de aquella procedencia hasta que la victoria del Parlamento, primero en Inglaterra y después en Irlanda, ocasionó la migración de muchos grupos de realistas y católicos derrotados, de la cual se beneficiaron España, Francia y los Países Bajos españoles[84]. Después de 1605 todos los contingentes de tropas británicas se reclutaron mediante asiento o contrato, y el transporte de las tropas corrió a cargo del gobierno inglés o bien de los asentistas. En realidad, una parte del dinero que se pagaba a los asentistas por cada hombre que traían a Flandes era para cubrir los costes y riesgos del transporte[85]. Sólo en raras ocasiones se emplearon los barcos de la armada de los Países Bajos. Los barcos de cabotaje solían transportar a los reclutas desde Waterford, Southampton o desde algún otro puerto directamente hasta Dunquerque u otro puerto del norte de Francia (Calais, por ejemplo), dejando que los soldados hicieran el resto del viaje a pie —procedimiento bien acogido, sin duda, por los propios viajeros, muchos de los cuales no volvían a recobrarse de las horribles condiciones en que viajaban en aquellos superpoblados transportes.

Aunque, como hemos visto, las autoridades españolas no confiaban mucho más en sus tropas alemanas que en las británicas, la cantidad de alemanes fue muy superior. Siempre hubo regimientos de alemanes sirviendo en el Ejército de Flandes, y las rutas entre sus lugares de reclutamiento y los Países Bajos estuvieron muy concurridas. El Ejército de Flandes prefería hacer sus levas de alemanes en los dominios de los Habsburgo de Alsacia, Austria y Tirol; cuando estas regiones no podían satisfacer las necesidades del Ejército, se autorizaba el

reclutamiento en la Renania. En caso de verdadera emergencia también podían reclutarse en el norte de Alemania, en Holstein o en los alrededores de Hamburgo. Desde el punto de vista diplomático, era obvio que las zonas más próximas a los Países Bajos presentaban menos problemas. A Munster y Colonia sólo las separaban del territorio español los ducados de Cleves y Julich; el arzobispado de Trier era directamente fronterizo con el ducado de Luxemburgo. En estos casos las únicas formalidades diplomáticas que precedían necesariamente al traslado de los reclutas al Ejército de Flandes eran el consentimiento del jefe local y del emperador (sin cuya aprobación carecía de legalidad cualquier movimiento de tropas en el interior del Imperio).

A pesar de la mayor distancia, apenas fue mayor la dificultad en el plano diplomático para llevar tropas desde Alsacia y desde el Tirol hasta los Países Bajos. Durante la paciente construcción de su Imperio los Habsburgo habían conseguido formar una cadena casi continua de territorios desde Viena hasta el Rin. Normalmente era posible encontrar tropas en las regiones altas del norte y este de los Alpes, desde donde se dirigían a los Países Bajos a través de Allgau, pasando por la orilla norte del lago Constanza y por la ribera norte del Rin (los Habsburgo poseían el «vier Waldstädte»: Rheinfelden, Sáckingen, Laufenburg y Waldshut —cf. fig. 8).

La siguiente etapa del viaje era más recta. Desde Basilea, el camino más rápido hasta los Países Bajos era embarcarse corriente abajo del majestuoso Rin, pero estaba obstaculizado por la hostilidad implacable del elector palatino hacia la casa de Habsburgo. El Palatinado Inferior y el ducado de Zweibrücken (gobernado por un hermano menor de la familia palatina) controlaban el valle del Rin desde cerca de Speyer hasta Maguncia. Los contingentes de tropas que se dirigían a servir al rey de España en los Países Bajos y penetraban en el Palatinado

corrían peligro. Ya en 1568 el gobierno palatino asomó la oreja, apoderándose sin previa provocación de un convoy de 150.000 escudos (unos 300.000 florines) en ropas y en efectivo, que iba con destino a los banqueros del Ejército de Flandes. En 1572 los aliados del elector palatino del arzobispado de Estrasburgo coparon el regimiento del barón de Polwiller, reclutado en Alsacia y que se dirigía a los Países Bajos españoles, y confiscaron su equipo y sus armas. En noviembre de 1573 los súbditos del elector quemaron 500 quintales de pólvora que enviaba el emperador mismo al ejército de Flandes, y en 1574 unos 200 jinetes gascones a sueldo del elector tendieron una emboscada al conde Hannibal von Hohenems, coronel de otro regimiento recientemente reclutado para los Países Bajos, y le impidieron recoger las armas que había comprado para sus hombres en Estrasburgo[86]. Hasta 1618, el gobierno palatino prestó refugio a los exiliados calvinistas de los Países Bajos, envió tropas de vez en cuando a luchar abiertamente en Holanda a favor de los Estados, y hostigó el paso de todas las tropas proespañolas en la región del Rin[87].

Sólo las represalias directas de España harían que el Palatinado dejase de molestar. En 1619 el elector, Federico V, aceptó la invitación de los Estados protestantes de Bohemia que deseaban coronarlo rey. El emperador, que también había sido elegido rey de Bohemia, derrotó a Federico y lo declaró proscrito. Sus tierras fueron confiscadas y la ejecución del edicto imperial fue encomendada al Ejército de Flandes. La presteza con que las tropas españolas ocuparon el Palatinado Renano en 1620 sólo se comprende si se considera el medio siglo de provocaciones sufridas por España y el arraigadísimo deseo de utilizar el codiciado corredor de la región renana para sus comunicaciones militares. En 1631 todavía fue posible transportar Rin abajo un ejército de tropas españolas e italianas —el primero desde 1543—. También fue el último. Ese mismo

año la victoria de Gustavo Adolfo en Breitenfeld trajo las tropas suecas a la Renania. Con base en Maguncia, las tropas protestantes consiguieron cerrar una vez más el Rin a todas las tropas que estaban al servicio de los Habsburgo[88].

Afortunadamente para España había otra ruta abierta a las tropas desde el Tirol, que llevaba hasta los Países Bajos y evitaba el Palatinado Renano. Cruzando el Rin por Breisach en Alsacia, las tropas podían pasar al ducado de Lorena, prohabsburgo, por Colmar, Kaysersberg, el desfiladero de Bonhomme y St. Dié; otra alternativa era continuar un poco más Rin abajo y cruzar el río en Estrasburgo y luego dirigirse a Lorena por Saverne y Sarrebourg hasta el Luxemburgo español (cf. figs. 6 y 8).

Este corredor militar del Ejército de Flandes era indudablemente importante, porque ocasionalmente lo usaban las tropas españolas e italianas y también las alemanas. Partiendo de Milán, cruzaban por los Alpes centrales, como veremos, para llegar al Rin, bien en Bregenz o en Waldshut, alcanzando los Países Bajos por Alsacia y Lorena. Alsacia era el eje principal de este corredor militar; Alsacia era más importante para España que el Palatinado[89]. A esto se debieron determinadas maniobras diplomáticas iniciadas por España con el fin de protegerla de los Habsburgo austríacos. La incertidumbre de la sucesión imperial después de 1612 (que sólo pudo decidirse por el voto de la mayoría de los siete príncipes electores del imperio) hizo que la familia de los Habsburgo considerase necesario adoptar una postura común respecto de su candidato. Felipe III y el archiduque Alberto (que gobernaba en los Países Bajos españoles) acabaron accediendo a renunciar a sus relevantes derechos a la dignidad imperial y apoyando al archiduque Fernando de Estiría. Pero exigieron a cambio la cesión a España de Alsacia. Las negociaciones llevadas a cabo en 1614 sobre estas bases no

resultaron muy decisivas: Fernando confiaba en su elección aun sin la bendición de España. Sin embargo, para 1617 nadie dudaba de que el emperador Matías se acercaba a sus últimos momentos y todavía no había acuerdo sobre el sucesor. Fernando accedió de mala gana a las duras condiciones de España y firmó un tratado por el que cedía Alsacia a España. La circunstancia de haber estallado la guerra civil, primero en Bohemia y después en toda Alemania, impidió que España cosechara todos los frutos de su agilidad y tenacidad diplomática[90].

Los Habsburgo españoles continuaron, no obstante, enviando tropas a través de Alsacia hasta 1631. Fue la victoria sueca en Breitenfeld lo que aquí, como en el Palatinado, privó a España de su precioso corredor militar. La situación se planteaba en adelante de forma muy distinta. Si bien se salvó la cabeza de puente de Breisach de la avalancha protestante por algún tiempo, se perdió de manera irreparable en 1638. La misma década contempló la toma de Maastricht (1632) por los holandeses y cómo Francia extendía su «protección» al arzobispado de Colonia (1635). Como la infanta Isabel se lamentaba en carta a su sobrino Felipe IV, sus enemigos no sólo ocupaban los corredores militares, sino también ¡hasta las zonas de reclutamiento de España[91]!. Ni siquiera los reclutas que se dirigían desde Colonia al Ejército de Flandes podían pasar a los Países Bajos con seguridad. En la década de 1640 unidades de reconocimiento holandesas con base en Maastricht atacaron y apresaron a muchos pelotones de reclutas a su paso desde Julich a Toermond y Diest. A estas alturas de la guerra es claro que nadie ignoraba que todo tenía un precio y los soldados eran rescatados casi inmediatamente, pero, no obstante, la mayor parte de los destacamentos de reclutas tenían que ser escoltados por tropas veteranas para poder llegar con seguridad hasta los Países Bajos[92]. Después de finalizar la guerra con los

holandeses en 1648, ya fue posible reclutar soldados en el norte de Alemania y embarcarlos para los Países Bajos vía Hamburgo.

Más difícil fue encontrar itinerarios seguros para las tropas escogidas del Ejército de Flandes: para las españolas e italianas. Durante las décadas de 1540 y siguiente, España había enviado hombres y dinero, desde las costas cantábricas, a bordo de convoyes de mercancías consignados a los Países Bajos, mientras estuvo en guerra con Francia. España dominaba el Océano y gozaba de la hospitalidad de los puertos ingleses, incluido el profundo puerto de Calais, donde podía refugiarse o desembarcar. Después de 1558 perdió todas estas importantísimas ventajas. La seguridad de la comunicación por mar entre España y los Países Bajos españoles cayó por su base en un momento.

El primer revés en la posición marítima de España fue la toma por Francia a los ingleses del puerto de Calais, en enero de 1558. Calais tenía una especial importancia para España; era mucho mejor puerto que los de la costa flamenca para desembarcar soldados y provisiones, porque era de fácil acceso para los barcos que subían por el Canal y sobre todo no tropezaban éstos, al aproximarse, con el obstáculo que representaban los extensos bancos de arena que se extienden, a lo largo de millas, ante la costa continental desde Dunquerque hasta el Escalda —«los bancos de Flandes», cementerio de barcos demasiado bien conocido por los marineros españoles. Además del inconveniente de la pérdida de un buen puerto se daba otra circunstancia, muy cierta por desgracia, y era que el rumbo más fácil desde el sur hasta Dunquerque (el puerto más próximo y el mejor) pasaba por delante de Calais, dejando atrás así la barrera de bancos de arena que hay frente a la costa. De este modo los buques españoles que se dirigían a Dunquerque, a las Gravelinas o a Mardijk estaban a merced de los franceses a su paso frente a Calais[93].

La pérdida de Calais supuso una profunda humillación para Inglaterra, y a España le correspondió inevitablemente parte de la culpa; pero la reina Isabel mantuvo una precaria paz con España hasta diciembre de 1568. Entonces, en vísperas de la rebelión del norte, unos barcos españoles con carga de dinero consignada a un consorcio de banqueros genoveses en los Países Bajos, fueron arrastrados hasta Southampton por una tormenta. La reina ordenó su captura[94]. Siguió una campaña de agresiones sordas, y, aunque hicieron las paces en marzo de 1574, los barcos españoles, mientras vivió Isabel, navegaron con el constante temor de ser atacados, desde Inglaterra, por los piratas.

El año 1568 contempló también la aparición de una segunda amenaza marítima para España: los hugonotes formaron una armada en La Rochela (*la armée sur mer*), integrada por 70 bajeles, para colaborar en la causa de los protestantes franceses mediante la piratería. Los piratas medraron principalmente a costa del botín que capturaban a los mercaderes españoles en el golfo de Vizcaya. Pronto se unieron a este lucrativo trabajo los «Mendigos del Mar», habitantes de los Países Bajos desterrados por haber tomado parte en las revueltas de 1566-1567; y que estaban organizados como flota regular al servicio del príncipe de Orange. Con base en La Rochela, Dover y en otros puertos que se lo permitieron, acosaron también ellos a los barcos españoles sin piedad[95].

El envío de tropas o dinero desde España a los Países Bajos por mar se convirtió de este modo, después de 1568, en un asunto extremadamente arriesgado. Casi todas las expediciones, mayores o menores, terminaron en el desastre. En 1572, después de muchos retrasos y de una salida en falso, la flota que transportaba 1200 reclutas españoles y al gobernador general electo de los Países Bajos, el duque de Medinaceli, entró en el Canal. Inmediatamente se vieron cercados por los barcos de

guerra de los «Mendigos del Mar» que los estaban esperando. Los españoles consiguieron pasar las embarcaciones más pequeñas al otro lado de los bancos de arena y atracarlas frente a Blankenberg, aunque la mayor parte de ellas naufragaron en la operación, pero los navíos de mayor calado que intentaron abrirse paso por el Escalda abajo hasta Amberes, fueron apresados todos y hundidos. Otro intento de enviar tropas españolas a los Países Bajos por mar, llevado a cabo unos años después, constituyó un fracaso todavía más espectacular. La expedición estaba integrada por todo lo que había quedado de las tormentas y peste de la gran flota reunida por Felipe II con objeto de dirigirse al Mar del Norte y exterminar a los «Mendigos del Mar»; después de un retraso de dos años, en noviembre de 1575, los barcos estaban listos para hacerse a la mar. Inmediatamente los soldados se amotinaron por la paga. Al grito de «dinero, dinero, paga, paga», arrancaron la liquidación de una parte de sus atrasos y algunos navíos emprendieron la marcha, pero todo lo que conseguirían sería verse envueltos en una violenta tormenta en el golfo de Vizcaya. Algunos de los barcos quedaron maltrechos, otros se perdieron, y los que consiguieron doblar el cabo Finisterre se vieron no obstante obligados a volver a España, debido a que sus tripulaciones se amotinaron otra vez por temor a ser atacados por los «Mendigos del Mar». A finales de ese año sólo habían llegado al Ejército de Flandes 430 soldados españoles[96].

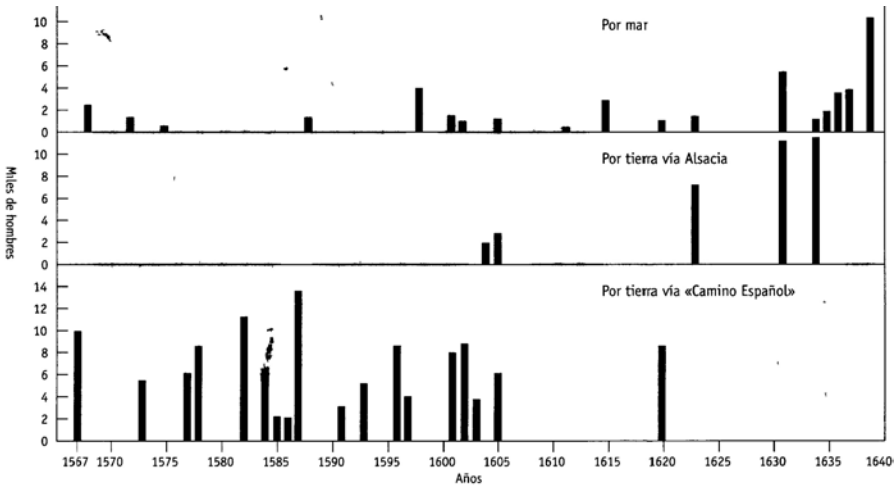


FIGURA 7. Tropas españolas e italianas enviadas a los Países Bajos (1567-1640). Después del Tratado de Lyon (1601) el «Camino Español» perdió su carácter de corredor principal de las tropas italianas y españolas. Durante algún tiempo respondieron a las necesidades del Ejército las rutas por mar y a través de Alsacia hasta que la victoria naval de los holandeses en las Dunas (1639) y la ocupación por Francia de Alsacia (1637) acabaron con su seguridad también.

A nadie se le ocultaba la necesidad imperiosa de descubrir algún otro modo de enviar hombres y dinero españoles a los Países Bajos; si el mar estaba cerrado para España, tendrían éstos que ir por tierra. Como muestra la figura 7, la mayor parte de las tropas españolas e italianas que llegaron al Ejército de Flandes, lo hicieron por tierra, y la mayoría, viajando por la famosa ruta conocida entonces, y aun ahora en algunos sitios, como *le chemin des espagnols*, el «Camino Español[97]».

El «Camino Español» lo ideó por primera vez en 1563 el cardenal Granvela, cuando Felipe II pensaba visitar los Países Bajos. Aunque el rey hubiera preferido viajar por Alemania, ruta que conocía personalmente desde su viaje de 1548, Granvela apuntó como más seguro y más cómodo que se dirigiera allá a través del Piamonte y Saboya, del Franco Condado y Lorena, pasando desde España a Lombardía, vía Génova, a bordo de su flota de galeras del Mediterráneo. Tal

itinerario se caracterizaba, según el criterio de Felipe II, por una visible ventaja: se extendía *quasi sempre su'l suo*, casi enteramente por territorios propios[98].

El rey de España era duque de Milán en virtud de la autorización del emperador y gobernaba en los Países Bajos y en el Franco Condado como príncipe soberano. Durante el período Habsburgo, España concertó pacientemente alianzas estrechas con los gobernantes de los territorios que separaban sus propios dominios. Desde 1528 España había sido el principal apoyo del patriciado que gobernaba en Génova, los *nobili vecchi*, proporcionándoles ayuda contra las maquinaciones de las facciones enemigas de la ciudad, y contra los rebeldes apoyados por Francia en la isla genovesa de Córcega (en los años 50 del siglo y después de 1564). A cambio de esta inestimable ayuda, los magnates genoveses no sólo financiaron el imperialismo español con su enorme riqueza, sino que también permitieron que España utilizara los puertos de la Liguria, puerta de entrada a Lombardía y, por tanto, a Europa septentrional.

Más allá de Lombardía, era viejo aliado de España el duque de Saboya, cuyos estados habían sido ocupados por Francia entre 1536 y 1559. El recuerdo de la conquista y ocupación francesa era amargo, y la debilidad de la monarquía de los Valois después de la muerte de Enrique II hizo que los duques pudieran permitirse el lujo de mantenerse neutrales e, incluso que, después de 1589, se atrevieran a hacer la guerra contra Francia. El fundamento legal de la alianza de Saboya con España era el Tratado de Groenendaal (26 de marzo de 1559), pero la duradera «entente» de los dos estados radicaba en el deseo de Saboya de conseguir territorio francés (para lo que era necesaria la ayuda española) y en la necesidad que España tenía de un corredor militar entre Milán y el Franco Condado. Los estados del duque de Saboya se extendían a ambos lados de los

Alpes y enlazaban perfectamente los dos dominios españoles. Como hacía observar a Felipe II uno de sus ministros, «importa más la Saboya (a V. Magd.) para el passo de Flandes que al duque[99]».

El Franco Condado, «el más antiguo patrimonio de la casa de Borgoña», según señaló en una ocasión Carlos V, era gobernado desde los Países Bajos, pero, a diferencia de ellos, estaba obligado a la neutralidad con Francia. La desmembración de la herencia del duque Carlos el Temerario de Borgoña dejó finalmente a Francia en posesión del ducado de Borgoña, yendo el Condado (el Franco Condado) a parar a manos de los Habsburgo. Desde 1508 se acordó que las dos partes de la herencia mantendrían una estricta neutralidad y se abstendrían de luchar entre sí. Este tratado, renovado a intervalos fijos y garantizado por la Dieta de la Confederación Suiza, fue respetado hasta 1595, y nuevamente desde 1598 hasta 1635. Había, no obstante, una cláusula especial que permitía el paso «libre» de tropas —el *transitus innoxus*— por la región. Los soldados españoles podían así cruzar el Condado sin comprometer su neutralidad[100]. Los duques de Lorena y Bar, cuyos territorios se extendían entre el Franco-Condado y Luxemburgo y desde el Mosa hasta el Rin, guardaban un doloroso recuerdo de los movimientos militares de la Casa de Borgoña. En 1475 Carlos el Temerario había ocupado un número de plazas fuertes en Lorena para formar un corredor que comunicase sus territorios *de par deçà* (los Países Bajos) con los *de par delà* (Borgoña). Sin embargo, después de la década de 1550 y de la ocupación de las tres ciudades mayores de Lorena por Francia (Metz, Toul y Verdún), el duque se mostró dispuesto a perdonar y olvidar su ancestral disputa con Borgoña y a favorecer por partes iguales a los Habsburgo y a los Valois con el fin de lograr las recompensas de ambos. Su posición estaba perfectamente salvaguardada por un tratado de

neutralidad parecido al de Borgoña: Francia y España acordaron en 1547 garantizar la neutralidad de Lorena y el tratado se renovó repetidas veces, aunque en 1589 el propio duque lo quebrantó interviniendo en las guerras francesas de religión, y Luis XIII lo ignoró en 1632-1633. Como en el Condado, las condiciones de neutralidad permitían el paso libre a las tropas de todas las potencias, con tal de que no permanecieran en un mismo lugar más de dos noches[101].

Después de pasar Lorena, las tropas que se dirigían de Italia a los Países Bajos penetraban en el Luxemburgo español. Todavía tenían que atravesar un estado más pequeño e independiente antes de llegar al Ejército: el obispado-principado de Lieja. Completamente rodeado por territorio habsburgo este estado era el más de fiar de todos los aliados de España —especialmente después de que las tropas españolas ayudaron al obispo a derrotar a una fuerte y compacta invasión de los Estados Generales en 1595—. Nuevos tratados formales de neutralidad limitaron la permanencia de las tropas en un solo lugar a dos noches.

Si bien España gozaba así de una firme amistad con todos los estados que constituían los jalones de su camino hasta los Países Bajos, los estados eran independientes bajo todos los aspectos, y cada vez que las tropas habían de pasar por ellos debían preceder respetuosas proposiciones diplomáticas. A fines de 1566, Felipe II enviaba a Lorena, Saboya y a los cantones suizos embajadores especiales para solicitar permiso para el paso del ejército de Alba, los primeros usuarios del «Camino Español», y para dar garantías a todos de que las tropas tenían como único destino castigar a los rebeldes de los Países Bajos. Estos emisarios fueron retirados una vez que el duque llegó a Bruselas.

La necesidad de nuevos movimientos militares por el

«Camino Español», no prevista en 1567, contribuyó a establecer acuerdos diplomáticos más permanentes. Después de 1528 había residido en Génova de modo habitual un embajador español, y en 1571 Felipe II decidió abrir embajadas permanentes en Saboya y en los cantones suizos. Los dos nuevos puestos eran supervisados directamente por el gobernador español de Lombardía. Es curioso que en Lorena no hubiera nunca embajador español residente; en su lugar, cada vez que había que solicitar permiso para el paso de tropas por el ducado se hacía mediante un enviado especial despachado desde Bruselas. Otro tanto ocurría con Lieja.

Aunque rara vez o nunca las peticiones oficiales de paso hechas por España fueron desoídas, sus aliados no eran simples peones de los que hizo cuanto se le antojó. Tenían su orgullo y rara vez toleraron que su soberanía fuera menospreciada. En 1622 se presentaron delante de Génova algunos soldados españoles y desembarcaron sin que el embajador español se preocupara de pedir autorización: el Consejo de la República, justamente indignado, citó al negligente enviado y le entregó una vigorosa protesta. Cuando en 1577 los veteranos españoles que volvían de los Países Bajos llegaron a la frontera de Saboya sin haberse tomado la molestia de pedir autorización para cruzarla, el duque mantuvo su dignidad haciendo que las tropas esperaran durante varios días a que les diera esa autorización. Algún tiempo después en ese mismo año, el gobernador francés de Toul en Lorena escribió una violenta nota de queja al gobierno de los Países Bajos, protestando de que todavía no hubiesen sido pagados los permisos del reciente paso de tropas españolas, y, lo que era peor aún, de que un regimiento de infantería borgoñona que se dirigía a los Países Bajos hubiera pasado a sólo media legua de la ciudad sin permiso y sin pagar las vituallas que había tomado por el camino. El gobernador insinuaba en duros términos que, a menos que se le pidiesen

excusas y se le diese satisfacción inmediata, la próxima expedición que intentase llegar a los Países Bajos encontraría serios inconvenientes[102].

Esta era la baza que jugaron todas las comunidades soberanas e independientes a lo largo de los corredores militares del Ejército de Flandes: España iba a volver a necesitar sus servicios. En consecuencia, tenía que respetar su autonomía y acceder a sus pretensiones. Sin embargo, había en el «Camino Español» tres puntos delicados que carecían de esta salvaguardia; tres ciudades-estado, supervivencias arcaicas de los tiempos medievales, que tenían motivos sobrados para temer que las tropas españolas que pasasen bajo sus murallas abrigasen designios de traición contra su independencia —Ginebra, Besançon y Metz.

El 28 de marzo de 1567 el augusto Consejo de la República de Ginebra, ciudad-estado independiente y calvinista, tuvo noticia del paso del duque de Alba. A causa de ello resolvió reforzar la guarnición de la ciudad y aumentar las reservas de víveres «mientras atraviesa esta tierra». Fue así como por primera vez al «Camino Español» se le colgó el sambenito de camino «del enemigo». El 1 de abril los padres de la ciudad oyeron que el ejército de Alba estaría compuesto por 15.000 de a pie y 6000 de a caballo (una enorme exageración) y tres días más tarde delegaban con dolor sus poderes ejecutivos en un comité secreto de guerra que había de coordinar la defensa de la República durante el inminente peligro. El consejo reclutó más tropas en Francia y en otras partes y pidió un empréstito de 300.000 florines para pagarlas. Ginebra se negó a desmovilizar sus tropas de emergencia hasta que el duque de Alba y sus hombres no se encontraron sanos y salvos en los Países Bajos[103].

No volvieron las marchas por el «Camino Español» a

producir terror hasta ese grado en Ginebra, pero, por el contrario, pocas expediciones dejaron de provocar crisis semejantes. España siguió siendo «el enemigo». En 1577, por ejemplo, la vuelta de los tercios españoles de los Países Bajos a Italia encontró a la ciudad paralizada de espanto: se decía que los españoles venían armados «con escalas, ganchos y otros instrumentos para escalar la ciudad». Estos y otros incontables rumores sin fundamento que rodeaban cada movimiento de tropas españolas se basaban en la sarta de relatos de espías pagados por Ginebra en el extranjero, temperados por las cartas más juiciosas enviadas a la República por los estados protestantes amigos, Berna, Würtemburg, Montbeliard y otros. En 1620 el embajador inglés en Turín, doctor Isaac Wake, enviaba noticias detalladas sobre los preparativos españoles para una expedición y, a ruego de la República, persuadió a los españoles a que modificasen su itinerario desde el desfiladero del Pequeño San Bernardo y Faverges y pasasen por Mt. Cenis y la depresión de Saboya, a fin de mantenerlos alejados de Ginebra[104].

Uno se sentiría tentado a tomar a burla el temor y temblor del Consejo de Ginebra: ahora sabemos que los comandantes de todas las expediciones españolas tenían las más estrictas órdenes de dejar en paz a la ciudad de Calvino. Pero entonces no lo sabían todos. La República no se sentía tranquila conociendo como conocía la amistad existente entre España y Saboya; en 1585 el duque se casaba con una de las encantadoras y capaces hijas de Felipe II, Catalina Micaela. Estaba también el hecho innegable de que los serios y casi victoriosos ataques del duque de Saboya sobre Ginebra en 1582, 1597 y 1602 se habían preparado secretamente bajo el disfraz de preparar marchas españolas en aquellos años. Finalmente, es cierto que Felipe II prometió secundar a su hijo político el duque con una ayuda considerable, si atacaba a

Ginebra. No cabe duda de que el rey de España deseaba vivamente la destrucción de la ciudadela del calvinismo —pero no estaba por otra parte dispuesto a retrasar el envío de sus tropas selectas a los Países Bajos por culpa de ella[105].

La ciudad de Besançon no pertenecía al rey de España, no obstante estar situada en el corazón del Franco-Condado. Hasta 1653 fue una ciudad imperial libre, independiente y deseosa de evitar vincularse a los gobernantes del Condado. En 1575 perdió una buena parte de su autonomía, debido a que, a consecuencia de un asalto y ocupación por sorpresa por una banda de hugonotes franceses, no pudo negarse a admitir una guarnición española. No es sorprendente que este cambio no contribuyera a disminuir en nada la desconfianza y hostilidad de la ciudad con respecto al paso de las tropas de Felipe II por el Condado. En 1567 Besançon no movería un dedo para ayudar a los preparativos del gobierno para el duque de Alba, preocupada ante todo de su propia defensa, no fuera a ser que el duque intentara un ataque por sorpresa. Y una vez más, en 1577, la noticia del paso de tropas españolas de vuelta hacia Italia llevaron al prudentísimo consejo de la ciudad a tomar la siguiente decisión:

> A causa del paso inminente por Borgoña de las tropas españolas de vuelta de los Países Bajos, y debido a que *nulla fides viris qui castra sequuntur*, se designa a MM. Doissans y La Tour para proveer a la defensa de la ciudad, para lo cual se les conceden plenos poderes, mientras dure el paso de esas tropas.

Besançon siguió mostrando esta timorata reacción ante expediciones posteriores por el «Camino Español», aunque, como sabemos hoy, revistieron todavía menos peligro que para Ginebra[106].

El ataque de Enrique II a Carlos V en 1552 trajo como consecuencia la ocupación por Francia de los tres enclaves imperiales en Lorena: Metz, Toul y Verdún. Francia fortificó

inmediatamente sus conquistas, los «Tres Obispados», como se los conoció siempre. En Metz terminó en 1564 una imponente ciudadela y mantuvo una guarnición de 1040 hombres; Enrique II instaló incluso una administración especial civil y judicial para dotar de gobierno francés a sus nuevas conquistas (lo que perduraría hasta que el resto de Lorena fue anexionado en el siglo XVIII). Las continuas protestas del emperador y de la Dieta imperial por la ocupación francesa de los «Tres Obispados» no consiguieron nada.

El avance del duque de Alba por el Franco-Condado en 1567 dio lugar a un aumento de la guarnición de Metz y a reparaciones en las defensas de Toul y Verdún. Después de todo, aunque sin éxito, Alba había sitiado Metz una vez en 1552. Sin embargo, la expedición de 1567 y la mayoría de las otras, evitaron el obispado con gran cuidado, pasando a distancia de él, bien al este o al oeste. Esto resultaba incómodo, ya que Metz estaba sobre la ruta más directa y más fácil para los Países Bajos —al fondo del valle del Mosela—, pero Francia dio a entender de forma totalmente clara que no toleraría ninguna violación de su soberanía en aquel punto. Las tropas tuvieron que encontrar otro camino.

No eran en modo alguno los privilegiados y celosos ciudadanos de las tres ciudades-estado los únicos que experimentaban temor e incertidumbre ante el destino verdadero de las tropas que utilizaban el «Camino Español». La marcha del duque de Alba, por ejemplo, ocasionó una seria crisis internacional. El 5 de julio de 1567 (precisamente cuando Alba penetraba en el Franco-Condado) el embajador español en Francia las pasó mal en su intento de convencer a Carlos IX de que el paso del duque a los Países Bajos no significaba el preludio de una nueva guerra Habsburgo-Valois. No queriendo exponerse, Francia llevó a cabo una serie de preparativos militares con prisa febril a todo lo largo de la ruta de Alba.

Envió precipitadamente más tropas al marquesado de Saluzzo, precioso enclave francés en el Piamonte; levantó 6000 mercenarios suizos para contrarrestar el aumento del ejército español; reforzó las guarniciones de Lyon y otros puestos fronterizos. Al otro lado del «Camino», los señores de Berna (el cantón mayor, y protestante acérrimo) reclutó también algunas tropas y reforzó unas pocas guarniciones, y Estrasburgo aumentó su guarnición hasta 4000 hombres[107].

Después de la rebelión de Holanda y Zelanda en 1572 las expediciones por el «Camino Español» provocaron mucha menor tensión internacional. Los gobiernos aceptaban las garantías españolas de que las columnas que se desplazaban lentamente hacia el norte iban destinadas únicamente a las destructoras guerras de los Países Bajos. Podía, por tanto, tolerárselas e incluso hacerse caso omiso de ellas.

Paradójicamente, a medida que el «Camino Español» se fue haciendo menos alarmante desde el punto de vista político, provocó mayor agitación religiosa. Ese curioso internacionalismo que hace al siglo XVI (en expresión de Hauser) tan «moderno» dio a Europa los elementos más diversos e improbables para ver en el «Camino Español» una amenaza personal y la llevó a ocuparse de él y a actuar contra él.

Ya en 1566 corrieron rumores de que algunos ardientes enemigos de España llegaron hasta entrar en Saboya provistos «de ungüentos para extender la peste»: «Van con ungüentos poniendo la peste por todas las partes por donde la gente de guerra de V. Magd. ha de passar». El cardenal Granvela, que oyó y dio crédito al rumor, llegó a la conclusión de que tan decididos y precoces protagonistas de la guerra biológica procedían del semillero de la revolución y de la herejía que era Ginebra[108]. Durante todo el invierno de 1566-1567 corrieron de boca en boca hablillas de que los hugonotes franceses

estaban movilizando tropas para bloquear el camino de Alba a los Países Bajos y salvar de este modo la causa calvinista. El duque de Saboya estaba completamente convencido de que iba a haber una confrontación seria entre Alba y los hugonotes. Los hechos demostrarían que estaba equivocado[109]. En años posteriores se habló de complots de parecida magnitud para entorpecer la utilización del «Camino Español» por otras expediciones, pero ninguno se hizo realidad: Luis de Nassau no pudo interceptar al nuevo gobernador general de los Países Bajos, don Luis de Requesens, a su paso por los bosques de Lorena; el duque de Alençon, esperanza máxima de la causa hugonote, del que se creía que estaba preparando la invasión del Franco-Condado para cortar el «Camino Español» en 1578 y en 1582, no consiguió nada[110].

Para bloquear de forma efectiva este corredor militar del Ejército de Flandes había que vencer el desafío de la geografía. Sólo podía tener éxito una empresa en toda regla y ello requería dinero. Tratando sobre los referidos preparativos de los hugonotes contra las tropas de Alba en 1567, escribía don Fernando de Lannoy, conocedor como nadie del Franco Condado: «Ellos [los españoles] avanzarán por una región llena de montañas y bosques. Será difícil detenerlos […] sin una gran cantidad de dinero». Para que los hugonotes pudieran llevar a efecto su plan de manera eficaz tendrían que conseguir el apoyo de un gobierno poderoso, rico y totalmente decidido a formar una barrera completa a través de la difícil región de los Vosgos y del Jura[111].

El 24 de abril de 1584, Felipe Duplessis-Mornay, un caballero hugonote, fecundo en ideas y proyectos, presentó a su rey un papel titulado «Discurso al Rey Enrique III sobre el medio de debilitar al Español [l'Espagnol]». Una de sus recomendaciones principales se refería al «Camino Español»:

> El Rey de España no tiene ninguna posesión más hermosa, más rica ni

más altamente estimada que los Países Bajos […] Los sostiene con hombres y los mantiene con dinero de Italia y España, cuyo único paso es el Franco-Condado. Su Majestad debería emplear a una parte de sus súbditos que determinara el Rey de Navarra (esto es, el jefe de los hugonotes, futuro Enrique IV) para tomar las mejores plazas del Condado —y aún una sola bastaría para este fin: con que sólo se tomara una, bastaría para cortar las comunicaciones entre los Países Bajos e Italia y España, las cuales no podrían mantenerse sino con grandísima dificultad[112].

Este consejo resultaba ciertamente tentador para el rey de Francia. El «Camino Español» lo utilizaban los banqueros de Felipe II tanto como sus tropas. Después de 1578 sobre todo pasaban grandes convoyes de metal precioso (oro en su mayor parte hasta 1590), muy cerca de la frontera francesa, protegidos por escoltas puramente nominales. Cada uno de ellos constituía un objetivo tentador. Sin embargo, el reinado de Enrique III se hallaba al borde de otra guerra civil y su autoridad disminuía rápidamente, todo lo cual no constituía circunstancia favorable para actuar. Quedó para su sucesor, el mismo Enrique de Navarra mencionado por Duplessis-Mornay, la ejecución de la excelente sugerencia.

A finales de 1592 el gobernador general de los Países Bajos daba cuenta de un intento de destacamentos franceses y holandeses de apoderarse de varias ciudades y valles de Lorena con el fin de formar:

> […] una especie de barrera [barriere] a través de dicho ducado para cortar las rutas a Italia, Borgoña y Lorena y desde Alemania a los Países Bajos, e impedir de este modo todo acceso hasta aquí por tierra desde España, Italia, Franco-Condado y Lorena[113].

Este decidido esfuerzo fue en gran parte provocado por España. El «Camino» cobró nueva importancia estratégica durante las Guerras de Religión en Francia; se convirtió en una especie de «Ruta de Ho Chi Minh», por la que llegaban hombres y dinero atravesando un territorio neutral para reforzar a los católicos franceses en su lucha contra Enrique de Navarra. Con la ayuda española la Liga Católica estuvo a un

paso de la victoria. Pero en 1593-1594 el curso de los acontecimientos cambió. La posición de Enrique IV se fortaleció dramáticamente y declaró la guerra a España. Desdeñando los escenarios tradicionales de la lucha franco-española, la Picardía y el Piamonte, Enrique rompió las hostilidades en el este. Invadió y se extendió por toda Borgoña, destruyendo de un golpe la base del poder de su oponente principal, Mayenne (gobernador de la Borgoña francesa y caudillo de la *Ligue*) y dañando el Franco-Condado, el conducto por el que llegaban a Mayenne y a sus aliados españoles sus provisiones (1595). El «Camino Español» no fue cortado por esta operación realmente, pero los convoyes de metal precioso y las tropas se vieron obligados a viajar más al este, incluso por Saarbrucken, para poder llegar a los Países Bajos con seguridad. En 1597 volvieron las tropas de Enrique IV a atacar el «Camino Español». Su lugarteniente en el Delfinado, Lesdiguiéres, invadió el ducado de Saboya y ocupó los valles de Maurienne y Tarantaise, arterias vitales que comunicaban el Franco Condado con Italia. Ni soldados ni metal precioso volvieron a pasar a los Países Bajos hasta que las tropas francesas se retiraron después de la Paz de Vervins (2 de mayo de 1598).

Vervins devolvió hasta cierto punto la seguridad al «Camino Español», pero dejó sin resolver la posesión de Saluzzo, pequeño enclave francés en los Alpes piamonteses, ocupado por el duque de Saboya en 1588. Enrique IV exigió en Vervins la restitución de Saluzzo, pero la negociación no produjo el resultado apetecido. En 1600 su paciencia llegó al límite y Enrique invadió y ocupó Saboya con una desconcertante facilidad. En Lyon se celebró una conferencia de paz para tratar sobre el litigio. Francia ofrecía una alternativa al duque de Saboya, o devolverle Saluzzo o retenerlo y entregar a Francia todos los territorios de Saboya (ya ocupados) situados al

oeste del Ródano. Esta elección afectaba a España, porque, si Francia se anexionaba todos los territorios situados entre el Ródano y la frontera del Franco-Condado (a unas veinte millas del río en su punto más próximo), suponía el fin del «Camino Español». Pero el duque de Saboya no estaba dispuesto a devolver Saluzzo. Los delegados enviados a Lyon reconocieron la justa demanda española de una ruta militar segura, y propusieron otra que, partiendo de Milán, atravesase los cantones suizos pasando por el desfiladero del Simplón, Martigny y Lausana hasta Pontarlier en el Franco-Condado (cf. fig. 8). Estaba a punto de ser aceptado este plan, cuando el representante en la conferencia de la ciudad de Ginebra manifestó que dicho plan expondría a la República a los ataques de las tropas españolas por su parte Oriental, que carecía de defensa. Indicó a los delegados la existencia de un estrecho desfiladero que comunicaba el valle del Ródano con el Franco-Condado: el Val de Chézery o Valserine, cercano a Ginebra, pero por el lado occidental, y separado de la ciudad por una elevada cordillera. Argumentó que con la cesión a Saboya de este estrecho valle (juntamente con Saluzzo) quedaban satisfechas las necesidades militares de España sin detrimento de la independencia de Ginebra. La propuesta fue aceptada, a pesar de la oposición española, y fue incorporada al Tratado de Lyon, firmado el 17 de enero de 1601. Saboya conservó Saluzzo y el Val de Chézery, pero perdió todos los otros territorios situados al oeste del Ródano[114].

El «Camino Español» quedó de este modo limitado a un estrecho valle y a un solo puente sobre el Ródano, el *pont de Grésin*. El valle y el puente estaban a sólo un tiro de piedra de la frontera francesa. Con ello conseguía Francia el poder de negar o demorar el paso de todas las tropas de los Habsburgo a los Países Bajos y no tardó mucho en aprovechar su nueva oportunidad de pisar la cola del león español. En 1602,

Enrique IV alegó sospechas de que las tropas italianas de Ambrosio Spínola, que se dirigían por Saboya al Ejército de Flandes, tenían como objetivo apoyar la peligrosa conspiración del mariscal Biron. En consecuencia, destruyó el *pont de Grésin*. Los españoles protestaron enérgicamente ante el Papa fiador del Tratado de Lyon, quejándose de que:

> Sus tropas solamente podían pasar por los territorios que el Tratado de Lyon había concedido al duque de Saboya para este expreso fin, y que nadie podía estorbar su paso sin revelar claramente el deseo de quebrantar la paz.

De acuerdo con España, el mediador papal hizo cuanto pudo para conseguir la reconstrucción inmediata del puente destruido, pero en vano. Spínola no logró autorización para cruzar el Ródano hasta que Biron no fue ejecutado y su conspiración completamente aplastada[115].

El «Camino Español» no se recobró del golpe sufrido en el Tratado de Lyon. A partir de 1601 quedó totalmente a merced de la buena voluntad de Francia, y Francia no olvidó nunca la ventaja obtenida. En los detallados mapas de las regiones fronterizas de Francia, dibujados por el ministro de Enrique IV, Sully, en 1606, el «Camino Español» estaba marcado y resaltado en rojo. Francia tenía a merced suya la principal ruta de aprovisionamiento del Ejército de Flandes.

Cualquier avisado observador habría advertido que las desfavorables condiciones que concedía a España el Tratado de Lyon eran una manifestación de la decadencia del poderío español. Señalaban un cambio significativo en el poder relativo de Francia y España que ningún estado cuya posición dependiera de las relaciones entre las dos podía ignorar. El duque de Saboya fue el primero en orientar su proa a favor de los nuevos vientos dominantes. Tanto él como sus predecesores habían procurado siempre ampliar sus territorios por todos los medios posibles. En las postrimerías del siglo XVI estaba claro que el mejor modo de conseguirlo era mediante el apoyo

español frente a Francia, pero la pérdida de tantos territorios a consecuencia del Tratado de Lyon dejó al descubierto la cruda evidencia de que la situación había cambiado. Mientras estuvo fresco en su mente el recuerdo de la humillación sufrida por la victoria de Enrique IV, el duque Carlos Manuel mantuvo su alianza con España, admitiendo incluso que en 1602 un tercio de infantería española de Milán guarneciese las ciudades claves a lo largo del «Camino Español» a su paso por Saboya. Pero no tardó el duque en comprobar que, si en lugar de la ayuda española conseguía la de Francia, podría anexionarse algunos territorios españoles en Lombardía. En 1609 expulsaba a las guarniciones españolas y en 1610 el duque firmaba con Francia una alianza ofensiva contra España. En 1613, aun sin la ayuda francesa, entraba en guerra con España a causa de una reivindicación dinástica y resistió con facilidad todos los asaltos españoles. Después de cuatro años de luchas intermitentes e indecisas, los franceses mediaron en una difícil paz entre los antiguos aliados (Asti, 1617). Si bien en 1620 pudo pasar un gran ejército español e italiano, la entente tuvo corta vida. Saboya firmó en 1622 un nuevo tratado antiespañol. El «Camino Español» ya no volvió a ser utilizado por los españoles.

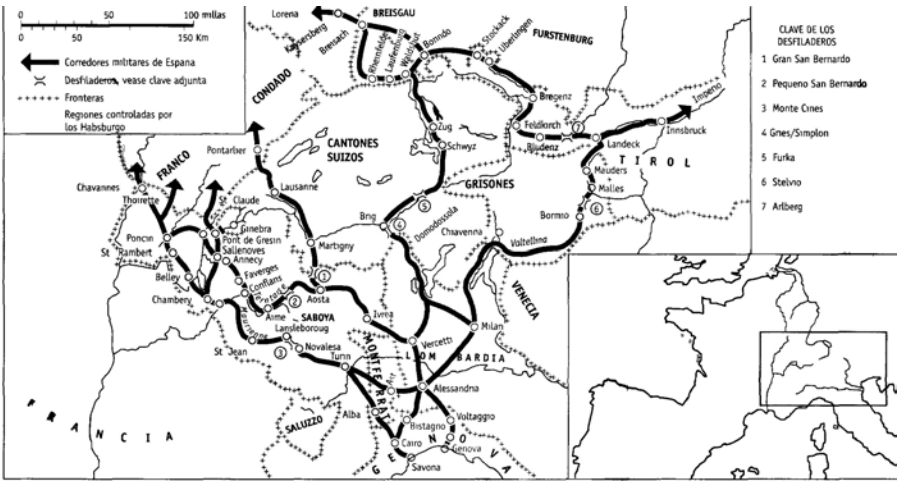


FIGURA 8 Lombardia centro de comunicaciones del imperio español en Europa. Los corredores militares del imperio español sufrieron la influencia de la geografía política tanto como de los factores físicos. Los Alpes constituyeron una importante barrera entre Lombardia y el norte de Europa, pero el verdadero obstáculo a las comunicaciones españolas en esta región fue la actitud de los Estados que controlaban los pasos alpinos: Saboya, Suiza y los Grisones. Fuentes: El Camino Español —BNM Ms 3827/175, AGS E 1208/52-3 y 1290/23 En 1601 se pensó en la ruta por Martigny y Lausana, pero no se llevo a la práctica.

La caída del «Camino Español» bajo control francés en 1601, obligó a España a acometer con renovado ímpetu la empresa de encontrar otro itinerario entre Lombardía y los Países Bajos. Ya estaban muy adelantadas las negociaciones en dos puntos. En 1593, después de casi treinta años de discusiones preliminares, los Grisones, que controlaban la Engadina y la Valtelina, dos valles que unían a Lombardía con el Tirol, firmaron una alianza por la que concedían a España el derecho de trasladar sus tropas por su territorio[116]. Poco antes de este golpe diplomático, en 1587, los embajadores españoles en Italia consiguieron un tratado de amistad con los cantones católicos de la confederación suiza. Estos cantones controlaban una franja de territorio continua entre Lombardía y Alsacia (por el desfiladero del San Gotardo y Chur). Cuando por primera vez se trató en Madrid en 1584 sobre la posibilidad de una alianza con los cantones, el cardenal Granvela, que había cruzado personalmente los Alpes en numerosas ocasiones se sentía lleno de entusiasmo. Se daba cuenta de que la ruta por los cantones católicos tenía inconvenientes —«no ternia aquel paso, aunque es mas breve, ny por tanto cómodo ny por tan seguro como el de Savoya»— pero sabía que era de importancia vital que España tuviera una alternativa al «Camino Español» en caso de necesidad[117].

La firma del Tratado de Lyon, que convirtió la ruta alternativa en imperativa, coincide con la presencia en

Lombardía de un gobernador español, nuevo y enérgico: don Pedro Enríquez de Acevedo, conde de Fuentes. El más atrevido y el más afortunado de los procónsules españoles, Fuentes era el hombre indicado para intimidar y para halagar a los suizos a fin de que permitieran el paso de tropas españolas: era sobrino de Alba y un formidable soldado además, y conocía de primera mano la dependencia del Ejército de Flandes de los refuerzos españoles (había sido gobernador de los Países Bajos entre 1592 y 1596). Fuentes era el típico virrey fuerte, que, bajo el gobierno sin objetivos e inane de Felipe III, se propuso crear una política exterior de España independiente de la corte. Sin pérdida de tiempo, comenzó a trabajar con los suizos y grisones.

En 1604 Fuentes conseguía renegociar el tratado español de amistad con los cantones católicos suizos, esta vez con la ansiada cláusula que autorizaba el paso de tropas españolas hasta el Rin (a condición de que los soldados se trasladasen en grupos pequeños y desarmados: las armas y municiones habían de ser enviadas por separado en cajas). Fuentes actuó cínicamente pero con éxito evidente, partiendo del supuesto de que «el interés propio es el mejor freno que se les puede poner a estas naciones», y acordó la entrega anual de un subsidio de 33.000 escudos (82.500 florines) a los dirigentes suizos y el desvío de los convoyes de mercancías que viajaban entre Italia y los Países Bajos por los cantones católicos (que cobrarían así los derechos de peaje[118]). La nueva ruta fue utilizada con éxito por las expediciones españolas en 1604 y 1605, pero después de la muerte de Fuentes, ocurrida en 1610, los franceses convencieron a los cantones para que renunciaran al tratado (mediante la entrega de oro con igual liberalidad). Aunque los cantones católicos renovaron solemnemente la alianza con España en junio de 1634, la presión de la diplomacia francesa impidió el paso a los Países Bajos de más destacamentos de

tropas españolas por esta ruta[119].

El conde de Fuentes dio también pasos realmente decisivos en orden a consolidar la posición diplomática de España con los Grisones. En 1603, sin aviso previo, sus ingenieros y soldados edificaron un fuerte sobre un promontorio inexpugnable situado justamente a la entrada de la Valtelina: el Forte di Fuentes, que coronaba la colina de Montecchio.

Esta solución al problema de los Grisones resultó discretamente afortunada: los grisones se hicieron más serviciales. La revuelta de los habitantes católicos de los valles contra sus señores protestantes (2 de julio de 1620) proporcionó una ocasión ideal para intervenir más a fondo. En noviembre de 1620, invitadas por los católicos, las tropas españolas entraron en la Valtelina. Inesperadamente construyeron un castillo en Bormio, en el mismo centro del territorio grisón, e introdujeron rápidamente más guarniciones desde Lombardía y el Tirol hasta formar una cadena de puestos fuertes con que garantizar la seguridad del nuevo corredor militar. Para 1622 había 3636 soldados españoles e italianos en Alsacia y 4290 más en los valles grisones[120]. Bajo su protección fueron enviados ejércitos a los Países Bajos por la Valtelina, el Tirol y Alsacia en 1623 y en 1631, y a través de los valles marcharon a Italia regimientos imperiales en 1629 y en 1630 para ayudar a España en la guerra de Mantua. Así, las comunicaciones del imperio español funcionaron convenientemente sin Saboya y sin los cantones suizos. El itinerario de la Valtelina era largo, pero en la década de 1620 era seguro.

Sin embargo, en otoño de 1621 los Habsburgo perdieron Alsacia. Fue un terrible golpe para España: no quedaba ningún «corredor militar» seguro más allá de los Alpes. En 1634 el cardenal-infante de España, don Fernando, reunió y preparó

otro gran contingente de tropas con destino al Ejército de Flandes, pero antes de partir recibió aviso de que el único camino posible desde Milán a Bruselas era dirigirse a Alemania, unir las tropas a un ejército imperial y abrirse paso a través de los estados protestantes que se interponían en el camino. Milagrosamente, en septiembre de 1634, el ejército conjunto de los Habsburgo arrolló a las fuerzas suecas y protestantes que bloqueaban el camino hasta los Países Bajos en Nördlingen. Fue una gran victoria, que abrió al cardenal-infante el paso hasta los Países Bajos, pero que no creó un nuevo corredor militar. Al año siguiente de Nördlingen, los franceses invadían Alemania y los Grisones. Ni España ni el emperador disponían de más ejércitos para rechazarlos[121].

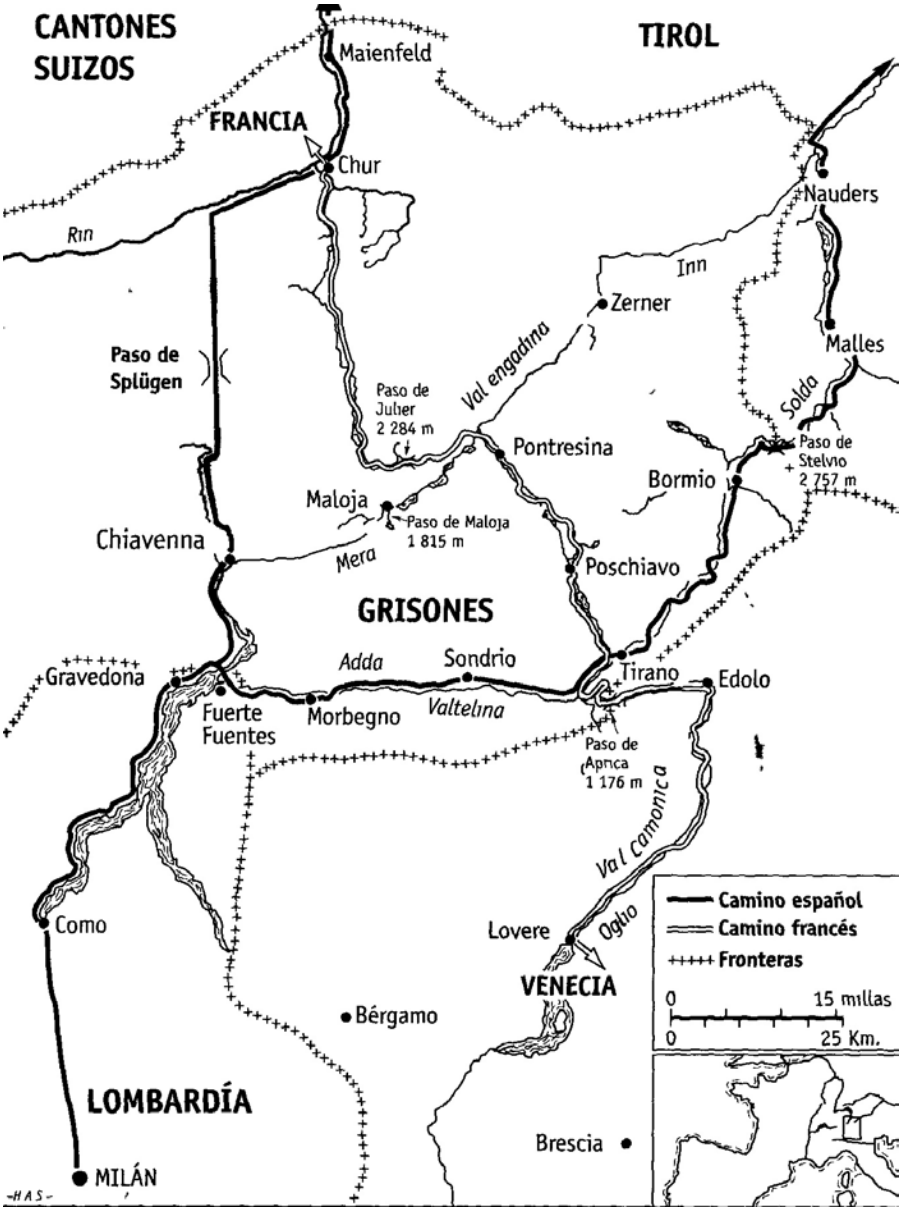


FIGURA 9. La Valtelina: encrucijada de poder. Las comunicaciones militares de España entre Lombardía y el Imperio se cruzaban en los valles grisones con las de Francia con Venecia Ambas potencias necesitaban el control absoluto de los valles para que su política exterior pudiera tener éxito de aquí los infortunios de los Grisones en el primer tercio del siglo XVII. Fuente: AGS E 12211274 y 1239/36.

En buena parte las negociaciones con los cantones católicos y la ocupación militar de los Grisones, Alsacia y el Palatinado a principios del siglo XVII fueron el resultado de la búsqueda ansiosa por parte de España de corredores militares seguros hasta los Países Bajos. No andaba descaminado el recientemente fallecido profesor Giesendorf, al atribuir los problemas de la Valtelina al Tratado de Lyon y a la fragilidad del *Pont de Grésin*[122]. Sin embargo, no fue ésta la única causa. España ya había realizado decididos intentos para establecer su dominio sobre los señores de los pasos alpinos mucho antes de 1601; las desfavorables condiciones de Lyon llevaron a la intensificación de las negociaciones que ya estaban en marcha. La paz interior de los valles se vio rota, porque España ya no fue en adelante la única potencia interesada en el envío de tropas por los Alpes. Los Grisones eran, en el sentido estricto de la palabra, una encrucijada de poder. El corredor militar de España se extendía por la Valtelina y Engadina, uniendo Lombardía con el imperio y con los Países Bajos; en los Grisones se cruzaba con el corredor militar de Francia, que la unía por el paso de Juher y el valle de Camonia con Venecia su único aliado de confianza en Italia (fig. 9). Saboya era un aliado voluble tanto para Francia como para España: si los ejércitos franceses habían de intervenir en Italia de modo eficaz, precisaban de alguna ruta que no fuese la controlada por Saboya. El corredor de los Grisones fue utilizado por Strozzi y Guisa en tiempos de Enrique II; volvió a ser empleado por Coeuvres y Rohan con Luis XIII. Era tan vital para Francia como para España. Por esta razón, toda alianza española con los suizos, con Saboya o con los Grisones, y cualquier tipo de presencia militar española en las regiones alpinas constituía un objetivo inmediato a destruir por la diplomacia francesa, porque, como escribía un entristecido embajador en los cantones, «[es] directamente contraria al fin que siempre han

tenido [los franceses] de cerrar a Su Magd. los passos de Ytalia a Flandes y de Alemania a Ytalia[123]». Además, por lo menos después de la caída de Brulart y de su política exterior de conciliación en 1624, no bastaba con que los desfiladeros estuvieran cerrados para España; su utilización por las tropas francesas tenía que estar también asegurada. Sólo así se explica la presencia de un ejército francés en la Valtelina en 1624-1626 y en 1635-1637.

En Alsacia había un conflicto de intereses parecido. La provincia se encontraba ocupada por tropas francesas desde 1638, porque dominaba el paso más seguro desde Francia al sur de Alemania. Como ha escrito el agudo historiador de la conquista francesa, «para Richelieu, Alsacia representaba menos una realidad territorial que una encrucijada[124]». Breisach en particular, que dominaba sobre el único puente que había sobre el Rin entre Estrasburgo y Basilea, llevaba el «Camino Francés» desde Saverne, pasando por la Selva Negra, hasta Pforzheim, igual que la ruta española desde Italia a los Países Bajos. Como el control de la Valtelina garantizaba a Francia la intervención en Italia, del mismo modo el dominio sobre Breisach y Alsacia apuntalaba la agresión francesa contra el imperio. Alsacia, como la Valtelina, tenía que ser ocupada.

La misma lógica militar explica la invasión francesa de Saboya en 1630-1631 y de Lorena en 1632-1633. Aunque en ambas acciones existía un elemento de venganza personal —los dos duques habían tratado de destronar a Enrique IV en los años de 1590, invadiendo Francia en apoyo de la *Ligue*, y el duque de Lorena por lo menos había apoyado abiertamente al turbulento hermano de Luis XIII, Gastón de Orleans («*Monsieur*»)— los motivos de Richelieu para ocupar los dos ducados fueron primordialmente estratégicos. Saboya era la puerta para Italia y Richelieu tenía que asegurar la vía de abastecimiento desde Francia mientras sus ejércitos

combatiesen al otro lado de los Alpes; Lorena era igualmente la puerta para Alemania, y su control constituía el paso previo necesario para una intervención francesa eficaz en la guerra de los Treinta Años. Francia no abandonó ninguna de estas dos conquistas hasta que no hubo conseguido sus objetivos.

Estos éxitos franceses destrozaron completamente la mayor parte de los corredores militares de España. La ocupación francesa de Saboya fue la que menos perjudicó a España porque ya se veía venir hacía tiempo; la pérdida de la Valtelina y de Alsacia fue más grave; pero la invasión de Lorena por Luis XIII en 1633 cortó de golpe todas las rutas importantes de aprovisionamiento de las tropas del imperio español, ya que las rutas desde el Tirol y desde la Valtelina y el concurrido «Camino Español» dependían todas del derecho de paso por Lorena. Antes incluso de Nancy, Francia había dejado claro que no respetaría ese derecho: en abril de 1633 una expedición de 3000 reclutas borgoñones que se dirigían a los Países Bajos se vieron obligados a retroceder ante las amenazas de ser atacados por Francia. La posterior pérdida de Nancy en ese mismo año (20 de septiembre) significó que «[está] cortada y a disposición de franceses la comunicación del condado de Borgoña y correspondencia de Italia y Alemania con estos estados[125]».

En cierto modo la destrucción de los corredores militares por tierra del Ejército de Flandes fue inevitable. España pudo disponer de ellos debido fundamentalmente a la debilidad interna de Francia después de 1559. Una vez que Francia reanudó su política exterior tradicional, a partir de 1595 en tiempos de Enrique IV y después de 1628 con Luis XIII la agresión francesa se centró en el dominio de las cabezas de puente a Italia y Alemania. La consecución por Francia de estos objetivos supuso necesariamente para España la pérdida de sus rutas militares.

El Ejército de Flandes hizo frente a estos enormes cambios en la balanza de poder en Europa con sorprendente habilidad. Compensó el cierre de la ruta desde el Tirol, aumentando los reclutamientos en la región del Rin. Sólo los borgoñones se vieron totalmente incomunicados: la cruel guerra de guerrillas que siguió a la declaración de guerra hecha por Francia contra España en mayo de 1635 acabó totalmente con la posibilidad de seguir reclutando en el Condado —aún en caso de que Lorena se mantuviera neutral. Por contraste, los italianos y españoles, que habían utilizado tanto el «Camino Español», encontraron otro modo de llegar al Ejército de Flandes, al menos en la década de 1630.

Fue la enemistad de Inglaterra la que, más que otra causa alguna, hizo que el Canal resultara inseguro para la navegación española después de 1568. Los pocos intentos de salvar la vigilancia de las flotas enemigas y transportar a los reclutas españoles directamente a los Países Bajos (1598, 1601 y 1602) todos tuvieron problemas, porque, cuando atacaban los holandeses, los españoles no podían protegerse en ningún puerto inglés. El tratado anglo-español de Londres, de agosto de 1604, cambió la situación. En virtud de él, los barcos que transportaban tropas españolas podían contar con la protección inglesa. Sólo la tregua con los holandeses (1607-1621) hizo disminuir la utilización por España de la ruta marítima. Luego, en 1625, Inglaterra volvió a declarar la guerra a España; el Canal fue cerrado una vez más a la navegación española. Pero en 1630, con el segundo Tratado de Londres y la Dover Composition Trade, Inglaterra ofrecía ayuda positiva a España para el transporte de sus tropas y dinero con destino al Ejército de Flandes. De los puertos del Cantábrico partieron expediciones cada vez mayores para los Países Bajos, contando con un refugio seguro en Inglaterra en caso de necesidad. La cifra total de soldados que España envía a los Países Bajos por

mar entre 1631 y 1639 es de unos 27.000. El transporte lo hacían normalmente las fragatas de la flota de Dunquerque, pero en ocasiones lo hicieron los comerciantes ingleses en España.

Todo ello terminó de forma súbita en 1639. El 18 de mayo salieron de Cádiz para los Países Bajos cinco barcos de un destacado comerciante inglés en España, Benjamín Wright, con 1500 reclutas españoles a bordo. En el Canal los esperaban treinta buques de guerra holandeses a las órdenes del almirante Tromp, avisado previamente del cargamento de los barcos, cercaron a los de Wright. Los marinos ingleses se negaron a combatir. ¿Quién los compensaría, se preguntaron, si perdían la vida o alguno de sus miembros en defensa de los españoles? Después de todo, los holandeses eran amigos suyos. La flota holandesa capturó así a un millar de españoles; el resto encontró refugio en Portsmouth. Ese mismo año se produjo un desastre todavía mayor en la ruta de aprovisionamiento española. En agosto de 1639 preparó el gobierno español una flota de sesenta navíos para transportar 14.000 hombres a los Países Bajos, cuya misión era buscar y destruir toda la armada holandesa. No fue difícil encontrar al almirante Tromp; esperaba en el Canal al frente de su flota. Rápidamente se impuso al jefe español, don Antonio de Oquendo, y lo obligó a refugiarse en la rada de las Dunas, frente a Deal. Allí, y a pesar de la protección inglesa, la flota de Oquendo fue aniquilada por Tromp el 21 de octubre[126].

Pero ni siquiera una derrota tan completa como ésta logró detener a España. A fin de cuentas —como se apresuró a indicar Olivares— los supervivientes de la batalla de las Dunas, unos cinco mil, huyeron a Inglaterra y fueron finalmente reembarcados con destino a Dunquerque y al Ejército de Flandes. Además —y eso era lo más importante— no había otro camino. Por consiguiente, los pequeños navíos siguieron

transportando desde España a los Países Bajos destacamentos de soldados reacios y remolones, pese a los riesgos, durante la década de 1640. Con frecuencia se contrataban comerciantes extranjeros para este objetivo y después de la paz de 1648, hay que decir que incluso los holandeses comenzaron a tomar parte en este comercio. El número de los transportados era, sin embargo, muy pequeño —unos centenares a lo sumo cada vez — y muchos llegaban más muertos que vivos por el evidente hacinamiento de las tropas en los barcos. El Ejército de Flandes se vio obligado a depender aún más de las tropas reclutadas sobre el terreno[127].

Tales fueron los corredores militares de vital importancia que, hasta 1640 y su colapso final, proporcionaron al Ejército de Flandes tropas extranjeras y permitieron a España movilizar sus grandes ejércitos con rapidez tan pasmosa. Sin embargo, la victoria sobre los obstáculos políticos, con ser difícil, constituía sólo la mitad de la batalla. Una vez conseguida la protección diplomática, había que reunir todavía a las tropas, armarlas y alimentarlas durante el camino, tanto por mar como por tierra. Resultaban más fáciles estos preparativos para los viajes por mar, pero paradójicamente, lo mediano de la tecnología marina y sobre todo, el traicionero clima del Golfo de Vizcaya, del Canal y del mar del Norte hacían extremadamente difícil predecir la duración de un viaje. Con mucha frecuencia ocurría que una flota que zarpaba con provisiones suficientes para tres semanas tenía que permanecer fuera del puerto seis. Las condiciones climáticas no influían tanto en las expediciones por tierra, pero tropezaban con demasiados problemas administrativos y técnicos en su marcha —que podía ser de 700 y más millas[128].

CAPITULO 3

EL «CAMINO ESPAÑOL»

Existen en español muchos refranes que hacen referencia a las guerras de los Países Bajos. «Poner una pica en Flandes», llevar un soldado (un piquero) a «Flandes», es uno de los más conocidos; significa «hacer lo imposible».

Efectivamente, es un milagro que hayan podido nunca llegar a los Países Bajos soldados españoles, especialmente por tierra. La geografía, el clima y las estructuras agrarias primitivas de Europa fueron otros tantos factores que obstaculizaban el traslado. Los viajeros tenían que afrontar desfiladeros, cuya elevación o angostura los hacía realmente difíciles, habían de vadear ríos demasiado anchos, debían penetrar en bosques demasiado espesos o demasiado peligrosos, los caminos estaban infestados de ladrones. Las mejoras que era preciso hacer eran muchas. La verdad es que desde el siglo XV en adelante ya se contaba con conocimientos técnicos y con la pericia necesaria para superar la mayor parte de los obstáculos físicos. En 1480, por ejemplo, se abrió el primer túnel en los Alpes. Fue excavado bajo el Monte Viso en los Alpes occidentales a una altura de 2900 metros. Tenía 72 metros de largo, dos y medio de alto, y otros tantos de ancho —el tamaño adecuado suficiente para permitir el paso de una acémila cargada—. Fue construido por orden del marqués de Saluzzo, que necesitaba atraer a los convoyes de mercaderes que viajaban entre Francia e Italia para cobrar así los derechos de peaje[129]. Hasta el siglo XIX no volvería a realizarse una tan notable obra de ingeniería. Si a principios de la época moderna se emprendieron mejoras caras y duraderas en las comunicaciones fue por motivos exclusivamente comerciales. Se contaba con competencia técnica, pero no con incentivos para hacer uso de ella. Hasta

Luis XIV y Louvois rara vez las conveniencias militares justificaron cambios duraderos en las carreteras o rutas. Aunque los soldados no fueron los únicos usuarios de los caminos todas las mejoras realizadas en los que tenían valor exclusivamente militar hasta finales del siglo XVII fueron llevadas a cabo por ellos. Ni siquiera el «Camino Español», la más frecuentada probablemente de las rutas de abastecimiento militar de Europa, se encontraba en mucho mejor estado cuando pasó por él el último ejército (en 1620) que cuando lo usó por primera vez el duque de Alba en 1567. Su historia ilustra toda la escala de problemas prácticos inherentes al sistema de expatriación de los Habsburgo y los recursos técnicos y administrativos que se emplearon para superarlos.

El «Camino Español» no fue descubierto ni monopolizado por los españoles. Algunas partes de él eran utilizadas regularmente por los mercaderes: los comerciantes que se trasladaban con sus mercancías desde Francia a Italia utilizaban normalmente el Mt. Cenis y el Maurienne en invierno y el Pequeño San Bernardo y el Tarantaise en verano. Las dos rutas se prestaban para el paso de acémilas y contaban con numerosos lugares perfectamente equipados donde descansar[130]. Sin embargo, en 1566-1567, con su acostumbrada minuciosidad, el duque de Alba y su comisario general, Francisco de Ibarra, enviaron un ingeniero especializado y 300 zapadores para construir «esplanadas» (caminos ensanchados) en el empinado valle que sube desde Novalesa por Ferreira hasta el desfiladero de Mt. Cenis. Por real orden, acompañaba a los zapadores un pintor para pintar la región a fin de que el gobierno pudiera hacer sus planes con mayor eficacia. Gracias a estos preparativos la expedición cruzó las montañas fácilmente, a pesar del mal tiempo. En 1601 fue enviada al Val de Chézery y sus accesos una combinación exactamente igual de ingeniero, zapadores y artista para abrir

una nueva ruta para las tropas. Ya en 1574 se proporcionó a Felipe II una vista panorámica de la Valtelina y una descripción escrita para ayudarle a determinar su viabilidad para usos militares, y en 1620, después de ocupado el valle, se enviaron ingenieros para ensanchar los caminos que ya existían a fin de facilitar el paso de hombres y acémilas por el nuevo corredor militar de los Habsburgo[131].

Ocasionalmente se repararon también caminos fuera de las regiones alpinas para una determinada expedición militar, aunque la lluvia, el hielo y el uso diario deterioraban pronto todas las mejoras hechas. Los tramos de caminos que todavía seguían pavimentados podían restaurarse con prontitud y los pasos difíciles por zonas pantanosas podían hacerse más practicables con algún puente o podía construirse una calzada con manojos de leña y piedra. A cada expedición precedía una cuadrilla de vanguardia «para inspeccionar los *grands chemins*» y ver si todos los ríos que se encontraban en el camino del Ejército contaban con transbordador o puente[132].

Contrariamente a las afirmaciones de muchos historiadores, a principios de la época moderna se podía construir y desmontar los puentes con gran facilidad. Era posible disponer de puentes a poco precio y con rapidez, tanto para las campañas como para los movimientos militares de tiempos de paz. Un puente de barcas podía hacerse ordenando la expropiación forzosa de las embarcaciones que hubiera en la localidad; se disponía de máquinas especiales para clavar los pilotes de los puentes exentos en las aguas profundas[133]. Pero ni siquiera las construcciones más sólidas hechas para uso exclusivo de las tropas solían ser duraderas: los intereses del comercio prevalecían una vez más sobre los de la estrategia. Si el río era lo suficientemente ancho y profundo como para que fuese preciso hacer un puente importante, normalmente era navegable y el puente suponía un obstáculo para la navegación. En

consecuencia, los puentes construidos para resolver necesidades militares momentáneas eran destruidos por regla general en cuanto cesaba esa necesidad. Quizá sorprenda el hecho de que fuera aún más barato construir y desmontar los puentes que alquilar barcazas para transportar los ejércitos, pero contra los 70 florines que se pagaron por levantar un puente provisional para pasar un ejército español por el Saona en Grey en 1582, y los siete florines y medio por destruirlo, el coste del alquiler de barcas para transportar un número igual de veteranos españoles a través de un pequeño río, el Ain, en 1577, fue de 275 florines. Además, el paso de los ríos por puentes era mucho más rápido[134].

Naturalmente se pensaban bien las cosas antes de lanzarse a los gastos de construcción de un puente o de mejora de un camino. El gobierno tenía que determinar la ruta exacta que debían seguir las tropas, y esto no era fácil. Existía una sorprendente libertad de elección. Durante la Edad Media no se construyeron ni se mantuvieron supercarreteras al estilo romano para comunicar directamente capitales distantes; en su lugar se desarrolló una intrincada trama de caminos más pequeños, que unían a cada pueblo con el próximo y con los centros de mercado más cercanos. Estos formaron la red viaria básica de principios de la Europa moderna; la densidad de caminos fue probablemente tan grande como es hoy. Entre las muchas alternativas posibles podía elegirse una ruta que combinase el máximo de rapidez con la máxima seguridad[135].

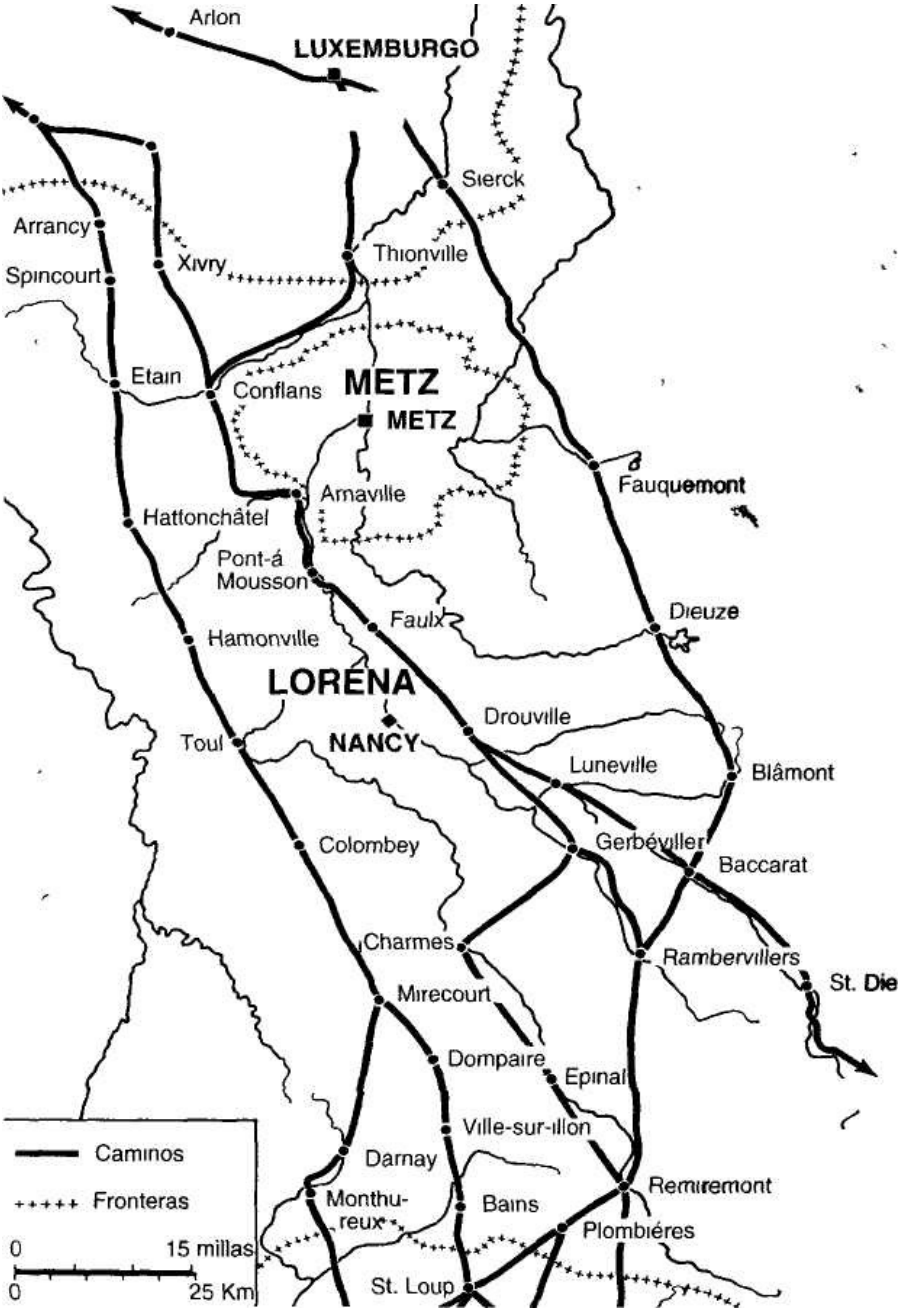


FIGURA 10.1: El Camino Español - Norte

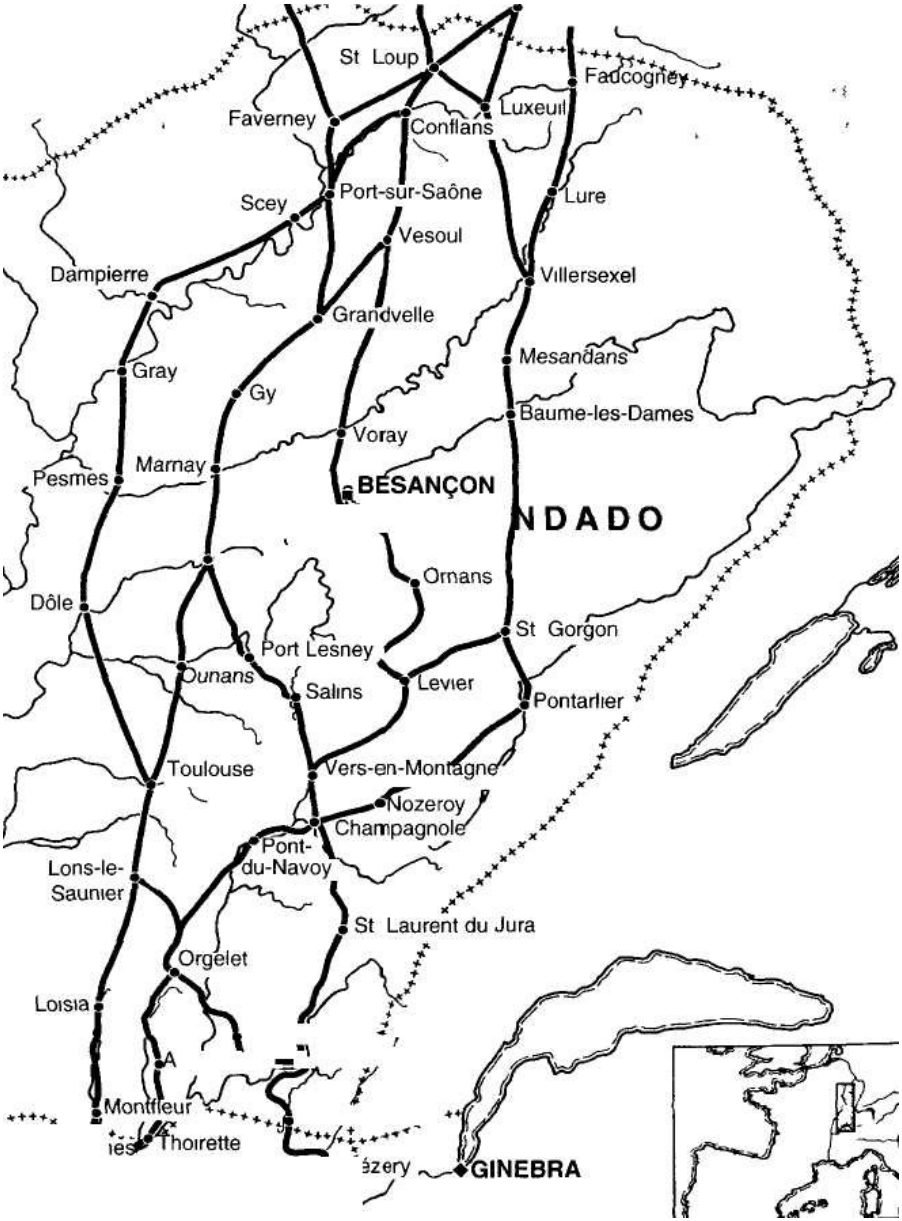


FIGURA 10. El Camino Español-sur: Una vez pasadas las montañas, el Camino se separaba en varios itinerarios paralelos que se encontraran en ciertos puntos, como St. Loup, cerca de la frontera norte del Franco-Condado. La ruta oriental, a través del Condado y Lorena, discurría por las tierras altas del Jura y de los Vosgos; las otras rutas iban por la llanura.

Los itinerarios que utilizó el rey de las tropas españolas no

fueron en nada especiales. El «Camino Español», como otros, estaba constituido por una cadena de puntos fijos obligados —los puentes indispensables, los vados y transbordadores que comunicaban las localidades con capacidad suficiente para acomodar a los viajemos decorosamente— y por las vías que unían a unos con otros. Era posible elegir entre muchos itinerarios paralelos o semiparalelos. La figura 10 muestra varias «carreteras» diferentes que se dirigen de norte a sur por el Franco-Condado, algunas cruzando la llanura de Borgoña, otras por las laderas del Jura. El segundo mapa de Besançon de 1573 (véase la fig. 12) muestra con mayor detalle las «carreteras» de las tierras bajas, con cuatro itinerarios diferentes en los que se aprecian los puentes, caminos y pueblos dispuestos casi paralelamente. Hubo ocasión en que las expediciones españolas los utilizaron todos.

Una vez que el gobierno había decidido el itinerario a seguir por sus tropas, debía hacer mapas detallados. El duque de Alba empleó un mapa del Franco-Condado para su marcha de exploración en 1567. Lo preparó don Fernando de Lannoy, cuñado del cardenal Granvela, y a Alba le pareció tan preciso que retrasó su publicación una década[136]. Desgraciadamente, este mapa no ha sido conservado en su original, pero poseemos dos, confeccionados para la expedición de 1573 (figs. 11 y 12). Muestran todo lo que un ejército podía necesitar conocer durante su desplazamiento: la ruta a seguir, los puentes con que contaba, los obstáculos insuperables (ríos y bosques), los casos en que había dos caminos y se podía elegir uno de ellos y la situación de las ciudades más próximas. Los mapas anotan sólo lo más fundamental y son muy esquemáticos. Omiten todo aquello que no es de interés para un ejército en marcha. Es difícil que en el siglo XVI pudieran prepararse guías mejores.

Los jefes militares hacían mucho uso de los mapas. En cierta ocasión señalaba con justicia un veterano francés, el

mariscal de Vieilleville, que «un jefe militar debe servirse en sus desplazamientos de los mapas tanto como un piloto o capitán de galera, si no quiere buscarse un desastre[137]». Hasta don Luis de Requesens, soldado tan indiferente como meticuloso poseía «compases para efectuar medidas sobre mapas», y su antecesor como gobernador general, el duque de Medinaceli, poseía un gran número de mapas y descripciones de los Países Bajos[138]. Pero los mapas y los compases no bastaban. En un país poco conocido, especialmente en regiones en que no era fácil reconocer el «Camino», las expediciones necesitaban guías y exploradores. La mayor parte de las expediciones españolas a los Países Bajos iban acompañadas por caballeros de la región, buenos conocedores del terreno y de sus peligros. El cartógrafo don Fernando de Lannoy pudo guiar al ejército del duque de Alba a través de casi todo el Franco-Condado, pero él era un caso excepcional por sus amplios conocimientos geográficos. Normalmente cada guía (el *conducteur*) conducía a las tropas por su propia región solo, por espacio de dos o tres días de marcha a lo más. A los ejércitos solían preceder, además, grupos de exploradores que comprobaban si todo estaba preparado a lo largo de la ruta; «señalaban el camino» a seguir y con su oído pegado a tierra captaban el más mínimo anuncio de emboscada o peligro[139].

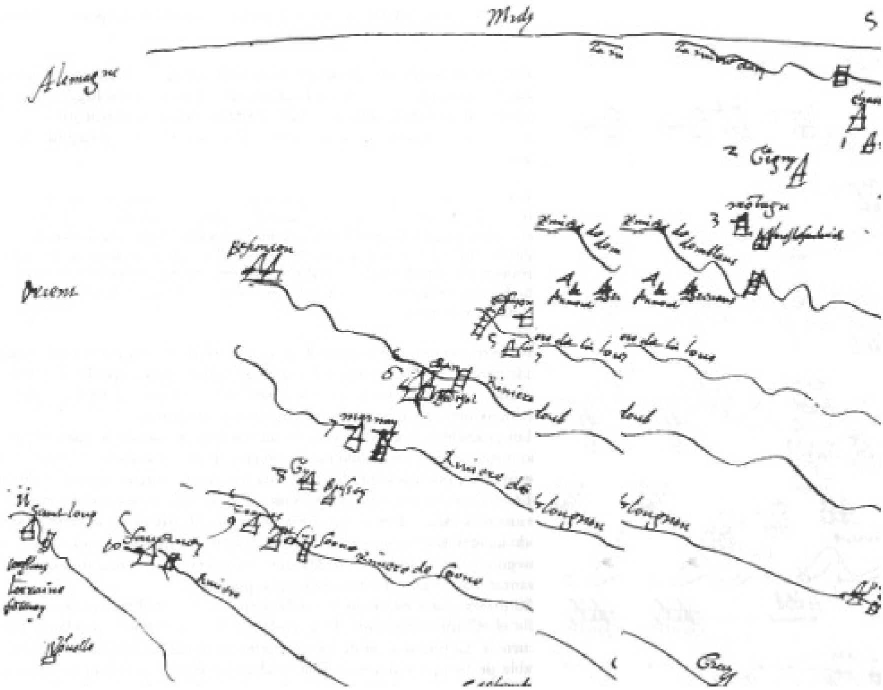


FIGURA 11: El Camino Español en el Franco Condado (1573). Este mapa, uno de los preparados para el paso del Ejército de don Lope de Acuña por el Franco Condado, mostraba las once *étapes* previamente dispuestas para las tropas. A muchas de ellas se llegaba después de cruzar uno de los ríos principales del Condado (el Ain, el Loue, el Doubs, el Ognon y el Saona). El sur está en la parte superior del mapa, las tropas curzan en Ain hasta Chavannes y montfleur y, bajando en el mapa, pasan por Lons-le-Saunier, Marnay, Gy y Faverney hasta St Loup en la frontera con Lorena, donde se encuentra la étape undécima. En la figura 10 se muestran también estos lugares.

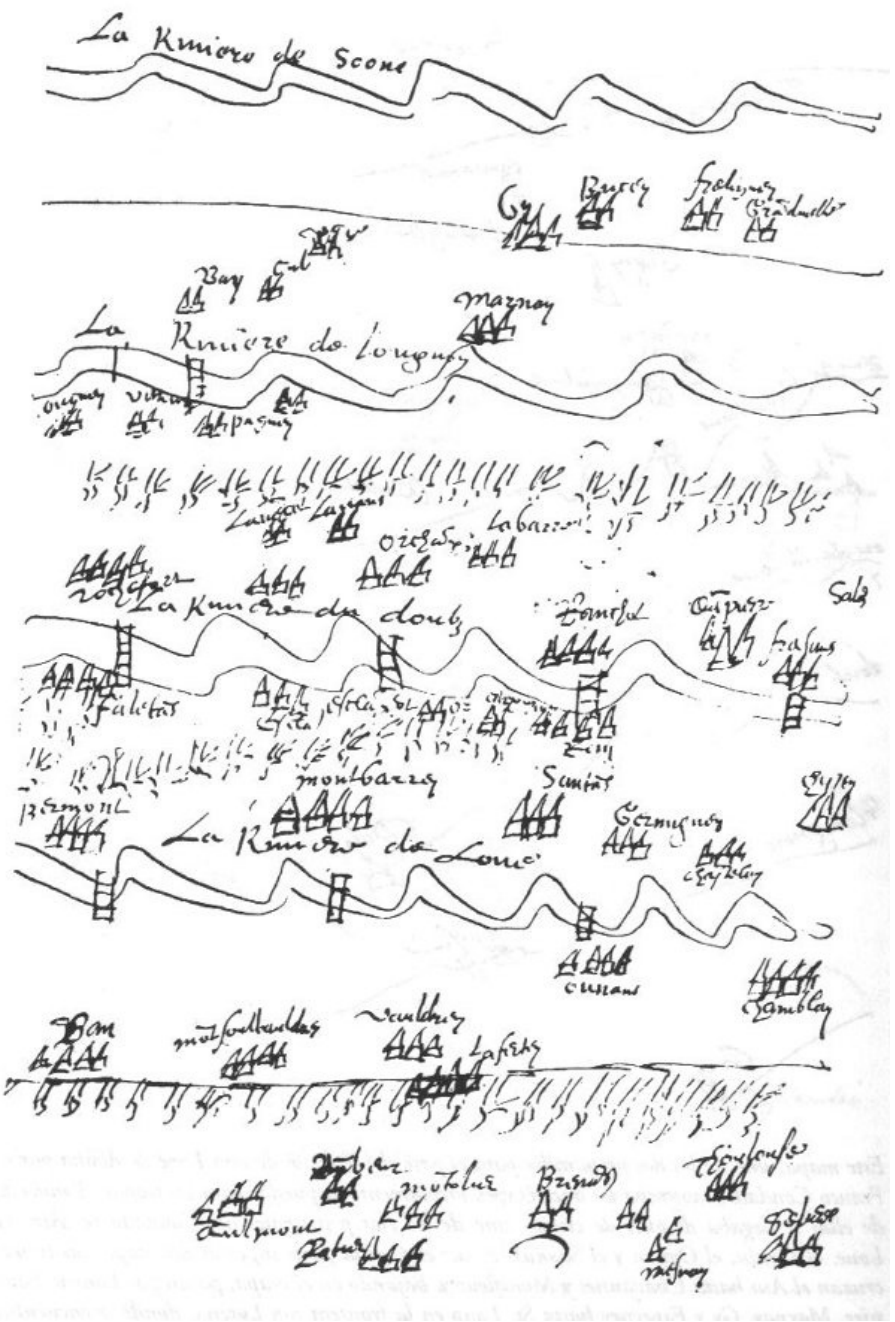


FIGURA 12: El Camino Español en el Franco Condado (1573). Este mapa, preparado también para el ejército de Acuña de 1573, tiene el norte en la parte superior. Muestra la zona del Franco-Condado que se extiende entre las estribaciones del Jura (la línea

arbitraria que hay en la parte inferior) y el río Saona (arriba), con los distintos itinerarios alternativos que los unen. Muchos de los lugares de este mapa aparecen también en las figuras 10 y 11. El cartógrafo, desconocido, se limitó a señalar las cosas cuyo conocimiento necesitaba un ejército en marcha: situación de ríos y bosques, y dónde se encontraban los puentes y poblaciones importantes. El mapa mostraba cuatro itinerarios principales para las tropas. De izquierda a derecha del mapa eran éstos:

(I) De «Ban» (Bans, a 13 km al SE de Dóle) a Belmont, cruzando el Loue: después, atravesando el gran bosque de Chaux, hasta «Faletas» (Falletans); pasando el Doubs, a Rochetort; seguía luego el bosque de La Serré, y a continuación el puente sobre el río Ognon entre Vitreuxy Pagney, desde donde se llegaba a Bay, Culty al Saona;

(II) De «Motsoulbauldrey» (Montsous-Vauldrey, al SE de Dole), por el Loue a Montbarrey a través del bosque, a «Esclas» (Eclans) y «Or» (Our), después, cruzando el Doubs, a Orchampsy La Barre, para seguir hasta el Ognon y luego a Marnay;

(III) Desde La Ferté o Vaudrey a Ounans sobre el Loue sigue a Germmey o Santans y, por el bosque de Chaux, a Rans y Ranchot situada sobre el Doubs; sigue a Marnay y a Gy, Bucey, Fretigney y Grandvelle (el actual R. N. 4/4). Esta fue la ruta que, efectivamente, siguió la expedición de 1573 (cf. étapes 4 a 8 en lafig. 11);

(IV) Desde «Thoulouse» (Toulouse-le-Château, a 17 km al N. de Lons-le-Saunier) a Chamblay sobre el Loue, por Chatelay o Chisse después a Fraisans o Dampierre cruzando el Doubs. Después, presumiblemente, a Marnay.

Pueden identificarse fácilmente todos los lugares y detalles de este mapa en la última «carte de France», escala 1/100.090, hojas 0-2 0-13 y P-12: ello indica hasta qué punto merece elogiarse la obra de este cartógrafo aficionado de 1573.

Considerables y todo, estos problemas de navegación y tecnología resultaban pequeños ante los que representaban el alojamiento y alimentación de los ejércitos en marcha. Como escribía y lamentaba un jefe español, «no es negocio de burla dar a comer dos meses a ocho mil hombres[140]». Efectivamente, nadie a principios de la época moderna hablaba o escribía sobre el número de «soldados» que se desplazaban, sino del número de «bocas» (*bouches*) que había que alimentar. Esta distinción

era justa, porque la diferencia entre los soldados y las «bocas» de un ejército podía ser asombrosa. En 1567 se esperaba que el duque de Alba traería con él a los Países Bajos 8646 veteranos de infantería española y 965 de a caballo, pero a las poblaciones que se encontraban a lo largo del camino se les encargaron provisiones para 16.000 «bocas» y 3000 caballos. Un cálculo de 1573 estimaba que 3000 infantes españoles en marcha, con sus lacayos, mujeres, hijos y caballos, representaban 5000 «bocas» y 1000 caballos. Este cálculo era bastante significativo, pero podía alejarse mucho de la realidad —los veteranos españoles que partieron de los Países Bajos en 1577 sumaban 5300 soldados y 2000 lacayos y, sin embargo, pidieron víveres para 20.000 «bocas[141]».

Había tres procedimientos para alimentar un ejército en marcha. Si las tropas utilizaban con mucha frecuencia un itinerario, o si se estimaba indispensable mantener una ruta constantemente dispuesta para el paso de las mismas, era posible mantener una cadena permanente de almacenes de víveres. En los años 1590, durante la guerra contra Francia, se estableció un almacén en Milán para proporcionar víveres baratos a las necesitadas tropas españolas de Lombardía. Sin embargo, un corredor militar no representaba una demanda constante; el «Camino Español» mismo no se utilizaba más que una vez cada uno o dos años. Se consideraba injustificado el coste del mantenimiento permanente de los almacenes militares. En 1577 se rechazó como superflua una proposición para establecer en Luxemburgo sólo un almacén, que había de ser utilizado por los reclutas alemanes y, además, por tropas españolas, italianas y borgoñonas[142].

El método tradicional de aprovisionamiento de los ejércitos europeos era primitivo en extremo: todo lo que necesitaban los soldados se requisaba en el lugar mismo por donde pasaban, con o sin indemnización. Las tropas se dirigían al pueblo o

grupo de pueblos (sin percatarse, por lo general, de la suerte que les aguardaba) y por su cuenta acampaban donde les parecía. Si las casas estaban habitadas, obligaban a sus moradores a proporcionarles gratuitamente víveres y habitación; los soldados que encontraban alojamiento en casas vacías estaban autorizados para recaudar contribuciones de los habitantes vecinos con que pagar la cama y la manutención. Era una terrible carga para las familias pobres, particularmente en tiempos de escasez. Dar de comer a dos o tres bocas más, gravaba enormemente sobre una economía de subsistencia. Se ha llegado a decir que no eran los reclutamientos los que arruinaban a las comunidades pequeñas, sino los movimientos de las tropas después del alistamiento. El alojamiento «a discreción» de una compañía durante su marcha «hacía más daño en una sola noche en los pueblos que el reclutamiento de una compañía por un capitán en dos o tres meses[143]».

El aumento del tamaño de los ejércitos y en la escala de las operaciones militares durante el siglo XVI intensificó lógicamente el peso de estos acomodos circunstanciales. Se hizo difícil encontrar poblaciones lo suficientemente grandes para alojar a los ejércitos más numerosos en sus desplazamientos. Alrededor de 1550 apareció una nueva institución: la *étape* militar. La idea no era nueva —las *staples* o *étapes* hacía mucho que se usaban con fines comerciales: eran centros adonde los comerciantes y sus clientes concurrían en la seguridad de que allí podrían encontrarse para hacer sus transacciones y donde se almacenaban mercancías para venta y distribución—, pero en el siglo XVI la institución fue adaptada con fines militares. En 1551, por ejemplo, para atender al paso frecuente de grandes contingentes de tropas francesas por el valle de Maurienne con dirección a Italia, las fuerzas de ocupación francesas establecieron una cadena permanente de *étapes*. Resultaron útiles, y así continuaron funcionando aun después de que los

franceses se retiraron en 1559. Surgieron *étapes* también por otros sitios. En 1567 el duque de Alba pudo servirse de las *étapes* creadas por los franceses a su paso por el Maurienne, pero tuvo que disponer por sí mismo una nueva cadena para el resto del viaje hasta Bruselas. Posteriores expediciones hicieron lo mismo. Cuando en 1623 pasó por la Valtelina y Alsacia el primer ejército español camino de los Países Bajos, creó una cadena continua de *étapes* para proveerse de víveres. El propio Napoleón se sirvió de *étapes* algunas veces para aprovisionar a sus ejércitos, aunque prefirió establecer almacenes permanentes[144].

Con todo, no en todas partes se aceptó la *étape*. España misma, y ello resulta irónico, rechazó la idea. Todavía en 1632, a causa de la tormenta de protestas que se levantó en las Cortes de Castilla contra el peso aplastante de los alojamientos, el Consejo de Guerra de Madrid escuchó una sugerencia para que se organizasen *étapes* en Castilla como si se tratara de algo nunca oído. Don Cristóbal de Benavente, que había sido inspector general del Ejército de Flandes, explicaba las ventajas de un sistema en el que:

> Con lo que se da oy a cada soldado para vivir, por escussar estos tránsitos, con dárselo al lugar donde huvieron de hacer noche se les podra obligar a que se les den de comer todo lo necessario ordenando expresamente, como en tapas, quanto se ha de dar a cada soldado de pan, vino, carne, queso o otros vastimentos, embiando delante comissario que haga este assiento con el mismo lugar donde huvieren de hacer noche como se han de hacer con esta misma gente quando disembarquen en Génova, haciendo tapas en Las Langas, en Grisones, o por Saboya, en Lorena y Lucemburg, aunque son países de V. Magd.

Sería difícil encontrar una descripción más concisa del sistema de *étape*, y la sugerencia de don Cristóbal encontró una cálida acogida por parte del consejo. Al rey, sin embargo, le impresionó menos. Y así asestó el golpe de gracia al proyecto, objetando si valía la pena establecer *étapes* entre los puntos de reclutamiento y la costa, marcha de sólo tres o cuatro días a lo

más, según aseguraba. No hay duda de que las empobrecidas poblaciones sobre las que pesaba la búsqueda de alimentos y alojamiento para las levas habría estado a favor, pero para el gobierno de Felipe IV la empresa de instrumentar una nueva institución era demasiado grande. El gobierno ansiaba verse libre del mayor número de responsabilidades posible, y no contraer más, por lo cual las *étapes* en España fueron echadas en olvido[145].

El sistema de *étape* era sencillo y razonable. Se establecía como centro la *staple*, o pueblo, al que se llevaban y desde el que se distribuían las provisiones a las tropas. Si había que darle cama, se echaba mano de las casas de la *étape* y de los pueblos circundantes; los encargados de la *étape*, junto con los *furier* (los comisarios ordenadores responsables del alojamiento de los soldados), emitían unos vales especiales, llamados *billets de logement*, que determinaban el número de personas y caballos que habían de acomodarse en cada casa. Después que partían las tropas, los dueños de las casas podían presentar los *billets* de las tropas al recaudador de contribuciones local y exigir su pago contra obligaciones por impuestos, pasadas o futuras[146].

Durante su marcha por el «Camino Español», los soldados no siempre recibían cama para pasar la noche. El alojamiento sólo se daba de ordinario en las montañas en invierno a los que de otro modo no podrían sobrevivir durante la noche. Otras veces, la tropa dormía bajo setos o chozas improvisadas en los campos, conocidas como «barracas», mientras que los oficiales se hospedaban y alojaban en la ciudad más próxima. Naturalmente este espartano acomodo de las tropas era mirado con gran inquietud por los civiles. No les hacía gracia la presencia de un gran contingente de soldadesca brutal, miserable y probablemente ladrona, en el interior de sus propiedades. En efecto, algunas expediciones se las arreglaban para perpetrar una cantidad asombrosa de crímenes contra la

población civil. Una compañía española que se alojó en Annecy en 1603 fue acusada de cuarenta y tres delitos (el sargento llevaba la palma: se le acusaba de seis crímenes de violencia, el que más), y en Aume-en-Tarantaise se denunciaron no menos de cincuenta casos diferente de robo, cometidos por los hombres de otra compañía que se alojó en la ciudad por sólo una noche en 1597 —robaron grandes cantidades de animales domésticos, sedas, vajilla y ajuar, además de dinero—. Otras veces las tropas quemaron el pueblo entero en que habían pernoctado, y frecuentemente destrozaron a su paso graneros y moradas aisladas sin la menor consideración. No es de maravillar que la mayoría de las poblaciones hicieran cuanto estaba en su mano para alejar a los soldados[147]. Cuando se aproximaba una expedición española a Epinal, en Lorena, el gobernador de la región avisaba a la ciudad de que evitase el peligro:

> Cuando pasen los españoles, que será por los alrededores solamente, debéis aseguraros […] de que los arcabuceros están en buen orden, y hacer que todos los mercaderes que quieran vender sus artículos vayan a instalar sus tenderetes fuera de la ciudad, para que no les entren deseos [a los españoles] de penetrar en la ciudad […] No dejéis de apostar cuarenta o cincuenta arcabuceros en la plaza del mercado […] y de ordenar a mi castellano que ponga algunos arcabuceros en el castillo.

Hasta de los oficiales se sospechaba. En 1580 en Gy, en el Franco-Condado, se designó una casa para alojamiento de los oficiales de los tercios españoles que estaban al llegar, pero antes fueron evacuados todos los muebles a otra ciudad y se encargó a una mujer de la limpieza la especial responsabilidad de guardar la loza que los magistrados llevaron allá temporalmente mientras duraba la estancia de los oficiales. El lema del Consejo de Besançon, *Nulla fides viris qui castra sequuntur*, era perfectamente justificado en el siglo XVI[148].

Las tropas utilizaron dos clases de *étape* militar en el «Camino Español». El primer tipo, que se dio sólo en Saboya,

era permanente y proporcionaba hospedaje y víveres. Como los valles alpinos de Saboya servían de comunicación comercial entre Francia e Italia, siempre había mercaderes que necesitaban alimentos, transporte y cama, y así las *étapes* atendían necesidades permanentes y eran utilizadas por todos los viajeros, incluidas las tropas. La *étape* se situaba en una ciudad grande, el importe de los alimentos y servicios era pagado por todas las poblaciones, y todas participaban en los beneficios. La administración de las *étapes* en Saboya se encomendaba a los magistrados (*sindiques*) de la ciudad principal, o bien, más democráticamente, a una asamblea de representantes de todas las comunidades que constituían la *étape*. El gobierno ducal ejercía un control relativo nada más; el nombramiento de un *commissaire general des étapes* en 1607 por el duque hizo que las poblaciones de la zona fueran, de hecho, casi independientes. Las *étapes* de Saboya fueron permanentes y, en general, fueron autónomas en su gobierno[149].

Las *étapes* del Franco-Condado, Lorena y Países Bajos, aunque con el mismo nombre, eran muy diferentes. Puesto que no había una circulación constante entre Chambéry y Bruselas, las étapes entre estos dos puntos debían crearse expresamente al aproximarse una expedición militar. Además, la iniciativa no provenía de las comunidades de la región, sino de los gobiernos provinciales que actuaban por sí directamente, o bien por medio de asentistas particulares. El paso del duque de Alba por el Franco-Condado, por ejemplo, se dispuso muy burocráticamente. Se designó a un solo oficial para supervisar los preparativos en cada uno de los distritos del Condado por donde habían de pasar los españoles, y calculó las cantidades totales de alimentos y servicios que se precisaban, prorrateando este total entre los varios pueblos, «carretas de unos, carne de otros […] al precio justo, sin que nadie se quedara sin colaborar». Una vez que hubo pasado el último español, fueron

enviados comisarios especiales por la provincia para tomar declaración de los víveres proporcionados por cada contribuyente al ejército de Alba. Las deudas contraídas, cuya relación ocupaba 411 densos folios, fueron satisfechas de inmediato, o bien pagadas a cuenta de los impuestos[150].

Naturalmente, la administración provincial respondió a las obligaciones de expediciones posteriores por el mismo procedimiento, cuya utilidad había quedado demostrada en 1567. Sin embargo, con el paso de los años hubo protestas contra este modo de proceder conocido con el nombre de «cotización», y estas protestas estaban justificadas. Si bien parece que todos cuantos se vieron afectados por el viaje de Alba recibieron oportuna satisfacción, no ocurrió igual con los que proveyeron a expediciones posteriores, ya que lo más frecuente fue que cobraran con años de retraso y que a veces ni siquiera cobraran[151]. Como la situación económica en la parte oriental de Francia se deterioró a fines del siglo por las malas cosechas, la devaluación, la subida de los precios y, finalmente, por las devastaciones ocasionadas por la guerra, los gobiernos opusieron cada vez mayor resistencia a organizar directamente el aprovisionamiento de los ejércitos.

En cambio, se vio que se mantenía la eficacia y era menor el descontento, si se delegaba a asentistas particulares la tarea de proporcionar alimentos a los ejércitos que transitaban por el «Camino Español». Estos asentistas disponían de relativa libertad de gestión, ya que no estaban obligados a observar una tarifa de precios fijada de antemano por el gobierno. Sin embargo, todavía podían realizar grandes beneficios (y pérdidas[152]).

A cada expedición que utilizaba el «Camino Español» precedía un comisario especial, enviado desde Bruselas o Milán para determinar con los gobiernos de Luxemburgo, Lorena,

Franco-Condado y Saboya el itinerario de las tropas, los lugares en que habían de detenerse, la cantidad de víveres que había de proporcionárseles y el precio. Normalmente cada gobierno provincial pedía ofertas de aprovisionamiento para una o más étapes (las ofertas las hacía muy frecuentemente un *robin* —letrado de uno de los tribunales provinciales de justicia— o un oficial del gobierno local). Los asentistas cuya oferta era aceptada, debían firmar una «capitulación» que fijaba la cantidad de alimentos que habían de proporcionar y los precios que podían exigir por ella. Los asentistas estipulaban también el modo de pago.

Algunas veces, sin embargo, las tropas tenían que pagar hasta el último bocado que comían, lo que significaba que los que habían malgastado sus escasos recursos tenían que caminar largas distancias, tal vez bajo la lluvia o entre el hielo, con poco o nada de alimento. Esto podía ser ocasión fácil de desórdenes o deserción. Como escribía en 1573 un experimentado oficial, «venir el soldado mojado y haver de yr a comprar la comida y adereçarla, tengo por cierto que esto, y sacar cada día el dinero de la bolsa, los desgustaria». Saltaba también a la vista que el humor de los soldados empeoraba a medida que se prolongaba la marcha. El mismo diligente comisario escribió más tarde que «los soldados que habían viajado trescientas leguas sin una parada» merecían, y de hecho exigían, toda clase de consideraciones. Su afirmación era fácilmente demostrable[153]. En la *étape* de Bastogne (en Luxemburgo), en 1577, el proveedor se vio obligado a vender unos 18.000 arenques perdiendo dinero en la venta, porque «los soldados se negaron a pagar más». El mismo año el proveedor tuvo que vender en La Roche-en-Ardenne una parte del pan a precio inferior al oficial, porque «algunos oficiales de las tropas encontraron que los panes pesaban 23 onzas», en vez de las 24 que estaban establecidas. Eran este tipo de chanchullos los que podían

conducir realmente al desorden. En Neuchátel-en-Ardenne, en 1582, el proveedor advirtió que una parte de los panes que entregó habían sido tasados por debajo de lo que realmente pesaban, pero, ante la actitud violenta de los soldados, tuvo que entregar gratis ocho panes por cada 100 que le compraban. En la étape de Thionville, en 1578, sin embargo, se organizó tan mal la distribución del pan que, aprovechándose de la confusión, los soldados consiguieron robar 538 panes del carro del proveedor, mientras que la multitud hambrienta pisoteaba en el barro sin el menor miramiento 53 panes más[154].

Accidentes como éstos (y peores) podían evitarse con que las tropas no se vieran obligadas a pagar al contado y con que el proveedor preparase un poco mejor la organización de sus servicios. Lo normal era que el gobierno le adelantara una parte del dinero, con lo que podría comprar provisiones por adelantado y a granel. Podía almacenarlas luego en una casa custodiada, o, mejor todavía, podía almacenar cada producto en una casa diferente, a fin de prevenir la confusión. Cuando, finalmente, llegaban las tropas, se presentaba en la casa-almacén un solo oficial por cada compañía a recoger todas las raciones que correspondían a sus hombres. Debía firmar un recibo (una *pólice*) por las raciones, que posteriormente podía presentar al representante del tesoro militar del Ejército de Flandes (normalmente el mismo comisario que había preparado las *étapes* y firmado la capitulación). Otras veces, el proveedor cobraba allí mismo o, si no había fondos suficientes, recibiría una garantía del tesoro, que podría hacer efectiva en los Países Bajos. En ambos casos, en la oscuridad de la oficina de cuentas del Ejército algunas semanas más tarde, un empleado calcularía laboriosamente el coste total de los víveres proporcionados a cada soldado y a cada oficial y lo deduciría de su soldada[155].

El sistema de asiento resultaba así el más beneficioso para todos. El gobierno aseguraba la adecuada manutención de las

tropas; los soldados mismos recibían sus raciones sin retraso y generalmente a crédito; y los asentistas pagaban en seguida a los campesinos los alimentos que les habían proporcionado. Pero era natural que en el siglo XVI un sistema de tal complejidad no pudiese funcionar indefinidamente sin algún percance. Así, en 1601, un importante grupo de comerciantes y *robins* contrataron el abastecimiento de víveres para un ejército de españoles e italianos que se aproximaba en un gran número de *étapes* en el Franco-Condado, y ocurrió que abarcaron demasiado y no pudieron conseguir a tiempo provisiones para la *étape* de Baume-les-Dames. Ni siquiera avisaron a la ciudad de que se acercaban las tropas…

> A las ocho de aquella mañana, llegó la noticia de que pasaban por esta provincia las tropas, españoles, milaneses y napolitanos, y que exigían alojamiento en nuestra ciudad, aunque no se había previsto ninguna *étape* […] Poco después, hacia las nueve, llegó el comisario ordenador del primer contingente para preparar los vales de alojamiento e inmediatamente llegaron los españoles.

Como no se había preparado nada para la inesperada multitud, la gente de la ciudad tuvo que proveer a los iracundos soldados, 75 compañías, de alimentos y abrigo a sus expensas. Los magistrados formaron un registro especial para anotar todo lo que gastaron las tropas y, naturalmente, cuando la vida volvió a la normalidad, demandaron a los proveedores por el dinero gastado[156].

En 1603 la ciudad de Pontarlier, también en el Franco-Condado, fue poco menos que arruinada por la ineptitud de algunos asentistas militares. Los magistrados de la ciudad acordaron vender al por mayor una cantidad de alimentos a los proveedores que habían contratado el abastecimiento de una *étape* cercana para un ejército de españoles e italianos que se aproximaba. Una vez entregados los alimentos en la *étape*, una tormenta destruyó la mayor parte de las provisiones y lo que quedó fue gastado «principalmente por empleados ignorantes

que no sabían escribir ni hablar español ni italiano». Los soldados (españoles e italianos) no dejaron pasar la oportunidad de aprovecharse de la ignorancia de los empleados de los asentistas: sabiendo que no entendían los recibos, declararon haber recibido una parte sólo de las vituallas entregadas. Naturalmente, los proveedores sufrieron una gran pérdida en el contrato y trataron de que Pontarlier compartiera esa pérdida, alegando que no estaban obligados a pagar el precio completo de los víveres proporcionados por la ciudad.

Sin embargo, todavía se vio aquí otra ventaja del sistema de asiento: el Tribunal Supremo del Franco-Condado (el Parlamento de Dole) sentenció a favor de la comunidad local y decretó que las provisiones habían sido entregadas de buena fe. Los asentistas tuvieron que pagar. Como observaron los magistrados de Pontarlier, citando la regla de oro del capitalismo, «todos y cada uno de los asentistas que aceptaron el riesgo, fue sólo para aprovecharse», y, si no consiguieron llenarse los bolsillos como los otros proveedores, se debió simplemente a mala suerte[157].

Además de víveres, era frecuente que las *étapes* tuvieran que proporcionar a las tropas medios para transportar la impedimenta. En los valles alpinos el transporte se hacía con acémilas, que llevaban cada una entre 200 y 250 libras las mulas pequeñas, y entre 300 y 400 las grandes[158]. No siempre resultaba fácil reunir animales en número suficiente de una vez y en un solo lugar, ya que cada compañía podía necesitar para su traslado entre 20 y 40 mulas. Los 11.000 españoles e italianos que se dirigían a los Países Bajos en 1620 necesitaron 673 mulas —cantidad asombrosa, si bien un tanto aumentada por la falta de sensibilidad o por la malevolencia de las tropas: de las 60 *bestes de voicture* proporcionadas a la expedición entre San Juan y Aiguebelle en el valle de Maurienne, unas 40 fueron muertas o lastimadas por los soldados[159]. El «Camino Español»

se apartaba de las tierras altas subalpinas poco antes de Lons-le-Saunier, y, a partir de allí, el equipaje de los soldados se transportaba en carretas de cuatro ruedas. Parece que cada compañía necesitaba entre dos y cuatro carretas, según la cantidad de equipaje. Las 8000 «bocas» de don Lope de Acuña, 25 compañías solamente, aseguraban en 1573 necesitar 140 carretas para el transporte de la impedimenta[160]. Naturalmente, no era fácil reunir tantas carretas, y, sin embargo, si no se conseguían, ello producía inevitablemente el caos, ya que los soldados empleaban para transportar su equipaje las carretas que estaban destinadas al transporte de las vituallas o de sus compañeros enfermos o heridos. Fue para evitar este derroche y desorden para lo que el gobierno negoció un contrato especial con los carreteros de Bresse (en Saboya) o Lorena por el que éstos garantizaban el abastecimiento continuo de transporte a todo lo largo del «Camino».

La preparación de caminos, provisiones y transporte por adelantado aumentaba lógicamente la rapidez en el traslado de las tropas al frente. Si todo estaba en orden, un regimiento podía hacer el viaje desde Milán a Namur, unas 700 millas, en seis semanas aproximadamente. En febrero de 1578 tardó una expedición solamente treinta y dos días (increíble); en 1582 otra empleó treinta y cuatro días, otra cuarenta. La duración por término medio de las marchas directas era de cuarenta y ocho días.

Un factor que influía en la rapidez de conjunto de una expedición era el número de grupos en que se dividía. Al parecer, para que una unidad en marcha fuera manejable con comodidad, no debía tener más de 3000 soldados; las fuerzas más numerosas viajaban mejor por secciones. La solución más común eran las tres divisiones tradicionales, la vanguardia, el grueso del ejército y la retaguardia, pero cuando el aprovisionamiento resultaba particularmente difícil la

expedición podía subdividirse en grupos de sólo 500. Las posibilidades de acomodo limitaban también el tamaño de los contingentes. St. Jean de Maurienne, la ciudad más grande de ese valle, podía alojar a 700 a la vez, pero sólo si dormían tres en cada cama[161]. En la medida de lo posible, a cada contingente se le daba una escolta de a caballo para defenderle, y las diferentes divisiones del ejército se seguían unas a otras a intervalos de un día de marcha, llegando el segundo destacamento a la *étape* donde había pernoctado el primero la noche anterior, y así sucesivamente. Sólo en caso de que hubiera alguna probabilidad de ataques, como ocurrió en 1567, las expediciones grandes iban en pelotón compacto y avanzaban como una sola unidad[162].

Obviamente, la duración de la marcha hasta los Países Bajos estaba determinada en última instancia por la rapidez a que se desplazaban los soldados. La velocidad normal de los ejércitos que utilizaban el «Camino» parece haber sido de unos 12 millas por día. Se dijo que en 1577 los veteranos españoles que salieron de los Países Bajos en mayo avanzaban a «velocidad doble, es decir, a cinco leguas diarias (unas 15 millas), con el fin de evitar el calor del verano». Por otra parte, la expedición de 1578, que empleó sólo treinta y dos días en su marcha, debe haber sacado un promedio de 23 millas diarias; ¡y eso que en el itinerario estaba el desfiladero del Mt Cenis y que lo pasaron en febrero! Una rapidez así sólo pudieron conseguirla distanciando las *étapes* lo más posible y no concediendo descanso a las tropas. Es cierto que algunas veces, principalmente en verano, a los comisarios enviados para preparar el paso de tropas se les daban instrucciones de distanciar la *étapes* más de lo normal, porque los días eran más largos, pero era opinión común que los hombres necesitaban un día o dos de descanso al volver a la llanura en Lons-le-Saunier, y de nuevo en Givet o Namur al llegar a los Países Bajos. Estos períodos de descanso, llamados

gistes, suponían una pérdida de tiempo, pero eran necesarios para que los soldados no se rezagasen o desfalleciesen por el cansancio[163].

Sin embargo, aun los preparativos más concienzudos podían resultar inútiles durante la noche. El viaje de las tropas que mandaba don Lope de Acuña en 1573 ilustra a la perfección cómo la expedición mejor planeada podía salir mal. Partieron de Italia a mediados de mayo y fueron sorprendidas por una lluvia torrencial.

> El tiempo nos a sido, y es, tan contrario para caminar que desde que salimos de Italia llueve todos los días sin cesar y a la entrada de Borgoña lluvio 48 horas con tanta tempestad que, siendo forçoso salir del hultimo lugar de la Bresa [Saboya] y pasar un puente hecho a costa de su Magd. para entrar en ellas [Borgoña], se huviera toda de anegar con las creciente de arroyos.

Parte de los soldados cayeron en las avenidas de agua, la retaguardia quedó aislada en una *étape* sin víveres, y la vanguardia, que consiguió llegar a la *étape* siguiente, situada en Montfleur, en el Condado, perdió la mayor parte de sus hombres. El comisario que acompañaba a la expedición era un hombre de recursos:

> El tiempo [hacía] el mismo oficio por lo qual fue forçoso hazer nuevos pasos y caminos de los que estavan hechos y haviendose rompido un puente […] yo reconocí el camino para León Saoni [Lons-le-Saunier], dexando el que estava señalado y todos los bajos que estavan inpasables, y me delivere de pasar la gente abriendo a mano por lo superior de la montaña, que es muy alta, un camino todo a mano por un bosque espesísimo, mas de grandissima legua y media que se hizo aquella tarde y la mañana siguiente.

Por este camino improvisado llegó el ejército de Acuña a Lons-le-Saunier, donde gozó de un buen ganado descanso: «Y con no llover aquellos dos días se limpiaron las armas y regalo la gente, dándoles […] ración general de queso y huevos, manteca fresca y 50 grandes carpas por compañía[164]».

Los problemas de la expedición no terminaron en Lons-le-Saunier. El itinerario preparado por Delgadillo fue bueno en el

Franco-Condado (cf. figura 11), pero tuvieron que abandonarlo en Lorena. Sin razón aparente alguna, el duque de Lorena canceló las *étapes* preparadas y ordenó que los españoles avanzasen por una ruta menos directa. En consecuencia, las tropas entraron en la provincia de Luxemburgo sin haberlo previsto y hubo que improvisar los medios de conseguir víveres. No es de extrañar que los veteranos se vengaran, negándose a avanzar más de unas discretas seis millas por día[165].

Sorpresas como ésta eran inevitables en una ruta militar tan frecuentada como el «Camino Español». Eran molestas, pero sucedían con relativa poca frecuencia. La preparación de los itinerarios representaba una inversión considerable de tiempo y dinero y sólo se abandonaban o alteraban en casos de emergencia o como último recurso. De este modo, la organización de *étapes*, previa a todo movimiento de tropas con destino a los Países Bajos españoles, contribuyó en gran medida a humanizar y suavizar la carga que suponían el alojamiento y provisión de víveres a las tropas. Las poblaciones de la región eran pagadas y protegidas; las tropas eran alimentadas y podían desplazarse con rapidez. Aunque ni la más perfecta preparación y el orden más ejemplar entre las tropas pudieron evitar a última hora los peligros que acechan siempre a todo movimiento militar.

En abril de 1580 se acercaban a Besançon unos 6000 veteranos que retornaban de los Países Bajos y se dirigían a Italia. Los magistrados de la ciudad determinaron: «Que no fuese admitido en la ciudad nadie procedente de los Países Bajos, tanto para evitar enfermedades contagiosas como por otras importantes razones». Al igual que muchos civiles a lo largo del «Camino Español», los ciudadanos de Besançon temían que los soldados pudieran ser portadores de la peste. Puede no haber existido siquiera el intento de sembrar la peste en el camino del ejército de Alba en 1566-1567, pero el

itinerario del duque tuvo que alejarse de Dole y Grey en el Condado, donde la peste, como en Ginebra, estaba en su apogeo. En Salins-le-Bains se desencadenó la peste nada más partir los españoles. Diez años más tarde la ciudad de Toul temía la vuelta de los mismos veteranos españoles (abril de 1577), cuando ya la peste se había propagado por la región. En esta ocasión los españoles pasaron el 16 de mayo y el contagio obligó al cabildo catedralicio a evacuar la ciudad siete días más tarde. Al acercarse los veteranos a Italia, que acababa de salir de una terrible peste, uno de los oficiales de la expedición aconsejaba al gobernador de Lombardía que enviase las tropas al mar lo más rápidamente posible, «para descargar esse estado de segunda peste que les llegara, que asiguro a Vuestra Excellencia que no sea menos». En 1586, finalmente, el gobernador general de los Países Bajos españoles daba cuenta de una alarmante propagación de la peste en el Franco-Condado. Alcanzó tal gravedad allí que incluso aconsejaba al rey que no le enviase refuerzos de Italia, no obstante la necesidad que de ellos tenía para preparar la Armada, hasta el año siguiente o, por lo menos, «hasta la llegada de los hielos» en que podía que remitiese la peste. El ruego fue ignorado. En noviembre un tercio español avanzaba precisamente por las regiones infestadas. Los designios imperiales de Felipe II no podían verse obstaculizados sólo por una pequeña peste[166].

Por supuesto que el solo pasó de las tropas no propagaba la peste, pero jugaba un siniestro papel en su difusión. Las pestes en el siglo XVI parecen haber sido endémicas en varias partes de Europa, incluidas las regiones fronterizas entre Francia y el Imperio. Estaban densamente pobladas y eran grandes centros comerciales y militares. El tráfico y paso de tropas entre los Países Bajos se entrecruzaba con el que se realizaba entre Alemania o Suiza y Francia. Además, parece que en el siglo XVI las pestes se repitieron cíclicamente; en ciertos períodos, que

duraban dos o tres años, la peste era general, extendiéndose rápidamente. Los años 1563-1567, 1576-1577 fueron todos períodos de contagio agudo, y, por tanto, era natural la preocupación ante la proximidad de las tropas españolas: todo movimiento entre una región y otra en tales momentos suponía un peligro en potencia. Pero mientras que los comerciantes tenían que detenerse y permitir que sus mercancías fueran incautadas y sometidas a cuarentena si había peligro de contagio, para los ejércitos no había nada legislado. Ninguna autoridad civil tenía potestad para detenerlos. Durante la marcha, las tropas comían los alimentos que les proporcionaba la población civil, y se llevaban lo sobrante; se alojaban en las casas de la localidad, su equipaje era transportado en las carretas de la población. Si había peste en alguna de las regiones por donde pasaban, los soldados corrían el peligro de contraerla. Si esto ocurría, difícilmente podían evitar el contagiar a la población de las localidades por donde pasaban después.

El movimiento de los ejércitos podía convertirse en un gran incubador de la peste; es difícil imaginar un agente más eficaz de difusión[167].

Sin embargo, y a pesar de su propensión a propagar la peste (cosa que desde luego nunca se comprobó), puede afirmarse como balance final, que la organización del «Camino Español» y de otros corredores militares similares del Ejército de Flandes significó una gran mejora de todos los mecanismos anteriores para el traslado de tropas por un territorio neutral.

Las *étapes* evitaban a la población civil formas más graves de violencia destrucción y privaciones, normalmente asociadas al paso de tropas. Cuando ocurrían, era indemnizada[168]. El coste de cada expedición era asombrosamente reducido. En 1582 y 1585 el envío a los Países Bajos de un soldado español e italiano desde Lombardía suponía por término medio 20 escudos (50

florines), además de la paga; en 1620 el promedio era de 24 escudos (60 florines), y aun parte de este reducido gasto era reintegrado después. Si los soldados recibían la comida a cuenta, su importe les era deducido de la paga: así, a los veteranos que volvían a Italia en abril y mayo de 1577, se les proporcionaron raciones por valor de 70.802 escudos, pero de su soldada les fue descontado un total de 51.801 escudos. El coste real que supuso para el gobierno la expedición fue, pues, de 19.001 escudos, más 21.267 en gastos de guías, puentes, obras en caminos, etc.; un coste total de 40.268 escudos, es decir, menos de ocho escudos por hombre, ademas de la paga (ya que eran sólo 5334 soldados[169]).

Así, pues, España consiguió a base de ingenio y tenacidad que su sistema de expatriación militar funcionara —y con un gasto sorprendentemente pequeño—. A pesar de los problemas de la distancia, reunió, como por control remoto, un gran ejército a cientos de millas del centro político de la monarquía. Sin embargo, quedaba por superar una última dificultad. Desde España no era posible controlar un ejército de 60.000 o más hombres, situado en los Países Bajos. Había que crear un alto mando independiente. Pero el gobierno central no tenía intención de perder el control político de sus ejércitos por lejos que tuvieran que operar. Y esto no lo hizo nunca[170].

Capítulo 4

El alto mando

La llegada del duque de Alba y de sus 10.000 españoles a Bruselas, en agosto de 1567, transformó el gobierno de los Países Bajos. Una organización política y militar nueva, basada en precedentes españoles y llevada por personal español, sustituyó a las estructuras existentes y duró con pocos cambios hasta el fin de la dominación española en los Países Bajos en 1706. ¡Qué notable, pues, que este longevo «régimen español» fuera concebido como algo temporal sólo!

Parece que el único objetivo de Felipe II, al enviar al duque de Alba a los Países Bajos, fue la represión inmediata de la rebelión. El papel político de Alba había de limitarse a aconsejar privadamente a la regente, Margarita de Parma, al estilo tal vez de Granvela antes de 1564. Las instrucciones del duque limitaban expresamente sus facultades a los asuntos militares. Él y sus tropas iban a pacificar los Países Bajos para que pudiera el rey mismo ir allá, purificar la administración, hacer cumplir los programas políticos trazados anteriormente y restaurar la solvencia financiera[171].

El rey se disponía a hacer el viaje en 1567. Su flota estaba lista, de los archivos de estado se habían sacado y habían sido estudiados todos los documentos relativos a los Países Bajos, en La Coruña estaban incluso embarcadas y dispuestas las tropas de escolta. Sólo había un problema. Desde Luxemburgo, el duque de Alba notificaba al rey que, puesto que el príncipe de Orange y muchos otros rebeldes no habían sido sometidos todavía, no podía garantizar la seguridad del rey. En consecuencia, a mediados de septiembre Felipe II (que, por otra parte, aborrecía los viajes largos, sobre todo por mar) decidió

retrasar la partida hasta 1568, en que, confiaba, los Países Bajos estarían pacificados. Alba cumplió su encargo a la perfección. No obstante una triple invasión de los «rebeldes», para diciembre de 1568, los Países Bajos no ofrecían peligro alguno para la seguridad del rey.

Entre tanto, la regente, Margarita de Parma, insistía en renunciar; se negaba a colaborar con el duque de Alba y presidió por última vez el Consejo de Estado en Bruselas el 16 de diciembre de 1567. Aun cuando el rey estaba totalmente decidido a ir a los Países Bajos, la retirada imprevista de Margarita creaba un vacío político. Alguien había de encargarse del poder ejecutivo civil hasta la llegada del rey. El candidato obvio, si no el único disponible, era Alba. Así que el duque fue nombrado gobernador general civil y capitán general del ejército —una formidable acumulación de poder, si bien y como es natural, con carácter interino una solución improvisada hasta que pudiera llegar el rey…, pero el rey no llegaría nunca. En primer lugar, se produjo una crisis sucesoria. Felipe II perdió a su único hijo, don Carlos, en julio de 1568; tres meses después perdía a su esposa. Al rey viudo le quedaban dos hijas, la mayor de las cuales sólo contaba dos años de edad. Evidentemente, era de importancia vital que Felipe II no corriera ningún peligro, que evitase el riesgo evidente que suponía la travesía marítima hasta los Países Bajos. Estas razones se vieron reforzadas por el estallido de una revuelta en la propia España. La noche de Navidad de 1568 los moriscos de Granada iniciaron una peligrosa rebelión, que no podría ser dominada hasta el otoño de 1570. En ese año la armada turca atacaba e invadía la isla veneciana de Chipre, en tanto que los piratas de Argelia arrancaban Túnez de manos de aliados españoles. Poseído del pánico, Felipe II ordenó la evacuación de las islas Baleares; su presencia permanente en España se hizo más indispensable que nunca. Los Países Bajos tendrían que

esperar.

El duque de Alba, que había partido de España en la creencia de que su misión estaría cumplida en el espacio de dieciocho meses como mucho, no tuvo más remedio que seguir ejerciendo sus poderes autocráticos en Bruselas. Su situación hubiera desanimado a cualquier otro. No había traído consejeros políticos ni diplomáticos, únicamente soldados, y estaba firmemente convencido de que todos los ministros nativos que tenían experiencia de gobierno en los Países Bajos estaban tocados de herejía o traición, pese a todo lo cual tenía que gobernar un país de tres millones de habitantes. Puesto en este dilema, el duque decidió dejar los asuntos de la administración ordinaria en manos de los departamentos del país que, aunque sospechosos, eran competentes, y reservarse todos los asuntos de estado y guerra. Todo el control político vino a recaer sobre el capitán general y sobre el círculo reducido y confidencial de consejeros elegidos por él. Al principio éstos fueron españoles e italianos y, si bien después de 1579 los sucesores de Alba fueron más flexibles y depositaron una mayor confianza en los nativos de los Países Bajos, el poder siguió girando realmente en torno al capitán y gobernador general. Hombres como Richardot o Roose fueron poderosos en el régimen español no porque tuvieran cargos oficiales en la administración del país, sino porque tenían acceso a los consejos privados del general. Desde el punto de vista institucional, el sistema político creado por el duque de Alba, y que se mantuvo durante cuarenta años, fue una vuelta al «gobierno doméstico».

El salario anual del capitán general del Ejército de Flandes era de 36.000 escudos, que equivalían a la renta de un patrimonio de los mayores en España. Con esta cantidad, mantenía una casa al estilo aristocrático: secretario, tesorero, mayordomo, gentiles-hombres de cámara y demás. Por otra

parte, el general estaba autorizado para disponer, a cuenta de los fondos del gobierno, de cantidades especiales para mantener un cierto número de amigos suyos, que quedaban obligados a residir en su casa. Eran los «entretenidos cerca la persona», equivalentes a los oficiales de estado mayor. En 1567, después de mucho cavilar, Felipe II accedió a que Alba pudiera conceder un máximo de 500 escudos mensuales para «entretenimientos» (subsidios de mantenimiento). Al duque no le pareció esto suficiente y desobedeció: el 4 de junio de 1567 firmó un decreto por el que concedía entretenimientos a 35 caballeros de su séquito que suponían al rey 900 escudos mensuales. La desobediencia resultó y el duque se salió con la suya. El número de «entretenidos cerca la persona» aumentó más después de 1572: en 1596 había 52, y en 1608 no bajaban de 138[172].

Los oficiales de la casa del general y estos entretenidos eran casi siempre soldados. Servían al general personalmente, ganando experiencia militar y demostrando su aptitud para ocupar puestos de mando. Muchos conjugaban el cargo que tenían en la casa del general con cargos superiores en el Ejército. El puesto de mayordomo mayor de los archiduques Alberto e Isabel (el oficial más importante de su casa) estuvo ocupado por el almirante de Aragón, maestre de campo general del Ejército (1598-1602), luego lo ocupó don Jerónimo Walter Zapata, inspector general de las fuerzas (1602-1606), y, finalmente, Ambrosio Spínola, maestre de campo general y superintendente del tesoro militar (1606-1628). De este modo los archiduques estaban al tanto de todo lo que ocurría en el Ejército.

El único consejo que funcionó de modo regular en este sistema de gobierno «doméstico» fue el Consejo de Guerra. La mayoría de sus miembros procedían también de la casa del general y de los entretenidos, pero hubo a veces algunos jefes

del ejército nativos de los Países Bajos. Las atribuciones de este organismo variaron de acuerdo con la situación militar. Entre 1609 y 1618 no se reunió ninguna vez: todas las gestiones corrieron a cargo del archiduque Alberto, de Spínola y del secretario de estado y guerra, Juan de Mancicidor. A la muerte de Mancicidor se creó una «junta de guerra», pero sólo podía tratar asuntos de menor importancia, tales como la oportunidad o no de conceder una licencia o acceder a una petición de aumento de sueldo. Más adelante, en tiempos del cardenal-infante (1634-1641), la junta se reunió con regularidad y trató cuestiones importantes de estrategia y sobre el tamaño del Ejército, pero sus miembros seguían siendo en su mayoría de la casa del general[173].

No sólo monopolizó el capitán general el poder ejecutivo en los Países Bajos, sino que ejerció también una influencia considerable sobre los tribunales de justicia del Ejército y sobre los departamentos y patronato de hacienda. Hasta 1595 el capitán general actuó como tribunal supremo para todas las causas criminales y civiles relacionadas con personal militar. No había apelación, ni siquiera al rey. La autoridad del capitán general sobre las finanzas del Ejército era menos manifiesta, pero fue ejercida con la misma eficacia. En el Ejército de Flandes había dos departamentos financieros fundamentales, y los dos eran autónomos: la pagaduría o tesoro militar, y la contaduría del sueldo, la oficina de intervención de cuentas que controlaba las actividades del pagador. Aunque los dos departamentos eran completamente independientes de la casa del general, ya que sus componentes principales eran nombrados por el rey, no podían actuar sin libramientos firmados por el capitán general ni negarse a pagarlos. Durante la mayor parte del «régimen español», fue el capitán general quien decidió cómo y cuándo había de emplearse el dinero del rey con que contaba el tesoro militar.

Esta potestad de decisión sobre los pagos de la pagaduría fue el fundamento del amplio patronato del capitán general. Hemos hecho ya referencia a los «entretenidos cerca la persona» que debían su salario y su prestigiosa posición al favor del general; había muchos más. Los 52 entretenidos que rodeaban al general en 1596 eran una parte del total de 373 que pagaba el tesoro militar. Servían en diferentes departamentos del Ejército —en la secretaría, en la casa del general, en el campo de batalla— pero todos eran designados personalmente por el capitán general. Sus salarios ascendían en total a casi 550.000 florines anuales[174]. El general tenía autoridad también para conceder recompensas a los soldados rasos. Un servicio bueno y prolongado en el ejército español era recompensado con un sobresueldo llamado «ventaja»: consistía en un aumento mensual de 1 a 10 escudos sobre el sueldo base del soldado, y se concedía mediante una autorización especial del capitán general. Entre 1604 y 1607, por ejemplo, el pagador general recibió órdenes autorizando el pago de nuevas ventajas por un total de 1.740.000 florines anuales. De estos libramientos, 185 procedían del rey y nada menos que 4323, del capitán general[175]. Además de las recompensas puramente monetarias, el capitán general podía otorgar muchos cargos militares —todos los coroneles, maestres de campo y capitanes de unidades reclutadas por comisión directa eran nombrados y reemplazados por él, así como los gobernadores de ciudadelas y ciudades conquistadas—. Finalmente, el general podía recomendar ante el rey a un soldado o entretenido para que se le concediesen recompensas mayores o para un ascenso. Ser «mencionados en los despachos» significaba la posibilidad de una pensión o de una finca en España, Italia o en los Países Bajos, de un hábito o de una encomienda en una de las órdenes militares de España[176].

Como se ve, la autoridad del capitán general del Ejército de

Flandes era realmente impresionante. Su palabra controlaba (en la medida siempre en que un general «controla» un ejército) las actividades de hasta 100.000 hombres. Un simple caballero de medios muy modestos como don Luis de Requesens tuvo bajo sus órdenes al ejército más grande probablemente de la Cristiandad en el siglo XVI (más de 86.000 hombres en marzo de 1574), distribuyó casi a su arbitrio todos los años seis millones de florines (más que la renta de la reina de Inglaterra) y recibió en préstamo con su propio crédito cuatro millones más (cantidad superior ciertamente a lo que podía respaldar Isabel de Inglaterra). El capitán general determinaba, consultando solamente a quien quería, la manera exacta en que había de desplegarse el Ejército, su potencial, su composición, su distribución geográfica. Sus subordinados podrían criticar e intrigar en la corte por haber sido destituidos, pero tenían que obedecer sus órdenes arbitrarias mientras continuara al frente de la misión que le había encomendado el rey. La única potestad que se le negaba era el derecho a firmar la paz o a declarar la guerra, y aun ésta podía usurparla. En 1577 don Juan de Austria declaró la guerra a los Estados Generales por sí mismo; en 1579 el príncipe de Parma obtuvo la reconciliación de las provincias valonas sin el permiso previo del rey; en 1607 el archiduque Alberto, sin contar todavía con la aprobación real, inició las conversaciones para la tregua con los holandeses.

El rey de España no se sentía a gusto con el poder autocrático acumulado por su jefe ejecutivo en los Países Bajos. La causa principal de su alarma era la ausencia de una institución permanente con que contrapesar y controlar el poder del capitán general. En España todos los jefes del ejército estaban estrechamente vigilados por el Consejo de Guerra; en las Indias la autoridad de los virreyes (que eran también capitanes generales) estaba limitada por las audiencias, tribunales permanentes con amplios poderes judiciales y

administrativos que respondían directamente ante el rey. Ninguno de estos controles se adecuaba a las circunstancias de los Países Bajos. La corona no podía establecer allí una audiencia a causa de la implacable hostilidad que se experimentaba en esta región a cualquier tipo de institución extranjera; por otra parte, se desconfiaba de la lealtad de los tribunales nativos, y no se los consideraba lo suficientemente responsables e imparciales para confiarles el control del Ejército. En la corte española, el «Consejo de Flandes» comprendía a los Países Bajos (automáticamente sospechosos) y trataba sólo los asuntos de patronato y administración civil referentes a ellos; el Consejo de Estado, responsable de los asuntos de estado y guerra en todos los dominios de la monarquía española, tenía que encontrar sitio entre sus muchas ocupaciones para tratar los asuntos relativos a los Países Bajos. En todo caso, las cartas entre la corte y los Países Bajos tardaban un mínimo de doce días en llegar a su destino, y frecuentemente un mes. Era obvio que la supervisión diaria y eficaz del ejército español no pudiera hacerse desde Madrid.

En realidad, la corona española contaba con varios instrumentos legales para mantener un control en última instancia sobre sus ministros y ejércitos en el extranjero. En primer lugar, el Ejército de Flandes recibía la mayor parte del dinero de la corona de Castilla; era regla sin excepción que todos cuantos recibiesen fondos del tesoro de Castilla rindieran cuentas a la oficina de intervención de cuentas de la real hacienda española, la «contaduría mayor de cuentas». La contaduría mayor era meticulosa, incorruptible y aparentemente infalible. Descubría a tiempo el menor chanchullo y malversación de los fondos públicos, y el castigo consistía en una multa tres veces superior al valor del fraude. ¡Pero el tiempo que necesitaba para ajustar una cuenta podía durar décadas! Las cuentas de Pedro de Olave, pagador general

del Ejército de Flandes entre 1580 y 1585, ni siquiera fueron presentadas hasta 1598; las de uno de sus sucesores, don Juan de Lira (1634-1641), quedaron ajustadas, finalmente, en 1660 (y Lira se había formado en la contaduría mayor). Todavía hubo dos cuentas que nunca fueron satisfactoriamente ajustadas, debido a que la oficina de intervención tardó tanto, que resultó imposible establecer la verdad. Francisco de Lixalde, pagador general desde 1567 a 1577, murió mientras desempeñaba el cargo, y treinta y cinco años de investigaciones casi continuas no lograron hacer luz en la oscuridad que rodeó a algunas de sus transacciones. Por fin, en 1621 los herederos de Lixalde pagaron una multa de 13.000 ducados para que, a cambio, se zanjara el asunto de las cuentas del pagador. Con las cuentas de Tomás López de Ulloa durante el segundo y tercero de los períodos en que fue pagador general del Ejército de Flandes (1642-1651) ocurrió algo parecido, ya que quedaron sin ajustar. En 1701 la contaduría mayor, después de cincuenta años de revisiones, declaró que los herederos de Ulloa debían al tesoro 309.325 florines, y hubieron de ser embargadas las posesiones de la familia en España. Sus herederos, sin embargo, vivían en los Países Bajos y no parece probable que tuvieran satisfecha la deuda cuando el gobierno efectivo español terminó en los Países Bajos en 1706[177].

El problema era que la contaduría mayor tenía demasiado trabajo, y que no le era permitido ocuparse de los asuntos importantes —las cuentas realmente importantes como las de Lixalde— con preferencia a los otros. El imperialismo de los Habsburgo dio lugar a una enorme salida de dinero del tesoro castellano, y la contaduría mayor resultó incapaz de seguir la pista a todas y cada una de las partidas de gastos efectuados en el extranjero y en el interior. Supuso, por tanto, un progreso importante en orden a descubrir y con ello reducir los fraudes el establecimiento, en enero de 1609, en Bruselas de un

departamento especial de la contaduría mayor, con autoridad para revisar y ajustar todas las cuentas de los Países Bajos que dependían del tesoro castellano, exceptuados los pagadores generales, que continuaban rindiendo cuentas a la corte española. Aunque fue suprimida por breve tiempo durante la tregua (1615-1619), esta sala de cuentas siguió funcionando, controlando pacientemente todas las cuentas menores públicas de los Países Bajos en que se trataba de dinero español, hasta el fin del régimen español. En 1641 se le agregó un segundo departamento, la «sala de los pagadores generales», formado también por oficiales de la hacienda española, cuya misión era revisar las cuentas de los pagadores generales. Este organismo continuó también sus funciones, salvo durante unos pocos intervalos, hasta fines del siglo. Aunque no pudieron impedir los fraudes de Tomás de Ulloa, estas nuevas instituciones supusieron un gran paso hacia el establecimiento de un control más inmediato sobre las finanzas del Ejército de Flandes y sobre los hombres que las administraban.

Estos interminables procesos de la contaduría mayor de cuentas significaban en realidad que el control normal y diario de los fraudes y abusos que se cometían en el Ejército de Flandes recaía sobre un solo empleado, el «veedor general». El cargo, creado por los Reyes Católicos en 1503, respondía directamente ante la corona y con independencia del capitán general. Las obligaciones del veedor eran presidir todas las juntas en que se trataba de dinero, examinar todas las órdenes de pago contra el tesoro y estar presente siempre que el pagador recibía dinero. Con un ejército de 70.000 hombres distribuidos en hasta 200 guarniciones, y un movimiento de dinero de alrededor de 10 millones de florines anuales no es de extrañar que al inspector general le resultara imposible atender a todas sus responsabilidades. En una ocasión Felipe II llegó a poner en tela de juicio la utilidad de este cargo, pero la proliferación de

los abusos en el Ejército, cuando el veedor no estaba presente en los Países Bajos, lo convenció muy pronto[178]. Era un inconveniente que el inspector no estuviera autorizado a hacer nada por poderes. El alto mando se sentía muy agraviado por la intervención de los veedores y, aunque no tenía más remedio que aceptar su presencia, podía negarse, y de hecho lo hacía, a dar información o ayuda a sus oficiales. Increíblemente, la corona lo consentía[179]. Tal vez el rey temiera que un inspector todopoderoso ocasionara más problemas de los que resolvía; o tal vez se pretendía no irritar a un jefe victorioso —repugnancia a exigir las proverbiales «Cuentas del Gran Capitán», a pedir cuentas a un general conquistador de reinos sobre el modo como había empleado el dinero de su señor—. Se refería a esto ciertamente un veedor en 1587, cuando se sentía violento ante la orden de investigar la conducta del duque de Parma, capitán general del Ejército de Flandes, y que se encontraba en el apogeo de sus triunfos. Escribía el veedor:

> Sé y considero que, siendo el dicho duque quien es y sirviendo como sirve, puede haver causa muy bastante para dejarlo correr todo a su gusto y voluntad en esta materia de hazienda, que no es agora lo que más importa en casos de cobrança de estados.

Efectivamente, existía en los círculos cortesanos de España el criterio de que no se debía molestar a los generales capaces de vencer. Las averiguaciones meticulosas y los entrometimientos de muchos veedores no encontraron por este motivo apoyo en Madrid[180].

Esta curiosa paradoja dejó de darse rápidamente cuando el general también dejaba de ganar batallas. La monarquía española sometía regularmente sus departamentos de gobierno a una exhaustiva investigación por una comisión regia y el régimen español de los Países Bajos no fue en modo alguno excepción. Estas averiguaciones coincidían invariablemente con períodos de fracasos militares. El primer escrutinio oficial de la

conducta de un alto mando tuvo lugar en marzo de 1574, justamente cuando el duque de Alba y sus consejeros más íntimos estaban ya próximos a España después de la un tanto ignominiosa destitución del duque. Dos comités especiales estudiaban en Madrid un documento preparado por el secretario particular del rey, Mateo Vázquez, referente a los abusos que, según se decía, habían viciado el gobierno del duque en los Países Bajos. Se celebró ciertamente una especie de juicio contra Juan de Albornoz, secretario del duque, cuya actuación en la distribución del dinero del ejército había sido importante, pero fue absuelto[181]. Al mismo tiempo hubo propuestas formales para que se crease un tribunal especial en los Países Bajos con el fin de investigar las actuaciones de los departamentos financieros del ejército. No obstante el entusiasmo que muchos sintieron por este proyecto, su realización fue demorada de un mes para otro hasta que el colapso de la dominación española en los Países Bajos en agosto de 1576 impidió nuevas investigaciones retrospectivas en los años siguientes.

La partida de las tropas extranjeras de los Países Bajos en abril de 1580 ofreció una oportunidad para resucitar el proyecto. En noviembre de 1581 una numerosa comisión de investigación, el «Tribunal de las cuentas de Flandes», comenzó a reunir pruebas en Madrid relativas a la administración de la hacienda del rey en los Países Bajos desde 1559[182].

Sin embargo, no obstante lo mucho que se había reflexionado sobre el asunto y a pesar de haber tardado cuatro años, la investigación fue un fracaso. Se mostró incapaz con respecto a tres puntos: muchos papeles habían sido destruidos o caído en manos del enemigo durante los desórdenes de 1576; los inspectores no residían en los Países Bajos; y no constaban las cuentas en la contaduría mayor. En consecuencia, los comisarios encontraron grandes dificultades para recoger el

material necesario con que verificar las cuentas, y, según pudieron averiguar, estas cuentas no fueron aceptadas como definitivas por la contaduría mayor. De este modo la empresa, aunque sana en su intención, resultó un completo fracaso a la hora de llevarla a la práctica

En abril de 1593, después de la muerte del duque de Parma, se repitió el intento. Se enviaron a los Países Bajos dos oficiales superiores de la contaduría mayor para recoger información sobre la conducta y competencia del personal del ejército desde 1580. En mayo de 1594 fueron sustituidos por una numerosa comisión de investigación, formada por cinco jueces nombrados por el rey y con residencia permanente en Bruselas: el «Tribunal de la Visita». La «Visita» pasó ocho años revisando pacientemente las cuentas y examinando la conducta de todos cuantos manejaron el dinero del ejército o estaban acusados de fraude. Fueron sometidos a juicio un total de 117 personas. La «Visita» impuso multas y suspendió en sus cargos a todos aquellos cuya administración resultó sospechosa.

La mayoría de los que sirvieron al duque de Parma fueron privados de sus cargos[183]. Aun así la «Visita» resultó un éxito parcial solamente. En primer lugar fue cara: entre 1598 y 1600 los comisarios cobraron multas por valor de 14.056 escudos, pero sus actividades importaron 44.000.

Además, muchos de los que desposeyeron de sus cargos o privaron de su fama fueron rehabilitados después, y perdonadas luego gran parte de las multas impuestas[184].

Los reyes de España fueron conscientes, y esto les preocupaba, de las imperfecciones e ineficacia general de los tribunales y comisiones de investigación con que esperaban controlar las transgresiones de sus subordinados. Como todas ellas tardaban mucho tiempo en prepararse, era demasiado costoso su funcionamiento y registraban ganancias sólo a corto

plazo, fue a veces necesario que el rey interviniese directamente en los casos muy urgentes o que no revestían la importancia suficiente como para nombrar una «Visita» en toda regla. El rey podía fácilmente hacer sentir su autoridad de una forma dramática mediante el control que en última instancia ejercía sobre el patronato del ejército y sobre su dinero.

Con el personal de rango inferior eran más fáciles las cosas. Dependía del salario que le pagaba el tesoro militar; si caía en desgracia del rey, su salario podía ser «reformado» (es decir, podían verse privados de él). Muchas veces todos o la mayor parte de los «entretenidos» y la mayoría de las «ventajas» eran «reformados» de una vez. De este procedimiento se echaba mano para reducir los gastos del gobierno o también para despedir al personal indeseable; en este caso se le daba el nombre de «reformación general». Después de la «reformación», los ministros examinaban las credenciales y la hoja de servicios de todos los empleados antes de decidir los que debían ser rehabilitados en sus puestos. El trato del personal militar del que se quería prescindir y que careciese de «entretenimientos» era todavía más sencillo: sus nombres eran eliminados de las nóminas de salarios y automáticamente dejaban de cobrar.

Al personal de más categoría se le trataba con igual firmeza aunque con más tacto. A fin de mantener la dignidad de su cargo, se les ordenaba pedir permiso para renunciar, cuando el gobierno ya no necesitaba sus servicios. Era raro que se destituyera abiertamente a miembros del alto mando, pero podían darse estos casos hasta con inspectores generales. En 1629, don Gaspar Ruiz de Pereda, veedor general, recibió órdenes de dimitir inmediatamente; al punto fue puesto en prisión durante más de un año en tanto se investigaba su conducta profesional[185]. Sorprende un trato tan duro cuando uno descubre los desórdenes y las graves desobediencias que se

toleraban a algunos jefes. En 1622 dos maestres de campo italianos abandonaron sus tercios ante el enemigo sólo porque sus tropas no fueron situadas en vanguardia del ejército, puesto exigido por la costumbre y por «el honor de su nación». Este delito y otros como éste quedaron sin castigo, cuando en otros ejércitos los transgresores hubieran sido ejecutados. También a lo largo de los años 1620 varios oficiales de alta graduación españoles e italianos se negaron a obedecer las órdenes de su superior, el conde Enrique van den Berg, porque era flamenco —aunque Berg venía prestando sus servicios con reputación y valentía desde 1589—. Increíblemente, los oficiales desobedientes encontraron apoyo en el Consejo de Estado de Madrid.

Tres miembros del Consejo, por lo menos, dos de ellos veteranos de las guerras en los Países Bajos, manifestaron su criterio de que:

> Después que Su Alteza [don Juan de Austria] murio hasta agora no ha visto sino procurar abatir la nación española como fue en tiempo del Duque de Parma, del Señor Archiduque Alberto y agora la Señora Infanta [Isabel] también quiere hazer lo mismo.

Los tres consejeros recomendaron al rey que no debería permitir bajo ningún concepto que un extranjero estuviera al frente de tropas españolas[186]. Con tales estímulos desde arriba no puede extrañar que siguieran en aumento los casos de desobediencia entre los oficiales de graduación superior. ¡En 1632 podía informar al rey el irritado comandante en jefe que nadie aceptaba órdenes de nadie! Ello hizo precisa la llegada en 1634 del hermano del rey, el cardenal-infante, a fin de restablecer una apariencia de orden y subordinación en el Ejército de Flandes[187].

Sin embargo, al comandante en jefe no se le toleró este mal comportamiento. Ni hubo descuidos a este respecto. El rey destituyó al duque de Alba y a don Francisco de Meló porque

no habían cumplido. Don Luis de Requesens se ahorró esta deshonra gracias únicamente a que murió antes. Sus sucesores, don Juan de Austria y el príncipe de Parma, desobedecieron a su señor y se tomó la decisión de destituirlos, pero también murieron antes.

Naturalmente la desobediencia del general revestía una particular gravedad: sonaba a traición. La adopción de medidas drásticas para evitar que la desobediencia degenerase en rebelión armada pudo aparecer como necesaria. El rey debía estar dispuesto a emplear recursos extremos a fin de imponer su voluntad en el ejército. Todos los generales necesitaban apoyo financiero masivo para mantener la unión entre sus tropas. Las contribuciones locales no eran suficientes. Incluso Wallenstein necesitó «unos pocos millones anuales» del tesoro imperial para mantener a su ejército en campaña, y ninguno de los jefes de los Países Bajos, país pequeño devastado por las guerras continuadas, gozó de la libertad financiera de Wallenstein[188]. Su dependencia de los recursos del rey que los tenía a su servicio fue también mayor. En consecuencia, el rey podía neutralizar inmediatamente la amenaza que representaba la desobediencia de un general indisciplinado, cortándole todos los envíos de dinero. Un ejemplo característico del empleo de esta técnica lo tenemos en 1592. La cosa fue sencilla: Felipe II ordenó a su sobrino, el duque de Parma, capitán general del Ejército de Flandes, la invasión de Francia en 1591. El rey envió grandes cantidades de dinero a los Países Bajos para financiar la operación, pero una parte de ese dinero fue gastado en pagar y licenciar a los amotinados, y el resto en combatir contra los holandeses. El rey dio orden de destituir a Parma, pero no se hizo pública hasta que su sucesor llegó a los Países Bajos —en lo que se tardó más de un año—. Durante este largo período el rey mantuvo a raya a su sobrino: «Es assi que se le ha tenido muy corta la rienda»: los ingresos del tesoro militar

bajaron de 14 millones de florines en 1591 a 4,4 millones en 1592. En cambio, en 1593, cuando llegó el otro sobrino de Felipe II, más obediente, el archiduque Ernesto, el tesoro militar recibió 15,3 millones de florines. Para entonces había muerto Parma[189].

Aunque estos métodos mantuvieron el principio del control real sobre el Ejército de Flandes, sin embargo, resultaban un tanto inadecuados para remediar el problema de la irresponsabilidad ministerial. No se llevaron a cabo intentos para realizar de modo regular investigaciones individuales sobre la conducta de cada oficial antes de que cesara en el cargo —la «residencia» o investigación profesional secreta que contribuyó a garantizar la honradez administrativa en el Nuevo Mundo—. Ni siquiera trató la corona de mejorar el proceso para la selección del personal del alto mando; los elevados principios por los que se guiaban las jerarquías judiciales de España no fueron aplicados a otras ramas de la administración[190].

Sin embargo, y por lo que respecta al siglo XVI al menos, había pocas cosas dignas de censura en la preparación del personal militar de graduación superior, la mayor parte del cual había ganado experiencia de las realidades de la guerra en largos años de servicio en el ejército. Los cuadros de oficiales militares y navales españoles estaban formados tradicionalmente por los hijos más jóvenes de la nobleza (los segundones) y por la clase social de rango inmediatamente inferior a la nobleza (los hidalgos). Estos hombres que no poseían riquezas ni séquito, consideraban el servicio en las fuerzas armadas como carrera; eran profesionales, que comenzaban su vida militar como «particulares» (caballeros que combaten como soldados rasos), y se abrían camino a base de tiempo y méritos de servicio. A estos particulares se reservaba un cierto número de las ventajas (bonificaciones sobre la soldada) que correspondían a la infantería, aunque muchos de ellos servían sólo con el sueldo

base del soldado. Este aprendizaje iba enseñando a «los grandes señores que aspiran a los mayores cargos militares, cuanto conviene subir a ellos por este camino, y no querer empezar a ser generales y soldados en un mismo día[191]». Desde la categoría de «particular» el escalafón pasaba por el grado de alférez y capitán hasta el de maestre de campo o quizá «entretenido cerca la persona». Este era el grado más alto a que llegaban los hidalgos, soldados de carrera de la clase media como Julián Romero, Cristóbal de Mondragón o Francisco Verdugo; no era frecuente que hombres como éstos ascendieran a puestos de mando independientes[192]. En términos generales, en el siglo XVI, los puestos más elevados del ejército estaban reservados para los que procedían de familia noble, segundones (los hijos más jóvenes de los nobles), como don Carlos Coloma o don Hernando de Toledo, aunque también ellos hicieran su aprendizaje como soldados rasos[193].

Sin embargo, a partir de la década de 1590 fue cada vez más frecuente la concesión de puestos de mando a gente que había servido más en la corte que en el campo de batalla. El cambio se debió fundamentalmente a la necesidad urgente de la corona de jefes que pudieran pagar a sus tropas y mandarlas, que pudieran suplir el crédito debilitado del rey con el suyo propio. Quizá el primer ejemplo de los nuevos criterios de actuación se produjo en 1588, con el duque de Medinasidonia, que fue elegido para mandar la Armada Invencible, no tanto porque fuera el más cualificado para dirigir una gran empresa o ganar una batalla, cuanto porque podía financiarla[194]. Asimismo, el nombramiento de Ambrosio Spínola para maestre de campo general del Ejército de Flandes en 1603 y 1605 se debió ante todo a que tenía medios con que pagar al ejército, no porque hubiera demostrado dotes militares descollantes. La riqueza se había convertido en cualidad militar de primer orden. Solamente los ricos podían permitirse el lujo de dirigir el

ejército español y el precio del mando era suficiente para empobrecer hasta a un banquero: en 1603-1604 Spínola adelantó cinco millones de florines al ejército español que sitiaba Ostende y no le fueron devueltos en su totalidad hasta 1619[195]. Pocos generales podían ofrecer al rey un crédito como éste; menos todavía eran los que cobraban lo poco que habían prestado. El duque de Alba, como muchos otros grandes, empeñó sus posesiones para servir al rey en la guerra. Durante su gobierno en los Países Bajos (1567-1573) y en otras misiones encomendadas por Felipe II, el «Duque de Hierro» cargó a su herencia con deudas que totalizaron 500.000 ducados (1.250.000 florines aproximadamente), que suponían unos intereses anuales de 35.000 ducados. Sus herederos todavía andaban a vueltas con estas deudas después de 1660[196]. Servir en el cargo de menos responsabilidad de maestre de campo podía resultar igualmente ruinoso para la hacienda de los menos ricos. La viuda de Julián Romero, famoso capitán, tanto por su honestidad como por su pericia, pedía al rey la restitución de 8000 ducados de su dote y patrimonio que el difunto maestre de campo (m. en 1577) había vendido «para combatir en los Países Bajos». En esta ocasión, la viuda recibió satisfacción, pero con otras muchas no ocurrió así[197]. Como observó en cierta ocasión el duque de Alba, los reyes utilizaban a los hombres como si fueran naranjas: primero les exprimían el jugo y luego tiraban la cascara.

En el siglo XVII los hombres de medios limitados, como Romero, procuraban mantenerse alejados de las guerras. Puesto que los ejércitos se convirtieron en reserva de los «lacayos y gañanes» despreciados por sus generales, los puestos de mando fueron a parar a manos de quienes hacían del contrato militar su profesión, de quienes eran ricos y vanidosos, o de quienes no podían eludir su personal responsabilidad tradicional de luchar por su rey —de la alta nobleza—. Los que hacían de la guerra

su profesión era para ganar dinero; los vanidosos iban a ella para aumentar su prestigio; los grandes consideraban el servicio militar, por glorioso que fuese, como una etapa necesaria e incómoda en su camino hacia el favor real. Todos ellos esperaban llegar a la cima, ni más ni menos que si fueran hermanos menores del rey, como don Juan.

Por supuesto que no todos volvían de la guerra más pobres que cuando fueron. Hubo soldados rasos que consiguieron grandes cantidades de botín en la toma de una ciudad, capitanes sin escrúpulos que defraudaron en las revistas, y asentistas encallecidos que hicieron fortunas. Sobre todo, estaban los que nunca combatieron: los empleados en la secretaría militar, en la hacienda y en otros departamentos burocráticos. Estos hombres cobraban salarios elevados (15, 20 a 30 escudos al mes por regla general, cuando el sueldo base de un soldado era de 3), y, si alguno de ellos recibía alguna herida en el desempeño de sus obligaciones, se consideraba como algo memorable. No era fácil justificar este elevado sueldo de los empleados. Eran cultos desde luego, pero pocos tenían grados universitarios; ascendían de categoría en el ejército a base de nepotismo, favoritismo y protección descarada.

La estructura de las promociones dentro del servicio de funcionarios del ejército era muy simple. El rey nombraba a todos los jefes de departamento, contadores, inspectores generales, etc., y cada uno de éstos elegía a sus subordinados, parte de los cuales cobraban a cuenta del gobierno. En tres ocasiones el rey nombró jefes nuevos de todos los departamentos burocráticos a la vez: en 1567, en 1603 y en 1632 fue convocada una junta especial, cuya misión fue hacer los nombramientos y elegir a los candidatos más adecuados; su actuación fue buena en conjunto[198]. Otras veces, cuando se producían las vacantes, los nombramientos para los cargos superiores del Ejército de Flandes se hacían por partes. Había

dos tipos fundamentales de candidatos entre los que podía elegir el rey. Los que, aún sin experiencia tal vez en la administración militar, contaban con el apoyo de algún poderoso ante el rey; y, de otro lado, los que eran ya administradores profesionales en los Países Bajos.

Los que reunían todas las condiciones eran pocos. La España de los Habsburgo no disponía de un sistema adecuado de aprendizaje o entrenamiento para sus administradores, sino solamente para los jueces. Por el contrario, se dejaba que cada ministro formase a sus expensas la secretaría que había de colaborar con él en el despacho de los asuntos del rey. Estos oficiales eran los servidores privados del ministro, que los alimentaba y les pagaba, y a él debían antes que a nadie lealtad. Algunas veces, sin embargo, el rey tomaba a su servicio a alguno de estos oficiales particulares, pagándole a cuenta del gobierno. Felipe II en especial se sirvió de las secretarías de sus ministros como de «seminario[199]». Este modo de proceder tenía ciertamente algunas ventajas: sin gasto alguno, el rey conseguía formar un equipo de administradores familiarizados con sus métodos de gobierno —España dispuso de un servicio público barato—, y si bien para el ministro podía suponer la pérdida de alguno de sus mejores hombres, el disponer de un servidor leal en un departamento de estado comportaba compensaciones obvias. Frente a estas ventajas mutuas, había un serio inconveniente: este sistema se prestaba a crear facciones y partidismos en todas las ramas del gobierno. Los candidatos que se presentaban al rey procedentes de los Países Bajos eran generalmente parientes o subalternos del ministro saliente (en especial, el oficial mayor o delegado principal, que era casi siempre sobrino, hijo o primo del ministro y era a menudo el único que conocía el funcionamiento del departamento); los que eran recomendados al rey por alguien de la corte solían ser, en expresión de entonces, «criaturas» de uno de los consejeros

del rey, que frecuentemente ocupaban ya un cargo en otro departamento del gobierno. La mayor parte de los oficiales superiores de la administración del Ejército de Flandes pertenecía a estas dos categorías.

Desgraciadamente, el proceso de selección, que no logró inspirar sentido de lealtad al estado, unido ello a la carencia total de un mecanismo por el que pedir cuentas a los ministros inmediatamente después de que cesaban en el cargo (si no antes), permitía, y en ocasiones impulsaba, el aumento de la corrupción. Había poca diferencia entre los naturales de los Países Bajos y los que el rey llevaba de fuera. Precisamente en 1567, la corona nombró algunos oficiales de muy dudosa integridad. Juan de Navarrete, por ejemplo, elegido para el cargo de pagador de la artillería en 1567, tardó algún tiempo en ocupar su puesto por estar cumpliendo la pena de un año de suspensión de todo cargo en la hacienda por fraude. Una vez en los Países Bajos, Navarrete se aprovechó de la falta de control real para explotar el cargo que se le había confiado. A su muerte, ocurrida en 1580, mientras desempeñaba el cargo, era rico, y los investigadores del gobierno todavía no habían conseguido inculparlo[200]. No conseguirían cazar tampoco a Cosme Masi, secretario personal privado del duque de Parma desde 1568 a 1592. En 1580 llegó a secretario de estado y guerra del gobierno de Parma y a ser jefe virtual del tesoro militar. A lo largo de su permanencia en el cargo fue denunciado y denigrado como villano sin escrúpulos por casi todo el mundo, y en 1594 fue sometido a interrogatorio por la «Visita», pero salió absuelto. En 1596 se hizo financiero, empleando sus mal ganados ingresos como secretario para prestar dinero —nada menos que 443.750 florines —al gobierno de los Países Bajos a intereses abusivos. Efectivamente, eran éstos tan elevados, que el Consejo de Hacienda inició un expediente contra él por usura. Pero salió a flote de esta

amenaza, y en 1627 decidió pedir una recompensa por sus «continuados y valiosos servicios» en los Países Bajos. ¡El mismo Consejo que anteriormente lo había condenado por usura admitió las mentiras que contó sobre su pasada hoja de servicios y pidió al rey le otorgara una encomienda de una de las órdenes militares de España y dos ducados en Italia[201]!.

No obstante estos fallos, la realidad fue que el rey de España no perdió nunca el control de su ejército. La dirección política de las fuerzas armadas españolas estuvo siempre en manos de civiles; no hubo nunca un Wallenstein. Este notable éxito significaba que la política y los recursos desplegados por España contra la revuelta de los Países Bajos a lo largo de la guerra se decidieron en la corte española. Una vez formado un gran ejército a 800 millas de distancia (¡por la ruta más directa!), el gobierno central del imperio español tenía que aprovisionar, reforzar y mantener al nuevo leviatán. Esta centralización era un bien relativo. Hacía posible que la corona calculase y sopesase la necesidad de luchar en los Países Bajos o de actuar en otras partes, y le permitía una distribución racional de los recursos del imperio entre las necesidades de los distintos estados miembros. Sin embargo, esto no aumentaba necesariamente las posibilidades de una victoria española en los Países Bajos[202]…

SEGUNDA PARTE

EL MANTENIMIENTO DE UN EJÉRCITO: LOS RECURSOS

Las guerras no se hacen tanto con armas cuanto con dinero, que es el nervio de la guerra.

TUCÍDIDES

La mayor dificultad para […] sostener esta acción está en acomodar los gastos de las guerras y el número de soldados que hay que mantener a las contribuciones y medios de los países.

«Declaración de MR. WYLKES» sobre el estado de la guerras de los Países Bajos, 22 de julio de 1587, impresa por H. BRUGMANS, *Correspondence van ROBEN DUDLEY*… II (Utrecht, 1931), p. 402.

CAPÍTULO 5

EL EJÉRCITO DE FLANDES Y LA LOGÍSTICA

> Reconozco que por muy victoriosa que resulte una guerra, si se echa la cuenta y se valoran los gastos, se hallará […] que ha empobrecido al Estado, enriquecido a los particulares y, tal vez, hecho famoso el nombre del conquistador, pero esto es considerar los acontecimientos como lo haría el comerciante que se sienta detrás de su mostrador; es necesario que los que están en el puesto que la Divina Providencia me ha colocado a mí consideren si los gastos, aunque muy elevados, no son a veces necesarios para evitar lo que podría ser más ruinoso para el país que la pérdida de dinero.

Ante una situación política en el exterior que comprometía gravemente su autoridad, Jorge III de Inglaterra, al igual que Felipe II en España dos siglos antes y muchos otros estadistas de diverso talento después, se negó a acomodar sus gastos a sus recursos. Tanto el rey Jorge como el rey Felipe estaban convencidos de que las consecuencias del deshonor nacional en el exterior no podían medirse en simples términos de ganancias o pérdidas, de que el peligro de un fracaso exterior debía determinarse en función de su posición general «imperial» y de su prestigio personal[203].

La España de los Habsburgo fue, tal vez, la primera potencia europea de los tiempos modernos que justificó una guerra exterior con los sofisticados «argumentos» de una estrategia global, de los que, a partir de entonces, echaron mano todos los imperios en decadencia. La justificación fundamental que ya entonces España dio a sus prolongados intentos de eliminar la revuelta holandesa por la fuerza fue la creencia de que la estructura del poder habsburgo se asemejaba a una casa de naipes: si se tambaleaba o caía una «carta» se hundiría irremediablemente todo el edificio. Este argumento, teoría de

pretextos a la que se ha llamado «argumento de la escalada contra posibles desastres», presentó muchas formas. Quizá la versión más directa fue la más primitiva. En 1566-1567 y durante algunos años después, se sostenía en los círculos cortesanos españoles que la debilidad o ineptitud con respecto a la rebelión provocaría levantamientos similares en Italia, especialmente en las dos provincias sometidas por conquista: Nápoles y Milán. En dos ocasiones, en 1566-1567 y en 1577, en que la cuestión de «paz o guerra en los Países Bajos» quedó exhaustivamente discutida entre Felipe II y sus consejeros, sometieron a debida consideración los efectos deletéreos que la conciliación o las concesiones podrían producir en otros dominios de España. Una de las razones por las que España echó mano de la fuerza en Flandes fue la de salvaguardar su posición en Italia[204].

Naturalmente este argumento comenzó a perder fuerza cuando, después de muchos años de lucha intermitente en los Países Bajos, en los que abundaron los desastres periódicos, no apareció, a pesar de ello, señal alguna de inquietud en Italia, sino que se comprobó que a la antigua sustituía una nueva «teoría de pretextos[205]». Como el conflicto de los Países Bajos dejó de ser una guerra civil para convertirse en una confrontación internacional, los continuados compromisos de España allí acabaron por encontrar justificación en el argumento de que, mientras fuera posible hacer que los enemigos de España lucharan en los Países Bajos, no lo harían contra España misma. Flandes vino a ser considerada como el parachoques del imperio español. En 1600:

> El consejo [de Estado] dize que, como otras vezes a presentado a V. Magd., conviene attender a la conservación de los stados de flandes con el mismo cuydado y veras que de antes se hazia, por ser el freno con que se enfrena y reprime la potencia de franceses, ingleses y rebeldes, cuyas fuerzas, si aquel scudo faltase, cargarían contra V. Magd. y sus reynos por diversas partes de que se seguirían mayores gastos y daños[206].

Ni siquiera los arbitristas, empeñados en buscar el modo de salvar a España de la crisis, consideraron oportuno abandonar los Países Bajos;

> Saben poco de Razón de Estado, los que no juzgan, que la paz interna, de que goza España, se origina de las continuas guerras de Flandes, que siendo solamente defensivas, acarrean la quietud destos reynos, pues el día que los Españoles dexaren de tener las armas en aquellas provincias, sera forçoso que veamos en España las suyas.

En carta del mismo año (1626) repetía el rey en términos asombrosamente parecidos estas palabras de Pedro Fernández de Navarrete:

> Si bien la guerra que se ha tenido con Olandeses en esos estados ha sido la que ha apurado mi hazienda y obligado a los empeños en que se halla, también ha divertido a mis enemigos en esas partes de manera que, sino se huviera hecho assi, es cierto que la tuviéramos en España o mas vezina, como subcedio el tiempo que duraron las treguas en esos estados [1609-1621], que se paso la guerra a Italia, donde el gasto no fue menos y el peligro mayor, por estar las armas de los enemigos cerca del corazón.

El rey iba todavía más lejos en su razonamiento, llegando casi a sugerir que, si no hubieran existido las guerras de los Países Bajos, habría sido necesario inventarlas:

> Y es assi, y la experiencia y exemplos passados lo muestran, que tantos reynos y señoríos como se han juntado a esta corona, no pueden estar sin guerra en diferentes partes, ya para defender lo adquerido y ya para divertir mis enemigos[207].

Los abogados de esta teoría solían echar mano de dos ejemplos que «probaban» (según ellos) que la guerra de los Países Bajos salvaguardaba los intereses españoles en otras partes. Se pretendía que España debía conservar a toda costa los Países Bajos para contener a Francia, ya que la experiencia había demostrado que el mejor modo de evitar un ataque francés contra España era invadir Francia desde los Países Bajos. «Bien veo que por aquí [los Países Bajos] puede ser mas ofendido el rey de Francia, y constreñido a la paz», decía Felipe II. «Ningún remedio tenemos mas vivo para contra franceses que hallarnos con buenas fuerças en Flandes», repetía

el cardenal Granvela. Algún tiempo después, recordaba a Felipe III el Consejo de Estado: «Se ve en las historias cuan superior quedó España a Francia desde el día que pudo hacerse diversión por Flandes y por todos se ha entendido siempre que la conservación de esta Monarquía consiste en la posesión de aquellos Estados[208]». Se alegaba también que las guerras de los Países Bajos reducían la piratería holandesa en Indias. Este punto de vista se vio confirmado por primera vez durante la Tregua de los Doce Años, en que, a juicio de la corte española, el aumento prodigioso del comercio holandés en el Caribe y en las Indias Orientales se debía directamente a la suspensión de las hostilidades en Flandes. La decisión de no renovar la tregua, tomada por Felipe III y sus consejeros entre 1618 y 1621, fue dictada fundamentalmente por el miedo de España a perder su dominio en las Indias si no reanudaba la guerra en los Países Bajos[209].

Estos criterios pesimistas acabaron por aplicarse al resto de la monarquía española: una vez que España había mostrado su debilidad al fracasar en su intento de defender los Países Bajos, se argüía, sus enemigos se animarían a concentrar sus esfuerzos no sólo sobre las Indias, sino sobre sus dominios en Italia y, finalmente, intentarían desmembrar a España misma[210]. Y aun sin llegar a estos grados de fantasía o imaginación, es probable que fueran muchos los españoles que (como Fernández de Navarrete) estimaban que el sostenimiento de alguna guerra importante lejos de España sería una medida muy sana de gobierno. ¿Y dónde mejor que en los Países Bajos?

La fuerza lógica de este argumento de «escalada contra posibles desastres», entonces como ahora, era impresionante. Apoyado en criterios exclusivamente defensivos, partía siempre del supuesto de que el enemigo era el agresor, pero al mismo tiempo justificaba la agresión propia. La falacia que se ocultaba bajo este razonamiento quedaba de manifiesto en cuanto se

pasaba a ejemplos prácticos. La afirmación de que la guerra en los Países Bajos impedía a los franceses y a otros luchar en Italia se refutaba fácilmente: Luis XIII invadió Italia en 1628 aliado con los holandeses, pero sin declarar abiertamente la guerra a España. Después de 1635 Francia consiguió luchar con éxito en cuatro frentes simultáneos: en Lombardía, Cataluña, Alsacia y en los Países Bajos. Y aun la otra pretensión más limitada de que el Ejército de Flandes podía librar a España de la preocupación de ser atacada por los franceses, encontró también su réplica en el hecho de que la arremetida del cardenal-infante contra París (la campaña de Corbie) no consiguió aliviar la presión sobre Cataluña. En todo caso, si los Países Bajos habían de servir como contrapeso eficaz a una agresión francesa, es evidente que la mejor política para España era la del compromiso con los holandeses. Por el contrario, España combatió constantemente en dos frentes, que minaron seriamente la eficacia de la intervención del Ejército de Flandes en Francia. La convicción de que la guerra en los Países Bajos salvaría automáticamente al Nuevo Mundo se desmoronó también, ya que el rápido aumento del comercio holandés continuó después de 1621. España había olvidado que la reanudación de la guerra en los Países Bajos distraería sus recursos de la defensa de las Indias, y particularmente de las distantes colonias portuguesas del sudeste de Asia y Brasil, mucho más de lo que estorbaría la actividad de los capitalistas holandeses. En 1628 la Compañía de las Indias Occidentales holandesa llegó incluso a capturar una flota entera cargada de tesoro americano que se disponía a zarpar del Caribe con dirección a España.

La falta de validez de estos argumentos estratégicos no hizo que la corte española optase por la conciliación como solución más deseable. Había todavía otro obstáculo que impidió el comienzo de las conversaciones de paz con los holandeses; era el

deseo español de «negociar por la fuerza». Esto significaba naturalmente que España se negaba rotundamente a «negociar» (en el verdadero sentido de la palabra); quería imponer sus propias condiciones a los «rebeldes», dando a esta imposición la forma de negociación para guardar las apariencias. España sólo estaba dispuesta a dialogar después de una victoria total. Lo indicaba el duque de Alba crudamente, pero de forma significativa en 1573: «Estos trabajos se han de acabar con las armas y fuerça, sin que se aya de tomar ningún medio de gracia, blandura, negociación ni trato hasta que todo este llano; […] entonces torna buen lugar la clemencia». España nunca se ofreció a negociar, a menos que se encontrara en un aprieto grave; ni siquiera después de sus grandes victorias (como la toma de Amberes en 1585 o de Breda y Bahía en 1625) se esforzó de manera clara por llegar a una solución negociada «por la fuerza». Como observaba el conde-duque de Olivares en diciembre de 1635:

> Tampoco toca ninguno la sazón en que fueron las ordenes de V. Magd. para la tregua, cossa de arta admiración, siendo assi que la una fue luego que se supo la perdida de la flota de Don Juan de Benavides [en 1628] y la otra en lo mas, apretado y perdido que jamas se han visto los estados de flandes de traidores dentro y enemigos fuera y los estados generales juntos en Bruselas y muerta la Señora Infanta Doña Isabella [en 1633].

Es significativo el hecho de que este discurso precedió a una proposición del gobierno de iniciar nuevas conversaciones para una tregua con los holandeses en ocasión igualmente «inoportuna»: esta vez el deseo del gobierno español de conseguir un acuerdo con los holandeses se debía al aprieto en que le acababa de poner una declaración de guerra por parte de Francia a principios de año[211]. Otras veces (como, por ejemplo, las conversaciones celebradas bajo la égida imperial en Colonia en 1579) los intentos de arreglo se quedaban en nada, porque España nunca estuvo dispuesta a hacer concesiones, a no ser que necesitase la paz a cualquier precio.

Esta firme negativa a hacer concesiones nos acerca al conocimiento de los motivos verdaderos que determinaban el constante empleo por España de la fuerza en los Países Bajos. Se creía que la paz sería más perjudicial que la guerra, y en el siglo XVI una paz que implicase concesiones religiosas y políticas era particularmente sospechosa. En cuatro ocasiones concretas, en 1566-1567, en 1575, en 1577 y una vez más en 1589, Felipe II se negó deliberadamente a llegar a un acuerdo con los rebeldes sólo porque no podía convertirse en rey de herejes. Aunque había acuerdo en casi todos los otros puntos, durante el reinado del Rey Prudente las negociaciones naufragaron siempre contra la roca de la tolerancia religiosa.

Felipe II declaró su política en materia religiosa aun antes de tener noticia de la Furia Iconoclasta. En agosto de 1566 aseguraba al Papa:

> Yo ni pienso ni quiero ser señor de hereges y […] si ser pudiere, yo procurare de acomodar lo de la religión en aquellos estados sin venir a las armas, porque veo que sera la total destruycion dellos el tomallos, pero que, si no se puede remediar todo como yo lo desseo sin venir a ellas, estoy determinado de tomallas, y yr yo mesmo en persona a hallarme en la execucion de todo, sin que me lo pueda estorvar ni peligro, ni la ruina de todos aquellos payses, ni de todos los demás que me quedan, a que no haga lo que un principe christiano y temeroso de Dios deve hazer en servicio suyo, mantenimiento de su fee catholica, y autoridad y honrra dessa sede apostólica[212].

No se quedó en las palabras Felipe II, y en 1575 en Breda y en 1577 después del Edicto Perpetuo, la religión sabotearía las conversaciones con los holandeses. De nuevo en 1589 la misma insistencia en que los «rebeldes» debían volver al catolicismo como condición previa a la reconciliación dio al traste con las prometedoras iniciativas de paz del duque de Parma. Parma proponía solamente que se permitiera el culto calvinista en determinadas áreas y en privado, pero tolerar una tal iniquidad, argüían los más próximos consejeros de Felipe II, era ignorar automáticamente «la profession que Su Magd. ha hecho y

opinión que ha ganado a costa de tantos tesoros y vidas de no consentir un tilde torcido en cosa de religión[213]».

Después de la muerte de Felipe II, esta firmeza se tambaleó. En 1609 se firmaba una tregua con los holandeses en la que no se mencionaba la religión; y España llegó incluso a dejar en la estacada a los habitantes católicos de las Provincias Unidas. En febrero de 1621, Felipe III manifestó su voluntad de renovar la tregua a condición solamente de que los holandeses retiraran sus barcos de las Indias, y una vez más las Provincias Unidas quedaban en libertad para reglamentar a su gusto sus asuntos religiosos[214]. Por desgracia para España llegaban ya demasiado tarde estas concesiones. Los holandeses no estaban dispuestos a abandonar su lucrativo comercio con las Indias, y en todo caso el moderado Felipe III moría en marzo de 1621. Su hijo y sucesor, Felipe IV, se apresuró a rechazar todo compromiso razonable: como en 1589, los argumentos fueron que España había comprometido demasiado capital y había expuesto demasiado su «prestigio» en el éxito de la guerra, de modo que no se podía pensar siquiera en el abandono. Todo lo que no fuera una victoria total constituiría una humillación intolerable. Este argumento fue ganando fuerza a medida que pasaban los años de lucha; cada campaña consumía más recursos españoles y con ellos aumentaba su compromiso con la política de fuerza.

La necesidad de continuar la lucha simplemente para evitar la humillación fue alegada como argumento con que justificar la guerra contra los holandeses ya desde 1577. En una discusión a alto nivel sobre la política que convenía seguir en los Países Bajos, el duque de Alba llegaba a la conclusión de que la reanudación de la guerra era la única política que «se asentara como conviene a la gloria de su santo nombre [de Dios] y a la honra y reputación de V. Md. que es la mejor pieça de su arnés». El cardenal Quiroga, ministro de larga experiencia, se mostraba de acuerdo con el duque: no emplear la fuerza contra

los rebeldes no puede por menos de «agravar mucho su consciencia a V. Md., y poner en aventura su honor y estimación». El presidente del Consejo de Castilla, clérigo también, estaba de acuerdo igualmente: la «autoridad» y la «reputación» del rey debían quedar a salvo por encima de todo y esto sólo podría conseguirse mediante el empleo de la fuerza, por cara que pudiera resultar[215].

Por supuesto que no era el clero español el único en pensar así, aunque lógicamente pertenecían a él los defensores más entusiastas de estos criterios. Muchos jefes veteranos de las guerras de los Países Bajos («halcones», como les llamaríamos hoy) y no sólo el duque de Alba, a pesar de los malos recuerdos que guardaban de la escasez financiera, de los motines y del colapso militar que caracterizaron al Ejército de Flandes en tiempos de guerra, levantaron su voz contra todo intento de compromiso. La vehemente oposición surgida en España a la firma de una tregua con los holandeses en 1607-1609, por ejemplo, estaba encabezada por el conde de Fuentes y por don Diego de Ibarra, quienes habían sido capitán general e inspector general respectivamente, del Ejército de Flandes en los años noventa del siglo XVI, década de derrotas casi continuas. Concentraron sus ataques, como lo han hecho siempre los «halcones», en la repugnancia innata de todo gobierno a ser humillado. Una tregua con los holandeses implicaba el reconocimiento del triunfo de la rebelión, concesiones a un credo extranjero, la admisión de la derrota — tres cosas aborrecibles para una potencia imperial, orgullosa y arrogante.

No puedo dejar de poner adelante a V. Magd., que ni a Dios ni al mundo parezera bien que V. Magd. ande mendigando pazes con sus rebeldes, por medio de ministros de sus enemigos […] perdida la reputación, solo Dios por milagro podría remediar el daño[216].

«Dios y nuestro honor» venía a significar —con otras palabras más sofisticadas— las «justificaciones» que ya en la Edad Media se daban para la guerra. Pero en el fondo de la decisión de España estaba el continuar luchando en los Países Bajos. Al principio de la época moderna las guerras siguieron haciéndose fundamentalmente por «honor», para evitar la humillación (igual que ocurre hoy día, inexcusablemente), y para «imponer la voluntad propia» al adversario. Las guerras continuaron siendo el deporte de los reyes. El problema fue que el «deporte» había experimentado un profundo cambio desde los tiempos medievales. Las proporciones de la guerra en el siglo XVII sufrieron, como hemos visto, una transformación total. La duración de las guerras y el número de soldados aumentaron constantemente; los medios de destrucción y, sobre todo, el coste que representaba su empleo sobrepasaron todos los cálculos. Mirando al pasado, observaba en 1596 el secretario de estado para la guerra en Bruselas:

> Si se hiziere comparación de lo que aora questa a Su Magd., la gente que le sirve en sus exercitos y armadas, y lo que costava al emperador Don Carlos los suyos, se hallara que (en ygual numero de gente) es menester para este tiempo tres tanto dinero como se solia gastar entonces.

En todo caso se quedaba cortó en su apreciación[217]. A causa de este aumento del coste, el nuevo modo de hacer la guerra exigía de los gobiernos, y de los combatientes también, mucha mayor reflexión. Reclamaba una filosofía más responsable y nuevos supuestos políticos. Era peligroso jugar a la guerra con todos los nuevos y costosos juguetes utilizando reglas anticuadas y tradicionales.

Los Habsburgo españoles dieron pronto pruebas de que no se habían adaptado completamente a las duras realidades de los nuevos métodos de guerra; y una de ellas fue que no supieran con seguridad lo «total» que iba a ser la guerra en los Países Bajos. Durante la mayor parte de la guerra de los Ochenta

Años, y, en particular, durante su primera fase, España pudo haber empleado una última arma contra los «rebeldes». Puesto que los centros de la revuelta, Holanda y Zelanda, eran regiones bajas, muchas de ellas más bajas que el nivel del mar, hubiera sido posible poner fin a su resistencia abriendo los diques del mar e inundándolas hasta someterlas. Los gobernantes españoles consideraron en 1574-1575 seriamente esta posibilidad como solución general a la revuelta, pero acabaron por desecharla, basándose en que después hubiera sido imposible remediar lo hecho, estimaron que inundar Holanda y Zelanda habría representado graves problemas para regiones leales al rey, y que la hazaña habría hecho a España acreedora a una fama poco envidiable de crueldad[218].

Se renunciaba a esta «solución extrema» al problema holandés, pero España tenía que resignarse al sometimiento sistemático por los medios convencionales de todas las ciudades rebeldes. Dada la naturaleza de la guerra entonces y la geografía de las provincias rebeldes, éste era un porvenir desalentador. Ya en 1574 el capitán general se lamentaba ante el rey:

> Reducir por fuerza 24 villas que hay rebeladas en Holanda, tardandose en cada una dellas lo que hasta aqui se ha tardado en las que por este camino se han reducido, no hay tiempo, ni hacienda en el mundo que baste.

La guerra duraría cincuenta años, profetizó en 1577 otro ministro; «conquistar [las provincias rebeladas] por la fuerza es tratar de una guerra inmortal», afirmaban los consejeros principales de Felipe II en 1589 (ya que ellos se negaban a toda conversación de paz[219]).

Estos malos augurios fueron voces aisladas y causaron poco impacto. En general, eran pocos los españoles dispuestos a admitir la posibilidad de que la guerra en los Países Bajos pudiera continuar indefinidamente y de que su coste pudiera resultar demasiado grande para la hacienda. Como observó Mr.

Wylkes, lo que derrotó a casi todos los gobiernos del siglo XVI fue el problema que representó el tener que «atender» a los gastos de las guerras con los recursos de que disponían, ya que raras veces hicieron frente a ese problema con los criterios del comerciante, que mide cuidadosamente gastos e ingresos. Así, el Ejército de Flandes tenía órdenes de mantener la máxima presión militar sobre los holandeses hasta hundir toda la resistencia, costase lo que costase. Las invasiones de Orange y de sus colaboradores en 1568 y 1572 provocaron levas masivas con el fin de intimidar a la oposición y reducir toda rebelión. El coste del ejército fue ruinoso naturalmente, pero, si la resistencia cedía en el plazo de un año o así, los gastos podrían compensarse. En 1568 esta estrategia resultó. Los invasores fracasaron en su intento de tomar las ciudades importantes y, en consecuencia, se vieron obligados a salir de los Países Bajos en diciembre, arruinados y derrotados. Las invasiones de 1572 fueron mucho más serias: afectaron a cerca de cuarenta ciudades, y, aunque la rebelión fue localizada a fines del año y confinada a Holanda y Zelanda, no quedó sofocada ni mucho menos. Pero en vez de desmovilizar a su ejército durante el invierno, Alba siguió reclutando más soldados. Un sagaz observador francés en el campamento español predecía con acierto: «Sólo dejarán de acumular soldados cuando se les termine el dinero; no veo que ordenen revistas ni pagas[220]».

Las tropas de Alba se quedaron sin cobrar por un motivo muy poderoso: no se disponía de dinero. El alto mando del ejército calculaba que el mantenimiento de sus tropas costaría alrededor de 1.200.000 florines al mes; en 1572 y en 1573 el Ejército de Flandes recibió 7.200.000 florines de España, y un promedio de 300.000 por mes, más otros tantos quizá de los Países Bajos. Con ello el ejército sólo podía cubrir la mitad de sus necesidades. En esta situación era imposible pagar con regularidad a las tropas: más imposible aún era pagar los atrasos

y licenciar a las unidades innecesarias. Por esta razón no había otro remedio que seguir reteniendo a las tropas sin pagarlas durante el invierno. Para agosto de 1573 la deuda acumulativa a los soldados en concepto de salario alcanzaba los siete millones y medio de florines[221].

España no podía encontrar salida a este atolladero. La paz sin una victoria total era inadmisible ideológicamente; la victoria total era militarmente imposible. Por lo tanto, el Ejército de Flandes continuaba su existencia, distraído de vez en cuando por los motines de las unidades que pretendían forzar al gobierno a pagarles lo que les adeudaba. Desde luego que hubo éxitos aislados, pero la situación militar general era imposible. En julio de 1576 se calculaba que el gobierno debía a sus tropas un total de 17.500.000 florines (mucho más de lo que importaban las rentas anuales de España) en atrasos. En agosto de 1576 la máquina entera militar, unos 60.000 hombres teóricamente, se desintegró en motines y deserción en masa. Algunas tropas habían combatido desde mayo de 1572 sin un solo descanso ,en algunos casos, sin haber cobrado ni una sola vez[222].

No fue éste el único fallo que originó el callejón sin salida de la estrategia en los Países Bajos. Si las provisiones que enviaba España eran sólo la mitad de las que necesitaba el Ejército de Flandes, eran más del doble de las que podía proporcionarle la hacienda de Castilla. Entre 1572 y 1576 los gastos de la corona de Castilla alcanzaron un total de 80 millones de florines por lo menos, sin embargo, el total de sus ingresos durante estos cinco años no puede haber sobrepasado los 60 millones. El déficit de 20 millones de florines corresponde exactamente al gasto en los Países Bajos: entre 1572 y 1576 el pagador general del Ejército de Flandes recibió de España 20.904.850 florines. Por tanto, puede afirmarse con justicia que la crisis de la hacienda castellana en la década de

1570 fue debida a las guerras de los Países Bajos. El presupuesto de Felipe II para 1574, año de mayor gasto en el ciclo quinquenal, resulta instructivo y al mismo tiempo típico:

PRESUPUESTO DE FELIPE II PARA 1574
(Todo en florines de 20 placas)

Castilla		*Ejército de Flandes*	
Rentas	*Gastos*	*Recibido de Castilla*	*Gasto presupuestado*
11.060.289	c. 20.215.237	7.357.730	c. 16.380.000
Déficit =	c. 9.154.948	Déficit =	c. 9.022.270

Sin duda existía algo de exageración en los cálculos del alto mando sobre el coste del ejército (siempre eran posibles ciertos ahorros), pero, aun así, parece que España habría tenido que enviar a los Países Bajos en 1574 el doble de dinero para poder mantener el ritmo de la reconquista. El aumento de los envíos, que ya eran un récord, sólo se podía haber conseguido sacrificando la flota de guerra española del Mediterráneo, que costaba cuatro millones de florines en 1574, o aumentando el déficit de la hacienda castellana. Ambas cosas eran imposibles. En septiembre de 1575 el propio Felipe II se declaraba en bancarrota y suspendía todos los pagos de la hacienda.

La España Habsburgo y muchos otros gobiernos europeos de entonces no consiguieron adaptar sus supuestos políticos medievales a los cambios experimentados por la guerra en muchos otros aspectos. Como en la Edad Media, existía una considerable resistencia en los círculos oficiales a la idea de que la guerra era una situación permanente, que exigía instituciones y planificación eficaz y de largo alcance; se oponían, incluso, a la idea de que los ejércitos ya no se desmovilizaban durante el invierno. El no haber organizado un sistema para licenciar regularmente a las tropas que se encontraban en la línea de fuego o para establecer el servicio militar a corto plazo, del que

hablamos más adelante, eran síntomas de que pervivían los convencionalismos medievales sobre la guerra: a pesar del cambio que se ha producido en la duración e intensidad de los conflictos, se seguía enrolando a los soldados para combatir hasta la desmovilización. De igual modo, el intercambio de prisioneros después de cada campaña, la tolerancia del comercio directo con el enemigo y la organización de un sistema de protección oficial que posibilitaba a los particulares y a las poblaciones eximirse de ir a la guerra puede ser considerado como pervivencias anacrónicas del concepto medieval y caballeresco sobre la guerra.

Por supuesto que estas faltas de adaptación de menor monta no significaban de por sí la derrota. Se producían en la mayoría de los estados del siglo XVI en Europa, y también entre los holandeses. Lo que principalmente minó el esfuerzo militar de España en los Países Bajos fue la insuficiencia de recursos o la insuficiente explotación de los mismos. La correlación no fue directa: los efectos de una insuficiencia financiera se hicieron sentir en el instrumento principal de la «tozuda» política española en los Países Bajos, el Ejército de Flandes. El ejército no era en modo alguno un agente neutral. Si los jefes contrariaban a sus tropas o andaban hambrientos de paga, los soldados y, en particular, los que combatían fuera de su patria, podían tomarse la justicia por su cuenta. Los veteranos de Flandes dependían tanto de sus medios de subsistencia, que hasta el menor deterioro en su situación, debido generalmente a que el ejército no les proporcionaba víveres ni dinero, provocaba un motín. Sin apoyo financiero continuo, el costoso ejército, movilizado para reprimir la rebelión, podía rebelarse también. En esto se basa la principal garantía de la independencia holandesa[223].

CAPÍTULO 6

LOS RECURSOS FINANCIEROS

Uno de los objetivos principales de Felipe II al enviar al duque de Alba a los Países Bajos en 1567 fue hacer que las provincias sufragasen sus propios gastos. Debido a que desde 1559 los estados provinciales se negaban a responsabilizarse plenamente de los gastos de la defensa y gobierno de los Países Bajos, España se vio obligada a enviar dinero para nivelar el presupuesto que, durante la regencia de Margarita de Parma, registró un déficit anual de 500.000 florines. Entre 1561 y 1567, Felipe envió a su hermana Margarita de Parma más de cinco millones y medio de florines; en 1567 proporcionó al duque de Alba 1.650.000 florines más. Para 1568 el rey ansiaba, como es natural, poner fin a esta fuga de dinero. A Alba se le ordenó poner en juego su talento y servirse de sus soldados para conseguirlo, porque «es mas que necessario dar orden como aya renta firme, cierta y perpetua para la sustentación y defensión de essos stados sacada dellos mismos, pues esta claro que de aqui no se ha de llevar siempre el dinero […] para ello». España, advertía el rey, no podría continuar enviando dinero a los Países Bajos[224].

Los Países Bajos

Alba experimentaba los mismos temores y participaba de las mismas convicciones que su señor. En marzo de 1569, movido por las amenazas de las tropas españolas, el duque persuadió a los estados provinciales a que votaran tres impuestos nuevos: un impuesto del 1 por 100 sobre todas las rentas (el centésimo), otro del 5 por 100 sobre las ventas de bienes inmuebles (el vigésimo), y el más controvertido, una especie de impuesto de plusvalía del 10 por 100 sobre el precio de venta de todos los

bienes muebles y exportaciones (el décimo). El centésimo fue puesto pronto en vigor, pero los otros dos produjeron una oposición tan viva, que Alba decidió aceptar, en su lugar, un subsidio (la forma tradicional de tributación) de cuatro millones de florines a pagar en dos años; a cambio de ello, suspendió la recaudación de los dos impopulares y nuevos impuestos.

Los ingresos procedentes de los nuevos impuestos superaron todos los cálculos, pero, debido a los gastos ocasionados por la lucha contra la invasión de Guillermo de Orange y sus hermanos en 1568, no bastaron para alcanzar el objetivo del rey, que era la autosuficiencia financiera de los Países Bajos. Entre 1568 y 1571 España tuvo que enviar a Flandes 8,25 millones de florines más. Para Castilla este gasto representaba una pesada carga. Con una guerra importante en el Mediterráneo que reclamaba todos sus recursos, Felipe II recordaba a su lugarteniente: «Con tantas otras cosas a que atender desde aquí, es imposible proveer a las necesidades de los Países Bajos en el futuro como lo hemos hecho hasta ahora». Alba recibió órdenes urgentes de no perder tiempo y no aceptar excusas. El décimo debía ser puesto en vigor inmediatamente[225].

La pronta obediencia del duque a las órdenes del rey provocó un desastre. Los nuevos impuestos eran elevados y le enajenaron la amistad de muchos habitantes de los Países Bajos; la amenaza de otro impuesto, todavía más pesado, originó un vasto movimiento de simpatizantes con los «Mendigos» y con el príncipe de Orange, cuando invadieron los Países Bajos en la primavera de 1572. El pueblo, que se había mantenido neutral y a la expectativa durante la invasión de 1568 se levantó en ayuda de los enemigos del gobierno en 1572. Su reivindicación principal era sin duda el décimo —«la causa de todos nuestros males», como señalaba un desesperado realista algunos años

más tarde[226].

A pesar de las quejas impacientes del rey y del desastre a que dieron lugar, la gestión de Alba con respecto a la hacienda de los Países Bajos había sido casi milagrosa. Hubo una campaña importante en 1568, pero consiguió, según muestra la figura 13, hacer que los Países Bajos financiaran sus propios gastos en 1570 y 1571.

Por desgracia para España, la hazaña duró poco. Las invasiones de 1572 precipitaron al gobierno a un reclutamiento en masa. La movilización de Alba hizo surgir soldados por todos los rincones de los Países Bajos. El rey, que en febrero de 1572 se negó a destinar más fondos para Flandes, se vio obligado a enviar tres millones y medio de florines antes de que terminara el año. Simultáneamente, las provincias fueron sangradas por los soldados, que distribuidos entre 200 o más guarniciones, sacaron con avidez insaciable cuanto pudieron a los habitantes de la región. Al erario central no volvieron a llegar más ingresos procedentes de impuestos. Aunque, en teoría, el pillaje de las tropas era controlado y registrado por los oficiales de contribución local y descontado de lo que cada región debía pagar a cuenta de los tres nuevos impuestos, en la mayoría de las regiones de los Países Bajos el sistema de impuestos resultó un caos[227].

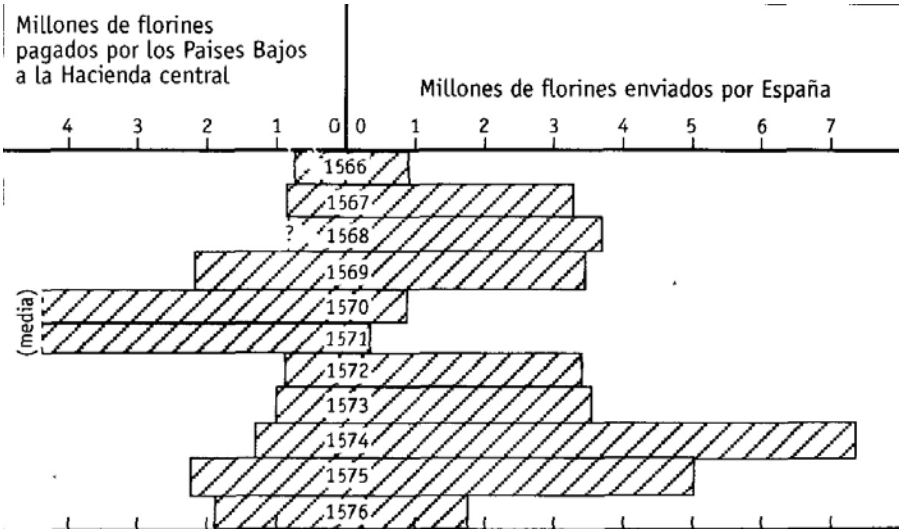


FIGURA 13. La financiación del imperialismo español en los Países Bajos (1566-1576).La hazaña del duque de Alba de «conseguir que los Países Bajos se autofinanciasen» en 1570 y 1571 no necesita ser ponderada. Hizo posible a Felipe II concentrar sus recursos en la supresión de la revuelta de los moriscos y en la defensa del Mediterráneo. El efecto de las invasiones de 1572 fue inmediato: Las cantidades recibidas por el gobierno de Bruselas procedentes de España subieron, mientras que las de los Países Bajos bajaron: en ambos casos la oscilación fue muy acusada.

A menudo los soldados se negaban a entregar los recibos del dinero que recaudaban y el departamento de cuentas del ejército (la contaduría del sueldo) no podía llevar convenientemente las cuentas de las contribuciones locales entregadas a cada unidad. Lo peor de todo fue que, mientras a algunos contingentes, que tenían vales de alojamiento en provincias ricas y lejanas, les iba perfectamente, las tropas que se encontraban en combate quedaban desamparadas y desesperadas. Esta situación era ya intolerable, cuando en marzo de 1574 llegó la noticia de que los rebeldes habían abierto un segundo frente en el este. La invasión del conde Luis de Nassau al mando de un gran ejército obligó al gobierno a reclutar más tropas todavía. Era de necesidad urgente establecer

un método mejor para aprovisionar a las tropas y defender la llegada del dinero que se les enviaba, o, de lo contrario, era más claro que la luz del sol que el régimen español en los Países Bajos no podría sobrevivir por mucho tiempo.

En julio de 1574 don Luis de Requesens, nuevo capitán general, estableció un sistema de contribuciones regular, permanente y racional en los Países Bajos españoles, tal vez el primero en su género en Europa. El sistema se aplicó de modo general. A las regiones en que todavía podían recaudarse los impuestos con regularidad (Artois y Hainaut, por ejemplo) no se las molestó; igualmente se hizo con aquellas que, por ser demasiado pobres sólo podían aportar contribuciones limitadas. Pero en las otras provincias, y especialmente en las más ricas y más grandes, como Flandes y Brabante, se nombraron comisarios especiales que fijarían la contribución mensual que cada comunidad debía pagar y distribuirían el dinero así recaudado a las tropas que se encontraban en la región. El sistema estaba bajo la supervisión general del Consejo de Hacienda de los Países Bajos, pero había un «superintendente de las contribuciones»: Chiappino Vitelli hasta 1575, y después Juan Andrea Cigogna, que antes había estado al servicio de Margarita de Parma[228].

Los disturbios de 1576 privaron al Ejército de Flandes de todo ingreso procedente de los Países Bajos, y cuando en 1578 comenzaron las tropas españolas la reconquista, ganando palmo a palmo el territorio, hubo que arbitrar otra vez medios con que sostenerlas. No había siquiera impuestos provinciales a cuenta de los cuales poder cobrar contribuciones locales, y al principio se permitió a las tropas recaudar lo que pudieran (procedimiento conocido con el nombre de *brandschatting*: recaudación de dinero en granjas o pueblos bajo la amenaza de prenderles fuego), pero el 1 de septiembre de 1579 Juan Andrea Cigogna fue repuesto en el cargo de «superintendente

de las contribuciones de las ciudades y de la región sometidas a la obediencia de Su Majestad». Se le autorizó para sustituir las exacciones arbitrarias e irregulares de las tropas por una cuota fija sobre la comunidad local que era entregada a los soldados legalmente. Cigogna había de fijar cuánto correspondía pagar a cada uno «con la moderación que, de acuerdo con los recursos de cada pueblo y a vista de la presente coyuntura, se crea justa en conciencia[229]». Lo primero que hicieron Cigogna y sus oficiales (*commis*) fue averiguar cuántos soldados deseaba el gobierno acuartelar en cada región y cuánto costaría; luego los magistrados de la región se reunían para determinar lo que cada comunidad había pagado anteriormente. Mediante la división del coste de los soldados por el número y tamaño de las poblaciones, los comisarios determinaban la cantidad con que cada una debía contribuir. Los pueblos pagaban una cantidad fija a los *commis* y, a cambio, recibían cartas oficiales de protección por las cuales quedaban exentos de volver a pagar a cualesquiera otras tropas al servicio del rey. Se les daban también recibos para presentarlos a los recaudadores de la contribución civil[230].

A medida que la magistral estrategia del príncipe de Parma fue reduciendo Brabante y Flandes al dominio español, el sistema de contribuciones fue cobrando importancia cada vez mayor en la hacienda del ejército. Para 1586, Cigogna manejaba 700.000 florines anuales. El gobierno acabó por interesarse por los métodos de recaudación. Parma nombró un investigador oficial, pero no consiguió llegar a conclusiones claras:

> No fui capaz de encontrar a nadie que pudiera contarme con certeza el método o la manera cómo el Caballero Cigogna recaudaba las contribuciones, pero se cree generalmente que como Superintendente de las dichas contribuciones fija las cantidades para cada pueblo o ciudad por su cuenta y según le place.

El informe terminaba con la aguda observación de que «en

otros tiempos» a la recaudación de todas las «"tailles" subsidios y contribuciones» precedía el consentimiento de los estados provinciales[231].

La queja era justa. La carga de las contribuciones era innecesariamente pesada, sobre todo para las comunidades rurales. La devastación ocasionada por la lucha, que se prolongó por las provincias meridionales desde 1578 a 1588, arruinó su economía, mientras que la peste y el hambre diezmaron la población. El príncipe de Parma compadecía profundamente los problemas de las provincias reconquistadas, y deseaba vivamente solucionarlos. En consecuencia, favoreció la vuelta gradual de la imposición de contribuciones a los Países Bajos al control de los estados provinciales. En agosto de 1588 accedió a que se restablecieran en Flandes los «Cuatro Miembros» (los estados provinciales en realidad); ellos organizaron inmediatamente la recaudación de impuestos nuevos sobre el consumo, a fin de conseguir el dinero necesario para el sostenimiento de las guarniciones de la provincia. A cambio, quedaban suprimidas las contribuciones. En 1591 los «Cuatro Miembros» se ofrecieron a proporcionar 50.000 florines mensuales, y los estados de Brabante se comprometieron a recaudar 45.000. Cada asamblea provincial administraría el producto de los impuestos que recaudase y lo aplicaría totalmente al sostenimiento de las tropas que hubiera en la provincia[232]. Las contribuciones siguieron recaudándose por algún tiempo en las zonas fronterizas (Gelderland y Limburgo, por ejemplo), pero aun en ellas se reunieron alguna vez los estados provinciales y votaron impuestos por sí mismos. Fuera de esto, los dueños de las casas proporcionaban directamente a las tropas sólo el «servicio de casa» (su derecho a alojamiento gratis, una cama, ropa de cama y luz con aceite también gratis, sal, vinagre, platos y fuego para guisar); sus gastos eran deducidos de los tributos que tenían que pagar. En el siglo XVII

aun esta obligación quedó conmutada por el pago en dinero de doce reales al mes, que se entregaban a las tropas directamente a cuenta de los subsidios provinciales.

La recuperación económica de las provincias meridionales se vio lógicamente facilitada por estos intentos de repartir la carga del sostenimiento del ejército más equitativamente, aunque en Madrid se levantaron voces de protesta, porque a los soldados les resultaban más provechosos los alojamientos garantizados que el pago global[233].

Las cantidades entregadas por la hacienda de los Países Bajos al Ejército de Flandes crecieron rápidamente. Parece que durante la mayor parte del período que va desde 1600 a 1640 las «provincias obedientes» sufragaron los gastos de unos 12.000 hombres (una quinta parte aproximadamente del ejército) y que ello importó alrededor de cuatro millones de florines por año en tiempos de guerra. Desgraciadamente no es posible una mayor precisión[234].

La administración de los subsidios provinciales que correspondían a los estados de cada provincia estaba bajo la supervisión general del *conseil des finances*. Las tropas mantenidas por los subsidios eran controladas por comisarios (*commissaires des monstres*) nombrados y pagados por el consejo; el tesorero de la guerra o encargado de percibir los impuestos tenía que rendir cuentas a uno de los departamentos de intervención (*chambres des comptes*) de los Países Bajos; y las nóminas y otras cuentas de las tropas se conservaban en un departamento especial del consejo, la *contadorie des finances* (la oficina de cuentas militares del Consejo de Hacienda). El sistema era autónomo, ordenado y eficaz, y cada vez cobró mayor importancia. Pero no bastó.

Por su cantidad y por el modo en que se pagaban, los impuestos recaudados en los Países Bajos resultaron

inadecuados para financiar una campaña importante del Ejército de Flandes. Incluso en 1574, antes de que la guerra acabara de arruinar a las provincias meridionales, se estimaba que los Países Bajos pagaban menos de un tercio del costo total del ejército; y aun en tiempo de los archiduques, las provincias proporcionaban sólo una cuarta parte aproximadamente[235]. Además, la mayor parte de lo que pagaban los Países Bajos se quedaba en los pueblos; a la hacienda central llegaba poco. Para las operaciones defensivas en los Países Bajos se necesitaba dinero en cantidades mayores y de una vez. Tenía que venir, por tanto, de España. «Es imposible hacer un milagro y pagar al ejército sin dinero de Su Majestad», escribía el príncipe de Parma en 1584[236]. Y ni siquiera el milagro era total, si las provisiones no llegaban de una vez. Aunque en 1574 el rey envió la suma sin precedentes de 7,36 millones de florines a los Países Bajos, el capitán general se lamentaba de no poder emprender la campaña porque «nunca se ha tenido golpe de dinero junto». Esto ocurrió siempre a lo largo de la guerra de los Ochenta Años: sólo las cantidades grandes de dinero al contado podían poner en movimiento al ejército. Los Países Bajos proporcionaban un mínimo suficiente para evitar las deserciones, para pagar unas pocas guarniciones y para garantizar la defensa básica, pero se necesitaban cantidades mucho mayores para preparar una campaña y ganar la guerra, y éstas tenían que venir de España[237].

España

Sin embargo, la España de los Habsburgo tenía ya otras cosas en qué pensar. Ya hemos visto que el motivo principal por el que Felipe II exigió el «décimo» a los Países Bajos en 1572 fue liberar los recursos de Castilla para sus otros compromisos imperiales, que también tenían que ser financiados por España. Además, después de que la guerra contra los rebeldes comenzó

en serio, España luchó siempre en los Países Bajos con una mano solamente; tenía que defender al mismo tiempo el Mediterráneo (hasta 1578), conquistar Portugal (1579-1583) o conseguir el ducado de Mantua para un aspirante español (1627-1631). El apoyo prestado por España al Ejército de Flandes dependía absolutamente del lugar que ocupaban los Países Bajos en muchos momentos en el conjunto de la política imperial de España. Si se juzgaba que una campaña en el Mediterráneo contra Francia o contra Lombardía era más urgente para los intereses de Castilla (y éstos eran, en definitiva, los que tenían prioridad sobre todos los demás) que la ofensiva contra los holandeses, entonces el dinero castellano se enviaba a los Países Bajos en cantidades menores.

Con tantas empresas que atender, los recursos de Castilla tenían que emplearse donde fueran más útiles.

Hacía mucho tiempo que Castilla venía siendo el corazón financiero del imperio habsburgo. Ya en 1540 —veinte años solamente después de la revuelta de los comuneros contra los excesivos impuestos exigidos para una guerra exterior— Carlos V observó: «Yo no puedo sostenerme, si no es por mis dominios de España». Pocos después, Castilla exportaba dinero para pagar el imperialismo habsburgo en toda Europa. ¿Cómo fue posible?

«Entretanto que se usa de los otros remedios, el principal consiste en lo del dinero, y […] el expediente mas seguro y mas breve para remitiroslo es el de las Letras», escribía el rey a su capitán general en 1576[238]. Efectivamente, la mayoría de las veces era imposible enviar dinero desde España a los Países Bajos por otro medio que por papel de crédito, a causa, en primer lugar, de los retrasos y peligros inherentes al despacho de seis millones y más de florines anuales en numerario y, en segundo lugar, porque la corona no tuvo nunca la cantidad

suficiente de dinero en mano y disponible para exportarlo todo de una vez. El gobierno español necesitaba, por tanto, préstamos a corto plazo para anticiparse al lento goteo del dinero procedente de la recaudación de impuestos, y ello exigía también medios para hacer pagaderos los empréstitos en los Países Bajos. La respuesta a ambas necesidades era la letra de cambio, el «asiento».

Normalmente, el rey, representado por su Consejo de Hacienda, firmaba un contrato («asiento») con un comerciante, comprometiéndole a proporcionar una cantidad determinada de dinero al pagador general del Ejército de Flandes o a su agente. El comerciante residía y radicaba siempre en España y actuaba a través de sus socios o, tal vez, corresponsales en el norte. Otras veces, el asiento podía ser negociado por el capitán general del Ejército de Flandes, quien podía solicitar empréstitos de comerciantes residentes en los Países Bajos, entregando letras de cambio pagaderas por el Consejo de Hacienda en España en la fecha que se especificaba. Al primer método se lo conocía con el nombre de «asiento de España» (contrato de cambio español); al segundo, con el de «asiento de Flandes» (contrato de cambio flamenco —poco utilizado después de 1609—); el banquero que hacía el contrato con la corona se llamaba «asentista».

La letra de cambio fue idea de negociantes particulares, no de la corona. Por tanto, la corona, al menos en el siglo XVI, tuvo que entrar en el mundo de los comerciantes para poder hacer uso de sus instrumentos de crédito. Todos los asientos, públicos o privados, se hacían, pagaban o reintegraban en una de las selectas reuniones de banqueros y comerciantes conocidas con el nombre de «ferias de contratación» —los centros comerciales importantes de Amberes, Lyon, Francfort… tenían dos, tres o cuatro ferias al año, en las que se concertaban todas las transacciones comerciales. Los comerciantes particulares

llevaban a las ferias grandes cantidades de dinero para pagar sus deudas o para invertirlo: en una sola feria podían hacerse transacciones por valor de hasta doce millones de escudos[239]. Por esta razón la corona enviaba a sus agentes a las grandes ferias para solicitar empréstitos, ofreciendo un tipo de interés competitivo, a fin de conseguir el dinero que necesitaba, prometiendo el reintegro del dinero para la próxima feria o para la siguiente. Frecuentemente, los empréstitos se prorrogaban de una feria para otra. En el siglo XVI la mayor parte de los asientos de la corona española se contrataban y reembolsaban en las ferias de Medina del Campo, y los pagaderos en los Países Bajos solían pagarse en las ferias de Amberes, aunque, cuando Amberes estuvo en poder del enemigo (1577-1585) o cuando fue imposible reunir suficiente dinero en efectivo allí (lo que ocurrió muchas veces entre 1585 y 1600), hubo que buscar el medio de pagar los asientos en otros centros comerciales próximos.

Esta situación no podía durar. El delicado mecanismo de las ferias y del crédito mercantil no era adecuado para los enormes empréstitos que la corona necesitaba: el gobierno pedía demasiado y a demasiado largo plazo. A fin de cuentas, el dinero que quedaba inmovilizado en los empréstitos hechos al Estado era tanto, que los negocios llegaron a paralizarse a causa de la escasez de numerario. En consecuencia, a fines del siglo se produjeron algunos cambios: los asientos de la corona española se hicieron y reintegraron fuera de las ferias, se firmaron en la corte y no en Medina, y su reembolso se verificó directamente con determinados ingresos del erario, en vez de hacerse en una feria futura. El sistema de asientos de los Habsburgo españoles había caído en manos de especialistas. Hombres como Ottavio y Vicente Centurione, que el 31 de diciembre de 1602 se comprometieron a proporcionar siete millones y medio de escudos (18,75 millones de florines) a los Países Bajos, no

necesitaban de ninguna feria para mantener su liquidez. Los comerciantes que no podían pagar de una vez («en grueso») quedaron rápidamente excluidos del club de asentistas profesionales. Los «especialistas» en cuyas manos estaba la financiación del imperialismo español fueron, en su inmensa mayoría, genoveses desde 1577 a 1627. Después de 1625 consiguieron un puesto entre ellos los financieros portugueses, estimulados por Olivares, y desde 1627 a 1647 acapararon la mitad, aproximadamente, de los asientos hechos en España para los Países Bajos.

El asiento consistía fundamentalmente en un empréstito a corto plazo, reembolsable a cuenta de una renta determinada: era sólo un «anticipo»; no era un empréstito con quebranto. Todo contrato presuponía que el Estado contaba con fuentes seguras y próximas de ingresos con que responder a los prestamistas. El asiento no podía producir crédito flotante a perpetuidad. Si el gasto, financiado mediante la consecución de empréstitos a corto plazo, excedía en mucho a los ingresos, entonces la corona se encontraría inevitablemente sin fondos con que responder a los posibles acreedores. Y, efectivamente, llegó un momento en que todos los ingresos correspondientes a varios años habían sido destinados al reintegro de los acreedores cuyos empréstitos ya habían sido absorbidos por la guerra o por la administración, un momento en que los banqueros consideraron que sus inversiones quedaban sin respaldo, puesto que los ingresos de cinco o más años ya habían sido gastados y que, por tanto, no era posible seguir prestando dinero a España. La corona española llegó a este momento de crisis por primera vez en 1557

Se ha visto claramente que entre 1551, en que Carlos V se vio obligado de nuevo a entrar en guerra en varios frentes, y fines de 1556, el gobierno de la regencia castellana consiguió casi el doble con asientos, es decir, por medio de «anticipos», de

lo que se calculaba que podría ingresar en concepto de rentas. Todas las rentas desde julio de 1556 a 1561 tuvo que entregarlas a los acreedores; no hubo forma de conseguir nuevos empréstitos. Otro tanto, o peor, ocurrió en el resto de los estados de la monarquía de los Habsburgo. La causa de esta prodigalidad financiera no es dudosa: entre 1551 y julio de 1556 la corona de Castilla había acumulado deudas por valor de 25 millones y medio de florines; a los Países Bajos envió en estos años nada menos que 22 millones[240]. Aterrado por la imposible situación financiera ocasionada por las guerras Carlos V abdicó prudentemente. No había exagerado nada cuando, ya en 1543, confiaba a su hijo y heredero que «lo de la hazienda quedará tal que pasaréys gran trabajo[241]».

El problema a que se enfrentaba Felipe II al subir al trono era evidentemente perentorio y requería una solución radical. Después de madura reflexión, el rey y sus consejeros dieron con un ingenioso plan. Se aprovecharon del hecho de que las rentas de la corona de Castilla, como las de la mayoría de los gobiernos europeos, eran de dos clases diferentes: «ordinarias» y «extraordinarias». Los ingresos «extraordinarios» eran los recaudados por el gobierno solo después de conseguido el consentimiento de los representantes del contribuyente (las Cortes, para los laicos; el papa o el Consejo de la Iglesia española, para el clero). El que debiera preceder este consentimiento hacía que estos impuestos fueran, en general, más previsibles y que de antemano se conociera lo que podían suponer. Eran más seguros y también mayores que los diferentes ingresos «ordinarios», como las rentas sobre la tierra o las aduanas que pertenecían al rey por derecho. Era, pues, lógico que los asentistas insistieran en que sus empréstitos fueran garantizados con el producto de las rentas «extraordinarias», y sspecialmente con los ingresos que la corona percibía de las Indias, las rentas más «extraordinarias» de

todas. Las rentas «ordinarias» de Castilla, por contraste, se empleaban para financiar otra variedad de empréstitos pedidos por la corona: los «juros». Había tres clases principales de juros (bonos del gobierno: juro, literalmente significa bono): «juros perpetuos», que eran bonos concedidos por el gobierno para siempre y que devengaban un interés bajo, pero garantizado (de menos del 5 por 100 siempre); «juros de por vida», rentas que virtualmente eran vitalicias y que expiraban a la muerte del poseedor y devengaban un interés del 10 o 12 y 1/2 por ciento; y la variedad más común con mucho, «juros al quitar», que producían un interés del 5 al 7 y 1/2 por 100 mientras no fuesen redimidos por el gobierno[242]. Todos los juros estaban «situados en» (es decir, estaban sujetos al producto de) las diferentes rentas «ordinarias» de la corona. Así, si uno tiene, pongamos por caso, 10.000 ducados de «juros al quitar» al 5 por 100 a cuenta de los ingresos por aduanas en la frontera entre Castilla y Portugal, percibirá, a la presentación del título que atestigua a posesión de esos juros al recaudador local de impuestos, 500 ducados en intereses por año, mientras el gobierno no redima los bonos —lo que no era una mala inversión—. El juro era, pues, una forma de deuda consolidada; una inversión a largo plazo que devengaba un interés moderado, pagadero con fuentes de renta menos valiosas. En consecuencia, los consejeros de Felipe II estimarón que el modo mejor para solucionar el dilema financiero en que se encontraba la corona era convertir los asientos de intereses elevados y de plazo reducido garantizados por las rentas «extraordinarias» en juros con intereses bajos y plazo largo, pagaderos a cuenta de los impuestos «ordinarios».

Así, pues, a mediados de junio de 1557, el rey decretó que hasta nueva orden no sería reintegrado ningún asiento reembolsable contra rentas futuras: o bien atenerse a sus contratos y esperar a que la corona reanudase los pagos

(perspectiva nada prometedora en unos momentos en que Francia volvía a desenvainar el sable), o bien entregar los asientos a cambio de una compensación en juros por el valor de lo que habían prestado en un principio, más un pequeño interés. La mayoría de los banqueros, aunque con dolor, aceptaron la segunda opción, y a partir de entonces el rey consiguió convertir su deuda flotante en deuda consolidada. Tuvo que ceder el producto de algunos impuestos «ordinarios» para pagar los intereses de los juros; pero, a cambio, recuperó sus rentas «extraordinarias» enajenadas para los años siguientes. Gracias a esta deshonesta maniobra, Castilla dispuso otra vez de algunas garantías aceptables que ofrecer a los banqueros a cambio de nuevos empréstitos, cuando en febrero de 1557 Francia volvió a declarar la guerra una vez más. Toda la contradanza pudo comenzar de nuevo.

El éxito de la estratagema del rey conocida con el nombre de «decreto de bancarrota», le llevó a repetirla siempre que la corona española se encontró en la misma situación de haber enajenado todos sus ingresos y no poder atender sus necesidades ni conseguir nuevos empréstitos: en 1560, 1575, 1596, 1607, 1627, 1647 y 1653. En realidad, los decretos posteriores fueron algo más duros, ya que el rey comenzó por declarar congelados el principal y el interés de todos los empréstitos. Sólo algún tiempo después del decreto (frecuentemente un año, y a veces más), en un compromiso llamado «medio general» (acuerdo general), accedió la corona a devolver a los banqueros una parte de sus créditos en forma de tierras de realengo y señoríos, y el resto en juros respaldados por las rentas «ordinarias». Este duro trato produjo a la corona un nuevo dividendo: el «medio general» obligaba a los banqueros cuyos empréstitos habían sido congelados por decreto (los «decretados») a proporcionar un nuevo asiento (7 millones de escudos —20 millones de florines— de las víctimas del decreto

de 1596[243]).

Puede que el decreto de bancarrota haya sido la solución correcta para la hacienda castellana, pero causó la ruina de todas las empresas extranjeras que dependían de los fondos españoles (así como de los banqueros cuyos fondos líquidos fueron congelados de repente). Arruinando el crédito con los banqueros, no reconociendo y después congelando el capital de sus empréstitos, el rey se privó automáticamente de la organización del crédito comercial. Sin letras de cambio, la corona no pudo mandar dinero en cantidad suficiente al Ejército de Flandes. Esto se vio muy claramente con ocasión de la bancarrota de 1575, que tardó dos años en arreglarse en un «medio general». En cuanto se enteró del decreto, el capitán general de los Países Bajos comprendió que la derrota era ya inevitable:

> Lo que me tiene aflixidissimo es considerar que aunque el Rey se hallase con diez millones de oro, y los quisiese embiar todos aqui, no tiene forma como hazerlo, con este rompimiento que le han hecho hazer, porque si lo envia de contado por mar viene perdido, y por cédulas, como hasta aqui, es impossible porque ni alla queda mercader que puede darlas, ni acá ay quien las acepte ni cumpla.

Y poco después lo reconocía el propio rey: «Crea cierto que yo no salga de necesidad sino que antes estoy en mayor por la falta de crédito y no poderme valer sino de puro dinero que no se junta tan apriesa como seria menester[244]». Nada podían hacer el rey ni su capitán general, sino tener paciencia y esperar a ver qué efectos produciría el fin de los envíos desde España. No fue preciso esperar mucho. En julio y agosto de 1576 los soldados extranjeros del Ejército de Flandes se amotinaron; los otros no tardaron en desertar. Al mismo tiempo, las firmas comerciales más pequeñas, que habían tomado parte en el sistema de asientos, se vieron obligadas, una tras otra, a cerrar sus puertas y a admitir su bancarrota. Los asentistas españoles quedaron arruinados casi todos.

Puede que, después de todo esto, alguno se pregunte, y con razón, qué incentivos podía haber para que los banqueros prestasen dinero al rey de España. La respuesta no es obvia, pero es convincente para principios de la Edad Moderna. En primer lugar, debemos recordar que, si bien había riesgos, graves riesgos, en prestar dinero a la corona, no eran necesariamente mayores que los que implicaba cualquier otra forma de inversión. Un barco cargado de metales preciosos podía naufragar; una partida de tejidos podía llegar en un momento de abundancia y tener que ser vendida a precios de pérdida; un prestamista particular (noble incluso) podía hacer bancarrota —y éste no tenía juros con que responder a sus acreedores—. En segundo lugar, la corona ofrecía buenas perspectivas de beneficios. Cuanto mayor era la necesidad de dinero de un gobierno, más elevados intereses estaba dispuesto a pagar. A veces, cuando las necesidades de la corona eran modestas y abundaba el capital, los asientos podían acordarse sólo al 7 u 8 por 100; cuando aumentaba la intensidad y frecuencia de las peticiones de empréstitos, los tipos de interés subían, lógicamente, y fueron comunes intereses del 16 y aun del 20 por 100. Las cantidades que suponía el mero pago de los intereses llegaron a ser insoportables: en 1627 se calculaba que el interés de la deuda flotante, sólo de la corona (los asientos, no los juros), importaba alrededor de 12.000 florines diarios[245].

Sin embargo, el interés fue sólo una parte de las compensaciones. Los banqueros también tenían sus juros. Como parte de su contrato cada asentista recibía un número de bonos especiales, conocidos con el nombre de «juros de resguardo» (bonos de seguridad), para el valor de mercado de su empréstito. Estos comenzaban a producir interés el día en que el rey tenía que reintegrar el asiento y no lo hacía, y la mayoría de ellos eran prontamente vendidos en metálico por el asentista

a sus amigos, colegas y otros en España e Italia. Después de todo, los valores del gobierno al 5 por 100 eran un precio de apertura razonablemente atractivo para los inversores. Los juros recibidos por los banqueros después de un decreto eran también traspasados o vendidos a los acreedores del propio asentista. De este modo los financieros defendían su propia liquidez pagando sus deudas «en la misma moneda en que el rey les pagaba a ellos», en juros[246].

Además de los intereses y de los juros, la corona contaba con otras prendas: tierras, títulos y otros honores con los que podía compensar o engatusar al fiel financiero —el rey podía hacer a sus banqueros, gente respetable y rica—. Finalmente, el rey podía conceder a sus asentistas valiosas ventajas comerciales sobre sus competidores, permitiéndoles exportar moneda de plata de España. A causa del elevado contenido de plata, los reales españoles (la moneda de plata fundamental) valían un 4 o 5 por 100 por encima de su valor facial fuera de Castilla. Esta última recompensa a quienes prestaban dinero al rey de España elevó el tipo de interés real hasta una cantidad estimada del 25 por 100 más[247].

La extracción de metal precioso de España fue casi siempre ilegal (aunque, como es lógico, los estraperlistas encontraron medios para hacerlo), pero fue fundamental para conseguir firmas de asientos:

> Como los asientos son de tan gran suma, los hombres de negocios no tienen caudal para poder hazerlo sin ayudarse del dinero de contado que se les da […] de lo que viene en las flotas (de las Indias)[248].

El sistema de crédito español, complejo como era, dependía de modo absoluto del metal precioso y principalmente del tesoro de las Indias que el rey recibía en Sevilla. Los asientos pagaderos en los Países Bajos dependían de manera particular del transporte de metal precioso desde España. Después de 1572, el vacilante comercio de las provincias meridionales no

podía por sí solo proporcionar la enorme cantidad de moneda, el elevado número de monedas, que se necesitaban para convertir en efectivo el papel de los comerciantes. Había que traer metal precioso expresamente, a veces tenía que enviarlo directamente el rey (sobre todo en la década de 1577-1587); pero muy a menudo lo hacían los asentistas particulares, quienes con ello conseguían una ganancia más. El metal precioso entregado al banquero al hacer el empréstito actuaba como «flotador» indispensable para todas las operaciones, liberando otros créditos y bonos en toda Europa. No respondía de todo el proceso (el asiento era, después de todo, un empréstito puente), pero se necesitaba una cierta cantidad de nuevo capital líquido para lubricar las ruedas del crédito y para mantener algún punto de contacto entre los bonos y las monedas que ellos estaban llamados a representar[249].

La dirección tomada por el metal precioso exportado de España para mantener a flote los asientos hechos con destino al Ejército de Flandes era decidida por los financieros mismos, dentro de los límites impuestos por la geografía política de Europa del momento. El metal precioso que servía a España era casi tan vulnerable a los ataques como los tercios. No sorprende, por tanto, que los convoyes de dinero que salían de España para los Países Bajos procuraran seguir los mismos itinerarios que las tropas: el cierre del canal a la navegación de los Habsburgo en 1568 supuso un contratiempo para el aprovisionamiento del tesoro español casi tan grave como para el transporte de las tropas españolas, por lo que ambos procuraron viajar por tierra a partir de entonces. En un principio, los banqueros pudieron enviar una cierta cantidad de metal precioso por Francia, bien siguiendo una ruta enteramente terrestre desde Hendaya, o bien por mar hasta Burdeos o Nantes, y desde allí por tierra. Esta ruta quedó cerrada después de 1578. La guerra civil y la codicia del duque

de Alençon hicieron que Francia resultase casi tan insegura como el canal para el tesoro español. En su lugar, los banqueros, particularmente los genoveses, transportaron el metal precioso en cantidades siempre crecientes desde Sevilla a Lombardía, cambiándolo en oro (abundante en las ferias del norte de Italia) y después lo llevaban por el «Camino Español» o por los cantones suizos a Basilea y río Rin abajo hasta los Países Bajos. Esta conversión de la plata en oro, de reales en escudos, tenía una importancia triple. Primero, el oro era más fácil de transportar: un solo jinete podía llevar 8000 escudos de oro, pero sólo 800 en plata; y aun una lenta acémila, a plena carga, sólo podía transportar 4000 escudos en reales de plata. Segundo, entre 1578 y 1590, el Ejército de Flandes exigió sus soldadas en oro exclusivamente. En tercer lugar, la gran calidad de las monedas de plata españolas era buscada con ansiedad por los comerciantes italianos para sus transacciones con Levante. Las piezas españolas de a ocho (ocho reales) eran la moneda preferida en el Medio Oriente, y «después de 1580, los verdaderos centros de distribución de plata, tanto o más que España, fueron las ciudades italianas[250]». La consecuencia fue la llegada hasta el Ejército de Flandes de una corriente constante de oro vía Génova durante la guerra de los Ochenta Años.

Pero a partir de 1585 fue físicamente imposible mantener a los Países Bajos españoles con metal precioso traído exclusivamente de Italia. Las cantidades que se manejaban vinieron a ser demasiado grandes y el viaje demasiado largo. Desde Sevilla hasta Flandes, por Barcelona y Génova, se tardaba un mínimo de cuatro meses, y siempre eran posibles retrasos todavía mayores: las galeras podían quedar retenidas en el puerto a causa de las amenazas de los piratas, se podía perder tiempo en convertir las monedas de plata en oro y, para colmo de todo ello, podía ocurrir que el desfiladero del monte Cenis o

el San Gotardo estuvieran bloqueados por la nieve durante meses. (Por contraste, una letra de cambio tardaba dos o tres semanas en llegar a los Países Bajos y, generalmente, vencía a los treinta días de llegar).

Por una de esas oscuras leyes que son la desesperación de los historiadores modernos, fueron los holandeses quienes vinieron en ayuda del Ejército de Flandes y quienes proporcionaron a sus propios enemigos el vigor para la guerra. Aunque, entre abril de 1586 y agosto de 1588, se prohibió en la República todo comercio con España, los comerciantes holandeses hallaron después que era altamente rentable bajar plata por barco hasta Amberes, donde siempre escaseó. Por una ironía, mucha de la plata que había en Holanda era de origen español, robada a las flotas de las Indias en alta mar, en las Azores o bien frente a Lisboa[251]. La dependencia de Amberes y sus asientos del dinero que proporcionaban los holandeses fue señalada por un oficial inglés en Holanda en 1603. Spínola llegó a Amberes procedente de España con letras de cambio, pero no con efectivo.

> Se cree que si nuestros mercaderes en estas regiones deciden cerrar también los cordones de sus bolsas, no se hallará dinero en Amberes para pagar las letras de cambio de él; pero el año pasado, y mucho más este año, las ganancias de llevar dinero a Amberes serán tan grandes que los mercaderes harán cuanto esté en su mano para llevar dinero allá[252].

Puesto que los «marchantes» llevaban la voz cantante en el gobierno de la República, no había modo de impedirles estos provechosos negocios con el enemigo.

Este lubricante monetario de las florecientes regiones del norte de los Países Bajos continuó a lo largo del siglo XVII, ayudado por el crecimiento de una numerosa y próspera comunidad de judíos sefardíes portugueses, exiliados en Amsterdam después de 1598 (había unos mil judíos allí en 1630). Con bases firmes en Lisboa y en los Países Bajos, estos

portugueses desterrados estaban en condiciones inmejorables para participar en los asientos del Ejército de Flandes. El primer asiento importante en que tomaron parte financieros portugueses se firmó en 1625. A partir de este momento los banqueros que «[socorremos] a aquel monarca [el Rey de España] con el caudal que tenemos en Amsterdam en poder de sus propios enemigos», se convirtieron en blanco de los escritores satíricos y su gestión fue considerada como ignominiosa por los patriotas de los Estados[253]. Pero no había alternativa. Aunque durante la década de 1630 consiguieron llegar a Flandes por mar un número de partidas de metal precioso (algunas enviadas por Inglaterra después del tratado de 1630, otras transportadas directamente por las flotas que llevaban a los reclutas españoles al Ejército de Flandes), la destrucción de la flota de Oquendo en 1639, que transportaba una gran partida de plata, desalentó los intentos de seguir desafiando a los holandeses[254]. En su lugar, después de 1644, los holandeses accedieron a asegurar el transporte de metal precioso por los asentistas desde España a Dunquerque y Amberes; a partir de 1647, efectivamente, destacamentos de la flota de las Indias se dirigieron directamente a los Países Bajos a fin de conservar la liquidez del cambio de Amberes, donde se pagaban los asientos. El Ejército de Flandes tenía que ser sostenido a toda costa con el crédito y el metal precioso mientras Castilla tuviera fondos que enviar y mientras encontrara banqueros a quienes enviárselos.

Sin embargo, el sistema de crédito funcionó sólo cuando el rey tuvo ingresos disponibles y quiso emplearlos en los Países Bajos. La desconfianza real en el comandante en jefe (en especial en Parma, en 1592), una emergencia repentina en otro sector del imperio, una revuelta en España, todas estas cosas disuadieron al rey de hundir sus valiosos recursos en los Países Bajos. Lo que era más siniestro, una peste grave o el hambre en

España, podía reducir el producto de los impuestos y complicar así el reintegro de los asientos y perjudicar la base indispensable de los onerosos impuestos en Castilla sobre los que descansaba el edificio de la hacienda imperial. Después de 1627-1628 no hay duda de que la economía de Castilla entró en una prolongada y grave crisis y de que las rentas reales experimentaron una seria mengua. Todas estas contingencias, personales y económicas, tuvieron a la larga el mismo efecto: el Ejército de Flandes recibió menos dinero de España.

Otros recursos

Apenas había escapatoria a esta situación. El tesoro militar (pagaduría) pudo abrir sus puertas en los años 1640 como banco de depósito (intereses del 8 por 100 anual), a fin de atraer capital con que financiar las campañas, pero había siempre inversiones más seguras[255]. El Ejército podía también intentar alojar a sus tropas en los países neutrales vecinos. Durante la guerra de Colonia (1583-1589) fueron autorizadas a invernar en el obispado de Lieja, a cambio de una ayuda contra los protestantes de Colonia (el elector de Colonia era también obispo de Lieja). Sin embargo, cuando el Ejército de Flandes acampó en Westfalia durante el invierno de 1588-1589, se produjo una crisis internacional importante. Los príncipes germanos del Círculo de Westfalia movilizaron sus ejércitos (con la ayuda de Holanda) para expulsar a los españoles[256].

Otros intentos para hacer que otras regiones del imperio español contribuyeran directamente a los gastos de la guerra en los Países Bajos tuvieron igualmente un éxito parcial. En 1625, el consejero principal de Felipe IV, el conde-duque de Olivares, le presentó un sofisticado plan para prorratear el gasto general de la defensa del imperio entre las distintas provincias; se le conoció con el nombre de «Unión de Armas». En 1626, Aragón y Valencia, aunque de mala gana, accedieron a hacerse

cargo del pago de sus propias guarniciones (Cataluña se negó incluso a esto), y una parte de los gastos de defensa de las dependencias americanas de Castilla se encomendó a las colonias mismas. En 1627-1628 se convenció a los Países Bajos y a la Italia española a aceptar el plan[257]. En realidad, ya hacía tiempo que los Países Bajos venían pagando su cuota (12.000 hombres) y mucho más; para ellos la «Unión» significó solamente echar vino viejo en odres nuevos. La idea de Olivares de que todas las partes del imperio debían contribuir a la defensa de las provincias atacadas resultó fructuosa sólo en Italia. En 1621-1625, el reino de Nápoles y Sicilia, conjuntamente, ayudaron a financiar la guerra de Lombardía, pero después de 1631 lo que enviaron a los Países Bajos fue todavía más. Entre 1631 y 1643, el reino de Nápoles exportó 9,2 millones de ducados, parte a Lombardía y el resto a los Países Bajos[258].

Estos esfuerzos eran considerables y produjeron críticas acervas entre quienes tuvieron que hacerlos, pero supusieron un pequeño alivio para el Ejército de Flandes. Los nuevos recursos procedentes de los dominios españoles de Italia no podían suplir la caída de la potencia financiera de Castilla. El Ejército de Flandes siguió descansando sobre el doble pilar de los asientos de España y los subsidios de los Países Bajos. En consecuencia, la falta de estos soportes fue catastrófica. La mengua de los ingresos produjo un efecto visible entre los soldados del Ejército; su comportamiento siguió una línea conocida, pero fatal; la miseria y el sufrimiento lo llevaron al motín, a la deserción en masa y al colapso militar.

CAPÍTULO 7

LA VIDA EN EL EJÉRCITO DE FLANDES

El problema de los Países Bajos lo exponía un agobiado capitán general, quien en carta al rey se lamentaba en los siguientes términos:

> Lo que a mi mas me aflige… es estar [el país] tan caro que, aunque se pudiesen dar [a los soldados] las pagas enteras cada mes, no pueden vivir con tres tanto, porque el soldado de mas concierto y mejor económica ha menester, solo para comer, diez placas al día, y su sueldo monta cuatro, y los caballos ligeros, que es lo que las tierras mas sienten, han menester para la comida de cada uno y de su caballo y mozo casi treinta placas al día, y su sueldo no monta mas de nueve[259].

Tal era el agudo y eterno problema práctico del Ejército de Flandes: cómo adaptar los salarios de los soldados a las violentas fluctuaciones y a la subida general del coste de la vida. Se hicieron numerosos intentos para solucionarlo.

El remedio obvio, naturalmente, era elevar los salarios hasta que bajasen los precios. Esa fue la reacción del Parlamento inglés ante la grave crisis de subsistencia de 1649: los soldados del Nuevo Ejército Modelo percibieron un sueldo suplementario mientras el precio de los granos se mantuvo alto[260]. Pero España no podía soportar siquiera la carga que representaban los salarios en 1570, fecha en que ya eran totalmente inadecuados. Los atrasos adeudados a los soldados aumentaban cada vez más; no se podía pensar siquiera en una subida. A pesar de que el precio de los alimentos se multiplicó por cuatro, el sueldo base del soldado de infantería español permaneció en tres escudos desde 1534 hasta 1634 (en que subió a cuatro).

Sin embargo, esta paga, aparentemente inmutable, encubría

en la realidad un aumento considerable en términos reales. En primer lugar, el escudo en el que se calculaban los pagos subió constantemente de valor, pasando de 39 placas en los años de 1560 a 50 placas (equivalentes a diez reales) después de 1590, un aumento de 117 a 150 placas por mes, equivalente a un 28 por 100. Además, eran muchos los casos de soldados que percibían una bonificación por servicios continuados o distinguidos, una «ventaja» o paga suplementaria del tesoro militar de entre uno y seis escudos mensuales. Estas ventajas, concedidas unas por el capitán general (las «ventajas particulares»), otras por el capitán de la compañía (las «ventajas ordinarias»), elevaron el «salario medio» de los soldados (concepto empleado en sus cálculos por los contadores del Ejército) de 156 placas a 300 al mes entre 1567 y 1590. Por fin, según hemos visto, las tropas percibían pagas considerables por parte de los Países Bajos y de la pagaduría. Consistían fundamentalmente en el derecho que asistía a cada soldado del Ejército a cama y servicio de habitación gratis, o al cobro de 12 reales (60 placas) en metálico cada treinta días (el *servitiegeld* o «servicio»), que se le sumaban al sueldo. Estos incrementos elevaban el salario base mensual de los soldados españoles en los Países Bajos de las 117 placas sólo que cobraban en 1567 a 210 en 1590 (contando sueldo y servicio, pero no las ventajas), lo que representó un aumento del 80 por 100 en veintitrés años.

Muchos de estos aumentos fueron el resultado de la agresiva acción corporativa de los soldados. Por ejemplo, la abolición del escudo de 39 placas y su sustitución por el escudo de 50 placas (de a 10 reales) como moneda de cuenta del Ejército, fue impuesta por la fuerza al gobierno, que se resistía a ello, por los amotinados españoles de Kortrijk en 1590[261]. Se comprende, por tanto, que, de vez en cuando, el rey haya intentado llevar a cabo maniobras restrictivas con el fin de reducir el coste que representaban para su tesoro los salarios del

Ejército. Con toda justicia se suspendieron los pagos del Ejército durante diez días en febrero de 1583 para compensar los días perdidos al implantar en los Países Bajos españoles el Calendario Gregoriano. Mucho menos justificada estuvo la medida de Felipe IV por la que, en 1632, urgía a sus oficiales a que retrasaran la paga del salario de cada mes «cuatro o cinco días sin que se dieran cuenta», esperando con ello que las doce pagas de cada año pudieran «reducirse insensiblemente» a diez[262]. ¡Verdaderamente ridículo! Tal sistema sólo puede funcionar cuando ya se ha pagado algo: los soldados del Ejército de Flandes se habrían dado por contentos con que hubiesen cobrado siquiera diez pagas al año. Su queja no era porque su remuneración fuese inadecuada, sino porque se les pagaba tan de tarde en tarde. Efectivamente, había soldados en el Ejército que, como señalaba un jefe, «no saben que cosa es paga[263]» Dada la permanente incapacidad de España para movilizar los recursos suficientes con que financiar todas sus empresas, cualquier intento por parte del alto mando de pagar a sus soldados todo o la mayor parte de sus haberes al contado llevaba inevitablemente a dejar a sus hombres desamparados o entregarlos en manos de la tiranía de los únicos que gozaban de crédito para apoyarlos: los capitanes.

Los capitanes tenían al principio de la época moderna un enorme poder sobre la tropa. De ellos dependía absolutamente la disciplina, y podían azotar, multar o humillar de cualquier otro modo a sus hombres cuando querían; porque sólo ellos decidían quién había de hacer guardia y desempeñar otras pesadas obligaciones, los capitanes podían sacrificar a aquellos de sus hombres que no les caían bien y perdonar, en cambio, a sus amigos; sin mediatización de ningún superior, los capitanes elegían a los sargentos y a los ocho cabos de su compañía (los «cabos de escuadra» tenían a su cargo veinticinco hombres y cobraban un sueldo complementario de tres escudos

mensuales), y repartían a su arbitrio entre sus hombres los 30 escudos de complemento que les destinaba el tesoro militar[264]. Por si esto fuera poco, la insolvencia del tesoro militar convirtió a los capitanes en prestamistas y también en oficiales de beneficencia. En cada compañía había un cofre (la «caja»), que guardaba el capitán, de cuyos fondos adelantaba subsidios (el «socorro») a los soldados necesitados cuando no llegaba dinero del tesoro. Era responsabilidad también de los capitanes rescatar, rearmar o proporcionar caballo a aquellos de sus hombres que habían tenido la desgracia de caer prisioneros o de perder sus armas o cabalgaduras. Naturalmente, si el tesoro encontraba el medio de pagar un plazo de los sueldos, ni que decir tiene que eran los capitanes los primeros en cobrarlo, para deducir las cantidades ya entregadas «a cuenta». Este sistema era excelente en principio, pero suponiendo que todos los capitanes fuesen hombres honestos y escrupulosos. Pero no lo eran. Lo ha escrito el doctor Cruickshank, refiriéndose al sistema parecido a éste que prevaleció en el ejército isabelino: «Los trámites para el pago de las tropas constituían una ocasión óptima para los capitanes ávidos de lucro, y ciertamente la aprovechaban bien[265]».

Aunque el gobierno llevó a cabo repetidos intentos, algunos en tiempos de motín, de pagar a las tropas «en tabla y mano propia», fracasaron siempre, porque nunca consiguió pagar al contado por mucho tiempo. A poco, ya estaban los soldados pidiendo al capitán dinero prestado para no morirse de hambre, con lo cual volvía a quedar expedito el camino para nuevas ganancias ilícitas. Una y otra vez, oficiales de familia intachable y los que no lo eran cayeron en el pecado de estafa a sus hombres, y de fraude a la hacienda. En cada nueva revista militar aparecían reclutas nuevos que ellos presentaban como soldados veteranos (a los que, por tanto, correspondían sueldos superiores), inscribían como soldados a servidores suyos y aun a

rudos campesinos, asegurando bajo juramento su calidad de soldados (a estos impostores se les conocía con el nombre de «santelmos», aludiendo a lo fugaz de su aparición y desaparición de las listas; eran gente sobornada por una reducida paga). Los capitanes se embolsaban los sueldos correspondientes a todos los que pasaban revista falsa[266]. No existía un remedio directo para este corrompido sistema: el control del gobierno central sobre los capitanes resultó tan ineficaz como el que trató de ejercer sobre el personal administrativo del ejército. Todos eran culpables, pero «no se pueden cortar las cabezas a todos», lamentaba, ofendido, un capitán general[267].

La verdadera respuesta al miserable nivel de vida de los soldados y al problema de la irresponsabilidad oficial era proveer a las necesidades de las tropas directamente y en especie. Era más fácil, más humano y mucho más seguro contraer deudas con los comerciantes que abastecían de víveres y otras provisiones al ejército, que permitir que los soldados quedaran sin cobrar y desabastecidos, y no era difícil supervisar el pequeño grupo de empresarios al por mayor, mediando, además, un contrato. El pan, la ropa, las armas y el alojamiento acabó siendo proporcionado directamente por el Ejército; posteriormente, se les dispensaron también los cuidados médicos y espirituales, un fiel servicio para la ejecución de los testamentos e, incluso, pensiones por matrimonio. Hacía 1630 se pagaban en especie la mitad aproximadamente de los salarios de los soldados, y el resto se les entregaba en mano a ellos, no a los capitanes.

Este sistema no sólo protegía a las tropas contra la rapacidad de los capitanes y contra pagadores sin fondos; les salvaba también de sí mismos. La guerra, como escribió Cervantes, hacía al pobre rico y al generoso pródigo: había que impedir que el soldado malgastara su sueldo nada más cobrarlo.

Muy frecuentemente el cobro de haberes atrasados importantes provocaba una ola masiva de numerosos gastos entre la tropa —juego, ropas finas, mujeres—, que, a no tardar, daba lugar a una nueva época de pobreza. Si, en su lugar, se entregaba a los soldados lo necesario para su subsistencia y poco más, podrían mantenerse la disciplina, el orden y la eficacia militar. «Es bueno que las tropas anden escasas de dinero algunas veces, a fin de hacerlas más obedientes y para que vivan de la esperanza», escribía el agudo comentarista militar Blaise de Vigenére. «En pocas palabras, el soldado no debe ser ni demasiado pobre ni demasiado rico[268]».

Lo primero y más importante de que había de proveerse a las tropas en especie era el pan de cada día —el «pan de munición», mezcla de trigo y centeno en piezas de una, dos o tres libras[269]—. El pan de munición (pan del gobierno) era el carburante que verdaderamente movía los ejércitos en la época moderna: la ración mínima diaria que necesitaba un soldado para poder vivir, según se estimaba, era un pan de libra y media. Desde la década de 1590 en adelante, la mayoría de los hombres del Ejército de Flandes comenzaron a recibir el pan de cada día (frecuentemente, un pan de tres libras cada dos días) del gobierno, quien rebajó los sueldos en 15 florines anuales, fuese cual fuese el precio real del pan. El rápido aumento del gasto del gobierno en vituallas para las tropas se muestra en la figura 14. A partir de 1601, la provisión de vituallas para todo el ejército quedó centralizada. Fue confiada a un solo oficial, el «proveedor de víveres», que era en realidad el asentista que se comprometía a proporcionar el pan del año a las tropas en mejores condiciones de precio. No obstante las ofertas altamente competitivas, el coste de los víveres para las tropas subió constantemente, siguiendo la tendencia ascendente de los precios de mercado. Posteriormente se determinó cobrar a las tropas 30 florines al año por el pan diario, que se deducían del

sueldo. Sin embargo, valía la pena: los soldados quedaron a salvo de las terribles fluctuaciones y escasez del mercado local, y el gobierno se sintió más seguro de sus hombres, libres del aguijón del hambre. El alto mando no necesitaba que Sancho Panza le recordase que «todos los duelos con pan son buenos[270]».

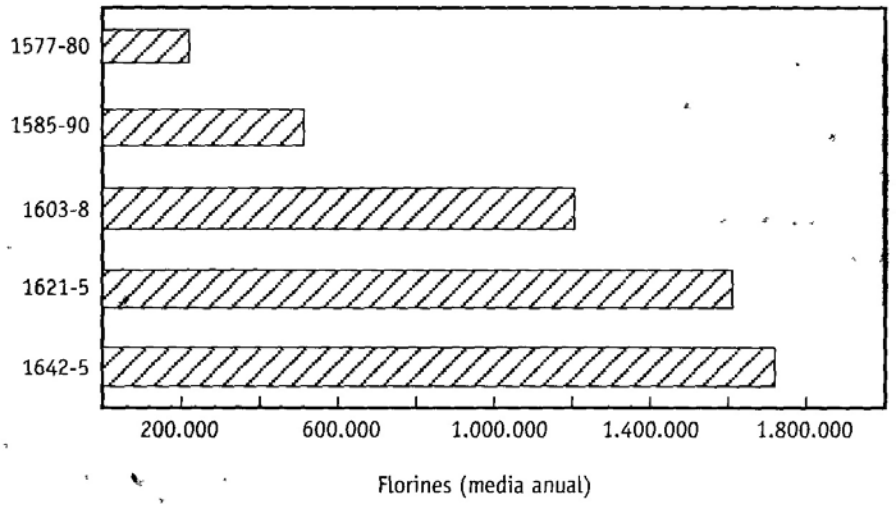


FIGURA 14. Gasto anual de la pagaduría en vituallas para las tropas. La multiplicación por ocho del gasto del gobierno en vituallas incluía un aumento posible del 50 por 100 en los precios de los alimentos básicos, pero puesto que otros factores (el número de tropas del Ejército y la composición de su ración básica) siguieron constantes, se deduce que el número de soldados que recibían pan del gobierno en la década de 1640 era, por lo menos, cinco veces mayor que en la de 1570.

Por supuesto que a principios de la época moderna resultaron ineficaces todas las iniciativas del gobierno contra el infortunio. Algunas veces los proveedores caían en la bancarrota, dejando a las tropas sin pan —circunstancia que aterró siempre al alto mando, puesto que suponía (¿melodramáticamente?) que la falta de pan durante tres o cuatro días traería como consecuencia inevitable la muerte por hambre de 4000 hombres[271]. Por otra parte, ocurría a veces también que el pan de los proveedores era tan malo que

resultaba preferible quedarse sin él. Frecuentemente, los panes que se entregaban a los soldados producían enfermedades y hasta epidemias en el ejército[272]. En la fabricación de «pan» se encontraron ingredientes tan mortíferos como desperdicios, harina sin moler, galletas rotas y terrones de yeso…; muchos de los que lo comieron, murieron; otros muchos que se negaron a comerlo murieron de hambre[273].

La provisión de vestido a las tropas, que corrió a cargo del gobierno después de los años 1580, fue menos regular, pero no era tan propicia a ocasionar desastres. Después de 1585 y de la reactivación de la *bourse* de Amberes, la mayor parte de los asientos pagaderos en la atrofiada metrópolis de los Países Bajos se pagaron parcialmente en ropas. Esto resolvía dos problemas. Aliviaba las dificultades de los banqueros que no podían conseguir dinero suficiente en metálico en Amberes y garantizaba el vestido de los soldados. Después de 1594, algunos asientos se hicieron sólo con el fin de proporcionar equipo de ropa al Ejército. Al asentista se le mostraba un equipo de ropa, y tenía que entregar mil o más equipos del mismo modelo y medidas —gabán, calzones, chaqueta, camisa, ropa interior y medias[274]—. Había sólo dos tallas («grande» y «pequeña») y, aunque tal vez extrañe, no se urgía al contratista sobre la uniformidad en el color de los equipos. Se consideraba suficiente con que los ejércitos de cada lado llevasen los signos distintivos tradicionalmente suyos —España llevaría la cruz de San Andrés y una bufanda roja, faja o plumas en el sombrero[275]—. Efectivamente, no se consideraba buena la idea de imponer un uniforme para todos; por lo menos, hasta los años 1630 no se estimó así. Los militares opinaban que los soldados pelearían con más ferocidad si se les dejaba en libertad para elegir ellos mismos su atuendo:

> Nunca entre la infantería española ha habido premática para vestidos y armas, porque sería quitarles el ánimo y el brío que es necessario que tenga

la gente de guerra. Siendo las galas, las plumas, las colores lo que alienta y pone fuerzas a un soldado para que con ánimo furioso acometa cualesquier dificultades y empresas valerosas.

Los adornos y aderezos de los soldados fueron expresamente excluidos de las Leyes Suntuarias españolas de 1623 y después[276].

No conocemos mucho sobre el vestido que llevaban los soldados en los Países Bajos. Un tercio español de la década de 1580 vestía de negro, ganándose el apodo de «tercio de los sacristanes», y los hombres de otro regimiento iban tan cargados de «plumas, aderezos y brillantes colores» que le llamaban el «tercio de los almidonados[277]». Tal vanidad en el atuendo y tanta variedad no podía durar. Los veteranos españoles de Alba parecían también príncipes y capitanes cuando avanzaban desde Italia a los Países Bajos en 1567 (según Brantome); pero pronto se convirtieron en «viejos y harapientos picaros» que aterraban a sus jefes tanto como al enemigo. Un hombre en servicio activo necesitaba un equipo de ropa y un par de zapatos al año; como el gobierno apenas podía proporcionar ni el dinero suficiente ni ropas nuevas, las tropas se convertían rápidamente en las lastimosas bandas de adefesios helados de frío pintados por Snaeyers en 1614.

Las armas y armaduras de las tropas eran también proporcionadas a crédito por los asentistas empleados por el gobierno. Esto era fundamental, ya que los que podían comprar sus armas de fuego eran pocos (un mosquete costaba 10 florines en 1590, más de lo que ganaba un mosquetero en un mes), pero tal vez pecó el gobierno de miope cargando en la cuenta de los soldados la pólvora y las municiones —¡difícilmente podía constituir esto un estímulo para que el tirador utilizase su arma!—. El gobierno alegaba en su descargo que los mosqueteros y arcabuceros ya cobraban un sueldo ligeramente superior para cubrir el coste del empleo de las armas, pero

huelga decir que esto era así sólo cuando efectivamente cobraba… La caballería ligera tropezaba con el mismo obstáculo por parte del gobierno: los soldados de a caballo tenían derecho a un sueldo más elevado destinado a compensar el coste de la compra, equipación y mantenimiento de los caballos; pero durante meses no vieron un solo maravedí. Por ello muchos de a caballo andaban siempre a pie, sus caballos habían muerto por falta de cuidados o en combate, y los que todavía andaban a caballo apenas se movían. En 1576, por ejemplo, los caballos de la cuadra del anterior capitán general, don Luis de Requesens, fueron sacados a subasta. Dos infortunados animales estaban tan «estropeados y mancos», que no hubo quien los comprase ni en Amberes ni en Bruselas; así que fueron vendidos a la caballería ligera[278]…. La única solución, una vez más, era dar caballos a crédito a las tropas y deducir el importe del salario. Esto comenzó a ponerse en práctica a partir de 1590.

Una vez armados, alimentados y vestidos, los soldados necesitaban todavía alojamiento. Esto no representaba, de hecho, un problema durante la época de campaña. Al principio de la Edad Moderna el alojamiento de los soldados en campaña se improvisaba por lo general, y era la «barraca» o choza, construida de ordinario con materiales procedentes de casas abandonadas, con preferencia a la madera virgen. Después del sitio de Haarlem en 1572-1573, por ejemplo, un testigo presencial recordaba que «el sitio de Harlem duro diez meses, poco más o menos, en que los soldados padescieron grandes fríos y hasta tres o cuatro leguas yban por leña para quemar, y tablas y maderos de otros lugares para abrigarse, deshaciendo cassas y haziendo *barracas*». Evidentemente, era preferible echar mano de materiales ya preparados antes que de troncos de árbol, que había que desbastar y labrar. De esta forma tan sencilla se construían los albergues, y de forma igualmente

simple se destruían: cuando las tropas se marchaban, prendían fuego a sus chozas[279].

El problema grave se presentaba en los campamentos de invierno y en las ciudades de guarnición. El método tradicional de alojar a los soldados gratuitamente en casas particulares era una solución ciertamente ventajosa para los soldados, pero suponía una carga terrible para los dueños. Hasta 1598 el gobierno no escuchó las protestas de la población civil, pero la determinación de Felipe II de declarar a los archiduques gobernantes independientes de los Países Bajos supuso algunos cambios. El archiduque Alberto era príncipe soberano y, al mismo tiempo, capitán general del Ejército de Flandes; tenía que conjugar los intereses de sus súbditos y los de sus soldados. Pronto quedó claro que los archiduques favorecían a la población civil: la obligación tradicional de alojar a los soldados fue conmutada frecuentemente por dinero (no obstante las protestas de Madrid) y en las plazas fuertes clave de los Países Bajos españoles se construyó un número de albergues más duraderos, conocidos también (aunque un tanto equívocamente) con el nombre de *Barracas*. La barraca tipo tenía acomodo para cuatro personas, que dormían en dos camas: cuatro soldados solteros o dos casados. Había también la barraca doble, con cuatro camas, en las que dormían ocho personas. Las construcciones de piedra y madera abundaron en 's-Hertogenbosch (1609), Dunquerque (1611), Maastricht y Damme (1616), y después en muchos otros centros urbanos[280]. En las ciudadelas de los Países Bajos españoles (Gante, Amberes, Cambrai) las barracas eran algo mayores y se levantaban dentro de los muros del castillo. Las camas, mobiliario y demás lo proporcionaban, de mala gana, los magistrados locales[281].

Sin embargo, no era posible alojar una guarnición numerosa sólo en barracas. Siempre se alojaban algunos

soldados entre la población o, al menos, entre los que no gozaban de alguna exención especial. Así, la guarnición de Nieuwpoort en 1631 constaba de 727 hombres, de los cuales sólo 194 se alojaron en las 83 *baraques du Roy* que había dentro de la ciudad. Nieuwpoort tenía en esa fecha 580 casas, 150 con dos plantas; el resto eran *petites maisons ou maisonnettes* de un piso, muchas de las cuales eran poco más que cobertizos; 86 de las casas mejores estaban exentas de alojamiento, de manera que el resto de la guarnición —533 hombres y 278 esposas— fueron acuarteladas en las 269 viviendas que quedaban. Es posible que hubieran tenido que alojarse en una pequeña casa hasta cinco soldados[282].

No obstante sus muchas deficiencias en otros aspectos, el Ejército de Flandes logró disponer de una admirable atención médica para el cuidado de sus numerosas tropas. Aunque se contaba con que los soldados reclutados en la región harían uso de las instituciones de caridad existentes en los Países Bajos (norma un tanto dura que se aplicó incluso a los soldados alemanes y borgoñones), los procedentes de las islas Británicas, España e Italia exigían un trato especial. Estas tropas, como todas las españolas en Italia, recibían atención médica gratis en un hospital militar permanente, a cambio, el gobierno deducía del sueldo un real al mes[283]. El principal hospital militar de los Países Bajos españoles estuvo, después de 1585, en Malinas; en 1637 tenía 330 camas, que bastaban para los soldados extranjeros la mayor parte de los años.

Cuando un sitio se prolongaba o una campaña particularmente sangrienta aumentaba el número de los que precisaban atención médica, se establecían en puntos estratégicos hospitales especiales de campaña, o bien el Ejército se incautaba de un hospital civil. En estos casos, todos los soldados, extranjeros o del país, recibían tratamiento gratuito[284].

Los casos que se presentaban en el hospital militar eran principalmente quirúrgicos —heridas de espada, pica o bala—. De los tres, los más graves, con mucho, eran los que presentaban herida de bala. En una ocasión en que don Luis de Requesens tenía a muchos de sus hombres heridos, hacía esta reflexión: «La mayor parte de los heridos son de picazos y pedradas, que estarán presto sanos, aunque también ay muchos de arcabuzazos que morirán[285]». Todos los libros de texto de la época confirman este juicio: la bala podía causar derrames internos, ocasionar envenenamiento de la sangre o destrozar un hueso —tres situaciones ante las que la medicina del siglo XVI se encontraba impotente—. Pero aun dentro de estas limitaciones, los médicos y cirujanos del Ejército registraron algunos éxitos notables. Por ejemplo, de 41 veteranos españoles heridos graves en 1574, uno había perdido las dos piernas y tres los dos brazos, cinco más habían perdido el uso de una de las piernas y a trece les faltaba una mano o un brazo (los accidentes en los miembros derecho e izquierdo abundaban por igual); los registros dan otros once casos con heridas graves por disparo de bala (en la boca, ojos o incapacidad de algún miembro), y cuatro más habían perdido un miembro por bala de cañón. La lista es espeluznante, pero ofrece un testimonio notable de la habilidad de los cirujanos del ejército: todos estos infortunados habían sobrevivido a sus heridas[286]. Para estos sobrevivientes mutilados se estableció una casa especial en el siglo XVII: la «Guarnición de Nuestra Señora de Hal». En enero de 1640 había en la guarnición dos oficiales, 236 soldados y 108 entretenidos, todos ellos veteranos que, a consecuencia de sus heridas, habían quedado inhábiles para el servicio en el campo de batalla[287].

Además de las operaciones rutinarias de arreglar o amputar miembros rotos, los hospitales se encontraban con muchos casos de enfermedades contagiosas e incluso de enfermedades

mentales. De los 386 soldados españoles e italianos que fueron licenciados definitivamente del ejército entre 1596 y 1599, no menos de 76 (el 20 por 100) lo fueron por incapacidad debida a una «enfermedad incurable[288]». Tal vez se trataba de tuberculosis o malaria, pero lo más probable es que fueran enfermedades venéreas, azote de todos los ejércitos que prestan servicio en el extranjero. Las enfermedades venéreas fueron ciertamente frecuentes en el Ejército de Flandes, ya que sabemos de una paga anual a cargo del tesoro militar para que el hospital de Malinas tratara a los pacientes de «el mal gálico» del que allí se consumían[289]. La proporción posible de la enfermedad tal vez se pueda inferir del ejército británico de la India, donde «en los catorce años anteriores a 1883, el promedio de ingresos [en el hospital] […] por enfermedades venéreas fue de 225 casos por mil. En 1895 estas admisiones alcanzaron la proporción enorme de 537 por cada mil hombres[290]». ¡Es decir, más de la mitad!

En el siglo XVII apareció —o comenzó a diagnosticarse— entre los soldados otra dolencia más enigmática. Un número considerable de hombres fueron licenciados porque padecían de «el mal de corazón»; muy probablemente se trataba de una neurosis de guerra, o depresión profunda que los inhabilitaba para el servicio. Después de todo, los soldados prestaban servicio sin perspectiva de ser licenciados, y en el reinado de Felipe IV muchos de ellos eran reclutas. Otra expresión utilizada en el ejército, que probablemente se refería a la misma situación, era «estar roto» y, por tanto, inútil y apto sólo para ser enviado a casa[291].

En el siglo XVII la mayoría de los soldados que caían en manos del enemigo recibían un trato humano: a los heridos o enfermos se les concedía protección especial y eran repatriados con un mínimo de formalidades[292]. A partir de 1599, si no antes, existió un convenio formal entre España y los Estados

Generales para dar cuartel y redimir a todos los prisioneros capturados por la otra parte. El «cuartel general» obligaba a todo capitán a rescatar a todos los hombres hechos prisioneros por el enemigo en el plazo de veinticinco días, pagando el precio del rescate de acuerdo con el rango del prisionero y pagando, además, el importe de la «hospitalidad» que se le concedió mientras estuvo en cautiverio. Había una escala detallada de precios[293]. Era raro que los soldados tuvieran que pagar su propio rescate —la insistencia en esto habría llevado a todos los prisioneros a alistarse en las filas enemigas—. Pero esta carga, pesada y en constante aumento, recaía sobre la hacienda central, gravando aún más sus obligaciones. El rescate de cada superviviente de la Armada Invencible de 1588 costó 100 florines. Fueron baratos. Alrededor de 1600, el rescate de los prisioneros hechos por los corsarios de Dunquerque costó entre 800 y 1500 florines cada uno. En 1641 se calculaba que costaría 400.000 florines rescatar a todos los prisioneros que estaban en manos de los holandeses[294]. Era una carga enorme para el tesoro militar, aunque una parte quedaba compensada por lo que tendrían que pagar los holandeses para rescatar a los que tenían en su poder los españoles. En todos los casos los prisioneros seguían ganando el sueldo durante su cautiverio (menos el importe de la «hospitalidad» que había que entregar a los que los habían hecho prisioneros); durante ese tiempo las esposas recibían el alimento de cada día y el dinero de servicio a que los soldados hubieran tenido derecho[295].

El ejército prestó a los soldados otro servicio humanitario: garantizaba la fiel ejecución de sus testamentos. El rey exigió siempre los sueldos que no se habían abonado a los soldados muertos sin haber hecho testamento, y hasta 1574 los soldados que fallecían mientras prestaban servicio perdían los derechos a lo que se les debía, aunque hubieran testado. En agosto de 1573 el gobierno prometió que los atrasos debidos a los

soldados españoles muertos que habían hecho testamento serían pagados a sus legatarios, pero en la práctica no se cumplió. En mayo de 1574 se constituyó una comisión especial para investigar y ejecutar todos los testamentos, pero se descubrió tal número de fraudes —tramposos que se enmascaraban como legatarios, testadores que volvían a presentarse vivos y casos parecidos— que el pago de las deudas contraídas con soldados muertos se suspendió hasta nueva investigación. En consecuencia, los 1428 soldados del tercio de Nápoles que cobraron sus atrasos en mayo de 1574 ingresaron por término medio 119 escudos (232 florines) cada uno, mientras que los legatarios de sus 396 camaradas muertos cobraron sólo 19 escudos (37 florines) cada uno. El abandono de los fallecidos era todavía notable, pero, por lo menos, la situación había mejorado con respecto a la de antes de 1574, en que ¡no se les pagaba nada en absoluto[296]!

Durante el resto del siglo XVI la administración de los testamentos de los soldados muertos estuvo en manos de los capellanes. El nivel profesional normal entre los capellanes castrenses del Ejército de Flandes fue, al menos hasta la década de 1590, bajísimo. Es significativo lo que escribió el duque de Alba sobre todos los capellanes castrenses, de quienes dijo que eran «ydiotas y viciosos»; también es significativo que no ofreciera ninguna sugerencia sobre el modo de mejorar esa situación[297]. Todavía en los años 1590 vemos que se enrolan capellanes como Fra Marcello Marsa de Roma y Fra Antonio Granata. El primero realizaba un activo tráfico de reliquias forjadas (su especialidad eran las cabezas de santos), y al juzgarlo se halló que tenía una buena cuadra de caballos, un hijo de doce años e inclinaciones heréticas. Nada extraño que desenvainase la espada para defenderse de los oficiales de la justicia enviados para arrestarlo. Fra Antonio fue todavía más pintoresco. Vestía de pieles y llevaba una cadena de oro,

entretenía al obispo de Amberes con baladas impúdicas acompañándose al laúd, y logró hacerse pasar por enviado pontificio para entrar en un monasterio de monjas con el fin de «reformarlo[298]». Estos hombres, empero, fueron excepciones, pero no eran mucho mejores la mayoría de los capellanes castrenses de Flandes. Efectivamente, la mayoría de ellos redondeaban sus sueldos (que después de 1583 eran el doble del sueldo base de los soldados), forzando a los soldados moribundos a dejarles en herencia su dinero. El procedimiento era sencillo: el capellán se negaba a confesarlos o a redactarles el testamento (los capellanes sabían leer y escribir, y muchos soldados, no), si no dejaban un legado considerable para ellos[299]. Parece que la mejoría entre estos hombres, a cuyo cargo corría el cuidado espiritual de los soldados de los Países Bajos españoles, no se produjo hasta la llegada del jesuita Thomas Sailly, un veterano de la misión de Possevino a Polonia, y de sus compañeros, en 1587. Hubo unos treinta jesuitas adscritos de modo permanente al ejército en siglo XVII, hombres valientes e íntegros, estrechamente vigilados por el provincial local de la Compañía. Ellos crearon una misión entregada humana y duradera en el ejército, la *missio castrensis*[300].

Resulta irónico que al mismo tiempo que se operaba esta mejora en la aptitud de los capellanes, se les privara de la administración de las últimas voluntades y testamentos, y fueran encomendadas a un nuevo oficial designado por el capitán general, el «depositario general». A partir de 1596 se prohibió expresamente a todos los clérigos tomar posesión de los bienes de los soldados muertos; todo debía entregarse al depositario[301]. A él correspondía convertir en dinero las pertenencias de todos cuantos morían en el ejército. Se hacía en subasta pública, a menudo en Bruselas. El depositario actuaba con los ejecutores del testamento (si los había) y satisfacía todas

las deudas y cumplía las mandas del difunto, deduciendo el 2 por 100 de la herencia para el pago de sus servicios, y el 5 por 100, por los del subastador[302]. La erradicación total de las perversas prácticas de los capellanes se demuestra por el hecho de que de los 226 testamentos examinados ante el auditor general entre mayo de 1604 y abril de 1606, ¡sólo ocho dejaban algún dinero a un capellán[303]!

Los testamentos que conocemos de los soldados del Ejército de Flandes son muy reveladores de la calidad de vida que llevaban. Entre otras cosas, miden el efecto producido por el cambio de la política del gobierno de pagar en metálico a pagar principalmente en especie: de los 226 testamentos, sólo seis hombres tenían algo que dejar aparte de los atrasos que les adeudaba el gobierno. Esto era precisamente lo que se intentaba. «Para mantener la gente, es bien que alcanzen un poco», escribía Ambrosio de Spínola; «es bueno que anden escasos de dinero algunas veces, a fin de hacerlas más obedientes y para que vivan de la esperanza», repetía un comentarista militar[304]. Mediante la provisión de las necesidades básicas para la vida —comida, ropa y abrigo— y mediante la protección contra los accidentes de enfermedad y cautiverio, el gobierno conseguía un respiro durante el que podía conseguir el dinero suficiente con que pagar uno de los plazos de los salarios. Se garantizaba la subsistencia, se reducía el descontento, se mantenía la obediencia. Los soldados, escribía un inspector general, «con alimentos y un poco de dinero de vez en cuando se las arreglan para vivir[305]».

Pero la manutención sola no podía hacer de una chusma desmoralizada una fuerza eficiente de combate. Los «hombres rotos» que en el siglo XVII eran enviados a sus casas eran síntoma de un problema grave de moral en el ejército: era preciso hacer que la vida fuera no sólo llevadera, sino atractiva. Los testamentos de los soldados sugieren tres campos en que

éstos encontraban solaz: el análisis de los 226 legatarios con derecho a la herencia de soldados muertos entre 1604 y 1606 habla de 130 viudas, otros 34 parientes del difunto, 39 «camaradas» o compañeros de armas y 39 casas religiosas, limosnas o capellanes: los representantes de la familia del soldado, sus amigos y su religión (véase la figura 15).

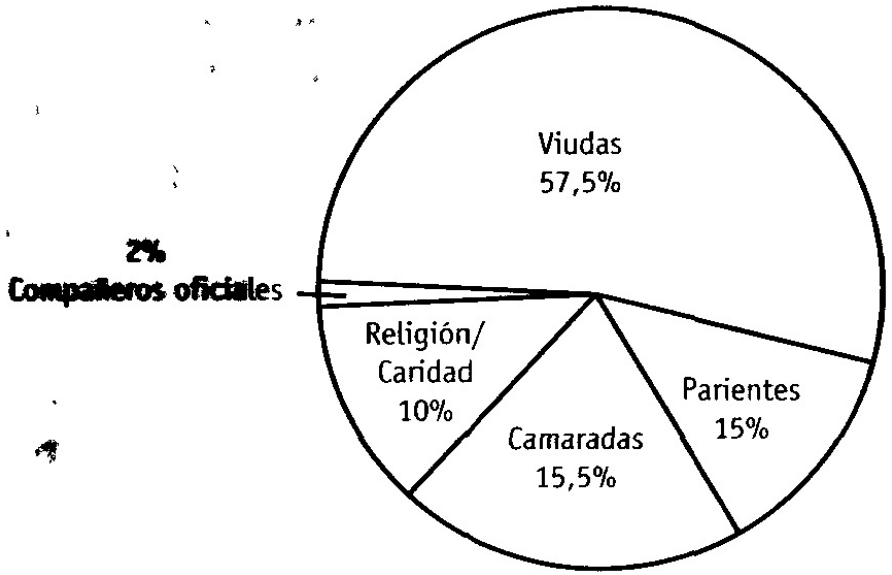


FIGURA 15. Los legatarios de los soldados del Ejército de Flandes. De un registro de testamentos examinados en la auditoria general del Ejército de Flandes, mayo 1604-abril 1606 (AGRB Tribunaux Militaires, 22). Fueron examinados un total de 226 testamentos; sólo seis tenían algo que legar, aparte de los haberes atrasados, y en la mayoría de los casos sólo había un beneficiario.

En la obra de Lope de Vega *Don Juan de Austria en Flandes*, el flamenco monseñor De Prate ordenaba que su hija fuese infamada y vendida como esclava por haber amado a un soldado español. El efecto dramático era bueno, pero en la época en que escribía Lope (1606) las relaciones entre los españoles y los habitantes de los Países Bajos eran en realidad

menos hostiles. Muchos jefes españoles se esforzaban por aprender francés o por refrescar sus recuerdos de la lengua aprendida en la escuela[306]. La tropa del ejército adoptó rápidamente las costumbres del país, pudiendo afirmarse que «tenían mas amor [a los Países Bajos] que a sus propias patrias». Los españoles llegaron pronto a llamar a los Países Bajos «su casa[307]». Después de la reconquista de las provincias meridionales en los años 1580 hubo una «compenetración» creciente entre españoles y flamencos: las tropas expatriadas adquirieron tierras y valores en su nueva patria y adoptaron las costumbres y títulos flamencos. Los flamencos, por su parte, comenzaron a entender español y fueron muchas las palabras españolas que pasaron al flamenco y al valón[308]. Hubo también algunos casos de matrimonios entre las dos poblaciones. De los 54 españoles e italianos que hicieron alguna manda entre 1604 y 1606 en la que se mencionaba a la viuda o «al tutor de sus hijos», 18 mujeres eran ciertamente españolas, pero 34 eran ciertamente flamencas, una proporción uno a dos[309]. Luego, en el siglo XVII, las proporciones cambiaron. De los 527 matrimonios de soldados españoles celebrados en la iglesia de la guarnición de Amberes entre 1625 y 1647, 216 de las desposadas tenían sobrenombres españoles o italianos, y 258, flamencos, pero la verdad es que las cifras son un tanto equivocas. Según hallamos por el registro de matrimonios de la iglesia, una gran mayoría de las desposadas españolas eran ya residentes en los Países Bajos, muchas de ellas nacidas allí, y muchas de las desposadas flamencas habían nacido de madres españolas. Un gran número de las desposadas constaban como *huius castri filia* («criada en la ciudadela de Amberes») y varias (el 12 por 100) de las viudas de algún otro soldado. Estas cifras dan testimonio del desarrollo a mediados del siglo XVII de una sociedad militar en los Países Bajos autónoma, cerrada sobre sí misma, casi sin mezclas, independiente de la población del

país[310].

En el ejército se celebraban muchos matrimonios, a pesar de los repetidos intentos del gobierno de prohibir o limitar el crecimiento del número de hombres casados en el servicio (se creía que resultaban más caros, más propensos al motín y menos valientes en la lucha[311]). Hay un pasaje conmovedor en el *Simplicissimus*, de Von Grimmelshausen, que describe los oficios de la mujer de un soldado: costurera, fregona, cocinera…, todo aquello que pudiera proporcionar un honrado maravedí con que aumentar los escasos y retrasados ingresos del soldado[312]. Por otra parte, los soldados tenían hijos, y los habidos en el matrimonio había que sustentarlos. El sacerdote de la iglesia de la guarnición de Amberes bautizó 571 en los diez años que van de 1628 a 1637, la guarnición contaba sólo con 600 hombres, menos de la mitad de los cuales probablemente eran casados[313].

No extraña, pues, que muchos soldados prefiriesen no casarse. Para ellos, y para el resto también, el Ejército reglamentaba el abastecimiento y la salud de las prostitutas que acompañaban a las tropas. Había diversidad de opiniones, pero la mayor parte de los jefes convenían en que cada compañía de 200 hombres necesitaba entre cuatro y ocho prostitutas[314]. Las amplias ordenanzas militares de 1596 que reglamentaban hasta en sus mínimos detalles la vida de los soldados eran menos liberales. Con un puritanismo que tenía que ver, tal vez, con su profesión de clérigo, el cardenal-archiduque Alberto decretó que sólo se tolerarían tres *femmes publiques* por compañía. Habían de estar sometidas a vigilancia constante, tanto en lo que tocaba a sus medios de sustento como con respecto a su salud y disposición corporal (precaución razonable, tratándose de un número tan pequeño). Aun así, las prostitutas debían ejercer su oficio «disfrazadas de lavanderas o algo similar, como quien realiza un trabajo servil», y debían de ser de «edad

adecuada» (*d'age competent*[315]).

Las esposas y las prostitutas constituían una parte sólo de la enorme hueste de gente que se arrastraba detrás del Ejército de Flandes. «Jamás se había visto un cuerpo tan pequeño con una cola tan larga», notaban tres virtuosos pastores de Bergen-op-Zoom: «Un ejército tan pequeño con tantas carretas, acémilas, jacos, vivanderos, lacayos, mujeres, niños y gentuza, que sumaban muchos más que el ejército mismo[316]». Se puede excusar esta exageración, pero ya hemos visto que durante la marcha de Italia a los Países Bajos las *bouches* a alimentar puede que fueran casi el doble que los soldados. Asimismo, y en los Países Bajos, la guarnición de 's-Hertogenbosch contaba en 1603 con 5519 personas, de las cuales sólo 3000 eran soldados. Incluso en Lombardía, donde la vida militar estaba más estrechamente reglamentada, se consideraba número adecuado de vivanderos entre 35 y 40[317]. Mucha de esta gente *accesora* del Ejército estaba formada por los «mozos» —lacayos o asistentes que servían a los soldados—. Un capitán tendría cuatro o cinco mozos, y 20, o tal vez 30, estarían al servicio de los soldados particulares de la compañía, a veces más: se decía que los 5300 veteranos españoles que abandonaron los Países Bajos en 1577 iban acompañados por 2000 lacayos[318].

La mayor parte de las veces acompañaban al Ejército un número de vivanderos (*vivandieri*), que proporcionaban a los soldados víveres, equipo o crédito. Las ordenanzas del Ejército estipulaban que sólo debía haber tres vivanderos por compañía, pero se superó este número frecuentemente: el *vivandier* podía hacer buen negocio. A menudo los soldados se hacían con botín que no podían llevar consigo y se veían, por tanto, en la necesidad de venderlo barato a los vivanderos por dinero al contado; frecuentemente los efectos personales de los soldados y oficiales muertos en combate eran subastados en el campo de batalla inmediatamente y el vivandero podía conseguir

verdaderas gangas, dado que los oficiales de principios de la época moderna solían llevar su oro y plata, su vestuario y sus otras galas con ellos en campaña. Efectivamente, algunos vivanderos no eran en absoluto proveedores de alimentos: su único fin al seguir al Ejército era comprar botín y los bienes subastados del difunto[319].

Por supuesto que muchos soldados no tenían ni esposa ni servidores, ni botín ni bienes propios mientras prestaban servicio. Para ellos las estrechas amistades o «camaradas» que hacían entre los hombres de cada compañía eran importantes. Había dos tipos distintos de camarada en todos los ejércitos españoles, uno entre el capitán y cinco o seis compañeros, otro entre un número semejante entre la tropa. Los camaradas vivían juntos (en la misma cámara), compartiendo beneficios y pertenencias, peligros e infortunios. Estas relaciones de camaradería eran, como es lógico, mucho más frecuentes entre la infantería española. La mayoría de estos exiliados militares designaban a sus camaradas para ejecutores de su testamento y en muchos casos les dejaban dinero[320].

La idea de camaradería contribuyó también a fomentar la conciencia de unidad. Los apodos dados a los tercios españoles de los Países Bajos —el «tercio de los almidonados», «el de los sacristanes», etc.— reflejaban un sentido de orgullo y de solidaridad corporativa. La disolución en castigo por insubordinación en 1589 del «tercio viejo de Lombardía», unidad que había servido durante veinte años en «Flandes», produjo verdadera pena en todo el Ejército por la elevada moral, competencia profesional y probada valentía de esta unidad[321]. Además del sentimiento de orgullo hacia su regimiento, muchos soldados del ejército tenían también el de lealtad a su «nación». Esto fue particularmente cierto en los españoles: los habitantes de los Países Bajos, al referirse a ellos, lo hacían con frecuencia con esta expresión: *ceux de la Nation.*

El servicio en el extranjero, y en particular el servicio entre los «herejes y rebeldes» de los Países Bajos, puso de manifiesto el innato sentimiento de superioridad nacional que existía entre los españoles. Ellos eran las tropas selectas, los *übermensch*, el pueblo elegido. En abril de 1574, el capitán general mismo favorecía este latente chovinismo en una de sus serviles llamadas para que volvieran a la obediencia durante el motín de la infantería española de Amberes:

> Acordaos, señores, que sois españoles, y que vuestro Rey y señor natural es sólo él que hoy defiende la religión católica […] Habéis de estimar en mucho que os haya Dios querido tomar por instrumento para el remedio della[322].

Patriotismo unido al sentido de misión religiosa: he ahí una poderosa fórmula. El hecho de que esta llamada concretamente no consiguiera reducir a los amotinados no debería ser interpretado como que ni siquiera la emoción contaba para las tropas.

La avinagrada monja que escribió el relato de la estancia de los españoles en s'Hertogenbosch después de 1568 anotó todos los crímenes que razonablemente podían imputarse a los soldados, pero tuvo que admitir que «tenían un gran respeto por el Santísimo Sacramento y eran devotos en las iglesias y favorecían al clero y no le hacían daño[323]». Al Ejército de Flandes se le conoció siempre como «el Ejército Católico»; era el ejército del «Rey Católico». En 1589 se estableció entre los soldados por bula papal una «Cofradía del Santísimo Sacramento», y pronto se desarrollaron otras asociaciones religiosas para soldados, particularmente en las guarniciones de ciudad[324]. Los enemigos se sorprendían siempre ante las muchas efigies religiosas, crucifijos, *Agnus Dei* y otras reproducciones parecidas que llevaban los españoles muertos en combate; mandas de muchos soldados a cofradías y monasterios que ellos apadrinaban y el dinero dejado para buenas obras y

para distribuir en limosnas son testimonio de piedad, por lo menos, en el lecho de muerte[325]. El soldado tenía que vivir con el peligro diario de una muerte violenta y repentina; no debe extrañar que mantuviera fija la mirada en la posibilidad de ganar un más alla confortable en el que su iglesia le enseñaba a esperar. La caridad y la piedad estaban de hecho íntimamente asociadas entre las tropas con el temor a la muerte. En otras ocasiones se comportaban como brutos.

Desde el momento en que los españoles entraron por primera vez en los Países Bajos en agosto de 1567 actuaron «como si estuvieran en territorio enemigo, empezando a vivir a discreción», y siguieron haciéndolo así, «confiscándolo todo, con razón o sin ella, diciendo que todos eran herejes, que eran ricos y que debían dejar de serlo[326]». Aun en el siglo XVII, cuando los soldados extranjeros estaban más adaptados al país, cometieron incontables violaciones, asesinatos, latrocinios e incendios. La brutalidad de los soldados españoles en Flandes se hizo tan legendaria, que llegó incluso a dar lugar a un proverbio español: «¿Estamos aquí o en Flandes?», que significa, «¿es ése modo de comportarse?». Las guarniciones de los Países Bajos españoles, concentraciones de gente joven aburrida, empobrecida, pero bien armada, constituían inevitablemente focos de desorden, juego y vicio, crimen y crueldad, lujuria y desenfreno en el centro de las poblaciones. El recurso progresivo a admitir criminales como reclutas no pudo por menos de acentuar el desenfreno innato de las tropas, especialmente si se hospedaban en casas particulares atestadas de inquilinos lejos de la vigilancia de sus oficiales. Los soldados no tardaban en manifestar los mismos valores de la picaresca que invadían a la sociedad española de fines del siglo XVI: holgazanería, brutalidad, bravuconería, la sed de juego, la necesidad de falsificación. La notable difusión del culto al picaro en la España del siglo XVII se debió, en parte,

indudablemente a los desertores y amotinados que volvieron de las guerras en número creciente después de 1590, con los bolsillos repletos de oro, las cabezas llenas de las ideas disolutas de que se habían saturado en el ejército. Aunque no se puedan comparar con los indianos y peruleros, aquellos empresarios que retornaban a España para gastar la fortuna que habían amasado en el Nuevo Mundo, muchos veteranos de Flandes volvían mucho más ricos de lo que habían ido. No cabe duda de que la ideología ahora era distinta, y España en estos momentos estaba ya poniendo en tela de juicio sus valores, dudaba de lo que hasta entonces se había considerado como incontrovertible, estaba empezando a no saber cuáles eran sus valores. Era duro para una sociedad en disolución absorber grandes cantidades de hombres que se habían acostumbrado a la ilegalidad y a la buena vida. Los picaros paseaban su estilo de vida parasitario impunemente, y con ello animaban a otros a imitarlos. El picaro civil del Siglo de Oro español fue hijastro del militar de los últimos años de Felipe II[327].

Tanto en la vida militar como en la vida civil, el desarrollo del picaro fue estimulado por la injusticia básica de la vida. La existencia parecía oscilar constantemente entre los grandes ricos y la pobreza. Un día pobreza, al día siguiente el robo o la paga: la elección venía dictada por los acontecimientos, sin que el individuo pudiera ejercer el más mínimo control[328]. En el Ejército de Flandes a pesar de todas las reformas humanitarias llevadas a cabo por el alto mandeo, a la vida le sobró con demasiada frecuencia «sordidez, brutalidad y escasez». Tomemos como ejemplo el tercio de don Antonio Manrique, 2000 reclutas castellanos enrolados en la primavera de 1586 y enviados directamente a lo Países Bajos por tierra, por el «Camino Español». Después de un largo viaje en galeras desde Cataluña a Génova (en el que resultaron muertos muchos de ellos), los supervivientes llegaron a Luxemburgo en diciembre y

se pusieron a tocar las guitarras que habían llevado con ellos. Bailaron y cantaron durante todo el invierno, ante el disgusto de los soldados veteranos que nunca lo hacían, porque «si no es con damas y mujeres flamencas, exercitar el bailar y danzar [es] cosa aborrecida en la guerra». Por esta causa esos reclutas fueron bautizados con el nombre de «Tercio de la Zarabanda», «se entretuvieron como si estuvieran en España, pero olvidaron muy pronto el son y el baile, porque los trabajos y miserias que en Flandes pasan no les dio más lugar a semejante entretenimiento[329]». Las cosechas de 1587 y 1588 fueron desastrosas en todo el norte de Europa. Los nuevos reclutas, que se habían alistado en la esperanza de invadir Inglaterra, murieron en la peor de las hambres del siglo, o aprendieron a «garbear», a pordiosear y a robar, para poder subsistir. El modelo se repitió: estas tropas apenas cobraron nada hasta 1590-1591. Había nacido otra banda de picaros, de gente sin ilusión, de basureros sin moral.

Por un lado, la vida en el Ejército de Flandes ofrecía pobreza; pero, por otra parte, existía la posibilidad de enriquecerse enormemente. Contra la posibilidad de perder la vida, un miembro o la libertad, el soldado podía capturar a un prisionero rico o apoderarse de un rico botín. Los sitios que resultaban victoriosos reportaban siempre beneficios para los soldados, si la ciudad se tomaba al asalto, era saqueada y los asaltantes se quedaban con el botín; si se rendía bajo condiciones, las tropas no conseguían botín, pero sí una compensación económica[330].

Tales gangas eran raras, sin embargo. La mayoría de las veces los soldados vivían a crédito. Eran lo suficientemente fuertes para obligar a los tenderos a proporcionarles alimentos y bebidas a crédito: si el tesoro militar no les pagaba, se negaban a pagar esos créditos. Cuando, por fin, cobraban, podían huir a otra guarnición, incluso podían huir del país, sin que sus

acreedores se diesen cuenta de ello a tiempo[331].

Sin embargo, lo que constituía siempre el acontecimiento de mayor importancia para el presupuesto del soldado eran los arreglos de cuentas. Cuanto más escasos habían andado durante años, mayor era la cantidad final que se les adeudaba (el «alcance» o «remate»). En septiembre de 1585 había en los Países Bajos sólo 4305 veteranos españoles, pero la cantidad total que cobraron después de la rendición de Amberes fue de 810.511 florines —sus atrasos completos—. Esto representaba un, promedio de 200 florines por hombre por el servicio de tres años[332]. En los arreglos de cuentas importantes que siguieron, en la década de 1590, los pagos ascendieron por término medio, algunas veces, al doble de esta cantidad: 125 de a caballo en La Chapelle cobraron 27.668 escude 50 placas en 1596, es decir, 532 florines cada uno; los 125 infantes españoles de St. Pol percibieron en 1594 en atrasos un total de 27.363 escudos, a razón de 542 florines cada uno; ocho hombres cobraron en Diest en 1601 en letras individuales de cambio (pagaderas en España) un total de 4609 por atrasos, al promedio de 1240 florines cada uno. Estas sumas eran asombrosas, pero todavía ocultaban «alcances» individuales mayores: de los ocho soldados de Diest, uno recibió 2375 florines, otro 2500, otro 2990… Estos hombres se hicieron ricos de la noche a la mañana, y su fortuna fue transferida (en letras de cambio) directamente a España[333].

Como es lógico, los beneficios que reportaba el servicio militar eran máximo cuando se conjugaban estas tres fuentes de enriquecimiento: el botín, el pago de atrasos y el crédito quebrantado. El caso típico ocurrió en 1577. Los veteranos españoles habían pasado terribles sufrimientos en las guerras de los Países Bajos desde 1572, pero las oportunidades de botín habían abundado, lo notable el saco de Malinas (1572) y de Amberes (1576). Luego vino la revolución de las provincias

meridionales después de agosto de 1576, que obligo a los españoles a huir de sus alojamientos —y de sus acreedores—. Cuando, finalmente, cobraron en Maastricht, en abril de 1577, no les fueron tenidas en cuenta ninguna de sus deudas en los Países Bajos, que estaban en rebelión declarada. El cobro de los atrasos les reportó la cantidad de 1.234.293 florines, divididos entre los 5334 supervivientes de las guerras, dieron un promedio de 231 florines para cada uno. En realidad, la mayor parte de esto fue transferido a Italia y a España en letras de cambio; en consecuencia, lo único que llevaban fue el equipaje y el botín, y para transportarlo a través de los Alpes hasta Lombardía tuvieron que alquilar 15 asnos, 118 mulas pequeñas y 356 mulas grandes. La impedimenta de la expedición toda junta pesaba 2600 toneladas, es decir, correspondía media tonelada a cada hombre. Como, efectivamente, señaló un oficial de secretaría un tanto pretenciosamente, «paresce un retrato de la salida de Israel de Egipto[334]».

Es importante contemplar la vida militar en perspectiva. El soldado estaba ciertamente en peligro constante y casi siempre descontento. Era «llevado como oveja al matadero, se le obligaba a combatir bajo el fuego de cañón y a trabajar en las obras de sitio sin más salario que una misera ración de pan[335]». Pero, por lo menos, ese pan de cada día lo tenía garantizado, y, por lo menos, tenía asegurado el salario del mes, no del día. Estaba libre, además, de derechos señoriales, diezmos e impuestos[336]. ¡Ningún jornalero, artesano o agricultor gozaba de tales ventajas! Finalmente, si sobrevivía para recoger su botín y su paga, era rico. Muchos voluntarios ordinarios, pobres cuando se alistaban, cuando abandonaban el Ejército llevaban en la bolsa 1000 ducados, y en la Castilla rural, al menos, un hombre que disponía de 1000 ducados era rico, era uno de los «villanos ricos» que mandaban en el pueblo[337]. A años de subsistencia miserable seguía, de repente, la riqueza; la paradoja

de la vida picaresca del Ejército de Flandes era completa.

Había, sin embargo, un inconveniente. El derecho del soldado a sus atrasos era incontrovertible: el problema era cobrarlos. El único modo legítimo para percibir su justa recompensa era conseguir la licencia del servicio del rey. Desgraciadamente el Ejército no hacía alistamientos a corto plazo: un hombre se comprometía a servir hasta la desmovilización, lo que significaba que lo hacía hasta que quedara inválido o hasta el fin de la guerra —lo cual, en los Países Bajos, podía tardar treinta años—. Podían, como es natural, desertar, especialmente después del saqueo de una ciudad enemiga en la que había conseguido botín. Después del saqueo de Malinas en 1572, por ejemplo, «la mayor parte de los soldados de campaña se marcharon a sus casas, considerándose pagados con el botín[338]». Podían desertar con el botín, pero perdían el derecho al salario. En realidad el único medio con que los soldados podían forzar al gobierno a pagar los atrasos pendientes antes del fin de la guerra, era la organización de movimientos de huelga coordinados y decididos —mediante el motín—. En guerras que duraban treinta años y más las tropas tenían amplias oportunidades de perfeccionar las técnicas de la negociación colectiva[339].

El motín, la deserción, la desmovilización: debido a la insuficiencia de los recursos de la Monarquía Española, eran éstas las únicas circunstancias en que las tropas podían conseguir que se les hiciera justicia, sólo así podían hacerse ricas. El resto del tiempo sufrían en silencio, sirviendo a «pan y paciencia», como aconsejaba Quevedo. Pero el equilibrio podía romperse en cualquier momento, cualquier cosa podía deshacerlo. Cuando faltaba alguno de los productos esenciales, las fatigas, tensiones y peligros constantes de la vida en el Ejército de Flandes podían desembocar en una reacción violenta.

CAPÍTULO 8

LOS MOTINES

> Olvidavame de dezir que me dixo Su Excelencia [Requesens] una cosa terrible y de gran yndignidad: que me asegurava que no havia perdido el principe de Oranges los estados, sino los soldados nacidos en Valladolid y en Toledo, porque los de Amberes amotinados havian hecho huyr el dinero y perdido el crédito y la reputación, y que creya que en ocho días no ternia Su Magestad nada en ellos […] Fue platica de casi tres oras[340].

Don Luis de Requesens, que tenía la costumbre de lamentarse de lo que ya no tiene remedio, y le sobraron ocasiones para ello, tenía toda la razón. Los motines del Ejército de Flandes trajeron el desastre financiero y militar sobre España. Una y otra vez el desencadenamiento de revueltas militares importantes paralizó al Ejército durante toda una campaña, saboteando cualquier ofensiva, comprometiendo la seguridad de ciudades leales, pero vulnerables. El motín que llevó a Requesens a censurar a su nación, el motín de Amberes de 1574, no fue un suceso único ni aislado. Entre 1572 y 1607 se produjeron en el Ejército de Flandes más de 45 motines; 21 de ellos, por lo menos, ocurrieron después de 1596, muchos duraron un año o más. Esta reiteración de la desobediencia organizada, sin paralelo en otros ejércitos, exige una explicación. ¿Por qué estallaban los motines con tanta frecuencia? ¿Por qué duraban tanto?

En primer lugar estaban las realidades desagradables de la vida militar: «Del frió de las centinelas, del peligro de los asaltos, del espanto de las batallas, de las hambres de los cercos, de la ruina de las minas». Ni siquiera los soldados del Ejército de Flandes que tenían la suerte de librarse de ir al frente se veían enteramente libres de la necesidad. Muchos jefes se asombraban de la resistencia de sus hombres que «resistían los

ataques del enemigo con el estómago vacío». El gran motín de Hoogstraten, el más largo de la guerra, estalló en 1602 en un momento de grave escasez. «Todavía no acabo de creer cómo sobrevivieron los soldados», escribió uno de sus oficiales muchos años después[341]. Efectivamente, los dos ciclos principales de motines, el de 1573-1576 y el de 1589-1607, coincidieron con crisis de subsistencias prolongadas en los Países Bajos; los efectos de los precios de hambre que hubo en el Ejército se vieron intensificados por los graves retrasos en el pago de las soldadas. La situación revestía gravedad especial para los soldados expatriados, para los soldados traídos a los Países Bajos desde las Islas Británicas, desde Borgoña, del Imperio, desde España e Italia. Lejos de sus casas, les resultaba más difícil evadirse a las penalidades de su profesión; en medio de una población hostil, tenían casi tanto que temer de los paisanos como del enemigo. A lo largo del siglo XVI, los rigores de la expatriación militar incitaron a los soldados que prestaban servicio en el extranjero, y particularmente a los alemanes y españoles, a la desobediencia colectiva con el fin de mejorar su suerte.

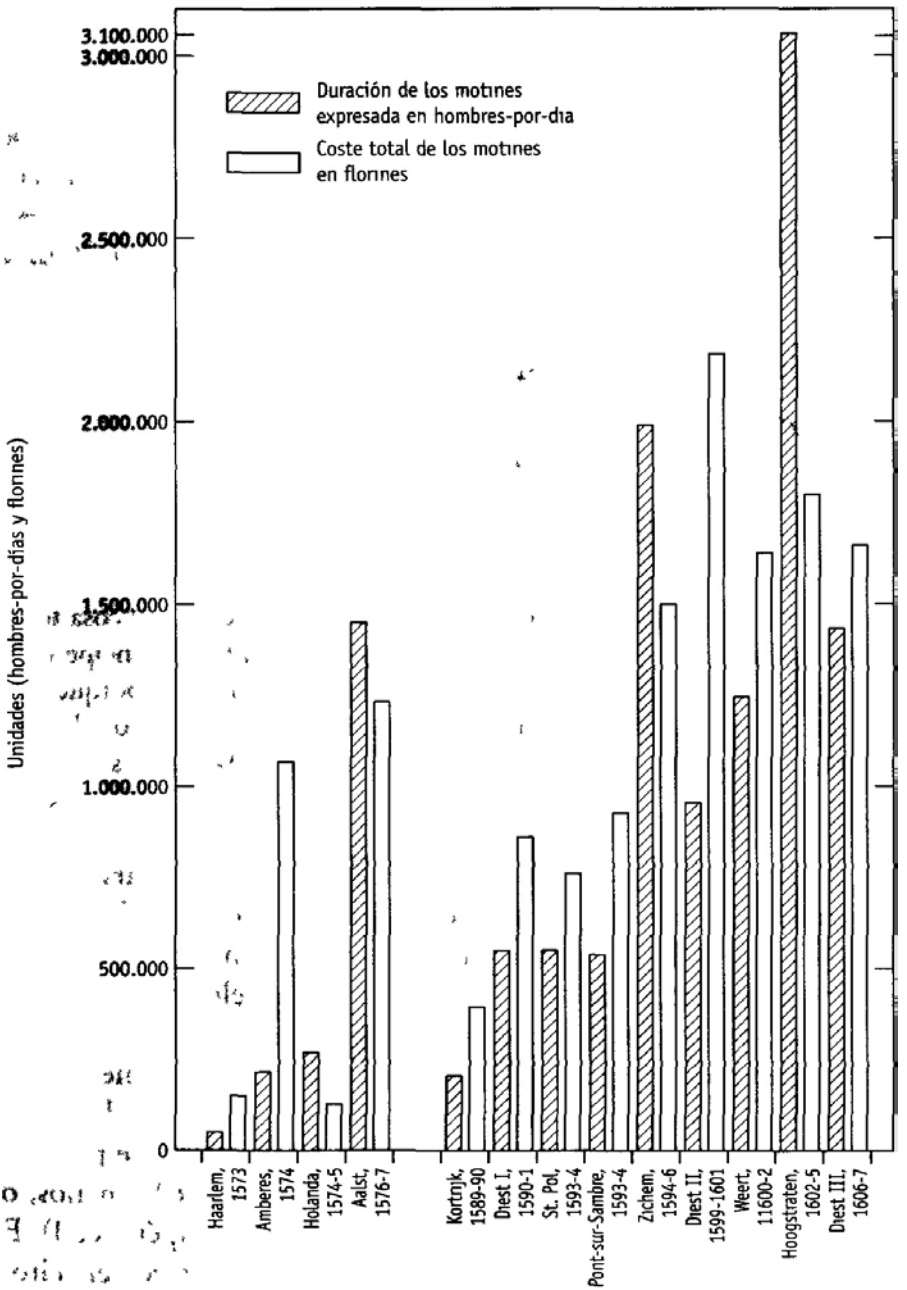


FIGURA 16. Los motines principales del Ejército de Flandes. La gravedad de una serie de motines de Flandes medida por lo que costaba solucionarlos y el número de «días de combate» perdidos por el Ejército. «Hombres por días». Es simplemente el producto

del número de hombres que participaban en los motines por el número de días que duraban. Se advierte claramente el aumento inexorable del costo y de la duración los motines.

Las revueltas militares, que se hicieron tan familiares al principio de la época moderna, tuvieron caracteres peculiares. No fueron simples *emeutes sans lendemain*, ni fueron sólo huelgas, aunque tuvieron puntos de contacto con ambas. Como las *emeutes*, fueron fundamentalmente producto de la miseria, se originaron en el peligro constante, en la incomodidad y en la pobreza de cada día; como en las *emeutes*, la provocación que en un momento dado daba lugar al motín podía ser insignificante —rumores sobre una nueva campaña sin paga, un insulto procedente de un oficial impopular, la suspensión accidental de las provisiones de víveres—. Podían incluso ser las esposas de los soldados quienes incitaban a sus maridos a la desobediencia[342]. Una vez que comenzaba la desilusión, cualquier causa bastaba para convertir el descontento pasivo en revuelta activa: «Los pequeños incidentes producen efectos graves sobre los hombres que se encuentran deprimidos por la ruina de las esperanzas que habían depositado en la última ofensiva, exhaustos por […] años de guerra[343]». Hasta ahora, sin embargo, la revuelta militar seguía la pauta de los levantamientos campesinos. Una vez convertida en desobediencia, los amotinados se organizaban con notable sofisticación para alcanzar sus objetivos, surgían líderes que los dirigiesen, seguían un plan racional y ordenado, y concentraban sus esfuerzos sobre metas limitadas y asequibles. Cuando se amotinaron los alemanes, la *gemeinde* (comunidad) de todos los soldados eligió un *bosat* (representante) para negociar con el alto mando, en el caso de los españoles (imitados más adelante por las otras «naciones» del Ejército) la tropa (el escuadrón) delegó toda la autoridad en un líder elegido (el «electo»), a quien asesoraba un consejo electivo. Los motines del Ejército de

Flandes, que acabaron por convertirse virtualmente en una institución de la vida militar, constituyen uno de los capítulos más antiguos de la historia de la negociación colectiva en Europa.

La inquietud solía manifestarse primero en una sección de un regimiento y después en el resto —los hombres peor pagados, las «picas secas» (soldados de infantería sin coraza) y los arcabuceros, formaban una especie de proletariado militar que era especialmente inclinado al desorden— pero el éxito dependía de la unidad. Una vez que un grupo había tomado la determinación de amotinarse, tenía que convencer a todos sus otros camaradas a unírseles. Esta era la etapa crucial de todo motín. En su descripción del motín del «tercio viejo» en 1589, que comenzó con los piqueros, don Carlos Coloma advirtió esta circunstancia: «Como por momentos se iban pasando muchos arcabuceros y mosqueteros al bando de los sediciosos, estaba el negocio a pique de suceder un gran inconveniente». En este momento llegaron el maestre de campo y sus oficiales y con valentía y sentido común se las arreglaron para aislar a los líderes del movimiento y persuadir luego a los demás a que renunciaran al intento[344]. Pocos motines se apaciguaron con tanta facilidad. En la mayoría de los casos seguían la bandera de la sedición la mayor parte de los soldados de un regimiento o guarnición, y entonces los amotinados podían expulsar a todos los oficiales y a cuantos se negaran a unírseles en pie de igualdad. Si los capellanes, tambores e incluso tenientes deseaban tomar parte en el motín, lo hacían al mismo nivel que el más pobre de los piqueros. El conjunto de todos los amotinados se reunía después y elegía democráticamente a su «electo» (líder), a un consejo para asesorarle (compuesto por un grupo de tres a ocho soldados) y un secretario para escribir las órdenes y hacerse cargo de la correspondencia. El electo gobernaba a sus tropas con autoridad absoluta. No había

apelación ante sus órdenes; la disciplina era mantenida con mano de hierro; toda desobediencia se castigaba con la muerte inmediata. Como escribió Bentivoglio en su famosa descripción de los «Motines de Flandes», «nunca se ha visto desobediencia que produjera mayor obediencia[345]».

Después de elegir a sus líderes, los amotinados se aprestaban a defenderse. Las guarniciones que se rebelaban estaban, naturalmente, seguras tras los muros que defendían, pero, cuando se amotinaban destacamentos del ejército en campaña, tenían que tomar por sí mismos una ciudad fortificada, frecuentemente mediante el recurso de persuadir a su guarnición a amotinarse para que así les permitiera entrar en ella. Si lo conseguían, los amotinados buscaban el modo de conseguir recursos y formular sus agravios. Para veteranos armados y montados, que contaban para su defensa con una ciudad fuertemente amurallada, resultaba relativamente fácil conseguir las subsistencias a costa de los pueblos indefensos de las cercanías. Los amotinados de Zichem en 1594 exigieron contribuciones en un radio de 50 millas, incluso de pueblos situados debajo de las murallas de Bruselas, sede del gobierno. Los de Hoogstraten en 1602-1605 recaudaron contribuciones en lugares tan distantes como Trier, Aquisgrán, Luxemburgo y Lorena; en mayo de 1604 pasaron por Hainaut en una larga *chevauchée*, transportando su propia artillería para cobrar contribuciones con mayor eficacia y para impresionar al gobierno con este alarde de fuerza[346]. La resistencia a hombres decididos como éstos era imposible. Cuando las depredaciones de los amotinados de Diest en 1591 obligaron a los ciudadanos de St. Truiden a crear una especie de guardia local para defenderse, los veteranos amotinados no descansaron hasta destruir y aniquilar esta milicia circunstancial en una batalla campal[347].

La furia de los amotinados no sólo podía dirigirse contra los

extraños, sino también contra los líderes elegidos por ellos mismos. El escuadrón, el cuerpo social de los amotinados, retenía siempre el control último sobre su «política exterior», por lo menos. No se podía hacer ninguna proposición ni oferta al gobierno sin el consentimiento de todos. Un electo, o cualquier otro amotinado que negociara con el gobierno o con el enemigo por su propia cuenta, era pasado por las armas[348]. Normalmente los amotinados particulares exponían sus deseos al electo y a su consejo, fijando una hoja de papel o cartel en un lugar público. Los carteles de los amotinados de Amberes en 1574 fueron leídos en público por el sargento de guardia, permanecieron durante un día en la puerta del puesto de guardia, y no fueron llevados al electo hasta la puesta del sol; en el motín del tercio de Italia, también en 1574, todos los carteles de los soldados fueron clavados en un cierto «árbol de justicia» antes de ir al electo[349].

Una vez que los amotinados conseguían ponerse de acuerdo respecto de las condiciones en que estarían dispuestos a retornar a la obediencia, podían iniciarse las «conversaciones». A veces sería un personaje respetado por ambas partes (el ideal era uno de los caballeros que servían como soldados rasos) el encargado de mantener una conferencia (parlamento) con el electo (o con todos los amotinados reunidos, según el poder relativo de cada uno) para luego pasar el informe al gobierno. Otras veces, el electo o el escuadrón podían negociar directamente con el gobierno por carta[350]. En ambos casos, el objetivo de las dos partes era poner por escrito los agravios de los amotinados en forma articulada, normalmente una especie de Carta Magna de peticiones a las que había de responder el capitán general.

No era difícil prever las peticiones. El primer lugar lo ocupaban inevitablemente las exigencias de pago de todos los haberes atrasados adeudados a los amotinados y a sus camaradas muertos[351]. Luego venían las peticiones de seguridad: los

amotinados exigían un perdón total (acompañado de garantías) por su actuación, y pasaportes para sus líderes y para cuantos deseasen abandonar los Países Bajos después de haber cobrado. Una tercera petición que nunca faltaba era la de una «revista general» por la que cada soldado pudiera elegir la unidad en que deseaba servir, fuera de infantería o de caballería. Esta concesión les daba la posibilidad de escapar a la tiranía de algún oficial o sargento malévolo. Finalmente podían especificarse otras reclamaciones. En los dos motines de 1574 los veteranos españoles exigieron un hospital militar para atender a los heridos, un almacén para proveerlos de víveres a precios asequibles a sus posibilidades, y un cirujano y un capellán para cada compañía. Pidieron que ningún soldado sufriera castigos corporales sin el debido juicio, y que todo oficial que, enfurecido, echase mano de la daga y apuñalase a un soldado fuera juzgado por delito de agresión[352]. Estas y otras peticiones parecidas eran enviadas al capitán general para su consideración. Si podía satisfacer todos los puntos importantes, la solución del motín se convertía en una simple cuestión práctica: cómo y cuándo podría pagarse a los soldados. En las revueltas pequeñas, en las que los atrasos fueran de 200.000 florines o menos, el pago podía hacerse generalmente sin mucha demora, pero los motines mayores implicaban dificultades mayores también. A menudo se precisaba una provisión especial desde España y, como ésta podía tardar meses en llegar, lo aconsejable era un arreglo provisional. En estos casos el gobierno aceptaba las peticiones de los amotinados, les prometía satisfacción y paga completas, y, entre tanto, les garantizaba una paga mensual regular (llamada «sustento») a cargo del tesoro militar, más una ciudad del interior de poca importancia estratégica que les serviría de refugio. A cambio, se exigía a los amotinados dejar de recaudar por sí mismos las contribuciones en la región; debían evacuar la

ciudad que habían tomado, y debían actuar como guarnición oficial de la nueva ciudad que les concedía el gobierno. Sobre todo, el «sustento» obligaba a los amotinados a tomar parte en las campañas regulares del Ejército, si se presentaba alguna emergencia. Si bien el costo acumulativo del sustento mensual era enorme —en un motín largo podía ascender a tanto como el total del importe de los atrasos mismos—, los amotinados eran frecuentemente los veteranos más expertos del Ejército y su intervención en una campaña podía decidir la balanza por el éxito o por la derrota[353].

Los amotinados eran profesionales expertos —ésa era su mayor ventaja—. El gobierno acababa siempre por verse en la necesidad de comprar su sumisión. Después de aceptada la petición de agravios, los oficiales del Departamento de Cuentas (Contaduría del Sueldo) podían entrar en la plaza fuerte de los amotinados. Lo primero que hacían era identificar a los presentes y las compañías a que pertenecían, luego volvían a sus oficinas para trabajar sobre las nóminas (pliegos de asiento) de cada compañía hasta determinar la deuda contraída por el gobierno con cada uno de ellos. Se calculaban los sueldos totales de cada amotinado y de ellos se deducía el importe de la ropa, alimentos y dinero ya entregado. Normalmente las compañías que tenían a alguno de sus soldados en el motín cobraban hasta el último maravedí sin hacer distinción entre tropas leales y tropas amotinadas: se pretendía con ello tratar a todos por igual para evitar la impresión de que sólo se recompensaba a los desobedientes.

En cuanto se terminaba de preparar la nómina de cada uno, se comunicaba a los amotinados el resultado y se les pedía su opinión. De entre todos los componentes de cada compañía se elegía a dos o tres soldados, de los más antiguos, para que declararan bajo juramento lo que recordaban respecto del dinero pagado y la duración del servicio de todos los soldados.

El intercambio de información entre el contador y estos representantes (diputados) de las compañías se ponía por escrito en la hoja de las cuentas del soldado correspondiente, notando problemas menores y específicos, tales como la fecha en que se alistó, la fecha en que había recibido alguna «ventaja», el número de días que había estado ausente y otros por el estilo. Otras cuestiones más generales —cuántos de los haberes atrasados adeudados a los fallecidos debían pagarse y a quién— se concretaban directamente por carta entre el electo y el capitán general[354].

Sería un error ver este regateo como una formalidad. Los obstáculos que dificultaban el modo de averiguar la verdad de los atrasos de un veterano eran reales. El problema fundamental consistía en saber el tiempo que había transcurrido entre el momento en que se formaron las listas de la compañía y el arreglo de cuentas. En el motín de Amberes, por ejemplo, en 1574, los registros de la compañía con los que debía trabajar la Contaduría (el Departamento de Cuentas) eran los formados siete años antes en 1567. Hombres que en 1567 eran «jóvenes» eran viejos siete años después, los considerados como «sanos» en las listas estaban ahora cubiertos de cicatrices y heridas. Además de estos problemas de identificación, al gobierno le resultaba difícil averiguar qué cantidades habían tomado o recibido los soldados que se encontraban en los Países Bajos desde su llegada, y esta confusión aumentaba por la presencia en el motín de muchos españoles recién llegados y de algunos «valones españolizados» que se presentaban como veteranos de los tercios, sin serlo. Finalmente, bastantes veteranos aparecían inopinadamente, procedentes de escondrijos o de algún hospital, para reclamar lo que se les adeudaba[355]. Para esta situación sólo había un remedio: aceptar a todos los amotinados —4562 hombres— en la revista final, accediendo el gobierno a pagarles la mitad exactamente del total de sus reclamaciones y a

pasar por alto el dinero y lo recibido en especie «a cuenta»; y esto fue precisamente lo que se hizo[356]. Fue preciso llegar a compromisos similares en todos los motines ocurridos con posterioridad en los que había en juego dinero atrasado de muchos años; ¡resulta irónico que sólo pudiera haber certeza en los casos en que las tropas se amotinaban por segunda vez, ya que sus cuentas habían sido plenamente verificadas la vez anterior!

Puestos de acuerdo sobre todos los detalles, hasta los más insignificantes, de lo adeudado a cada uno, el tesoro organizaba una fuerte escolta que se encargaría de custodiar el metal precioso hasta la plaza fuerte de los amotinados. En una de las iglesias de la localidad se comunicaba a los hombres la condonación formal de su falta y se les pagaba. Cada uno recibía al contado en el sombrero (igual que se hace hoy día en la Royal Navy) todo lo que se le debía, el «remate», y a su salida de la iglesia ya les esperaban los acreedores. Bajo la supervisión del sargento, tenían que satisfacer sus deudas hasta el último maravedí y al contado; los amotinados cuyas deudas sobrepasaban el total de los atrasos que habían cobrado eran condenados a galeras sin más[357]. A continuación había una «revista general», en la que cada uno podía enrolarse, si lo deseaba, en otra compañía. A los que querían abandonar el Ejército se les entregaba un salvoconducto, aunque la expatriación militar favorecía también al gobierno, ya que era tan difícil retornar a España, Italia o Alemania desde los Países Bajos como desertar. Los campesinos solían tender emboscadas, robar y matar a cuantos soldados encontraban, sin molestarse demasiado en averiguar si tenían pasaporte o no, y los amotinados, con sus bolsas llenas de plata, constituían un objetivo obvio. En general, sólo los que tenían algún motivo especial para temer alguna venganza optaban por salir furtivamente de los Países Bajos después de los motines[358]. Los

líderes del motín solían ser gente señalada: era frecuente que el electo y al consejo se les exigiera abandonar el Ejército como condición para el arreglo del motín. Los oficiales regulares y los soldados de clase social superior amotinados solían también preferir una retirada prudente, llevándose sus ganancias. De los 41 amotinados de Pont-sur-Sambre que solicitaron, y a quienes se concedió, la licencia definitiva en 1595, 14 eran «entretenidos[359]».

Estas precauciones no estaban totalmente de más. El alto mando contaba con medios lícitos y no lícitos para librarse de aquellos que habían demostrado dotes para promover revueltas y organizar la desobediencia. Muchos líderes de los motines fueron muertos por los delitos cometidos, después de apaciguados los tumultos. Frecuentemente se remitía a los tribunales españoles una lista de los amotinados indultados para que, si volvían a quebrantar las leyes en España o Italia, se les pudiera aplicar el castigo máximo. A veces se perdonaba a los amotinados la desobediencia, pero se les castigaba de alguna otra forma —por ejemplo, con el destierro—. Así, en 1599, los amotinados de la ciudadela de Amberes, después de cobrar todo lo que se les debía, fueron perdonados, pero a continuación se les conminó a salir de los Países Bajos en el plazo de doce días. Otro tanto ocurrió a los amotinados de la ciudadela de Gante y a los de Lier, a fines de ese mismo año. Alguna de estas tropas, españoles en su mayoría, desafiaron la orden de destierro y volvieron a alistarse en uno de los tercios, pero muchos de ellos fueron asesinados por los campesinos alemanes cuando trataban de huir a Italia. Muchos más, desesperados, se pasaron a los holandeses[360].

En 1607 se empleó la misma estrategia contra los amotinados de Diest: fueron perdonados y pagados el 27 de noviembre, pero el 4 de diciembre se les declaraba proscritos y debían pagar 25 escudos cada uno, si en el plazo de veinticuatro

horas no abandonaban los Países Bajos. En diciembre de 1609 el gobierno fue más lejos: todos los amotinados que ya hubieran participado en tres motines, fueran soldados, oficiales o entretenidos, quedaban proscritos. Eran expulsados incluso aquellos examotinados que se habían retirado del Ejército y todavía continuaban en los Países Bajos en calidad de civiles. Con la paz en todos los frentes, el alto mando pudo, por fin, dar rienda suelta a sus sentimientos de exasperación contra los amotinados que habían consumido tanto dinero y abortado tantas campañas[361].

No todas las tropas se amotinaron, sin embargo. A pesar de los continuos temores del gobierno de un «motín general», que habría sembrado la agitación en todo el Ejército por causa de los atrasos, esto no llegó nunca a materializarse en la realidad. En buena medida, el carácter caótico de la hacienda del Ejército sirvió por sí mismo de instrumento para prevenir una revuelta general. Puesto que el Ejército vivía siempre al día, algunas unidades andaban en la miseria durante largas temporadas, mientras que otras vivían con relativa holgura. No se descuidaba el pago de todas las tropas, sino de algunas de ellas. Además, no se podía prever. Así, los 600 españoles que guarnecían la nueva ciudadela de Amberes después de julio de 1587 cobraron los sueldos de 106 meses por prestar servicio hasta mayo de 1596, período de ciento siete meses exactamente. Ningún ejército se comportó mejor que aquél. Pero después de mayo de 1596 la hacienda militar parece haberse olvidado totalmente de la guarnición de Amberes; durante quince meses no llegó prácticamente nada, y el 8 de agosto de 1598 la guarnición se amotinaba. Los atrasos que le correspondían totalizaban la cantidad de 159.285 florines, que, repartidos entre los 600 hombres que componían la guarnición, valían bien la pena un motín[362]. De igual modo, las tropas italianas que servían en los Países Bajos después de 1582

estuvieron relativamente bien pagadas hasta 1591, porque el príncipe de Parma se preocupó particularmente de su bienestar. Sin embargo, el corte drástico en las provisiones de España que tuvo lugar en 1592 y la hostilidad del nuevo régimen hacia todos los italianos a partir de entonces no tardó en provocar el amotinamiento de la mayor parte de los italianos del Ejército (en Pont-sur-Sambre en 1593 y en Zichem en 1594). Las deudas a los italianos se remontaban a 1582, pero la mayor parte databa de 1590. El caso del electo del motín de Zichem, Esteban Milanese, fue representativo a este respecto: su sueldo, entre 1582 y junio de 1590, era de 944 florines, y percibió 628 florines, equivalentes al 66 por 100; en cambio, entre junio de 1590 y julio de 1594 (en que ocurrió el motín), ganaba 1112 florines, y cobró sólo 490, es decir, el 44 por 100[363].

Aun dentro de una unidad «descuidada», los efectos no eran los mismos para unos asalariados que para otros. El sistema de «socorro» (paga de subsistencia que cobraban todos los soldados, igual para todos), que gozó de tanta aceptación entre el alto mando en el siglo XVI, fue especialmente perjudicial para los soldados que tenían alguna bonificación (ventaja o entretenimiento): sólo percibían esas bonificaciones cuando había revista de paga. En consecuencia los entretenidos acumulaban atrasos en proporciones alarmantes. En el motín de la guarnición de Amberes en 1598-1599, uno de los veteranos, Diego de Torre, «un viejo de cabello muy blanco», tenía 25 escudos de entretenimiento atrasos desde 1584; se le pagaron 5248 florines. La caballería ligera acumulaba también atrasos con rapidez: 71 jinetes de una compañía, en el mismo motín, percibieron 51.627 florines por sólo dos años de servicio (mayo de 1596-agosto de 1598), a un promedio de 727 florines cada uno[364]. Más sorprendente todavía fue el caso de dos jinetes de la caballería albana que se unieron al motín de Lier en julio de 1598. Cobraron todos sus atrasos el 7 de febrero de

1599. El 13 de octubre de ese mismo año su compañía volvía a amotinarse, ya que no había percibido nada desde su retorno a la obediencia: a cada uno de los soldados, que no tenían bonificación, hubo que pagarle 205 florines por el corto servicio de ocho meses y cuatro días[365]. Subiendo en estas proporciones el importe de los atrasos, interesaba, evidentemente, a los soldados amotinarse todos los años. Muchos así lo hicieron. Los motines se convirtieron en el «remedio doméstico» de los veteranos del Ejército de Flandes[366].

He aquí otra de las razones fundamentales de la creciente incidencia de los motines en el Ejército de Flandes —el éxito —. El alto mando se veía cogido: si no pagaba a los amotinados, asolaban la región y paralizaban los esfuerzos militares del gobierno; si, por el contrario, atendía a sus reclamaciones, otras tropas, viendo cómo sus camaradas llenaban los bolsillos, se sentían incitados a imitarlos. Este dilema llevó con frecuencia a decisiones provocativas. Muy a menudo se prometió dinero a regimientos que se encontraban en el frente, pero en el último momento se echó mano de ese dinero para pagar a un grupo de amotinados. La cadena de sucesos que atizó el importante motín de Zichem ilustra como nada este hecho. El tercio italiano de don Gastón Spínola, que había servido desde 1582 sin interrupción, fue trasladado de Frisia a Brabante en junio de 1594 para preparar una nueva campaña en Francia. A los andrajosos veteranos se les prometieron a fines de julio dos pagas —¡aparte de los atrasos! — y, entre tanto, se les concedió el pueblo de Aarschot, en la Campine, para establecer su cuartel. A su llegada descubrieron las murallas en ruinas, pocos habitantes y menos camas. Poco después se enteraron casualmente de que las dos pagas que se les destinaban habían sido empleadas para licenciar a sus camaradas italianos del motín de Pont. ¿Qué otra cosa cabía

hacer sino amotinarse[367]?

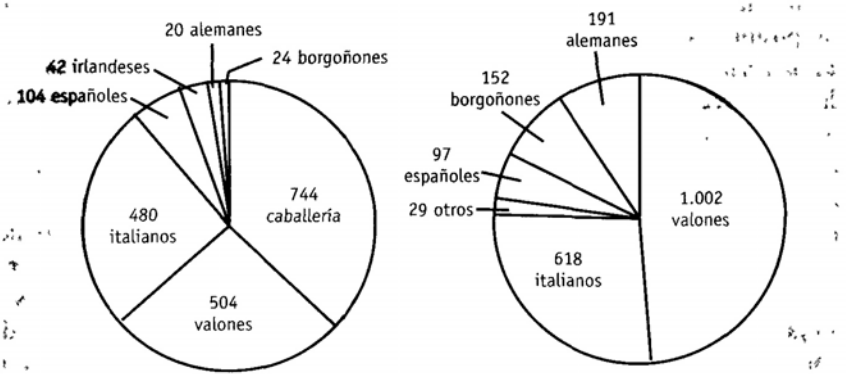


FIGURA 17. Composición internacional de los dos últimos motines del Ejército de Flandes.

En el motín de Weert, julio de 1600 - marzo de 1602, participaron 1.927 hombres. (AGS E *618, revista de los amotinados, 24 de marzo 1601.)*

En el motín de Diest, diciembre de 1606 - noviembre de 1607, tomaron parte 4.052 hombres. (AGS E *2289/269, revista.)*

Un cínico observador se preguntaba en 1605 por la diferencia entre el soldado amotinado y el leal en el Ejército de Flandes. El amotinado, reflexionaba, estaba confortablemente instalado en una ciudad grande, lejos del combate, percibiendo generosas retribuciones de la región o del gobierno y seguro de cobrar la totalidad de sus haberes. Por contraste, los soldados leales no cobraban, no se les alimentaba y nadie les protegía contra los ataques enemigos[368]. Nada tiene de extraño, pues, que la costumbre y las técnicas del motín, perfeccionadas por los españoles (y en menor grado por los alemanes), hubieran sido copiadas y adaptadas por las otras «naciones» del Ejército. En octubre de 1576 los Estados Generales de los Países Bajos se lamentaban de que «los soldados de este país, que hasta ahora ignoraban lo que era un motín, hayan aprendido estratagema tan bien, que sólo podemos esperar rebeliones y levantamientos constantes de las tropas[369]». Sus temores estaban bien fundados. La ciudad de Zierikzee, en Zelanda, se rindió a un

ejército conjunto de españoles, alemanes y valones el 2 de julio de 1567. Acto seguido, los españoles se amotinaban y se encaminaban a Brabante, al mismo tiempo que reclamaban sus haberes. El 4 de agosto los valones dirigían una carta a los españoles, que para entonces habían llegado a Aalst, recordándoles la «buena amistad y entendimiento que ha existido entre nosotros», y sugiriéndoles una más estrecha unión a fin de conseguir su común meta. Otra carta del mismo tenor seguía el 8 de septiembre, y las posibilidades de una «entente» multinacional entre la soldadesca descontenta parecían inminentes. El «motín general» pudo evitarse gracias únicamente a la ola de reacción violenta contra los españoles ocurrida en los Países Bajos en 1576, a lo que se unió el ofrecimiento de los Estados Generales de pagar por su cuenta a los soldados flamencos que militaban en el Ejército de Flandes[370].

En los años noventa del XVI, los motines multinacionales fueron más frecuentes, estimulados, sin duda, por la tendencia del alto mando a servirse de las tropas de las diferentes «naciones» combinadas formando escuadrón. Si estallaba un motín entre los soldados de una «nación» en una de las guarniciones, por general existía la posibilidad de persuadir a los de las otras «naciones» de la misma ciudad a que se les unieran —después de todo, nada tenían que perder—. Los italianos del Ejército en campaña de 1593-1594 que se amotinaron en Pont-sur-Sambre y en Zichem se vieron muy pronto secundados por irlandeses, valones, borgoñones y otros camaradas descontentos; en Zichem se decía que en el campamento se hablaban trece idiomas diferentes. La figura 17 ilustra el carácter cosmopolita de los dos últimos motines, Weert y Diese.

No obstante, parece claro que el dinero no constituyó el único motivo de los motines, ya que, de otro modo, se

hubieran rebelado todas las tropas. Por el contrario, muchas unidades, a las que se adeudaban grandes cantidades de atrasos, permanecieron leales, mientras que otras, a las que no se les debía habitualmente nada, se sirvieron de los pretextos más insignificantes para rebelarse ¿Por qué? Los carteles (hojas volantes) que circulaban entre los amotinados nos hablan de otros agravios además.

En primer lugar, el factor claramente perceptible de la fatiga de la guerra y de la frustración ante la duración e inutilidad de la guerra, que encontró un modo de manifestarse en el motín. En los sangrientos combates librados entre 1572-1576, época en que este sentimiento se manifestó más claramente, las tropas españolas que formaban la punta de lanza de la invasión de Holanda fueron consumidas por las penalidades y por el frío del sitio de Haarlem en invierno. Ya en diciembre de 1572, cuando apenas había comenzado el sitio, a los tercios se les debían veinte mensualidades, y el duque de Alba se «asombraba de que pudieran tolerarlo». Cuando la ciudad se rindió, en julio de 1573, los veteranos percibieron sólo cuatro pagas, en concepto de paga de asalto (Haarlem se rindió bajo condiciones y, por tanto, no pudo ser saqueada). El disgusto que les produjo llevó a los españoles al motín. Un tanto apaciguados por el pago de 30 escudos per cápita, los tercios fueron enviados a sitiar Alkmaar y Leiden (ninguna de las dos fue tomada); después se les envió, sin nueva paga, a oponerse a otra invasión de Luis de Nassau en la región oriental de los Países Bajos. Cumplida su misión, volvieron a amotinarse (abril de 1574). Los amotinados pedían «que Su Excellencia no pueda tener los soldados mas de seis meses en campaña si no fuere gran necesidad, causa de los grandes trabajos que con los frios y nieves se pasa, y a causa dello se an muerto muchos soldados, elados por los caminos y haciendo en las trincheras sus centinelas». Otras unidades experimentaban

idénticas privaciones. A fines de 1574, los españoles que habían partido para combatir en Holanda, y que desde junio del año anterior no habían percibido ni una sola paga, prefirieron amotinarse también, antes que pasar otro invierno sin cobrar en la helada llanura. Su ruego era parecido «Suplicamos […] que el tiempo que el enemigo no campeare o no estuviere en sitio de tierras, nos mande Vuestra Excellencia alojar los inviernos en villas cercadas e pobladas donde la gente se rehaga[371]».

La fatiga de los veteranos ante la presencia del enemigo se comprende mejor si se tiene en cuenta que en el Ejército de Flandes no existía ningún sistema establecido para retirarse de la línea del frente. Si bien podía una unidad dejarlo cuando era de tan reducido número que resultaba antieconómica, era opinión general que las tropas expatriadas y selectas debían estar constantemente en combate con el enemigo. En alguna manera, esta irracional práctica se basaba en que no se había adaptado la organización militar del medievo, según la cual la guerra terminaba todos los años por octubre, haciendo posible que las tropas pasaran el invierno acuarteladas como si estuvieran de guarnición, a las guerras de ahora, más intensas, que se prolongaban a lo largo de todo el año. No eran cobardes, ciertamente, las tropas expatriadas —el hecho de que se amotinaran después de una operación, después de la victoria de Mook, después a toma de Haarlem y de Zierikzee, lo demuestra —, pero el servicio activo continuado, sin un día de descanso siquiera, desanimaba y desmoralizaba hasta a los veteranos más curtidos. Los motines permitían, no cabe duda, un breve respiro[372].

Los motines implicaban también protestas de carácter más profundo y fundamental. Los amotinados se quejaron a menudo de humillaciones por parte de sus superiores. En 1574 los amotinados de Amberes pedían que nadie pudiera recibir «castigo afrentoso como son tratos de cuerda si el delito no lo

mereciere porque con poca razón suelen dexar un hombre de honrra afrentado y con ocasion de apartarse de la disciplina y amigos, los quales quedan yndinados y confusos[373]». Ya hemos descrito la tiranía ejercida por los oficiales sobre sus hombres, que se extendía a todos los aspectos de la vida militar (cf. más arriba); añádase a ello que los hombres eran insultados a diario por las expresiones despectivas en que se les dirigían los jefes. Eran «labradores y lacayos», «*canaille*», «vagamundos y chorrilleros», «la gente mas vil y ruin que ay», «gente común para que sirva de terror y escarmiento para lo de adelante»[374] ….

El soldado raso de principios de la Europa moderna era de este modo despreciado por sus oficiales, odiado por los civiles y por ambos ultrajado. ¡Pero cuando se amotinaba! Al amotinado se le respetaba, se le temía, se le daba gusto; era «alguien». Puede ser muy bien que, como se ha sugerido con respecto a las revueltas populares del siglo XVII en Francia, «los motines del Ejército de Flandes fueron, en parte, manifestación de la dignidad del desgraciado, una irritación colectiva de la existencia» por parte de los soldados humillados[375]. En primer lugar, su vanidad se veía halagada por las elocuentes súplicas con que sus paternales jefes les bombardeaban, en las que apelaban a su sentido del honor y del deber, y a sus distinguidos servicios pasados: se convertían en «los señores soldados». El duque de Alba saludaba siempre a sus soldados amotinados como a hijos cariñosos y respetados —«magníficos señores hijos»—, firmando él mismo, con la mayor mansedumbre, «Vuestro buen padre». Parecidos tonos adoptaban otros jefes (confróntese la figura 18). Los soldados no son insensibles a estas suaves insinuaciones: el estilo y afectación de sus cartas igualaban pronto a los del propio gobierno. Los secretarios de los motines comenzaban a formar el archivo; tenían su sello distintivo para autentificar la

correspondencia, con un emblema simbólico no exento frecuentemente de artificio (cf. figura 19). En uno de los motines los participantes encargaron dos banderas oficiales, en cuyos pliegues podían verse efigies de la Virgen María llevando a Cristo en los brazos, junto con el lema «Pro Fide Catholica et Mercede Nostra». Estos amotinados, que fueron empujados desde Hamont a Hoogstraten, luego hasta Grave y, finalmente, hasta Roermond, entre 1602 y 1605, se atrevieron incluso a adoptar el título de «República de Hoogstraten», vestían verde para distinguirse de los soldados de las otras dos partes y se preciaron como ciudad-estado independiente y neutral. Sólo abandonaron su independencia nominal cuando los leales españoles les declararon proscritos y obligaron a pasarse a los holandeses. Los amotinados se negaron a admitir esta postura; ofendidos, redactaron un escrito de notable extensión, en que se excusaban por su acción, que fue publicado en varias lenguas[376].

Muy mag.cos señores
y [illegible] mios:

Mons.r de Hierges escrive a V.s m.s pidiendoles por m.d que hagan alto algunos dias en estos alojamientos, adonde seran proveydos abundantemente de municiones y porque no se puede escusar con los [illegible] y [illegible] me parece sera bueno que se contentan de recibir algunos dineros a buena q.ta de sus pagas como ya a los otros tengo escrito; y presto verna el correo que se despachó a su Ex.a con el qual tengo por cierto que verna el remedio que todos deseamos. Mucha m.d recibire yo en que V.s m.s hagan lo que Mons.r de Yerges pide, pues la voluntad [illegible] que tiene del bien a toda la nacion Española es de mucho mas merescedores. Y sera bien que V.s m.s le respondan luego, y hagan saber su voluntad. Nro señor g.de [illegible]. De Harlem a 8 de Diziembre 1574.

Gaspar de Robles [illegible]

Fran.co de Valdes

FIGURA 18. Deferencia en el trato con los amotinados. El maestre de campo Francisco de Valdés ruega a los soldados de su tercio amotinado (el «tercio de Italia») que permanezcan en sus puestos durante unos pocos días más y les promete y asegura que, en cuanto vuelva el correo que ha enviado a «Su Excelencia» (Requesens), con él «verna el remedio que todos deseamos» (es decir, el pago completo de los haberes). Adviértase que el jefe se dirige a los amotinados como a «Muy magníficos señores y hijos míos»; nótese también cómo firma: «Su padre que los ama y servirá». Fuente. BPU Geneve, Mo. Favre 60/215, Francisco de Valdés a los amotinados, 5 de diciembre de 1574, conservado en el archivo de los amotinados…

Ante la mentalidad de cuerpo de semejante fuerza existente entre sus tropas, el gobierno apenas podía hacer nada. En primer término, las tropas leales llegaban a menudo a luchar contra sus camaradas amotinados. Esto era perfectamente natural, como el propio gobierno reconocía, «porque, como todos son unos, es como quien dice: lo que hoy hicieres conmigo, haré contigo mañana[377]». En segundo término un ataque frontal directo contra un grupo concreto de amotinados, si bien podía tener éxito a corto plazo, podía producir graves efectos de retroceso a plazo más largo. Las secuelas del motín de los veteranos españoles de Haarlem en 1573 constituyen un buen ejemplo de lo que decimos. El motín, que duró dieciocho días, quedó arreglado mediante el pago de 30 escudos a cada hombre; pero en cuanto los amotinados se dispersaron, el duque de Alba y su hijo, don Fadrique (que mandaba las tropas), arrestaron a los cabecillas y descargaron sobre ellos toda la rabia que llevaban dentro (a pesar de haberles asegurado a todos el perdón), y luego se negaron a pagar nada a los enfermos, heridos y a los legatarios de los que habían muerto (no obstante haber empeñado solemnemente su palabra de hacerlo durante el motín). Al principio parecía que Alba hubiera conseguido un gran triunfo y logrado restablecer en plenitud su autoridad sobre su gente; pero cuando esas mismas tropas se amotinaron de nuevo en Amberes en abril de 1574, se

negaron prudentemente a fiarse de nada de cuanto les decía el gobierno. Exigieron como garantes de su perdón, en uno de los momentos de máxima ofuscación, al Papa y al rey de Francia, pero hablaban totalmente en serio cuando exigían seguridad con firma de Su Magestad Real […] y de otro modo en cosa alguna o se consienta, ni nos fiemos como nos fiamos del duque de Alva y su hijo Don Fadrique, siendo tan principales, y afirmándolo como lo afirmo con juramento el mismo Don Fadrique, «que palabras y plumas el viente se les lleva». Y añadían:

> Juramos a Dios y a la Señal de la Cruz, de no tomar blanca hasta que les den paño a los muertos como a los bivos, ni salir de Anveres sin sus pagas y las nuestras, aunque se perdiesen todos los estados. Y avisamos todos juntos a las compañías que primero passan que no vayan a tomar dineros sin que ayan dado las cinco pagas en paño a los muertos, y acordaos de lo de Harlem que se herian y matavan de veynte en veynte, y dezia Don Fadrique y Estevan de Ybarra [su secretario] que que [sic] no avia socorro ni dinero para malatos ni heridos.

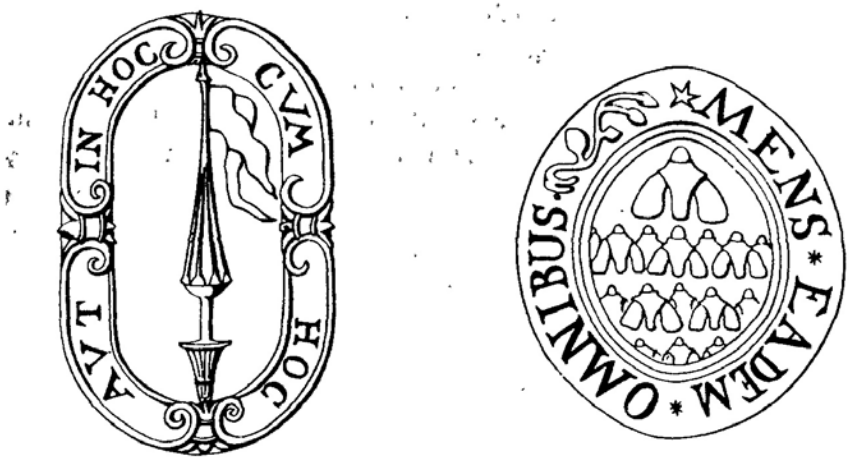


FIGURA 19. Los amotinados: grado de organización.

Sello de los amotinados de Pont-sur-Sambre (1593-1595).

Sello de los amotinados de Zichem (1594-1596).

Fuente: AGRB Audience *1814/1. (1 1/2 veces el tamaño real.)*

Parecería, pues, que la intransigencia y el cinismo de los amotinados de Amberes —que costó al gobierno un millón de

florines y, tal vez, la única oportunidad verdadera de ganar la guerra— fue consecuencia directa de la «tozuda» política de Alba después de Haarlem[378]. Parece, asimismo, cierto que los sucesivos edictos de proscripción publicados por el gobierno de Bruselas contra los amotinados españoles el 26 de julio, 2 de agosto y 22 de septiembre de 1576 provocaron el lamentable saqueo de Amberes a finales de ese año. Seguidos como piezas de caza de una parte para otra por tropas leales y por civiles ultrajados, con precio a sus cabezas, los españoles acabaron siendo rodeados y quedaron sin refugio seguro. En consecuencia, el 4 de noviembre, a primeras horas de la mañana, hicieron un ataque por sorpresa sobre Amberes, ganaron las murallas, sin preparación artillera alguna previa, y luego saquearon la ciudad. Allí encontraron seguridad y también satisfacción a sus reclamaciones de paga. El gobierno tardó mucho tiempo en adoptar una postura firme contra los amotinados. Sin embargo, en diciembre de 1594 cundió la sospecha de que los amotinados de Zichem estaban en contacto con los holandeses; y, lo que era peor, los amotinados se habían negado a ayudar al gobierno a salvar Groninga a principios de año, con lo que España perdió la última plaza fuerte que le quedaba en el norte. Así que el gobierno envió tropas leales y artillería para desalojar de Zichem a los «traidores». Los amotinados las rechazaron en una batalla campal (la única que hubo entre amotinados y tropas leales en toda la guerra) y resistieron dos asaltos de las fuerzas del gobierno. Sin embargo, la situación se hizo pronto insostenible y solicitaron, y les fue concedido asilo en el territorio de los Estados Generales (16-17 de diciembre). Esto afectó enormente al gobierno. Menos de un mes después ofrecía a los amotinados la ciudad de Tienen (Tirlemont) como garantía de que les serían satisfechas todas sus deudas[379].

Como se ve, aun a corto plazo, el uso de la fuerza contra los

amotinados no servía de nada; además, podía haber repercusiones a largo plazo más desastrosas todavía que las de Haarlem. Al principio, todos los amotinados eran relativamente razonables. Procuraban que su número no fuera elevado, sabedores de que sólo así podría el gobierno conseguir el dinero suficiente con que atender a sus reclamaciones con rapidez. Pero ataques como el de Zichem acabaron con esta moderación. Los amotinados estimaron de necesidad ineludible aumentar el número para defenderse. Así, pues, aceptaron de buen grado en el interior de su plaza fuerte a todos los veteranos descontentos que hubiera en el Ejército y llamaron apresuradamente a todos aquellos camaradas que habían ido a luchar en otras guerras o que habían vuelto a casa. No es extraño, pues, que en el alto mando hubiera siempre alguno contrario a cualquier medida que pudiera contrariar u oponerse a los amotinados[380].

En cualquier caso eran desaconsejables las reacciones «duras». Los amotinados no eran ciertamente revolucionarios. Un ataque directo y frontal por parte del gobierno les incitaba lógicamente a adoptar medidas desesperadas: se convertían en ratas acorraladas, amenazadas en su último refugio —pero, si se les dejaba en paz, el trastorno que ocasionaban no era tan grande—. Aunque estaban notablemente bien organizados y podían publicar manifiestos sorprendentemente sofisticados, carecían de programa político y social. No había intención positiva de sabotear la guerra para conseguir la paz; no había ningún movimiento encaminado a conseguir la igualdad social y a subvertir el orden establecido[381]. Este proletariado militar en ebullición, con su líder y su consejo, no es comparable, sino en sus caracteres externos, a un soviet y su comité revolucionario; los amotinados tenían pocos líderes con visión de futuro y, menos aún, con visión política. Todos los sellos, banderas y el título de «República» que se dieron a sí mismos

eran medio, no fin; los amotinados no pretendían crear una ciudad-estado, sino simplemente querían que se les pagase. Pedían condiciones mejores de servicio mientras estaban en el Ejército, o libertad de irse a casa justamente recompensados. En una palabra, el motín fue simplemente una protesta colectiva, una especie de huelga, con el fin de persuadir al Estado a tratar a sus empleados más honestamente, más humanamente, más respetuosamente.

Esta interpretación mecanicista, «mercenaria», se halla confirmada por la desaparición de los motines del Ejército de Flandes después de 1607. La larga tregua con los holandeses (1607-1621) ofreció un período de calma en que apenas hubo lucha. Además, las cosechas fueron buenas y de España llegó apoyo financiero adecuado. En 1623, después de sólo dos años de guerra, Spínola se las arregló para conseguir del príncipe de Orange la promesa de que no apoyar a los amotinados del Ejército de Flandes[382]. Esto constituyó una valiosa ventaja para el gobierno, pero no impidió de por sí que volvieran a producirse revueltas militares. Mucha mayor importancia tuvieron las mejoras llevadas a cabo por entonces en las condiciones del servicio —el hospital, la administración de justicia imparcial e independiente y otras, y, sobre todo, la provisión garantizada de pan, ropas y alojamiento para todos (cf. más arriba). Se consiguió incluso que las tropas cobraran las «pagas» adecuadas, no de acuerdo con el sistema de «socorros» uniformes, con lo cual los soldados mejor pagados recibían lo que les correspondía. De este modo se evitó que los regimientos o grupos menos atendidos acumularan grandes cantidades de atrasos y se consiguió también acabar en gran parte con el aguijón del hambre y del frío.

Hubo otro cambio importante en las condiciones del servicio en el Ejército Flandes que favoreció a la desaparición de los motines. En el siglo XVII, el control del gobierno sobre los

movimientos a través de las fronteras se hizo menos eficaz. Con ello los soldados pudieron desertar con mayor facilidad incluso los expatriados. Más importancia tuvo todavía el que, como veremos los franceses y holandeses, tan hostiles antes a todos los españoles, comenzaron a comprobar las ventajas de ayudar a huir a los desertores del Ejército de Flandes. Con ello podían impulsar la desintegración del ejército español. Pero hubiera sido más astuto cerrar las fronteras y forzar así a las tropas descontentas y fatigadas de la guerra a buscar descanso en la forma militar acostumbrada, mediante el motín. Así lo creía firmemente uno, por lo menos, de los consejeros de Felipe IV, don Sancho de Zúñiga y Monroy, marqués de Castañeda. En 1632 propuso Olivares que la deserción del Ejército de Flandes podía reducirse notablemente estableciendo guarniciones fuertes en las fronteras con Italia, España y los Países Bajos. A Castañeda no le pareció bien el plan; decía al Consejo de Guerra:

> Dado casso que se pudiesse reducir esto al intento que se lleva, y que en las salidas de Flandes y entradas de Italia y España se pudiesse poner remedio, siendo assí que la principal caussa es el mal tratamiento y necessidad que se passa en aquel exercito, es su entender que la oppression y imposibilidad de retirarse resucitaran los motines en Flandes, por cuyo medio tienen la livertad para salir y su dinero con que poder hacerlo, y que, siendo este inconveniente tan grande como la experiencia lo tiene mostrado, no juzga por menor que tomen resolution el irse a servir a los estados reveldes o a otros principes inconfidentes desta corona[383].

En último análisis, el motín y la deserción fueron los dos principales canales a través de lo que se hizo sentir el descontento militar; fueron las dos válvulas de seguridad para la soldadesca desesperada.

Si por alguna razón encontraba cerrado el recurso a uno de ellos, el descontento fluía irresistiblemente hacia el otro. Castañeda tenía razón: cualquier cosa menos el motín. En todo caso, parece que incluso los soldados expatriados han preferido la deserción al motín. Perdían la soldada, pero ganaban la

libertad y salvaban la piel; el gobierno perdía los servicios de sus tropas, pero conservaba su dinero. Deserción más fácil significaba menos motines, pero no era la solución perfecta. La deserción de por sí, a gran escala, originaba gran número de otros problemas al Ejército de Flandes[384].

CAPÍTULO 9

DESGASTE Y «REFORMA»

«Mire Vuestra Magestad en que numero se reduzen los sessenta mil hombres que alla [en España] se haze cuenta», escribía en cierta ocasión don Juan de Austria a Felipe II. Cuando don Juan llegó a los Países Bajos para tomar posesión de su cargo de gobernador y capitán general en noviembre de 1576, la situación del Ejército de Flandes era, efectivamente, desoladora. La muerte y las enfermedades habían cobrado un tributo salvaje entre las tropas que todavía permanecían leales al rey; la deserción había diezmado al resto. La realidad era que España sólo tenía bajo su control a 11.000 hombres, aislados en unas pocas plazas fuertes —Amberes, Maastricht, Roermond…—. El Ejército había perdido el 80 por 100 de sus efectivos en ocho meses[385].

Una desintegración de tales proporciones ocurrió raras veces. De todo ello, lo que queda muy claro es la resistencia estoica de las tropas de la Europa de principios de la época moderna ante la adversidad y ante el hambre; pocos ejércitos tolerarían hoy día semejantes penalidades. Entre octubre de 1570 y mayo de 1572, la infantería española que servía en los Países Bajos apenas percibió paga alguna, y su número se redujo en un 14 por 100, a razón de 0,7 por 100 mensual (fig. 20). Esto representa probablemente el desgaste más pequeño, en términos absolutos, de todos los ejércitos de entonces: las tropas estaban bien disciplinadas, curtidas por un prolongado servicio, y el período en cuestión fue de paz[386]. El desgaste de las mismas selectas tropas durante los años de guerra que siguieron fue también, con toda probabilidad, el más pequeño proporcionalmente de la época: fue sólo del 2 por 100 por término medio mensual hasta agosto de 1573, y del 1 por 100

más por mes entre marzo de 1574 y mayo de 1576 —período en que se dieron algunos de los combates más sangrientos de la guerra y en que compañías enteras murieron en acciones de guerra[387]. Las unidades españolas e italianas que formaron la punta de lanza de la reconquista de Brabante y Flandes entre 1582 y 1586 batieron una marca parecida. De 17.415 hombres enviados a los Países Bajos en el período que va de septiembre de 1582 a 1586, sólo 5845 estaban todavía en servicio en la revista de abril de 1586, lo que suponía una pérdida del 66 por 100, equivalente al 1,5 por 100 mensual[388]. Las tropas de las otras «naciones» del Ejército en tiempo de guerra perdieron entre el 2 y el 7 por 100 mensual.

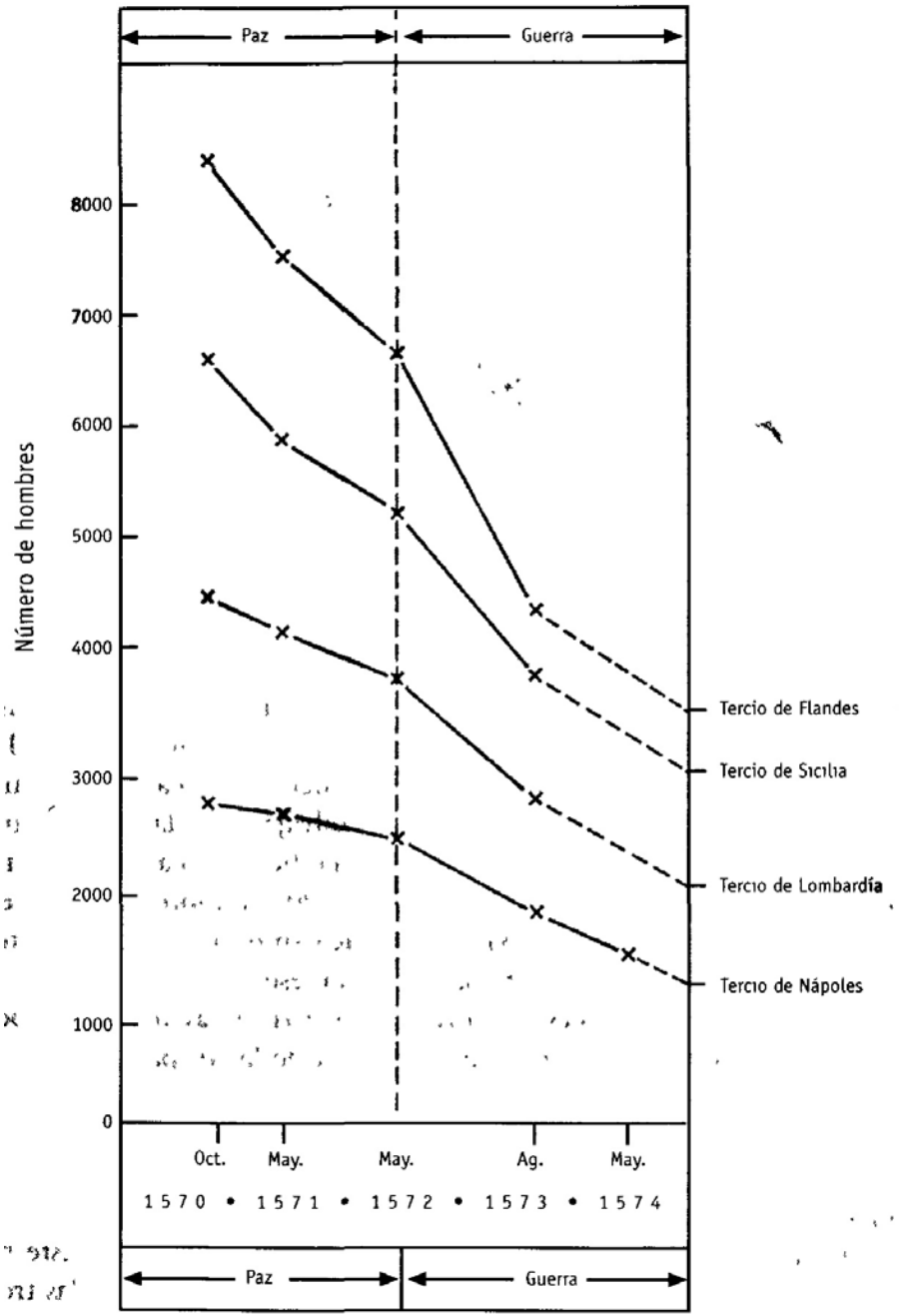


FIGURA 20. Bajas entre los veteranos españoles en los Países Bajos, 1570-1574. La proporción de bajas aumentó después de comenzar los combates en abril de 1572, pero, exceptuado el caso del tercio de Flandes (unidad en la que el número de veteranos fue

menor) el aumento fue más pequeño de lo que pudiera esperarse. La mayor parte de las bajas se debieron, tanto en tiempo de guerra como de paz a las deserciones y no a las muertes o a las lesiones. Fuente: AGS CMC 2a/63.

Aunque estas tropas estuvieron constantemente en la primera línea del frente, si consideramos los hechos con criterios modernos, las pérdidas acumulativas eran bastante elevadas. El ejército francés en el siglo XVIII (época para la que contamos con cifras precisas) perdió alrededor del 0,5 por 100 de sus efectivos por mes en tiempos de paz y, aproximadamente, el 1 por 100 mensual en tiempos de guerra[389]. ¿Qué factores contribuyeron a que las bajas en el Ejército de Flandes fueran notablemente más elevadas?

Los soldados que estaban con permiso eran muy pocos. Como hemos visto más arriba, el Ejército de Flandes no contaba con un sistema regular de licencias; únicamente motivos de carácter muy personal y urgentes —tales como la muerte de algún pariente cuya herencia era necesario reclamar, enfermedades incurables o razones de invalidez por heridas de guerra, el cumplimiento de votos religiosos— podían justificar un permiso para ausentarse del Ejército, y aun entonces el permiso era sólo temporal. En todo caso, los permisos se concedían exclusivamente a los oficiales y a los soldados de clase social distinguida. Entre 1582 y 1586, por ejemplo, sólo se concedieron 854 licencias a los soldados españoles e italianos, siendo el total de las bajas en ese período de 11.570[390]. El resto de los soldados murieron o desertaron. Es casi imposible mayor precisión: los datos son extremadamente escasos. Sin embargo, sabemos que entre mayo de y abril de 1574 el tercio de Nápoles sirvió en vanguardia de todas las operaciones de los Países Bajos y perdió el 41 por 100 de sus hombres: el 17 por 100 murió y el 24 por 100 se dio por desaparecido —probablemente desertaron[391]—. Las cifras que se dan para el regimiento alemán del conde Sulz en los años noventa de este mismo siglo

difieren un tanto. Entre el 18 de agosto de 1593 y el 3 de mayo de 1595, los efectivos del regimiento descendieron de 2264 a 1199, bajas que representan el 47 por 100, el 32 por 100 se dieron por muertos y sólo el 15 por 100, como desertores; pero las bajas producidas entre las tres «armas» diferían notablemente. (Véase la tabla adjunta).

	Pérdidas totales	Muertos	Desertores
Piqueros	585 (26%)	513(22%)	72 (4%)
Arcabuceros	349 (15%)	120 (6%)	229 (9%)
Mosqueteros	140 (6%)	98 (4%)	42 (2%)
TOTAL	1074(47%)	731(32%)	343 (15%)

Puesto que el número de piqueros y tiradores (arcabuceros y mosqueteros) es aproximadamente igual en este regimiento, resulta tan llamativa la elevada mortalidad entre los de pica como la deserción entre los tiradores, especialmente entre los arcabuceros. Sin duda que las míseras condiciones en que los soldados se veían obligados a servir tenían mucho que ver con esto. Los mosqueteros percibían bonificaciones considerables, y, en cuanto a los piqueros, el sistema de doble paga que funcionaba en la infantería alemana (cf. más adelante) proporcionaba a la mayoría de ellos una remuneración razonable, los arcabuceros eran, por tanto, los soldados peor pagados, y de aquí que fueran ellos los que desertaran[392].

La distribución de «ventajas» ejercía el mismo efecto restrictivo sobre las deserciones que las pagas dobles. La compañía valona del capitán Pierre de Nervése comenzó su existencia con ocho oficiales y 134 soldados, el 4 de agosto de 1629. Se le concedieron un total de 29 ventajas. El 17 de junio de 1630 sólo aparecían en la revista siete oficiales y 36 soldados —lo que representaba una reducción, en términos absolutos, del 70 por 100, o del 7 por 100 mensual—. De estas bajas sólo dos fueron por muerte, el resto había desertado. Los desertores eran casi en su totalidad los que no percibían ventajas.

Como la vida del soldado era normalmente una lucha constante por la supervivencia, no debe sorprender que los peor pagados fueran los primeros en desertar de sus banderas[393].

Los jefes del Ejército no se cansaban de repetir que la causa de que los soldados desesperados huyeran de los Países Bajos eran las penalidades y la escasa remuneración.

> Alguna infantería que sirve a Vuestra Magestad en este exercito se ha ydo deshaziendo: unos se han ydo por haver guerras y mas aprovechamientos en otras partes, y otros porque no se les a acudido con los pagamentos ordinarios con la puntualidad y a los tiempos que convendría, por falta de medios[394].

Así se expresaba también la infanta Isabel en 1627; su sobrino y sucesor, el cardenal-infante, que llegó en 1634 para hacerse cargo del gobierno de los Países Bajos, fue más concreto:

> En muchos [soldados] puede mas la desesperación que no el miedo, tanto que estos días se han pasado al enemigo cantidad de soldados por solo que les den paso para Italia y España […] Señor, la mayor parte de los soldados que sirven en estos estados sirven con gran descontento y desconsuelo, y en quatro o cinco mil lizencias que ay pendientes, los mas dicen que por remuneración de todos sus servicios se contentan con una lizencia sola. Esto nace de que la guerra aqui es muy viva, continua y de gran fatiga; la falta de las pagas causa miserias, y los que vienen las consideran, y el estado en que ven a los de su nación, y assi se arepienten prestos de haver venido. Pero sobre todo la falta de premios, porque no ay forma de remunerar servicios[395].

Existen ejemplos incontables que abonan esta tesis de que no era el miedo lo que motivaba las deserciones, sino la desesperación. Así, en el sitio de Bergen-op-Zoom, en 1622, el Ejército de Flandes perdió el 36 por 100 de sus hombres en tres meses: los sitiadores eran 20.600 en julio; para octubre se habían reducido a 13.200 (contando 400 heridos). De los que faltaban, nada menos que 2500 (un tercio del total de las bajas) estaban tan desesperados, que huyeron a la mismísima ciudad que estaban sitiando, Bergen, en busca de asilo y repatriación. Incluso durante uno de los asaltos a la ciudad, algunos

atacantes arrojaron sus armas y se pasaron al bando enemigo para poder escapar. Otras veces:

> Desde el amanecer hasta la noche podía verse a los soldados saltando como conejos de sus madrigueras, que abandonaban las trincheras, setos, matorrales y zanjas en que habían estado escondidos para llegar desfallecidos a la ciudad.

Una vez allí se quejaban amargamente del trato que habían recibido en las trincheras, contaban cómo sus oficiales les conducían a golpes «como ovejas al matadero», cómo servían sin paga; en Bergen suplicaron lastimeramente «un poco de pan y un poco de dinero», y, por supuesto, un pasaje para irse a su tierra. Muchos otros soldados del ejército sitiador escaparon por diferentes rutas. Desde las murallas de Bergen los guardias veían con frecuencia a los centinelas españoles abandonar disimuladamente sus puestos para cortar algún cereal, paja o leña, o en busca de hortalizas para arrancarlas. Se alejaban más y más del campamento, hasta que, finalmente, conseguían huir. Un día, cuando tocaba a su fin el sitio de Bergen, un desertor italiano llegó dando tumbos hasta las murallas de la ciudad. «¿De dónde vienes?», le preguntó el centinela. «D'infierno», respondió[396].

Naturalmente, un sitio largo y difícil como éste de Bergen dio lugar al mayor número de deserciones. En algunos sitios, especialmente en aquéllos en que las provisiones eran escasas, grupos de 30, 50 y hasta 100 hombres de una vez salían de estampida de las fortificaciones de sitio totalmente armados y conducidos por jefes elegidos por ellos mismos[397]. En otras ocasiones, las tropas se veían poseídas por un pánico total. El ejemplo más conocido de esto ocurrió en Leiden, en 1574. Después del motín de los veteranos españoles (15 abril-30 mayo), la ciudad fue sitiada y el bloqueo se estrechó a lo largo del verano. A pesar de las muchas deserciones y amenazas de un nuevo motín, para finales de septiembre parecía próxima la

rendición de Leiden. Desesperados, los holandeses rompieron los diques que rodean la ciudad, con la intención de inundar los alrededores, de modo que pudieran llegar provisiones por medio de barcas justo hasta los defensores sitiados. Esta operación tuvo un desenlace inesperado. A medida que las aguas subían lentamente en torno a sus fortificaciones de sitio la noche del 2 al 3 de octubre, los españoles, atemorizados, fueron presa del pánico («un tan grande y repentino miedo», «un miedo y temblor»). Huyeron. Leiden fue liberada y Holanda se salvó gracias a la deserción de las tropas más experimentadas del Ejército de Flandes[398].

Los soldados dominados por el miedo o por la desesperación eran, como indicaba el marqués de Castañeda, los más peligrosos: si se les impedía escapar, se amotinarían (cf. más arriba). No eran, sin embargo, los únicos propensos a la deserción. Muchos soldados acababan sin más por cansarse del servicio en el Ejército de Flandes y deseaban una vuelta temporal a la vida civil. Gran parte de ellos volvían a alistarse después: era bien sabido que los desertores de un año respondían frecuentemente a las nuevas levas después de algunos años. En efecto, algunos alegaban que la persistencia de los motines en el Ejército de Flandes se debía, en parte, al hecho de que «siempre buelven a servir gran parte de los mismos soldados que otras vezes han servido», contagiando los antiguos a los nuevos reclutas con sus costumbres disolutas[399].

Esta suerte de deserción temporal, que era casi una forma de licencia prolongada no oficial, era especialmente frecuente después de un sitio victorioso en el que las tropas conseguían botín importante, o después de la solución de algún conflicto por motivos de atrasos de gran cuantía[400].

Muchos soldados querían abandonar los Países Bajos para luchar en algún otro ejército o, tal vez, para algún otro

príncipe. Estos hombres eran totalmente profesionales, soldados móviles (conocidos con el nombre de *rouleurs* o *billardeurs* en el siglo XVIII) que abandonaban un ejército en un lugar para reaparecer en otro cualquiera. Podía impulsarlos el temor a la persecución (después de un motín, por ejemplo) o podía ser que la causa fueran los malos tratos de que eran objeto por parte de sargentos o capitanes malévolos. O simplemente podía deberse, como aseguraba un general, a la «natural inclinación que tienen de mudar puestos[401]». Los soldados españoles de servicio en Flandes se sentían a menudo atraídos a Italia. En particular los que habían servido en Nápoles antes de pasar a los Países Bajos experimentaban un irrefrenable deseo de volver: «No se puede creer el desseo que tienen de volver a Nápoles». En una ocasión se sugirió seriamente que los soldados españoles no fueran en adelante enviados a los Países Bajos pasando por Italia, porque era tal el «cariño que traen del reposo y buenos alojamientos de Lombardía», que desertaban para poder volver. El propio príncipe de Parma, que mandó el Ejército de Flandes desde 1578 hasta 1592, suscribía este criterio, afirmando que «un soldado español que no avia tocado el ayre de Italia era mejor en Flandes que dos de los que avian estado alla, que nunca pierden el cariño de volverse[402]».

Pero, cuando menos, estos hombres seguían al servicio de España. Frecuentemente, sin embargo, los soldados del Ejército de Flandes desertaban para enrolarse en las filas de algún otro príncipe vecino, a veces incluso enemigo de España. Allá por el año 1575 combatían en las filas rebeldes tres soldados españoles; en 1607, tropas alemanas desertaron en número considerable, pasándose a los Estados Generales —maniobra particularmente fácil para las «naciones» que combatían en ambos bandos[403]—. Pero lo más frecuente fue que los soldados del Ejército de Flandes se pasaran a otros ejércitos católicos, al

ejército Habsburgo de Hungría o al ejército de la Liga Católica de Francia, por ejemplo. Nunca faltaron soldados a quienes atraía «el cariño de la guerra… donde saben que el pays esta rico y lleno y ternan libertad». Efectivamente, en muchas ocasiones las potencias extranjeras ofrecieron alicientes económicos de positiva entidad para estimular a los soldados a «mudar puestos[404]».

Ni que decir tiene que resulta difícil descubrir la tortuosa maraña de procedimientos por los que los soldados del Ejército pasaban a servir a otra potencia; pero una y otra vez las actividades clandestinas de los «seductores» (como se conocía a estos agentes) fueron descubiertas por el gobierno y hechas públicas para el futuro. El pomposo relato autobiográfico escrito por un seductor empedernido, Thomas Fingías, revela alguna de las técnicas que empleaban y sus riesgos. Fingías no era ambicioso en sus pretensiones: se limitaba a sus propios compatriotas, los soldados irlandeses de *sir* William Stanley que militaban en el Ejército de Flandes. Stanley y su regimiento, 816 hombres, se pasaron a España, abandonando el servicio de los Estados Generales en Deventer en 1587 con unos pocos refuerzos de la misma procedencia, el regimiento alcanzó el número de 890 hombres en febrero de 1589. Fingías puso manos a la obra. Con base en París, lo primero que hizo fue sobornar a dos hombres de Stanley para que actuasen como agentes suyos; luego, valiéndose de esto, fue atrayendo a los hombres del regimiento a París de dos en dos y de tres en tres, hasta que reunió a 300 en su cuartel general. Para diciembre de 1589 los efectivos del regimiento habían descendido a 596. Como a la sazón había tropas inglesas combatiendo en Normandía, Fingías hizo que sus hombres entraran al servicio de la Liga Católica de Francia (contra la que luchaban los ingleses) para, de este modo, llevarles a Normandía y desde allí desertar al ejército inglés. Esta complicada estrategia fracasó

cuando el duque de Parma exigió que la Liga (aliada suya) devolviera a todos los desertores del Ejército de Flandes. La Liga cumplió con las exigencias del duque, y Fingías y sus hombres fueron entregados. El regimiento de Stanley ascendió a 739 en enero de 1590. Fingías volvió a empezar. Armado de infinita paciencia, se las arregló para «seducir» de nuevo a 100 hombres, a los que condujo a las posiciones inglesas de Normandía. Una vez más fue interceptado; esta vez la Liga Católica se quedó con ellos. Sin desanimarse lo más mínimo, Fingías volvió a las andadas por tercera vez; pero, por fin, el coronel Stanley comenzó a sospechar de «tanto ir y venir» entre su gente: su regimiento se había reducido a 424 hombres en noviembre de 1591. Uno de los cómplices principales de Fingías fue arrestado y, sometido a tortura, lo confesó todo. Fingías y sus amigos fueron puestos a buen recaudo[405].

El problema no acabó allí, por supuesto. En el Ejército de Flandes actuaban otros muchos «cazadores de cabezas» militares. No mucho después de desenmascarar a Fingías, el gobierno de Bruselas comenzó a preocuparse de otro «seductor»:

> Estamos informados —escribía el capitán general al gobernador de Luxemburgo— de que en el ducado de Luxemburgo hay un hombre llamado Massieure que anda sobornando y alquilando secreta y encubiertamente a cuantos soldados del Rey mi Señor encuentra, para enviarlos a las guerras de Hungría […]

El gobernador provincial recibió órdenes de apresar a Massieure, de quien se dijo tenía especial interés en «seducir» a soldados de caballería[406].

Teóricamente, los castigos por deserción, mediara o no estímulo por parte de potencias extranjeras, eran severos. Aunque durante parte al menos de la de Edad Media los soldados podían volver a casa «sin infamia» cuando se les debían sueldos de más de seis semanas, en el siglo XVI todos los

ejércitos europeos consideraron la deserción como una felonía merecedora de la pena de muerte[407]. El castigo se impuso frecuentemente en los ejércitos de los Habsburgo. Cuando en 1574, el capitán general recibió aviso de que un grupo de 52 soldados españoles habían abandonado el sitio de Leiden y se dirigían a la frontera francesa «armados y en buen orden», mandó a su oficial de estado mayor, Hernando Sandoval, tomar cuantas tropas le fuera posible de las guarniciones fronterizas para detener a toda costa a los desertores. Las tropas valonas de la frontera tendieron una emboscada cerca de Charlemont y sorprendieron por completo a los desertores, que (erróneamente) creyeron que ya habían cruzado la frontera y se encontraban en Francia y, por tanto, libres de persecución. La lucha fue feroz: trece españoles y siete u ocho valones resultaron muertos; trece o quince españoles más sufrieron heridas graves. Posteriormente, todos los restantes desertores fueron capturados y traídos a Bruselas atados con cadenas para ser ejecutados[408].

En general, todos los desertores que oponían resistencia a ser aprehendidos, eran ejecutados; pero en otros casos se evitaba la ejecución cuando era posible, por lo menos si se trataba de tropas expatriadas. Era tanto el tiempo, las dificultades y el dinero que suponía «poner una pica en Flandes», que la pena máxima parecía más bien un despilfarro. En la Italia española y en los Países Bajos los desertores españoles podían escapar con tres latigazos[409]. Aun así, a veces era preciso hacer algún escarmiento. Los casos de deserción se dieron con particular frecuencia en la expedición de 40 compañías de reclutas italianos que Ambrosio Spínola llevó al Ejército de Flandes en 1602; en un esfuerzo para detener la marea, Spínola organizó un pelotón de a caballo que iría detrás de la expedición para recoger a los desertores. Por cada uno que cogían se les ofreció una recompensa de diez escudos. En Lombardía, Saboya y

Franco-Condado cogieron más de cien, que fueron traídos al campamento y colgados. La disciplina fue restaurada[410].

No obstante el éxito a corto plazo de este recurso, no es probable que la severidad de los castigos hubiera bastado por sí sola para frenar la fuerte tendencia a desertar de los soldados desesperados. Más pronto o más tarde, la miseria les forzaría a intentarlo. Los emperadores romanos ordenaban que sus soldados fueran marcados al alistarse, para hacer más fácil su captura si desertaban, a pesar de lo cual las deserciones se producían cuando la situación de los soldados se hacía insoportable[411]. La amenaza de ejecución no consiguió más en el siglo XVI y no fue capaz de detener a los hombres hambrientos. Mucho mayor efecto disuasivo tuvo la actitud de los civiles y de los gobiernos extranjeros para con los casos de deserción individual.

Mientras que los motines eran esencialmente una respuesta colectiva a las duras realidades de la vida militar, la deserción era, ante todo, una reacción individual. Muchos desertaban solos; algunos, de dos en dos y de tres en tres, los grupos de veinte y más, aunque espectaculares, fueron muy raros. Los desertores eran por esto vulnerables en extremo. Existen innumerables ejemplos de campesinos que se lanzaron sobre soldados aislados o sobre bandas de soldados que se trasladaban de un sitio a otro, y los mataron. En 1576-1577, ni siquiera compañías completas de caballería pudieron resistir los asaltos frontales de hordas de civiles armados. Años más tarde, compañías de infantería fueron asesinadas, cogidas por sorpresa mientras dormían, y amotinados que habían desertado para volver a casa una vez cobrados los atrasos fueron a menudo asesinados por el camino para robarles el dinero[412].

No se podía esperar otra actitud respecto de los desertores por parte de los campesinos, dado su modo de pensar, por no

hablar del pirata de Zelanda, que 1573 arrancó con los dientes el corazón a un español. Hacia 1600, sin embargo, el clima cambió. Los holandeses comprendieron las ventajas de ayudar a huir a los desertores enemigos. Mucho antes del sitio de 1622, soldados del Ejército de Flandes huyeron a Bergen-op-Zoom y a otros puertos de mar de los Estados con la intención de comprar un pasaje para volver a su patria.

En 1605, el gobernador inglés de Flushing fue informado de que las tropas italianas que se encontraban en la línea del frente del Ejército de Flandes «habían ido casi todas de allí y pasado a Francia; se marchan por veintenas y decenas a la vez. A no tardar se dice que todos sus compañeros estarán aquí […]»[413]. Era claro el interés que representaba para los holandeses facilitar por todos los medios la fuga de las tropas enemigas. Francia se dio cuenta pronto también. Tres meses escasamente después de la paz de Vervins, en 1598, el gobierno de Bruselas estaba alarmado ante el torrente de soldados que desertaban a través de Francia. El torrente se convirtió pronto en inundación[414]. Incluso después de la reanudación de la guerra en 1635, el gobierno de París ayudó a repatriarse de los Países Bajos a cuantos soldados españoles les fue posible. En 1648, por ejemplo, los franceses enviaron a Irún a 600 de los españoles que habían sido capturados en el sitio de Ieper — aunque para entonces ya se había convertido en norma general la liberación de los prisioneros de guerra en aquellos puntos en que pudieran ser menos útiles. Para interceptar y volver a alistar a los desertores y exprisioneros que constantemente llegaban de los Países Bajos por Francia, el Consejo de Guerra español determinó que uno de sus miembros se estableciera de modo permanente en Navarra[415].

No fueron los gobiernos los únicos en manifestar simpatía hacia los desertores. Como la proporción de los voluntarios decrecía, lo que obligaba a los diferentes estados de Europa a

reclutar y enrolar a sus soldados por la fuerza frecuentemente a punta de pistola—, los civiles se sentían más movidos a compasión por los fugitivos y a ofrecerles abrigo y asistencia. El caso de un soldado español, desertor casi con toda seguridad, encontrado en un campo cerca Epinal, en Lorena, en 1598, es instructivo. Cuando lo encontraron tenía las dos piernas rotas, «mutilado y golpeado», y había permanecido durante varias noches tumbado en el campo en medio de una terrible helada. Los magistrados de Epinal, cuya experiencia anterior con los españoles distaba de ser grata, decidieron, sin embargo, ayudar al herido. Considerando probablemente que había sobrevivido por una especie de milagro, proporcionaron al inválido ungüentos, medicinas, dinero para gastos, una carreta y una escolta para ayudarle a llegar hasta la ciudad próxima[416]. En general, en el siglo XVII los desertores gozaban de la complicidad no sólo de sus camaradas, sino también del clero, de la población local y de los magistrados[417].

Estos humanitarios criterios eran un lujo que el alto mando, al menos, no podía permitirse. La pérdida acumulativa de hombres, que, lejos de disminuir, aumentaría a medida que crecía la simpatía popular hacia los desertores, planteó un agudo problema de rendimiento de los gastos. El Ejército no podía, en efecto, afrontar el gasto de mantener compañías con 20 hombres en vez de 200; no resultaba rentable, especialmente, porque, como hemos visto, las tropas que más tiempo permanecían en el Ejército eran normalmente las que más cobraban.

Había dos soluciones para el problema de la compañía que había experimentado bajas hasta alcanzar un nivel antieconómico: o autorizar al capitán para reclutar más hombres y reforzar así la compañía, o bien disolver la unidad. El primer procedimiento sólo era posible, como es natural, reclutando tropas en la región, el segundo, conocido con el

nombre de «reforma», se aplicó sobre todo a las tropas expatriadas, especialmente en el siglo XVI. Así, por ejemplo, en 1574 se comprobó, después del motín de Amberes, que en los Países Bajos había 68 compañías de infantería española, cada una de las cuales estaba integrada teóricamente por 250 hombres, agrupados en cinco tercios. En realidad, las 68 compañías tenían sólo 8016 hombres, a un promedio de 120 cada una. Así que esas 68 compañías fueron «reformadas» en 30, y los cinco tercios, en cuatro. A los oficiales que quedaron sin mando se les siguió pagando como antes (paga de «reformado»), aunque tenían que servir como soldados rasos, o bien se les autorizó a volver a su tierra[418].

La «reforma» fue muy impopular en el Ejército, sobre todo entre los oficiales cuyos puestos habían sido suprimidos. Podía, además, servir como de castigo y no sólo como solución económica. La decisión de reformar las unidades españolas en 1574 se debió en parte al deseo de castigar a unos cuantos oficiales hallados culpables de defraudar a sus tropas y para castigar a las tropas por haberse amotinado, reduciendo el número de ventajas de que gozaban. Como todas las unidades del Ejército de Flandes perdieron más del 10 por 100 anual de sus efectivos, la amenaza de «reforma» podía esgrimirse en cualquier momento para garantizar el buen comportamiento.

El valor punitivo de la reforma quedó de manifiesto cuando se disolvió el tercio de Cerdeña, uno de los cuatro regimientos españoles que llegaron a los Países Bajos con el duque de Alba en 1567. Los problemas comenzaron con la invasión de Frisia, en mayo de 1568, por el conde Luis de Nassau. La incursión tuvo éxito al principio y el conde Luis derrotó a un fuerte contingente gubernamental mandado por el conde de Aremberg en Heiligerlee (justo en las afueras de Winschote), matando a Aremberg y a muchos españoles del tercio de Cerdeña. Se corrió el rumor de que después de la batalla un

número de españoles se habían refugiado en los pueblos próximos, donde fueron entregados al conde Luis y ejecutados, o bien, asesinados, por los propios campesinos. Esta supuesta matanza seguía en el recuerdo de los soldados cuando más tarde, en 1568, un nuevo ejército español detuvo el avance del conde Luis y lo hizo retroceder. Poco después las fuerzas gubernamentales entraban en Heiligerlee. El tercio de Cerdeña formaba la retaguardia. Exasperados por la muerte ignominiosa de sus camaradas, los españoles comenzaron a pegar fuego a casas e incluso a pueblos enteros de la zona, actuando «con tanta insolencia y desorden, que si se les hubiera dado algún mandato particular para hacer aquel daño, siendo en tierra de enemigos, no lo ejecutaran tan puntualmente[419]». En realidad, estos incendios premeditados y esta desolación se estaba llevando a cabo en territorios de Felipe II, en las posesiones del mismo conde de Aremberg, muerto al frente del tercio de Cerdeña en la derrota que sufrió en Heiligerlee… El duque de Alba, que marchaba detrás de sus tropas, se sintió confundido ante las nubes de humo que ondulaban en el camino. Envió a la policía militar a investigar lo que ocurría. Ordenó ejecutar en el acto a todos cuantos sorprendió pegando fuego a las propiedades, y con ello quedó restablecido el orden. Alba, sin embargo, quedó horrorizado por la indisciplina de sus hombres. Desde el primer momento le habían llamado la atención sus españoles en Asti, en junio de 1567, por su pobre categoría y arrogante desobediencia, que no pudo por menos de lamentar amargamente. Pero el incendio de los pueblos de Frisia señalaba el punto culminante de un proceso creciente de desacato desafiante e ingobernable insubordinación. El duque se llevó una impresión particularmente pesimista de la indiferencia de los capitanes en el caso: ninguno de ellos hizo el menor intento para contener a sus hombres. En consecuencia, el 28 de julio, dos días después del desorden, eran despedidos

del servicio del rey; y sus hombres, después de perder todas sus ventajas, redistribuidos entre las otras unidades del Ejército. Esta drástica medida produjo un efecto saludable. Por fin, ofreció al duque la oportunidad de imponer respeto y obediencia entre sus hombres[420].

Otro tercio español que desobedeció las órdenes y acababa de abandonar una empresa en 1589 fue castigado también con una reforma total. El desorden tuvo origen en la campaña de 1585, en la que tres tercios españoles recibieron órdenes de cruzar el Mosa y acampar durante el invierno en Bommelerwaard, situada en medio de los Grandes Ríos. El avance no se preparó debidamente: no bien hubieron los españoles llegado a la isla cuando fueron rodeados por la flota holandesa. Con esto su retirada quedaba cortada, y advirtieron con horror que el enemigo había destruido todas las cosechas y provisiones de Bommel. Los veteranos, «la flor y reliquias de toda la milicia española que avian quedado de las guerras passadas en cuarenta años», comprendieron que su fin se acercaba, pero una helada milagrosa caída el 8 de diciembre endureció tanto las aguas del río Mosa, que aquellos veteranos abandonados en una isla desolada y hambrientos, pudieron ganar la tierra firme[421]. Tres años más tarde, en 1589, el tercio de Lombardía, uno de los que habían tomado parte en la frustrada operación de Bommel y al que un comentarista había descrito como «aquel tercio, padre de todos los demás, y seminario de los mayores soldados que ha visto en nuestro tiempo Europa», recibió orden de invernar en otra isla del Mosa, la Land van Altena. Las tropas recordaban todavía el invierno de 1585 y se negaron. La conmoción fue tan grande, que el jefe (el conde Charles de Mansfelt, que también lo había sido en 1585) ordenó la retirada. Esta peligrosa desobediencia de la unidad más antigua y en la que más confianza habían depositado los jefes del Ejército fue castigada por el capitán

general con una reforma. Los alféreces rompieron solemnemente las astas de sus estandartes y rasgaron a continuación los propios estandartes, «puesto que si ya representaban a Su Majestad el Rey, tampoco eran acreedores en delante de la veneración y cuidado en que se los había tenido hasta entonces». Los sargentos destruyeron sus alabardas, y los capitanes, sus charreteras. El veedor general supervisó la distribución de los soldados y de sus oficiales degradados entre las demás unidades de la infantería española. El regimiento más famoso de Europa dejaba de existir[422].

Aun en los casos en que no había intención punitiva, la reforma era siempre una operación impopular entre las tropas. Soldados con muchos años de servicio eran a menudo privados de sus bonificaciones y separados de sus compañeros; oficiales cuya actuación había sido honesta y distinguida podían, no obstante, ser degradados de forma irremisible. Hubo que adoptar otra solución. A los empresarios militares que participaban más activamente en el reclutamiento de tropas alemanas y británicas para el Ejército de Flandes ya se les venía permitiendo reclutar sus propios refuerzos, y poco a poco se fue imponiendo la costumbre de contratar de forma permanente también a los tercios que quedaban de veteranos españoles e italianos, completándolos mediante la «reforma» con las unidades nuevas que llegaban de Italia o España en las antiguas. Esta solución no era ideal —ya que muchos oficiales y soldados sabían que a su llegada a los Países Bajos los aguardaba una reforma, y esto les desanimaba completamente a ir allá—, pero fue una solución intermedia aceptable entre el deseo dar gusto a soldados y jefes experimentados y la necesidad de ahorrar dinero e impedir la total desintegración del Ejército de Flandes antes de que terminara la guerra.

CAPÍTULO 10

LA DESMOVILIZACIÓN

El mecanismo de desmovilización de un ejército se parecía mucho al arreglo de un motín: la preocupación principal del gobierno era determinar lo que debía a las tropas. El tesoro militar tenía que averiguar los sueldos devengados y luego deducir de ellos el dinero, alimentos, ropas y contribuciones adelantadas ya. En la práctica, esta empresa era imposible. El gobierno no fue nunca capaz de determinar al detalle todas las pagas que los cobradores locales de contribuciones, los oficiales de la pagaduría y los diversos asentistas habían entregado a las tropas —o, por lo menos, no fue capaz de hacerlo con la rapidez suficiente—; los motines implicaron a sólo 4000 hombres, como mucho, pero la cifra de soldados a desmovilizar podía ser de 60.000, todos los cuales seguían en nómina, en tanto no fueran licenciados formalmente.

En consecuencia, los gobiernos procuraban siempre llegar a alguna transacción con las tropas, a fin de lograr la solución rápida del problema. Normalmente, el Estado se avenía a pasar por alto todo el dinero que no hubiera sido entregado por la pagaduría, con tal de que, a cambio, las tropas accedieran a renunciar a una parte del total de sus atrasos. Esta proporción variaba según las posibilidades de negociación del gobierno. Así, en 1580, en que el régimen español era particularmente débil, las tropas alemanas que iban a ser desmovilizadas no perdonarían más que los atrasos de seis meses de un total de haberes devengados correspondientes a ocho años. Por el contrario, en 1609, en que España había firmado una larga tregua con los holandeses, Ambrosio Spínola pudo obligar a los soldados alemanes del Ejército a aceptar por toda paga sólo un tercio del total adeudado y que renunciaran al resto, a cuenta

de lo percibido en especie de la población civil. Este fue el acuerdo más favorable de cuantos negoció nunca el gobierno español con sus tropas por reclamaciones de paga. Lo normal era que se acordara el pago de las tres cuartas partes, de dos tercios y, alguna vez, de la mitad de lo adeudado[423].

El gobierno poseía todavía un cierto margen de maniobra, una vez que las dos partes habían llegado al acuerdo. Cuando estimaba excesivas las pretensiones de una unidad, el gobierno insistía en pagar lo convenido a plazos. Las tropas accedían de buena fe a licenciarse en cuanto cobraran el primer plazo, con garantías (generalmente verbales) de cobrar pronto el resto. Con ello le quedaba vía libre al gobierno español para evadirse de sus acreedores: una vez dispersadas las tropas, perdían ya definitivamente su fuerza negociadora. En 1579, por ejemplo, después de la caída de Maastricht, el príncipe de Parma licenció a un gran contingente de caballería pesada alemana enrolada por él mismo algunos meses antes. Les prometió solemnemente pagarles hasta el último maravedí (nada menos que 209.623 florines) en la próxima feria de Francfort o, si no (sospechosa estipulación ésta), en el plazo de un año, a partir del momento de la desmovilización. Las tropas se dispersaron. Percibieron una parte de lo que se les debía en 1579; un poco más en 1580 y en 1581; después, nada. Las discusiones de los asentistas que habían contratado a la caballería, príncipes importantes, como el duque Francisco de Sajonia entre ellos, apenas consiguieron nada. Por fin, el 15 de diciembre de 1588, Parma firmó una orden para el pagador general de estimar la deuda. Renacieron las esperanzas de los veteranos, pero, como había ocurrido con tantos libramientos («libranzas») por aquellas fechas, el pago se demoró varios años. Hasta febrero de 1591, doce años después de haber sido desmovilizados, esos soldados no cobraron lo que se les debía[424].

Pero, por lo menos, estas tropas cobraron, bien que

tardíamente. El arreglo de las cuentas de la ambiciosa infantería alemana en 1580 fue todavía más penoso. Estos soldados podían haber hecho un excelente negocio con el gobierno (renunciando solamente al 6,25 por 100 de sus enormes reclamaciones), pero habían permanecido firmemente adictas a España desde 1572, las únicas entre todas las tropas del Ejército de Flandes: ni se habían amotinado y ni habían desertado. Sus méritos ante la corona eran grandes. Por lo mismo, el precio de la lealtad era apabullante. Sólo los atrasos acumulados por el regimiento del Conde Berlaymont ascendían a 827.000 florines por sus ocho años de servicio. En agosto de 1580 se concedían a ese regimiento seis meses de estos atrasos y cobraba 55.000 florines al contado, con la promesa de percibir el resto en el plazo de dos años, con lo que aceptaron licenciarse. En realidad, los veteranos percibieron 27.000 florines más en mayo de 1589, y 22.000 más en junio de 1598. Según parece, el resto de la deuda quedó sin liquidar. El regimiento alemán del conde Fronsberg, desmovilizado al mismo tiempo, fue poco más afortunado. El total de lo que se le adeudaba por su servicio entre 1572 y 1581 fue convenido en 160.683 florines. En el momento de su desmovilización cobró una pequeña cantidad como señal, pero eso fue todo. Fronsberg consiguió el apoyo del duque de Baviera y, gracias a su intervención, Parma firmó un libramiento de pago de los atrasos del regimiento (en 1588). Los veteranos volvieron a cobrar, pero sólo un poco: 21.000 florines en 1590 y 1250 florines en 1591[425]…

Estos sórdidos ejemplos se refieren sólo a desmovilizaciones parciales. En realidad, el Ejército de Flandes fue completa o casi completamente desmovilizado en cuatro ocasiones distintas: en 1568, 1577, 1609 y después de 1659. La diferencia entre lo que importó al gobierno el arreglo de las cuentas en estas cuatro ocasiones fue considerable: en 1568 y en 1577 las tropas cobraron absolutamente todo, mientras que, según parece,

fueron muy pocos los soldados que cobraron algo en 1659-1664.

La desmovilización del ejército formado por el duque de Alba en 1568 para rechazar las invasiones del conde Luis de Nassau y del príncipe de Orange resultó una operación costosa, pero, por lo menos, consiguió distribuir los gastos en tres años. La desmovilización de 1577 fue un problema muy diferente en teoría, aunque el Ejército se las arregló para zafarse de muchas de sus obligaciones.

En mayo de 1575, después de sólo tres años de hostilidades, la hacienda militar descubría que sus deudas habían ascendido a más de 14 millones de florines, contando 11 millones en sueldos a las tropas. La deuda continuó subiendo. Para julio de 1576, cuando las tropas se amotinaron por la paga, el total de los atrasos se estimaba en 18 millones de florines, y la deuda total, en 21 millones[426]. Es completamente improbable que España pudiera hacerse nunca con esta cantidad, ni siquiera aproximadamente; pero ocurrió que los sucesos de 1576 simplificaron el problema de modo considerable. En primer lugar, los Estados Generales ofrecieron pagar todo lo que se les debía a las tropas de los Países Bajos que militaban en el Ejército de Flandes, tanto valonas como los *Bas Allemands* (es decir, las de habla flamenca) a condición de que desertasen sólo al bando «patriota». Parece que la mayor parte de los soldados nativos aceptaron este ofrecimiento, y algunos por lo menos cobraron lo que se les debía[427]. España se vio libre de este modo de la obligación de pagar a estos hombres[428]. Consiguió también librarse de pagar los atrasos a las tropas alemanas del Ejército de Flandes hasta 1580, y aun entonces el Ejército se las arregló, como hemos visto, para persuadir a las tropas a que aceptasen licenciarse con una pequeña parte de la paga. Quedaban, pues, solamente los españoles. Las averiguaciones llevadas a cabo demostraron que a la infantería española del

Ejército le Flandes se le debía 23 mensualidades, y a la caballería, nada menos que 73 —más de seis años de atrasos—. El total de éstos ascendía a 1.234.293 florines aunque los veteranos eran solamente 1329 de a caballo y 4005 de a pie). España se reconoció impotente para hacer frente ni siquiera a esta parte del total que adeudaba al Ejército.

Los españoles ya se habían amotinado por motivos de paga en junio de 1576. Desde entonces habían tomado al asalto la ciudad de Amberes y rehusado de plano abandonar esta plaza fuerte, a menos que se les pagase todo. Las discusiones entre España y los Estados Generales sobre quién debía hacer frente a estos pagos duraron meses; en las negociaciones no se tuvieron en cuenta los víveres y ropas tomados por la fuerza, ni las municiones y contribuciones entregadas por el gobierno «a cuenta». Por fin, los Estados Generales, que deseaban la salida urgente de los españoles de los Países Bajos, proporcionaron 300.000 florines mediante una letra de cambio. Esto representaba un tercio del total de la deuda, y fue entregado a las tropas en mayo de 1577. Juan Escobedo, secretario del capitán general y anteriormente secretario del Consejo de Hacienda de España, arbitró una ingeniosa fórmula para pagar el resto. Se dieron letras de cambio para los atrasos de cada compañía, pagaderas por los banqueros de Chambéry en el plazo de un mes, o de Lombardía, en el plazo de dos. Los banqueros las reintegrarían en España. Los españoles aceptaron de buen grado. Entre celebraciones públicas y cantos de execración, los españoles abandonaron los Países Bajos en mayo de 1577, con dinero en los bolsillos, botín y robo en las mochilas, y con la promesa, más firme que antes, de volver[429]. De este modo, los soldados españoles, gracias a su excelente organización corporativa (el motín), percibieron en la desmovilización de 1577 mucho más de lo que se les debía, mientras que todos los demás recibían mucho menos.

La desmovilización que siguió a la firma de la Tregua de los Doce Años fue organizada con mayor cuidado. El gobierno calculó todas sus deudas pendientes y llegó a la conclusión de que a las tropas alemanas del Ejército, todas las cuales iban a ser licenciadas, se debían atrasos por valor de 7.009.142 florines, y al resto del Ejército, otros 7.064.525 florines, es decir, un total de 14 millones, cantidad no muy inferior a la tremenda deuda de 1575-1576. Esta vez el gobierno objetó (probablemente con justicia) que las tropas ya habían recibido el equivalente a dos terceras partes de sus atrasos en diversos recibos de asentistas y civiles; ofreció el pago inmediato de la tercera parte restante al contado y sin ninguna deducción; esto era cuanto estaba dispuesto a conceder. Fueron aceptadas estas condiciones y el gobierno comenzó a reunir los fondos necesarios para liquidar los atrasos a todo el Ejército y licenciar a las tropas que no eran necesarias —los alemanes y los examotinados—. Lo consiguió ampliamente en 1611: el Ejército de Flandes quedaba reducido a 15.055 hombres[430].

Este patrón no pudo repetirse en la desmovilización posterior a la Paz de los Pirineos en 1659. En primer lugar, a diferencia de 1609, la paz en un solo frente no significaba la paz en todos: los franceses suspendieron las hostilidades en mayo de 1659, antes de firmarse la paz formal, pero sus ejércitos no fueron desmovilizados durante algún tiempo; en cualquier caso, la Inglaterra republicana continuaba la guerra con España hasta mayo de 1660. Además de estas consideraciones políticas, la desmovilización se veía obstaculizada por dificultades financieras: España no disponía de dinero para licenciar a sus veteranos. Después de la Paz de los Pirineos, por tanto, el Ejército de Flandes no licenció ningún soldado. Lo que hizo fue reducir sus efectivos al nivel de tiempos de paz, después de 1659, acudiendo al recurso de redistribuir y «reformar» esos efectivos. Una parte de los

regimientos alemanes, valones e irlandeses que presaban servicio en los Países Bajos fueron enviados a España entre 1660 y 1664 para reforzar los contingentes que ya estaban en guerra contra los «rebeldes» portugueses. Las tropas inglesas del Ejército volvieron a su tierra en tiempos de la restauración de Carlos II. A pesar de esto, todavía quedaban en los Países Bajos 42.000 españoles. En lugar de licenciar a unidades selectas, el gobierno decidió «reformarlas»: en los meses de febrero de 1660 se disolvieron 41 tercios 120 compañías de caballería, y sus hombres fueron redistribuidos entre las unidades restantes. Una reducción paralela se llevó a cabo entre la infantería, en este momento se produjeron deserciones, a las que se sumaron las bajas ordinarias. No se planearon más reducciones y, sin embargo, el Ejército de Flandes se había reducido en agosto de 1661 a 33.008, y en junio de 1662 había bajado hasta contar solamente 16.000 hombres. En marzo de 1663 se promulgó una orden para que todas las compañías de infantería alemana que resultaran innecesarias fueran «resumidas» automáticamente en el resto. De este modo, las tendencias naturales de las tropas —la deserción entre los soldados, absentismo entre los oficiales— colaboraron con la política gubernamental. Sin ninguno de los traumatizantes desembolsos financieros que habían dificultado las desmovilizaciones precedentes, el Ejército de Flandes alcanzó el nivel permanente de tiempos de paz de 11.000 hombres para fines del año 1664[431].

CONCLUSIÓN.

ESPAÑA, SUS ENEMIGOS Y LA REVUELTA DE LOS PAÍSES BAJOS

Preguntado *sir* Walter Raleigh por su opinión sobre la política exterior de la reina Isabel, respondió: «Su Majestad lo hizo todo a medias». Fue una crítica justa, pero esta misma crítica podía haberse dirigido también contra todos los otros gobernantes europeos de entonces: contra los reyes de Francia y España, contra los príncipes protestantes alemanes e, incluso, contra los Estados Generales. Ninguno de ellos puso o pudo poner toda la carne en el asador. Todos ellos intentaron ganar sus guerras, «actuando a medias». El carácter irregular, la indecisión de la guerra de los Ochenta Años en particular destaca como uno de sus rasgos más importantes y persistentes[432].

Pero ¿qué otra alternativa había? Ciertamente, el destino de los Países Bajos era importante para España, Inglaterra, Francia y Alemania; pero ¿era más importante que sus compromisos o que sus ambiciones en otras partes? ¿Debía Inglaterra abandonar su posición en Irlanda para apoyar a los holandeses? ¿Debía España descuidar la defensa del Mediterráneo para sofocar la revuelta de los Países Bajos? Estas eran realmente las opciones, ya que ningún estado europeo de principios de la época moderna disponía de recursos suficientes para combatir con eficacia en los Países Bajos y alcanzar, al mismo tiempo, sus objetivos políticos en otras partes. Por tanto, la política de los diversos estados beligerantes más importantes que lucharon en las guerras de los Países Bajos debe ser considerada en el contexto general de sus ambiciones en el exterior y de sus compromisos en ultramar; el curso de la guerra se vio frecuentemente afectado por lo que ocurría en tierras muy

alejadas de las fronteras de los Países Bajos, desde sus primeros momentos, como veremos, la revuelta holandesa fue un problema que desbordó las posibilidades de un solo gobierno.

1567-1576

Del mismo modo que una situación internacional desfavorable obligó a Felipe II a contemporizar y hacer concesiones en los Países Bajos entre 1559 y 1566, también la menor presión de sus enemigos le hizo posible ocuparse de los «disturbios» de los Países Bajos y enviar un ejército en 1567. La escuadra otomana, cuyas campañas habían limitado los recursos españoles desde 1551, fue eliminada en 1565 y 1566, viéndose obligada a permanecer en sus refugios en 1567. Esto fue lo que permitió al duque de Alba llevar consigo a los Países Bajos 8000 de los veteranos españoles que habían tripulado la flota española del Mediterráneo en la década de 1560; ni siquiera la Furia Iconoclasta hubiera podido justificar el privar a Italia de sus servicios, si no hubiera habido alguna probabilidad de que la armada turca redujese sus actuaciones de años anteriores. Los españoles partieron para Flandes sólo cuando se supo que el sultán no sería capaz de armar una flota en 1567[433].

Aunque la «primera revuelta» de los Países Baios duró y costó más de lo esperado, fue completamente dominada antes de que la flota otomana volviese a atacar a la cristiandad. El último ejército rebelde fue destruido a finales de 1568 y el ejército de represión era licenciado, bien que con un costo desmedido en 1569. Por entonces, los Países Bajos comenzaron a «sufragar sus propios gastos» en 1570 y 1571 (figs. 13 y 21) con gran júbilo de Felipe II, que en 1569-1571 se enfrentaba a la revuelta de los moriscos y que entonces se veía obligado por una nueva serie de agresiones turcas a emplear grandes cantidades en la defensa de Italia y del Mediterráneo occidental. La flota principal que luchó en Lepanto costó a España dos

millones y medio de florines[434].

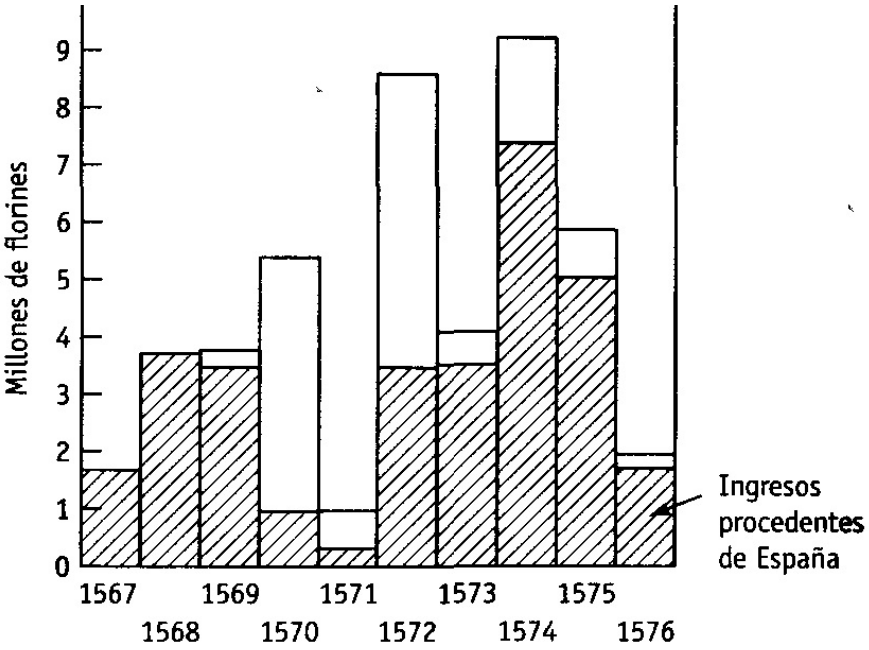


FIGURA 21. Los ingresos de la pagaduría, I: 1567-1576.

Inmediatamente después de la victoria de Lepanto, Felipe II planeó para 1572 otra ofensiva naval. Los preparativos iban ya muy adelantados, cuando llegaron preocupantes rumores de que, a raíz de la paz de St. Germain que puso fin a la guerra entre católicos y protestantes en Francia (agosto de 1570), Luis de Nassau, en nombre de los rebeldes de los Países Bajos, y el almirante Coligny, jefe de los hugonotes franceses, habían firmado una alianza formal con la intención de invadir los Países Bajos, como primer golpe posiblemente de una nueva guerra entre los Habsburgo y los Valois. Felipe II tuvo miedo, pero, ni siquiera cuando llegó la noticia de la invasión de los rebeldes, quiso abandonar el Mediterráneo. Había arriesgado demasiado en el resultado de la próxima campaña[435].

El Rey Prudente tuvo suerte: el 24 de agosto de 1572 la matanza de San Bartolomé eliminó a Coligny y a muchos de sus seguidores hugonotes de la escena. Orange y los Mendigos

del Mar tuvieron que continuar la lucha sin que Francia pudiera ayudarles abiertamente. Confiando en que los disturbios de los Países Bajos continuarían confinados a esa región, Felipe II se empleo a fondo en el Mediterráneo y en los Países Bajos, buscando la victoria en ambos teatros de operaciones a la vez: en 1572 envió a la flota del Mediterráneo 3,6 millones de florines, y a los Países Bajos 3,4 millones; en 1573 recibieron, respectivamente, 3,3 y 3,5 millones. En 1574, llegaron a la flota del Mediterráneo cuatro millones de florines, y al Ejército de Flandes, la suma sin precedentes de 7,35 millones[436].

Este esfuerzo sostenido por combatir en dos guerras simultáneamente resultó una carga financiera insoportable. Sólo en 1574, Castilla gastó alrededor de 22 millones de florines (más de la mitad en el exterior), aunque sus ingresos no llegaban a 12 millones. La tragedia de Felipe II fue que el año precisamente en que agotaba las posibilidades del tesoro, sus ejércitos quedaron paralizados por la mala fortuna, por la indecisión o la insubordinación, en el Mediterráneo, la flota española no pudo salvar Túnez de los turcos; en Países Bajos, Middelburgo, la última posición avanzada que quedaba a España en Zelanda, se rindió a Orange en febrero de 1574, y la sorprendente derrota en Mook (el 14 de abril) de una nueva invasión rebelde llevada a cabo por el conde Luis de Nassau no fue obstáculo para que, a pesar del triunfo, los españoles se amotinaran por reivindicaciones salariales. Antes incluso de comenzar la guerra, ya se debían a los tercios de veteranos 13 mensualidades; se habían amotinado por ciertos motivos salariales después de la toma de Haarlem en julio de 1573, pero sólo habían cobrado 30 escudos, a raíz de Mook, los españoles pudieron reclamar pagas atrasadas de treinta y siete meses. Los vencedores de Mook contribuyeron a paralizar el esfuerzo bélico de España mucho más de lo que pudo hacerlo el conde

Luis: marcharon sobre Amberes, entraron en la ciudad y la tomaron como rehén. Los 4562 veteranos de un ejército de 86.000 acapararon para sí solos más de un millón de florines (el 15 por 100 de las provisiones que llegaban de España en un año). Sólo después de haber cobrado absolutamente todo lo que se les debía, aceptaron tomar las armas nuevo por el rey (30 de mayo).

La prolongada campaña de 1574, cuyo fin era la toma de Leiden, resultó un fracaso. Los intrépidos amotinados abandonaron sus trincheras, presas del terror, cuando los holandeses rompieron los diques y las aguas anegaron los alrededores de la ciudad sitiada (2-3 de octubre). Pero lo peor vino después. El l de noviembre, otro tercio español, cuya misión era proteger los fuertes y puentes del gobierno en Holanda, se amotinó y lanzó un ultimátum: si no percibían los atrasos en el plazo de quince días, abandonarían sus puestos y se refugiarían en Brabante, donde estarían a salvo de los combates y de las heladas. El gobierno puso a prueba todas sus posibilidades para encontrar el dinero con que impedir este desastre, pero no lo consiguió. Los españoles permanecieron en sus puestos hasta el 1 de diciembre, aunque amotinados, pero luego lo dejaron todo, incluso a los camaradas que habían caído en manos de los holandeses, y huyeron. Cuando el 5 de marzo de 1575 los amotinados cobraron por fin, se comprobó que, sólo en concepto de atrasos, se les adeudaban 130.000 florines. Por no haber contado con esta suma, España perdió la posibilidad de apoderarse de Holanda y, con ello, una de las mejores oportunidades que tuvo ganar la guerra.

En la base de todos estos fracasos militares estuvo siempre la falta de dinero. España no pudo proporcionar al Ejército de Flandes los fondos suficientes, sopena de abandonar la defensa del Mediterráneo, y esto no podía pensarse siquiera. Los ingresos del Ejército fueron inadecuados, incluso en 1574, el

año de mayores esfuerzos: no hubo dinero suficiente para pagar a todas las tropas (ni siquiera los españoles que sitiaban Leiden cobraron nada), ni para comprar las municiones indispensables, ni para organizar el suministro adecuado de víveres para las tropas, ni para hacer frente a las deudas más perentorias El precio de esta falta de recursos financieros fue el fracaso militar: a fines de este año de máximos esfuerzos, los orangistas controlaban todas las ciudades de Holanda y Zelanda, excepto Haarlem y Amsterdam.

El año siguiente no fue mucho mejor para la causa del rey. Felipe II hizo lo que pudo —envió al tesoro militar casi cinco millones de florines desde España y más de millón y medio a la flota—, pero el tiempo pasaba. Los que combatían en los Países Bajos no lo sabían, pero un consejo secreto ya había informado a Felipe II de que el único modo de restablecer la solvencia de la hacienda castellana era negarse a reconocer todas las deudas. Esta solución, como se comprobaría después, sería desastrosa para todos los empresarios extranjeros que dependían de las provisiones que llegaban de España: la ruina del crédito con los banqueros de la corona privaría a ésta, inevitablemente, del único medio de que disponía para enviar cantidades grandes de dinero al extranjero, la letra de crédito. Sin los servicios de sus banqueros, la corona no podría sostener el Ejército de Flandes. En consecuencia, el rey se negó a aceptar la recomendación de sus consejeros de hacienda (hecha el 14 de julio de 1574), mientras le quedase todavía una sola posibilidad de conseguir algún empréstito más. Al Ejército de Flandes se le permitía una campaña más.

La campaña de 1575 fue mucho más afortunada. Iba a efectuarse un doble avance en punta para establecer una cuña entre Holanda y Zelanda. Se creía, probablemente con razón, que «si se vuelven a tomar las islas, la tierra firme caerá por sí sola[437]». Después de algunas semanas malgastadas en

conversaciones inútiles de paz con los «rebeldes» en Breda, un ejército español avanzó en dirección sudoeste, desde Utrecht a Rotterdam, tomando Oudewater, Schoonhoven y Buren, en tanto que otro cruzaba la «tierra sumergida» hasta las islas de St. Filipsland, Duiveland y Schouwen. La nueva ofensiva tuvo un éxito rotundo: las islas del sur de Holanda fueron invadidas en unas pocas semanas. En posesión de Orange sólo quedaba la ciudad de Zierikzee, situada en la isla de Schouwen. Las perspectivas de los rebeldes eran extremadamente graves.

Pero el éxito llegaba demasiado tarde para España. Felipe II , incapaz ya de conseguir más créditos, publicó un decreto de bancarrota congelando el capital de todos los créditos existentes el 1 de septiembre de 1575. Los holandeses desbordaron de alegría, encendiendo hogueras y ofreciendo oraciones de acción de gracias, mientras que el gobernador general Requesens escribía desde Amberes, lleno de zozobra:

> El decreto de hazienda ha dado tan gran golpe en esta Bolsa que no ay hombre en ella con crédito […]; yo [estoy] sin ningún medio de hallar un solo real, ni le veo de como el Rey le pueda proveer, aunque tuviera muchos; y sino es por milagros, se caerá toda esta maquina tan brevemente que sera muy posible no tenga yo lugar descrivirlo a Vuestra Señoría; y sucede esto al tiempo que, si el Rey lo huviese diferido tres meses, tengo por sin duda que en ellos huvieremos ganado lo que queda de Zelanda y aun de las demás provincias.

Ni Requesens con sus lamentaciones, ni los holandeses con sus hogueras se equivocaban al valorar las consecuencias del decreto: España ya no podría seguir enviando dinero al Ejército de Flandes. Los ingresos de la pagaduría se hundieron en 1576 por debajo de los dos millones de florines. Un motín general del Ejército se hacía inevitable[438].

Como de costumbre, las tropas españolas fueron las primeras en organizar protesta colectiva, y, como de costumbre también, sólo lo hicieron después cumplir con sus arduas obligaciones militares. Permanecieron en sus puestos, hasta

después de obligar a rendirse a la ciudad de Zierikzee (2 de julio de 1576); luego se amotinaron. Inmediatamente, los españoles se dispersaron por Zelanda en dirección a Brabante, y el 25 de julio asaltaron inesperadamente la ciudad de Aalst (Alost), que saquearon a continuación. No tardaron las tropas valonas en aprender de sus camaradas españoles, más experimentados, ni tardaron en amotinarse ellas también, manteniendo una amistosa correspondencia con los españoles. El saqueo de Aalst, sin embargo, introdujo un elemento nuevo e importante en la situación. La brutalidad de los españoles, demostrada de forma tan manifiesta, provocó una ola de náusea e hispanofobia en los Países Bajos. El cansancio de esta guerra indecisa y tan ruinosa para la economía, el odio ante la insolencia de los soldados, la frustración ante las penalidades y severidad de nueve años de gobierno español, todo les vino a la mente a un tiempo al conocer el saqueo de Aalst. Cediendo a la indignación popular, el Consejo de Estado declaró proscritos a todos los amotinados, como si fueran un solo hombre, al día siguiente mismo; todo el mundo tenía autorización para matarlos (26 de julio). El edicto volvió a publicarse el 2 de agosto y el 22 de septiembre en términos todavía más duros: se declaraba obligatorio matar a los amotinados. Los acontecimientos se precipitaron a partir de este momento. Para contener la anarquía que amenazaba, los jefes políticos de las provincias meridionales, amordazados desde 1567, se tomaron la justicia por su cuenta, reclutaron tropas en nombre de los Estados Generales y comenzaron negociaciones formales con Holanda y Zelanda. El 30 de octubre acordaban el cese del fuego, y el 5 de noviembre firmaban la ratificación final (la «Pacificación de Gante»), precipitada por el brutal asalto y saqueo de Amberes por los españoles amotinados el 4 de noviembre.

La «gran victoria de Amberes», así la entendieron los españoles, señaló el fin del Ejército de Flandes como fuerza de

combate. Ella impedía todo compromiso entre el rey y los Estados Generales en que no se especificase la cláusula de que las tropas extranjeras debían abandonar el país en su totalidad. En esta ocasión, la negociación en torno a las condiciones de salida se prolongaron durante cinco meses, pero en abril de 1577 partían los españoles, cargados del fruto de su pillaje, acompañados de familias y de gran cantidad de equipaje. El primer intento concertado de España para dominar la revuelta holandesa por la fuerza, había fracasado.

1577-1582

A lo largo de los cinco años que siguieron a la «Pacificación de Gante», nunca estuvo claro si España se había decidido por la negociación o por la guerra en los Países Bajos. Efectivamente, la paz formal sólo duró seis meses (febrero-julio de 1577). Los obstáculos principales para llegar a un arreglo eran la negativa de Holanda y de Zelanda a desmovilizarse y a tolerar el culto católico romano, y la irascibilidad del nuevo gobernador general, don Juan de Austria. En julio de 1577, en un gesto un tanto teatral, desafió a los Estados Generales y tomó la ciudadela de Namur; más significativo fue el que, por su cuenta, invitó a los veteranos españoles a volver a los Países Bajos. Esto obligó a Felipe II a tomar una nueva decisión sobre la política a seguir en «Flandes».

En un principio, la reacción del rey fue prohibir al gobernador de Lombardía enviar más tropas a don Juan; no estaba dispuesto a verse arrastrado de nuevo a la guerra por un simple virrey de treinta y dos años. El consejo real, sin embargo, se mostró favorable a la reanudación de la guerra. El rey cambió de parecer: el 31 de agosto los veteranos españoles recibían órdenes de prepararse, y el 11 de septiembre se les ordenaba ponerse en marcha[439].

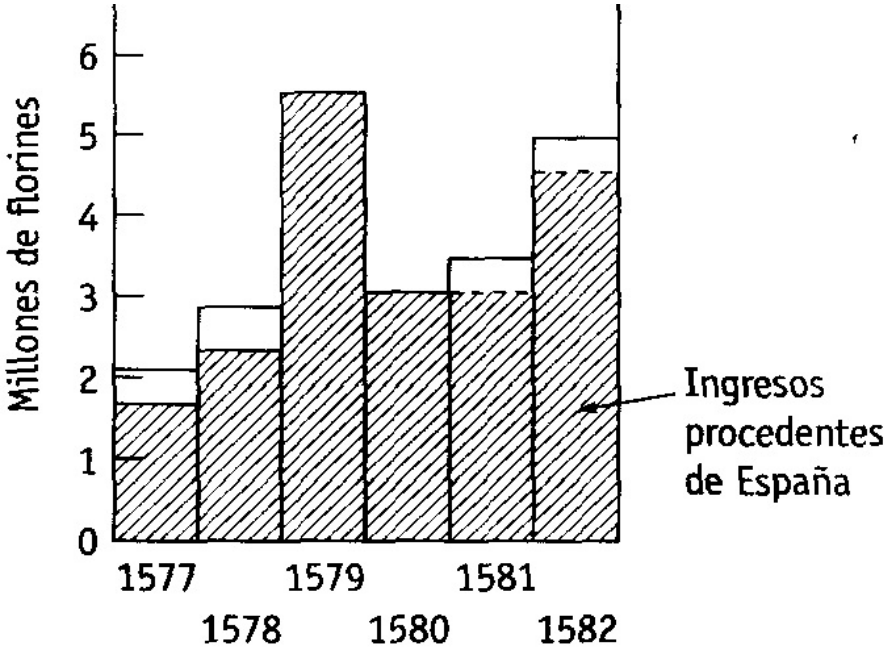


FIGURA 22: Los ingresos de la pagaduría, II: 1577-1582.

El cambio de parecer de Felipe II era sorprendente a primera vista. A principios de año se había mostrado inconmovible en sus deseos de paz en los Países Bajos. Escribía a don Juan el 31 de enero:

> En todas maneras escuseis, como os tengo escripto tantas vezes y lo llevastes entendido de mi, el llegar los negocios a rotura […] Os tomo, hermano, a encargar que escusys la rotura y que os accomodeys con el Tiempo y la Necessidad, que son los mejores consejeros que podéis tener […][440].

Pero desde enero las cosas habían sufrido cambios importantes en España. Sobre todo, y con gran sorpresa suya, el rey había conseguido llegar a un acuerdo informal con el sultán para suspender las hostilidades en el Mediterráneo durante un año, a partir de marzo de 1577. El 7 de febrero España firmaba una tregua formal con el sultán, que se prolongaría hasta la década de 1580. Felipe II se veía, por fin, libre de la gran responsabilidad que le había preocupado desde 1559. Como en 1566-1567, no es probable que el rey hubiera contemplado la

posibilidad del uso de la fuerza en los Países Bajos después de la Pacificación de Gante sin tener alguna seguridad de que con ello no ponía en peligro el Mediterráneo[441]. El mismo año de 1577 mejoró la situación del rey en otra dirección. Desde la bancarrota de septiembre de 1575, Felipe II sólo había podido conseguir empréstitos de banqueros no incluidos en el decreto (como el famoso Simón Ruiz) o de aquellos que, como Lorenzo Spínola, fueron expresamente excluidos de sus cláusulas. Estos hombres no contaban con los recursos suficientes para satisfacer las necesidades de la corona española por mucho tiempo. Desde agosto de 1577, don Juan había dependido del dinero de un solo mercader español, que residía en París, Jerónimo de Curiel, quien consiguió empréstitos de comerciantes amigos de España, prometiéndoles el reembolso en España. Este dinero era enviado en oro por correo a Namur. Entre agosto de 1577 y diciembre de 1578, el tesoro militar recibió por este medio, desde París, 1,7 millones de florines[442]. No bastaba para continuar la guerra. El Ejército de Flandes retrocedió constantemente.

El éxito español en los Países Bajos dependía verdaderamente de una reconciliación entre Felipe II y los grandes financieros cuyos empréstitos había confiscado en 1575. Al votar en favor de la guerra en septiembre de 1577, el duque de Alba, que conservaba dolorosos recuerdos de sus apuros financieros en 1573, insistía en la necesidad de concertar cantidades enormes —y había que ver cómo—. Escribía al secretario privado del rey:

> Este negocio de Flandes se a hecho ya dificultosísimo de acavarse por la fuerza. Llamo dificultoso que querrá mucho tiempo si se ha de andar midiendo las fuerzas de Su Magestad con las de sus rebeldes. Y la principal cossa para acabarse con brevedad es el authoridad de las provisiones que aora Su Magestad haze, y la sombra de las que queda aprestando para hazer, que es el espíritu y alma desta materia y si los provisiones van despedaçadas […] es yr sin brio ni spiritu, que es todo contrario a lo que este negocio ha menester[443].

El «medio general» del 5 de diciembre de 1577 respondía a la demanda del duque: a cambio de compensarlos por sus empréstitos anteriores, dos tercios en «juros al quitar» con bajísimo interés del 3 por 100, y el tercio restante, en tierras de la corona, los banqueros afectados por el decreto (los «decretados») accedieron a prestar a la corona cinco millones más de ducados (10 millones de florines), pagaderos en Italia en dos años[444]. El 10 de junio de 1578 ingresaba en el tesoro militar el primer plazo del nuevo empréstito de los «decretados», y en abril de 1579 habían llegado 3,6 millones de florines[445].

En estos años también el rey contó con una nueva fuente de recursos financieros independiente de sus banqueros. En 1577, probablemente por primera vez, llegó una flota del Nuevo Mundo con más de dos millones de ducados para el rey. El «ciclo real» de importaciones de tesoro americano había empezado. En 1583, la cantidad que ingresó en las arcas reales fue de tres millones de ducados; en 1587 llegaban muy oportunamente, para financiar la Armada Invencible, cinco millones. El total ingresado fue igualmente impresionante: en la década de 1571-1580 el rey percibió del «tesoro» casi 12 millones de ducados; en los diez años siguientes fueron 18,7 millones, y más de millones entre 1591 y 1600[446]. El significado del tesoro de Indias en el sistema de asiento de la corona española nunca se exagerará bastante: supuso la garantía y el metal precioso que necesitaba la corona para poder pedir empréstitos en proporciones enormes e influyó positivamente en la confianza en los negocios de toda Europa. El aumento extraordinario y sostenido de las provisiones del rey procedentes de Indias, especialmente de las nuevas minas del Perú, significó en los años noventa que pudiera pedir el doble de empréstitos que garantizaba con la flota de Indias, como ya lo había hecho en la década de 1570. Sin embargo, a pesar de haber podido

disponer de provisiones «con brío» los años 1578 y 1579, y a pesar del estimulante incremento de tesoro que llegaba de Indias, el ímpetu de la nueva ofensiva española en los Países Bajos se fue expeliendo gradualmente. Había dos razones principales para ello. En primer lugar, habían surgido importantes divisiones entre los partidarios de los Estados Generales; en particular, los estados provinciales de Hainaut, Artois se declararon dispuestos a volver a la obediencia. Después de un acuerdo preliminar en mayo de 1579, el 13 de septiembre se firmaba formalmente el Tratado de Arras. Una de las condiciones decisivas del acuerdo, es que se reconciliaban con Felipe II tres provincias, era que todas las tropas extranjeras del Ejército de Flandes debían ser licenciadas. Idéntica condición imponían las ciudades de Groninga y S'Hertogenbosch, que también se habían separado de los Estados Generales en 1579. Las tropas extranjeras debían abandonar el país en el plazo de seis meses, a partir del Tratado de Arras.

Ocurrió que lo que justamente quería el rey era un momento de tregua en las hostilidades en los Países Bajos y una reducción en las provisiones. En agosto de 1578 moría en el campo de batalla el rey de Portugal, Dom Sebastián, sin descendencia. Aparte de su tío, el cardenal Enrique, viejo y epiléptico que tenia órdenes sagradas, Felipe II era quien mejores derechos podía alegar a la sucesión portuguesa.

Así, pues, a lo largo de 1579, el rey Felipe trazó sus planes para la conquista de Portugal en cuanto el cardenal falleciese. Aprovechó la oportunidad de reforzar su ejército con los veteranos españoles procedentes de los Países Bajos (partieron de Luxemburgo en mayo de 1580 y se dirigieron directamente a Lombardía, y desde allí a España). Los Países Bajos quedaron virtualmente abandonados por España en 1580-1581, fechas en que España anexionó Portugal y las Azores; el dinero que llegó

al tesoro militar fue muy poco (cf. fig. 22).

No obstante la poca atención que le prestó el rey, el Ejército de Flandes consiguió varias victorias. Ni siquiera un ejército francés, al mando del duque de Anjou, que luchaba a favor de los Estados, pudo impedir que los realistas tomaran las ciudades de Kortrijk, Breda y Nivelles, en 1580; Tournai, en 1581, y Oudenaarde, en 1582. Fue una marca importante, pero las provincias, y también el nuevo gobernador general, Parma, sabían que no habían merecido el éxito. Eran conscientes de que sus éxitos no podrían continuar mucho más tiempo sin provisiones sustanciosas y regulares de España: sobre este punto coincidieron, por una vez, con su viejo enemigo el duque de Alba. Las provincias «reconciliadas», poco después de reconciliarse, pidieron insistentemente al rey que declarara con exactitud qué cantidades estaba dispuesto a enviar a los Países Bajos. El rey opuso una airada negativa. Con bastante más tacto, Parma suplicó a su tío que enviara «una cantidad fija todos los meses» al Ejército de Flandes[447]. El rey volvió a negarse. Ni siquiera la vuelta de las tropas extranjeras en septiembre de 1582, que, según creyeron las «provincias obedientes», produciría un aumento del dinero de España, consiguió que las provisiones fueran más regulares. Desesperado, Parma envió a su más inmediato colaborador, Jean Richardot, hombre muy relacionado con las provincias valonas, para exponer personalmente ante el rey las ventajas que se podrían conseguir aumentando las provisiones y enviándolas en plazos regulares. La misión tuvo un éxito triunfal. En junio de 1583, Felipe II escribía al presidente del Consejo de Hacienda:

> Es la necessidad presente [en los Países Bajos] tan grande que seria de mucha importancia poder proveer luego de 400 a 500.000 ducados, y para adelante sera muy bien que se haga la provisión por meses, de 150 a 200.000 ducados cada mes[448].

Parma contaba ahora con la garantía de un aprovisionamiento regular con el que organizar la reconquista de los Países Bajos. Tenía también un plan general de operaciones. Ya el 13 de enero de 1581 explicaba al rey que, gracias a la configuración geográfica de los Países Bajos, un bloqueo coordinado de todas las ciudades que hay a lo largo del Escalda (Malinas, Amberes, Gante y otras) reduciría automáticamente a las provincias de Brabante y Flandes enteras a la obediencia del rey. Con la promesa de ayuda regular garantizada por adelantado, aun cuando las cantidades fueran pequeñas, y con un gran número de ciudades ricas en frente para sitiarlas y, tal vez, saquearlas, en 1583 Parma se dispuso a emprender la reconquista del sur.

1583-1597

Desde 1583 hasta fines de 1585, Felipe II dedicó toda su atención y todos sus recursos a la reconquista de los Países Bajos. A ordenes suyas, el príncipe de Parma mantuvo una constante presión militar sobre las ciudades de Flandes y Brabante, en tanto que con el oro del rey sobornaba a todos aquellos que andaban vacilantes en su alianza con los Estados. En particular, ofreció sumas considerables a las tropas inglesas del ejército de los Estados para inducirlas a desertar, y muchas lo hicieron, entregando valiosas ciudades a los españoles, como Aalst (1584 —por 128.250 florines—), Deventer (1587) y St Geertruidenburg (1589). También se pasaron a la causa realista muchos nobles, ante la promesa de pensiones, posesiones y perdón. Se hacía eco de esto un servidor de la República, a raíz de rendirse a España, sin resistencia, otra ciudad (Grave), cuando en 1586 escribía decepcionado: «Todo el mundo sabe que las balas de oro del rey hicieron una brecha más grande en el corazón de que la mandaba, que la batería ordinaria y que todas las virtudes católicas». Parma, igual que Enrique IV en Francia después de 1594, combinó a la perfección el empleo de

la fuerza y del dinero para conseguir una rápida conquista[449]. Entre la toma de Maastricht en julio de 1579 y la toma de Amberes en agosto de 1585, el Ejército de Flandes se apoderó de más de treinta ciudades importantes, sin que los Estados Generales realizasen apenas ningún esfuerzo extraordinario para liberarlas. Además, esta conquista se llevó a cabo con un gasto notablemente reducido para España: unos 22 millones de florines recibió el tesoro militar procedentes de España en estos tres años. Un éxito a tan bajo coste fue posible por la explotación eficaz de los Países Bajos mediante el sistema contribuciones que había organizado el Ejército, a lo que hay que sumar las indemnizaciones pagadas por las ciudades tomadas y, sobre todo, la regularidad con que España envió el dinero —600.000 escudos en oro a la vez.

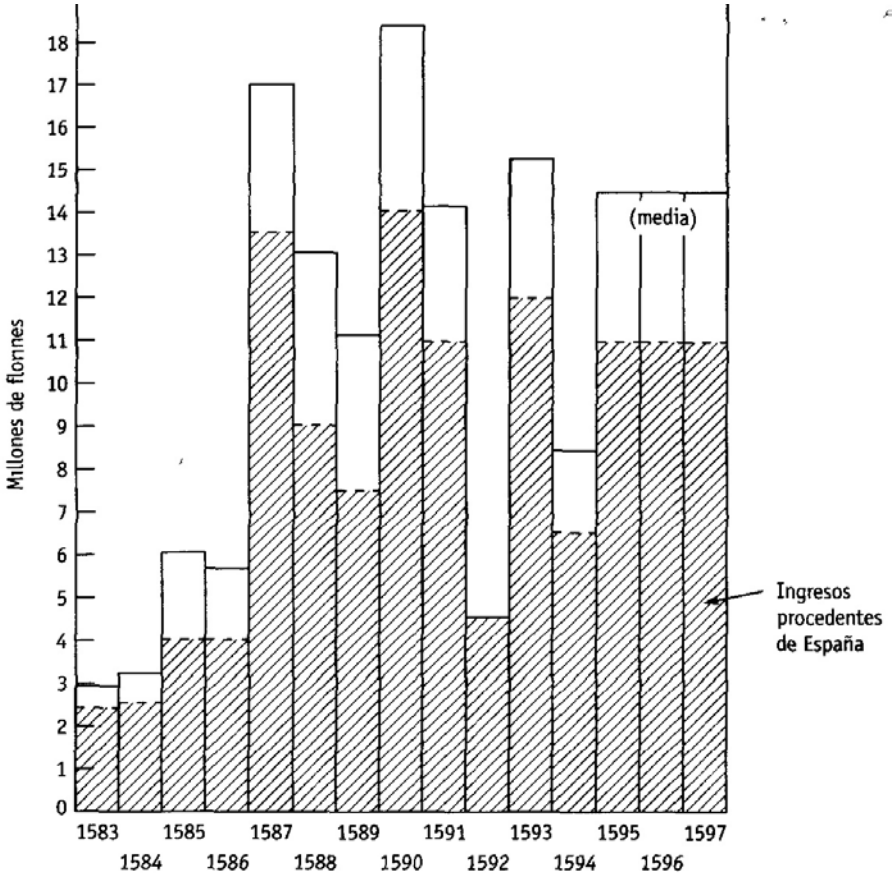


FIGURA 23. Los ingresos de la pagaduría, III: 1583-1597.(Nota: Los ingresos anuales procedentes de España son la media calculada).

Las victorias de Parma fueron todavía más notables si se tiene en cuenta el creciente apoyo exterior que llegó para endurecer la resistencia holandesa. El fin de la séptima guerra de religión en Francia (con la Paz de Fleix en noviembre de 1580) inauguró un período de paz interior, y en 1581 encontramos un ejército hugonote al servicio de los Estados, mandado por el duque de Anjou, presunto heredero al trono de Francia y «Defensor de las Libertades de los Países Bajos» desde 1578.

Las tropas francesas desempeñaron un papel destacado en

las campañas de 1581-1583, pero su ayuda terminó con la muerte de Anjou, en junio de 1584, y la organización de la Liga Católica para oponerse a la sucesión del nuevo presunto heredero, el hugonote Enrique de Navarra. Los jefes Guisa de la Liga pudieron contar con apoyo financiero regular de España (de acuerdo con el Tratado de Joinville, de 31 de diciembre de 1584) y, con costo reducido para España, consiguieron intimidar a los hugonotes holandeses e impedir que continuaran interviniendo en los Países Bajos durante años.

Parecia como si la triunfante restauración de la autoridad española en los s Bajos pudiera prolongarse indefinidamente. En 1586, dueño de Flandes y Brabante, Parma sitió con éxito y tomó un número de ciudades clave, sitas en las márgenes de los ríos Mosa y Rin (Grave, Megem, Venlo, Neuss,); las provisiones enviadas por el rey en 1585-1586 fueron las más elevadas desde 1575. Sin embargo, la situación varió completamente. El 20 de agosto 1585, los Estados Generales firmaron una alianza con la reina Isabel de Inglaterra, el Tratado de Nonsuch. Por las cláusulas de este acuerdo, la reina proporcionaba 7350 hombres, una ayuda regular (que sería 1/4 del costo total de la guerra) y consejeros militares. Estos llegaron en diciembre del mismo año. Mientras tanto, Francis Drake salía con destino a las Indias españolas con veinte navíos para llevar a cabo una misión importante de piratería abiertamente amparada por la reina. Efectivamente, Inglaterra había declarado la guerra a España[450].

La intervención inglesa en los Países Bajos supuso un grave contratiempo para Felipe II. Pareció que los Estados Generales estaban dispuestos a discutir de paz con España —había, ciertamente, en la República un grupo partidario de la paz—; estas indecisiones terminaron con el Tratado de Nonsuch. Los ingleses, aunque ineficaces militarmente, robustecieron la vacilante determinación de los Estados a resistir. Felipe II

decidió, por tanto, tomar las medidas oportunas para contrarrestar la agresión de Inglaterra. Ya en 1583 se refirió la idea de un ataque marítimo de España contra Inglaterra; ahora, en diciembre de 1585, pidió a sus consejeros que reunieran planos, mapas e información relativa al proyecto. En 1586 comenzaron los preparativos para una gran flota. Envió refuerzos y provisiones en mayor cantidad al Ejército de Flandes, que había de participar en el proyecto de invasión. En la primavera de 1586 el Ejército trasladaba su lugar de acuartelamiento a la costa flamenca, aquí fue donde se perdió la ocasión de la reconquista. Siempre había constituido un problema la organización del abastecimiento de víveres a las regiones nuevamente tomadas por el Ejército, pero después de 1586 se convirtió en una pesadilla. Los holandeses impusieron un rígido bloqueo sobre las provincias meridionales, que impedía toda llegada de granos del Báltico. La necesidad de éste se hizo desesperada en los años 1587-1589 a causa de las pésimas cosechas de tres años consecutivos. Los Países Bajos cayeron presa de la peor hambre del siglo y no había remedio: no había víveres que comprar. El hambre diezmó la población de las provincias nuevamente reconciliadas con España, y arrastró también un gran número de tropas reunidas para la «empresa de Inglaterra». En 1588 continuaron los mismos estragos y en esa fecha precisamente llegaron con destino a la Armada más tropas y más dinero, y para que, al fin, el Ejército de Flandes no consiguiera conectar con la gran flota antes de que fuera derrotada.

A principios de 1589, el futuro del Ejército de Flandes aparecía un tanto más claro. En mayo de 1588 había estallado la guerra abierta en Francia, y en septiembre los holandeses levantaban el embargo; la derrota de la Armada significaba, por lo menos, que podía reanudarse la guerra contra los holandeses. A principios de 1589, la guarnición de la importante ciudad de

St Geertruidenburg, que dominaba un paso sobre el Mosa, entregaba la plaza a los españoles, al tiempo que el Ejército invadía la isla de Bommel en el transcurso del verano. Después, la situación volvió a oscurecerse. Las tropas de vanguardia de la campaña de Bommel se amotinaron, y hubo que retirar todas las tropas de la isla. Mayor significación para el futuro revistió el hecho de que el 2 de agosto de 1589 fallecía el último de los Valois, Enrique III.

España se encontró otra vez implicada a fondo en los asuntos de Francia. Por el Tratado de Joinville, Felipe II había prometido a la Liga Católica de Francia que, en caso de necesidad, proporcionaría ayuda militar para impedir la sucesión en el trono francés del jefe protestante, Enrique de Navarra. España no podía aceptar a Enrique, no sólo por su religión, sino por su política: era el heredero y discípulo del almirante Coligny, quien en 1572 había estado a punto de implicar a Francia en la rebelión de los Países Bajos contra España. Felipe II estaba dispuesto a llegar hasta donde fuera preciso con tal de impedir que el de Navarra accediera al trono. El 2 de septiembre de 1589 el Consejo de Estado español trató de la situación francesa después de la muerte de Enrique III. Hubo acuerdo unánime en recomendar la intervención militar decidida en favor de la Ligue. El 7 de septiembre, Felipe II firmó la decisiva orden, mandando a su sobrino trasladar a cuantas tropas tuviera disponibles en los Países Bajos a la frontera francesa, para apoyar a la Ligue. La guerra contra los holandeses quedaría reducida sólo a una operación de contención defensiva: a mantener guarniciones fuertes en las ciudades clave, con una pequeña fuerza de choque en la reserva[451]. Parma, que había de encargarse del mando de la fuerza expedicionaria francesa, no dudaba de que los intereses españoles hacían inexcusable el apoyo a la Ligue. Sin embargo, estaba profundamente preocupado por la decisión del rey de no

llegar a algún tipo de compromiso con los rebeldes mientras el Ejército Flandes estuviera ocupado en Francia. En noviembre de 1589 propuso un plan de paz al rey, aceptable a su modo de ver, para los rebeldes. Admitir el culto calvinista en las regiones «rebeldes», a cambio de volver a la obediencia, el rey rechazó rotundamente el apoyo a esta proposición. A Parma se le ordena luchar en dos frentes[452].

El rey había cometido un error fatal. Por primera vez, virtualmente los Estados Generales conseguían olvidar sus diferencias y organizar una campaña en toda regla por su cuenta. Mientras Parma estuvo en Francia en 1590, tomaron la ciudad de Breda —¡su primer éxito militar en doce años!—. Y, lo que fue peor aún, el Ejército de Flandes se amotinó. A lo largo de 1590 se amotinaron, reclamando haberes atrasados, dos tercios españoles, que puede decirse llevaban sin cobrar desde 1585, con lo cual fue imposible la organización de un ejército para contener a los holandeses. Iba a convertirse en norma constante. 1591, Parma recibía aviso de que los holandeses estaban preparando una campaña de envergadura para reconquistar las posiciones españolas de Frisia. A pesar de las ordenes expresas del rey de volver a Francia inmediatamente, Parma dirigió su ejército al norte para rechazar el ataque holandés. No informaría de esto y de su desobediencia hasta el 25 de julio. El 4 de agosto el rey repitió su orden de que la guerra en Francia debía tener prioridad. Parma siguió dudando. Hasta el 21 de diciembre no volvió a Francia.

Felipe II no estaba acostumbrado a las desobediencias. Según informaba a su díscolo sobrino, le «había abierto su corazón» y esperaba ser obedecido; además había enviado sumas sin precedentes desde España en 1590 y 1591 para uso expreso de la Liga. Parma había gastado el dinero del rey en otras cosas. Estas consideraciones convencieron al rey de que había llegado

la hora de sustituir a Parma. Así que el 31 de diciembre de 1591 nombraba gobernador y capitán general de los Países Bajos al marqués de Cerralvo; pero, por desgracia para los planes de Felipe II, el marqués falleció en *route*. A continuación, eligió al conde de Fuentes (junio de 1592), pero no llegó a Bruselas hasta el 23 de noviembre de 1592. No pudo verse con Parma, que moría en Arras el 6 de diciembre.

Estas demoras y cambios tuvieron un efecto desastroso sobre el Ejército de Flandes. La desconfianza del rey respecto de Parma lo llevó a reducir los fondos hasta que pudiera encargarse del mando un sucesor adecuado. Como esto tardó en producirse un año entero, durante 1592 el tesoro militar sólo recibió 4,4 millones de florines, en lugar de los 18 millones de 1590 y de los 14 millones de 1591[453]. Los motines de 1590-1591 ya habían indicado que el Ejército necesitaba más dinero, no que se le redujese, y, sin embargo, lo que había en 1592 apenas si bastaba para pagar algunos sueldos. En 1593 comenzó en serio la desobediencia colectiva por parte de las tropas. En julio y agosto estallaron motines entre el ejército español de Francia en St Pol y en Pont-sur-Sambre, en cada uno de los cuales participaron 1500 hombres. En julio de 1594, en el momento preciso en que el gobierno estudiaba qué dinero necesitaba para apaciguar estos motines, estalló otro mucho más grave todavía entre las tropas que habían quedado para defender los Países Bajos, el motín de Zichem, en el que tomaron parte casi 3000 veteranos.

Estos acontecimientos fueron decisivos, ya que los recursos del Ejército de Flandes estaban forzados al límite. Las tropas disponibles para las operaciones eran tan pocas, que la inmovilización de sólo 3000 hombres en un motín abortaba cualquier empresa. En cuatro brillantes campañas (1591-1594), Mauricio de Nassau tomó todos los puestos avanzados españoles situados al norte del Mosa, sin encontrar apenas

resistencia eficaz, porque las fuerzas españolas que podían haberle rechazado estaban amotinadas. La piedra angular de la reconquista holandesa, Groninga, cayó ante el pequeño ejército sitiador del conde Mauricio, en julio de 1594, debido en gran parte a que los amotinados de Zichem se negaron a ir en su ayuda. España fue incapaz de resistir el avance de los Estados en los años noventa igual que la República lo había sido de rechazar a las tropas de Parma en la década anterior. En Francia también fue la desobediencia de las tropas escogidas del Ejército de Flandes en 1593-1594 lo que hizo naufragar los planes de Felipe II. Debido a la falta de soldados leales, el gobierno de Bruselas se vio obligado a firmar una tregua de seis meses con Enrique de Navarra, en julio de 1593, con lo que éste dispuso de un tiempo precioso para sobornar a los defensores de Mayenne y destruir las bases de la fuerza de la Liga Católica en la parte oriental de Francia. Por intentar la victoria en dos frentes a la vez, Felipe II fracasó en los dos. Los años 1593-1594 fueron el punto crucial de las guerras de los Países Bajos, y en la guerra por la corona francesa[454].

Aunque después de 1595 España retiró algunas tropas de Francia, todavía, en octubre de 1597, los gobernadores de algunas ciudades leales de Gelderland cercadas por los holandeses recibieron ordenes de rendirse si se les exigía, ya que no era posible organizar fuerzas de socorro[455]. España no abandonó la política de «primero Francia» que venía siguiendo decididamente desde 1589, hasta la Paz de Vervins, en 1598. La orden desesperada de Felipe II de detener al de Navarra le había costado inmensas cantidades de dinero —sólo en la década de 1590 España envió a los Países Bajos 88 millones de florines, la mayor parte de los cuales para emplearlos en Francia —, y le costó también su última oportunidad verdadera de vencer a los holandeses[456].

1598-1608

La situación del Ejército de Flandes en 1598 era mucho peor que lo había sido en 1589, en vísperas de la intervención francesa. Sobre todo, Francia volvía a tener un rey fuerte. El buen sentido de Enrique IV, su oro y sus victorias militares lograron unificar el país; España y su aliada, la Liga Católica, fueron derrotados de forma decisiva. España vio inmediatamente cómo se le escapaban de las manos las regiones de Europa en que había conseguido preponderar por la sencilla razón de que no había tenido competidores: Saboya, los cantones suizos, el norte de Italia, el noroeste de Alemania. Las comunicaciones por tierra de España entre Lombardía y los Países Bajos, y su dominio sobre Italia, basadas ambas en la impotencia francesa, se vieron pronto en peligro. En 1601 cayó en manos de Francia nada menos que todo el «Camino Español». Los diez años siguientes a la derrota de la Armada española contemplaron también la subida de otro adversario formidable para el Ejército de Flandes. La república Holandesa sacó buen partido de las preocupaciones españolas en Francia. Sus ejércitos consiguieron formar una frontera defendible; sus comerciantes, envalentonados por las derrotas de las flotas de guerra más importantes de España en 1588 y 1596, llevaron a cabo un activo comercio con los países mediterráneos y con África, con América y con el sudeste de Asia. Las lucrativas operaciones comerciales de los holandeses después de 1588 proporcionaron el capital, los empréstitos y los impuestos con los que la República pudo llevar adelante la guerra. Finalmente, en la década de 1590 los «rebeldes» consiguieron desarrollar una forma de gobierno que les permitió una ambiciosa acción militar durante un largo período.

Al mismo tiempo, el Ejército de Flandes se había debilitado. Desmoralizado por las derrotas de los años noventa e inquieto por la falta de paga, la moral de las tropas llegó casi a tocar fondo. La disminución de las provisiones procedentes de

España en 1598-1601 (figura 24) y la limitación de su derecho de alojamiento y servicio gratis (cf. más arriba) empujo a más soldados que nunca hasta entonces al motín en demanda de sus atrasos. Fue durante los diez años que van de 1597 a 1606 cuando el motín se convirtió realmente en el «remedio doméstico» del Ejército de Flandes para el persistente problema del hambre de paga.

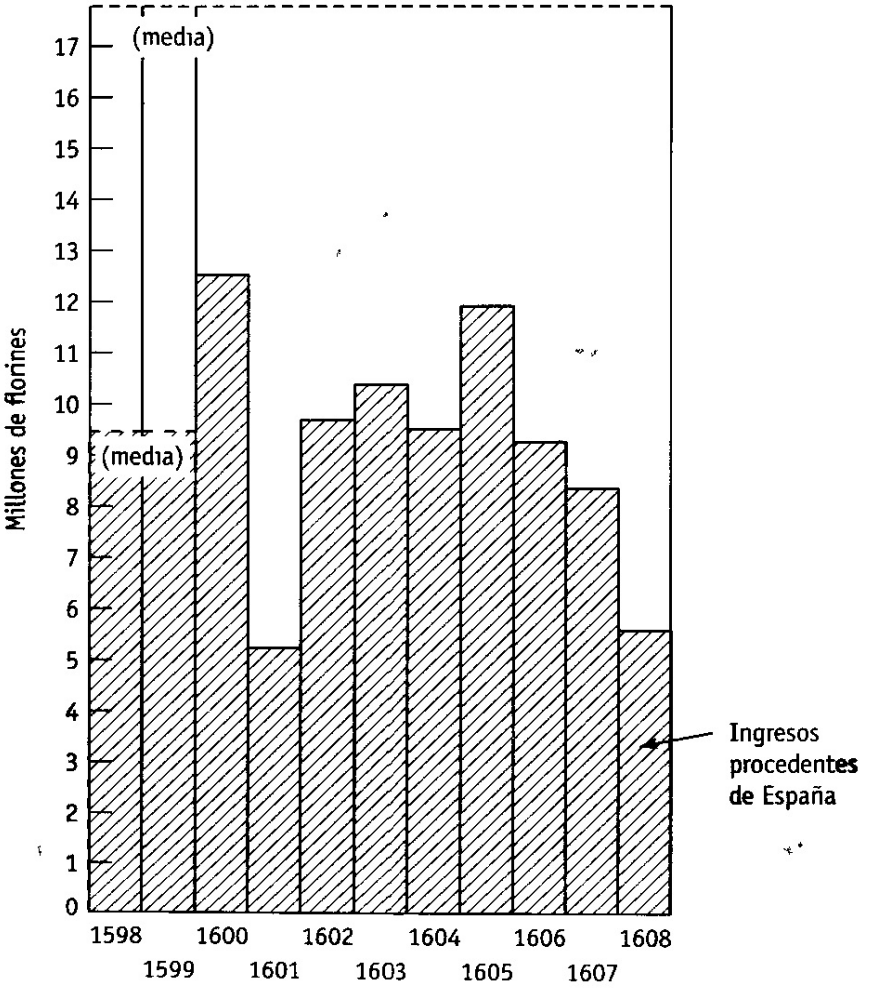


FIGURA 24: Los ingresos de la Pagaduría IV: 1596-1608

Entre 1598 y 1604, todas las campañas importantes

emprendidas por el Ejército de Flandes fueron obstaculizadas o impedidas por el amotinamiento de algún contingente de tropas. En 1598, mientras que el ejército principal se dirigía a los ducados de Cleves y Colonia a asegurar las cabezas de puente sobre el río Rhin, las guarniciones españolas de muchas posiciones importantes del sur se amotinaron (Lier, Amberes y Gante, en particular). En 1599-1600, muchas de las tropas que invadieron la isla de Bommel durante el verano, se amotinaron: 1000 veteranos del ejército principal tomaron como base la propia ciudad amurallada de Diest y exigieron el pago de cuanto se les debía (Navidad de 1599), en tanto que las tropas que habían quedado en los dos fuertes construidos en Bommel por los españoles en 1599, St André y Crevecoeur, entregaron sus posiciones a los holandeses a principios de 1600, a cambio de cobrar los atrasos. En julio de 1600, otra parte del ejército de campaña, otros 2000 aproximadamente, se amotinaron y establecieron su campamento en la ciudad de Weert. Estimulados por los dos millones y medio de florines pagados a los amotinados de Diest (febrero de 1601) y por el millón que habían cobrado los de Weert (marzo de 1602), se amotinaron también los soldados del ejército de campaña en agosto de 1602: esta vez los que abandonaron sus unidades no bajaron de 3200 —la mitad, aproximadamente, del Ejército—, y establecieron su base en la ciudad fronteriza Hoogstraten, exigiendo el pago de un millón más de florines. Esta persistencia de los motines (y hubo muchos más de menos importancia) hizo que resultara absurdo el intento del Ejército de Flandes de sitiar Ostende (a partir de junio 1601). Eran tantos los hombres implicados en motines, y tanto el dinero que se necesitaba para pagarles, que escasearon unos y otro a la hora de establecer un bloqueo completo de la ciudad. Los esfuerzos impotentes del Ejército acabaron por convertirse en una especie de burla internacional.

Esta era la situación de estancamiento a la llegada de Ambrosio Spínola, descendiente de grandes financieros y dotado de una habilidad militar considerable. Como señaló un cierto genovés, Spínola podía conseguir en cualquier momento un empréstito personal de dos millones de escudos, y podía hacerlo en condiciones doblemente más favorables que el rey de España[457]. Por un curioso contraste, más al estilo del «condottiere» del siglo XVI que de la *grande guerre* del XVII, prometió la reconquista de Ostende en el plazo de un año, a condición de que pudiera controlar la financiación del sitio y de que el mando las tropas sitiadoras estuviese exclusivamente en sus manos (29 de septiembre de 1603). El crédito ilimitado, la destreza militar y una perseverancia tenaz fueron triunfando finalmente: la ciudad, o lo que quedaba de ella, se rindió a Spínola en el plazo del año (22 de septiembre de 1604).

El valor estratégico de este éxito era muy limitado. Se puede decir que Ostende era de menor utilidad que el puerto de Sluis, al que los holandeses obligaron a rendirse en agosto de 1604, y, ciertamente, no era compensación suficiente por todas las otras ciudades que los holandeses habían podido tomar desde 1601 gracias a la preocupación del Ejercito de Flandes por Ostende. Sin embargo, la toma fue importante. Demostró que, a pesar de los fracasos de años anteriores, España y su ejército de los Países Bajos seguían siendo fuertes y era preciso contar con ellos. Consolidó también el ascendiente de Spínola sobre los Países Bajos. Fue nombrado maestre de campo general (lugarteniente de todo el Ejército) y en marzo de 1605 recibió el cargo de superintendente de Hacienda, con poderes absolutos sobre el tesoro militar.

No tardó en comprobarse el acierto de esta elección. Felipe III había deseado una tregua en los Países Bajos, por lo menos desde la derrota de Nieuwpoort en julio de 1600, pero, como es natural, los holandeses no la aceptaron (iban ganando).

Sin embargo, la muerte de la reina Isabel, en 1603, abrió el camino a la paz anglo-española (el Tratado de Londres, agosto de 1604). Este logró lo que las Armadas de 1588 y 1596 no habían logrado: la retirada de toda ayuda oficial inglesa a los holandeses. La toma de Ostende, que siguió poco después, dejó las manos libres al Ejército de Flandes para tomar de nuevo la ofensiva. El rey estimaba que una invasión del territorio holandés haría que los holandeses se mostraran más propicios a firmar la tregua. En 1605 recibió Spínola grandes cantidades de provisiones y ordenes expresas de invadir Overijssel. Cayeron varias ciudades. En 1606 emplea la misma estrategia. Aunque esta vez la cadena de reductos existente detrás del Ijssel y del Mosa (cf. más arriba) impidieron al Ejército de Flandes hacer un avance realmente eficaz hacia el corazón de la República, sin embargo, Spínola consiguió la toma de más ciudades al otro lado de los «grandes ríos».

El esfuerzo resultó excesivo, no obstante. Al final de la campaña de 1606, una gran parte del ejército de campaña de Spínola se amotinó y se dirigió a la ciudad de Diest, que ya había demostrado ser una base adecuada en otras revueltas militares en 1590 y 1600. Los efectivos que tomaron parte en este motín superaron a todos los contingentes anteriores, 4052 veteranos, y sus atrasos totalizaron también un millón de florines. Mientras no se les pagara, no había posibilidad de nuevas campañas. Entre tanto, en Madrid, Felipe III y sus consejeros admitían, muy a su pesar, que su nueva estrategia había fracasado: a pesar de las muchas provisiones de 1602-1606, los Estados no manifestaron el menor deseo de paz. El 14 de diciembre de 1606, el Consejo de Estado lamentaba tener que aconsejar al rey el abandono de «Flandes»: el tamaño del ejército debía ser reducido drásticamente y las provisiones anuales procedentes de España, rebajadas, de 9 millones de florines, a 4,25 millones[458]. Estaba a punto de hacerse pública

esta decisión cuando los holandeses hicieron una inesperada oferta: estaban dispuestos a discutir el cese de las hostilidades. En España se consideró el cambio de idea de los holandeses como un verdadero milagro. La lucha terminó el 24 de abril de 1607[459].

A pesar del desgaste constante de la capacidad de negociación de España (estaba implicada en una confrontación de envergadura con Venecia; la victoria de Heemskerk frente a Gibraltar; otro decreto español de bancarrota, de 9 de noviembre de 1607), las negociaciones siguieron adelante, y en abril de 1609 llegaba la firma de una Tregua de Doce Años. El Ejército de Flandes era reducido a una fuerza de tiempo de paz de 15.000 hombres, y las provisiones, rebajadas a 4 millones de florines anuales. Se pagaron los atrasos a las tropas y los amotinados fueron expulsados del país.

1609-1619

Durante la Tregua de los Doce Años comenzaron por primera vez a dominar las actividades y el pensamiento estratégico del Ejército de Flandes los acontecimientos de Alemania. Por supuesto que hacía mucho tiempo que existía una estrecha relación entre los Países Bajos y el Sacro Imperio Romano, del que formaban parte (desde 1548). El emperador había ofrecido su mediación en los intentos fallidos de poner fin al conflicto de los Países Bajos (en particular en 1568, 1577, 1579 y 1591); y una y otra vez se repitieron los casos de interevención de fuerzas españolas en las crisis políticas del noroeste de Alemania para sostener la causa católica o imperial (en Aquisgrán, en 1581; en el electorado de Colonia, en 1583-1589, etc.). Sin embargo, la muerte del duque de Cleves Jülich, en marzo de 1609, sin hijos, católico y proespañol, transformó las relaciones ocasionales. España y su gobierno satélite de Bruselas llegaron a la convicción de que el triunfo de

los Habsburgo y de sus aliados católicos en Alemania era de importancia vital para la victoria española en los Países Bajos, incapaz de triunfar en un conflicto limitado, España aprovechó la oportunidad que le ofrecían los disturbios en Alemania para ampliar su lucha con los holandeses y convertirla en una guerra general europea.

Cleves-Jülich eran de gran importancia estratégica para el Ejército de Flandes porque los ducados formaban un saliente entre las tierras controladas por España y los Estados, y porque en ellos había un puente sobre el Rin en Wesel. El éxito de las campañas de Spínola en 1605-06, por ejemplo, dependió en gran parte de la autorización ducal para pasar Cleves a invadir Frisia y Overijssel. La muerte del duque Juan Guillermo, en 1609, originó una serie de disputas por la sucesión. Los aspirantes principales, el conde palatino de Neuburg y el elector de Brandenburgo, eran ambos luteranos y, como tales, inaceptables para España y para el emperador (porque Cleves era católico en su mayoría y tenía derecho, por tanto, según la Paz de Augsburgo, a un gobernante católico). Ante la hostilidad de los Habsburgo, los dos aspirantes movilizaron ayuda rápidamente: la Unión Protestante Alemana, los Estados Generales de los Países Bajos y, sobre todo, Enrique IV de Francia, deseoso siempre de crear dificultades a los Habsburgo. Parecía inevitable la declaración de guerra. Pero en el transcurso de 1610 morían Enrique IV y el elector palatino, agresivo líder de la Unión Protestante, dejando ambos sucesores menores de edad. Estuvo a punto de evitarse la guerra, pero antes de fines de año las tropas holandesas, inglesas y francesas invadieron los ducados e instalaron en ellos a los dos aspirantes luteranos como duques copartícipes.

En 1613, España, dolida todavía por este revés, tuvo una oportunidad inesperada de recuperar su ventaja. Uno de los aspirantes luteranos, el conde de Neuburg, se convirtió al

catolicismo y solicitó ayuda española para adueñarse de toda la herencia. Ni que decir tiene que el Ejército de Flandes se mostró dispuesto a ello. Sin nada que temer por parte de la regencia prohabsburgo que controlaba la política exterior francesa, Spínola condujo sus tropas hasta el interior de Cleves, a principios de 1614. En poquísimo tiempo ocupó cincuenta y cinco ciudades y fortalezas, entre las que estaba la cabeza de puente de Wesel. En vano el elector de Brandenburgo proclamó su calvinismo y llamó en su ayuda al ejército de los Estados Generales: Spínola ya había invadido la mitad del ducado y se negó a combatir contra las tropas holandesas. «La Tregua no debe ser quebrantada por causa de Jülich», advertía al rey[460]. En consecuencia, la *pax hispánica* siguió en pie.

Si se exceptúa el caso incidental de Cleves, el Ejército de Flandes no fue alertado en ningún otro momento durante los primeros diez años de la tregua. El gasto que representó para España se mantuvo en la aceptable cantidad de 4 millones de florines anuales, y el gobierno de Bruselas se dedicó a la reconstrucción del sur después de treinta años de guerra. Impulsó el comercio y la industria; fortaleció la ortodoxia de la Contrarreforma; revisó incluso el sistema financiero, por una especie de milagro, en 1617 la provisión anual de España llegó a pagarse mensualmente y por adelantado[461].

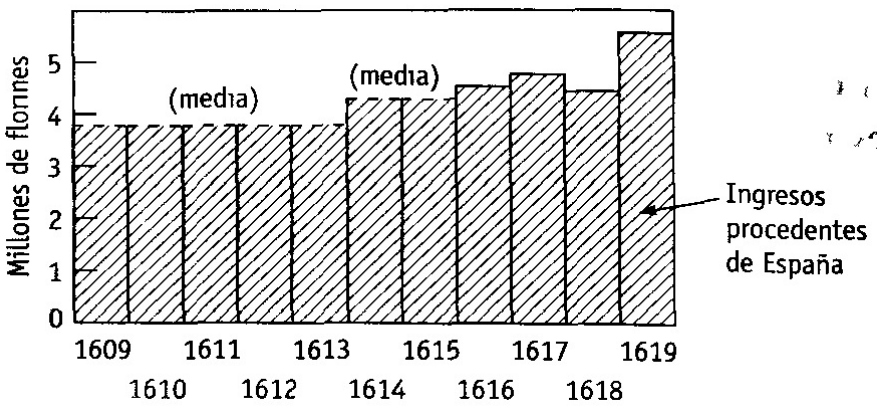


FIGURA 25: Los ingresos de la Pagaduría V: 1609-1619

Esto no volvería a repetirse en el futuro. En mayo de 1618, los estados de Bohemia, que el año anterior habían elegido en votación previa como rey al archiduque Fernando de Styria, cambiaron repentinamente de parecer y se rebelarón. Los funcionarios de Fernando fueron expulsados. El archiduque se vio en la necesidad perentoria de recuperar el control sobre Bohemia. Además de la afrenta que representaba para su legitimidad, y que exigía reparación, Fernando era candidato habsburgo a la sucesión imperial a la muerte del emperador Matías, enfermizo y sin descendencia. Las posibilidades de ser elegido emperador podían depender mucho del voto decisivo en el colegio electoral, que, tradicionalmente, correspondía al rey Bohemia. Por esta causa tenía que reprimir la rebelión rápidamente. En junio de 1618 acudió a España en petición de ayuda.

Los argumentos en favor de la ayuda española al archiduque eran fuertes: Sobre todo, estaba el acuerdo secreto de 1617, el Tratado de Graz, por el que España conseguiría el control de Alsacia si el archiduque llegaba a ser emperador. Después que el Tratado de Lyon puso en peligro el «Camino Español», el control de Alsacia era vital para las comunicaciones de España entre Lombardía y los Países Bajos, y si Fernando perdía Bohemia, España perdería también Alsacia… Consiguientemente, a principios de 1619, España envió ejércitos en ayuda de Fernando; uno partió de los Países Bajos y se dirigió directamente a Bohemia, el otro salió desde Lombardía en dirección a Alsacia.

Pero fue demasiado tarde. En agosto de 1619 los estados bohemios desposeyeron solemnemente a Fernando (aunque esto no impedía su elección como emperador) y eligieron rey al elector palatino, Federico V, quien llegó a Praga en octubre. A ruego de Fernando, España preparó un tercer ejército para

intervenir en Alemania; esta vez, el Ejército de Flandes debía invadir y ocupar el Palatinado Inferior, que dominaba el curso medio del Rin. En 1619 y en 1620 fueron enviadas provisiones en mucha mayor cantidad (cf. figuras 25 y 26), y después de obtener garantías de que ni holandeses, ni ingleses, ni franceses (Francia de nuevo se encontraban en guerra civil) intervendrían, Spínola avanzó hacia el Palatinado renano, en septiembre de 1620, consiguiendo rápidamente el control del valle del Rin, con sus deseadas comunicaciones entre Italia y los países Bajos.

1620-1632

La victoria española en el Palatinado coincidió con su negativa a renovar la tregua con los holandeses, que expiraba en abril de 1621. El gobierno español venía discutiendo la cuestión de los Países Bajos desde marzo de 1618, sopesando todos los argumentos en pro y en contra de la conveniencia de renovar la tregua. El día de Navidad de 1619 la suerte quedó echada: el rey y el consejo convinieron plenamente en que la renovación de la tregua en su forma actual causaría un daño irreparable al comercio español con las Indias y a la fe católica. Puesto que se consideraba (con razón) que los holandeses no estarían dispuestos a hacer más concesiones a España, se decidió proveer al Ejército de Flandes de hombres y dinero en cantidad suficiente para tenerlo dispuesto a reanudar las hostilidades en cuanto expirase la tregua. La muerte de Felipe III no modificó esta decisión: el nuevo rey, Felipe IV, anunció formalmente, el 20 de abril de 1621, que la tregua no sería renovada[462].

La estrategia seguida en los primeros años de la nueva guerra fue semejante a la de 1605-1606. España llevó a cabo un esfuerzo coordinado mediante una presión militar constante para obligar a los holandeses a pedir otra tregua, cuyas condiciones pudieran ser dictadas por España en esta ocasión.

Los acontecimientos favorecieron a Felipe IV. Francia estaba paralizada por una serie de revueltas importantes de ciertos nobles (1619-1620) y por los hugonotes (1620-1629), y Jaime I de Inglaterra presentó una oportuna negativa a ayudar abiertamente a los holandeses y al elector palatino. Parecía que a España le salían las cosas a pedir de boca. Es verdad que la notable y prolongada decadencia del comercio de las Indias, a partir aproximadamente de 1615, ofrecía motivos de preocupación, pero, dado que las fuerzas españolas no estaban comprometidas en ningún otro país de Europa, todo el apoyo financiero de Madrid —750.000 florines mensuales (cf. figura 26) fue a parar, en su totalidad, al Ejército de Flandes, con lo que Spínola pudo conseguir algunos triunfos importantes, en especial la toma de Breda (junio de 1625).

Los éxitos de los Habsburgo continuaron. En el Nuevo Mundo las fuerzas españolas volvieron a tomar Bahía a los holandeses (abril de 1625), y en Europa los aliados católicos del emperador avanzaron hacia el noroeste de Alemania. Alarmados, los holandeses lograron importante ayuda militar, primero de Inglaterra (septiembre de 1625) y luego de Dinamarca (diciembre), pero el perador contrarrestó esta amenaza reclutando un ejército por su cuenta (al mando de Wallenstein). En España, el ataque inglés sobre Cádiz en octubre de 1625 resultó un fracaso. En Alemania, los ejércitos Habsburgo avanzaron constantemente sobre sus enemigos, llevándoselos siempre por delante: para 1629 estaban en Jutlandia, y el rey de Dinamarca se vio forzado a hacer la paz. Inglaterra la seguía en1630.

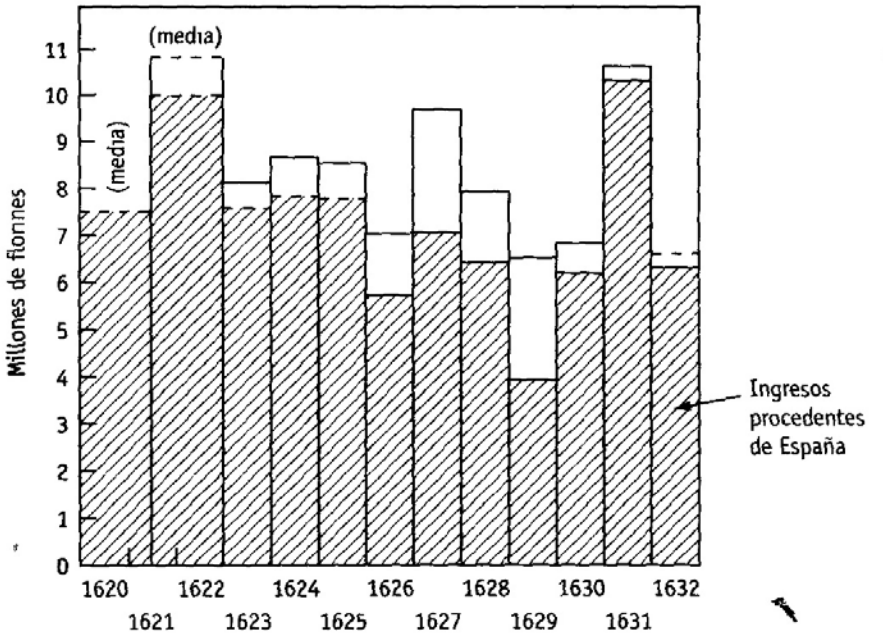


FIGURA 26. Los ingresos de la pagaduría, VI: 1620-1632. Los ingresos anuales procedentes de España para 1621-1625 son la media del total.

España se dio perfecta cuenta de las posibilidades que ofrecía este impresionante avance imperial hacia el Báltico. Los Habsburgo podrían formar una nueva armada, basada en los puertos de Mecklenburgo tomados por Wallenstein, aliándose con la Polonia católica, y esta flota podría utilizarse para atacar a los holandeses donde eran más vulnerables, en su comercio en el Báltico, fundamento de la prosperidad de la República y, en consecuencia, de la base financiera de sus guerras. El comercio holandés en el Báltico ya se había visto seriamente afectado por la guerra de Suecia con Polonia (1617-1629) y por las maniobras de ejércitos rivales en la guerra alemana. Estos disturbios políticos interrumpieron el gran comercio de granos de Polonia y del este de Alemania, del que dependía en gran medida la prosperidad de Holanda. Los barcos holandeses sacaron del Báltico, en 1621, 103.000 «lasts[463]»* de granos, en

cambio en 1624 solamente 30.000. Una flota de piratas habsburgos podría reducir aún más este comercio[464].

Si bien este prometedor proyecto quedó reducido a nada, España parecía encontrarse muy fuerte en estos años. Ni siquiera conseguiría afectar al crédito de la corona otro decreto de bancarrota promulgado en febrero de 1627: un nuevo consorcio de banqueros portugueses pisó hábilmente el terreno a los genoveses cuyos empréstitos eran congelados por el decreto. Las provisiones llegadas al Ejército de Flandes en 1627 fueron de las más elevadas[465].

Después, la posición de España se deteriora seria y repentinamente. La flota del tesoro de Nueva España de 1628 fue capturada frente a Cuba por los navíos de guerra de la Compañía de las Indias Occidentales holandesas; transportaba plata por valor de ocho millones de florines.

Supuso un inesperado ingreso para las arcas militares holandesas y fue, por tanto, muy bien recibido, pero arruinó los «asientos» acordados por Felipe IV para 1629, en los que prometía el reembolso con la plata de la flota. La pérdida de la flota del tesoro coincidió con un descenso visible de las rentas de Castilla misma: hubo una crisis en la producción de telas de Segovia y Toledo en 1625, de la que no volvería a recobrarse, y desde 1628 en adelante, iniciaron un prolongado y notable descenso los valores de la tierra y el comercio interior (en lo cual se basaban los principales ingresos de la corona, la alcabala o impuesto sobre las ventas). Para colmo, la cosecha fue mala[466]. España intentó atraer a Holanda a una nueva tregua.

Fue verdadera mala suerte que en esta situación Spínola fuera depuesto por no haber socorrido a la ciudad de Grol a finales de 1627. Sus vastos recursos financieros y su destreza militar podían haber preservado a los Países Bajos españoles de las fatales consecuencias de la disminución de los ingresos del

tesoro militar, que, entre octubre de 1628 y mayo de 1629, no recibió nada de España; no había posibilidad de preparar campaña alguna[467].

Ni que decir tiene que los holandeses se dieron perfecta cuenta de su ventajosa situación (¡su almirante se había apoderado de la plata!) y no perdieron tiempo en sacarle partido. Rechazando las tardías ofertas de negociación de España, a principios de 1629 el ejército de los Estados puso sitio a la importante ciudad de 's-Hertogenbosch, puerta de entrada a Brabante. España no podía reclutar ningún ejército para socorrerla. Ni siquiera así estaba todo perdido. En julio de 1629, reciente su victoria sobre Dinamarca, Wallenstein reunió un ejército de 20.000 hombres y lo envió en ayuda de 's-Hertogenbosch y para invadir Frisia. Inmediatamente después, las fuerzas imperiales recibieron orden de retirarse. Felipe IV mismo había enviado órdenes urgentes, según Wallenstein explicaba al gobierno de Bruselas: las tropas eran requeridas en su totalidad en otro teatro de operaciones, considerado de mayor importancia para los intereses de la monarquía española que los Países Bajos —se trataba de Lombardía—, 's-Hertogenbosch quedaba sentenciado[468].

La guerra en Lombardía comenzó en diciembre de 1627 con la muerte del que duque de Mantua-Monferrato. Su heredero era francés, el duque de Nevers. España no estaba dispuesta a admitir un duque francés, y así, con la ayuda del emperador (soberano de Mantua), las tropas españolas invadieron el ducado, todo fue bien en un principio, pero la victoria de Luis XIII sobre sus últimos oponentes domésticos de importancia, la ciudad de la Rochela (en octubre de 1628), le permitió desafiar de nuevo al dominio Habsburgo. Después de discusiones interminables sobre la necesidad de reformar el interior o de enfrentarse a la supremacía de los Habsburgo en el exterior, en diciembre de 1628 Luis XIII se comprometió a

prestar todo su apoyo a Nevers. En la primavera 1629, llevó un ejército a través de los Alpes para expulsar a los españoles de Monferrato y Mantua.

Para hacer frente a esta imprevista escalada de la guerra de Italia, España recurrió al emperador y a Wallenstein en busca de ayuda. En 1629 y 1630 fueron rebajadas grandemente las provisiones enviadas a los Países Bajos, porque se necesitaba más dinero para la guerra con Francia en Lombardía. A fin de cuentas, todos los gastos serían inútiles, ya que en octubre de 1630 el emperador, después de despedir a Wallenstein y de enajenarse la voluntad de los católicos que lo apoyaban en Alemania, hizo una paz por separado con Francia, accediendo a investir a Nevers con el ducado de Mantua y a retirar todas sus tropas talia. España quedaba en la estacada y tuvo que llegar a un acuerdo como mejor pudo (el Tratado de Cherasco, junio de 1631).

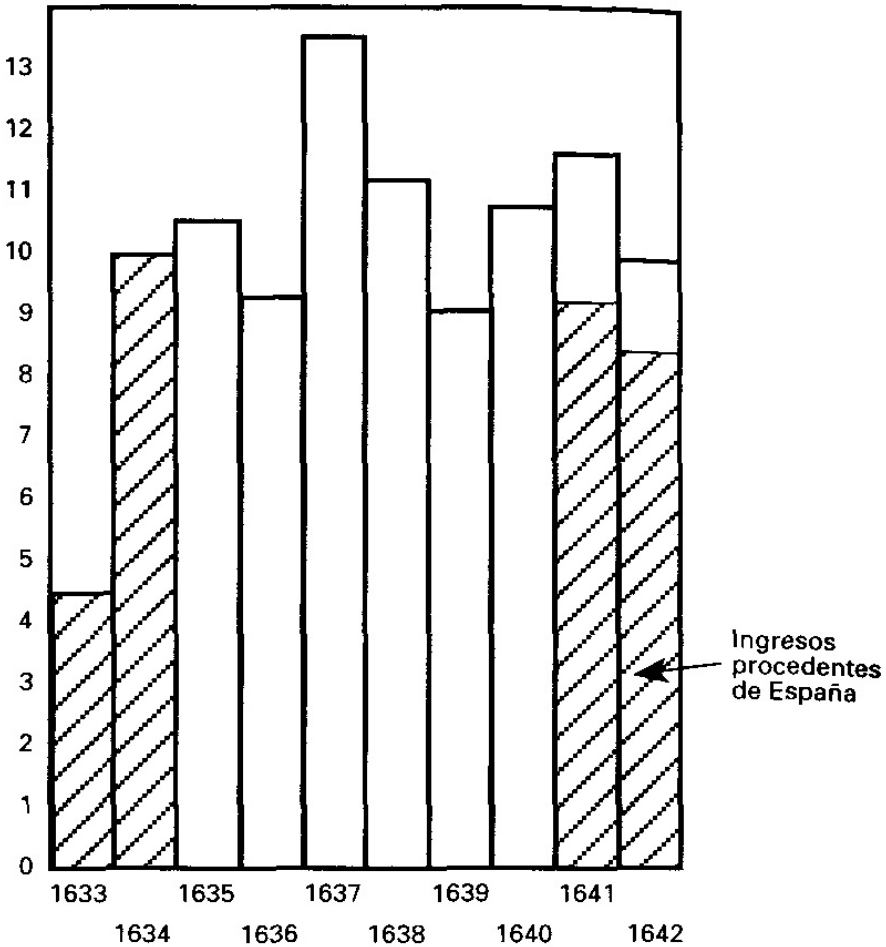


FIGURA 27. Los ingresos de la pagaduría, VII: 1633-1642. Nota: los ingresos para 1633-1634 se conocen solamente en parte y para 1635-1640 los ingresos procedentes de España no pudieron ser descifrados de las cuentas del pagador.

En noviembre de 1630, el emperador volvía a humillar a España, renovando su ofrecimiento de enviar un ejército para cooperar con el Ejército de Flandes en la invasión de Frisia, pero, una vez más, prometía una ayuda que no se materializaría[469]. Esta vez se debió a una emergencia surgida en el norte de Alemania. En julio de 1630, el rey de Suecia, Gustavo Adolfo, desembarcó en Peenemunde con un pequeño ejército (14.000 hombres) para defender la causa protestante.

El ejército sueco aumentó rápidamente, y el ejército imperial destinado a «Flandes» cambió de dirección y salió para atacar a los invasores. Los imperiales fueron derrotados. En septiembre de 1631, Gustavo aniquiló el ejército principal de los imperiales en Breitenfeld, cerca de Leipzig. Alemania occidental fue rápidamente invadida. Estos traumatizantes acontecimientos neutralizaron totalmente los efectos de las grandes provisiones que Olivares consiguió enviar al Ejército de Flandes en 1631; ni en los Países Bajos ni en Alsacia se consiguió nada, la llave de las comunicaciones españolas entre Lombardía y los Países Bajos se había perdido.

Los holandeses sacaron un relativo partido de los prolongados apuros de España. No intentaron continuar la campaña victoriosa de 1629. En su lugar, la República intensificó sus ataques contra el imperio ultramarino de Felipe IV, apoderándose de Pernambuco (nordeste del Brasil) en 1630. En 1632, los holandeses decidieron atacar de nuevo los Países Bajos españoles, y cercaron la ciudad de Maastricht. El Ejército de Flandes tampoco fue capaz de socorrer la ciudad, esta vez a causa de la traición del jefe de operaciones, el conde Enrique va den Berg, que desertó a los holandeses. Hubo más deserciones entre la nobleza valona en 1632, en protesta por la poca atención que España prestaba a Países Bajos, y varios disturbios populares pusieron en peligro la posesión de Bruselas por el gobierno. Estos sucesos hicieron que los holandeses pudiesen tomar otras dos valiosas plazas fuertes en el Mosa: Venlo y Roermond. En una marea descendente, la corte española transigió una vez más y aceptó negociar con los holandeses, pero sin ofrecer concesión alguna verdadera. La República se negó, como es natural.

1633-1642

Sin embargo, los acontecimientos en Alemania reforzaron

una vez más la situación de España en los Países Bajos. El invencible rey de Suecia fue muerto, mientras que, por otra parte, infligía una nueva derrota a las tropas del emperador (en Lutzen, noviembre de 1632) y poco después su ejército comenzó a desintegrarse por falta de apoyo financiero adecuado. El ejército sueco desperdició la mayor parte de la estación de campaña de 1633 porque se negó a actuar sin paga.

Los Habsburgo tuvieron una oportunidad para recobrarse del trauma de las victorias suecas, y ante la adversidad se había desarrollado una colaboración más estrecha que nunca entre las ramas española y austríaca de la familia. Se ideó un plan para unir a un ejército español procedente de Italia con los ejércitos del emperador, con el fin de expulsar a los protestantes y suecos del sur y oeste de Alemania. Esto restablecería las comunicaciones por tierra de España entre Lombardía y los Países Bajos y, al mismo tiempo, rescataría valiosas posesiones del control protestante. Ya en 1631, el primer ministro de Felipe IV, Olivares, había manifestado su intención de enviar al hermano del rey, el cardenal infante don Fernando, a encargarse del gobierno de los Países Bajos[470]. En el transcurso de 1633, se acordó que el cardenal-infante mandara el ejército español que había de operar en el sur de Alemania y abrir de nuevo la ruta por tierra hasta los Países Bajos. El plan triunfó plenamente: el ejército principal de los suecos fue derrotado en Nördlingen (septiembre de 1634) y los Habsburgo recobraron casi todo lo que habían perdido en la Renania y en el sur de Alemania. El cardenal-infante llegó a Bruselas sano y salvo y Olivares a pesar que la situación económica de Castilla empeoraba constantemente, aumentó las provisiones asignadas al Ejército de Flandes. Con una tregua en Alemania entre el emperador y sus súbditos protestantes (febrero de 1635, que en mayo se ampliaría en la Paz de Praga), parecía que el ataque conjunto de los Habsburgo contra las Provincias Unidas,

planeado ya desde 1629, podría, por fin, llevarse a la práctica.

Estos hermosos proyectos cayeron por tierra debido a la declaración de guerra por Francia en mayo de 1635. Las comunicaciones entre los Países Bajos e Italia volvieron a interrumpirse, y las fuerzas reunidas para la reconquista del norte tuvieron que ser trasladadas al sur, a la frontera con Francia, como en 1590, para prepararse ante el nuevo conflicto. Felipe IV deseaba ardientemente la paz con los holandeses casi a cualquier precio, pero, como España ya no disponía de poder para intervenir su comercio en ultramar, ellos no tenían el menor interés en el fin de la guerra. Como en los años noventa, la guerra con Francia obligó al Ejército de Flandes a ponerse a la defensiva contra los holandeses reservando para la guerra con Francia las provisiones conseguidas en Madrid con tantas dificultades. Se volvió a emplear la estrategia de Carlos V, cuya eficacia estaba bien comprobada: Francia debía ser atacada por el norte, a fin de aliviar la presión sobre España y Lombardía. Pero los tiempos habían cambiado. Ni siquiera la invasión de 1636 por un ejército conjunto habsburgo, que casi llegó hasta París, consiguió salvar a Cataluña y, como siempre, la intervención en Francia supuso la caída en manos de los holandeses de más ciudades. Por otra parte, los ejércitos franceses entraron en Alemania después de 1637 e impidieron que el emperador enviase más ayuda al Ejército de Flandes.

El esfuerzo militar acabó por resultar excesivo para España. La nueva guerra con Francia se desarrolló no sólo en Picardía y en los Países Bajos, sino también en España. Ya antes de comenzar la guerra en 1635, la política de Olivares y los nuevos impuestos que suponía lo habían enfrentado con Cataluña; los vales de alojamiento y la brutalidad de las tropas castellanas enviadas para defender la soberanía contra Francia dieron lugar a tumultos y, finalmente, a una revuelta en junio de 1640. Pocos meses después, los rebeldes llamaban en su ayuda a

Francia. Antes de fin de año, Portugal, inquieta también por los pesados tributos y por las medidas contrarias decretadas por Castilla, se aprovecho de la revuelta de Cataluña para expulsar a los españoles y declararse independiente. También aquí llegó la ayuda francesa. Al mismo tiempo, la flota española del Atlántico fue destruida frente a Dover (en la batalla de las Dunas, octubre de 1639) y la del Caribe, frente a las costas de Brasil (1640).

La pagaduría del Ejército de Flandes no acusó de modo inmediato los efectos de esta aguda crisis de la monarquía española, porque, como había ocurrido en 1572 a la vista de la revuelta holandesa, el gobierno central no pudo concentrar con facilidad todos sus recursos en un solo lugar —ésta era una de las debilidades principales—. Así, las provisiones de 1640 y 1641 fueron muy considerables, y, todavía en 1642, hubo dinero suficiente para mantener una fuerte posición defensiva en los Países Bajos. El 26 de mayo de ese año de 1642, una invasión francesa era derrotada completamente en Honnecourt. El sastre llegó en 1643 y después, cuando Felipe IV consiguió, por fin, centrar todos sus recursos en el frente catalán, trasladando incluso su gobierno a Zaragoza con la intención de causar mayor impresión.

1643-1659

Ejército de Flandes fue, en gran parte, el causante de su propio desastre. La capacidad de Castilla para mantener las provisiones a un nivel elevado después de la revuelta de Cataluña era obvia, sin embargo, en 1643 el capitán general del Ejército de Flandes decidió invadir Francia. No faltaron quienes pensaban que Richelieu había muerto (4 de diciembre de 1642) y que los días del tuberculoso Luis XIII estaban contados (murió el 14 de mayo de 1643). Se cría que Francia estaba abocada a una guerra civil. Lo más prudente era dejarla

en paz. Don Francisco de Meló rechazó este consejo: invadió Francia y puso sitio a la ciudad de Rocroi. Los franceses enviaron un ejército de socorro que con refuerzos de última hora, superaba en número a las tropas de Meló. El resultado fue la derrota aplastante, que puso fin a la leyenda: en la batalla que se libró en las afueras de Rocroi, el 19 de mayo 1643, la infantería española resistió hasta quedar destrozada, el pagador general perdió el tesoro, el capitán general sus documentos[471].

España ya no podría rectificar en el futuro semejante error. Los ejércitos franceses y las flotas holandesas cortaron casi completamente todos los contactos entre los Países Bajos españoles y el mundo exterior por mar y por tierra, las rutas de aprovisionamiento del Ejército de Flandes quedaron todas interrumpidas. De todos modos, a España tampoco le quedaban muchos hombres ni gran cantidad de tesoro que enviar; las guerras que tenían lugar en la Península necesitaban todos sus menguados recursos. En julio de 1644, Felipe IV firmaba una orden general a sus embajadores informándoles de que debido a la falta de hombres y dinero, deseaba vivamente llegar a un acuerdo de paz en todos los frentes lo más pronto posible[472]. Sobre todo, el rey deseaba la paz con Francia, pero a Francia no le interesaba. La victoria de Rocroi dio al nuevo gobierno de la regencia de París la autoridad suficiente para continuar la guerra y, apenas sin resistencia, los ejércitos franceses tomaron, una tras otra las ciudades de los Países Bajos meridionales. En agosto de 1648 derrotaban otra vez al Ejército de Flandes en la batalla de Lens.

Las iniciativas de paz de Felipe IV no fueron del todo infructuosas, sin embargo: la paz con los holandeses se firmó en 1648. Desde luego, el camino hasta llegar al reconocimiento de los «rebeldes» como estado soberano de derecho no fue fácil, pero España acabó por necesitar los servicios de los holandeses casi tanto como la paz. Desde 1644, se había visto claro que el

emperador deseaba ceder Alsacia a Francia para poner fin a la guerra en Alemania. Esto impediría automáticamente el envío, por tierra, desde España de hombres y dinero al Ejército de Flandes, y la ruta por mar dependía totalmente de la buena voluntad de los holandeses después de la batalla de las Dunas en 1639. Cualquier tipo de paz en Alemania permitiría también a los franceses retirar sus ejércitos de Alsacia y emplearlos contra los Países Bajos españoles. Bajo ambos puntos de vista, por tanto, Felipe IV no tenía más remedio que conseguir un acuerdo con los holandeses, antes de que se proclamara la paz en Alemania, y, por una vez, España consiguió firmar una paz a tiempo: la guerra de los Ochenta Años terminaba en enero de 1648, la guerra de los Treinta Años, en octubre.

La suerte de España siguió mejorando en 1648. La victoria de Lens no logró impedir el colapso del vacilante gobierno de la regencia de Francia. El «Te Deum» en Notre-Dame para celebrar la batalla terminó en un tumulto, y éste sirvió de pretexto para un enfrentamiento entre el gobierno y los tribunales de justicia de París, confrontación que arrastró poco después a la nobleza, para acabar convirtiéndose en una grave revuelta: la Fronda. En enero de 1649, el gobierno se veía obligado a huir de París.

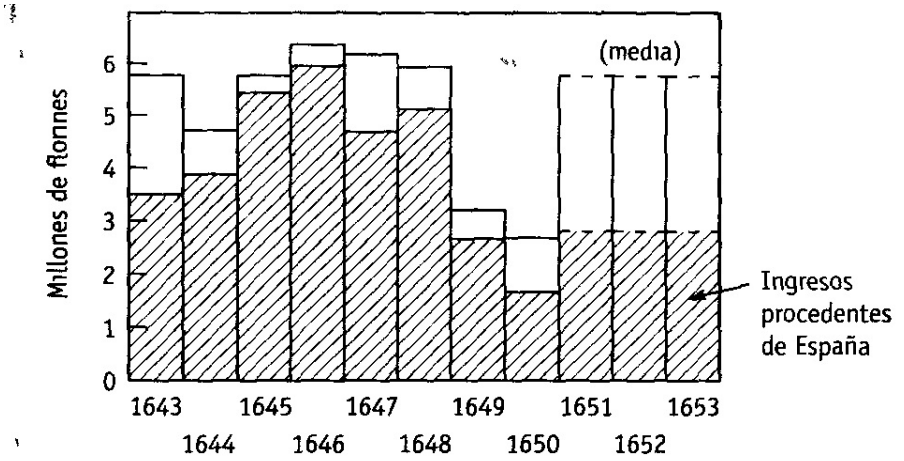


FIGURA 28: Los ingresos de la pagaduría VIII: 1643-1653

Se le ofrecía a España aquí una oportunidad de oro para recuperar todos los territorios perdidos, bien por la negociación o mediante la fuerza bruta. Como de costumbre, se mostró incapaz de ambas cosas. Reacia, igual que siempre, a negociar en condiciones de igualdad, fue, por otra parte, lamentablemente incapaz de enviar provisiones adecuadas con que financiar una invasión de Francia desde los Países Bajos. Gracias a la utilización de los impuestos de los propios Países Bajos, después de 1649 recobró un número de ciudades que habían caído en manos de Francia, pero los éxitos fueron de un valor escaso. El Ejército de Flandes tropezaba con la escasez de medios financieros ocasionado por el desasosiego existente en otras provincias del imperio español. Hubo revueltas graves en Nápoles y en la parte occidental de Sicilia en 1647-1648, y en diversas ciudades importantes de Andalucía se habían producido tumultos a causa del hambre. Al mismo tiempo, se desencadenó, en 1647, en Valencia una nueva peste de desacostumbrada virulencia, que se extendió de forma irresistible al resto de la España mediterránea. Así, pues, los años de La Fronda coincidieron con una España debilitada, preocupada solamente por la supresión de la rebelión interior.

Fue un proceso agotador. En 1648, la Italia española fue pacificada, y Cataluña, abandonada por los franceses, no pudo ser conquistada hasta octubre de 1652. Portugal seguía resistiendo todavía. Pero, en agosto de 1653, Luis XIV dominaba también el último punto de resistencia importante, la ciudad de Burdeos. Francia volvía a estar dispuesta para la lucha con España. Peor todavía para Felipe IV fue, que, en diciembre de 1654, sin que mediara previo aviso, Inglaterra le declaró la guerra a España, reanudando las hostilidades en el Caribe (en 1655 tomaba Jamaica, y los ingleses destruían las flotas de Indias en 1656 y 1657). Las derrotas españolas se sucedieron vertiginosamente en todos los frentes europeos: en Lombardía, Portugal y Cataluña, así como en los Países Bajos. La campaña de 1658 fue particularmente desastrosa, con otra derrota del Ejército de Flandes (la batalla de las Dunas, el de junio de 1658), la pérdida de Dunquerque (el mejor puerto de España en los Países Bajos y la base de la única escuadra que le quedaba) y nuevos reveses a manos de los portugueses. La situación no podía durar. En septiembre de 1658, Felipe IV decidió pedir la paz; el 8 de mayo de 1659 se firmaba una paz firme, la Paz de los Pirineos. Debido a que Francia estaba casi tan agotada como España, las condiciones fueron benignas: en el sur Felipe IV cedía solamente una parte de Cataluña, en el norte dejaba Artois y algunos fuertes fronterizos en Hainaut, Flandes y Luxemburgo. Podía haber sido mucho peor.

Aunque el sistema de contribuciones y protección desarrollado desde la década de 1590 preservó a los Países Bajos en el siglo XVII de la destrucción y dislocación total que había caracterizado las primeras fases de la guerra, la absoluta impotencia de España y de su ejército quedaba ya fuera de toda discusión El imperio español se había convertido claramente en el «hombre enfermo de Europa». La caída de todas las plazas fuertes del sur de los Países Bajos en manos de Francia resultaba

ya mera cuestión de tiempo. Después de noventa y dos años de lucha, el Ejército de Flandes no era capaz siquiera de defender las provincias que había sido enviado a dominar.

Sin embargo, la paz alcanzó el objetivo primario de la política de los Habsburgo: España conservaba el control absoluto de una parte por lo menos de la herencia borgoñona de Carlos V. En 1566 y en 1577 las posibilidades de lograrlo habían parecido más bien remotas. Había que dejar constancia de un segundo éxito: los Países Bajos españoles seguían siendo, y siguen siéndolo hoy día, los Países Bajos católicos. No fue pequeño éxito éste, a la vista de la extensión del calvinismo, del luteranismo y de los anabaptistas en las provincias del sur — cuna del movimiento iconoclasta y de sus primeros consistorios — antes de 1567 y durante el gobierno de los Estados Generales (1577-1585). Se puede argüir, sin embargo, que el mantenimiento de la fe romana en el sur se debió más a la persecución del duque de Alba y al Tribunal de la Sangre y a la obra de reorganización religiosa emprendida por los archiduques durante la Tregua de los Doce Años, que a la obra y ejemplo del Ejército de Flandes.

Da la impresión de que la prolongada lucha de España en los Países Bajos no consiguió ninguno de sus otros objetivos. El envío del duque de Alba no ahorró, a la larga, dinero a España; la presencia de un ejército numeroso en los Países Bajos no logró impedir que Francia atacase Italia en la década de 1590 y a España después de 1635; el empleo de la fuerza contra los rebeldes de los Países Bajos, lo que supuso una presión financiera tan pesada en las otras partes del imperio español, contribuyó indudablemente a producir desasosiego y en algunas ocasiones levantamientos en Cataluña, Portugal, Nápoles y Sicilia en la década de 1640; la reanudación de la guerra en los Países Bajos después de 1621 no impidió alejar de las Indias a los comerciantes de Holanda y Zelanda. Y, finalmente, la

revuelta de los Países Bajos no fue dominada.

El fracaso fue un hecho, pero, por intentarlo, no quedó ciertamente: los esfuerzos prodigiosos de España por lograr sus objetivos no tienen paralelo en la historia de principios de la época moderna. Las elevadas y constantes entradas de tesoro militar en las arcas del Ejército de Flandes, reflejadas en la figura 29, y los heroicos sacrificios hechos por espacio de decenas de años por Castilla, que exponemos aparte en la figura 30, dan testimonio de una tremenda determinación de vencer. En su interés por la victoria, España desarrolló estructuras nuevas importantes destinadas a mejorar la eficacia del Ejército de Flandes: creo una red completa de rutas de aprovisionamiento militar para hacer frente las constantes demandas de soldados y metal precioso del Ejército; introdujo una serie de nuevas instituciones para hacer más tolerable la vida del soldado cuidados médicos, permisos para contraer matrimonio y otros servicios gratuitos de bienestar, provisión de alimentos y ropas a crédito; estableció una maquinaria más perfeccionada para controlar la administración de los fondos públicos (la sala de cuentas, en particular). Esto representó un éxito de organización impresionante y que, además, superaba la capacidad de la mayor parte del resto de los estados europeos. Entre 1585 y 1603, por ejemplo, Isabel de Inglaterra envió a los holandeses casi 15 millones de florines, esfuerzo que la arruinó, y Enrique IV de Francia encontró dificultades para enviar otros 10 millones entre 1598 y 1610 (esperando ambos reembolsar esas cantidades después) —sin embargo, durante la década de 1590, ¡España envió casi tanto como los dos juntos todos los años[473]!.

Bajando a un nivel más práctico, el gobierno inglés no descubrió las ventajas de proporcionar a sus ejércitos servicios auxiliares adecuados hasta el Nuevo Ejército Modelo en la década de 1640, y los franceses, hasta las décadas de 1660 y

1670 bajo la guía esclarecedora de Michel le Tellier y Louvois. En el campo de la organización militar, los Habsburgo españoles demostraron ir muy por delante de sus rivales; es dudoso que otro cualquiera de los estados europeos hubiera conseguido llevar adelante la guerra tan bien en territorios tan lejanos y por tan largo tiempo. Este logro contrasta fuertemente con los tonos de rigidez, debilidad e incapacidad con que a menudo se pinta la historia de la España del Siglo de Oro.

Por supuesto que hubo debilidades, serias debilidades, en la estructura del poderío militar español, pero en modo alguno eran exclusivas de España. Los motines y las bancarrotas fueron frecuentes, aun en los estados más avanzados: el ejército sueco de Alemania después de Lutzen y el Nuevo Ejército Modelo se amotinaron por motivos salariales, y los dos arrastraron a los gobiernos que los empleaban al déficit y a deudas imposibles de satisfacer. También los holandeses, aunque limitaron rigurosamente su actividad militar a los Países Bajos, al acabar su lucha con España debían a sus tropas sueldos atrasados por valor de 6 millones de florines, mientras que los Estados de Holanda solos, cargaban con una deuda consolidada de 140 millones de florines en 1651, que devengaba intereses del 5 por 100. Y Holanda actuó también con dudosa honestidad respecto de sus acreedores, rebajando arbitrariamente el tipo de interés de los bonos del gobierno desde el 6 1/5 por 100 al 5 por 100 en 1640 y, nuevamente, al 4 por 100 en 1655[474]. Es cierto que hubo una diferencia abismal entre las finanzas de la República Holandesa y las de la España de los Habsburgo en la década de 1640: el florecimiento y la próspera población de las Provincias Unidas (tal vez dos millones a mediados del siglo XVII) podía soportar una carga mayor de impuestos y una deuda pública mayor que el decadente comercio e industria de Castilla y su oscilante población (cuatro millones y medio aproximadamente de habitantes), donde los ingresos por impuestos fueron

indudablemente a menos, a partir de la década de 1620. No obstante ello, no se advierten reducciones notables en las provisiones enviadas a los Países Bajos antes de 1642-1643, y la caída catastrófica que entonces tuvo lugar se debió a la necesidad de concentrar todos los recursos contra los catalanes, no al agotamiento de Castilla. El sistema de gobierno ideado por los reyes de Castilla parece haber sido capaz de exprimir a sus contribuyentes indefinidamente para pagar las guerras en el exterior. Una vez más, es imposible culpar a los Habsburgo españoles desde el punto de vista técnico.

El fracaso de España en sus intentos de reprimir la revuelta holandesa fue, en esencia, un fracaso político. El fin para el que movilizó todos estos recursos tan hábilmente y con tanta constancia resultó inalcanzable; la política emprendida por España no resultó realista. Dadas las limitaciones militares impuestas por el bastión, y dado el gran número de ciudades defendidas por este sistema en la revuelta después de 1572, era inevitable que la represión fuera un proceso largo y costoso; así, aunque España poseía ciertamente los recursos necesarios para aplastar toda resistencia por parte de Holanda (cf. fig. 30), estos recursos únicamente pudo aplicarlos con eficacia en los Países Bajos, cuando se encontró en paz en todos los otros frentes. Pero esto fue imposible. Como Felipe IV observaba en 1626, «Tantos reynos y señoríos como se han juntado a esta corona no pueden estar sin guerra en diferentes partes, ya para defender lo adquerido y ya para divertir mis enemigos[475]». Ningún imperio de la extensión que tenía el español podía esperar con confianza gozar de paz durante algunas décadas seguidas. Aunque en ciertos períodos (por ejemplo, en 1582-1587 y en 1621-1627) se consiguió una pax hispánica, en ningún momento fue posible conservarla durante el tiempo suficiente para permitir una victoria total en los Países Bajos, utilizando las técnicas militares convencionales con que se

contaba. Aun cuando España consiguió frenar a sus virreyes y procónsules para que no provocasen agresiones, los holandeses pudieron la mayoría de las veces convencer a uno por lo menos de los otros enemigos de los Habsburgo a proporcionarles ayuda —bien directamente, mediante apoyo financiero y ayuda militar, o indirectamente, atacando los intereses españoles en cualquiera otra parte y haciendo con ello que España tuviera que reducir sus recursos en los Países Bajos—. Ya en 1574, se dio cuenta el sultán otomano de que los holandeses eran aliados suyos en la guerra contra España y les envió un embajador; en cuanto a Francia, Inglaterra y los protestantes alemanes apenas era preciso recordarles el daño que les supondría un triunfo español en los Países Bajos[476].

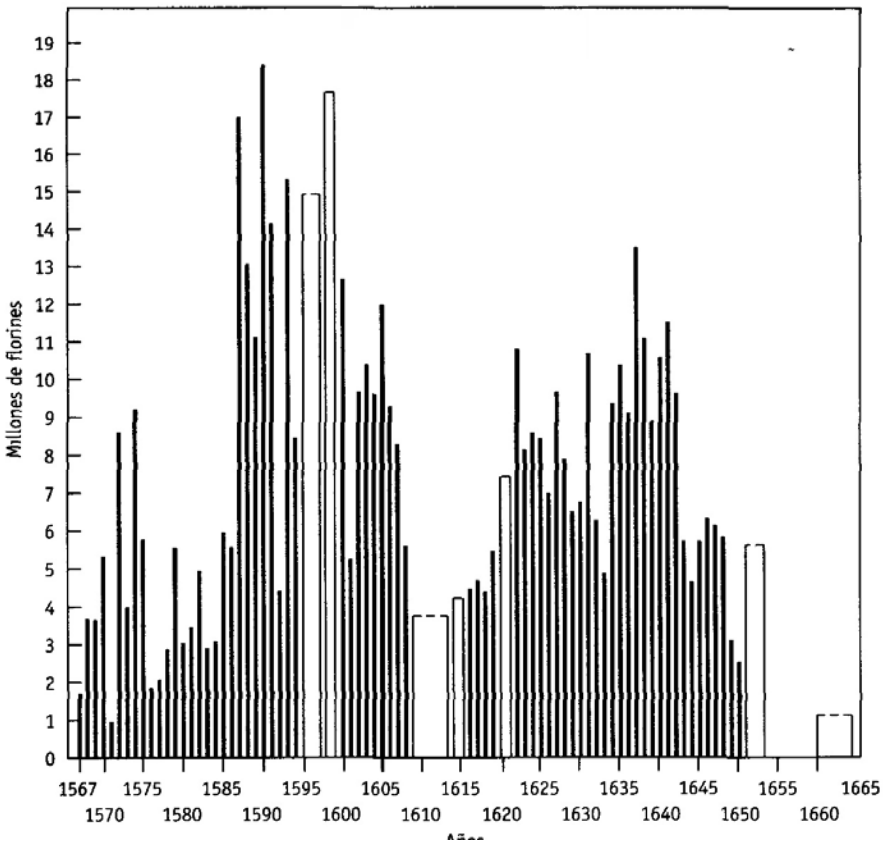


FIGURA 29. Los ingresos de la pagaduría del Ejército de Flandes:

1567-1664. Estos totales registran le intensidad que en cada momento tuvo la actividad militar de España en los Países Bajos, con cimas en 1572-1575, 1587-1599 y 1634-1641. Las columnas abiertas con una línea de puntos representan los ingresos medios por año calculados de un total de varios años.

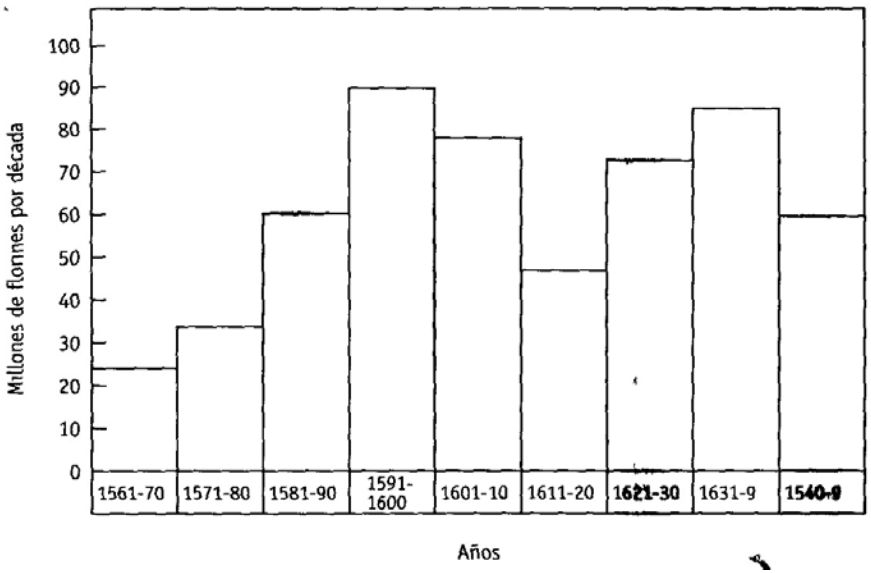


FIGURA 30. Gasto español en los Países Bajos, 1560-1649. Representación aproximada del ritmo del gasto español en las guerras de los Países Bajos, las cifras están tomadas del dinero que a la sazón recibieron los pagadores generales de España, representan el gasto neto o mínimo (excluyéndose los intereses y el dinero enviado a otros oficiales). Las fluctuaciones anuales se dan en las figuras 21-28; estos totales generales revelan la tendencia general.

«La Guerra de Flandes ha sido la total ruyna desta Monarquía», observaba entristecido un consejero de Felipe IV en 1623 (al tiempo que se pronunciaba por la continuación de las hostilidades). Había una parte de verdad en este juicio, pero era, tal vez, unilateral. Acontecimientos que siguieron a continuación iban a demostrar que no fueron los holandeses quienes destruyeron el imperio español, sino los franceses. Las guerras de los Países Bajos se parecieron más bien a un combate de lucha libre, en el que, si un luchador sujeta durante mucho tiempo a su contrincante, acaba por debilitarse él mismo y

hacerse más vulnerable a ataques más decisivos por otro lado.

El uso por España de la fuerza en los Países Bajos coincidió con los años en que Francia, su gran rival, estaba totalmente absorbida por conflictos internos; en lugar de vigorizar su fortaleza y tenerla dispuesta para el momento inevitable en que se reanudase la lucha franco-española, los Habsburgo españoles disiparon sus recursos, y así, cuando las discordias internas de Francia se solucionaron de nuevo, después de 1629, España había agotado la mayor parte de sus reservas. En esto radicó el verdadero desatino de la actitud de la corte española respecto de la guerra y de la rebelión, criterio que sólo aceptó la «victoria total», criterio que impidió toda solución de compromiso y exigió sacrificios financieros masivos durante un período indefinido. La declaración de guerra por Francia en mayo de 1635 sella el destino de todas las esperanzas españolas de reconquistar el norte de los Países Bajos. La presión francesa fue constante, secundada por los holandeses hasta 1648, y, después de 1654, por los ingleses, y, aunque la monarquía francesa misma casi pereció en el intento, España dobló la rodilla y se vio forzada a sacrificar todas sus empresas exteriores en un esfuerzo desesperado por salvarse. Los esfuerzos de España por dominar la revuelta holandesa mediante la fuerza estuvieron absolutamente condicionados por acontecimientos independientes de ambos beligerantes. La guerra de los Ochenta Años siguió siendo, hasta sus últimos momentos, la veleta de la política internacional[477].

Apéndices

I

TAMAÑO Y COMPOSICIÓN DEL EJÉRCITO DE FLANDES 1567-1661

TAMAÑO Y COMPOSICIÓN DEL EJÉRCITO DE FLANDES 1567-1661

Fecha	Total en el ejército	Infantería						Caballería	Fuente
		Españoles	Italianos	Borgoñones	Británicos	Alemanes	P. Bajos		
									AGS
Sep. 1572	67.259	9.100	—	—	—	24.440	19.500	14.219	*E* 550/47
Dic. 1573	62.280	7.900	—	—	—	16.200	33.400	4.780	*E* 554/172
Mar. 1574	86.235	8.016	—	—	—	27.449	38.110	12.750	IV de DJ 68/309*ter*
									AGS
Ene. 1575	59.250	7.830	—	—	—	23.600	25.420	2.400	*E* 563/75
May. 1576	51.457	6.125	—	—	—	21.226	22.616	1 490	*E* 566/23
Feb. 1578	27.603	4.093	—	2.100	—	8.680	9.692	3.038	*E* 573/111
Sep. 1580	45 435	—	384	—	—	13.000	29.678	2.373	*E* 582/88
Oct. 1582	61.162	4.636	4.754	1.500	—	26.438	20.295	3.539	*E* 585/64
Abr. 1588	63.455	9.668	5.339	1.556	1.722	11.309	30.211	3.650	*E* 594/192
Nov. 1591	62.164*	9.579	2.421	2.119	463	21.989	18.871	6.702	*E* 601/103
Mar. 1607	41.471*† (49.765)	6.545	3.679	1.145	2.442	16.776	5.724† (14.018)	4.164	*E* 2289/56-7

Fecha	Total en el ejército	Infantería						Caballería	Fuente
		Españoles	Italianos	Borgoñones	Británicos	Alemanes	P. Bajos		
Mar. 1609	15.259	6.528	2.613	848	1.699	—	3.571	1.500	*E* 2291
Ago. 1611	14.661	5.566	2.118	855	1.468	352	2.564	1.718	*E* 2293
May. 1619	29.210	6.310	1.833	947	1.169	4.058	9.391	3.378	*E* 2307/41
Jun. 1620	44.200†	10.449	4.126	3.929	1.154	9.212	9.739	7.004	*E* 2309/265
Mar. 1623	62.606*	3.739	3.907	704	3.812	21.041	21.642	7.399	BM *Addl.* 14007/385 AGS
Abr. 1624	71.288*† (85.389)	7.354	8.212	4.127	3.926	21.062	19.039† (33.267)	7.568	*E* 2314/74-7
Ene. 1627	69.340*	6.077	4.137	2.013	1.772	20.132	27.412	6.815	*E* 2318
Sep. 1633	52.715† (63.258)	5.693	3.793	2.260	3.494	12.549	16.978† (27.521)	7.648	*E* 2048/158 AGRB
Ene. 1640	88.280	17.262	3.872	1.067	2.692	14.929	37.111	11.347	*CPE* 1574/29-38
Dic. 1643	77.517	10.438	3.348	940	1.191	16.067	31.438	14.095	AGS *E* 2060
Feb. 1647	65.458	9.685	2.415	672	2.515	14.310	24.127	11.737	AHN *E* lib. 978
Sep. 1661	33.008	5.481	1.179	449	2.317	7.470	8.178	7.984	AGS *E* 2098

OBSERVACIONES

1. Los totales señalados con * han sido transcritos de los documentos estudiados, aunque no representan la suma de las columnas, lo cual es debido a los defectuosos cálculos aritméticos de los funcionarios del tesoro.
2. Los totales señalados con † no incluyen las tropas de los Países Bajos a las que pagaba (y, por tanto, revistaba por separado) el departamento de finances de la administración civil. Según dejamos dicho, las finances pagaban aproximadamente el 20 por 100 de los que pagaba el exercito; por tanto, las cifras de las columnas «Total» y «Países Bajos» han sido aumentadas en una quinta parte (cifras entre paréntesis), a fin de dar una idea aproximada de todas las fuerzas que componían el ejército.
3. Sólo se han utilizado revistas formales de todo el ejército, lo que significa que para ciertos períodos (1591-1607 o para la década de 1650, por ejemplo) no disponemos de cifras, porque el ejército no pudo revistar a todas sus tropas.
4. Las cifras de los documentos consultados han sido transcritas literalmente, porque las revistas del ejército español eran bastante rigurosas. Sin embargo, sería ingenuo suponer que el número de los efectivos que se daban, especialmente por lo que se refiere a las unidades alemanas y de los Países Bajos, era exacto: yo sugeriría una estimación por exceso de entre el 5 y el 10 por 100 para estas unidades, y de menos del 5 por 100 para el resto.

II

LA ORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO DE FLANDES

Organización de las unidades: la teoría

La infantería española

A lo largo de la guerra de los Ochenta Años, la infantería española estuvo organizada en tercios de unas 12 compañías (el número varió). El «estado coronel» (los oficiales de estado mayor) del tercio lo componían:

1. el maestre de campo (coronel, y capitán de la primera compañía del tercio), su paje y ocho alabarderos;
2. el sargento mayor (y capitán de la segunda compañía); dos ayudantes de sargento mayor; un fiscal militar («auditor»), escribiente y dos alguaciles;
3. barrachel de campaña (jefe de la policía militar del regimiento), verdugo y cuatro soldados de caballería;
4. un capellán mayor y dos capellanes ordinarios; un comisario ordenador general («furier mayor»); un cirujano mayor («chirurgeano mayor»);
5. un tambor mayor («atambor mayor»).

Desde 1567 hasta 1636, la compañía española en «Flandes» estuvo compuesta teóricamente por 250 hombres; 11 oficiales, 219 piqueros (la mitad aproximadamente con peto —los coseletes— y la otra mitad sin él) y 20 mosqueteros; o bien, 11 oficiales, 224 arcabuceros y 15 mosqueteros. En principio había dos compañías de arcabuceros por cada diez de piqueros, correspondiendo a cada tercio de doce compañías dos de

arcabuzeros.

Después de 1636 la compañía fue reducida a 200 hombres, quedando uniformado el número de todas: 11 oficiales, 30 mosqueteros, 60 arcabuceros, 65 coseletes y 34 piqueros peto (los «piqueros secos»).

Los oficiales de la compañía española (la «primera plana») fueron siempre los mismos: el capitán y su paje, teniente (alférez), insignia, sargento, dos tambores, un gaitero, un capellán, comisario ordenador («furier») y barbero. Los hombres de la compañía se dividían en Escuadras (secciones) de 25, cada una de las cuales era mandada por un cabo de escuadra. Los mosqueteros percibían doble paga, «seis escudos mensuales y había bonificaciones (ventajas), que importaban en total 30 escudos al mes que se distribuían entre el resto.

Fuente: AGRB *Contadoire des Finances* 4.

La infantería alemana

Durante la guerra de los Ochenta Años, la infantería alemana se organizó en regimientos que normalmente constaban de 10 compañías. El «estado coronel» del regimiento comprendía:

- el coronel (que era también capitán de la primera compañía);
- el teniente-coronel (también capitán de la tercera compañía);
- el sargento mayor;
- el fiscal militar, escribiente, alabardero y diez guardias;
- preboste general, comisario, escribiente, capellán, verdugo, carcelero, ocho servidores y seis alabarderos;
- comisario ordenador;
- capellán mayor;
- proveedor;

- cirujano mayor;
- factor.

Todas las compañías de infantería alemana tuvieron 300 hombres durante este período, la mitad de los cuales eran mosqueteros, el resto piqueros; todos ellos ganaban tres escudos al mes, pero los 150 piqueros participaban de 323 bonificaciones («sobrepagas», *doppelsolden*) de dos escudos cada una, y los 150 mosqueteros tenían 225 bonificaciones de escudo y medio cada una.

Los oficiales de la compañía eran: el capitán (con servidores que pagaba el tesoro), teniente (con un servidor), insignia (con un servidor), el sargento primero (*feltweybel*, con un servidor), otros dos sargentos, dos gaiteros, dos alabarderos, un capellán e intérprete. Sumaban 31 plazas (18 oficiales y 13 servidores) y todos tenían paga de piqueros y ocupaban plaza de piquero en la compañía.

Fuente: AGRB *Contadoire des Finances* 4 y MD 3842/43 y 60.

La infantería inglesa e italiana

Estas «naciones» sirvieron por primera vez en el Ejército de Flandes en 1582 y fueron organizadas en tercios según el modelo de la infantería española.

La infantería borgoñona

Sirvió en regimientos como los alemanes hasta 1598, a partir de esta fecha sirvió en tercios al estilo de los de la infantería española, salvo que sus compañías tenían solamente 200 hombres: 11 oficiales, 67 arcabuceros, 15 mosqueteros, 67 coseletes y 40 piqueros.

La infantería valona

Se organizó por regimientos hasta 1602, después, en tercios. Las compañías estaban organizadas de forma diferente: había un sargento más que en las unidades españolas y el

potencial teórico de la compañía después de 1592, fue sólo de 200 hombres. Después de 1592 Hubo 11 oficiales, 25 mosqueteros, 35 coseletes y 129 más. En 1617 hubo 11 oficiales, 3 mosqueteros, 99 arcabuceros y 40 coseletes en cada compañía. Pero en 1636 volvió a airarse esta composición para constar de 11 oficiales, 142 mosqueteros y 47 coseletes. En 1643, debido a la imposibilidad de encontrar hombres en número suficiente capaces de llevar el pesado mosquete, volvieron a autorizarse los arcabuceros.

Fuente: AGRB *Contadoire des Finances* 4, Audience 2811 y SEG 43/128v.

La caballería ligera

Estuvo organizada en compañías (solamente) durante la mayor parte de la guerra, cada una de las cuales constaba generalmente de 100 hombres, que podían ser lanceros o arcabuceros montados. Las unidades estaban al mando del comisario general de la caballería ligera.

La caballería pesada

Se organizó en regimientos y compañías; el jefe de las unidades alemanas era el asentista que las había contratado (los «Black riders» —*swarterutters*—); la caballería pesada estuvo organizada también en *bandes d'Ordonnance*; la de los Países Bajos era mandada por nobles de la región.

Organización de las unidades: la práctica

Los cuatro** tercios españoles en los Países Bajos*, 12 de mayo 1571 (AGS ***E 547/99bis)

	Número de compañías		*Número de hombres*					
ercio	*Total*	*Arcabu-ceros*	*Total*	*Oficiales*	*Mosque-teros*	*Arcabu-ceros*	*Cose-letes*	*Otros piqueros*
ápoles	19	3	2.676	171	281	456	962	806
alia	11	3	1.642	99	165	543	430	405
ombardía	10	2	1.588	90	150	345	563	440
andes	10	1	1.603	90	0	161	561	791
otal	50	9	7.509	450	596	1.505	2.516	2.442

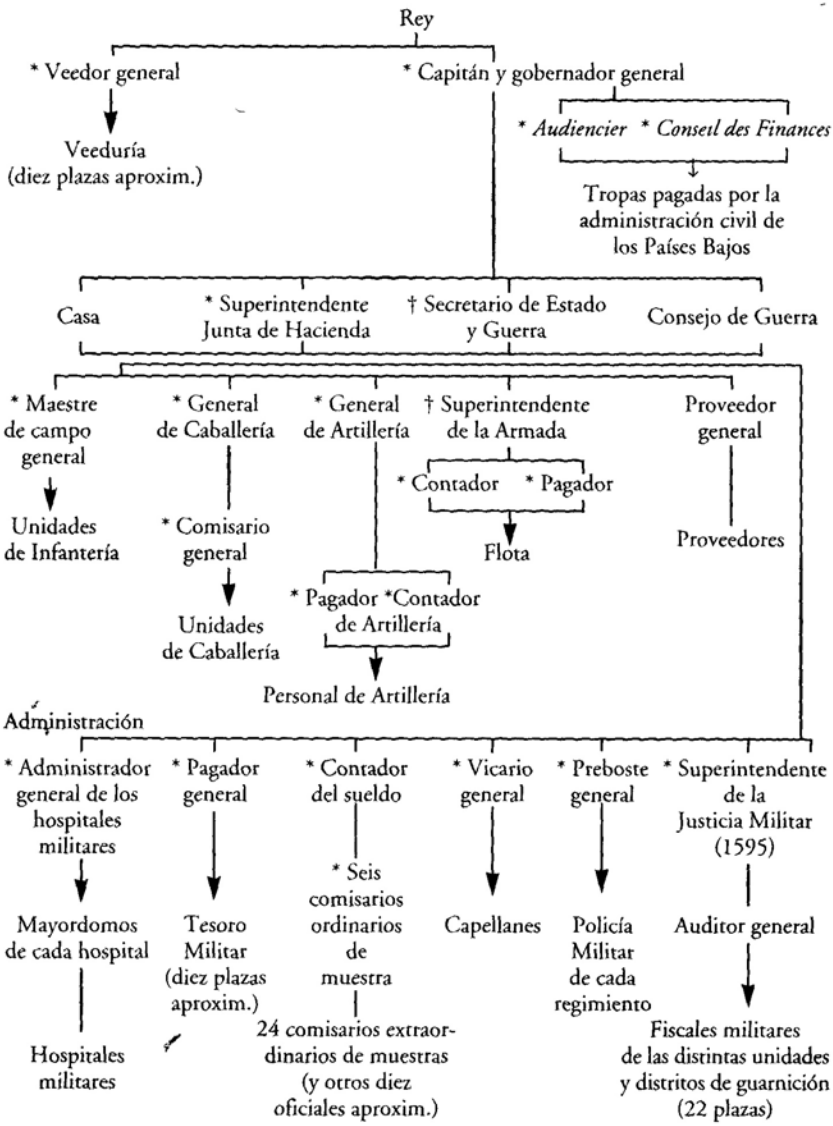
umaño medio de las compañías: 150 hombres.

Revista del Ejército de Flandes, 24 marzo 1601 (AGS *E* 618)

	Numero de hombres						*Costo mensual por hombre (esc de 50)*
Nacion	*Total*	*Oficiales*	*Mosque-teros*	*Arcabu-ceros*	*Coseletes*	*Otros piqueros*	
Españoles	6 001	646	1 237	2 117	1 047	954	7,7
Italianos	1 204	110	253	394	270	177	6,7
Alemanes	8 852	665	1 194	700	5 601	692	6,0
Borgoñones	1 718	123	440	662	409	84	4,8
Valones	4 678	375	1 237	1 242	1 125	699	4,4

Las diferencias en el coste de las «naciones» se debieron al gran numero de «ventajas» concedidas a las tropas españolas e italianas y al sistema de *doppelsold* empleado en el pago de las alemanas

La cadena de mando



* Oficial nombrado por el rey (los otros eran nombrados por el capitán general).

† Nombrado por el rey a partir de 1594.

| Hasta 1630 el maestre de campo general fue segundo en el mando del ejército. En ese año se creó un nuevo cargo, el «gobernador de armas», que mandaba el ejército en ausencia del capitán general. El maestre de campo general pasó a tercero en el mando.

III

TROPAS ESPAÑOLAS E ITALIANAS ENVIADAS A LOS PAÍSES BAJOS

Año	Jefe	Camino Español	Número y ruta: Alsacia	Número y ruta: Mar	Fuente
1567	Alba	8.652 S 1.250 C	—	—	AGS *CMC* 2a/63
1568		—	—	2.427 S	AA 166/2
1572	Medinaceli	—	—	1.263 S	*Co.Do.In.* xxxvi p. 5
1573	Acuña	5.052 S 300 C	—	—	AGS *E* 1236/98
1575	Valdés	—	—	430 S	*E* 564/139
1577	J. Manrique	4.093 S 2.138 C	—	—	*E* 573/111
1578	Figueroa	4.000 S 1.300 C	—	—	*E* 573/111
1578	Serbelloni	2.696 S 413 C	—	—	*E* 1249/153
1582	Paz	5.105 S 1.300 C	—	—	*E* 1256/110
1582	Carduini	4.754 I	—	—	*E* 585/64
1584	Tassis	4.915 S 500 C	—	—	BM *Addl.* 28392/105v
1585	Bobadilla	2.195 S	—	—	*Ibíd.*, f. 164 AGS
1586	A. Manrique	2.000 S	—	—	*E* 1261/105
1587	Spinelli	4.117 I	—	—	*E* 1262/26
1587	Zúñiga	2.662 S	—	—	*E* 1262/54
1587	Capizucchi	4.900 I	—	—	*E* 1262/59
1587	Queralt	1.900 S	—	—	*E* 596/87
1588	Medina Sidonia	—	—	1.300 S	*E* 598/22
1591	Toledo	3.087 S	—	—	*E* 1269/96-7
1593	Mexía	3.048 S	—	—	*E* 1272/224
1593	Treviso	2.038 I	—	—	*E* 1272/244
1596	Archiduque Alberto	5.400 S 2.600 I 636 C	—	—	*E* 611/15
1597	Dávalos	4.000 I	—	—	*E* 1283/36
1598	Leyva	—	—	4.000 S	*E* 615/99
1601	Spínola	2.000 S 6.000 I	—	—	AGRB *SEG* 20/42-43v

IV

LA RAPIDEZ DE LAS EXPEDICIONES MILITARES POR TIERRA ENTRE LOMBARDÍA Y LOS PAÍSES BAJOS.

Año	*Jefe*	*Número aproximado*	*Fecha de partidas de*		*Llegada Namur*	*Total de días*
			Lombardía	*Saboya*		
1567	Alba	10.000	20 Jun.	6 Jul.	15 Ag.	56
1573	Acuña	5.000	4 May.	16 May.	15 Jun.	42
1578	Figueroa	5.000	22 Feb.	2 Mar.	27 Mar.	32
1578	Serbelloni	3.000	2 Jun.	14 Jun.	22 Jul.	50
1582	Paz	6.000	21 Jun.	?	30 Jul.	40
1582	Carduini	5.000	24 Jul.	5 Ag.	27 Ag.	34
1584	Tassis	5.000	26 Abr.	6 May.	18 Jun.	54
1585	Bobadilla	2.000	18 Jul.	25 Jul.	29 Ag.	42
1587	Zúñiga	3.000	13 Sep.	24 Sep.	1 Nov.	49
1587	Queralt	2.000	7 Oct.	15 Oct.	7 Dic.	60
1591	Toledo	3.000	1 Ag.	?	26 Sep.	57
1593	Mexía	3.000	2 Nov.	23 Nov.	31 Dic.	60

La velocidad media para un viaje de 1100 km por «El camino español» era, pues, de cuarenta y ocho días. La marca de velocidad fue establecida por los veteranos de don Lope de Figueroa en 1578, quienes no sólo hicieron el viaje en treinta y dos días, sino que consiguieron hacerlo en pleno invierno.

OFICIALES DE RANGO SUPERIOR DEL EJÉRCITO DE FLANDES, 1567-1659

Oficial	*Cargos anteriores*	*Carrera posterior*
Fernando Álvarez de ɛdo, duque de Alba, abril 567-noviembre de 1573.	Capitán general en Alemania en 1546-1547 y 1552-1553, y en Italia, 1556-1558.	Mandó la invasión de Portugal, 1580; m. 1582.
ɹuis de Requesens, coɪdador mayor de Cas-, noviembre de 1573-zo de 1576.	Consejero de don Juan de Austria en la guerra de Granada y consejero en asuntos de mar en 1568-1572; gobernador de Lombardía en 1572-1573.	Murió en el cargo.
Juan de Austria, noɪbre de 1576-octubre 578.	Mandó la flota mediterránea de España en 1568 y en 1571-1576, y las fuerzas de represión de la rebelión de los moriscos, en 1569-1571; hermano de Felipe II.	**Murió en el cargo.**
ɪro Farnesio, príncipe, tarde (1586) duque de na, octubre de 1578-ɛmbre de 1592.	Combatió en Lepanto (1571), colaboró con don Juan en 1577-1578; sobrino de Felipe II, hijo de Margarita de Parma, que gobernó a los Países Bajos desde 1559 a 1567.	Murió en el cargo.
ɛrnest, conde Mansfelt, ɛmbre de 1592-febrero 4 (interino).	Gobernador de Luxemburgo; maestre de campo general desde 1577.	Volvió a sus cargos anteriores; m. 1604.
ɔ, archiduque de Ausfebrero de 1594-febre-ɛ 1595.	Mandó las fuerzas de los Habsburgo en Hungría; sobrino de Felipe II.	Murió en el cargo.
edro Enríquez de Aze-, conde de Fuentes, feɔ-diciembre de 1595 rino).	Jefe militar en Portugal desde 1587.	Gobernador de Lombardía, 1600-1610; m. 1610.

Oficial	*Cargos anteriores*	*Carrera posterior*
Cardenal Alberto, archiduque de Austria, diciembre de 1595-agosto de 1598.	Virrey de Portugal desde 1583; sobrino de Felipe II.	Cf. más abajo.
Cardenal Andrés, archiduque de Austria, julio de 1598-mayo de 1599 (interino).	Sobrino de Felipe II.	Volvió a Alemania; m. en 1600.
Archiduque Alberto e infanta Isabel, mayo de 1599-julio de 1621 (co-soberanos).	Sobrino e hija de Felipe II.	Alberto; m. 1621.
Infanta Isabel, julio de 1621-diciembre de 1633.	Hija de Felipe II.	Murió en el cargo.
Don Francisco de Moncada, marqués de Aytona, diciembre de 1633-noviembre de 1634 (interino).	Embajador español en Alemania, 1624-9; después, en Bruselas, 1629-33.	Consejero principal del cardenal-infante; m. 1635.
Cardenal Fernando, infante de España, noviembre de 1634-noviembre de 1641.	Virrey de Cataluña, 1632-1633; gobernador de Lombardía, 1633-1634; hermano de Felipe IV.	Murió en el cargo.
Don Francisco de Melo, marqués de Tor de Laguna, noviembre de 1641-agosto de 1644.	Embajador de España en Génova y en Alemania; consejero principal del cardenal-infante, 1641.	Destituido después de Rocroi.
Don Manuel de Moura y Cortereal, marqués de Castel Rodrigo, agosto de 1644-mayo de 1647.	Embajador español en Roma y en Alemania.	Retirado.
Leopoldo-Guillermo, archiduque de Austria, mayo de 1647-junio de 1656.	Primo de Felipe IV.	Retirado.
Don Juan José de Austria, junio de 1656-mayo de 1660.	Hijo de Felipe IV; mandó las fuerzas españolas contra los catalanes.	Mandó las fuerzas españolas contra Portugal; político de la Corte. M. en 1679.

Inspectores generales (veedores generales).

No he podido encontrar ningún detalle personal relativo a

muchos de estos oficiales; parece que todos ellos, a excepción de Necolalde (secretario de carrera), fueron simples caballeros cultos con experiencia militar. Nótanse los frecuentes períodos durante los cuales estuvo vacante el cargo.

Don Antonio Galíndez de Carvajal, comendador de la Magdalena, 1567-1569;

Jordán de Valdés, 1572;

Don Jorge Manrique de Lara, 1577-1579;

Don Juan de Acuña Vela, 1579-1580;

Don Pedro de Tassis y Acuña, 1584;

Juan Bautista de Tassis, 1586-1591;

Don Diego de Ibarra, 1593-1599;

Don Gerónimo Walter Zapata, 1600-1603;

Don Francisco de Vaca y Benavides, 1603-1610;

Don Francisco de Andía e Irrazabal, 1615-1617;

Don Cristóbal de Benavente y Benavides, 1618-1622;

Don Gaspar Ruiz de Pereda, 1623-1630;

Don Luis Phelipe de Guevara, 1631-1638;

Don Juan de Necolalde, 1641-1647;

Don Diego Girón, 1648-1657;

Don Antonio Melía y Paz, 1658-1665.

Pagadores generales

Oficial	*Cargos anteriores*	*Carrera posterior*
ancisco de Lixalde, 1567-1577.	Actuó como tesorero de Felipe II en Inglaterra, 1555-1558.	Murió en el cargo.
ırtín de Unceta, 1577-1579.	Sobrino de Lixalde y oficial mayor suyo después de 1569; pagador de la flota de Flandes, 1574-1577.	Pagador del Ejército de Andalucía en la década de 1590; volvió a Flandes otra vez donde fue pagador de 1603 a 1608.
n de Lastur, 1579-1580.	Criado de Felipe II; trabajó en la hacienda de Castilla.	Cf. más abajo.
ro de Olave, **1580-1585.**	Oficial del contador Carnero en los Países Bajos, 1576-1577.	Murió en 1586.
de Lastur, **1585-1590.**	Cf. más arriba. Sirvió como tesorero general de Castilla, 1584-1585.	Tesorero general de Castilla, 1590-1592, volvió a los Países Bajos, 1592-1593; murió en 1593.

Oficial	*Cargos anteriores*	*Carrera posterior*
Gabriel de Santesteban, 1590-1595.	«Receptor de las penas de cámara» en los tribunales de Valladolid hasta 1590; perteneció a una poderosa familia de Valladolid.	Pagador general en 1600-1603.
Don Gerónimo Walter Zapata, 1595-1600.	Paje del emperador Rodolfo II; luego pasó al servicio de España; en el Consejo de Guerra de los Países Bajos, en 1593, gozó del favor del archiduque Ernesto.	Veedor general de 1600-1603 y mayordomo mayor de los archiduques, 1602-1606; depuesto por motivos de fraude y llamado a Madrid, m. 1610.
Gabriel de Santesteban, 1600-1603.	Cf. más arriba.	Destituido por fraude.
Martín de Unceta, 1603-1608.	Cf. más arriba.	Depuesto para rendir cuentas.
Hortuño de Ugarte, 1608-1621.	«Comisario de muestras» en los Países Bajos en la década de 1590; contador de las galeras de España hasta 1608.	Aconsejó al rey el apoyo militar a los Países Bajos en los años 20 del siglo XVI.
Tomás de Mendieta, 1621-1625.	Sobrino y oficial mayor de Ugarte.	Murió en el cargo.
Juan Antonio de Larrea, 1625.	Oficial mayor de Mendieta.	Murió en el cargo.
Tomás López de Ulloa, 1626-1632.	Banquero de Amberes, portugués; recibió una rica herencia de su padre, muerto en Brasil.	Cf. más abajo.
Antonio Wedell, 1633-1634.	Pagador de las galeras de Flandes en 1607; contador de la Sala de Cuentas de Bruselas hasta 1632.	Volvió a ser contador de la Sala.
Don Juan de Lira, 1634-1641.	Hijo de un «cavallerizo» de Felipe III y experto en la contaduría mayor de cuentas.	Tuvo que presentarse a rendir cuentas.

Oficial	*Cargos anteriores*	*Carrera posterior*
Tomás López de Ulloa, 1642-1648.	Cf. más arriba.	Cf. más abajo.
Don Sebastián López Hierro de Castro, 1648.	Banquero de Amberes; contactos con Amsterdam.	Renunció porque no podía tratar con otros asentistas.
Tomás López de Ulloa, 1648-1651.	Cf. más arriba.	Murió en 1653.
Hilario de Benero, 1651-1653.	Oficial más antiguo de la contaduría.	«Contador de víveres», 1652 (cf. más abajo).
Don Diego Henríquez de Castro, 1653-1654.	Banquero de Amberes, hermano de don Sebastián López.	Cf. más abajo.
Hilario de Benero, 1654-1656.	Cf. más arriba.	«Contador de víveres»; sirvió como pagador general de nuevo, 1674.
Don Diego Henríquez de Castro, 1656-1660.	Cf. más arriba.	Volvió a desempeñar el cargo de 1665 a 1671

Contadores del sueldo

Oficial	*Cargos anteriores*	*Carrera posterior*
istóbal de Castellanos, 1567-1574.	Contador español en el ejército de los Países Bajos, 1555-1561.	Murió en el cargo.
nso de Alameda, 1567-577.	«Criado» de Felipe II que trabajó en la Hacienda de Castilla hasta 1566.	Contador del ejército de Portugal, 1579-1583; m. en 1589.
ı de Navarrete, 1574-580.	Oficial del contador Castellanos en los Países Bajos, 1559-1560; contador de «resultas» en la Hacienda castellana, 1560-1567; pagador de la artillería en los Países Bajos, 1567-1574.	Murió mientras volvía a España (1580).

Oficial	*Cargos anteriores*	*Carrera posterior*
Pedro Coloma, 1580-1595.	Sobrino y oficial mayor de Navarrete; pagador de artillería, 1577-1579.	Depuesto por fraude.
Balthasar de Gayangos, 1595-1599.	Oficial de pagos en los Países Bajos desde 1583; pariente y oficial mayor de Pedro Coloma; encargado de los subsidios españoles a la *Ligue,* 1590-1595.	Depuesto por fraude.
Alonso Carnero, 1584-1587 y 1589-1595.	Oficial del contador Castellanos después de 1567; contador interino en los Países Bajos, 1576-1577; miembro del Tribunal de Cuentas en Madrid, 1580-1584.	Retirado.
Antonio Carnero, 1587-1589.	Servidor privado del conde de Olivares (contador mayor de cuentas) hasta 1584; sobrino y oficial mayor de Alonso Carnero.	Contador de artillería en Lombardía en la década de 1610; luego, en los Países Bajos, 1622-1631; escribió una historia de la revuelta.
Juan López de Aliri, 1599-1603.	Contador de artillería, 1583-1590, y veedor interino de la flota de los Países Bajos, 1590-1593; juez de la visita, 1593-1594 y 1596-1598.	Volvió a España.
Asención de Aguigerem, 1603-1610.	Comisario de muestras en los Países Bajos, década de 1590.	¿Murió en el cargo?
Gonzalo Guerra de la Vega, 1610-1622.	Oficial de contaduría en 1591; ascendió a contador de la flota en los Países Bajos en 1610.	Murió en el cargo.

Oficial	*Cargos anteriores*	*Carrera posterior*
.uis de Casuso Maeda, 1622-1630.	Sirvió en la infantería española en 1592-1597; oficial de la veeduría de Flandes después de 1605; actuó como contador de las tropas españolas en Frisia hasta 1611; secretario de Estado y Guerra del duque de Feria, gobernador de Milán, 1618-1622.	Murió en el cargo.
ego **de Hernani, 1630-**1651.	Oficial de Esteban de Ibarra en los Países Bajos, 1593-1596, y en España, 1596-1599; contador de las galeras de F. Spínola, 1599-1601; Contador de la Sala de Cuentas después de 1619 y oficial mayor de la Contaduría.	**Murió** en el cargo.
la Ossorio, 1652-1671.	Hijo de un contador de Sala, comisario de muestras y después (1647-1652) contador de víveres.	Murió en el **cargo.**

Secretarios de Estado y Guerra

Oficial	*Cargos anteriores*	*Carrera posterior*
de Albornoz, 1567-'3.	Sustituyó a Juan Fernández de Ventosa como secretario privado del duque de Alba en 1565.	Volvió a España con Alba; murió en servicio en 1580-1581.
igo de Cabala, 1573-5.	Secretario particular de don Luis de Requesens desde 1568.	Entre 1576-1586 fue secretario del hermano de Requesens, Zúñiga; entró al servicio del rey; en Madrid, 1599-1603, para rendir cuentas al Gobierno.

Oficial	*Cargos anteriores*	*Carrera posterior*
Balthasar López de la Cueva, 1575-1576.	Secretario de Requesens desde 1568; sustituto de Cabala.	Veedor del ejército de Andalucía en 1590.
Juan de Escobedo, 1576-1578.	Primo y servidor de la duquesa de Francavilla, y después de Ruy Gómez de Silva en la década de 1550; secretario del consejo de Hacienda, 1566-1574; secretario de don Juan desde 1575 en adelante.	Asesinado por orden de A Pérez.
Andrés **de Prada, 1578-**1580.	Secretario de don Juan desde 1568; sustituto de Escobedo.	Volvió a España en 1580; secretario del Consejo de Guerra, 1586-1600; secretario adjunto del Consejo de Estado desde 1600 a 1611 (año en que murió).
Cosme Masi, 1580-1592.	Secretario particular del príncipe de Parma desde 1568.	Continuó en los Países Bajos con los documentos de Parma hasta 1595; prestó dinero a la corona en 1596; recibió dos ducados en 1627 por su «leal servicio».
Esteban **de Ibarra, 1594-**1595.	Servidor de Alba, 1567-1568; secretario de Estado con don Fadrique de Toledo, 1568-1573; con Alba a Portugal desde 1579; proveedor de la flota de Lisboa en los años ochenta; secretario adjunto del Consejo de Guerra desde 1591.	Volvió a ser secretario del Consejo de Guerra hasta su muerte, en 1610.
Isidro **Morán, 1595.**	Secretario particular del conde de Fuentes desde 1590.	Siguió de secretario de Fuentes; murió en Milán, en el cargo, en 1603.
Juan de **Mancicidor, 1595-**1618.	Secretario de uno de los Consejos de Madrid hacia 1590.	Murió en el cargo.

Oficial	*Cargos anteriores*	*Carrera posterior*
ıeo de Urquina (fue o secretario de guerra), 18-1625.	Oficial de Esteban de Ibarra después de 1594; oficial mayor de Mancicidor.	Murió en el cargo.
› de San Juan, sólo de ado, 1618-1625; y de ado y guerra, 1625-33.	Oficial de Mancicidor después de 1602.	Retirado con una pensión a la muerte de la infanta Isabel.
ıimo Vélez de Medria- 1633-1634.	Secretario particular del marqués de Aytona.	Volvió al servicio de Aytona.
Martín de Axpe, 1634-6.	Nombrado secretario del cardenal infante en o antes de 1632.	Retirado por enfermedad.
isco de Galaretta, 6-1638.	Secretario de la embajada española en París hasta 1633, después secretario del príncipe Tomás de Saboya.	Siguió de secretario del príncipe Tomás (cf. más abajo).
Miguel de Salamanca, 8-1641.	Procurador por Burgos en las Cortes de 1633; veedor de artillería en los Países Bajos, 1635-1638.	Consejo principal del Gobierno de Bruselas hasta 1649.
Diego de la Torre, 1-1644.	Oficial de Secretaría desde 1622, después en la embajada española en Roma, luego oficial mayor de Axpe, Galaretta y Salamanca, 1636-1641.	Sustituido.
:o de Galaretta, 1644-	Secretario del príncipe Tomás (cf. más arriba).	Murió en 1648 o 1649.
tonio Navarro Bure- 648-1655.	Secretario de la embajada española en Viena.	?
de Galaretta Ocariz, -1669.	Secretario de la embajada española en París, hermano y oficial mayor de Francisco de Galaretta.	Murió en el cargo.

IV

PRESUPUESTO DE FELIPE II PARA 1574:

FUENTES

La Hacienda castellana calculó las rentas de 1574 en 5.978.535 ducados y el gasto de la administración en dos millones y las obligaciones de la deuda en 2.730.943 ducados (IV de DJ 24/16-22). El pagador de la flota del Mediterráneo, Juan Morales de la Torre, recibió 2.052.634 escudos de 10 reales (AGS CMC 2a/814) y el pagador general del Ejército de Flandes, Francisco de Lixalde, recibió otros 3.688.085 escudos de 39 placas, valiendo el escudo de 10 reales a 40.

Los 3,69 millones de escudos recibidos por Lixalde quedaron muy por debajo de los 702.727 escudos mensuales (es decir, 8,4 millones anuales) que calculaba necesarios para la victoria el capitán general Requesens (AGS CMC 2a/14, sin foliar, «Relación» enviada al rey).

FINANCIACIÓN DEL IMPERIALISMO ESPAÑOL EN LOS PAÍSES BAJOS. 1566-1576

(en florines de 20 placas)

Recibido de los Países Bajos por la Hacienda central		*Año*	*Recibido de España*	*Fuente*
				AD Nord
618.192		1566	886.162	*B* 2579
851.302			1.596.620	*B* 2585
		1567	+ 1.649.119	AGS *CMC* 2a/55
	?	1568	3.673.615	*CMC* 2a/55
2.178.594		1569	3.462.208	*CMC* 2a/55
3.871.865	(Enero-Junio)	1570	881.379	*CMC* 2a/55
4.937.927	(Jun. 1570-Dic. **1571**)	1571	229.999	*CMC* 2a/55
834.782		1572	3.419.042	*CMC* 2a/55
980.813		1573	3.491.196	*CMC* 2a/55
1.300.430		1574	7.357.730	*CMC* 2a/55
2.226.764		1575	4.957.661	*CMC* 2a/55
1.819.284		1576	1.679.249	*CMC* 2a/55

GASTO ANUAL DE LA PAGADURÍA EN PROVISIONES PARA LAS TROPAS

Oct. 1577-marzo 1580	516.189 £ de 20 placas	(AGRB *CC* 25767, cálculo del proveedor general Orimont).
Mayo 1585-agosto 1590	1.014.557 escudos de 57 placas	(AGS *CMC* 2a/879, cálculo del pagador general Lastur).
Nov. 1603-marzo 1608	2.140.542 escudos de 50 placas	(AGS *CMC* 2a/2, cálculo del pagador general Unceta).
Jul. 1621-oct. 1625	2.792.342 escudos de 50 placas	(AGS *CMC* 3a/961, cálculo del pagador general Mendieta).
Ener. 1642-dic. 1645	2.819.637 escudos de 50 placas	(AGS *CMC* 3a/993, cálculo del pagador general Ulloa).

ALGUNOS MOTINES DEL EJÉRCITO DE FLANDES

Centro del motín	Duración: Fechas	Duración: Número de días	Número de hombres	Unidades participantes	Coste total	Coste medio del arreglo por amotinado (en florines)
Valenciennes	Octubre, 1570	*c.* 10	*c.* 1.000	Regimiento alemán de Lodrón	?	Regimiento licenciado
Haarlem	29 de julio-16 de agosto de 1573	19	2.634	Tercios españoles	74.131 escudos de 39 placas	54 licenciado
Amberes	15 de abril-30 de mayo de 1574	45	4.562	Infantería española	543.689 escudos de 39 placas	232
Holanda-Maastricht	7 de nov. 1574-5 de mar. 1575	119	2.219	Tercio de Italia español	65.923 escudos de 39 placas	55
Brabante	Marzo-ábril 1576	*c.* 30	1.300	Caballería ligera española	4.895 escudos de 39 placas	9
Aalst-Amberes	2 de julio 1576-31 de mar. 1577	272	1.329 4.005	Caballería ligera Infantería (españoles)	632.971 escudos de 39 placas	232
Luxemburgo	Marzo de 1580 julio de 1581	*c.* 270	7.000	Infantería alemana	209.000 escudos de 39 placas	58
Obras de sitio de Oudenaarde	Junio de 1582	?	?	Regimiento alemán	Nada de 39 placas	—

Centro del motín	Duración: Fechas	Duración: Número de días	Número de hombres	Unidades participantes	Coste total	Coste medio del arreglo por amotinado (en florines)
(En los fuertes del Escalda de St. Jacques, La Croix y St. Philippe también hubo guarniciones amotinadas en 1601.)						
Hamont - Hoogstraten - Grave Roermond	1 de sept. 1602-18 mayo 1605	900	1.200 2.000	Caballería Infantería de todas las «naciones»	«Sustento» mensual de 32.000 escudos después de mayo 1604; más 397.743 escudos de 50 placas	310
Lier (II)	1603-1604	?	513	Guarnición	?	?
Fuerte de Ijzendijk	Mayo de 1604	?	?	Guarnición valona	Entregado a los holandeses	?
Fuerte de Santa Clara	1605	?	*c.* 70	Guarnición	Entregado a los holandeses 292.000 escudos pagados en «sustento» mensual	?
Diest (III)	11 de dic. 1606-27 nov. 1607	351	2.037 2.015	Caballería Infantería de todas las «naciones»	372.000 escudos de 50 placas por el arreglo final	230

Fuentes: Para la duración y composición de los motines que tuvieron lugar entre 1570 y 1602 he utilizado las cuentas preparadas por la contaduría del sueldo para el arreglo final. Estas cuentas, que pueden verse en Simancas, son dadas en detalle en mi *Guide to the Archives of the Spanish Institutions* (Bruselas, 1971), pp. 79-81. Otros datos los tomo de los informes y cartas enviados al rey y que se conservan en AGS *Estado Flandes*. He consultado también los estudios de L. de Torre, «Los motines militares en Flandes», en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, XXV (1911) —XXXII (1915) (siete artículos); y de G. Wymans, «Les mutineries militaires de 1596 à 1606», *Standen en Landen*, XXXIX (1966), pp. 105-121.

NOTA SOBRE LAS FUENTES

Fuentes manuscritas

La mayor parte de mi material sobre el Ejército de Flandes procede de los archivos del gobierno central de España y de las diversas instituciones españolas en los Países Bajos. Estas fuentes son descritas y en algunos casos inventariadas en mi libro: Guide to the Archives of the Spanish Institutions in or concerned with the Netherlands, 1556-1706 (Bruselas, 1971). He utilizado, además, material procedente de los documentos militares y sobre finanzas franceses y alemanes del gobierno de Bruselas: AGRB Audience, 2769-2785 y Secrétaireirie d'Etat allemande, 199-201 y 471, y AD Nord (Lille), serie B, comptes de la recette genérale des finances. He consultado también los archivos de varias ciudades de guarnición, eligiendo algunos como muestras representativas: Amberes, Breda, Groninga, 's-Hertogenbosch y Nijmegen.

Sobre los movimientos de tropas, particularmente a lo largo del «Camino Español», he consultado la correspondencia, relatos y deliberaciones municipales de las distintas autoridades locales a lo largo de la ruta:

AGRB CC 25667-25670, 25741-25797, 25.805, 25811-25815 y algunos otros (cuentas de ètapes en Luxemburgo y Namur).

AGRB Audience, lettres missives, correspondencia del gobierno de Bruselas con los gobiernos de Namur, Luxemburgo, Lorena y Franco-Condado entre 1567 y 1633, parte de la cual hace referencia al paso de tropas españolas y a los preparativos para el mismo.

AD Meurthe-et-Moselle, serie B: 855, 2126, 3065, 3313, 3659, 5414, 5625, 5967, 5971, 6454, 6679, 6709,

7029, 8194, 8252, 9844 (cuentas de los recaudadores de las comunidades de Lorena por las que pasaban las tropas que utilizaban el «Camino Español»); serie 3 F: 203-204, 279, 429, 438-439 (documentos sobre la neutralidad de Lorena); serie 4 F; 1, 7, 9 (correspondencia sobre las tropas).

AD Doubs, serie B: 578, 1351, 1767, 1803, 1826-1827, 1831-1832, 1849, 1955-1958, 1964-1966 (cuentas de ètapes para las tropas).

Serie 2 B: 1512-1518 (cuentas e investigaciones relativas a las tropas: muy importantes). Serie C: 263-265, supl. 57 y 97 (cuentas e investigaciones sobre las tropas hechas por is autoridades provinciales).

AD Savoie, serie SA: 6603-6605, 6664, 6720, 6792-6793, 6822-6826, 6912, 6915, 388, 7392, 7415-7416, 7431, 7461, 7470-7472, 7530, 7551, 7570, 7573-7574, 7607, 615, 7650 (cuentas de étapes).

La correspondencia de los gobiernos centrales del Franco-Condado, Saboya y Lorena ha desaparecido en gran parte, por desgracia, pero he encontrado algunos papeles de Estado en s colecciones siguientes:

AM Besançon, Ms. Granvelle, vols. 87-89 (correspondencia de M. de Vergy, gobernador de Felipe II en el condado).

BNP Collection de Lorraine, vols. 458, 490-491, 524-531 (papeles del marqués de Varembon, jefe español) y 598 (volumen que se refiere en su totalidad a los arreglos para el paso de tropas por Lorena con destino al Ejército de Flandes).

He encontrado también material en cantidad considerable sobre la organización de los corredores militares de España en los siguientes archivos comunales a lo largo del «Camino

Español» (los que se encuentran todavía en la comuna están señalados con una cruz, el resto se encuentran en los archivos departamentales):

Dept. Vosges: AC Epinal, Rambervillers. Dept. Haute-Saone: Gray, Gy, Luxeuil-les-Bains+. Dept. Doubs: Baume-les-Dames+, Besançon+, Pontarlier+. Dept. Jura: Arinthod+, Conliége+, Orgelet+, St. Claude+, Salins-le-Bains+. Dept. Savoie: Aime-en-Tarantaine+, La Chapelle, Lanslevillard, St. Jean de Maurien +, Termignon+.

Había catálogos (de desigual utilidad) en todos estos archivos comunales en los archivos partamentales; todos estaban clasificados de acuerdo con el mismo esquema: BB — deliveraciones municipales/comunales, CC-cuentas comunales, EE-papeles militares. Conté todos los papeles de estos diferentes grupos entre 1567 y 1620 en cada uno de los archivos citados. Consulté también:

AE Geneva, RC61, 62, 68, 72, 77, 79, 82, 96, 119 (registros de las deliberaciones del consejo de la República de Ginebra).

PH 1825, 1827, 1933, 1940, 1986-7, 2121, 2271-2, 2367, 2553-5, 2636, 2642-3, 2651-2, 2656 (correspondencia de la República con sus vecinos y otros sobre el paso de tropas españolas).

Los archivos italianos resultaron algo menos ricos en cuanto a los detalles relativos al movimiento de tropas que los de Francia. Únicamente encontré los siguientes que me sirvieron de alguna ayuda:

AS Turín, Sezioni Reuniti, 172 y 256-257 (cuentas de ètape). AS Milán, Militare, P. A. 165 bis, 210-211, 406, 410-411 (papeles militares); Autografi 225/13.

AS Genova, Archivo Segreto, 2738, 24l2a-24l6, 2745-2746 (correspondencia de los embajadores de Genova en

España y de los embajadores españoles en Genova con el Dux y el Senado).

Fuentes contemporáneas

Un gran número de los participantes en la guerra de los Ochenta Años escribieron sobre los sucesos, gente e instituciones de la época. Son enumerados y descritos en la sección cronológica correspondiente de las siguientes bibliografías:

J. Almirante, Bibliografía militar de España (Madrid, 1876).

H. de Buck, Bibliografie der Geschiedenis van Nederland (Leiden, 1968).

Hay también excelentes notas sobre los méritos de diversos historiadores en las introducciones bibliográficas a cada uno de los volúmenes de:

L. van der Essen, Alexandre Farnese, prince de Parme, Gouverneur-Général des Pays-Bas (Lovaina, 1933-1937, 5 vols.).

B. Vermaseren, De Katholieke Nederlandsche Geschiedschrijving in de XVIe en XVIIe eeuv over den Opstand (Maastricht, 1941).

Otras fuentes

La guerra de los Ochenta Años hizo correr mucha tinta. Además de las crónicas e historias escritas e impresas por toda Europa, estaban las compilaciones «actuales»: los panfletos, hojas de noticias (avvisi) y, en el siglo XVII, los primeros periódicos regulares. Los corantos holandeses comenzaron pronto a incluir informaciones semanales de su propio ejército (noticias vvt ons veltleger comenzaron a aparecer en 1625) y también, después de 1640, del ejército francés. Cf. la útil publicación: F. Dahl, Dutcb Corantos, 1618-1650. A bibliography (La Haya, 1946). Por desgracia, no existe una guía

similar a los corantos de Bélgica, aunque en 1635 aparecieron en Amberes tres periódicos semanales (uno de ellos databa de 1605) y otro comenzó en Brujas en 1637.

La mayor parte de los acontecimientos importantes de las guerras de los Países Bajos dieron lugar a documentos gráficos y escritos. Existen medallas, acuñaciones de moneda especiales y monedas conmemorativas de sitios que arrojan luz interesante sobre la guerra y sobre las pasiones que suscitó. Las siguientes guías ilustradas ofrecen una introducción:

H. van Loon, Histoire métallique des XVIIprovinces des Pays-Bas (La Haya, 1720-40).

H. Enno van Gelder y J. van Kuyk, De Penning en het Munten van de Tachtigjarige Oorlog (La Haya, 1948).

H. Enno van Gelder, De Nederlandse Noodmunten van de Tachtigjarige oorlog (La Haya, 1955).

Entre las representaciones pictóricas más convencionales, destacan los grabados de Francois Hogenburg (impresos por primera vez en el De leone Bélgico de Aitzing) y de Jacques Callot (especialmente su gigantesco grabado del sitio de Breda). Los cuadros de los artistas de Amberes, Sebastián Vrankx (1573-1647) y de su discípulo Pieter Snayers (1592-1667) son precisos y reveladores; muchos de ellos están en el Museo del Prado. Para los Países Bajos y su gente en vísperas de las revueltas, está el incomparable Brueguel, cuyos cuadros y aguafuertes dan un vivo retrato de la vida y costumbres en la década de 1560. Sobre su valor como fuente histórica, cf.: C. Terlinden, «Pierre Breugel le Vieux et l'histoire», Revue Belge d'Archéologie et d'Historie de L'Art, III (1942), pp. 227-257.

Fuentes modernas impresas

Debido a su importancia fundamental en los asuntos de Europa occidental en aquella época, la guerra de los Ochenta

Años y el dominio español se mencionan en un gran número de libros y artículos de historia sobre el mundo occidental en el siglo que media entre 1550-1650. Afortunadamente existen ya muchos y admirables tratados bibliográficos del material que hacen innecesaria una lista detallada de las obras que he consultado. (A lo largo del texto doy las referencias completas de todas las publicaciones citadas directamente).

Los Países Bajos

H. de Buck, Bibliografie der Gescbiedenis van Nederland (Leiden, 1968).

H. Pirenne, Bibliographie de l'Histoire de Belgique (3.a ed., Bruselas, 1931).

Desde 1947 han aparecido con regularidad bibliografías críticas de todas las publicaciones sobre historia belga en Revue du Nordy desde 1952 también en Revue Belge de Philologie et d'Histoire. Existe también el Bulletin Critique d'Histoire de Belgique, que se publica anualmente (ed. J. Dhondt, Gante, 1967 en adelante).

España

B. Sánchez Alonso, Fuentes de la Historia Española e Hispanoamericana (3.ª ed., Madrid, 1952).

El índice Histórico Español (Barcelona, desde 1952) da breves noticias críticas; se publica trimestralmente.

GEOFFREY PARKER(Reino Unido, 1943).Es uno de los mayores conocedores de la historia de España de los siglos XVI y XVII. Catedrático de la Ohio State University, antes lo fue en las universidades de Illinois y en Yale, en Estados Unidos; en la Universidad de British Columbia, en Canadá, y en la de St. Andrews, en Escocia.

Es autor o editor de treinta y siete libros, entre los que se cuentan El ejército de Flandes y el camino español (1991), La gran estrategia de Felipe II (1998), La crisis de la Monarquía de Felipe IV (2006), La guerra de los treinta años (2007), Historia de la Guerra (2010), Felipe II. La biografía definitiva (2010) y La Gran Armada (2011). Es miembro de la Real Academia Hispano Americana de Ciencias, Artes y Letras de Cádiz, y se le ha concedido la Gran Cruz de la Orden de Isabel la Católica y la Gran Cruz de la Orden de Alfonso X el Sabio. En 2012 recibió el Premio Heineken de Historia.

Notas

[1] L N Tolstoi, *Guerra y Paz*, trad Serge T Baranov y N Balmanya (Ed Bruguera, S A, Barcelona, 1962), pag. 1101 (Epílogo, parte II, cap 3). <<

[2] J F C. Fuller, *Armament and History* (Londres, 1946), p. 98 <<

[3] En el texto original, *pattard*, moneda de cuenta de los Países Bajos. (N. del T.) <<

[4] Albertus Struzzus (= Alberto Struzzi), *Imago milittae auspicis Ambrosit Spinolae belgicarum copiarum dvctons* (Bruselas, 1614, 12 pp, en latín y en español) Struzzi no fue pagado por su trabajo hasta 1630: AGS E 2044/192, orden de Felipe IV de pagar a «Alberto Struci que truxo el exercito de figuras». <<

[5] AGS E 634164, «Discurso del estado de la guerra de Flandes», por Juan Bautista de Tassis (1601) «Si nosotros presentamos 100 barcos ellos presentan 400, y si más presentamos nosotros, más presentan ellos, y nunca tienen el más mínimo inconveniente en perder diez de sus navíos con tal de hundir uno de los nuestros». Sobre el rendimiento de la flota de Dunquerque, véase R Stradling, The *Armada of Flanders Spanish maritime policy and European War 1568-1668* (Cambridge, 1992). <<

[6] BNM Ms 1749/361-379, memorial de Alonso Gutiérrez al rey, 23 de oct de 1577. <<

[7] J R Hale en *The New Cambridge Modern History*, III

(Cambridge, 1968), p 181. <<

[8] S M de Soto, conde de Clonard, *Historia orgánica del Ejército*, III (Madrid, 1887), pp 326-329, cálculos sobre el numero de soldados del ejército de Carlos V en 1536, AGS E 1199/2 y 1201/112, «relaciones del ejército imperial en 1552, IV de DJ 68/309ter, *Relación de bilanzo* de marzo 1574 86 235 hombres, BM Egerton, Ms 338/136-51, "Resuemen" (sic) de Felipe IV, 1627 (en f 145)». <<

[9] J R Hale, «The early developmentof the bastión an Italian chronology, c 1450-c 1534», en J R Hale, J R L Highfield y B Smalley, *Europe m the Later Middle Ages* (Londres, 1965), pp 466-494 (en p 466), artículo muy importante. <<

[10] Hemos elegido las murallas y bastiones de Berwick para ilustrar la *trace italienne*, debido a que su construcción se hizo de una vez entre 1558-1568 y apenas ha sufrido modificaciones después. La mayor parte de las fortificaciones construidas en el siglo XVI en los Países Bajos han sufrido amplias restauraciones o fueron destruidas posteriormente. <<

[11] Para la difusión de las nuevas defensas en los Países Bajos, cf. M. Van Hemelrijk, *De Vlaamse Krijgsbouwkunde* (Tielt, 1950), pp. 131-195 (para su difusión en el sur) y C. A. De Bruijn y H. R. Reinders, *Nederlandse Vestingen* (Bussum, 1967 —para el norte—). No cabe duda de que las nuevas fortificaciones se construyeron a conciencia: Willemstad, sobre el Hollands Diep, fortificada en 1583 y perfectamente conservada, ha sido considerada posición importante estratégicamente hasta mayo de 1928… <<

[12] Kervijn de Lettenhove, *Relations politiques des Pays-Bas et de l'Angleterre sous le Régne de Philippe II*, X (Bruselas, 1891), p. 380, Davison a Burghley, 29 de marzo de 1578. El agudo comentarista militar Fourquevaux, escribía en 1548 y reconocía igualmente que por regla general era imposible tomar una

ciudad defendida con la *trace italienne* a no ser bloqueándola: G. Dickinson (ed.), *The «Instructions sur le Faict de la Guerre» of Raymond de Beccarie de Pavie*, sieur de Fourquevaux (Londres, 1954), lib. III. 2, p. e. f. 85. <<

[13] Roger Williams, *The Actions of the Low Countries*, ed. D. W. Davies (Cornell, 1964), p. 83. La misma observación hacía el embajador francés en la zona española: «La cavallerie ne servant de riens audict pays, il n'en fault point faire estat»; L. Didier, *Lettres et négociations de Claude de Mondoucet*, I (Par 1891), pp. 119-122; Mondoucet a Carlos IX, 9 de dic. de 1572). <<

[14] AGS E2051/225, Don Miguel de Salamanca al rey, 8 de febrero de 1637. <<

[15] AGS E 2247, sin foliar, «Relación de la gente efectiva que es menester para asegurar de surpressa las plazas siguientes». A Sanderus muestra en mapas precisos la mayor parte de los puntos fuertes de la provincia de Flandes, cf *Flandria Illustrata* (Colonia, 1641). <<

[16] H Blaise de Monluc (m 1577), citado por J Boudet (ed), *Histoire Universelle des Armees*, II (París, 1966), p 185. Para una relación magnífica y de primera mano de una de las acciones de guerrilla en los Países Bajos, cf Francisco Verdugo, *Comentario de la Guerra en Frisa*, ed H Lonchay (Bruselas, 1899). La distinción entre «guerra» y «guerrilla» en las Guerras de Religión en Francia ha sido perfecta y magistralmente estudiada por H Drouot en *Mayenne et la Bourgogne 1587-1596* (París, 1937), especialmente I, pp 327-333. Los historiadores militares han descuidado casi por entero la importancia de la guerra de guerrilla al principio de la época moderna y en los conflictos medievales. Hoy, cuando es tan fácil identificar la «guerra» con las trincheras de Bélgica y Verdun, es tal vez difícil apreciar el contraste entre el «frente estable» de la Primera Guerra Mundial y los «frentes abiertos» de otras guerras en las que

ninguno de los dos bandos disponía de tropas suficientes para poder establecer una línea extensa de trincheras. La guerra de los Ochenta Años se asemejó, por lo que esto se refiere, a la guerra de los Cien Años entre Inglaterra y Francia la gran cantidad de puntos fuertes dio lugar a innumerables guerras lo cales que produjeron una situación de inseguridad permanente en una extensa región (cf P C Timbal, *La Guerre de Cent Ans*, I [París, 1961], p 105). Existe también semejanza entre estos conflictos y la invasión de Rusia por los alemanes en 1941-1943. Durante dos inviernos la frontera entre las dos partes estuvo situada principalmente en los pueblos en que había una guarnición de uno de los dos bandos. Fuera del pueblo la frontera era totalmente «abierta» y no existía seguridad alguna para los que se encontraban «detrás de las líneas» por la simple razón de que no había «líneas». Tal fue la situación en los Países Bajos durante los primeros treinta años de las guerras de los Países Bajos. <<

[17] Este punto de vista se aprecia también en 1756, cf P Paret, «Colonial experience and European military reform at the end of the eighteenth century», BIHR, XXXVII (1964), pp 47-59, quien cita a un oficial ingles de las guerras en la India (p 47), según el cual, los soldados «require no Exercise but to be perfectly acquainted with the use of their Arms, that is to load quick and hit the Mark, and for Military Discipline but this one rule if they are attacked (by enemies) […] to rush to all parts from where their fire comes». Ni el propio duque de Alba lo hubiera expresado mejor. <<

[18] AGS E571/57 «Del duque de Alva sobre lo de Flandes» (sept de 1577). <<

[19] El término «escuadrón» aparece muy frecuentemente en todos los escritores militares españoles. Su uso llego a pasar al ejercito holandés, cf J W Wrin, *Het Krijgswezen in den tijd van*

prins Maunts (Utrecht, 1934), p 424. <<

[20] P Giustinmno, Delle Guerre di Fiandra, libri VI (Amberes, 1609), pp 228-229 y figs 14 y 25, en que da una descripción completa, gráfica y verbal. Cf también ARA *Staten-Generaal*, 4748, donde puede consultarse la correspondencia relativa a la construcción de *redoubten* lo más rápidamente posible (y al menor precio). <<

[21] La idea de una «Barrera de Grandes Ríos», a la que dieron amplia difusión las obras del último Pieter Geyl, no cuadra totalmente con los hechos Dejando aparte su compleja inexactitud para el período anterior a 1585 en que no había ninguna frontera próxima a los ríos, la facilidad con que Spínola y otros generales cruzaron el Rin y el Mosa parece contradecir la afirmación de Geyl de que los ríos representaban de por sí un obstáculo militar insuperable para el general más decidido (cf Charles Wilson, *Queen Elizabeth and the Revolt of the Netherlands* [Londres, 1970], pp 7-12). La importancia verdadera de los ríos fue de orden comercial cuando los españoles avanzaban hacia el Rin acababan con el comercio ribereño, del que dependían los holandeses. Cf más adelante, para las técnicas empleadas para transportar un ejército a través de un río en el siglo XVI. <<

[22] BNP *Lorraine Ms* 524/240-1, Gherard Gitinzing al marqués de Varembon, 28 de abril de 1589. <<

[23] Existe una lista de las contribuciones que pagaron los pueblos holandeses a los archiduques a cambio de su protección y los pueblos de los archiduques a los holandeses en 1608 en Wijn, *Krijgswezen*, pp 524-525 Cf más listas en ARA *Staten van Holland*, 2591 y 2592. Las contribuciones de los pueblos «belgas» a los franceses se calculaban para 1659 en unos dos millones de florines (AGRB SEG 266/92, Caracena al rey, 17 marzo 1660). Una ventaja de comprar cartas de protección era

que servían para aumentar la población del pueblo. La posibilidad de establecerse en un pueblo protegido atraía a los campesinos en busca de seguridad; las cartas de protección constituían la única garantía de que podrían recoger sus cosechas y vender sus ganados, la única seguridad de que sus propiedades no serían quemadas. <<

[24] El marques de Aytona, embajador español en Bruselas, citado por L P Gachard, *Les Bibliotheques de Madrid et de l'Escurial Notices et extraits des Manuscrits qui concernent l'Histoire de Belgique* (Bruselas, 1875), p 487. <<

[25] J W Wijn en *New Cambridge Modern History*, IV (Cambridge, 1970), pp 222-223. <<

[26] AGS E2322, sin foliar, el conde Henry van den Berg al rey, 4 de jun de 1629. <<

[27] BRB Ms 16l47-48/86v-88, el marqués de Aytona a Olivares, 17 de jun de 1631. <<

[28] Sin embargo, el cambio se debió más a presiones exteriores que a propia convicción era preciso formar regimientos de caballería ligera, ya «que oy usan los enemigos, reputándolos por de mayor útil» (AGRB MD 3842/33-4, copia de una orden del capitán general, 1 de agosto de 1642). <<

[29] M. Roberts, «Gustav Adolf and the Art of War», en *Essays in Swedish History* (Londres, 1967), p 60. Véase también G. Parker, *La revolución militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente, 1500-1800* (Barcelona, 1990). <<

[30] Las reformas de Mauricio y las paralelas, pero más profundas, realizadas por Gustavo Adolfo de Suecia han sido magistralmente tratadas por el profesor Roberts en sus ensayos «The Military Revolution» y en «Gustav Adolf and the Art of War», en Roberts, Ibíd. <<

[31] *Rikskanslaren Axel Oxenstiernas skrifter och Brevväxling*, VIII, pp. 306-307 y 682-685, memorial de Oxenstierna al Riksrad

de Estocolmo. (Como no leo sueco, agradezco a la señora Sissel Collis su ayuda para utilizar el *Brevväxling*). La situación del ejército sueco en Alemania después de 1632 se asemejaba la del Ejército de Flandes entre 1573-1576 en muchos aspectos: los dos ejércitos, victoriosos en grandes batallas, se amotinaron exigiendo el pago de sus haberes atrasados, con lo que se enajenaron la voluntad de muchos neutrales o de quienes anteriormente les habían prestado su apoyo; cuando más adelante se trato de llegar a un acuerdo de paz (1576-1577 en los Países Bajos, 1644-1648 en Alemania) se presupuso la necesidad de pagar a los veteranos lo que se les adeudaba, lo cual constituyó un serio obstáculo para el arreglo. Los gobiernos que controlaban los ejércitos se encontraron ante el clásico dilema del imperialismo: les era imposible conseguir una paz victoriosa, y por otra parte estaban demasiado comprometidos con su causa para aceptar sin más las pérdidas y retirarse. <<

[32] AA 165/44, «Tanteo del gasto ordinario para el entretenimiento destos estados de Flandes». <<

[33] Cf. el epigrama del mariscal de Saxe en 1748: «Un alemán en el ejército nos sirve como tres soldados: ahorra a Francia un soldado, nos resta un enemigo y nos sirve como uno». (Citado por A. Corvisier, *L'Armée française de la fin du XVIIe siécle au ministére de Chotseul*, I, París, 1964, p. 260). <<

[34] G. N. Clark, *War and Society in the Seventeenth Century* (Cambridge, 1958), p. 61. Un «mapa del potencial humano» del Ejército de Flandes puede verse en figura 4. <<

[35] Señor de Fourquevaux, *Instructions sur le Faict de la Guerre (1548)*, ed. G. Dickinson (Londres, 1954), f. 6. <<

[36] La mayor parte de los casos de soldados que servían en una «nación» que no les correspondía se dio en las unidades españolas, porque eran las mejor pagadas. En 1613, por

ejemplo, se descubrió que el siete por ciento de la infantería española (369 hombres) y el veintiséis por ciento de la caballería ligera española (458 hombres) no eran españoles, sino valones. El Consejo de Estado ordenó desde Madrid que fueran licenciados en el acto. (AGS E 2027, sin foliar, consulta del Consejo de Estado, 17 de enero de 1613). <<

[37] Tomado del AGS E 1258/95, ordenanza militar del gobernador español de Lombardía, 1 de jun de 1583. El alto mando apelaba frecuentemente a esta doble obligación como vasallos y como soldados en tiempo de crisis. <<

[38] AGS E8/132, el Licenciado Vargas a Carlos V, 9 de sept de 1521, IV de DJ 46/50, don Luis de Requesens al Cardenal Espinosa, copia, 5 de febr de 1570. El duque de Alba, cuyo desprecio por sus hombres no tenía límites, lamentaba esta circunstancia, «siendo (los españoles) nación que tanto tarda en hazerse platica, en special sin guerra». (KB's Gravenhage, Hs 78 t. 9, f. 17v-23v, Memorial de 1560). <<

[39] AGS E 609/88 Instrucción del Archiduque Ernesto a don Diego Pimentel, enviado al rey, 30 de enero de 1595, BRB Ms I6l49/53v-4v, el Marques de Aytona al rey, 2 de abr de 1631, copia. <<

[40] BRB Ms. 16149/41v-45, Aytona al rey, 19 de dic. de 1630. <<

[41] AGRB SEG 204/167, Felipe IV a la Infanta Isabel, 2 de nov de 1631, la primera petición. Para detalles sobre algunos traslados posteriores de valones y alemanes a España, cf AHN E libros 963, 966 y 973, la correspondencia de Olivares y Haro con don Miguel de Salamanca, ministro en los Países Bajos responsable de las levas, 1638-1649. <<

[42] C. Douais, *Dépèches de Monsieur* de Fourquevaux, I (París, 1896), pp. 237-239, Fourquevaux a Carlos IX, 17 de Julio de 1567. El incidente de 1547 lo cita de una carta contemporánea

E. S. Arnoldsson, *La leyenda Negra* (Gotteborg, 1960), p. 196 (= nota 4 al capítulo 4). <<

[43] AGSE 571/113, Felipe II a Don Juan de Austria, 11 de sept de 1577. <<

[44] Una muestra escogida al azar de las alabanzas que se hacían a la infantería española (y ejemplos parecidos podrían multiplicarse casi indefinidamente), puede verse en tres cartas escritas por el archiduque Alberto al rey en 1596: AGS E 611/61-3, 1 de mayo de 1596 («Infantería española que es la essencia y nervio principal de esta guerra»), ibíd., f 96, 9 de Junio de 1596 («El nervio principal destas fuerzas es la infantería española»), y f 171, 4 de oct de 1596 («La infantería española, que es el nervio principal del ejército») Cf también la opinión inequívoca y profética del Consejo de Estado español «La experiencia ha mostrado que la gente española es el nervio principal del exercito y sin la qual ninguna buena faction se ha hecho por lo pasado ni se hará en lo venidero» (AHE III, p 229, consulta de 28 de sept de 1602). <<

[45] AGS E584/28, Parma al rey, 8 de febr. de 1581. <<

[46] La «Instrucción» de Carlos V a su hijo Felipe en enero de 1548 fue explícita y categórica con respecto a la importancia de las guarniciones españolas en Italia. «Aunque os sea necessario mirar en ahorrar quanto pudieredes, según quedareis adeudado y vuestros estados alcançados, no por esto se podra escusar de tener siempre alguna gente Española en Italia… porque sera el verdadero freno para ynpedir unnovamiento de guerra y que no se hagan ynpressas para cobrar tierras». (C. Weiss, *Papieri d'Etat du Cardinal de Granvelle*, III París, 1842, p. 290). Sobre la afición de los soldados a la buena vida en Italia, y particularmente en Nápoles, cf. más adelante. <<

[47] Roger Williams, *A Briefe Ducourse of Warre* (Londres, 1590), p 12. <<

[48] A M Besançon, *Ms Chifflet* 6316v, parte de las Ordenanzas Militares de 28 de jun de 1632. El propio duque de Alba inicia el sistema. En 1567 se llevo consigo a los Países Bajos 8652 infantes españoles, la mayoría de los cuales procedían de las guarniciones españolas en Italia, y trajo consigo de España 7614 reclutas españoles, cuya mayor parte ocuparon las plazas vacantes dejadas por los veteranos. <<

[49] Epistolario, III, pp 289-291, Alba al rey, 12 de febr de 1573 (N B que la versión impresa, igual que la carta original descifrada —AGS E 556/75— dan «1548», lo cual es claramente un error, originado probablemente al descifrar el original, debería ser 1568), Epistolario, III, pp 294 297, Alba al rey, 24 de febr de 1573. <<

[50] AGRB Audience 1690/1691 cómputo de 16 de abril de 1568 «L'intention du duc [de Alba] semble estre que l'on leve de nouveau aultant de gens, que portant les vieulx ordinaires que sont de 3200 testes, comme dict est, pour au besoing tirer les vieulx et laisser en leurs lieux les nouveaulx». <<

[51] AGS E604/124, Fuentes al rey, 6 de jul de 1593. <<

[52] Cf AGS GA 80/145, consulta al Consejo de Guerra, 28 de febr de 1575 «En estos reynos nunca se suele hazer gente sin noticia del Consejo de Guerra y por aquél». En los Países Bajos existía una división del trabajo de acuerdo con las diferencias lingüísticas. Los soldados de lengua francesa y flamenca recibían sus ordenes del *audiencier* (Primer Secretario de Estado), los alemanes del Secretario de Estado alemán, los españoles e italianos del Secretario español (secretario de estado y guerra). Esto no implicaba ninguna división de poderes. <<

[53] Para dos regimientos de infantería alemana reclutados en 1575 para servir con Don Juan de Austria «Su Majestad proveerá las banderas a su costa […] que serán en amarillo, azul y blanco, que son los colores de Don Juan» (AGS E 1068/42,

Orden del duque de Sessa, 3 de marzo de 1575). Las banderas del Ejército de Flandes solían tener todas el color rojo —el color de España— y frecuentemente una cruz roja, enseña de Borgoña. Cf los colores ilustrados en el bello volumen de miniaturas, BRB Ms 15.662, «Costumes des troupes pendant la Revolution belgique… 1580-1620», por Willem de Gortter, poeta de Malinas. <<

[54] Cf las observaciones y pruebas documentales en Thompson, *Guerra y decadencia*, Barcelona, 1981. Para la geografía de los reclutamientos ingleses en la misma época, cf. C G Cruickshank, *Elizabetbs Army* (2 a ed, Oxford, 1966), pp 63 y 290-291. <<

[55] Todavía en 1647, por lo menos en Castilla, el gobierno trataba de proteger a los hombres casados de los capitanes reclutadores. Debía procurarse que los reclutas «no sean cassados ni hijos solos que hagan falta a sus padres ni a los lugares» (AGS GA 1616, sin foliar, consulta del Consejo de Guerra, 2 de oct. de 1647). <<

[56] «Como V Mgd save, en España en veinte días después que el capitán llega al partido y con él el pagador, saca su jente, y si mas se detiene, destruye la tierra y se deshaze y no va la mitad». (AGS GA 80/286, consulta del Consejo de Guerra, 11 de dic de 1575). <<

[57] AM Besançon, Ms Granvelle 58/134-136, «Liste des pensionnaries allemans de Sa Majesté Catholique» (c 1564). Casi todos los pensionados eran empresarios militares y el total fue 51 345 florines. <<

[58] G Groën Van Prinsterer, *Archives ou Correspondance inedite de la Maison d'Orange-Nassau, 1ere serie* (Leiden, 1836), III, p 492. <<

[59] Cervantes, *Don Quijote*, II xxiv. Debo admitir que no he encontrado pruebas que demuestren sin lugar a dudas que los

soldados de los ejércitos españoles se reclutaban en las ciudades con preferencia al campo. Es cierto que en las pocas listas de revistas que se conservan la mayoría de los hombres consignaban la ciudad como «lugar de nacimiento», pero ¿fue este solamente su lugar de alistamiento? ¿No fue el nombre de la ciudad más próxima? Los registros de la ciudad de Valladolid (Archivo Municipal, *Libros de Actas* 10-11) sugieren que el capitán, al menos en España, se afincaba en la ciudad, aunque se le permitía reclutar en los pueblos dependientes de la jurisdicción de la ciudad. Los registros de los pagadores que acompañaban a los capitanes reclutadores (AGS CMC la/1175-1180 y 1270-1277) confirman esta opinión. Para la interpretación de esta prueba indirecta me sirvieron de gran ayuda los comentarios de mis colegas el Dr A A Thompson y el Dr Michael Weisser, a los que expreso mi mayor agradecimiento Véase también Thompson, *Guerra*, cap 4. <<

[60] Epistolario, I, pp 525-527 (num 500), Alba al rey, 27 de abril de 1567, AGRB CPE 1457/81-99, *Memorial de Roose* de 28 de enero de 1640. <<

[61] AGRB ÓEG 7-87, los registros de las órdenes dadas por los generales del Ejército de Flandes detallan las concesiones y cédulas otorgadas a las tropas inglesas entre otras. En febrero de 1595, «Guido Faulkes, ingles», fue recompensado con una ventaja (bonificación) de 6 escudos mensuales mientras presto servicio en la infantería irlandesa (SEG 15/268) y el 16 de febrero de 1603 «el alférez Guido Faulkes, inglés», en la infantería inglesa entonces, recibió permiso para ir a España (SEG 21/129).El complot ingles de la pólvora de 1605 implicó naturalmente a un número de otros veteranos anglo-irlandeses que militaban en el Ejército de Flandes. <<

[62] La composición del Ejército de Hungría es descrita por A Randa, «*Pro República Christiana» die Walachei im «langen»*

lurkenkueg der katbohschen Universalmachte (1590-1606) (Monachu, 1964). Para las dos quejas sobre la carencia de España de reclutas alemanes a causa de la guerra en Hungría, cf AGS E607/39, el archiduque Ernesto al rey, 21 de jun de 1594, y BNM Ais 904/173, «Recuerdo» de Ramón Ezguerre al rey, 28 de nov de 1596. Otro tanto había ocurrido durante la fase previa de la guerra en Hungría, en 1564-1568 España no podía reclutar suficientes alemanes (para la guerra en el Mediterráneo). <<

[63] B. de Vigenére, *L'art militaire d'Onosender* (Paris, 1605), f 170 v. <<

[64] AGS GA 80/286, consulta del Consejo de Guerra, 11 de dic de 1575. Este es un interesante ejemplo de las formidables técnicas de argumentación de Alba. El duque aseguro, sin que nadie le contradijera, que «en termino de nueve años casi 53000 hombres» habían salido de España, sin contar los enviados a las Indias. Sin embargo, un cálculo detallado hecho para uso particular de Alba, y posiblemente para esta precisa reunión del Consejo, mostraba que entre 1567 y 1574 solo se habían enviado al extranjero 42875 hombres (a Italia y a los Países Bajos). Era una sangría importante de hombres, pero no ciertamente de las alarmantes proporciones que declaraba el duque (AA 166/2, «Relación de la infantería que desde el año de 67 se ha mandado hazer en estos reynos y se a embarcado y ydo a Italia y Flandes»). <<

[65] Cf las citas en Thompson, *Guerra* cap 4. <<

[66] B Bennassar, *Recherches sur les grandes épidemies dans le Nord de l'Espagne a la fin du XVIe siecle* (París, 1969), pássim. <<

[67] AGS E 3336/138, el gobernador de Milán al rey, 12 de abr de 1631 «Este estado […] la peste […] ha dejado tan disminuido de gente que no se podran hazer recrutas», para España, cf las lúgubres perspectivas del Consejo de Guerra, que

tenía que organizar el reclutamiento, AGS GA 1034, sin foliar, papel del marques de Castrofuerte, 10 de marzo de 1631 («está el Reyno muy apurado y falto de gente»), GA 1076, sin foliar, el duque de Béjar al rey, 27 de nov de 1633 («la gran falta que ay de gente en estos reynos») y muchísimos otros. Para mas observaciones generales cf J Nadal, *La población española, siglos XVI a XX* (Barcelona, 1966), pp 53-61. <<

[68] Por ejemplo, AGRB SEG 57/IV, orden de 16 de marzo de 1659 para reclutar soldados «alemanes» en Limburgo, Luxemburgo y Gelderland «donde se habla alemán». En el siglo XVI en que abundaron los reclutas verdaderamente alemanes, los soldados de estas provincias eran clasificados como «alemanes inferiores» y se les pagaba como a los valones. <<

[69] AHN E libro 964/4-8v, Don Miguel de Salamanca a Pedro Coloma, secretario de estado en Madrid, 11 de mayo de 1647. <<

[70] Cf la interesante historia de la leva holandesa de Mexia contada por un recluta calvinista de Deventer, posteriormente fue enviado a España donde se convirtió al catolicismo, AHN *Inquisición libro* 994/172v-7v. (Debo este documento a la amabilidad de M Maurice Van Durme por lo que le manifiesto mi reconocimiento). La leva holandesa fue propuesta inmediatamente después de firmada la Paz de Munster, pero la pobreza de Mexia («no tiene mas que la capa al ombro», reconocía un ministro español), retrasó el consentimiento de los Estados Generales AHN E *libro* 973, sin foliar, Alonso Martínez a don Miguel de Salamanca, 23 de jul de 1648. <<

[71] Informe de los contratos de reclutamiento registrado en AGRB SEG 40/67v, 95 y 46rk btslA7 y 109. Se ha calculado que trabajaban en Alemania sólo unos 300 empresarios militares entre 1631 y 1634; cf. la relación que da F. Redlich,

The German Military Interpruer and his Workforce (Wiesbaden, 1964), I, p 171. Hasta el pago de la *prime* (la *Laufgeld*) de alistamiento resultaba un problema para el Ejército de Flandes en sus últimos días, debido a su aumento. En 1647 el gobierno estimó prudente firmar una póliza de seguro para garantizar el pago de la *Laufgeld* en la fecha convenida con los asentistas que suponía nada menos que el nueve por ciento… (AHN *E libro* 964/2-3v Don Miguel de Salamanca a Pedro Coloma, 20 de jun. de 1647). <<

[72] AE Ginebra PH 2651, sin foliar, Isaac Wake al Consejo de Ginebra, 4 de jul de 1620, AGS E 1924/120 (revista del 20 de jul —3399 hombres—) y E 2309/335-6 (revista del 20 de agost —2333 hombres—). <<

[73] Existe una relación de un testigo presencial del hecho, «hum día de mayores lastimas e lagrimas que se vio en Espanha ha muytos annos», escribió refiriéndose a lo ocurrido en La Coruña al eminente portugués don Francisco Manuel de Meló, *Epanaphoras de Varia Historia Portuguesa*, ed E Prestage (Coimbra, 1931), pp. 308-309; el incidente de Madrid es citado por J. Deleito y Piñueña, *El declinar de la Monarquía española* (2 a ed, Madrid, 1947), p 197. <<

[74] AGS GA 1616, sin foliar, consulta del Consejo de Guerra, 2 de oct de 1647. Antes de condenar sin más estos procedimientos, debería tenerse en cuenta que en la Segunda Guerra Mundial, una, por lo menos, de las grandes potencias (la Rusia soviética) recluto batallones de condenados por delitos políticos. Los hombres que sirvieron en estas «unidades suicidas» consiguieron después el perdón (en los casos en que lograron sobrevivir). Para una lista de reclutamientos idénticos en el ejército ingles, cf Cruickshank, *Elizabeth's Army*, cap 2, y R E Scouller, *The Armies of Queen Anne* (Oxford, 1966), cap 3. <<

[75] El tercio bandolero catalán, reclutado por don Luis de Queralt, fue conocido en los Países Bajos como el *tercio del papagayo* porque, según los soldados castellanos, cuando los catalanes intentaban hablar en castellano lo hacían de tal forma que solo se los podía comparar al chillido de los papagayos (Véase Alonso Vázquez, *Los Sucesos de Flandes y Francia*, Co Do In LXXIII, pp 320-322 para una divertida relación de estos soldados). Es de notar que la corona reclutó pocas tropas en Cataluña, la presencia de numerosos inmigrantes gascones y franceses hizo que los soldados catalanes resultaran peligrosos para la seguridad (igual ocurría con respecto a las tropas valencianas a causa de la densa población morisca existente en aquella provincia, se las considero como sospechosas). Cf las numerosas citas traídas por Braudel en *La Mediterranee*, I, pp 381-382 y Thompson, *Guerra*, pp 115 y ss del original ingles. <<

[76] AGS GA 1615, sin foliar, consulta del Consejo de Guerra, 15 de enero de 1646, GA 1616, sin foliar, don Diego Zapata al Consejo de Guerra, 3 de febr de 1646. <<

[77] A de Vos, «De strijdtegen de vrijbuiters binnen de kasselrij van de Oudburg (1584-1609)», Handelingen der Maatschappij voor Geschiedenis en Oudhetdkunde te Gent, XI (1957), pp. 131-175. <<

[78] AGRB *Audience* 2780, sin foliar, minuta de una cédula a Antoine de la Coquelle, gobernador de Hesdin, 30 de abril de 1597 Verreycken. «*Monsieur*, íl sera besoing scavoir si ees gens auront gaiges et sur quel pied, aussi qui les payera, dont íl vous plaira m'esclaircir», Moriensart «Ces gens serviront sans gages, mais il conviendra narrer par la patente que se sera aux gages ordinaires et accoustumez». <<

[79] Cálculos de la década de 1590 en el legajo AGRB *Audience* 1639. <<

[80] G Pedroncini, *Les mutineries de 1917* (París, 1967), cap IV y conclusión. <<

[81] Las armaduras que vestían los príncipes del siglo XVI eran a menudo obras de arte por derecho propio, existen muchos y esplendidos ejemplos en las armerías importantes de Europa —Turín, Madrid, Bruselas, Londres, etc— Para el equipo de diario de los ejércitos, cf J de Gheyn, *Mantement d'armes, d'arquebuzes, mousquets et piques en conformité de l'ordonnance du prince Maurice de Nassau, represente par figures* (Amsterdam, 1608, y muchas ediciones posteriores). <<

[82] Sobre el ocaso del poderío militar de los Habsburgo, cf N Stone «Army and Society in the Habsburg Monarchy, 1900-1914», *Past and Present*, XXXIII (1966), pp 95-111. <<

[83] Véanse también los estudios recientes de J J Ruiz Ibáñez, *Las dos caras de Jano. Monarquía, ciudad e individuo, Murcia, 1588-1648* (Murcia, 1995). <<

[84] Sobre todos los aspectos de las tropas irlandesas que prestaban servicio en el Ejército de Flandes cf el repertorio de fuentes preparado por B Jennings, *Wild Geese in Spanish Flanders, 1582-1700* (Dublín, 1964). <<

[85] Para un ejemplo de estos peligros, cf el contrato del Ejercito de Flandes con el conde de Antrim para reclutar un regimiento irlandés, en el que se estipulaba sobre la posibilidad de que «los capitanes de los navíos fueren obligados por fuerza de los soldados a tomar algún puerto enemigo» (AGRB SEG 45/116-7). Sobre la carrera del conde (y después marques), véase J H Ohlmeyer, *Civil war and restoration in the three kingdoms. The career of Randal McDonnell, marquis of Antrim, 1609-1683.* (Cambridge, 1993). <<

[86] *Epistolario*, II, pp. 48-49, Alba al emperador (?), 15 de abril de 1568; ibíd., III, pp. 163-167, Alba al rey, 18 de jul. de 1572, IV de DJ 67/197, Requesens a Zuñiga, 15 de nov de

1573, AGS E 557/166, Hannibal von Hohenems («Altaemps» a los españoles) a Requesens, 6 de mayo de 1574. <<

[87] Sobre la política exterior del Palatinado, cf. B Vogler, «Le role des Electeurs palatins dans les Guerres de Religión en France, 1559-1592», *Cahiers d'Histoire*, X (1965), pp 51-85, y el útil folleto de C. P. Clasen, *The Palatinate in European History, 1555-1618* (Oxford, 1966), especialmente pp 5-19. <<

[88] Para la organización de la expedición de 1631, cf BNP *Lorraine* Ms 598/132-157v. <<

[89] AGRB SEG 188/65, Felipe IV a la infanta Isabel, 28 de jul de 1622 «Aunque es bien conservarlo todo, me ha parecido poner en consideración a V A que las cosas de la Alsacia […] de por si y en orden a los estados de Borgoña y Italya, son de mas momento y ymportancia que las del Palatinato inferior». <<

[90] El tratado original, fechado el 29 de julio de 1617, firmado por Fernando y bellamente encuadernado en terciopelo rojo, está en AGS *Patronato Real* 56/54. El archiduque cedía Alsacia, Finale Liguria y Piombino a España, reconocía la preferencia de un heredero varón de Felipe III sobre cualquier heredero suyo femenino y prometía a España ayuda en Lombardía siempre que le fuera solicitada. Fernando renovaba su promesa el 20 de octubre de 1631, pero tampoco tuvo efecto. <<

[91] AGRB SEG 204/333, la infanta Isabel al rey, 16 de abril de 1632. <<

[92] AHN E *libro* 973, sin foliar, don Francisco Semple a don Miguel de Salamanca, 7 de sept de 1642. <<

[93] Se puede encontrar información sobre este punto en el *North Sea Pilot* (1963 ed), IV pp 2-3 y en *The Channel Pilot* (1965 ed), II pp 411-416, publicados ambos por el Almirantazgo británico (HMSO). Hay también una carta del Almirantazgo y una descripción de Dunquerque y Calais y de las zonas marítimas próximas en el impecable estudio de C R

Boxer, *The Journal of Maarten Harpertszoon Tromp Anno 1639* (Cambridge, 1939). <<

[94] Conyers Read, «Queen Elizabeth's seizure of the dulce of Alva's Payships», *Journal of Modern History*, V (1933), pp 443-464. <<

[95] Sobre los Mendigos del Mar, cf los estudios de J C. A de Meij, *De watergeuzen en de Nederlanden 1568-1572* (Amsterdam, 1972), y B Dietz, «Privateennng in north-west European waters, 1568 to 1572» (Tesis Doctoral en la Universidad de Londres, 1959) y J C A de Meij, *De xaterguezen en de Nederlanden 1568-1572* (Amsterdam, 1972). <<

[96] Co Do In XXXV y XXXVI contienen mucha información sobre Medinaceli y su viaje, para la debacle de 1575, cf AGS E 564/139, «Relación de cartas de Juan Martínez de Recalde», 27 de nov y 2 de dic. de 1575, ibíd, f 141, «Relación de carta del comisario Juan López de Moscoso», 26 de nov de 1575, AGS GA 80/96-9. Informes al rey desde Santander relativos a la flota, dic de 1575. <<

[97] Cf este título en el mapa de Sully de 1606. El nombre es todavía corriente en el Val de Chezery y en algunas partes de Lorena. <<

[98] El «Camino Español» fue cuidadosamente descrito por el embajador genovés en España ya en noviembre de 1565 AS Génova, *Archivio Segreto* 2412a (*Spagna* 3a), Tommaso Sauli al «Dux» y al Consejo de Génova, 6 de nov de 1565. Felipe II recibió informes detallados sobre la ruta, enviados por el duque de Saboya y por su propio agente en Saboya, don Juan de Acuña Vela, en diciembre de 1566: AGS E 1208/52 y 53. El rey no renuncio completamente a la esperanza de pasar por los cantones suizos y por el imperio hasta que el emperador le escribió una vigorosa carta disuadiéndole, fechada el 7 de marzo de 1567 (impresa por E Poullet, BCRH, 4e *serie*, V (1877), pp

351-363). Cf. AGS E524/4, Granvela al rey, 10 de marzo de 1563. <<

[99] AGS E2\69/27, el gobernador de Lombardia (Terranova) al rey, 19 de enero de 1591. <<

[100] Existen copias de todos los tratados de neutralidad relativos a Borgoña en el manuscrito BRB Ms II 1452, «Traites de paix, 1549-1666». <<

[101] Pueden encontrarse copias de estos mal conocidos tratados de 1547, 1557 y 1596 en AD Meurthe 3 F438, ff 92-109 y 3 F439, ff 310-337. <<

[102] Tomo estos tres ejemplos de AS Génova, *Archivio Segreto* 2747 (*Spagna* I) f 25v (registro de las entrevistas entre el «Dux» y el Consejo de Génova y el embajador español), 3 de agost de 1622, AGS E 574/144 y 579/57, el conde Mansfelt, jefe de la expedición española, al rey, 24 de mayo y 9 de jun de 1577, y AGRB *audience* 1743/3 sin foliar, el gobernador de Toul a don Juan, 6 de nov de 1577. <<

[103] AE Ginebra, RC 62/32v, 36 y 38. La primera noticia de que España intentaba enviar un ejercito de españoles por el Camino Español llego a la ciudad el 1 de noviembre de 1566 (RC 6l/105v). Sobre las consecuencias de orden fiscal de la marcha de Alba, cf E W Monter, «Le change public á Genéve, 1568-1581», en *Mélanges …Antony Babel*, I (Ginebra, 1967), pp 265-290. Efectivamente, fueron gastados 124.083 florines en preparativos para impedir la llegada de Alba, pero el resto del empréstito fue utilizado como capital para mantener una casa de contratación pública en la ciudad. <<

[104] AE Ginebra, RC72/74v, deliberación del Consejo de la Ciudad, 24 de mayo de 1577. No menos de dieciséis informes distintos, y a veces contradictorios, recibió la República, haciendo referencia a las intenciones de la expedición española de 1577. Y relativos a la marcha de 1584 hubo diez (cf. RC

79). Los informes de Isaac Wake de 1620 están en AE Ginebra, PH 2651. <<

[105] AGS E 1261/90 y 105, el rey a Terranova, gobernador de Milán, 22 de agost y 12 de sept. de 1586. Seis mil hombres, españoles o italianos, habían de apoyar los laudables esfuerzos del duque de Saboya contra Ginebra «por la causa de Religión y de cobrar su patrimonio». Para otros ejemplos de ayuda española, cf. AGS E 1255148 y 1256/ 103 (para la «empresa» de Saboya de 1582) y E 1263/3 (ataque por sorpresa en enero de 1588). <<

[106] Todos los pasos dados por Besançon para protegerse contra un ataque por sorpresa en 1567 fueron anotados por L Febvre, *Philippe II et la Franche-Comté* (París, 1911), p. 523, n. 6. Para la decisión de 1577 cf AM Besançon, BB 36/205, Deliberación de los magistrados de 18 de mayo de 1577. <<

[107] AGS EK1508/7, 18, 27 y 31, don Francés de Álava (embajador español en Francia) al rey, 7 y 25 de mayo, 30 de jun. y 5 de jul. de 1567; ibíd., f. 24, don Antonio de Mendoza (enviado español a Lorena) al rey, 24 de jun. de 1567. <<

[108] E. Poullet, *Correspondance… de Granvelle*, II, pp. 167-177, Granvela al rey, 23 de dic. de 1566. Efectivamente había un pánico considerable en Ginebra y en sus alrededores en 1566-1567 sobre las actividades de ciertos «engraisseurs de peste». Finalmente, fueron acusadas varias personas, convictas y condenadas a morir en la hoguera, por haber intentado propagar la peste con «ungüentos» y otras mezclas. En Ginebra fueron quemadas en esta circunstancia trece personas, lo que sugiere que la ciudad misma no estuvo envuelta en ninguna forma de guerra biológica contra los españoles. Cf. E. W. Monter, «Wirchcraft in Geneva, 1537-1662», *Journal of Modern History*, XLIII (1971), pp. 179-204. <<

[109] AGS E 1219/163, el duque Manuel Filiberto de Saboya al

rey, 30 de nov. de 1566, hológrafo. <<

[110] Van Prinsterer, *Archives*, IV, p 278, el Conde Luis de Nassau a Guillermo de Orange (carta sin fecha: diciembre, 1573); AGRB *Audience* 1706/2, sin foliar, varios papeles de 1578 sobre la llamada de la *arrière-ban* en el Condado contra la invasión con que amenazaba Francia; AM Besançon BB 38/199v, 24 de agost. de 1582, informe recibido de los cantones suizos en que se dice que «Le capitaine Beaujeu avoit offert son service á Monsr. d'Alençon et aux Estatz des Pays-Bas pour empescher les passaiges des gens du Roy Catholique en Bourgogne». <<

[111] AM Besançon, *Ms. Granvelle* 24/247-8v, Lannoy al cardenal Granvela, 19 de abril de 1567. <<

[112] El discurso está impreso en S. Goulart, *Mémoires de la Ligue* (3a ed., Amsterdam, 1758), I, pp. 596-601. <<

[113] AGRB *Audience* 204/124, el conde de Mansfelt al rey, 22 de dic de 1592 Las tropas españolas fueron enviadas a Lorena para mantener abierto el Camino (ibíd, ff 153-7). <<

[114] Para la cuestión de Saluzzo, cf J L Cano de Gardoqui, *La cuestión de Saluzzo en las comunicaciones del imperio español 1588-1601* (Valladolid, 1962). La preferencia de los españoles por la ruta vía Lausana consta en AGS E 1291/149, y la contra propuesta del representante ginebrino, Francois de Chapeaurouge, está en AE Ginebra, RC 96/209 (informe de Chapeaurouge al Consejo de la República, 22 de dic de 1601), puede verse un resumen en F de Crue, «Henri IV et les députés de Geneve» MDG, XXV (1901), pp 471-472. <<

[115] J E M Lajeune, «Correspondance entre Henri IV et Philippe de Béthune ambassadeur de France á Rome, 1602-1604» MDG, XXXVIII (1952), pp 189-475 carta de Bethune a Enrique IV, 19 de agost de 1602 en pp 270-271. Cf también AGS E 1291/177, don Mendo Rodríguez de Ledesma

(embajador español en Saboya) al rey, 5 de agosto de 1602. <<

[116] Existe una copia en borrador del tratado (27 de jul de 1593) en AGS E 1272/160, ibíd f 134 el gobernador de Milán dijo al embajador español en Roma, 2 de jul de 1593 que el tratado había sido firmado principalmente para facilitar el paso de las tropas españolas a Lombardia; Cf también E 1221/198 y 274 sobre las negociaciones de don Sancho de Londoño (el del famoso «Discurso») con los grisones en 1564-5 y E 1258/55-6, el Tratado de España con los grisones firmado en sept de 1583, pero rechazado por los señores de los grisones en jumo de 1584 (E \259I45). <<

[117] Véase J L Hanselmann, *L'alliance Hispano-Suisse de 1587* (Bellinzona, 1971). Se pagaron a los cantones el 27 de junio un subsidio de 66500 escudos (unos 166000 florines) (E 1263/37). Sobre las discusiones de 1584 cf BRB Ms, 9471-2/374-5, Granvela al rey, 28 de oct de 1584. <<

[118] AGS E 1293/25, Fuentes al rey, 5 de mayo de 1604 (Mucho comercio por tierra entre Italia y los Países Bajos había pasado anteriormente por el Camino Español). <<

[119] BNM Ms, 18 718, n 81, «Liga renovelada entre la magestad del Rey de España y los cantones católicos squizgaros» 20 de jun de 1634. Fue firmado en Milán por el cardenal-infante, cf. la cláusula 6. <<

[120] AGS E 1926/128, Relación de las tropas de Felipe IV en Alsacia y los Grisones enero 1622. Cf también el interesante estudio de A Giussani, *Il forte di Fuentes Episodi e documenti di una lotta secolare per el dominio della Valtellina* (Como, 1905). <<

[121] AGRB SEG 2289, sin foliar, el marqués de Aytona al cardenal-infante, 3 de jun de 1634. En SEG 34 se da el itinerario exacto de la expedición de 1634, y en él se encuentra el libro de pedidos del cardenal-infante durante la marcha. <<

[122] P.-F. Geisendorf, «Le Traite de Lyon et le pont de Grésin, ou d'une cause parfois méconnue des troubles des Grisons au 17e siécle», MDG, XL (1961), pp 279-286. <<

[123] AGS CJH 522 sin foliar, «Relación del estado que tiene las cosas de S M en Esquizgaros», por Alfonso Casati, 3 de abril de 1613 (Este documento llegó a mi conocimiento gracias a la amabilidad del Dr P L Williams, del Portsmouth Politechnic). <<

[124] G. Livet, *L'Intendance d'Alsace sous Louis XIV, 1648-1715* (París, 1956), p 26. <<

[125] AGRB SEG207/293-4v, la infanta Isabel al rey, 24 de oct, de 1633. <<

[126] AGRB SEG 369/292-5, Informes del jefe de los reclutas españoles, don Simón Mascarenhas, al cardenal-infante (desde Inglaterra), en los que se hace una dura crítica de Benjamín Wright («Ruit» para los españoles) Wright, por su parte, aseguraba haber gastado 100000 libras (un millón aproximadamente de florines) en el transporte de españoles a los Países Bajos entre 1630 y 1644. En 1655 Felipe IV no había pagado nada aún (BNM Ms 9405/116, memorial de Benjamín «Ruit», de 23 de febr de 1655). El duelo entre Oquendo y Tromp es magníficamente narrado por Boxer, *Journal of Tromp*. El rey de España declaro que la flota llevaría 14000 españoles, 9000 de los cuales con destino al Ejército de Flandes (BM *Addl. Ms* 14 007/71-5v, Felipe IV al cardenal-infante, 30 de agosto de 1639, copia). <<

[127] AHN E libro 963 contiene un número de papeles de 1640-1641 sobre el alquiler de fragatas para transportar tropas entre España y los Países Bajos. La carta del f 76 es particularmente interesante por los muchos informes que ofrece. Cf también ibíd, libros 955, 964 y 973. El número de soldados que transportaba cada uno de los barcos lo dan varios

viajes de tropas alemanas a España en la década de 1640: una fragata de 70 toneladas aproximadamente transportaba alrededor de 100 soldados (sin contar la tripulación) y un navío de guerra de 500 toneladas transportaba unos 700 hombres. En general, el número de hombres transportados oscilaba entre uno y dos por tonelada que desplazaba el navío. Se acostumbraba a embarcar más tropas en invierno que en verano. <<

[128] Véase también los importantes estudios de R A Stradling, *The Armada of Flanders Spanish maritime policy and European war, 1568-1668* (Cambridge, 1992), sobre la ruta marítima, y de R. Bolzern, *Spanien, Mailand und die katholische Eidgenossenschaft, Militarische, wirtschafiliche und politische Beziehungen zur Zeit des Gesandten Alfonso Casati (1594-1621)* (Lucerna, 1982). <<

[129] Yves Renouard, *Etudes de Histoire médiévale*, II (París, 1968), pp 715-716. Sobre el carácter general de los caminos en el siglo XVI, cf las excelentes observaciones de G Livet, «La route royale et la civilizacion française, 1500-1750» *Les Routes de France* (Colloques «Cahiers de Civilization», París, 1959), pp 57-110. <<

[130] Cf la descripción de don Juan de Acuña Vela en dic de 1566, AGS E 1208/53 «Relación». La ventaja del Mt Cenis era que la nieve se quitaba en él un mes antes que en el Pequeño San Bernardo, por esta razón fue el itinerario preferido por las tropas españolas e italianas, que se precisaban con urgencia todas las primaveras en los Países Bajos. <<

[131] AGS E 1219/259 y 261, el rey al gobernador de Lombardía 27 y 30 de oct de 1566 para los preparativos para Alba, AC St Claude (Jura) BB 6/83 registra la llegada de ingenieros militares en 1601, precediendo a la primera expedición española por el Val de Chézery. Emplearon ocho días en preparar y reconstruir

los caminos desde Pont de Grésin a St. Claude. La nueva ruta, ilustrada parcialmente en la figura 8, es descrita en AGS E 1290/42, «Relación del paso de Flandes», por Juan de Urbino, 12 de mayo de 1601. Desgraciadamente se ha perdido el panorama que acompañaba a esta descripción. El panorama de la Valtelina está en AGS MPyD IX-53, la descripción escrita que iba unida a él, en E 1239/36. En AGS E 3335/114-16 se da noticia sobre las mejoras de 1620, Juan de Ayzaga al rey, 15 de nov. de 1620. <<

[132] Por ejemplo, AD Vosges, AC Rambervillers CC 34 (cuenta de la comuna para 1585): una carrera cargada de tablones fue transportada «devant l'estang d'Aunoye pour faire des pontz pour passer les espagnolz». *Ibíd.*, CC 28 (cuenta para 1578) anota la compra de fagotz para construir caminos para el paso de los españoles. En 1604, también en Lorena cerca de Dieuze, las tropas españolas fueron encaminadas «sur la chaussée de l'estang de la Gardie, puis sur la pontu de la chaussée de l'estang de Lindre» (BNP Lorraine Ms., 598/2-4, capitularon de 11 de sept. de 1604). <<

[133] Hay ilustraciones de estas herramientas en el excelente libro de texto de J. Besson, *Théàtre des Instruments mathématiques et méchaniques* (Lyon, 1578 —publicado por primera vez en 1569 —), laminas 22 y 23. La máquina usada por Pierre le Poivre para construir su famoso puente de sitio sobre el Escalda, debajo de Amberes, en 1584-1585 (los pilotes tenían 75 pies de largo) se ilustra en su libro de notas BRB Ms. 19.611 núm. 64. Los «pontones» (barcazas para transportar tropas a través de ríos) eran, al parecer, de dos tamaños: unos con capacidad para transportar 80 hombres, o dos carretas, y otros, el «demiponton», con capacidad para transportar seis caballos o 30 hombres. Los pontones que se necesitaban para el paso del Ejército de Flandes a través de los grandes ríos en los Países Bajos solían construirse y reunirse en Namur o Maastricht

(para el Mosa) y en Colonia o también en Luxemburgo (para el Rin). En el momento oportuno las barcazas eran arrastradas río abajo hasta el lugar previamente destinado y preparado en que se encontraba el Ejército (CE AGRB, Audience 1953/1, sin foliar, con información completa sobre los pontones reunidos en Colonia y en otras partes para la invasión por Spínola de Frisia en 1605). <<

[134] Febvre, *Philippe II et la Franche-Comté*, p 748, con más testimonios de AD Doubs, B 1767 (Cuenta de la *gabelle* de Grey para 1582, con las reducciones por el coste del puente) y AGS CMC 2a/25, sin foliar, cuenta de la expedición de nov de 1577 en el Condado. <<

[135] R H Bautier, «Recherches sur les routes d'Europe mediévale» *Bulletin philologique et historique du comité des travaux historiques et scientifiques* (1960), I pp 99-143 (en p. 101), y destacadas contribuciones en un importantísimo volumen de estudios. <<

[136] Para la historia del mapa de Lannoy, que después fue impreso por Ortelius en 1579, cf. Febvre, *Philippe II* p. 114, n. 1. Está claro que Lannoy había terminado completamente su mapa antes de saber que el duque de Alba se acercaba: «La carta de bourghoyne: je suis aprés pour en assever (sc. achever) une, bien saisie sur le patrón que j'ay, et la envoyer á Myllan au maistre des postes et vient bien a point a cause de ce passage pour l'armée de Sa Majesté». (AM Besançon, Ms Granvelle 24/247-8v, Lannoy a Granvela 19 de abril de 1567). <<

[137] Tomado de F. De Dainville, *Les jésuites et l'éducation de la société française. i. La géographie des humanistes* (Montpellier, 1940), p. 345. (Agradezco al prof. J. H. Elliott haberme proporcionado esta referencia). Vieilleville fue gobernador de Metz entre 1553-1571. <<

[138] Cf. los inventarios de los bienes de Requesens y Medinaceli

impresos, respectivamente, por J. M. March, *Don Luis de Requesens* p. 28 y A. Paz y Melía, *Series de los mas importantes documentos del Archivo y Biblioteca del excmo. Señor Duque de Medinaceli* (sin fecha: Madrid, 1915?), I, pp. 162-165. Poseemos tres mapas originales de campaña, con una descripción hecha para el duque de Alba en 1568, cuando persiguió al ejército de Orange hasta el interior de Limburgo: AA 166/2, «Relación de Juan Despuche y don Alonso de Vargas sobre el país y río». <<

[139] El pelotón de a caballo que precedió a la expedición de 1582 estaba formado por dos capitanes, 55 soldados y 33 caballos (AGRB CPE 1215, sin foliar, «Rations de bouches de l'Armée venue presentement d'Ytalie»). <<

[140] BNM Ms 1031/54, el marqués de la Hinojosa a don Juan Vivas, 18 de febr. de 1615. <<

[141] Para el ejercito de Alba BM Addl. Ms, 28.387/106-11, «memorial» mayo de 1567. En este caso había 1200 de caballería ligera. Para 1573 AGS E 1237/229, «Per Il passaggio delli 3000 spagnuoli». Para 1577, C Piot, *Correspondance… de Granvelle*, VI, p 212, Morillón a Granvela, 22 de abril de 1577, y AGS E573/218, G de Roda a Zayas, 28 de marzo de 1577. <<

[142] BNM Ms, 8695/605-1lv, memorial del tesoro de Milán al gobernador (c 1605), AGRB *Audience* 1733/3 f 227, el conde Mansfelt, gobernador de Luxemburgo a don Juan de Austria, 24 de septiembre de 1577. <<

[143] AGS GA 188/19, corregidor de Ciudad Rodrigo al rey, 17(?) de oct. de 1586. Cf. otras observaciones y textos citados por N. Salomón, *La campagne de Nouvelle Castille á la fin du XVIe siecle d'aprés les «Relaciones Topográficas»* (París, 1964), pp. 236-238 y notas. <<

[144] AD Saboya G (Maurienne) 179/23. Proclama del

gobernador francés de Saboya, 18 de febr de 1551/1512, reiterando la vigencia de un edicto anterior de 22 de ener de 1550/1551, que establecía étapes en Chambéry, Montmélian, Aiguebelle, St Jean de Maurienne, St Michel, Modanes y Lanslebourg, y añadiendo otra etape más en La Chambre AGS E 1926/210, gobernador de Lombardía al rey, 11 de sept de 1623. «Despaché a Juan Pirovano, questor del Magistrado, a que hiciese las tapas en Gnsones y Alsacia asta llegar a Lorena». Las étapes para la nueva ruta en Lorena y Luxemburgo fueron organizadas por el gobierno de Bruselas. <<

[145] AGS GA 1052, sin foliar, consulta del Consejo de Guerra, 17 de dic de 1632. Las levas cuya marcha a la costa catalana se estaba tratando, formaron parte después del ejército del cardenal-infante. <<

[146] Gran parte del material relativo a los acuartelamientos de las tropas españolas que se dirigían a los Países Bajos ha sido conservado. Un ejemplo voluminoso y significativo puede verse en AD Saboya, SA 7461, «Description des trouppes espaignolles» (St. Jean de Maurienne, 1620). El billet de logement se utilizó también en Inglaterra en el siglo XVII, llamado el *lodging ticket*, billete de alojamiento. Cf. C. A. Holmes, «The Eastern Association», Cambridge Univ. Ph. D. thesis (1969) pp. 359-365. <<

[147] AD Saboya, SA 6912, «Informations prises par… occasion des foulles supportées… au logement des troupes espagnoles» (mayo 1603), AC Aime (Saboya) EE 2. «Procés verbal des dégáts et vols faits par les troupes á Aime» (Junio 1597). Un ejemplo de pueblo enteramente destruido puede verse en AD Meurthe-et-Moselle B 3313/9, petición de los pueblos de Chazelle en Lorena, sus casas «entiérement bruslées et consommées, avec tous meubles y estant», en enero de 1596 por las tropas del archiduque Alberto a su paso por la región.

Más ejemplos en Febvre, *Philippe II*, pp. 523-525 y 750-755. <<

[148] AD Vosges, AC Epinal EE 5 num 6, Orden del Bailío, 8 de abril (1580?, ya que no se da el año del documento). En 1580 (*ibíd* CC 90), el consejo de la ciudad pago ocho libras cinco chelines a los arcabuceros que hicieron tan «grand debvoir es portes […] pendant que les espaignolz retournans du Pays-Bas passent». Sobre los temores del consejo por la suerte de su loza véase AD Haute Saóne, 282 E Supplement 112 (AC G y CC 7), cuenta de la ciudad de 1580-cahier 2 ff 30v-31 <<

[149] En Saboya cada etapa se subdividía en un numero de *parcelles*, de dos o tres pueblos cada una, la carga se distribuía entre ellas según el número de hogares que constaba en las listas de la taille. Existen varias referencias a la Assemblee Generalle de l'Estappe y sus funciones en AC Termignon (Saboya) EE 3. Para una visión concisa de las étapes de Saboya, cf G Perouse, *Les communes rurales et les institutions de l'ancienne Savoie d'apres les archives communales* (Chambéry, 1911), pp 95-99. <<

[150] El volumen de reclamaciones está en AD Doubs, 251512. (Falta la página del título y el primer folio). Sobre la obra de don Fernando de Lannoy, que estaba encargado de los preparativos para Alba en el bailío de Amont, cf. AM Besançon Ms. Granvelle 24/247-8v, Lannoy a Granvela, 19 de abril de 1567 —carta muy interesante. <<

[151] Algunos pueblos de las cercanías de Epinal en Lorena, que proporcionaron víveres a las tropas españolas en 1587, fueron particularmente desgraciados. Proporcionaron alimentos a crédito a las tropas por un total de 8557 francos. Después de repetidas demandas, el gobierno español envió esta cantidad al duque de Lorena para pagar a los habitantes de esos pueblos. (Un total de 12.000 escudos —30.000 francos— fue la cantidad enviada, debido a que otros pueblos padecían el

mismo problema que los de los alrededores de Epinal). Sin embargo, el duque estaba en guerra a la llegada del dinero; y, en consecuencia, lo empleó para pagar a sus tropas. Los pueblos no cobraron lo que se les adeudaba hasta 1595, ocho años después de entregados los víveres. (AGRB *Audience* 1832/4, el duque de Lorena a Parma, 11 de marzo de 1591; AD Meurthe-et-Moselle, B 5971, el duque de Lorena a su síndico en Epinal, 30 de sept. de 1595). <<

[152] Sobre la carrera y beneficios de muchos de los proveedores, cf. Febvre , *Philippe II*, pp. 751-755. Algunos proveedores, por ejemplo, se las arreglaron en 1567 para conseguir autorización para cobrar 9 1/2 *caroli* por una ración que valía 7, logrando un beneficio de 4200 escudos (ibíd., p. 750, n. 1). Para las pérdidas que sufrían los proveedores, cf. más adelante. <<

[153] AA 33/147, Hernando Delgadillo al duque de Alba, 29 de mayo de 1573, AGRB *Audience* 1735/2 f. 131, Delgadillo al conde Mansfelt, 7 de junio de 1573. <<

[154] AGRB CC 25759, cuentas de la étape de Bastogne, 1577, CC 25776, cuenta de Gilles de Neueforge, La Roche 1577, CC 25812, cuenta de la étape de Neufchátel en 1582, y CC 25785, cuenta de Pierre Conders, Thionville 1578. La última cuenta está llena de desgracias: Conders, *échevin*, preboste y burgomaestre de Thionville, perdió 2831 panes más que transportaba en una carreta que se rompió mientras iba al lugar donde se encontraban las tropas, y en otra que cayó en una emboscada y fue robada por campesinos hambrientos. <<

[155] Estos arreglos eran todos formalizados en las lentas capitulaciones que se hacían para regular el aprovisionamiento de cada expedición. Hay muchas en BNP *Lorraine* Ms. 598/2-4, 47 etc. (para los años después de 1605). Para una extensa muestra de los papeles administrativos referentes al aprovisionamiento de víveres, cf. AD Doubs, 2 B 1514. Hay

más detalles sobre los víveres en Parker, *Revolución Militar*, cap. II. <<

[156] AC Baume-les-Dames (Doubs), BB 4/31v, deliberación del consejo de la ciudad, 29 de jun de 1601, y EE 7, que contiene la *capitulation* y gran cantidad de otros documentos relativos a la expedición de 1601. Pero, por desgracia, no existen rastros de registro separado de los costes. <<

[157] AC Pontarlier (Doubs) EE7 (Cartón 144), num 1. La defensa legal de la ciudad fue datada el 9 de oct de 1606 y en ella se pronuncio la frase decisiva «Qu'ung chacung d'eulx desiroit telle entremise particulierement pour seul en tirer le profit». <<

[158] A. M. Piuz, *Recherches sur le commerce de Géneve au XVIIe siecle* (Ginebra, 1964), p 165. <<

[159] AS Turín, *Sezioni Reuniti*, Art. 256, núm 7, acuerdo de Claudio Sachetti 26 de nov. de 1620; AD Saboya, SA 7431, 7461 y 7470-7472, varias cuentas relativas a la expedición de 1620 a su paso por Saboya. <<

[160] AD Doubs, B 1955. «Compte de l'estappe de Marnay», 1573. <<

[161] Abbé Truchet, *St. Jean de Maurienne au XVIe siécle* (Chambéry, 1887), p. 433. <<

[162] Las ventajas de las distintas formaciones fueron puestas de manifiesto por don Luis de Requesens y Gabrio Serbelloni en sus cartas al rey en abril de 1573 (AGS E 1236/97 y 233). Recomendaban que por razones de seguridad los contingentes deberían ser de hasta 5000 hombres para poder viajar como una sola unidad, y Felipe II mismo señalaba que, si los contingentes eran mucho más pequeños, solo irían seguros llevando una escolta de caballería cada uno. <<

[163] AM Besançon, Ms *Granvelle* 24/247-8v, Lannoy a Granvela, 19 de abril de 1567 pronunciándose por «cuatro

leguas» diarias para todo el ejercito «Tanto para la persona del duque de Alba como para la infantería y para la caballería». Para el *double chemin*, cf Piot, *Correspondance de Granvelle*, VI, pp. 214-215, Morillón a Granvela, 13 de mayo de 1577. Dos ejemplos de reducción del numero de las étapes pueden verse en AGRB SEG 7/28v-29v, Instrucción de Parma a Juan López de Ugarte, 1 de jun de 1582, y SEG 20/42-3v Instrucción del archiduque Alberto a Antonio Davila, 12 de mayo de 1601. <<

[164] AA 33/147, Hernando Delgadillo al duque de Alba, 29 de mayo de 1573. Es relativamente difícil concordar la descripción de Delgadillo con la geografía del valle de Suran por el que él viajó. Probablemente las tropas entraron en el Condado desde Poncin, yendo por Montfleur (la primera étape del Franco-Condado). Desde Montfleur hasta Lons-le-Saunier hay 26 millas. Se prepararon dos étapes (en Gigny y en Montaigu-les-Lons, cf. fig. 11). Si realmente abandonaron la ruta en Montfleur y se dirigieron directamente a Lons, ¡la «legua y media» de Delgadillo era verdaderamente larga! <<

[165] *AGRBAudience* 1733/2, ff. 130-5, Mansfelt a Alba, 9 y 10 de jun. de 1573. <<

[166] AM Besançon, BB 37/308v, deliberación de 7 de abr de 1580, AC Salins (Jura) BB 19, deliberación de 30 de abr de 1567, AD Meurthe-et-Moselle, G 79, «Acta capitularía ecclesiae tullensis» (para 1577-9) f. 14, AGS E 452, sin foliar, contador Alameda al gobernador de Lombardía, 5 de jun. de 1577 (copia); AGS E 590/103, Parma al rey, 30 de oct. de 1586. <<

[167] Hay constancia de tres ejemplos de contagio debidos a los movimientos militares: (1) la Peste di Milano de 1630-1631, que fue traída a Italia por las tropas alemanas enviadas por la Valtelina para combatir en la guerra de Mantua; (2) la peste que se extendió por el sur de Alemania en 1631-1634 al paso

del ejército sueco, todavía recordada en Oberammergau, donde la famosa obra de teatro sobre la Pasión hace alusión a la liberación del pueblo de los suecos, portadores de la peste, (3) está probado que el ejército otomano de Hungría sembró la peste a todo lo largo del recorrido que solían seguir sus refuerzos, por el valle del Danubio —¿podría llamársele el «Camino Turco»?—. (Cf. B. Hrabak, «Kuga u Balkanskim zemljama pod Turcima od 1450 do 1600 godine», *Istoriski Glasnik* I-II (1957), pp. 19-37, con un resumen en francés, del que he tomado mi información). <<

[168] Cuando las tropas ocasionaban algún daño cuya indemnización corría a cargo del gobierno, el coste se dividía entre las unidades responsables, teniendo los soldados de esas unidades que pagarlo a cuenta de sus soldadas. <<

[169] Para 1582, AGS E 1256/123, el gobernador de Lombardía al rey, 28 de jul. de 1582 en que se asegura que el coste medio de la expedición de aquel año y de los anteriores fue de 20 escudos por hombre. Para 1585, AS Milán, *Cancellería spagnola* XXII, 33, f. 79: 40.000 escudos por el tercio de Bobadilla (2195 hombres). Para 1602, AGS CMC 2a/875, parte III, cuenta del pagador general de la expedición, Pedro Ximenez: 205.164 escudos, importe de lo gastado con 8759 hombres. Las cifras para 1577 vienen con todo detalle en AGS E 1246/161, «Relación de lo que montan las vituallas». El coste del envío de tropas desde España a los Países Bajos varía mucho de unas expediciones a otras: así, por ejemplo, las dos expediciones de 1631 importaron 16 y 22 escudos por hombre, esta diferencia se debió a que para la segunda se alquilaron más barcos que para la primera. (AGS GA 1038, sin foliar, «Tanteo de la costa que podra tener el pasage a Flandes»; GA 1042, sin foliar, el marqués de Manzera al Consejo de Guerra, 14 de oct. de 1631; consulta del Consejo, 21 de oct.). <<

[170] Hay descripciones de los tránsitos de los españoles en 1586 y 1596 en H O'Donnell y Duque de Estrada, *La fuerza de desembarco de la Gran Armada contra Inglaterra (1588). Su origen, organización y vicisitudes* (Madrid, 1989), y Juan Roco de Campofrío, *España en Flandes. Trece años de gobierno del Archiduque Alberto* (Madrid, 1973). <<

[171] La real cédula por la que se nombraba a Alba capitán general (31 de enero de 1567, impresa en Co Do In IV, pp 388-396) contribuyo en gran medida a distinguir la autoridad civil de la militar. La intención del rey fue evidentemente apoyar la dignidad y la autoridad de Margarita para, de este modo, conservar sus servicios. Alba protesto repetida y enérgicamente contra los limitados poderes que se le concedían en su cédula. <<

[172] Alba se quejó de la pequeña suma destinada a los «entretenimientos» en su carta al rey de 27 de abril de 1567 (Co. Do. In., IV, pp. 354-357), el rey se negó a aumentar la cantidad el 4 de mayo de ese mismo año (AGS E 149/185); el desafiante libramiento de Alba contra el tesoro militar está en AGS CMC 2a/49, sin foliar, «Copia del mandato primero que dio el duque de Alva…, 4 de junio de 1567». Para la posterior inflación de cargos, cf. AGS E611/109, «Relación» de 15 de agosto de 1596 y E2290/100, H. de Ugarte al rey, 6 de abril de 1608. <<

[173] AGS E2032, sin foliar, Spínola al rey, 3 de abril de 1618 anunciando la reunión dos veces por semana de una «junta» de cinco miembros. De su limitada autoridad se lamentaba uno de los miembros de la junta, molesto por ello AGS E2308/83 don Luis de Velasco al rey, 3 de febr. de 1620. <<

[174] AGS E611/109, «Relación» del Ejército de Flandes, 15 de agost. de 1596: los 373 «entretenidos» costaban mensualmente 18.292 escudos de 50 placas. En 1588 había en los Países Bajos

668 «entretenidos», cuyo coste era de 23.204 escudos de 57 placas por mes —lo que probablemente constituyó el récord—. (AGS E 594/192, «Relación» de 29 de abril de 1558). <<

[175] AGS E 2289/248, «Relación» sobre el coste de las «ventajas» hecha por el pagador general, Martín de Unceta. El capitán general podía también asignar un número limitado de «ventajas» y «entretenimientos» a las tropas, pagándolas directamente de los ingresos de los Países Bajos y siendo sus administradores «ceux des Finances». <<

[176] Estas peticiones podían hacerse con total franqueza. En 1568 el duque de Alba decía al rey que don Lope Zapata había servido tan bien que «no he podido escusar de significar a V. Magd. y suplicarle le haga merced en alguna encomienda de su Orden». (*Epistolario*, II, p. 12, Alba al rey, 19 de ener de 1568). <<

[177] Sobre Lixalde: A. W. Lovett, «Francisco de Lixalde: a Spanish Paymaster in the Netherlands (1567-1577)», *Ttjdschrift voor Geschiedenis*, LXXXIV (1971), pp 14-23 y G. Parker, *Spain and the Netherlands*, cap VIII. Sobre Ulloa: C. de Vos, «Limal, ses seigneurs et seigneuries. Don Thomas López de Ulloa, 1er barón de Limal, 1621-1655», *Wavriensia*, XIII (1964), pp. 33-87. <<

[178] A raíz de la muerte en acción en 1572 del inspector general Valdés, Felipe II escribió al duque de Alba «Vos veréis […] si ay necessidad que se provea el [oficio] de Veedor General desse exercito que vacó por Jordán de Valdes o si se podra scusar, haviendo como ay dos Contadores» (AA 8/23, el rey a Alba, 29 de oct de 1572). <<

[179] Las disputas entre los veedores y los otros empleados de las oficinas del Ejército fueron constantes. Existen muchos documentos relativos a los juicios del veedor general Juan Bautista de Tassis en 1587 en AGS E 593, y algunos de ellos

están impresos en Co Do In LXXV. <<

[180] AGS E 593/7, Juan Bautista de Tassis al rey, 19 de enero de 1587. Se cuenta que en 1499 Fernando el Católico saludó al Gran Capitán a su vuelta de la triunfante conquista de Nápoles con la orden de que rindiera cuenta de cómo había empleado la hacienda del estado. El conquistador respondió al día siguiente mismo, y dio lectura a una declaración ante los Reyes Católicos y ante su Consejo, en la que decía: «200.736 ducados y 9 reales en frailes, monjas y pobres para que rogasen a Dios por la prosperidad de las armas españolas […] y cien millones por mi paciencia en escuchar ayer que el Rey pedia quentas al que le ha regalado un Reino». (El marqués de Velada, *Noticias y documentos de algunos Dávila…*, pp. 38-40, *las Cuenta del Gran Capitán* originales estaban en el archivo del marqués cuando escribía). Hoy día el proverbio ha sido adulterado, y significa simplemente «cobrar más de lo justo». <<

[181] IV de DJ 36/40, «Lo que a Su Magestad ha parecido advertir sobre la relación de los excesos que se dize se han hecho en los estados de Flandes» (8-10 de marzo de 1574) y BL Addl. 28.702/244-74, diversas «relaciones», de acusaciones etiquetadas de «B» a «F». La respuesta apropiada se analiza en IV de DJ, 45/329, informes de las «Juntas grandes y particulares», 15 de marzo de 1574, e ibíd, 44/57-60 Mateo Vázquez a Felipe II, 11 y 15 de abril y 14 de junio 1574. El juicio de Albornoz se menciona en AA 67/49, don Fadrique de Toledo a Albornoz, 1 de abril de 1574 (copia). <<

[182] El Consejo de Hacienda español propusó al rey un tribunal en una consulta de 12 de Enero de 1574 (IV de DJ 68/287); don Luis de Requesens insistió sobre la necesidad de uno en varias cartas al rey (p. e. las de 27 de jun de 1574 y 7 de enero de 1575, AGS E558/81 y BMAddl Ms 28359/114). En el IV de DJ pueden encontrarse cartas referentes a la formación del

tribunal de 1581, cf 24/231, 240, 318, 332 y 358, y AGS CMC2a/8. <<

[183] La comisión de los dos inspectores (visitadores —Juan López de Aliri y Domingo de Ypeñarrieta—) fechada el 5 de abril de 1593, junto con una porción de sus documentos, esta en AGS CMC 33/947 (este legajo me fue mostrado por doña Ascensión de la Plaza, a la que agradezco su amabilidad). Sobre la Visita, cf el articulo de J Lefevre, «Le Tribunal de la Visite 1594-1602», *Archives, Bibliotheques et Musees de Belgique*, IX (1932), pp 65-85. Desgraciadamente M Lefevre no uso los papeles de la Visita misma, conservados en Simancas. <<

[184] Sobre el coste de la Visita AHE III, pp 176 179 (consulta del Consejo de Estado, 7 de febr de 1602). <<

[185] La conducta de Pereda fue investigada por el superintendente de la justicia militar en los Países Bajos, Juan Díaz de Letona. Sin embargo, la esposa de Pereda consiguió detener las investigaciones, valiéndose de las damas de cámara de la infanta Isabel, con el fin de proteger la reputación de su marido: cf. AGS E2044/118, consulta del Consejo de Estado, 18 de jun. de 1630. <<

[186] AGS E 2321, sin foliar, la infanta Isabel al rey, 10 de marzo de 1628, sobre la negativa del marqués de Campo Latero, otro maestre de campo italiano, a recibir órdenes del conde Enrique van den Berg mencionando el incidente de 1622. Efectivamente, Campo Latero fue juzgado por un tribunal militar por insubordinación, pero fue absuelto a ruego especial del rey. El apoyo de una parte del Consejo de Estado aparece en BM Addl Ms 14 007/379 y 382, consultas sobre cartas de Isabel de 16 de marzo y 7 de abril de 1624. Debido a la desesperación, a los insultos e ingratitud, posteriormente Berg deserto a los holandeses en 1632. <<

[187] AGS E2046/17 18, consulta del Consejo de Estado, 14 de

junio de 1632. <<

[188] «So mache man ein par Million alle Jahr fertig, diesen langwiengen Krieg zu fuhren», carta de Wallenstein al ministro de Hacienda imperial, 28 de enero de 1626, citada por A Ernstberger, *Hans de Witte Finanzmann Wallenstein* (Wiesbaden 1954), p 166. <<

[189] Más amplia información sobre este incidente, cf. pp. 288-289. Parma se dio cuenta naturalmente con dolor, de que se le estaban reduciendo los fondos y se quejó amargamente al gobierno por su penuria de medios económicos. Los ministros desde Madrid lo único que podían hacer era admitir este hecho: «por los respectos que se saben, es assi que se le ha tenido muy corta la rienda». (AGS E 2855, sin foliar, «Lo que paresce sobre las cartas del duque de Parma de 28 de oct. y 10 de nov. de 1592»). <<

[190] Sobre la residencia y la visita como instrumentos tipo de control administrativo en las Indias, cf. el artículo, admirable por su claridad, de G. Céspedes del Castillo, «La visita como institución indiana», *Anuario de Estudios Americanos*, III (1946); pp. 984-1025; sobre la avanzada burocracia legal de la España metropolitana, cf. la fascinante información de R. L. Kagan, *Universidad y Sociedad en la España Moderna* (Madrid, 1981), cap. 5-6. <<

[191] Carlos Coloma, *Las Guerras de los Estados Bajos*, lib. II (BAE ed., Madrid, 1948), p. 19. Sobre los particulares y su significación, cf. más arriba. <<

[192] Existen admirables estudios biográficos de estos tres hombres: A. Marichalar, marqués de Montesa, *Julián Romero* (Madrid, 1952); A. Salcedo Ruiz, *El Coronel Cristóbal de Mondragón: apuntes para su biografía* (Madrid, 1905); A. Rumeu de Armas, «Nuevos datos para la biografía de don Francisco Verdugo…», *Hispania*, X(1950), pp. 85-103. <<

[193] Coloma —soldado, virrey, embajador e historiador— fue objeto de una tesis escrita por la difunta *Miss* Olga Turner, «Some aspects of the Life and Works of don Carlos Coloma, 1566-1637», London Univ. Ph. D. thesis (1950). Sobre don Hernando de Toledo, hijo bastardo de Alba, general de caballería ligera en los Países Bajos (1567-1571), enérgico virrey de Cataluña y héroe de la obra de Lope de Vega *El Aldeguela*, hay un estudio por A. Salcedo Ruiz, *Un bastardo insigne del Gran Duque de Alba: el prior don Hernando de Toledo* (Madrid, 1903). Desgraciadamente el Sr. Ruiz confundió al prior con el maestre de campo don Hernando de Toledo que era de la familia de Alba de Liste que mandó un tercio en los Países Bajos (1568-1580) y después en Portugal (1580-1582). <<

[194] I. A. A. Thompson, «The appointment of the Duke of Medina Sidonia to the command of the Spanish Armada», *The Historical Journal*, XII (1969), pp. 197-216, y, en particular, pp. 208-210. <<

[195] AGRB SEG 27/8 y 26v-7. Órdenes de pago a Spínola de 2 de oct. y 9 de dic. de 1619. <<

[196] AHN Consejos 7228/26 consulta del Consejo de Castilla, 10 de febr. de 1668. Se ha pretendido que las díudas del «Duque de Hierro» durante sus campañas han sido la causa principal de los interminables problemas financieros de sus descendientes durante el siglo XVII. Esta consulta da toda clase de detalles. Estoy sumamente agradecido al Presidente C. J. Jago, de la Universidad de Northern British Columbia, por habérmelo hecho notar. <<

[197] Marqués de Saltillo, «Servidores del Rey don Felipe II», Hispania, IV (1941), pp. 116-122. Coinciden las observaciones de L. Stone, *The Crisis of the Aristocracy, 1558-1641* (Oxford, 1965), pp. 454-458, con varios ejemplos de caballeros y

aristócratas ingleses arruinados por su servicio militar a la corona. Cf. también el juicio contemporáneo de Emeric Crucé (*Le Nouveau Cynée*, París, 1623, p. 13): «Pour deux soldats qui s'y enrichiront [en la guerra] on en trouvera cinquante qui n'y gaigneront que des coups ou des maladies incurables. Pour le regard des Princes, ils y espuisent leurs finances». <<

[198] Sobre los nombramientos de 1566-1567 cf. BM Addl Ms, 28.386/11-12, informe sobre los candidatos por Juan de Escobedo a Espinosa, 27 de dic. de 1566; sobre los de 1603 cf. AHE III, p. 305 y AGS E 622/234, informes del comité de nombramientos y del Consejo de Estado, febr. de 1603; para los de 1632, AGS E2047/66, consulta del Consejo de Estado, 14 de dic. de 1632. <<

[199] Cf. L. Cabrera de Córdoba, *Historia de Felipe II*, parte I, lib. XII, 3. <<

[200] BM Addl. Ms., 28.387/196, nota del conde de Olivares a Espinosa sobre la suspensión por un año de Navarrete, de 14 de nov. de 1566. Para fraudes posteriores, cf. la investigación sobre su gestión y sobre su fortuna particular, AGS CA/C2a/28. <<

[201] AGS CJH 632 (Ant), sin foliar, «Relación de los memoriales de Cosme Masi», 10 de enero de 1627 El inspector general se quejaba en 1587 de que «quiere su secretario [Masi] quedar director y dueño absoluto de la dispusición de la hazienda de V Md» (AGS E 593/7, Juan Bautista de Tassis al rey, 19 de enero de 1587). <<

[202] Hay mucho material nuevo en R Quatrefages, *Los tercios* (2.ª ed, Madrid, 1983), y F. González de León, *The road to Rocroi The duke of Alba, The count-Duke of Olivares, and the High command of the Spanish Army of Flanders in the Eighty Years War, 1567-1659* (Johns Hopkins University, tesis doctoral 1991). <<

[203] *Sir* John Fortescue, *The Correspondence of King George the*

Third, IV (Londres, 1928), pp. 350-351, el rey a lord North, 11 de jun de 1779. El resto de la carta, en la que Jorge III anticipaba su propia «teoría de pretexto» para justificar el uso de la fuerza contra la rebelión de América del Norte, es también de interés. <<

[204] Este «argumento» lo descubrió y le dio nombre por primera vez el profesor H. G. Koenigsberger. Lo que decimos a continuación lo debemos en buena parte a conversaciones con él. Para ejemplos específicos, cf. los puntos de vista del cardenal Granvela en 1566: «Claramente dice toda Italia que si el alboroto de Flandes pasa adelante seguirán Milán y Nápoles». Poullet, *Correspondance… de Granvelle*, I (Bruselas, 1877), pp. 314-318, Granvela al rey, 19 de jun. de 1566; los del cardenal Quiroga en 1577: sería debilidad por parte del rey «poner en aventura su honor y estimación y aun la obediencia para con otros vasallos que es mucho de temer lo tomarían por ejemplo para se levantar, a lo menos los de conquista como Nápoles y Milán». (AGS E 2843/7, discusión del Consejo de Estado, 5 de sept. de 1577 —segunda copia: E 571/103 bis; y la misma opinión en boca del duque de Sesa, junio de 1578, AGS E 578/121.). <<

[205] Hubo una revuelta, por lo menos, en los dominios españoles de Nápoles, que parece haber tenido una remota conexión con los disturbios de los Países Bajos. En 1585 se produjo un grave levantamiento popular a causa del aumento del precio del pan y los insurgentes informaron al virrey que «debería fijarse en lo que ocurría en los Países Bajos» antes de tomar medidas contra ellos. Uno de los cabecillas, ejecutado después de la revuelta, era, en efecto, natural de los Países Bajos. Cf. R. Villan, *La rivolta antispagnola a Napoli. Le origini (1585-1647)* (Barí, 1967), pp. 49-51, y S. Mastellone, «Les révoltes de 1647 en Italie du Sud», *Revue d'histoire diplomatique*, XCII (1978), pp. 177-183. <<

[206] AHE, III, p. 7, consulta del Consejo de Estado, 21 de marzo de 1600. <<

[207] P. Fernández de Navarrete, *La Conservación de Monarquías* (Madrid, 1626) p. 123, AGRB SEG 195/64, Felipe IV a la infanta Isabel, 9 de agost. de 1626. Las observaciones del rey formaban un preámbulo a su proposición de atender el proyecto de «Unión de Armas» a los Países Bajos. <<

[208] Instrucción de Felipe II a B. Carranza, 5 de jun. de 1558, tomada de L. P. Gachard, *Retraite et mort de Charles-Quint* (Bruselas, 1855), II, p. 431; BM Addl. Ms. 28.702/96-100, Granvela a Idiáquez, 3 de marzo de 1582; consulta del Consejo de Estado, 16 de ener. de 1614 tomada de J. Alcalá-Zamora, «La Monarquía Hispana de los Felipes», *Revista de la Universidad de Madrid*, LXXIII (1970), pp. 57-106, en p. 60, n. 8. <<

[209] Cf. AGS E 634/328, consulta del Consejo de Estado, 25 de dic. de 1619 (minuta) recomendando al rey no renovar la tregua a ningún precio. <<

[210] Tres ejemplos: AGS E 634/73, aviso de Juan Andrea Doria, 1605: «El conservar los estados de Flandes, téngolo por tan necesario que si se pierden, mucho temo que durará poco la Monarquía de España»; BRB Ms. 16147-48/139-40, Aytona a Olivares, 29 de dic, de 1633: «Si esto [los Países Bajos] se pierde, ni las Indias, ni España, ni Italia se podran defender». AHN E libro 714, sin foliar, consulta del Consejo de Estado, 19 de oct. de 1629 (al enterarse de la pérdida de 's-Hertogenbosch): «Perdido Flandes, se perderán también luego las Indias y otros Reynos de V. Magestad». Todavía había quienes sacaban conclusiones más amplias de esta argumentación. Después de 1621 el gobierno de Bruselas podía argüir que, si España no ayudaba al emperador a ganar la guerra en Alemania podrían perderse los Países Bajos, y, si se perdían

los Países Bajos, entonces… cfr. AGRB SEG 332/75, Oñate al Cardenal-Infante, 8 de agost. de 1634. «Flandes no puede conserbarse si Alemania se pierde». <<

[211] El punto de vista del duque de Alba referido en AGS E 554/146, don Luis de Requesens al rey de dic. de 1573; el voto de Olivares en E 2050/115, consulta del Consejo de Estado, 7 de dic. <<

[212] Felipe II a su embajador en Roma, 12 de agost. de 1566, citado en el penetrante artículo de H. G. Koenigsberger, «El arte de gobierno de Felipe II», *Revista de Occidente*, núm. 107, febrero de 1972. <<

[213] AGS E 2855, sin foliar, «sumario de los 4 papeles principales que dio el Presidente Richardot», 11 de nov. de 1589, con observaciones hológrafas de Felipe II. Idiáquez y Moura. <<

[214] AGRB SEG 185/24, Felipe III al archiduque Alberto, 4 de febr. de 1621. <<

[215] AGS E 2843/7, discusión del Consejo de Estado, 5 de sept. de 1577. <<

[216] AGS E 1297/42, el conde de Fuentes al rey, 5 de nov. de 1608. <<

[217] BM Addl Ms. 28373/129-30, memorial de Esteban de Ibarra al rey, 15 de dic. de 1596. El costo que supuso a España la guerra de Esmacalda, febr. de 1547-marzo de 1548, se acercó mucho a los dos millones de florines, y la guerra con Francia, en 1552-1559, le costó, por lo menos, cuatro millones de florines anuales (AGS CMC la/1231 1467 y 1491, cuentas del pagador general Portillo); la guerra de los Países Bajos en la década de 1590 le costó a España unos nueve millones de florines por año. Los hombres de los tres ejércitos fueron poco más o menos los mismos. <<

[218] AGS E 561/122, Felipe II a Requesens, 22 de oct. de 1574.

Sin embargo, el rey se mostró favorable a la quema sistemática de ciertas tierras de rebeldes, sobre todo el Waterland, una rica zona agrícola al norte de Amsterdam. La ejecución de este proyecto se demoró a causa de los motines de las tropas españolas en 1574 y de la bancarrota de 1576. Los «rebeldes» fueron menos escrupulosos. Así, por ejemplo, para defender Walcheren (1572), Leiden (1574) y Amberes (1584-1585), rompieron los diques e inundaron la tierra por donde habían de pasar los españoles. <<

[219] Nueva Co. Do. In., V, p. 368, don Luis de Requesens al rey, 6 de oct. de 1574; BNM Ms. 1749/361-79, memorial de Alonso Gutiérrez al rey, 23 de oct. de 1577. AGS E 2855, sin foliar, «Sumario de los 4 papeles principales que dio el Presidente Richardot», 11 de nov. de 1589. <<

[220] L. Didier, *Lettres et Négociations de Claude de Mondoucet* (París, 1891), p. 53, Mondoucet a Carlos IX, 25 de sept. de 1572. Se ha objetado que entonces era más barato retener las tropas durante el invierno que licenciarlas en el otoño. El profesor Michael Roberts ha escrito: «No licenciando a una fuerza mercenaria en el otoño, sino manteniéndola de un año para otro, los gastos del tesoro se reducirían probablemente de modo considerable y el malestar general de la soldadesca amotinada disminuiría» (Roberts, *Essays in Swedish History*, p. 201). Esto era cierto a corto plazo (la hora de la liquidación de las cuentas se retrasaba; fue en parte por esto por lo que esa práctica se hizo cada vez más común), pero no lo era evidentemente a la larga (a no tardar habría que pagar a las tropas una cantidad mucho mayor) y ciertamente no redujo los efectos de los motines, cf. cap. 8. <<

[221] Costo estimado procedente de BNM Ms. 783/469-71, Granvela a don Juan de Austria, 28 de agosto de 1573; en marzo de 1574. Requesens estableció que el coste mensual del

Ejército eran 702.727 escudos, es decir, un millón cuatrocientos mil florines (AGS CAfC2a/l4, sin foliar). «Relación» enviada al rey. Las provisiones procedentes de España fueron declaradas por F. de Lixalde, AGS CMC 2a/55; Lixalde determinó el total de los atrasos, AA 41/171, «Relación sumaria de lo que Su Magd. deve al exercito» (agosto de 1573 —3.806.548 escudos de 39 placas). <<

[222] AGS E 5G7/A, extracto de una carta del contador Alameda, 1 de jul. de 1576. En 1574-1575, el pagador general recibió 12,3 millones de florines de España (AGS CMC 2a/55), siendo el costo esperado, para dos años, de 33 millones de florines (calculando a 700.000 escudos por mes). <<

[223] Véase también G. Parker, *La gran estrategia de Felipe II* (Madrid, 1998), cap 4. <<

[224] AA 6/12, Felipe II al duque de Alba, 13 de mayo de 1568, sobre la cantidad enviada desde España, IV de DJ 68/309, n 6, «Cuenta con J de Curiel y F. de Lixalde». <<

[225] Piot, *Correspondance de… Cranvelle*, IV, pp. 594-595, minuta por Hopperus de una carta de Felipe II a Alba. febr. de 1572. <<

[226] «Le Xme denier, cause de tous noz maulx» —Piot, *ibíd*. VI, p. 205, Morillón a Granvela, 22 abr. de 1577. Sobre la historia del «décimo», cf. C. Hirschauer, «L'Artois et le Xe denier, 1569-1572», *Revue du Nord*, II (1911), pp. 215-235; J. Craeybeckx «Alva's Tiende Penning —een Mythe?», *Bijdragen en Mededelingen van het Historisch Genootschap* LXXVI (1962), pp. 10-42, y sobre todo, F. H. M. Grapperhuis, *Alva en de tiende penning* (Zutfen, 1982). Sobre el «centesimo», J. Craeybeckx, «La portee fiscale et politique du centiéme denier du duc d'Alve», en *Recherches sur l'histoire des finances publiques en Belgique* I (Bruselas, 1967), pp. 343-374. <<

[227] Sin embargo, en Utrecht (provincia que en este momento

se encontraba en la zona de máximo fragor bélico) las contribuciones (*leeningen*) de los años 1572 a 1577 eran, no obstante, anotadas y contadas como parte de los subsidios provinciales: «Dése leeninge is gebracht in offslach van de twee hondert duysent gulden de Co. Mat. geconsenteert bij de Staten van Utrecht in plaetse van den hondertsten, 20en ende thienden penninck», decían los Estados. (K. Heeringa, «Utrechts Oorlogslasten, 1572-1577», *Bijdragen en Mededelingen van het Historísch Genootschap*, XLIV (1923), pp. 125-186, en p. 129, n. 1). <<

[228] Requesens aseguraba que Alba no se había atrevido a imponer contribuciones, el propio Requesens confeso haber sentido escrúpulos de conciencia sobre su legalidad IV de DJ 67/285, n 5, minuta de Requesens a don Juan de Zuñiga, 9 de jul de 1575 («no se osaron en su tiempo [de Alba] intentar ni executar lo de las contribuciones, que muy contra mi voluntad v no sin gran escrúpulo de conciencia me ha forzado la hambre a permitir»). Sobre el funcionamiento del sistema AGS E 560/150, Requesens al rey, 25 de jul de 1574 e ibíd, f 126, su Instrucción al síndico de Brabante para prorratear la carga, cf también Nueva Co Do In, IV, pp 230-237, una instrucción de cómo debía pagarse al regimiento de Mondragón con el producto de las contribuciones (agosto de 1574). El sistema fue casi saboteado por los abogados del consejo de Brabante, quienes determinaron que las contribuciones debían imponerse sobre el impuesto personal, no sobre los bienes, pero Requesens anuló su sentencia «Los gastos de esta guerra interesan a la conservación de las propiedades tanto como de las personas», dijo (AGRB Audience 1727/1, sin foliar, Requesens a Cigogna, 26 de mayo de 1575, minuta). <<

[229] AGRB Audience 1811/3 sin foliar, minuta de una instrucción de Parma al «chevalier Cigogna», 1 de sept de 1579, ordenándole sustituir las muchas contribuciones «irregulares»

que había por un sistema coordinado. <<

[230] AGRB Audience 1686/1, sin foliar, «Relación para asentar las contribuciones asy en la villa de Diste y villajes que son debajo de su jurisdicción», y AD Nord B 6835-6, dos cuentas de Lieven Snouck *commis* de Cigogna en West-Vlaanderen 1579-1581. Más amplia información puede verse en la correspondencia del gobierno con Cigogna (AGRB Audience 1727/1, 1811/3 y 1869/3) y con Snouck (Audience 192/2 y 1788/4 —Agradezco al Dr H de Schepper el haberme puesto en conocimiento de estos dos legajos). <<

[231] Las contribuciones ascendieron a 58.710 florines mensuales. AGRB Audience 2769, sin foliar, «Estad de charge que porte presentement le plat pays», 9 de enero de 1586. La investigación de Parma está en el mismo legajo «Pour informer V. Excellence de ce que je peulx avoir entendu touchant les contributions». Sobre las contribuciones en general, cf. la mucha información que ofrece el artículo de F Redlich, «Contributions in the Thirty Years'War», *Economtc History Review*, XII (1959-1960), pp 247-254. <<

[232] J. Dhondt «Bijdragen tot de kennis van het financiewezen der Staten van Vlaanderen (16e en 17e eeuw)», *Nederlandse Historiebladen*, III (1940), pp 149-181; AGS E600/149, Parma al rey, 18 de dic de 1591 (El restablecimiento de los subsidios fue una de las medidas tomadas por Parma antes de ausentarse para su campaña en Francia, en realidad dudaba que las provincias fueran capaces de hacer frente a las nuevas obligaciones). <<

[233] Para dos objeciones a la conmutación de los alojamientos y servicio por 12 reales al mes, cf AGS E 2037/11, consulta del Consejo de Estado, 14 de abril de 1623 (voto del veterano de Flandes don Fernando Girón), E2238, sin foliar, Felipe IV a la infanta Isabel, 17 de abril de 1631. <<

[234] En julio de 1600 los Estados Generales de las «provincias obedientes» acordaron pagar 300.000 florines al mes para sostener a 21.450 efectivos (L P Gachard, *Actes des Etats généraux de 1600*, Bruselas, 1849, pp 553-560). Evidentemente este esfuerzo se hallaba por encima de sus posibilidades y en febrero de 1603 su contribución descendió a 185.000 mensuales (889.447 escudos anuales), que sostenían a 6650 soldados y a la artillería (AGS E634 65, «Puntos sobre lo general de Flandes»), si bien en diciembre de 1604 se elevó a 250.000 florines mensuales (AGS E 2024, sin foliar, «Relación del gasto necesario»). Más tarde estas contribuciones crecieron sustancialmente. Dos documentos, por lo menos, (AHN E libro 714, sin foliar, «Relación de lo que monta el sueldo del exercito», 1631, y AGS E2247, sin foliar, «Relación de lo que importa en un año el pagamento», 1639-1640) aseguran que los Países Bajos («el país») pagaban unos cuatro millones de florines anuales para contribuir a los gastos de la guerra. No es posible mayor exactitud, porque (i) los papeles del conseil des finances y de los trésoriers des guerres han sido destruidos casi totalmente, (ii) los recaudadores generales, cuyos papeles se han conservado en general, cobraban sólo el cincuenta por ciento de la renta que entonces recaudaban los recaudadores locales (el resto se gastaba antes de llegar a la hacienda central, parte de ella para el pago de las tropas), (iii) la mayoría del dinero recaudado para las tropas era controlado directamente por los estados provinciales, los cuales eran muy independientes del conseil des finances y (con frecuencia) de las chambres des comptes. La estructura descentralizada del sistema fiscal de los Países Bajos, más la destrucción de muchos documentos claves, ha hecho inútiles todos los intentos realizados hasta el presente para establecer el coste global de la guerra de los Ochenta Años a los Países Bajos. Véase, ademas, G. Parker, *Spain and the Netherlands*, cap 10. <<

[235] Nueva Co. Do. In., II, pp. 136-139, Requesens al rey, 9 de abril de 1574 (copia; original =AGS E 557/135), cf. también la nota precendente. <<

[236] AGRB Audience 188/22-5, Parma al rey, 20 de abril de 1584. <<

[237] Nueva Co. Do. In., IV, p. 107, Requesens al rey, 25 de jul. de 1574. Es interesante notar que en el ejército inglés de Normandía después de 1415 existía en términos generales la misma división fiscal: las guarniciones eran financiadas por la región donde acampaban, pero el dinero para el ejército de campaña y para las campañas venía de Inglaterra. (R. A. Newhall, *The English Conquest of Normandy, 1416-1424* [Londres, 1924], p. 156). <<

[238] AGS E569/681 Felipe II a don Luis de Requesens, 26 de febr. de 1576, minuta. <<

[239] Las «ferias de Besançon», celebradas en Piacenza después de 1579, reunían un máximo de 200 personas solamente, de las cuales sólo unas 60 controlaban efectivamente todas las transacciones, pero en una sola feria podían moverse hasta 12 millones de escudos. J. Gentil da Silva, *Banque et crédit en Italie au XVIIe siecle*, (París, 1969), p. 135. <<

[240] Estas cifras las da R. Carande, *Carlos V y sus banqueros*, III (Madrid, 1968), pp. 16-21, AGS CJH 19 (Ant., sin foliar), «La carta del Consejo de Hacienda que llevó don Fadrique…», 13 de jun. de 1556 (minuta) y la lúcida y detallada exposición del estado financiero del imperio por el propio Felipe II: AGS E513/174, sin fecha pero seguramente del otoño de 1556 y, al parecer, respuesta del rey al Memorial de Manuel Filiberto. <<

[241] Instrucción del emperador de 1543, tomada de J. M. March, *Niñez y Juventud de Felipe II* (Madrid-1941), II, p. 24. <<

[242] En 1573, por ejemplo, el rey calculaba que sus deudas eran

aproximadamente 35.000.000 de ducados en «juros al quitar», pero solamente 296.000 ducados en «juros perpetuos» y 186.666 en «juros de por vida». (*Actas de las Cortes*, IV, p. 91 declaración de hacienda de 7 de agosto de 1573). El interés sobre los juros se expresaba de un modo un tanto desacostumbrado. La fórmula podía ser «juros de a 20.000 al millar», lo que significaba que para conseguir mil unidades de interés era preciso invertir 20.000 unidades de capital, es decir, que el interés era de 1 por 20, equivalente al 5 por 100. Los «juros de a 4000 al millar» rentaban 1 por 14, o sea, el 7,14 por 100. Los «juros de a 10.000 el millar» rentaban 10 por 100 y así sucesivamente. Cuanto menor era el número de unidades de capital «al millar», mayor era la proporción del interés. Un método idéntico seguía el gobierno francés con sus bonos: *rentes au denier* 20 eran bonos de 1 por 20, o sea, el 5 por 100. <<

[243] Véanse A. Castillo: «Dette flottante et dette consolidée en Espagne 1557-1600», *Anuales E. S. C.*, XVIII (1963), pp. 745-759, e ídem, «Los juros de Castilla: apogeo y fin de un instrumento de crédito», *Hispania*, XXIII (1963), pp. 43-70; A. W. Lovett, «The Castilian bankruptcy of 1575 », *Historical Journal*, XXIII (1980), pp. 899-911; y ídem, «The general settlement of 1577», loe. cit., XXV (1982), pp. 1-22. <<

[244] IV de DJ 67/121, don Luis de Requesens a don Juan de Zúñiga, 30 de oct. de 1575; IV de DJ 60/138-43, nota de Felipe II a Antonio Pérez, 23 de marzo de 1576. <<

[245] AGS CJH 632 (Ant. sin foliar), consulta del Consejo de Hacienda, 11 de marzo de 1627. Estimaba el interés devengado desde el 31 de enero al 4 de febrero te 1627 (inclusive) entre 24 y 30.000 ducados. Para los intereses que se exigían sobre asientos individuales, cf. AGS GW72a/1056, sin foliar, con asientos al 7 por 100 en 1567, al 8 por 100 en 1568-1569

(incluso en un gran contrato como el hecho por G. de Salamanca el 30 de oct. de 1569, que era de 600.000 ducados), pero se elevaron al 12 por 100 en 1572-1573 y al 14 o 16 por 100 en 1574-1575. <<

[246] Braudel, *La Méditerranée*, I, p. 467. Según F. Ruiz Martín, *Lettres marchandes échangées entre Florence et Medina del Campo* (París, 1965), p. xxxi, los «juros de resguardo» se dieron por primera vez en 1561. Según dicho autor, el valor facial de los juros excedía con frecuencia la cantidad del empréstito: la razón era sencilla —los juros normalmente circulaban por debajo de la par, pero los banqueros exigían garantías calculadas sobre el valor de mercado, no sobre el valor facial de los títulos (cf. IV de DJ 24/16, Pero Luis Torregrosa a Juan de Ovando, 6 de febr. de 1574). <<

[247] Cf. el ejemplo de un asiento de 400.000 escudos para los Países Bajos que costó al rey el 35 por 100: Braudel, *La Méditerranée*, I, p. 466. <<

[248] AGS E 2853, sin foliar, consulta de una junta convocada por Olivares, 4 de febr. de 1625 (voto del marqués de Montesclaros, presidente del Consejo Español de Hacienda). <<

[249] Cf. las agudas observaciones de F. Braudel y de F. Spooner, en *Cambridge Economic History*, IV (Cambridge, 1967), pp. 447-448. Sobre el impacto inmediato de la llegada de la plata de Sevilla a los mercados de dinero de fuera de España cf. J. Gentil da Silva, *Stratégie des affaires a Lisbonne entre 1595 et 1607* (París, 1962), pp. 31-92. <<

[250] Braudel, *La Méditerranée*, I, p. 450, afirmación que se basa en información asombrosamente amplia. F. C. Spooner, «Venice and the Levant: an aspect of monetary history (1610-1614)», en *Studi in onore di Amintore Fanfan* I, V (Milán, 1962), pp. 645-647, demostró que el 84 por 100 de la

gran cantidad de plata exportada por Venecia entre 1610 y 1614 lo fue en reales españoles. <<

[251] V, Maghaláes Godinho, *L'économie de l'Empire portugais aux XVe et XVIe siècles* (París, 1969), pp. 472-495, explica cómo tuvo lugar este comercio. Amsterdam y Middelburg acapararon tantos reales españoles, que lograron convertirse en los proveedores principales de los «rials» indispensables para el comercio de la Compañía de las Indias Orientales inglesa durante el reinado de Jaime I (K. N. Chaudhuri, «The East India Company and the export of treasure in the early seventeenth century», *Economic History Review*, XVI (1963), pp. 23-38). <<

[252] HMC *De L'isle and Dudley*, III, pp. 274-275, *sir* William Browne, gobernador interino de Flushing, a lord Lisie, 23 de mayo de 1606. <<

[253] La frase es de Quevedo, citada por A. Domínguez Ortiz, «El proceso inquisitorial de Juan Núñez Saravia, banquero de Felipe IV», *Hispania*, XV (1955), pp. 559-581, en p. 561, n. 3. Sobre el lugar que ocuparon los banqueros portugueses en el imperialismo de Felipe IV, cf. A. Castillo, «Dans la Monarchie espagnole du XVIIe siecls: les banquiers portugais et le circuit d'Amsterdam», *Annales E. S. C*, XIX (1964), pp. 311-316, y J. C. Boyájian, *Portuguese bankers at the Court of Spain 1626-1650* (New Brunswick, 1983). <<

[254] AGRB SEG 223/239, don Antonio de Oquendo al cardenal-infante, 24 de sept. de 1639: «Yo traia dos millones de plata para V. A.». La primera vez que se envió un convoy importante de metales preciosos a los Países Bajos directamente por mar fue en tiempos de Felipe IV, en octubre de 1632, después que los asentistas se quejaron a Olivares de que «el hallarse tomados los pasos para la comunicación de Flandes por Italia y Alemana ha estrechado tanto la plaza de Amberes por

no poder remitir a ella los hombres de negocios dinero en pasta, que los tiene bien congojados». En consecuencia, no podían pagar las provisiones. Un año más tarde llegaron a bordo de la flota de Dunquerque 500.000 ducados. (AHN E libro 714, nota de Olivares a Felipe IV en favor de los comerciantes, 5 de oct. de 1632; BRB Ms. 1614748/134-5v, Aytona a Olivares, 5 de nov. de 1633, anunciando la llegada de dinero). Cf. también el artículo de H. W. Taylor, «Trade, Neutrality and the English Road, 1630-1648», *Economic History Review*, XXV (1972), 236-260. <<

[255] BRB Ms. 12428-29/318, copia de una orden del capitán general al pagador general, 13 de jun. de 1642, autorizándole a aceptar depósitos privados. En los años 1642-1645 la pagaduría únicamente recibió 20.413 escudos (menos de 13.000 florines por año) «por vía de depósito a 8 por 100». (AGS CMC 3a/993, «Relación jurada», de T. López de Ulloa). <<

[256] Cf. F. Boersma, «De diplomatieke reis van Daniel van der Meulen en Nicolaes Bruyninck naar het Duitse Leger bij Emmerik, Augustus 1599», *Bijdragen en Mededelingen betreffende de Geschiedenis van de Nederlanden*, LXXXIV (1969), pp. 24-66. <<

[257] Cf. J. H. Elliott, *The Revolt of the Catalans* (Cambridge, 1963), pp. 204-206 y 514-515, y J. Lynch, *Spain under the Habsburgs*, II (Oxford, 1969), pp. 94-101; ninguno de los autores trata la aplicación de la «Unión» al imperio europeo español. Se precisa un mayor estudio sobre la ejecución del proyecto. <<

[258] L. di Rosa, «Crise financiére, crise économique et crise sociale: le royaunme de Napoles (1630-1644)», en *Álbum Charles Verlinden*, I (Gante, 1975), pp. 175-199; y M. Aymard, «Bilancio di una larga crisi finanziaria», *Revista storica italiana*, LXXXIV (1972), pp. 988-1021. <<

[259] Nueva CoDoIn, V, p 233, Requesens al rey, 19 de sept. de 1574. El mismo sentimiento se manifiesta en muchas otras cartas de miembros del alto mando en 1574 cf AA 31/83, Alonso Carnero a J. de Albornoz, 16 de sept de 1574, «No pueden [los soldados] vivir con el sueldo que tienen, porque las vituallas están tan caras que no ay hombre que pueda vivir en Flandes». <<

[260] C. H. Firth, *Cromwll's Army* (nueva ed., Londres, 1962), pp 184-185. <<

[261] Cf. el relato de primera mano del contador de entonces, Antonio Carnero, *Historia* (Bruselas, 1625), pp. 241-242. <<

[262] AGS CMC 2a/4, contiene papeles del tercio de Iñiquez que perdió la paga de los «10 días del Calendario». Para la sugerencia indigna y carente de realismo de Felipe IV, cf. AGS E 2239, sin foliar, Felipe IV al marqués de Santa Cruz 24 de jun. de 1632. El rey ha llegado a introducir un «mes» especial de 42 días para calcular los sueldos de sus ejércitos en España (J. Deleito y Piñuela, *El Declinar de la Monarquía española*, segunda ed., Madrid, 1947, p. 184), pero no quiso introducir en el Ejército de Flandes este *Heeremaand*, aunque se sabía que era la base de la hacienda militar holandesa. Cf. *Guerras*, lib. VII —BAE, p. 100, de don Carlos Coloma, en que se burla de los Estados Generales, que acostumbraban «a pagar a sus soldados con manteca y cerveza; y contra toda buena astrología, a dividirles los meses en cuarenta días». Por supuesto que los holandeses tenían razón… <<

[263] AGS E554/154, Pedro de Paz a Requesens, 15 de nov. de 1573. Exageraba un poco, ya que todas las tropas percibían una paga completa al alistarse —¡aunque frecuentemente fuera la única que veían durante años!—. El regimiento alemán del barón de Polwiller, por ejemplo, cobró una paga completa al alistarse en 1572, pero no volvió a cobrar nada más hasta 1579

(AGS E 580/23), Polwiller a Felipe II, 10 de febr. de 1579; cf. también más adelante, pp. 268-269. <<

[264] Eran frecuentes las quejas de los amotinados porque sus oficiales los azotaban arbitrariamente, cf. AGS E 571/1, minuta de la instrucción de Felipe II a su inspector general, 1567 y 1577. <<

[265] C G Cruickshank, *Ehzabeth's Army* (2.ª ed, Oxford, 1966), p 143. <<

[266] Dos ejemplos: 1) Don Gastón Spínola, maestre de campo, futuro conde de Bruay y consejero de confianza de los archiduques, malversó fondos, según se pudo demostrar, en 1598, por valor de 18.000 florines en sueldos a gente que no eran soldados (AGS E 621, sin foliar, «Relación de las resultas que contra diferentes personas se han sacado», un *catalogue raisonnée* de casos de fraude y corrupción descubiertos por la Real Comisión de Investigación en los Países Bajos —la «Visita»— 1598-1601); 2) Don Sancho Martínez de Leyva, hermano del héroe de la Armada don Alonso, fue enviado a prisión por embolsarse 10.000 florines destinados a sus hombres (AGS E 607/71-2 y 212, interrogatorios hechos a algunos de los soldados de Leyva, y AGRB SEG 15/172v, Orden de 19 de nov de 1594). <<

[267] Nueva Co Do In, I, p 371 Requesens al rey, 16 de marzo de 1574. <<

[268] Blaise de Vigenére, *L'Art militaire d'Onosender* (París, 1605), pp. 272 y 272v. Cf. declaraciones idénticas del escritor militar alemán Reínhard de Solms (véase en Redlich, *The German Military Enterpriser*, I, pp. 132-133) y de Michel le Tellier, secretario de estado francés para la guerra «Les soldats, qui bien loin de ménager aucune chose, consomment souvent en un jour ce qui leur est donné pour dix, n'auroient jamáis de quoi se pourvoir d'habits ni de chaussures» (citado por L.

André, *Michel le Tellier et l'organization de L'armée monarchique* [París, 1906], p. 341). <<

[269] El pan debía contener una tercera parte de centeno y dos terceras partes de trigo, pero en ciertos períodos «en que los soldados españoles e italianos estaban separados de las otras [naciones] […] se les puede dar pan de trigo puro sin mezclas de otros componentes». (AGRB SEG 20/l44v-8, Orden de 10 de enero de 1602). Para una justificación filosófica de la alimentación de las tropas con pan mezclado, cf. Vigenére, *L'Art Militare*, pp. 636v-637v: el pan con mezcla era más barato que los panes de trigo puro y duraba más, además el centeno era más adecuado (*plus propre*) para trabajadores. <<

[270] *Don Quijote*, II, cap. 55. En la década de 1590 la provisión anual de pan para un hombre costaba seis escudos (quince florines —AGRB SEG 15/112v) y en la década de 1630 costaba doce escudos (treinta florines —SEG 217/461). La ración diaria de una libra y media que recibía un soldado era superior a la de un pobre de Amberes quien, en el siglo XVI, podía subsistir con una libra diaria (E. Scholhers, *De Levensstandaard in de XVe en XVIe eeuw te Antwerpen* [Amberes, 1960] pp. 60-61). <<

[271] AGRB SEG 236/73-7, el marqués de Castel Rodrigo (capitán general) al rey, 18 de jul. de 1646. <<

[272] Al «basto, negro y mal pan» proporcionado al ejército en 1631, por ejemplo, se achacó en buena parte la «pestilencia» que padeció el ejercito durante el verano (AGRB CPE 1500/40, papel del veedor general, 29 de febr de 1633 y f 198, P Roose al rey, minuta, 3 de dic de 1637). En 1574 los amotinados españoles aseguraban que la ración de pan que se les daba «ha sido y es tal, y hecho de tales pastas, que ha causado pestilencia grande» (AGS E 560/13, carta de los amotinados de Hollanda a Requesens, 7 de nov de 1574).

Dado que el «pan de munición» contenía centeno es probable que la pestilencia haya sido ergotismo, enfermedad producida por la ingestión de espigas de centeno infectadas. <<

[273] AGS GA 1017, sin foliar, el duque de Feria al rey, 17 de sept de 1630. <<

[274] El primer asiento para «vestidos enteros» se firmo el 6 de febr de 1594 (AGRB SEG 15/31v-2v, más detalles sobre contratos posteriores se encuentran en SEG 15/33-4, 17/223-4, 20/36-7, etc). En el transcurso de 1607 los asentistas entregaron al ejército no menos de 9000 equipos de ropa completos, asi como telas (todas inglesas) por valor de 559.000 florines (AGS E 2290/15, «Relación del Paño»). <<

[275] La «croix rouge» de San Andrés y Borgoña fue la «marca divisa» de las tropas de Felipe II en los años 1550 y después de 1567 (AE Ginebra, PH 1825, sin foliar, bailío de Gex al Consejo de Ginebra, 12 de abr de 1567). Las ordenanzas del Ejército de Flandes en 1596 decretaban que todos los soldados debían llevar «L'escharpe rouge dessus ses armes ou cassaque, et celluy qui n'aura point d'escharpe rouge portera une croix rouge á descouvert, et qui n'aura cene marque sera tenu pour ennemy et traite comme tel» (BRB Ms 12622-3 l/177-200v, Edicto de 27 de mayo de 1596, clausula 41). Cf la cruz roja y banda roja de todas las tropas españolas en los retratos de los pintores militares de Amberes, Vranckx y Snaeyers. <<

[276] Estas dos citas, una de un manuscrito de 1610, la otra de *El Guzmán de Alfarache*, aparecen en Deleito y Piñuela, *El Declinar*, pp 177-178. <<

[277] Para la historia de como «los sacristanes» y «los almidonados» recibieron esos nombres, cf Alonso Vázquez, *Los Sucesos* (Co Do In, LXXIII), p 323. Hay un interesante paralelo con los dos estilos predominantes en el vestido en la España de aquel mismo tiempo, cf B Bennassar, *Valladolid au Siecle d'Or*

(París, 1967), p. 463. <<

[278] March, *Don Luis de Requesens*, p. 141, n. Cf. AGS E2289/5G-7, revista del ejército, 18 de marzo de 1607: la caballería sumaba 4164 hombres, de los cuales, 795 eran de «a pie» y 195 de «mal a cavallo». <<

[279] AGS CMC2a/883, sin foliar, Alonso de Alameda a F. López del Campo, presidente del «Tribunal de las Quemas de Flandes», 11 de jun. de 1582. Cf. C. G. Cruickshank, *Army Royal* (Oxford, 1969), pp. 41-42, y R. E. Scouller, *The Armies of Queen Anne* (Oxford, 1966), 166, donde se habla de las mismas prácticas en el ejército inglés. Existen unas raras ilustraciones de estas primitivas barracas en C. O. Danacháir «Representations of Houses on some Irish maps of c. 1600», en G. Jenkins (ed.), *Studies in Folk Life* (Londres, 1969), lámina contigua a la p. 63 y en pp. 93-94. <<

[280] AGRB Conseil des Finances 323, sin foliar, contiene correspondencia sobre la construcción y reparación de barracas en muchas ciudades del sur de los Países Bajos. En 's-Hertogenbosch, las «barraken binnen de Stad» son descritas por C. J. Gudde, *Vier eeuwen geschiedenis van het garmzoen 's-Hertogenbosch* ('s-Hertogenbosch, 1958), p. 31. Hay una extensa información sobre las barracas construidas en Breda después de su toma por Spínola en 1625 en *Gemeente Archief, Breda*, nr. 406, pp. a, b y c. La barraca doble para ocho personas fue incorporada en las instalaciones militares mayores en el siglo XVIII. Unas de las primeras de éstas fueron las Barracas de Ravensdowne en Berwick-on-Tweed (construidas en 1717-1721) constaban de dos filas que podían acomodar a 600 hombres cada una, y se dividían en habitaciones para cada ocho hombres. <<

[281] Cf. la ilustración de las instalaciones militares en la ciudadela de Gante en A. Sanderus, *Flandria Illustrata*, I

(Colonia, 1641), p. 148. Para el mobiliario proporcionado por los magistrados de Amberes a la nueva ciudadela después de 1569, cf. E. Rooms, «Politieke, sociale en economische studie van het garnizoen van Antwerpen…, 1567-1577» (Gent licenciaatsverhandeling, 1969), pp. 184-186. <<

[282] AGRB Audience 1995/2, sin foliar, Visita de la guarnición de Nieuwpoort, 5-7 de enero de 1631. Cf. también AD Saboya, SA 7551, relación de los alojamientos dados a las tropas españolas en Módane (en el Maurienne) en 1620: 10.560 personas fueron alojadas en 2054 casas (en el curso de varias semanas) a un promedio de más de cinco por casa. <<

[283] Esta practica parece haber comenzado entre los españoles en Italia, cf AGS CMC la/1491, sin foliar, orden del duque de Alba, 1 de nov de 1552, estableciendo un hospital en el sitio de Metz, que sería financiado mediante la «limosna» de un real al mes por cada hombre, «como en las jornadas y exercitos passados se ha hecho y acostumbrado de hazer y hazen assi en Ytalia como en Alemania y Flandes». Parecido al «National Insurance Stamp» del sistema de beneficencia actual en Inglaterra, el «real de limosna» pagaba solo un tercio del coste total del servicio médico El resto lo ponía directamente el gobierno, en realidad el sostenimiento del hospital militar costaba anualmente unos 100.000 florines (AGS CMC2a./2, el pagador general Unceta pagó 172.010 escudos de 50 placas al hospital entre 1603-1608, CMC3a/975, el pagador Lira pagó 346.802 escudos entre 1634-1641, un 1 por 100 aproximadamente deí total de gastos de la pagaduría). <<

[284] Véase L Van Meerbeeck, «L'Hopital royale de l'armée espagnole a Malines en l'an 1637», *Bulletin du Cercle archéologique de Malines*, LIV (1950), pp 81-125, ídem, «Le service sanitaire de l'armée espagnole des Pays-Bas á la fin du XVI[e] et au XVII[e] siécles», *Revue Internationale d'Histoire*

Militaire XX (1959) pp 479-493, y D Goodman, *Power and penury. Government, science and technology in Philip II's Spain* (Cambridge, 1988), p 23. <<

[285] AGS E 564-134, Requesens al rey, 4 de nov de 1575. <<

[286] BPU Ginebra, Ms. Favre, 60/104-10, Visita de los soldados heridos, mayo de 1574. Todas las víctimas fueron repatriadas, o bien se les concedió plaza en una guarnición segura. AGRB SEG 17 y 18 registra 386 casos de soldados licenciados del ejército en 1596-1599 por diversas razones (no todas relacionadas con la mala salud). De éstos 142 (el 36 por 100) tenían cicatrices o heridas en la cara que ya no se les borrarían y algunos tenían «la frente llena de heridas», o tenían la cara «muy fea de heridas». Un 5 por 100 había perdido la visión de uno o de los dos ojos, el 7 por 100 tenía una pierna gravemente herida o le faltaba, y el 17 por 100 había perdido un brazo o el uso de él. Una vez más, los cirujanos del ejército habían salvado la vida de heridos graves. <<

[287] AGRB CPE 1574/81-99, memorial de P. Roose, 28 de enero de 1640. <<

[288] AGRB SEG 17 y 18, análisis de 386 «licencias» registradas entre 1596-1599. <<

[289] La partida de 1275 escudos de 50 placas que cada mes de abril pagaba el tesoro militar aparece en las cuentas del pagador Ulloa 1645-1648 (AGS CMC3a/937), en las del pagador Diego Enríquez de Castro, 1668-1671, se reduce a 1200 escudos. El tratamiento parece que fue una combinación de baños de vapor, cauterización y esterilización, lo cual, si bien no podía curar a las víctimas, por lo menos los hacía útiles para poder servir en otra campaña. <<

[290] V L. Kellogg, *Military Selection and Race Deterioration* (Oxford, 1916), p. 194. <<

[291] AGRB SEG 43 (Registro de órdenes, 1643-1644) registra,

por lo menos, seis casos de soldados licenciados del Ejército a causa de «el mal de corazón». SEG 37/148 registra una licencia del ejército de un hombre de cuarenta y dos años, que «Por hallarse roto y con otros achaques está inútil». Las enfermedades psicológicas eran, sin duda más comunes entre los soldados reclutados o enrolados contra su voluntad y enviados luego a los Países Bajos (cf. pp. 79-81). <<

[292] Van Meerbeeck, «Le service sanitaire», p. 493. <<

[293] El primer «cuartel general» fue negociado el 29 de octubre de 1599 por el general en jefe español, el almirante de Aragón. El cuartel volvió a ser concedido en 14 de mayo de 1602 y el 18 de octubre de 1622 (ARA *Staten van Holland*, 2604, no. g., y BRB Ms. 12622-31/273-5v, copia). En el siglo XVI el rescate e intercambio de prisioneros fue negociado por separado entre los gobernadores de las ciudades rivales, pero en 1567-1576 y en 1593 no se concedió cuartel en las guerras. El duque de Alba, por ejemplo, colgó a todos los soldados holandeses que cayeron en sus manos (AGS E 561 /167, Alba al rey, 7 de jul. de 1573). Ejecutó incluso a la guarnición de Haarlem cuando la ciudad se rindió bajo condiciones (con lo cual se endureció le resistencia de todas las demás guarniciones «rebeldes»). Parece que esto no ocurrió nunca en la guerra de los Ochenta Años después de 1600 (aunque sí ocurrió en Alemania, cf. Redlich, *German Military Enterpriser*, I, p. 479). Se podía libertar a los prisioneros de guerra, pero «siempre han de salir a los que assi se les diere livertad por las partes mas remotas, como se acostumbran, de manera que no se puedan fácilmente volver» (AGS E 2251, sin foliar, Felipe IV a don Francisco de Meló, 17 de mayo de 1644, minuta). <<

[294] Cf AGRB SEG 11/150 y 163v-4, ordenes de 2 y 17 de marzo de 1589 sobre el rescate de 500 prisioneros de la armada en poder de los holandeses e ingleses AGRB Amiraute 61, sin

foliar, que contiene cuatro listas juntas de soldados rescatados «Relación» de 10 de febr de 1601 (139 prisioneros rescatados por 161 572 f), «Los prisioneros que los baxeles de guerra […] han tomado», 18 de marzo 1601 (95 prisioneros a 80 949 f — en realidad, estos hombres eran cambiados por prisioneros españoles capturados por los holandeses en la batalla de las Dunas), «Dése naervolghen persoonen zijn op huyden», 10 de nov de 1600 (87 personas por 135 400 f), «Lyste van al de ghevanghenen uuyt zee opgebrocht», 1597-1599 (104 personas por 138 200 f) Finalmente, AHN E libro 969, sin foliar, don Miguel de Salamanca a Olivares, 25 de Jun de 1641, minuta. <<

[295] AGRB SEG 175bis/46, orden del archiduque Alberto, 10 de Jun de 1609, de pagar los sueldos atrasados a los soldados que estaban en cautiverio (renovada el 10 de julio de 1610, SEG 24/41 lv), SEG 43/186v, orden de F de Meló, 19 de nov de 1643, de proporcionar pan a las esposas de los prisioneros Además del pan y del «servicio», las esposas de los soldados que estaban en manos del enemigo, así como las viudas y huérfanos de soldados, recibían limosnas del gobierno de vez en cuando que distribuían generalmente los capellanes (cf AGRB *Jesuites, College de Bruxelles* 1968, en que se contienen muchos papeles sobre la entrega de limosnas). <<

[296] AGS CMC 2a/1, sin foliar, los pliegos de asiento del tercio de Nápoles: 169.780 escudos de 39 placas pagados a 1428 hombres, 7897 escudos pagados por 396 muertos. Cf. también CMC 2a/79, sin foliar, orden de Requesens, 28 de agosto de 1574, prohibiendo al pagador general seguir pagando a los legatarios de soldados fallecidos, a menos que lo aprobara el auditor, Pareja, y CMC 2a/9, sin foliar contrato de Requesens con L. Spínola y T. Fieschi, 8 de nov. de 1574, para pagar los testamentos de los soldados muertos que habían sido comprobados. La situación general de los soldados que morían

en el servicio la dejó clara el capitán general Fuentes en una concisa nota a los amotinados de Zichem el 26 de agosto de 1595: los atrasos de los que dejaron herederos y testamentos serían pagados, pero «de lo demás es heredero el Rey» (AGS CMC2al6, sin foliar, tercer grupo de artículos intercambiados entre el gobierno y los amotinados). <<

[297] AGS E 553/89, Felipe II a Alba, minuta 17 de marzo de 1572. A la sazón, la paga del capellán eran tres escudos, como la de un soldado raso, y don Sancho de Londoño insistía en que debía aumentárseles el sueldo (en realidad Parma lo dobló en 1583), a fin de evitar el confiar los sacramentos y la cura de almas a «idiotas y irregulares, como es de creer que lo son los mas de los que acuden a servir por tres escudos». (Londoño, Discurso, p. 8v.). <<

[298] Cahier Van Der Essen, XXV, pp. 5 y 25-27, contiene copias de documentos relativos a estos caballeros, procedentes del Archivo de Nápoles, ahora destruido, Carte Farnesiane, fascio 1631 A. Cf. también J. Schoonjans, «Castra Dei», en *Miscellanea Histórica in Honorem Leonis Van Der Essen* (Lovaina, 1947), I, pp. 523-540. <<

[299] BNM Ms., 5785/86-96, don Francisco de Bobadilla (maestre de campo) a García de Loaysa, confesor del rey, 9 de jul. de 1586. Desgraciadamente, no existe una manera clara de medir la cultura en el ejército: la mayor parte de los testamentos han llegado hasta nosotros sólo en copia, generalmente sin nota alguna de si el soldado firmó o simplemente señaló su aprobación. Sólo se puede afirmar lo que es obvio, es decir, que seguramente muchos soldados sabían escribir el nombre e incluso escribir una carta, o que la mayor parte de ellos probablemente no sabían ni lo uno ni lo otro. <<

[300] Había 24 jesuitas pagados por el ejército después de 1585 (con la flota más) y 12 franciscanos después de 1599 (AGRB

Jesuites, Bruxelles 1969 y SEG 19/139v). Hay un interesante estudio sobre la actividad de los capellanes adscritos a la flota de los Países Bajos españoles: E. Hambye, *L'aumônerie de la flotte de Flandre au XVII^e siècle* (Lovaina, 1967). <<

[301] BRB Ms. 12622-31/201-8, ordenanza del archiduque Alberto sobre organización militar, 28 de oct. 1596, cláusula 4: «Que ninguna persona ecclesiástica a título de capellán, confessor o testamentario se apodere de los bienes de la tal persona militar difunto». <<

[302] Información de AGRB Tribunaux Militaires, 24, 279 y 280. <<

[303] AGRB Tribunaux Militaires, 22, «Registro donde se notan y escriven los testamentos que en esta Adiutoria General se aprovaron y las personas que fueron legitimadas para cobrar sueldo de difunctos» de mayo de 1604-abr. de 1606). <<

[304] AGS E634/74, propuestas de Spínola para reformar el Ejército de Flandes, 1 de ener. de 1605 (p. 2, n. 4); B. de Vigenére, *L'art militaire*, f. 272-v. <<

[305] AGS E2028, sin foliar, el veedor general Benavente al rey, 29 de mayo de 1614. <<

[306] Incluso uno tan chovinista como Esteban de Ibarra, quien no considero necesario aprender francés en 1568-1573 en que fue secretario de don Fadrique de Toledo, se esforzó por dominar este idioma después de 1594 (y lo consiguió). cf varios ejemplos del progreso del estilo de su francés escrito en su correspondencia con el conde Hermann van den Bergh, RA Arnhem, Archief… Berg 528-530. <<

[307] Coloma, Las Guerras, lib XII (BAE, p 186), AGS E 598/125, Parma al rey, 21 de oct. de 1590, notaba «que todas las naciones y en particular la española llama su casa» a los Países Bajos —Felipe II, claramente molesto por ello subrayo el pasaje. <<

[308] Cf. Lefevre, «La compénétration hispano-belge aux Pays-Bas catholiques pendant le 17e siecle», RBPH, XVI (1937), pp 599-621, sobre la cuestión lingüística, cf J Herbillon, *Éléments espagnols en Wallon et dans Le Français des anciens Pays-Bas* (Lieja, 1961). <<

[309] De AGRB Tribunaux Militaires, 22. <<

[310] Stadsarchief Amberes, *Parochieregister*, 167, «Registro de los que se baptizan, casan y entierran en la iglesia parochial de San Phelippe del castillo de Anveres» (1599-1658), ff 88-145 y 222-46v. <<

[311] Cf, por ejemplo, la desaprobación del cardenal Granvela (Piot, *Correspondance de Granvelle*, IV, pp 581-582, carta al rey, 11 de oct de 1573). Las ordenanzas militares de 1632 decretaban que sólo se permitiría casarse a uno de cada seis hombres (AM Besançon, Ms Chifflet 63/1-26, Ordenanzas Militares, 28 de jun de 1632). En una reunión del Consejo de Estado en 1623, don Fernando Girón, veterano de Flandes, se quejaba de que la mayor parte de los soldados «son casados y cargados de hijos y con gente tal no se puede hazer buenos efetos, porque las mugeres ayudan a los motines yncitando a sus maridos a que se amotinen con la necessidad que padezen y la que ven padescer a sus hijos» (AGS E 2037/11, consulta al Consejo de Estado, 14 de abril de 1623). <<

[312] H J C Grimmelshausen, *Simplicius Simplicissimus*, IV, 7 (ed ingl, trad ATS Goodrick [Londres, 1924], pp 254-257). <<

[313] Stadsarchief Amberes, *Parochieregister*, 167, ff 4-87v. Véase más detalles en G. Parker «New Light on an old theme Spain and the Netherlands 1550-1650», *European History Quarterly*, XV (1985), p 220. <<

[314] En la década de 1550 en los Países Bajos había cinco por compañía (AGS E 502/137, españoles alojados en Cambrai), seis por compañía en 1574 (AGS CMC 2a/21, orden de

Requesens, 12 de jul de 1574), ocho en el ejercito de Lombardía (AS Alessandria, Allogiamenli AI133, orden del capitán general, 18 de sept de 1559). Para las fuentes literarias que recomiendan ocho prostitutas también por cada cien soldados cf J Almirante, *Bibliografía militar de España* (Madrid, 1876), p 446. <<

[315] BRB Ms 12622-3 l/177-200v, ordenanza del archiduque Alberto sobre disciplina militar, 27 de mayo de 1596, cláusula 30. <<

[316] C A Campan (ed), *Bergues sur le Soom assiégée* (1622, ed. Bruselas, 1867), p 247. <<

[317] Gudde, *Vier eeuwen geschiedenis van het garnizoen 's-Hertogenbosch*, p. 29. para un ejemplo de ios seguidores que acompañaban al ejercito español en sus marchas, para Lombardía, AS Alessandria Allogiamenli, 4/133-5v orden de 18 de sept de 1559, y 10/622-3v, orden de (?) enero de 1584. <<

[318] Piot, *Correspondance de Granvelle*, VI, p 212, Morillón a Granvela, 22 de abril de 1577. Mas amplia información sobre los «mozos» cf M de Isaba, *Cuerpo enfermo de la Milicia española*. (Madrid, 1594), p 29v-31, y Londoño, *Discurso*, f 18v. <<

[319] Cf F Redlich, «Der Marketender», *Vierteljahrschrtft fur Soztal und Wirtschaftlich Geschichte* XLI (1954), pp 227-252, e ídem, *De Praeda Militan Looting and booty, 1500-1815* (Wiesbaden, 1956), pp. 48-50, en que describe en términos generales el papel del vivandero. En la replica de juguete de Struzzi del Ejército de Flandes «son también mucho de ver las barracas y oficinas de los vivanderos que venden las vituallas, con sus insignias y tablillas a las puertas, y con sus mesas, al uso de la licia dispuestas» (A Struzzus, *Imago milittae auspicis Ambrosit Spinolae* [Bruselas, 1614], sin paginar). Un ejemplo de los que un capitán llevaba consigo en el frente, véase en AGRB

Tribunaux Militaires, 24 (2), subasta de los bienes del capitán Hierónimo de Ysla, 25-26 de abril de 1596, en el campamento frente a Calais. Solo sus ropas se vendieron en 60 escudos, el caballo y la carreta en 112 (fueron comprados por un vivandier), sus dos caballos en 75 escudos; las 38 onzas de plata del capitán valieron 34 escudos, la cadena de oro 277. Llevaba encima en metálico 227 escudos Además, el capitán tenía pertenencias por valor de 33 escudos en Bruselas y 300 más en un banco, se le debía una cantidad importante de atrasos, pero «perdonó» al rey 500 escudos de esto que se le adeudaba, «por otros tantos que le soy en cargo» (¿conseguidos indebidamente pasando revistas falsas?). El total de lo que poseía el capitán, que procedía de una conocida familia, pero que eran hidalgos pobres ascendía a casi 1200 escudos, sin contar los sueldos atrasados. <<

[320] Las mejores descripciones del «camarada» se deben a dos escritores franceses De Vigenére, *L'art militaire*, p l49v-150, y F de la Noue, *Discourses politiques et militaires*, discurso 16. También en el ejército inglés había «camaradería» (Cruickshank, *Elizabeth'i Army*, pp 142 y 194). También parece que existió entre la tripulación del navío de guerra sueco que naufragó, el Vasa entre los restos del naufragio se encontraron pequeños toneles conteniendo dos escudillas de madera, una jarra de madera (para la cerveza) y siete cucharas. Sin embargo, este fenómeno se dio, más que en ningún otro, en el ejercito español. Aunque en 1574 un capitán general nuevo observó que los españoles de los Países Bajos «no tienen la orden de camaradas que en otras tierras solían» (AGS E 560/142, Requesens al rey, 8 de jul de 1574), nosotros hemos podido confirmar que los 18 españoles de la guarnición de Dunquerque que murieron alrededor de 1590 nombraron a 39 ejecutores, de los que 22 eran camaradas (AGS CMC 2.ª/76, segundo legajo, que contiene los testamentos originales).

Asimismo, de los 133 españoles e italianos, cuyas últimas voluntades fueron comprobadas en 1604-1606, 28 (el 21 por 100) dejaban dinero a sus camaradas (AGRB Tribunaux Militaires, 22). Cf, finalmente, las observaciones y citas de F Picatoste y Rodríguez, *Estudios sobre la grandeza y decadencia de España, los españoles en Italia* (Madrid, 1887), II, pp 24-25. <<

[321] Cf. La queja de Coloma, *Las Guerras*, lib II (BAE p 20) y también mas adelante, p 265-266. Sobre los nombres de los tercios, cf. los interesantísimos detalles que da Alonso Vázquez, *Los Sucesos* (Co Do In, IXXIII), pp 322 324. <<

[322] Nueva Co Do In, II, pp 197-199, copia de la arenga de Requesens de 24 de abril de 1574. <<

[323] Nueva Co Do In, II, pp 197-199, copia de la arenga de Requesens de 24 de abril de 1574, citado de Gudde, *Vier Eeuwen*, pp. 21-23. <<

[324] La bula original de Sixto V, estableciendo la *Confraternitas Sanctissimi Sacramento ínter milites*, está en AGRB *Jesuites*, Bruxelles, 1966, sobre la *Confrérie* de la *Sainte-Barbe* para la artillería de Malinas, *Jesuites*, Bruxelles, 1965 Había una *Cofradía de Nuestra Señora del Rosario* en la mayor parte de las ciudades de guarnición con tropas españolas, la capilla principal de la Cofradía, en Bruselas, recibió un subsidio de 250 florines mensuales de la pagaduría desde 1627 en adelante (AGRB SEG 53/58-vo, orden de 25 de marzo de 1656). <<

[325] Los pastores protestantes que relataron el sitio de Bergen-op-Zoom llamaron la atención sobre el número de imágenes que llevaban los sitiadores (Campan, *Bergues sur le Soom*, pp 215-216). Para los legados, cf 18 soldados españoles que murieron en Dunquerque entre 1588 y 1596, que dejaron un total de atrasos de 5862 florines, de esta cantidad total, dejaban 316 florines a la Cofradía del Rosario de Dunquerque, 588 florines al monasterio de franciscanos de la ciudad y 1447

florines en limosnas para los pobres y para obras pías —lo que representaba un total para obras piadosas de 2351 florines, equivalentes al 41 por 100 del total (AGS CMC 2a/76, legajo segundo). Cf también los legajos para obras de caridad y para la iglesia en la figura 15. Pero hubo excepciones, aun cuando estuvieran ya a las puertas de la muerte, a este cuadro de generosidad y piadosa resignación en el lecho de muerte. El impenitente soldado Bartolomé Cedrellas no se arrepentía de su vida pasada, su última voluntad y testamento de 21 de sept de 1593 contenía la clausula siguiente «ítem Digo y declaro que yo e tenido en mi poder a una muger llamada Maria con la cual e tratado y ella dize estar preñada de mi. Si acaso lo stuviere como ella lo dize, quiero y es my voluntad que lo que ansí pariere aya y heredo todos mis vienes […] adviniendo primero que la primera vez que yo la conozi y trate con ella fue el día de San Pedro próximo passado deste presente año, y viniendo a parir, hecha quenta en tiempo conforme a lo dicho, lo admitan y tengan por mío y de otra manera no». Si, efectivamente, sucedía esto, el hijo de Cedrellas sería el heredero, si no, el dinero (192 florines) no sería para María, sino para el monasterio franciscano y para la Cofradía del Rosario de Dunquerque (AGS CMC 2a/76). <<

[326] AGS E K 1508/46, el arzobispo de Cambrai a don Francés de Álava, 16 de agosto de 1567 (copia), L P Gachard, *Correspondance de Philippe II*, I (Bruselas, 1848) p 565, Jean de Hornes a Arnold Munten, 25 de agosto de 1567, y Co Do. In, XXXVII, pp 17-21, Alba al rey, 8 agosto 1567. <<

[327] Sobre el fenómeno del picaro, cf las brillantes páginas de Bennassar, *Valladolid au Siecle d'Or*, pp 548 - 555. <<

[328] El famoso manifiesto de reforma de M González de Cellongo, *Memorial de la política necessaria y útil restauracion a la República de España* (Valladolid, 1600), arrojaba también

una poderosa luz sobre la separación de la sociedad castellana en ricos y pobres, con la consiguiente pérdida del «pueblo medio» (f 56-56v). Pienso que este desarrollo tanto en el Ejército de Flandes como en Castilla dio impulso al pícaro. <<

[329] Váquez, *Los Sucesos* (Co Do In, LXXIII), p 323. Creo que el pasaje se refiere al baile masculino (corriente todavía en Grecia y en algunas partes del sur de España). Peor aún que la experiencia de los voluntarios de Manrique fue la del tercio de don Antonio de Zuñiga, reclutados también expresamente para invadir Inglaterra, que viajo por el «Camino Español» en 1587. El duque de Parma decía al rey «No solo vienen desarmados pero desnudos y mal tratados, que es la mayor lastima del mundo, y tanto que no creo que se aya jamas visto tanta miseria en la Nación, lo cual allende de la compasión. Me tiene corrida que ayan sido vistos por donde han passado soldados de V Magd y de la Nación tan hechos pedaços y tan maltratados, que vienen tan flacos y desfigurados que no serán de servicio por muchos días» (AGS E592/1-41, Parma al rey, 14 de nov de 1587). <<

[330] Sobre botín, cf. F Redlich, *De Praeda Militan looting and booty 1500-1815* (Wiesbaden, 1956). Sobre las condiciones en que una ciudad podía o no podía ser saqueada legalmente en el siglo XVI, cf la serie de artículos de L Van Der Essen, «Kritische studie over de oologsvoermg van het Spaanse leger in de Nederlanden tijdens de XVI e eeuw, ni de bestraffing van opstandige steden» *Mededelingen van de Konjnklijke Vlaamse Academie Letteren*, XII (1950), XIV (1954), XV (1955) XVII-XXII (1955-1960), nueve artículos. Por supuesto, cuando el Ejercito de Flandes estaba a la defensiva no podía haber botín. <<

[331] Gemeente Archief, Breda, nr 239/35 y 43, «Schulden van de Spaengnaerden» (31.119 florines adeudados a varios

ciudadanos de Breda por la guarnición española entre 1567-1577 que nunca fueron pagados) y nr 409-A2 y Cl (certificados originales de los comisarios españoles de revista de los servicios y forraje proporcionado a la caballería ligera, deducidos de la paga de la tropa y reembolsables —aunque no lo serían— por el gobierno. 6369 táleros de 32 placas, o 10 190 florines). <<

[332] AGS CMC la/1726, «Datta» de Juan de Lastur a la infantería española AGS E 590/7 y 47, revista de los veteranos. <<

[333] AGS CMC 2a/3 (Motín de La Chapelle), 2a/47 (Motín de St. Pol), y AGS E619/7. <<

[334] Para el «fenecimiento de cuentas» de 1577 —632.971 escudos de 39 placas— cf más adelante. Sobre el equipaje, AS Milano, *Militare*, PA 165 bis, sin foliar, «Rotullo delli mulli venuti da Chiamberi» (1577, este documento fue puesto generosamente a mi disposición por el profesor D. Sella). El peso exacto del bagaje fue de 9017 *rubbi* de 640 libras. La referencia bíblica es de AGS E 573/218, Jerónimo de Roda a Gabril de Zayas, 28 de marzo de 1577. Lo cierto es que los magistrados de Amberes intentaron sin éxito impedir que se diesen facilidades de cambio a los españoles «con el fin de evitar el transporte de mercancías fruto del saqueo y del pillaje y para que no sacasen mercaderías de la ciudad», pero hubo que renunciar a la medida. (Gachard, *Correspondance de Philippe II*, V (Bruselas, 1879), p. 551 y nota). <<

[335] Campan, *Bergues sur le Soom*, pp. 321-322, queja de algunos desertores españoles. <<

[336] Para la significación de esto, cf. Salomón, *La Campagne de Nouvelle Castille*, pp. 213-251, en que estima que el 50 por 100 de los ingresos de cada campesino «iba a enriquecer a las clases no campesinas» (p. 250).< <<

[337] Salomón, ibíd., p. 276. <<

[338] Didier, *Lettres et Négociations de Claude de Mondoucet*, I, pp. 87-90, carta a Carlos IX, 8 de nov. de 1572. <<

[339] Véase también, Parker, «New light» y *Revolución militar*, cap. 2; y González de León, *Road to Rocroi*. <<

[340] AA 33/156, Hernando Delgadillo a Juan de Albornoz, 9 de jul de 1574. <<

[341] Cervantes, *Novelas Ejemplares. El Licenciado Vidriera* (ed. Clásicos Castellanos pp. 14-16); RA Arnhem, *Archief… Berg*, 530, sin foliar, el conde Hermán van den Berg al conde de Fuentes, 24 de jun. de 1595; C. A. de Croy, *Mémoires guerriers* (Amberes, 1642), p. 70. <<

[342] Cf. p. 217, núm. 53 supra/arriba <<

[343] Palabras de un observador del ejército francés en abril de 1917, en vísperas de una serie de importantes motines. Estos han sido meticulosamente estudiados por G. Pedroncini, *Les mutineries de 1917* (París, 1967) —cf. para la cita la p. 134— y presentan un interesante paralelo con los motines del Ejército de Flandes. <<

[344] Coloma, *Las Guerras de los Estados Bajos*, lib II (ed BAE, p 19), A Vázquez, *Los sucesos de Flandes y Francia* (Co Do Ln, LXXIII, 414-419). En el motín del tercio de Italia en 1574-5, los mosqueteros y arcabuceros favorecieron un acuerdo rápido con el gobierno, aunque los piqueros y los alabarderos retrasaron durante algún tiempo (AGS E 560/39, «Copia de cartas», carta de P de Paz, 24 de nov de 1574). Estas divisiones entre los diferentes grupos surgen a cada paso durante los motines. Por ejemplo, el motín de Kortrijk en 1590 acabó debido a la ruptura violenta entre los piqueros y los enviados del gobierno, ya que no se ponían de acuerdo sobre la aceptación o no de las condiciones de éste «Havia llegado a tanto extremo que los arcabuzeros y mosqueteros respondieron

que se fuesse luego, y las picas no, y sobre si avia de hazerlo o no se dividieron en esquadrones en la plaza de la villa donde se avian juntado y començaron a darse la batalla entre ellos». Solo la aparición de un emprendedor y animoso capellán, avanzando hasta el medio de ellos con el Santísimo Sacramento en sus manos, pudo poner fin a la refriega. Los soldados cayeron de rodillas y los piqueros, mordiéndose el orgullo, aceptaron la oferta (AGS E 598/82, Parma al rey, 26 de jun de 1590 A Carnero, *Historia*, pp 241-242). <<

[345] Guido Bentivoglio *The history of the wars of Flanders*, I, VIII (ed íngl, Londres, 1678, pp 109-110), excelente descripción de la estructura de los motines de Flandes El relato que sigue se basa en los documentos mismos del ejercito relativos a los motines, por fortuna, son particularmente ricos para las revueltas militares mas importantes de Amberes (1574), de Holanda (1575), de Zichem (1595-1596) y de Hoogstraten (1602-1605). <<

[346] AGRB MD 206/46 y 50, el archiduque Alberto al conde Mansfelt, febr de 1603; M A Arnould, «Une requéte medite des habitants de Gosselies aux Archiducs», en *Etudes d'Histoire et d'Archéologie Namuroises dediées a F Courtoy* (Gembloux, 1952), pp 705-710. El pequeño pueblo de Gosselies fue obligado a pagar 600 florines en concepto de *brandschatting* de una vez y 100 florines en contribuciones mensuales. Para información mas abundante de primera mano sobre este motín, cf Croy, *Mémoires guerriers*, Croy fue rehén de los amotinados durante once meses, y A Louant *Correspondance d'Ottavio Mirto Frangipam, premier nonce de Flandre (1596-1606*), III (Wetteren, 1942), pp 797-856, la correspondencia de Frangipam con los amotinados en 1602-1603 (28 cartas). <<

[347] Carnero, *Historia*, pp 253-254. Los amotinados de Weert en 1601 amenazaron con atacar incluso a las tropas regulares

que se acercaban a «su territorio» —los pueblos donde ellos cobraban contribuciones. Advirtieron a un jefe del gobierno «Es nuestra intención asegurar con todas nuestras fuerzas que ni las tropas de Su Majestad ni las de los archiduques ni las del enemigo entren en nuestro territorio» (RA Arnhem, *Archtef… berg*, 536, sin foliar, *Eletto et Consiglio* de Weert al conde Herman van den Berg, 7 y 9 de agosto de 1601). <<

[348] El primer electo del motín del tercio de Italia en 1574, Diego Sánchez de Bahamonde, fue ejecutado por haberse mostrado favorable al gobierno (AGS E 562/14, «Lo que en substancia resulta de todas las cartas»), y los amotinados de Amberes a principios de ese mismo año amenazaron con pasar por las armas a su electo y al consejo si no se llegaba a un acuerdo rápido con el gobierno (IV de DJ 67/311 a, copia de un billete los amotinados, a su electo, 6 de mayo de 1574). <<

[349] Copias de un número de carteles del motín de Amberes de 1574 —interesantísimos documentos— en AGS E 558/41, 42, 44, 48 y 50, e IV de DJ 67/311-12 y 315-17. El «árbol de la justicia» se menciona en las cartas del electo Diego Sánchez a F de Valdés, 18 y 23 de nov de 1574 (AGS E 560/39, copia de cartas del «Maestre de Campo Valdes»). <<

[350] Los amotinados de la ciudadela de Amberes comenzaban toda su correspondencia así «El esquadron ha determinado que…», y firmaban «Nos los soldados» (Cf AGS CMC 2a/73, solución final del motín de Amberes). La mayoría de los amotinados delegaban más poderes en su líder y las cartas las firmaban normalmente el electo solo —«Yo el Electo»—, formula de increíble arrogancia, ya que, normalmente, era estilo exclusivo de la familia real española («Yo el Rey», etc). Los amotinados del tercio de Italia llegaron incluso a imitar el estilo de los secretarios del rey: el secretario del motín —que tenia una preciosa letra bastardilla— ponía su refrendo al final de

todas las cartas así «Por mandado de los señores soldados, electo y consejo, Alonso Velasquez, secretario». <<

[351] «Todo, todo, todo», era el conciso lema adoptado por los veteranos españoles que se amotinaron en Mook inmediatamente después de su victoria sobre Luis de Nassau. Fue expuesto en un cartel del soldado «Pie de palo», que recordaba a sus camaradas «Pido de merced a todos vuestras mercedes que no se olbíden aquellas quatro letras que amparamos en Mok [Mook] el día que rompimos a Ludovico, que son las siguientes Todo, todo, todo, y muertos y servicios». Otro cartel anónimo del mismo motín terminaba también con esa frase de ánimo y aliento de Mook «Y con aquellas quatro lettas que tan suaves son a las orejas de los pobres soldados que tan bien lo han trabajado, en alta voz digamos Todo, todo, todo» —AGS E 558/51, y 45, copias de los carteles. <<

[352] AGS E 558/51, artículos acordados con los amotinados de Amberes, 23 de mayo de 1574, arts 4, 10, 12 y 14. <<

[353] Los amotinados de La Chapelle en 1596 fueron a la cabeza de las fuerzas de socorro que levantaron sitio de los franceses a La Fére; los amotinados de Diest cumplieron como buenos a las órdenes del gobierno en la batalla de las Dunas en 1600, etc. Ambos percibían el «sustento». Para una idea del coste de los motines cf. fig. 16. <<

[354] Cf. un gran número de documentos relativos al arreglo con los amotinados de Zichem, AGS CMC 2a/6. <<

[355] IV de DJ 67/215, don Luis de Requesens a don Juan de Zúñiga, 28 de abril de 1574 (copia = AGS E 557/123), AGS E 557/156, «Relación de las dificultades para el fenecimiento de cuentas con los soldados amotinados», 15 de mayo de 1574 (copias —IV de DJ 67/313 y 109/87). <<

[356] AGS CMC 2.ª/I, sin foliar, memorándum del contador A. de Alameda, 1574 «En el motín de Amberes se concertó con los

soldados que se diese la mitad de lo que pretendían por sus servicios y que no se les descontase nada de lo que a quenta dellos huviesen recibido». <<

[357] Cf. Croy, *Mémoires guerriers*, p. 179. <<

[358] Roger Williams, *The Actions of the Low Countries* (ed Cornell, 1964), p 94, notó que después del motín de la infantería española en Haarlem (1573) cada uno de los soldados dieron un escudo de lo que les correspondía a ellos al electo para facilitarle la huida. <<

[359] AGRB SEG 15/71, perdones concedidos el 24 de jul de 1594. Don Carlos Coloma, *Guerras*, lib IX (BAE, p 146) dice que más de la mitad de los amotinados italianos de Zichem-Tienen se fueron a casa después de cobrar los atrasos. El resto, como en otros motines, aprovecharon casi todos la «revista general» para pasar a servir en una unidad de caballería. <<

[360] Coloma, *Las Guerras*, lib XII (BAE, p 186), L Gachard, *Actes des Etats Genéraux de 1600* (Bruselas, 1848), pp. LVI-LX, el decreto de destierro (4 de abril de 1599) fue registrado en AGRB SEG 19/59v. Para la historia de un examotinado español que se refugio en el ejercito holandés durante muchos años y luego finalmente regresó a España, cf AHN, *Inquisición* (espontáneos) libro 1150/24-6v (Agradezco esta referencia al profesor M Van Durme). Hubo dos renegados españoles en el ejército holandés reconocidos y hechos prisioneros por el comandante en jefe español, el almirante de Aragón, en la batalla de las Dunas en 1600. <<

[361] El destierro de los amotinados de Diest esta impreso en V Brants, *Receuil des Ordonnances des Pays-Bas Regne d'Albert et d'Isabelle, 1597-1621*, I (Bruselas, 1909), p 371 y p 374 (en que se puede encontrar una repetición del decreto con algunas enmiendas). El decreto de destierro fue defendido en una carta de Spínola al rey, 5 de dic de 1607, y discundo por el Consejo

de Estado en una consulta sobre la carta de Spínola, de 5 de enero de 1608 (AGS E 2289/273 y E 2025/66 resp). El decreto de 12 de dic de 1609 ha sido publicado por Brants, *Receuil*, II (Bruselas, 1912), p 25. Por este edicto fueron expulsados 29 examotinados por lo menos, quienes recibieron la paga de un tercio de sus atrasos AGS E 2290/114-15, «Relación de los soldados que fueron comprendidos en el vando que S A mando publicar», 25 de caballería y 47 infantes. <<

[362] AGS CMC 2a/73, «Fenecimiento de Cuentas» con los amotinados de Amberes 1598-1599 total pagado, 63.714 escudos de a 50 «placas». <<

[363] AGS CMC 2a/6 Fenecimiento con el tercio de don Gastón Spínola, 1596; «pliego de asiento» de Esteban Milanese. <<

[364] AGS CMC 2a/56, pliego «Compañía de don Bernardino de Ayala» a D. de la Torre —2099 escudos de 50 placas, pliego «Compañía de don Juan Gamarra» al resto —20.651 escudos. Las dos compañías eran de lanceros. <<

[365] AGS CMC 2a/882, Fenecimiento con la compañía de Nicolai Basta, motín de Herenthals. <<

[366] AGS E 607/50-1, el archiduque Ernesto (capitán general) al rey, 22 de agosto de 1594: «Llega ya esto de los motines a tomarse por doméstico remedio». <<

[367] Sobre el gran motín de Zichem, cf. Carnero, *Historia*, pp. 343-345, y Coloma, *Guerras*, libros VII y IX (BAE, pp. 96-97 y 146). <<

[368] BNM Ms. 8695/127-32v, Anónimo, «Discurso y acuerdo» de 1605 perteneciente al conde de Fuentes. <<

[369] L. P. Gachard, *La Bibliotheque Nationale a París*, I (Bruselas, 1877), pp. 151-156, los Estados Generales al rey, 27 de oct. de 1576. <<

[370] Las dos cartas están en AGS E 5671115 y BNP Ms.

Espagnol 421/320-2 (copias las dos). El relato mejor del motín lo dio el Consejo de Estado mismo el 2 de agosto de 1576 en el folleto titulado *Discours veritable sur ce qui est advenu touchant l'alborote et esmotion des Espaignols mutinez es iles de Zelanda*. Sobre el pago de los atrasos a los valones, cf. más adelante, p. 269-270. <<

[371] AGS E 558/51 artículos convenidos con los amotinados de Amberes, 23 de mayo de 1574, artículo 18. (El capitán general respondió con la ironía del caso: «En esto se guardara lo que piden; y si no fuere con necesidad *no se tendrare campaña ni aun los seis meses*», E 558/118 artículos acordados con en el tercio de Italia, 4 de enero de 1575, artículo 7.) El mismo sentido de decepción tuvo una influencia importante en los motines del ejército francés durante la Gran Guerra: Pedroncini, *Les mutineries de 1917,* cap 2. <<

[372] Hubo muchas sugerencias en el sentido de que las unidades fueran enviadas regularmente desde las guarniciones al ejército en campaña y viceversa (por ejemplo AGRB SEG 21 l/157-8v, Felipe IV al cardenal-infante, 21 de nov de 1634), pero, como hemos notado más arriba, ello implicaba dificultades insuperables para España. Pedroncini, *Les mutineries*, encuentra en la falta de licencias o en la irregularidad con que se concedían a las tropas que estaban en el frente, la primera causa de los motines franceses de 1917, este autor también habla de la alegría que producía entre los amotinados ser condenados a prisión, ya que de este modo podían evitar el estar en la línea de fuego. Sobre las licencias el Ejercito de Flandes, cf más adelante. <<

[373] AGS E 558/51, artículos convenidos con los amotinados de Amberes, 23 de mayo de 1574 (el 12). <<

[374] Un botón de muestra AGS E607/50-1, el archiduque Ernesto al rey, 22 de agosto de 1594, Gachard, *Actes des Etats-*

Généraux de 1600, p LIX-LX, el archiduque Andrés al archiduque Alberto, 11 de febr de 99, BRB Ms 16149/16-18, Aytona al rey, 26 de abril de 1630, AGS E 2025/66, Voto de don Juan Idiáquez al Consejo de Estado, 5 de enero de 1608. <<

[375] Cf el breve pero penetrante artículo de R. Mandrou, «Vingt ans aprés, ou une direction de recherches fécondes: Les révoltes populaires en France au XVII[e] siécle», *Revue Historique*, CCXLII 1969), pp. 29-40. <<

[376] Existen fragmentos del archivo del motín del tercio de Italia (1574-1575) en IV de DJ 67/342-50 y 109/74-8 y en BPU Ginebra, Ms. Favre 60/212-16. Un par de los sellos de los amotinados están impresos como en la figura 19, la bandera está en HMC De *L'isle and Dudley*, III, p. 43, Browne a Sydney, 18 ú. de 1603. Para el panfleto en varios idiomas: L. M. G. Kooperberg, «Een muiterij in den Spaanischen tijd», *Bijdragen voor Vaderlandsche Geschiedenis en Oudheidkunde*, 5e reeks V (1918), pp. 113-172, i. 142, n. 1. Los amotinados de Zichem en 1594-1595 también se autotitularon «República de Zichem». <<

[377] Citado por Rodríguez Villa, «Correspondencia de la Infanta… Isabella… con el duque de Lerma», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, XLVII (1905) p. 356, carta de la infanta de 2 de nov. de 1602. <<

[378] Dos carteles, por lo menos, de los amotinados de Amberes hacían referencia a lo ocurrido después de Haarlem: IV de DJ 67/312 (8 de mayo de 1574) y Nueva Co. Do. In. II, p. 262 (17 mayo; copia GS E 558/48). Para la justificación de Alba por el duro trato que dispensó a los amotinados, cf. Epistolario, III, pp. 491-496, carta al rey, 30 de agosto de 1573. Por el contratio, Requesens, que fue quien tuvo que hacer frente a los amotinados de Amberes, les aseguró repetidas veces «que no

sera como lo de Haarlem» (Nueva Co. Do. In., II, pp. 212-215 , dos cartas de 27 de abril de 1574). <<

[379] AGS E607/95, el archiduque Ernesto al rey, 17 de dic. de 1594, describe el ataque; Carnero, *Historia*, pp. 343-345 y Coloma, *Guerras*, lib. VII (BAE, pp. 100-101), ofrecen más detalles. El gobierno empleó también la fuerza contra los amotinados de Hamont en 1602, obligándolos a huir a Hoogstraten en agosto de 1603 llegó a marchar sobre Hoogstraten y los amotinados se libraron de una rendición humillante gracias al ejército holandés que los custodió y los condujo sanos y salvos hasta Holanda. <<

[380] Para el miedo a que el empleo de la fuerza pudiera hacer a los otros amotinados más intransigentes cf. Gachard, *Actes des Etats-Généraux de 1600*, pp. LIX-LX, carta del cardenal Andrés de Austria a su primo Alberto, 11 de febr. de 1599; AHE, III p. 124, consulta del Consejo de Estado, 22 de abril de 1601; AGS E2023/70, ídem, 22 de oct. de 1602. <<

[381] Es cierto que hay unos pocos casos de amotinados que entregaron la plaza fuerte en que se atrincheraron al enemigo: los fuertes de St. André y Crévecoeur (próximo a 's-Hertogenbosch) en 1600, el de Isendik en 1604 y el de Sta. Clara en el Escalda en 1605, pero fueron casos excepcionales. La traición los amotinados fue mucho más frecuente en el lado holandés en aquella época, especialmente en tropas británicas. Puede verse una interpretación no revolucionaria parecida de los motines del ejército francés en 1917 en Pedroncini, Les *mutineries*, cap. IV. <<

[382] En 1622 se amotinaron en el Ejército de Flandes unos 26 soldados, los 26 recibieron protección inmediata de los holandeses, y poco después sumaban 150. Spínola consiguió provocar una revuelta semejante en el ejército holandés; estuvieron implicados en ella 26 soldados también, y les

concedió una base en territorio español. Después de este empate, los gobiernos de Bruselas y de La Haya se comprometían a no apoyar ningún motín en el otro bando. Los dos motines que entonces estallaron fracasaron inmediatamente. (AGS E2313/27, la infanta Isabel al rey, 2 de enero de 1623, y E2319, sin foliar, Spínola al rey, 23 de agosto de 1627). <<

[383] AGS GA 1052, sin foliar, consulta del Consejo de Guerra, 21 de jun. de 1632, voto de Castañeda. <<

[384] He publicado alguna información más sobre este tema: G. Parker, «Mutiny and discontent in the Spanish Army of Flanders, 1572-1607», *Past and Present*, LVII (1973), pp. 38-52. <<

[385] AGS E 569/150bis, don Juan de Austria al rey, 21 de nov. de 1576. <<

[386] OBM AddlMs. 28.387/112 da la cifra de 6148 hombres para los tercios de Sicilia, Lombardía y Nápoles el 12 de oct. de 1570, f. 165 da 5290 hombres para mayo de 1572, es decir, 858 hombres menos. <<

[387] Cf. IV de DJ 68/309ter, «Relación de Bilanzo» (marzo de 1574, 8016 españoles más 430 que llegaron en 1575) y AGS E 566/234, «Relación» del contador Juan de Navarrete, 22 de mayo de 1576 (que da 6125 hombres para las mismas unidades —pérdida del 28 por 100—). La nómina de la compañía de don Fernando de Saavedra (tercio de Nápoles) terminaba en 1573 con estas palabras: «Esta compañía se perdió en el armada de Olanda con el conde de Bossu por el mes de octubre de 1573». (AGS CMC 2a/1). <<

[388] Cf. Apéndice C, p. 329, para el número de tropas enviadas; y AGS E 590/7 y 47, «Relación» de la revista de abril de 1586. <<

[389] A. Corvisier, *L'Armée francaise*, II, p. 682 (muertes) y p.

737 (deserciones). <<

[390] Licencias registradas en AGRB SEG 7, 8, 9 y 10 (*Registres aux Ordres para 1582-1586)*. Parece que hubo una ligera mejoría en años posteriores: en los 16 meses desde enero de 1635 a mayo de 1636 se concedieron 523 licencias (SEG 215/212) pero el número fue todavía insignificante comparado con las bajas totales. <<

[391] AGS CMC 2a/1, sin foliar, «pliegos de asiento» del tercio de Nápoles: 1428 hombres vivos y 396 muertos, donde dos años antes había habido 2415. <<

[392] AGS CMC 2a/17, sin foliar, «pliegos de asiento» del regimiento de Sulz. <<

[393] Las 24 ventajas costaron 35 escudos mensuales (87 florines y medio) sobre la paga base de los soldados. Cf. AGRB *Conseil des Finances* 299, sin foliar, «lista de la compañía del capitán Pierre de Nervése». Lamentablemente ésta es la única lista de compañía que he encontrado de todas las unidades del Ejército de Flandes durante este período, ya fueran pagadas por el ejército o por las finances. <<

[394] AGS E2318, sin foliar, la infanta Isabel al rey, 28 de febr. de 1627. <<

[395] AGRB SEG213/157-8, el cardenal-infante al rey, 11 de oct. de 1635. <<

[396] AGS E2313/3-4, el contador Luis de Casuso Maeda al rey, 22 de oct. de 1622, da los cálculos sobre las pérdidas del ejército; C. A. Campan (ed.), *Bergues sur le Soom assiégée le 18 de juillet 1622 desasstégée le 3 d'octobre ensuivant, selon la description faite par les trois pasteurs de l'église dicelle* (Bruselas, 1867; ed. original Middelburg, 1623), pp. 132, 133, 255, 321, 322 y 407, describe a los españoles tal como los veían los sitiados. <<

[397] AGS E 560/103, don Luis de Requesens al rey, 19 de agost.

de 1574: «de 50 en 50 y de 100 en 100 se van con sus armas y con cabeza que eligen» (copia impresa en Nueva Co. Do. In., V, pp. 62-81). <<

[398] El sitio, por lo que se refiere a los holandeses, es bellamente narrado por R. Fruin, *The Siege and Relief Leyden en 1574* (ed. inglesa, Oxford, 1927); AA 28/3, Alonso de Laloo a Juan de Albornoz, 9 de oct. de 1574, da un interesante relato desde el lado español, tomado de testigos presenciales. Los españoles trataron después de justificar su pánico, alegando que la subida del agua amenazaba con sumergirlos, pero, como Laloo señaló, (a) los holandeses leales al rey (los *glippers*) que estaban con el ejército juraron que las aguas no subieron tanto; y (b) las aguas no fueron en ningún momento tan profundas que permitieran la navegación de la flota de socorro holandesa fuera de la red de canales existente. <<

[399] AGS E 2024/87, papel anónimo de 1605, «Tocante a los motines». <<

[400] Cf, por ejemplo, el relato de un observador francés sobre las defecciones en masa del Ejército de Flandes después del saqueo de Malinas en 1572: L. Didier *Lettres et Négociations de Claude de Mondoucet* (París 1891-1892), 1 pp. 87-90, carta a Carlos IX , 8 de nov. de 1572; después de pagados todos los atrasos en septiembre de 1585 a raíz de la toma de Amberes se tomaron medidas especiales para impedir la deserción de los españoles: AGRB SEG 10/94v-6, órdenes de Parma, 21 de sept. de 1585. <<

[401] AGS E 560/103, Requesens al rey, 19 de agosto de 1574. Esta fuerte tendencia arrastró a algunos españoles: cf. Los diez soldados españoles que desertaron de la expedición a los Países Bajos en junio de 1573 para visitar Ginebra (AE Geneva, RC 68/118, deliberación del consejo de la ciudad, 1 de jun. de 1573). <<

[402] AGS E 1924/66, el duque de Feria al rey, 20 de agosto de 1620, E 609/88, instrucción del archiduque Ernesto a don Diego Pimentel, 30 de enero de 1595; E 1924/121, Juan de Ayzaga al rey, 6 de sept. 1620, repetía la queja de Parma, su antiguo señor. Ni que decir tiene que Parma quería soldados veteranos a pesar de ello (cf. más arriba). Cf. también don Carlos Coloma, *Las Guerras*, lib. V 4E, p. 52, quien aseguraba que la rápida desintegración del tercio español de don Luis de Velasco 1592 se debió a la vida y regalo que habían disfrutado las tropas en Nápoles, que los incapacitó para entrellevar, como lo hicieron Coloma y el resto, el duro género de vida de Flandes. <<

[403] AGS EK 1537-54, don Diego de Zúñiga al rey, 29 de mayo de 1575. La deserción de tropas alemanas a los holandeses fue denunciada como mal nuevo y pernicioso en la ordenanza de 3 de febr. de 1607, cf. V. Brants *Receuil des Ordinances des Pays-Bas, Regne d'Albert et d'Isabelle* (Bruselas, 1909), 1, pp. 319-320. Si bien fueron alemanes y británicos quienes más abundaron en las filas de ambos bandos, durante la guerra con Francia después de 1635 también hubo italianos. En 1646, por ejemplo, se pasaron grandes grupos de italianos del ejército francés de Picardía al ejército español de Flandes (AGRB SEG 46/127 y 144v, órdenes de 15 de sept. y de oct. de 1646). <<

[404] AGS E 589/113, Parma al rey, 6 de mayo de 1585. Entre las tropas corrió repetidas veces el rumor de e los Guisa ofrecían recompensas a todos los españoles que se uniesen al ejército de los católicos franceses. Cf., por poner un ejemplo, AGS E 560/83, Requesens al rey, 24 de sept. de 1574. <<

[405] AGS CMC2al6, sin foliar, «pliegos de asiento» con el regimiento de Stanley 1587-1594, y *Calendar of the State Papers relating to Ireland, 1592-1596*, pp. 63-67, «An account made of my life from my first going out of England in to France».

Aunque habla de casi todo, Fingías no dice de dónde le vino el dinero. La «seducción» de tropas era cara. Se sospecha que el gobierno inglés le proporcionó fondos para su aventura. <<

[406] *Biblioteca Laurenziana*, Florencia, Ashb Ms 1766/33, el archiduque Alberto al conde Mansfelt, 7 de jun. de 1597. Un ejemplo más, esta vez de tropas inglesas reclutadas para el Ejercito de Flandes y «seducidas» por agentes holandeses al desembarcar en Calais, en AGRB Audience, 1465/1, legajo 2, sin foliar, Diego Ortiz a Juan de Mancicidor, 7 de jul de 1605. <<

[407] A E Prince, «The Indenture System under Edward III», en *Histórical Essays in Honour of James Tait* (Manchester, 1933), pp 283-297 en las pp 292-293 habla de la deserción legalizada, pero ya en 1439 el parlamento inglés declaro felonía la deserción (R A Newhall, *Muster and Review* [Cambridge, 1940], pp 150-154). <<

[408] AGRB Audience, 1691/2, sin foliar, billete de D de Cabala al audiencier, ordenándole dar a Sandoval una cédula mandando a todas las tropas de la región y a sus jefes a obedecerle e interceptar a los desertores, AGS E 560/83, Requesens al rey, 24 de sept de 1574 y AA 31/83, Alonso Carnero a Albornoz; 16 sept de 1574 Cf también el regocijado informe del incidente hecho por el embajador francés, doucet, publicado por L P Gachard, *La Biblothéque Nationale a París*, II, pp 553 555. <<

[409] Addl Ms 28 390/354, el duque de Alburquerque (gobernador de Milán) al rey, 20 de mayo de 1569. <<

[410] AGS CMC 2i/875, legajo tercero, «Cuenta de Pedro Ximenez», pagador de la expedición de Spínola de 1602, quien pago 10 escudos por cada cabeza de desertor que le trajeran. Esta recompensa fue ofrecida en el edicto de Spínola contra la deserción «en nombre de Su Magestad para conservación de su

exercito». Más ejemplos de ejecuciones de desertores de expediciones que marchaban por el «Camino Español» pueden verse en AGS E 1255/59, el gobernador de Milán al rey, 21 de agosto de 1582 (8 ejecutados, 12 condenados a galeras), E 1272/226, ídem, 22 de nov. de 1593 (12 ejecutados); E 3336/138, ídem, 12 de abril de 1631 (5 ejecutados). <<

[411] A H M Jones, *The Later Roman Empire*, 284-602 A Social, Economic and Administrative Survey (Oxford, 1964), II, pp 617-618. Todo el capitulo XVII da una fascinante visión interior de la vida en el ejército imperial de Roma. <<

[412] En 1576 se unieron todos los campesinos de Hainaut para impedir la entrada en su provincia de la caballería ligera española y lo consiguieron, y mataron a cuantos españoles encontraron solos por los caminos (AGS E 567/88, Sancho Dávila al Consell d'Etat, 3 de agosto de 1576). Ejemplos de compa ñías enteras destruidas por los campesinos, en AGS E 578/71 (17 soldados de caballería valones cayeron en una emboscada y fueron muertos cerca de las Gravelinas); AGRB Audience 1809/3, sin foliar, Berlaymont a Parma, 2 de abril de 1583 y Audience 1857/1, sin foliar, Berlaymont a Mansfelt, 6 de 1 de 1593 (en las dos ocasiones el conde se quejaba en sus cartas de la aniquilación por bandas de campesinos de compañías enteras de su regimiento). Para las celadas de los examotinados, cf. Coloma, *Guerras*, lib. XII (BAE, p. 186), referente a los amotinados de la ciudadela de Amberes (1599). <<

[413] HMC De *L'Isle and Dudley*, III, pp. 205-206, Throckmorton al Vizconde Lisie, 22 de sept. de 1605. <<

[414] AGS E615/146, el archiduque Alberto al rey, 26 de jul. de 1598. <<

[415] AGS GA 1680, sin foliar, consulta de Consejo de Guerra, 13 de agosto de 1648, y los despachos de uno de sus miembros,

don Luis Ponce de León, en GA 1679 y 1680. Cf. también p. 214, n. 35, sobre repatriación de prisioneros de guerra. <<

[416] AC Epinal (Vosges), CC 106 («Compte de la ville… 1596»), f. 6v: «Donné pour Dieu et en aulmosne á ung pauvre espagnol ayant heu les deux jambes coupées par accident á luy survenu, ayant esté mutilé et battu […] et couché ainsy blessé plusieurs nuictes patmy les champs pendante les grandes froidures, luy fut donné £ 2,8 gros. A Mre. Cosme Poulet, pour avoir médicamente et fourny quelque boiste dungent audict pauvre affligé […] 15 gros. Donné a ung guidan darchette ayant conduict sur sa charette ledict Espagnol á Remiremont, 18 sois». Cf. p. 131 n. 23, en que se habla del retraso con que Epinal cobró sus gastos en provisiones. Es interesante notar que ese español fue enviado al sur (a Italia) no al norte, a los Países Bajos (más cercanos). <<

[417] Corvisier, *L'Armée française*, II, pp. 693-747, especialmente 700-703. <<

[418] Sobre la «reformación» de 1574, cf. el relato desfavorable, pero objetivo de AA 31/83, Alonso Carnero a Albornoz, 16 de sept. de 1574. La idea de las pagas de «reformado» fue tomada por otros ejércitos: cf. P. Young, quien habla de la paga de reformado en el ejército inglés, en *Edgebill 1642: the campaign and the battle* (Kineton, 1967), p. 5. <<

[419] B. de Mendoza, *Comentarios*, lib. III, 14 (BAE, p. 427), da un ameno relato del asunto, habla de la recisión de detalles con que en el ejército se recuerda todo esto (por ejemplo, AGS CMC 2a/5, «pliegos de asiento» del tercio de Cerdeña). <<

[420] Cf. el malhumor de Alba con los soldados españoles el 1 de jun. de 1567 (a Espinosa, *Epistolario*, I, pp. 646-647), de 29 de nov. de 1567 (al rey, ibíd., pp. 705-707), y de 6 de enero de 1568 (al rey, Co. Do. ln., XXXVII, pp. 82-85). Para la solución de Alba: AA 165/9, «Orden que dio a Chiappin Vitelli

para reformar el tercio de Cerdeña» (copia). Alba escribió: «Para castigar una insolencia y inhumanidad nunca vista […] cassará y abholirá el maestre de campo y los diez capitanes del dicho tercio, ordenándoles de parte de Su Magestad y de la mía que se tengan por despedidos». Sólo el capitán Armendáriz conservó su rango porque dio la casualidad que se encontraba ausente con licencia en el momento en que ocurrió el ultraje. <<

[421] Carnero, *Historia*, p. 203, nos ofrece una hermosa relación: no se había conocido, aseguraba, una tan terrible helada a principios de diciembre. Tal vez por eso los españoles la consideraban como un milagro. <<

[422] Los relatos de testigos presenciales sobre la «reformación» del tercio viejo, de Alonso Vázquez, *Sucesos de Flandes y Francia* (Co Do In, LXXIII), pp 433-436 y Coloma, *Las Guerras*, lib II (BAF, 18 20). De la detallada descripción de Coloma (p 19) se deduce claramente que después de ocupar Bommelerwaard, los españoles recibieron ordenes de cruzar el Waal, tomando primero el fuerte de Lovrestein. Vázquez (pp 414 419) habla de la isla de «Bura» (¿por Betuwe?) y Carnero, *Historia*, p, 239 habla de «Tola» (tal vez quiso decir Tuil). <<

[423] AGS E 582/4, copia del acuerdo entre Parma y el regimiento del conde Berlaymont, 13 de marzo de 1580, cf. E 2291, sin foliar, los «fenecimientos» con varios regimientos alemanes en 1609, CMC 2a/10, acuerdo con el regimiento de Berlaymont el joven, mayo de 1596, en el que se concede una cuarta parte, y CMC2a/43, acuerdo con el regimiento de Munichhausen, jun. de 1597, por el que se concede un tercio («haze suelta y quita al beneficio de la real hazienda de Su Magestad»). <<

[424] AGS CMC2a/27, sin foliar, conteniendo documentos relativos al arreglo de las cuentas con estas tropas (atrasos

convenidos en 87.343 escudos de 48 placas). El legajo contiene la promesa solemne de Parma de pagar todos los atrasos en el plazo de un año, a partir de agosto de 1579. <<

[425] AGS CMC 2a/29, sin foliar, «pliegos de asiento» con el regimiento de Berlaymont, CMC 2a/43, sin foliar, ídem con los regimientos de Fronsberg y Fugger Los esfuerzos del gobierno para pagar están en AGS E 582/4, 7 y 8. <<

[426] AGS E 568, sin foliar, «Relación de lo que queda deviendo por cuenta del ejército en los Países Bajos» (hasta mayo de 1575), y E 567/4 «Relación» de una carta del contador Alonso de Alameda, 1 de jul de 1576. <<

[427] AGRB Audience 651/4, instrucción de los Estados Generales a los comisarios nombrados para «attirer au service» a las tropas de los Países Bajos que sirven a España, 17 de nov de 1576. Cf también Audience 650/1 un *cahier* intitulado «Affrekeningen by den commissanen van wegen, de Generalle Staten ge eputeert, gemaecht en gehouden mitten bevelhebber ende kriechten van Johan van Barlaimont haeren opman absent zynde». En este registro, y debe ser uno entre cientos, los atrasos de cada hombre de una compañía se calculaban sobre la base del tiempo durante el que había prestado servicio. Después, cada provincia respondía de una parte de la deuda Groninga y Frisia, por ejemplo, tenían que pagar los atrasos del regimiento valón de M de Billy, que tenia su cuartel en dichas provincias (Generalmente Archief, Groninga, R F 1577, n 62, «Concept staatsresolune om tot afbetahng van het genegotieerde geld oor de Waalsche soldaten» y J J Woltjer, Fnesland in hervormingstijd (Leiden, 1962), pp 246-252). El costo que suponía del pago de todos los que se pasaban al lado «patriota» resulto superar las posibilidades de pago de los Estados. Uno de los jefes del ejército de campaña de los Estados (que anteriormente había sido general al servicio de España)

deseó en vano «qu'on ne leurs eust tant promis, puis-u'on avoit sy peu de moyen d'y satisfaire» (G Groen van Prinsterer, Archives, VI, p 52, Hierges a Orange, 8 de abril de 1577). <<

[428] España solo pagó a los coroneles y capitanes leales de los regimientos valones cf AGS CMC 2al 10. Para las cantidades pagadas al coronel Verdugo y CMC 2a/77 para los pagos hechos al coronel Mondragón y otros. <<

[429] El total de lo adeudado a las tropas está calculado según AGS E 1247/7, el contador Alameda al gobernador de Milán, 16 de mayo de 1577, en que declara que se ha pagado a las tropas un tercio de los atrasos, y E 1246/72, una «Relación» que cifra los atrasos pendientes de pago (a saber, dos tercios) en 421.981 escudos de 39. Por tanto, el total debe haber sido 632.971 escudos o millón y medio de florines. AGS CMC 2a/26 contiene 13 «policías» originales junto con el original del «asiento de Flandes» dado por Pedro Rodrigues de Malvenda por 300.000 escudos que respondían a las «policías». De hecho todos los créditos pagaderos en Chambéry el 15 de agosto de 1577 fueron cancelados por don Juan a última hora y hechos pagaderos en Milán a partir del 31 de agosto. Al tener noticia de esto, los veteranos se pusieron del peor humor, «son niños con quien ya no se sufrirán burlas, por las que han recevido hasta aquí». (AGS E 452, sin foliar, «Copia de una carta que el contador Alameda escrivio», 5 de jun de 1577). <<

[430] AGS E 2138/7 y 10, consulta del Consejo de Estado sobre un papel de don Iñigo de Brizuela, enviado del archiduque Alberto, 1 de jun de 1609. Sobre si era aconsejable licenciar primero a los amotinados reincidentes. E2025/234, consulta de 29 de oct de 1609. <<

[431] AGS 2270 sin foliar, Felipe IV al marques de Caracena, capitán general, 31 de dic de 1659, explicando por que no podían ponerse en practica de nuevo los métodos de 1609. Para

la solución adoptada, cf AGRB SEG 57/208-18, ordenes «reformando» unidades del Ejercito de Flandes de 13-28 de febr 1660. Sobre el tamaño cada vez menor del ejercito AGS E 2097, sin foliar, consulta del Consejo de Estado, 1 de jul de 1660, E 2098, sin foliar, «Relación de los oficiales y soldados» en las revistas de 13 de agosto y 7 de sept de 1661 y E 2100, sin foliar, Caracena al rey, 16 de mayo de 1662, AGRB 59/105, Orden de 1 de marzo de 1663 y SEG 278/155, el marques de Castel Rodrigo, capitán general al rey, lo de dic de 1664. <<

[432] Charles Wilson, *Queen Elizabeth and the Revolt of the Nether Unds* (Londres, 1970), estudia detenidamente este importante punto; Cf sus citas de Raleigh y Walsingham en pp 105 y 136. <<

[433] La política de España durante el «preludio» de la revuelta holandesa es estudiada en mi artículo: «Spain, her enemies and the Revolt of the Netherlands, 1559-1648», en *Post and Present*, XLIX (1970), 72-95. El relato cronológico que sigue a continuación pretende exclusivamente destacar las diversas influencias que afectaron a la actuación militar del Ejército de Flandes. Doy mi propia visión de la revuelta holandesa en *España y la rebelión de Flandes* (Madrid, 1990). <<

[434] BPU Ginebra, Ms Favre 62/35 «Relación» en que se declara que en 1571 fueron gastados en la flota de la Liga 1.226.241 escudos de oro de Italia. <<

[435] Cf. La brillante y esclarecedora obra de F. Braudel relativa al cambio de objetivos de Felipe II en la campaña naval de 1572 (*La Méditerranée*, 2ª ed., París, 1966, II, pp 407-408). <<

[436] AGS CMC 2a/55, relación de F. de Lixalde, pagador general del Ejército de Flandes (1567-1577 —dinero recibido de mercaderes y por «asientos de Flandes»—); CMC 2a/814, relación de J Morales de Torre, pagador español de la Armada de la Liga (1571-1578 —todo de España—). En 1572 el duque

de Alba consiguió otros cuatro millones de florines mediante anticipos de varios banqueros en los Países Bajos, a los que pagó más tarde. <<

[437] BPU Ginebra, Ms. Favre, 30/714, Felipe II a Requesens, 20 de oct. de 1573 (copia de hológrafo real). <<

[438] S E 564/134, Requesens al rey, 4 de nov. de 1575 e IV de DJ 37/72, Requesens a Zuñiga, 12 de nov 1575. Para el mecanismo de una bancarrota, cf. A. ovett, «Juan de Ovando and the Council of Finance», *The Historical Journal*, XV (1972), 1-21. <<

[439] BPU Geneva, Ms Favre, 28/195-6, el rey al duque de Sesa, general de la Flota del Mediterráneo, 11 de sept. de 1577, reiterando la orden de 31 de agosto. <<

[440] AGS E2843/3, el rey a don Juan de Austria, 31 de enero de 1577 (minuta). <<

[441] BPU Geneva, Ms. Favre, 28/31, el rey a Sesa, 6 de abril de 1577, comunicándole la noticia de la tregua acordada por un año. Cf. también los documentos originales impresos y estudiados por S. A. Skilner, «The Hispano-Ottoman armistice of 1581», en *Iran and Islam* (Edimburgo, 1971), pp. 491-515. <<

[442] Curiel, agente real en Amberes, 1561-1570, fue designado para residir en París por don Juan el 4 de agosto de 1577. Consiguió 392.719 escudos para el rey antes de su muerte, ocurrida el 17 de febr. de 1578. (AGS CMC 20/75, legajo III, relación de Curiel). Le sucedió su sobrino y socio Alonso, quien siguió contratando empréstitos en París y proporcionó al tesoro militar otros 465.352 escudos antes de finalizar el año. (AGS CMC 2a/44, relación del pagador general M. de Unceta). <<

[443] IV de DJ 38/4, Alba a Mateo Vázquez, 11 de sept. de 1577 (hológrafo). Esta declaración, concisa, lúcida y autoritaria, es un ejemplo típico del estilo de Alba. <<

[444] AGS CMC 2a/1056, sin foliar, medio general de 5 de dic. de 1577. <<

[445] AGS CMC 2a/26 y 36, sin foliar, cuentas de J. Judici, agente de la corona para recoger los asientos «a cobrar en la villa de Vizzacon». Puesto que Amberes (centro financiero utilizado por los banqueros de la corona hasta 1575) estaba en manos del enemigo, los nuevos empréstitos fueron pagados en las «Ferias de Besançon», que se celebraban principalmente en la ciudad de Piacenza en Italia, hasta que la metrópoli fue recuperada en agosto de 1585. <<

[446] los totales decenales, cf. J. H. Elliott, *Imperial Spain* (Londres, 1963), p. 175 —cifras convertidas en ducados de Hamilton—. Para los ingresos anuales cf. Las declaraciones revisadas de la Casa de Contratación de Sevilla, AGS Contadurías General 3056, sin foliar, 811.002.628 maravedís en 1577, 312.010 mrs. en 1583; 1.677.097.636 mrs. en 1587. <<

[447] AGRE; Audience, 176/67-71, el rey a Parma, 12 de sept. de 1579, quejándose del incorrecto sondeo financiero de los Estados de Artois; Audience, 192/238-41, Parma al rey, 30 de agosto de 1580. <<

[448] IV de DJ 68/306, consulta de don Hernando de Vega, presidente del Consejo de Hacienda, al rey, 8 de jun. de 1583, con la importante respuesta del rey. <<

[449] *Lincoln Record Office*, Ancaster, X/7, Lord Willoughby a (?) C. de Mondragón, Castellano de Amberes jun. de 1586; AGRB SEG8/22lv, orden de Parma de pagar 45.000 escudos de 57 placas a la guardia inglesa de Aalst, 15 de febr. de 1584. El costo del rachat du royaume de Enrique IV, en 1594-1596, fue mucho mayor: 922.000 écus a Lorena, 629.600 a Guisa, 533.000 a Mayenne… (registrado todo en las anotaciones de los libros de cuentas de Sully: *Archives Nationales*, París, 120

AP 9 y 11). <<

[450] El significado de estos acontecimientos queda esclarecido en el estudio de Charles Wilson, *Queen Elisabeth and the Revolt of the Netherlands*, pp. 81-90. <<

[451] 20 AGS E 2855, sin foliar, consulta de 2 de sept. de 1589, E 2219/197, el rey a Parma, 7 de sept. de 1589: «[…] con estas obligaciones en que ponen las cosas de Francia (a que no se puede faltar por yr tanto en ellas como va) parece que pues no se puede atender a muchas cosas juntas sin que lo padezcan las demás de que la hazienda no sufre, conviene necessariamente tomar forma en la de la guerra des dos, reduziéndola a defensiva […]». <<

[452] Reichardot expuso al rey y a sus ministros el plan de paz de Parma: AGS E2855, sin foliar, «Sumario de los papeles principales que dio el presidente Richardot», 11 de nov. de 1589 lleva aneja la negativa real. <<

[453] Para el razonamiento positivo en favor de la reducción de las provisiones cf más arriba. No obstante se esperaba que Parma enviara las tres cuartas partes de todo el dinero que llegó a Francia: AGRB SEG 14/20, orden de 15 de abril de 1592: eran esperados 400.000 escudos, «a saver los 300.000 escudos dellos para este dicho exercito [de Francia] y los 100.000 escudos restantes para el de Flandes». No cabe duda de que Felipe II empleó todos los recursos que le quedaban para reprimir las «revueltas» de Aragón en 1591-1592. <<

[454] Para la cronología de la derrota de la Liga, cf. el ejemplar estudio de H. Drouot, *Mayenne et la Bourgogne: contribution a l'histoire des provinces françaises pendant la Ligue (1587-1596)* (París, 1937). <<

[455] LA Arnhem, Archief Berg, 604, el archiduque Alberto al conde Fredenck van den Berg, 21 de oct 597, ordenándole que él y sus representantes en Gelderland se rindieran antes que

arriesgarse a la derrota o a la destrucción. <<

[456] Los pagadores generales Santesteban y Walther Zapata declararon haber recibido casi 90 millones de florines procedentes de España en 1590-1599 (AGS CMC 2a/840 v 869). Es de notar que la tercera bancarrota de Felipe II (29 de nov de 1596) produjo poco efecto sobre los ingresos de la pagaduría relativamente, el rey sólo suspendió los pagos de su hacienda, cuando llego del Nuevo Mundo una gran carga, pudo transferir este dinero a los Países Bajos, porque los Fugger estaban excluidos de las condiciones de la bancarrota y, por tanto, continuaron prestando sus servicios al monarca, que tan frecuentemente había abusado de ellos, pero a quienes debía tanto. La habilidad del rey para arreglárselas sin sus prestamistas le posibilitó la firma de un acuerdo altamente favorable con ellos el 14 de nov de 1597 (forzado el 14 de febr de 1598). Ellos accedieron a prestar a la corona un nuevo asiento de 7,2 millones de ducados (AGS CAfOa/78). <<

[457] AGS E634/73, papel de Juan Andrea Doria sobre los Países Bajos, 1605. <<

[458] AGS E 634/93, consulta de un comité especial sobre asuntos exteriores, la «junta de los tres» (Franqueza, Idiáquez, Miranda) 14 de dic. de 1606. Lleva aneja la aprobación del rey, quien ordeno al marqués de Ayamonte llevar la noticia de las reducciones a Bruselas. <<

[459] S E 2025/5, consulta de «los tres», 13 de enero de 1607. <<

[460] Papel de Spínola de junio de 1614 citado por Rodríguez Villa, *Ambrosio Spínola*, pp. 299-300. <<

[461] ARB Audience 1466/1, legajo 1, sin foliar, Spínola a Pedro de Toledo, 28 de sept. de 1619. <<

[462] ARB Audience 1466/1, legajo 1, sin foliar, Spínola a Pedro de Toledo, 28 de sept. de 1619. <<

[463]* Antigua medida holandesa de capacidad, equivalente a

2908 litros (N del T) <<

[464] F Snapper, *Oorlogsinvloeden op de Overzeese Handel van Holland, 1551-1719* (Amsterdam, 1959), pp 75-77. Sobre los proyectos españoles de una flota en el Báltico, cf R Rodenas Vilar, La política europea de España durante la guerra de Treinta años, 1624-30 (Madrid, 1967), parte II. <<

[465] Como en 1596-1597, el haber conseguido la corona encontrar fondos en otras partes movió a los banqueros cuyos empréstitos habían sido confiscados (los decretados) a firmar un acuerdo apresurado con su voluble acreedor El «medio general» firmado el 17 de sept de 1627 (el decreto no se promulgo hasta el 4 de febrero) obligaba a los «decretados» a proporcionar un nuevo empréstito a la corona de 1,89 millones de escudos (AGS CJH 632 ant, varios papeles sobre la bancarrota y sobre su solución). <<

[466] Cf el completo aunque olvidado estudio sobre la flota del tesoro de S P L'Honore Naber e I A Wnght, *Piet Heyn en de Zilvervloot* (Utrecht, 1928). Sobre el descenso de las rentas de Castilla cf las agudas observaciones de C J Jago «Aristocracy, War and Finance in Castile, 1621-1665» (Cambridge Univ Ph D thesis, 1969), caps 4 y 5. <<

[467] AGS E2322, sin foliar, el cardenal de la Cueva al rey, 13 de mayo de 1629. <<

[468] AGRB Secrétairerie allemande 471/278 y 362, cartas de Wallenstein a la infanta Isabel, 5 de jun. y 7 de julio 1629, informando del avance de las fuerzas de socorro de Collalto, y f. 393, del mismo a la infanta, 19 de jul de 1629, acusando recibo de la orden urgente de Felipe IV, apoyada por el emperador, de llevar el ejército de Collalto a Italia (estaba compuesto de 18.000 de a pie y 2500 de a caballo). <<

[469] AGRB SEG 203/283, la infanta Isabel al rey, 24 de nov. de 1630, notificando el ofrecimiento imperial. <<

[470] GA 1035, sin foliar, «Copia de la consulta que hizo el Consejo de Estado…», 27 de febr. de 1633 que representó una de las declaraciones importantes de Olivares sobre política exterior futura. <<

[471] PU Ginebra, Ms. Favre, 39/277-88, opinión del marqués de Velada sobre la campaña de 1643, Ms. 12428-29/322, certifican que el pagador general perdió 40.688 escudos en Rocroi; AGRB 43, registro de las órdenes del capitán general en que consta que venía a sustituir al volumen anterior perdido en Rocroi. <<

[472] AGS E2162, sin foliar, decreto de Felipe IV, 26 de jul. de 1644. <<

[473] Parker, «Spain, her enemies and the Revolt of the Netherlands», *Past and Present*, XLIX (1970), 90, n. 34. <<

[474] J. A. Wijnne, *De Geschülen over de Afdanking van't Knjgsvolk in de Vereenigde Nederlanden in de jaren 1649 en 1650* (Utrecht, 1885), pp. XIV-XV, y J J. Weeveringh, *Handleidmg tot de Geschiedenis der Staatsschutden. i, Nederlandsche Staatsschulden* (Haarlem, 1852), p. 6. <<

[475] Cf más arriba. <<

[476] Parker, «Spain, her enemies and the Revolt of the Netherlands», *Past and Present*, XLIX (1970). <<

[477] Véase, además, G.Parker, *Spain and the Netherlands*, cap 2. <<

Índice

El Ejercito de Flandes y el camino Español 1567-1659 3

Prefacio a la nueva edición Española 6

Prefacio a la edición Inglesa 10

Reconocimientos 16

Nota sobre las monedas 18

Lista de abreviaturas 19

Prólogo a la edición Española 22

Introducción. Carácter de las guerras de los Países Bajos 38

Primera Parte. La reunión de un ejército: El problema de la distancia 61

- Capítulo 1: Movilización 62
- Capítulo 2: Los corredores militares del ejército de Flandes 92
- Capitulo 3: El «camino español» 130
- Capítulo 4: El alto mando 159

Segunda Parte. El mantenimiento de un ejército: los recursos 182

- Capítulo 5: El ejército de Flandes y la logística 183
- Capítulo 6: Los recursos financieros 198
- Capítulo 7: la vida en el ejército de Flandes 223
- Capítulo 8: Los motines 253

Capítulo 9: Desgaste y «reforma» 282
Capítulo 10: La desmovilización 301
Conclusión. España, sus enemigos y la revuelta de los Países Bajos 308
Apéndices 362
I. Tamaño y composición del ejército de Flandes 1567-1661 363
II. La organización del Ejército de Flandes 366
III. Tropas Españolas e Italianas enviadas a los Países Bajos 372
IV. La rapidez de las expediciones militares por tierra entre Lombardía y los Países Bajos 373
V. Presupuesto de Felipe II para 1574: Fuentes 384
Nota sobre las fuentes 387
Autor 393
Notas 394